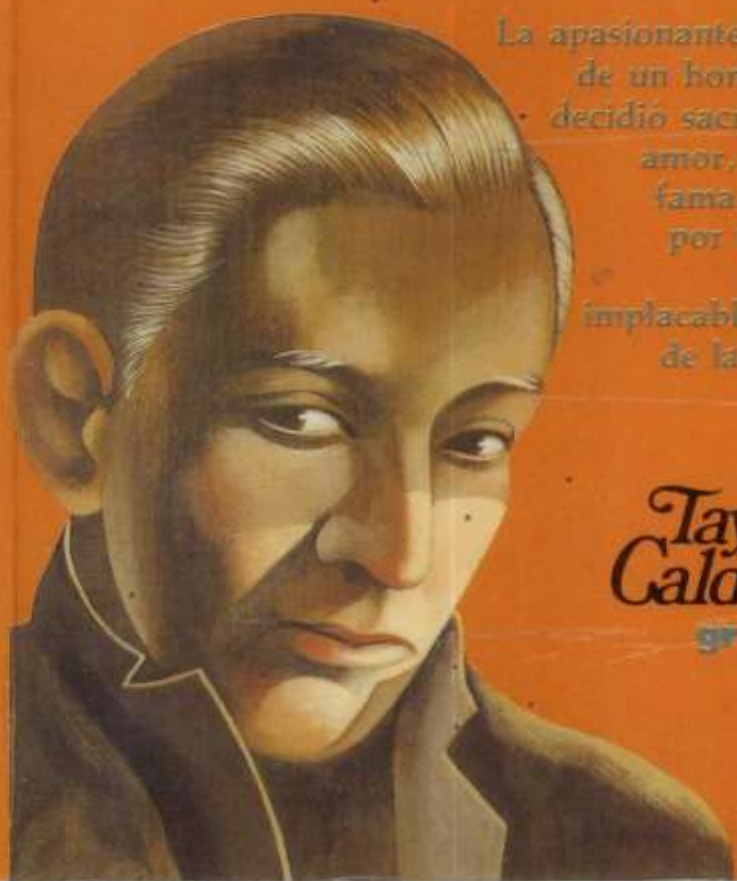


El ABOGADO DEL DIABLO

La apasionante historia
de un hombre que
decidió sacrificar su
amor, riqueza,
fama y poder
por un ideal:
la lucha
implacable en pos
de la libertad



Taylor
Caldwell
grijalbo

Caldwell

EL ABOGADO DEL DIABLO

grijalbo

Taylor Caldwell

Desde la tercera década del siglo XX, Andrew Durant ha visto cómo la fuerza y la grandeza de Norteamérica han empezado a decaer.

Por ello, ha emprendido una secreta y arriesgada tarea: derribar a la odiosa tiranía que gobierna al país y que en nombre de la "seguridad" ha asesinado el orgullo y la responsabilidad de sus habitantes.

Nuevamente Taylor Caldwell nos conduce a un deslumbrante drama, en el que están en juego la vida y los destinos de millones de hombres, así como los ideales que los guían.

ISBN 970-05-0221-X



9 789700 502212

ABOGADO DEL DIABLO



Caldwell

editorial grijalbo, s.a. de c.v.

EL ABOGADO DEL DIABLO

Título original en inglés: *The Devil's Advocate*

Traducción: Juan Rodríguez Chicano

©1952, Taylor Caldwell

©1977, Ediciones Grijalbo, S.A.

Aragó, 385, Barcelona

D. R © 1984 por EDITORIAL GRIJALBO, S.A de C.V

Calz. San Bartolo Naucalpan núm. 282 Argentina Poniente
11230 Miguel Hidalgo, México, D.F.

Este libro no puede ser reproducido, total o parcialmente, sin
autorización escrita del editor.

ISBN 970050221X ,

IMPRESO EN MÉXICO.

PREFACIO

Mi padre me refirió en una oportunidad una leyenda escocesa que constituye la base para el título de esta obra: EL ABOGADO DEL DIABLO.

Desde hace mucho tiempo que se nos conoce a los escoceses como una raza que produce abogados astutos, meticulosos y elocuentes y, efectivamente, en ocasiones los ingleses nos designan como «raza de abogados». Después de la teología, los escoceses son amantes de la ley, y hasta el montañés que reside en las partes más remotas resulta una autoridad sobre la ley local o nacional y puede y quiere discutirlas con interés profundamente apasionado.

Un pueblo tan devoto de las leyes por naturaleza, cuenta con muchas leyendas relativas al respecto. Parece que siglos atrás el Diablo fue encerrado en los calabozos de una oscura aldea montañesa, acusado de diversos crímenes contra la humanidad. Ningún abogado quiso prestarse para su defensa, pero por último un juez escrupuloso le designó defensor. Toda la localidad se mantuvo resuelta a que el diablo fuera condenado, inclusive el defensor, hombre religioso y de suma probidad. Pasó muchas noches orando desesperadamente. ¿Cómo podría, manteniendo al mismo tiempo su integridad como defensor nombrado, presentar el caso ante el jurado de manera que el Diablo fuera condenado?

Al «defender» al Diablo, tendría que despertar a la vez al pueblo a la presencia del mal y de los horrores representados por Satán. Finalmente encontró la solución.

¡Presentaría al Diablo con todo su poder y toda su terribilidad y toda su infamia, mientras lo defendía ostensiblemente! Ganaría la admiración de sus vecinos justos con esa defensa abierta y su respeto al perder el pleito. Por otra parte, ellos aprenderían a reconocer en adelante el mal, después que él lo hubiera expuesto ante sus ojos.

De manera que condujo su defensa con gran brillo ante el tribunal. Fue revelada con toda sutileza la espantosa fuerza del Diablo ante el jurado y el pueblo reunidos, preguntando al procesado y haciendo que se condenara con sus propias palabras. Con toda pericia, expuso ante la gente el hecho de que el Diablo no se hallaría allí entre ellos si no fuera por culpa de las propias faltas y la secreta envidia de esas mismas gentes y los pecados y errores de sus mismos corazones. Pudo llegar a obtener del Diablo la confesión de que su maquinación contra la humanidad carecía de límites y, a intervalos, exhortó al pueblo a que admirase perversidad e inteligencia tan vastas. Estimulado por la elocuencia del letrado y la aparente defensa que de él hacía, el acusado se excedió aún más en la expresión de su odio contra el mundo y cuanto éste contenía.

El pueblo escuchó lleno de terrible culpa y de temor. Recordó sus sufrimientos bajo la influencia del mal y cómo contribuiría a ese poder tan maligno, a través de su estupidez, de su envidia contra el prójimo, su avaricia y su falta de compasión.

El juez se dirigió después al jurado con estas palabras:

«El mal reside entre nosotros, porque lo hemos invitado a venir. Hemos sufrido mucho, pero hemos atraído nuestro propio sufrimiento. El Diablo no tendría poder sobre nosotros si no se

lo hubiéramos proporcionado nosotros mismos. Nos hemos esclavizado por nuestra propia decisión; nos vemos desesperados por haber llevado la desesperación a nuestros semejantes. Morimos por haber prestado aquiescencia a la muerte. Nos mantuvimos en silencio en lugar de hablar en favor de nuestro prójimo. Por disfrutar de una seguridad momentánea desviamos nuestra mirada mientras era despojado nuestro vecino. En beneficio de una paz fingida pospusimos una guerra contra el mal cuando no nos habríamos movido de nuestro sitio. Llegamos a una componenda a cada paso, sabiendo que no existe arreglo con el infierno. Si el Diablo es culpable, nosotros no estamos exentos de culpa. En su condenación estamos incluidos. Al juzgarlo se nos juzga a nosotros mismos. Que Dios se apiade de nuestras almas.»

El Diablo fue condenado a ser desterrado para siempre del pueblo. Sin embargo, en su celo por exponer al Diablo a la vista del pueblo, el defensor no había contado con lo obtusos y estúpidos que eran sus conciudadanos, quienes no comprendieron en lo más mínimo su proyecto. Y nuestro hombre de leyes fue ahorcado el mismo día en que se desterró al Diablo.

TAYLOR CALDWELL

La mente agotada del preso le dijo que no había el más leve rumor de movimiento en el recinto. Los guardias a cuyo cargo se hallaba le permitieron detenerse un instante en el umbral, de manera que las potentes luces que herían sus ojos inyectados en sangre lo deslumbraran más. Pero no le quedaba ningún pensamiento en absoluto, como no fuera uno bien sombrío: todo lo que pueden hacer es quitarme la vida. Era un pensamiento firme y continuado, que permanecía enraizado en su conciencia, a despecho de las dos horas de tormento^ Otra cosa que acudía a su conciencia era que ese local grande y deslumbrante, debía ser subterráneo, porque no se oía el menor sonido del movimiento de la calle Cuarenta y dos.

Al mirar a su alrededor desapareció ese pensamiento vago y semiconsciente. Los guardias sujetábanlo con rudeza. Su brazo derecho había sido lastimado por golpes de cachiporra; no le dolía mucho aún, pero sabía que el dolor llegaría pronto. La sangre se apelmazaba en la frente y la mejilla; uno de sus ojos estaba hinchado y cerrado. Apenas podía tenerse sobre las piernas golpeadas. Podía oírse su respiración, fuerte y agitada, en el silencio de ese lugar horrible, del que nadie había retornado jamás con vida.

La cabeza de Andrew Durant era todo ruido a causa de los golpes que acababa de recibir. Uno de sus oídos hallábase ensordecido y se percataba del hilillo de sangre que resbalaba por su cuello. Los dedos de la mano izquierda habían sido quemados con habilidad y el dolor era ahora peor aún que el fuego primitivo. Mas al observar alrededor de la habitación, experimentando una terrible náusea en la cavidad estomacal, no tuvo miedo. En sus esfuerzos para obligarlo a que delatara a sus

amigos, poco más daño podrían ocasionarle. Proseguiría desmayándose hasta la muerte, lo cual sería el fin.

El enorme aposento se hallaba amueblado pródigamente a la manera del despacho de un príncipe o, como pensaba Andrew Durant, del de Mussolini en la década del novecientos treinta, cuando el monstruoso dictador gobernaba a Italia. Su anciano abuelo se lo había descrito. Joseph Durant había visto en verdad ese recinto después de haber sido asesinado el tirano. Se lo había descrito a Andrew. Debía haber sido como éste, con sus hermosas alfombras en el suelo, cuadros magníficos en las paredes, brillantes arañas que dejaban caer relucientes prismas y haces de luz desde el alto techo, mullidos sofás de cuero rojo y verde detrás de la enorme mesa de caoba, cómodamente dispuestos, floreros llenos de flores frescas en las grandes mesas, varios estantes repletos de volúmenes bellamente encuadernados con el dorso de cuero, y una chimenea de mármol blanco encendida para alejar la humedad de la noche de primavera. Los tiranos, pensó sombrío Andrew Durant, siempre disponían las cosas para su comodidad. Les placía la facilidad y el placer, el aroma de las flores y el olor del cuero y del fuego, aunque instaban a las multitudes de sus víctimas a la austeridad, la devoción y el sacrificio.

La habitación quedó cada vez más nítida ante sus ojos. Ya veía Andrew a los dos guardias de la puerta, hombres grandes y asesinos de Neanderthal con su uniforme color verde oscuro, adornado con alamares y entorchados rojos en los hombros. Eran los guardias escogidos, la policía selecta de la Democracia, los preferidos y halagados por ella. Su organización había sido obra del Supremo Magistrado de la Sección 7, Arthur

Carlson, y estaba bajo su completo dominio, no afiliada al ejército sino superior al mismo, despreciándolo y no rindiendo cuenta sino al Magistrado. Ni siquiera el terrible Departamento Federal de Seguridad Interior era tan temido como esos guardias escogidos, todos elegidos por su inteligencia, su crueldad y su capacidad para proceder por propia iniciativa durante una crisis. Cuidadosamente reclutados, realizaban un curso de dos años, por cuenta del gobierno, con el fin de cultivar sus dotes naturales de ingenio, astucia e inteligencia. Al mirar Andrew a los guardias de esa habitación los aborreció con nuevo vigor. Para los sentimentales, los guardias escogidos eran la negativa de que Norteamérica sería salvada con el tiempo por individuos de imaginación.

Durant no miró más a los guardias. Advirtió la presencia de varias personas en la habitación. Una era su amigo, James Christian, ensangrentado y destrozado, lo mismo que él. James se hallaba sentado al borde de la silla, la camisa blanca desgarrada y manchada de sangre, el rostro casi convertido en pulpa. Pero nada vacilante, sino mirando fijamente al individuo sentado detrás de la mesa y ataviado con el uniforme verde oscuro de los guardias. Ahora lo miró también Durant, y si bien sabía quién era ese hombre, jamás lo había conocido antes. Había sí visto su retrato en lugares secretos y de manera furtiva, al destello de un fósforo, el resplandor de una linterna o la claridad de una luz mortecina. Era Arthur Carlson, Magistrado Principal de la Sección 7, hombre por cuya muerte se maquinaba sin cesar y que tal vez algún día cayese víctima de un balazo a manos de los milicianos.

Arthur Carlson era hombre alto y delgado, de alrededor de cincuenta y cinco años, aristocrático, tranquilo, de voz suave, cortés incluso con aquellos a quienes atormentaba, perseguía o arrestaba. Su familia había sido de las acaudaladas de Nueva York, quizás hasta la tercera o cuarta guerra mundial. Fue en su oportunidad editor de la Tribune y la Gazette neoyorquinas y autor, desde el principio mismo, de brillantes ensayos en los que se mofaba de la Constitución de Estados Unidos como «documento anacrónico, inadecuado para los tiempos modernos». Había tratado sus artículos, uno por uno, con desprecio, ironía, suaves insultos y devastadora burla. Sostuvo la Democracia con fanático ardor, en contraposición al «ideal» pasado de moda del gobierno democrático. Antes de cuatro años había sido llamado a, Washington y nombrado Ayudante Secretario de Estado. Luego del asesinato, bajo auspicios bastante misteriosos, del anciano y confuso Secretario, el señor Albert Cunningham, Carlson fue nombrado en su lugar. Llevaba desempeñando ese cargo cinco años, cuando el Presidente, que ya no era elegido por el pueblo sino por un Senado permanentemente cautivo, lo envió a Nueva York como Magistrado Principal, con poder absoluto sobre la vida de quince millones de habitantes.

Había retornado a una Nueva York completamente intranquila y murmuradora, con pandillas enloquecidas que se asesinaban en las calles, con la muerte de funcionarios de menor jerarquía que continuaba día y noche, multitudes de mujeres enloquecidas que gritaban en los subterráneos, hordas provenientes de todas partes de la isla, desesperadas y provistas de armamento, incendiarias de edificios públicos y que luego desaparecían como fantasmas. Vino de regreso a Nueva York exactamente después de haber sido volado uno de sus muelles principales,

habiendo llegado a sus oídos el estruendo producido por las explosiones. Esta ciudad, alborotadora e incontrolable, no era lugar para el individuo débil o nervioso, ninguna de cuyas características poseía Arthur Carlson. Antes de transcurridos los dos meses, quedó completamente restablecido el orden. Nueva York había quedado subyugada, con excepción de los milicianos, esos hombres que brotaban por toda la nación, armados, veloces y terriblemente despiadados que estaban facultados para exterminar.

Así que, pensaba Durant, moviéndose algo bajo la sujeción de los guardias, ése era Arthur Carlson, el caballero grave y serio sentado detrás de la mesa, con su uniforme verde oscuro perfectamente cortado y las charreteras coloradas. Si era individuo terrible no lo aparentaba. Su semblante era grande y pensativo, semejante al del estudioso, con facciones finas y bien cortadas, los ojos amables, de un color azul penetrante; la boca, grande y delgada, era dura pero contemplativa. El cabello fino, de un rubio gris, era tan hermoso y pulido que más bien parecía pintado sobre el cráneo. Sus manos eran las del erudito, blancas y puntiagudas. Fumaba un cigarrillo en boquilla de oro, pero manteníase erguido como soldado, los hombros anchos y aplastados, derechos y sin encorvar. Cerca de él veíanse sentados a dos hombres de uniforme, a quienes Durant no dedicó sino una breve mirada. Carecían de importancia. Solamente Arthur Carlson, á quien los milicianos juraran asesinar, poseía importancia. Los demás no eran sino oficiales del ejército de la Democracia, soldados profesionales estúpidos y anónimos a la vez. Arthur Carlson cambiaba a esos generales y lacayos cada dos meses, enviándolos

a dirigir lo que confusamente se denominaba guerra, y reemplazándolos con otros generales. Porque siempre había una guerra. Existía siempre un enemigo que se necesitaba aplastar en alguna parte del mundo. Ese era el patrón fijo de la época.

Tan interesado se mostraba Durant en Arthur Carlson que vino a olvidar hasta a su amigo, James Christian, por ser evidente, luego de una primera ojeada, que este último no había sufrido fractura. De haber sido así no se hallaría en ese recinto.

—¿Andrew Durant? —El Magistrado Principal había hablado con voz grave y hasta agradable.

Los guardias empujaron al nombrado aún más adentro de la habitación, para arrojarlo en un asiento junto a James Christian. Andrew se percató apenas de él, tan absorto y fascinado en la contemplación de ese hombre terrible que, entre todos los terribles que esclavizaron a Estados Unidos, era de fijo el peor. Ahí estaba. Y él, Andrew, juramentado para matarlo tan pronto se le presentara la oportunidad, hallábase desarmado, desgarrado por el fuego y el tormento, probablemente sentenciado a morir dentro de muy pocos minutos.

—¡Conteste a Su Señoría, el Magistrado Principal! —gritó uno de los guardias, luego de haberle cruzado cruelmente la cara.

Andrew se percató de que James Christian se había vuelto convulsivamente hacia él, mas no le dirigió la mirada, limitándose a contemplar con fijeza a Arthur Carlson, sin contestarle.

—No importa —dijo el Magistrado, encogiéndose de hombros con leve sonrisa. Luego leyó en voz alta un papel tomado de encima de la mesa resplandeciente: «Andrew Durant, abogado, domiciliado en 340 East calle Cincuenta y tres. Educado en la

Universidad Norteamericana del Estado de Washington. Iniciado en el foro en 1965. Edad: 30 años. Miembro de los Soldados de Norteamérica, en buena posición. Inteligencia superior. Esposa, María, y dos hijos, de cuatro y cinco años. Recomendado por la Autoridad del Capitol como ciudadano fiel y digno de confianza. Legajo limpio de toda deslealtad. La madre murió resistiéndose a ser detenida. El padre, Joseph, reclamado por incitar al tumulto y a la revolución. Familia de origen católico. No ha sido educado en ninguna religión, tal como prohíbe la Democracia. Bajo los auspicios de los Soldados de Norteamérica, prospera muy bien y se le recomienda para una vacante de juez.»

El Magistrado dejó de nuevo el papel sobre la mesa y sonrió.

—Es un excelente registro que no cuenta sino con una tacha: el informe de que Andrew Durant pertenece a los milicianos, organización peligrosa, subversiva y traidora, que ha jurado derrocar la majestad de la Democracia. ¿Bien? —inquirió suavemente—. Entiendo que usted no ha negado nada de eso cuando le fueron presentados los hechos esta mañana. El informe expresa que no se sorprendió lo más mínimo cuando fue arrestado, junto con otros nueve de su organización criminal y revolucionaria, la noche última.

Andrew trató de hablar. Pero tan sólo una hora antes, había recibido un fuerte golpe que le privara de tres dientes, y tenía la boca llena de sangre. Al toser, un fluido oscuro salió de su boca. Entonces pudo decir:

—No niego nada.

Luego, vuelto hacia James Christian y lleno de fuerte aprensión, vio que el otro no le dedicaba sino una leve sonrisa de sus

labios destrozados. Andrew suspiró al erguirse un poco en su asiento.

—Pero ocho de los otros se expresaron con toda libertad —dijo el Magistrado, casi como en reproche—. Solamente usted, y ese otro criminal, se han negado a revelar los nombres de los demás amigos. Los guardias están buscando ahora a muchos de ellos y sin duda los encontrarán.

—No —dijo Andrew—. Poseemos un sistema de avisos. No los encontrarán.

El guardia que se hallaba a su vera levantó el puño, pero el Magistrado habló, con grave disgusto:

—No, no hará sino dejarlo insensible y deseamos que permanezca consciente. Porque, Durant, usted hablará. No es sino cuestión de tiempo. Tenemos en custodia a su mujer y a sus hijos.

Andrew había sabido desde el comienzo mismo que esto tendría que suceder algún día. Al prevenirse de ello, le habían dado la oportunidad de retirarse de las filas de los milicianos. Consultó a su mujer, su querida María de negros cabellos, que le echó en cara su vacilación y dijo: *

—Andy, te he adiestrado para esto y no osarás traicionar a tu país ni a tu Dios, ni siquiera por mí o por tus hijos.

Sí, lo sabía. Durante el tormento a que lo sometieron no dejó de pensar un solo instante en sus niños y en su mujer, habiendo orado para que sus amigos los llevaran a lugar oculto. Pero los criminales habíanse conducido con más presteza que los amigos. Los ojos negros de Andrew relucieron; al mover la cabeza, cayeron sobre su frente algunos mechones de cabellos

aplastados y ensangrentados. Apretó el puño izquierdo. Tenía la boca insensible, pero sentía como los ramalazos de cólera le subían por el brazo. Inclínada la cabeza, oró por su mujer y sus hijos, y si lo hizo con desesperación no hubo en ello debilitamiento. ¿Qué eran sus vidas, qué era la suya misma, si Norteamérica podía salvarse eventualmente? Si hablase ahora, podría salvarse de alguna muerte horrible, pero Norteamérica perdería con su traición.

Vuelta la cabeza, observó a James Christian, quien también poseía mujer y tres hijos. No fueron capaces de hacer hablar a Christian, cuyos ojos miraban a su amigo de manera resuelta y con una muda llamada al valor.

—No importa —dijo Andrew con voz ronca, luego de haber levantado la cabeza—. Mátelos si quiere, lo mismo que a mí. Pero jamás he de hablar, y usted lo sabe muy bien.

El semblante del Magistrado se ensombreció, pero no dijo nada. Observó a Andrew y vio en los ojos del joven una fuerte expresión de aborrecimiento. Después de haber tamborileado sobre la mesa, suspiró finalmente.

—Es una gran estupidez de su parte, Durant. Posee inteligencia y fortaleza. Podría ser un miembro valioso de nuestra organización, rico y con considerable poder. Admiro a los hombres que son como usted, devotos y leales, aun cuando esa lealtad sea para una gentuza traidora, de criminales ignorantes y revolucionarios. Tal vez durante sus estudios, a costa de la Democracia, fue corrompido por algún maestro de inclinaciones subversivas, quien lo desvió de su país y le enseñó falsedades. Estamos preparados para actuar muy suavemente con usted, y

con su amigo presente, Christian, con tal de que ambos recuperen su sentido común y comprendan lo que han hecho a su país y cómo lo han traicionado. Un período quizá sujeto a cierta disciplina en una prisión estatal, donde serán reeducados y confirmados en su devoción y lealtad para con Estados Unidos. Y luego, ¿quién sabe?, un período de prueba y más tarde lo que deseen.

Paz y tranquilidad y una seguridad relativa con María y los niños. Un puesto distinguido en algún lugar, donde mostraríase todo lo caritativo y cuidadoso que le fuere posible. Una morada en el campo. María aborrecía la ciudad. Tal vez hasta un viñedo, algunas vacas y flores, y la risa de las criaturas. Andrew se volvió rígido. ¡La risa de sus hijos! ¿Qué niños reían por entonces en algún lugar estadounidense? Los suyos jamás iban a reír mientras la Democracia detentase el poder. Era por su risa por lo que se hallaba preparado para morir, su risa futura una vez que Estados Unidos fuese libertado. Si al morir él, morirían también ellos, no era cosa demasiado terrible. Reuniríanse de nuevo, en algún tiempo y lugar, fuera del alcance de la Democracia. Y si así no fuere, y no existiese ningún Dios, tal como era asegurado por la Democracia, mejor la tiniebla interminable y el sueño sin fin que ninguna risa, sino sólo el odio, la desesperación y el temor.

—No —dijo Andrew Durant, cuya voz era más fuerte ahora—. No deseo que mis hijos vivan bajo la Democracia. Prefiero que mueran. —Luego agregó, con profunda amargura:— No debían haber nacido. Pero era mi esperanza que mientras ellos fuesen aún jóvenes, fueran muertos todos ustedes, los tiranos y asesinos, los atormentadores y mentirosos. Si no ha llegado

el momento todavía, entonces mi mujer, mis hijos y yo preferimos morir cuando ustedes lo ordenen, antes que vivir.

Nuevamente el Magistrado lo miró largamente y en silencio. Más tarde se puso de pie, y los guardias se colocaron en posición de firmes, al igual que los hinchados generales, que también se habían levantado a la par de aquél. Fue hasta la ventana, donde hizo un ademán imperioso a los dos prisioneros para que avanzaran. Andrew trató de erguirse, pero sus piernas se negaron a sostenerlo. Los guardias lo levantaron arrastrando y arrancaron a Christian de su asiento.

El Magistrado descorrió las grandes cortinas azules y los guardias empujaron a los prisioneros contra las amplias ventanas. Había un patio iluminado por la luna y los grandes focos que cegaban. Ocho hombres que no eran capaces de tenerse en pie, medio sin conocimiento, estaban atados a otros tantos postes, ocho hombres a quienes se había hecho hablar a fuerza de tormento, ocho milicianos y amigos de Andrew. A tres metros de distancia de ellos se veía a los ocho guardias vestidos con uniforme caqui, preparados los fusiles. Un oficial se hallaba cerca. La habitación no tenía nada de subterránea, sino que era a prueba de sonidos.

Al volverse hacia Christian, luego de haber observado un instante, Andrew volvió a recibir esa vigorosa sonrisa de valor. Después se volvió hacia la ventana. El oficial levantó la mano, resonaron los disparos y los hombres atados a los postes quedaron exánimes. Andrew se sintió desfallecer, pero sus labios se apretaron con fuerza y oró por las almas de los que habían sido débiles. Ya no experimentaba cólera contra ellos. Era simplemente que algunos hombres contaban con un umbral detrás del cual no podía levantarse ninguna fortaleza, no importa cuál

fuere su resolución. Cada individuo poseía su orgullo y su precio, que no era por necesidad dinero, soborno ni ofrecimiento de piedad. En ocasiones hacíanlos traicionar demasiada sensibilidad, demasiado cansancio o desesperanza. Lo espantoso de la vida misma podía quebrantar el espíritu del hombre, allí donde no lo lograba la tortura. Las gruesas cortinas de seda fueron corridas y el patio desapareció de la vista.

El Magistrado tomó asiento sin ningún comentario. Los guardias volvieron a arrojar a Christian y a Andrew sobre sus asientos. El Magistrado apoyó la barbilla en la palma de la mano, sin dejar de observar gravemente a los detenidos. Su mirada parecía atravesarlos, estudiarlos y sopesarlos. Al cabo de largo tiempo pareció satisfecho. Se alisó delicadamente el cabello.

—James Christian, profesor de historia, estudiante de filosofía. Es usted hombre joven y tranquilo, Christian. Como le he manifestado antes, tenemos también bajo custodia a su mujer; a sus hijos. Nos ha dicho que no le preocupa y que está dispuesto a morir. Le prevengo, lo mismo que a su amigo aquí presente, que esa muerte no les resultará tan fácil. Lo saben, ¿verdad? Antes de morir, verán hacerlo a sus esposas e hijos, y no será cosa de pocos instantes. ¿Están preparados para ello?

—Sí —dijo Christian en voz baja.

—Sí —contestó Durant con voz algo más apagada.

—Hagan que sean atendidos en el acto —dijo el Magistrado, vuelto hacia los guardias—. No queremos que mueran sin haber hablado. Que se les proporcione nuevas ropas y les den de comer, un poco de whisky y una taza de café. Que estén listos para comparecer otra vez a mi presencia dentro de media hora.

Eran las diez de la noche y una dulce tibieza se cernía en el aire húmedo, incluso en esa gran ciudad, pues soplaba la brisa del mar. Pero Nueva York habíase vuelto completamente silenciosa a esa hora por ser ilegal que los vehículos particulares se hallaran en la calle después de la misma, no sólo con el propósito ostensible de «economizar nuestros recursos nacionales de gasolina, petróleo y caucho», sino con el fin verdadero de evitar que la gente «subversiva» se congregase en lugares secretos. A los vehículos destinados al transporte público de pasajeros, les era permitido recorrer hasta una hora más tarde las calles principales, tales como Avenida Presidente Roosevelt, otrora conocida como Sexta Avenida y luego Avenida de las Américas, junto con Broadway y la Quinta Avenida. (Era una falta designar a aquella arteria con cualquiera de sus dos nombres anteriores, particularmente el de Avenida de las Américas, ya que Washington se hallaba a esa altura seriamente ocupado en resolver qué país sudamericano sería el próximo enemigo en la Quinta Guerra Mundial.) Sin embargo, hasta los pocos vehículos de transporte público cuyo recorrido permitíase, llevaban en su interior un guardia oficial uniformado para intimidar, ya mediante el ceño fruncido o el ademán de blandir su cachiporra, a cualquier atrevido que osara entablar conversación con su compañero de viaje. La conversación casual podría ser ambigua y cargada de traición. Por esa misma razón no era permitida ni aun entre marido y mujer ninguna conversación en lengua extranjera que el guardia fuese incapaz de comprender. En consecuencia, el transporte público era conducido en silencio, incluso en el subterráneo.

A la puerta del enorme edificio oscurecido de la calle Cuarenta y dos, aguardaba un automóvil grande, negro, con el techo de vidrio oculto por cortinas igualmente negras. Resultaba casi

invisible en aquel lugar, ya que para «economizar corriente en la actual emergencia», pocas eran las lámparas a las cuales se permitía consumir la preciosa fuerza eléctrica. Bien lejos, calle abajo, la Quinta Avenida no era sino un débil rociado de pálidas luces, nebulosa en la atmósfera primaveral.

Andrew Durant y James Christian habían sido reparados físicamente y recibido cada uno una camisa limpia. Pero ningún intento se produjo para entablillar el brazo fracturado del primero, quien comprendió que eso no era necesario. Era la última noche de su existencia. Sin embargo, uno de los guardias levantó con brusquedad la mano del brazo roto y la introdujo en el bolsillo de Andrew, durante lo cual casi se desmayó de nuevo. Empujado hacia una silla, recibió un vaso de un líquido peculiar, muy rojo y transparente, que parecía ser vino. Lo bebió insensiblemente y supo que no era vino en absoluto. Su sabor era algo curioso, aunque nada desagradable y hasta le hizo cosquillas en la lengua hinchada. Llegó a la conclusión de que no se trataba de alcohol, aun cuando casi en el acto experimentó un fuerte calor que se extendía desde el estómago a cada uno de los nervios de su cuerpo. Al levantar la mirada, observó que también Christian bebía un vaso de ese fluido. ¿Veneno? Probablemente no, pensó Andrew, deseando sombríamente que lo fuese.

Cuando los dos hombres fueron conducidos de regreso al enorme y cálido recinto que era despacho de Arthur Carlson, encontraron al Magistrado sin otra compañía que sus dos guardias escogidos. Hizo un ademán de cabeza a los prisioneros, como si estuviera satisfecho.

—¿Han sido llamados Dickson y Tyre? —inquirió brevemente, luego de haber mirado a uno de los guardias. Cuando

uno de éstos hubo contestado que los individuos mencionados esperaban afuera en el vestíbulo, volvió a asentir con un movimiento de cabeza, antes de observar a Durant y a Christian.

—Esta es vuestra última oportunidad —dijo con su voz indiferentemente amable—. ¿Ha cambiado alguno de manera de pensar?

En vez de contestarle, los otros dos los miraron llenos de aborrecimiento. El líquido que bebieron, les había proporcionado cierto valor y seguridad extraños.

—Bien, entonces —prosiguió el Magistrado, como con sentimiento—• tendré que llevarlos de aquí. Las ventanillas de mi automóvil no están cubiertas con cortinas. Contemplan la ciudad por última vez, pues me temo que ninguno de los dos volverá a verla.

—No deseamos volver a verla —habló Christian— mientras usted y la Democracia ocupen el poder. Todos ustedes han vuelto este país tan indigno y brutal, lo han rebajado tanto, al extremo de perder toda su esperanza, que resulta imposible habitarlo a todo hombre decente. Estamos enterados de la cantidad de suicidas, Arthur Carlson. Sabemos que por lo menos ocho mil ciudadanos norteamericanos se matan todos los meses, no en las prisiones, tampoco bajo la amenaza de vuestra policía y guardias del estado, sino tranquilamente y en sus propios hogares, porque los de vuestra calaña han hecho imposible de sufrir este mundo, no sólo en Estados Unidos sino en todo el universo.

—Sí, gente débil —dijo el Magistrado algo divertido— no apta para la fuerte y nueva vida por nosotros implantada, donde cada uno tiene lo necesario para sus necesidades y donde todos

han de trabajar para su país. —Luego agregó, severamente:— Christian, si no los hubiera sabido traidores antes, los conocería ahora. Vuestros milicianos revolucionarios destruirían en el acto nuestro esfuerzo bélico y nos harían impotentes ante nuestro enemigo.

—¿Qué enemigo? —inquirió Durant con apasionado desdén—. Vencimos a Rusia en la Tercera Guerra Mundial, y aunque está aplastada y se ha retirado más allá de sus ciudades devastadas y está llena de malignidad... como ustedes... ya no constituye amenaza para nosotros. Ya no nos es posible rearmar a Alemania y Gran Bretaña de manera que luego podamos combatirlos, como fue el caso en la cuarta guerra mundial. No poseen el poder requerido para ello. ¿Quién figura ahora en la próxima lista de enemigos: Brasil, Chile, Argentina? ¿Cuánto tiempo cree que nos llevará armarlos de manera que luego podamos combatirlos? ¡Sí, siempre tienen que realizar algún «esfuerzo bélico»! Los tiranos se perpetúan con la guerra. También sé de política y de economía.

—¿Y cuánto tiempo —inquirió Christian pesadamente— podrá el pueblo norteamericano armar y luego combatir «al enemigo»? ¿Cuánto podrá resistir?

—Creo que durante mucho tiempo —dijo el Magistrado, sonriente—. ¿Cuánto les parece a ustedes, por ejemplo?

Ninguno de los dos contestó la pregunta, por lo que lo hizo él mismo, de manera algo divertida:

—Lo ha soportado alrededor de cincuenta y tres años sin la menor queja. Hubo alguna leve agitación, diez años atrás, cuando nos anexionamos México y Canadá, pero ésta se apagó

antes de un mes. Con nuestra ayuda. No, el pueblo norteamericano jamás se ha lamentado de ninguna guerra, por la sencilla razón de que, al igual que otros pueblos, disfruta de ella, aun cuando lo haya privado de lo que llamaba «sus libertades». Dése a una nación una guerra y se privará gustosamente del sentimentalismo de la libertad. Conoce bien su historia, ¿verdad?

Los dos guardias corpulentos junto a la puerta escuchaban impasibles, fija la mirada en el vacío, cual si fueran de hierro y no de carne y hueso.

La historia, pensaba Christian. La de los tiranos era siempre más vivida que la de los santos, los héroes y los hombres de buena voluntad. El relato de un soldado es siempre más interesante que el de un mártir, los hombres prefieren realmente la lectura de los crímenes del asesino a las acciones del hombre virtuoso. ¿Existía algo fatalmente erróneo, fatalmente dañino en el corazón mismo del alma humana, algo tan monstruoso que era imposible extirpar o ahuyentar mediante la oración? ¿Quién oía pronunciar el nombre de Cristo esos días? ¿Era eso, y toda la agonía, la desesperación y el tormento del mundo actual, resultado de una terrible falla en el espíritu humano?

Una desesperanza nauseabunda y enfermiza se apoderó de Christian entonces.

—Ya veo lo que piensan —dijo el Magistrado Carlson—. Me agradan los individuos inteligentes, aunque sean enemigos de Norteamérica y traidores a su pueblo. Si vuestra manera de pensar no se hubiera vuelto corrompida y desviada, habríais ido bastante lejos con nosotros, Christian.

—Hasta los profundos infiernos —dijo Andrew Durant.

Christian le sonrió al dirigirle una mirada fugaz. Muy pocos quedaban ya en Estados Unidos, pero esos pocos podían ser poderosos. ¿Cómo podría haber olvidado todos esos millares de hombres y mujeres de toda Norteamérica que, en millares de lugares ocultos, hablaban durante la noche a los confusos, desesperados, perdidos y esclavizados? Con gran frecuencia descubriase a esa gente abnegada y se la asesinaba; ¡mas por cada uno de los caídos brotaban otros diez, como si salieran del suelo mismo! Él y Durant morirían, acaso dentro de una hora, tal como murieron los otros ocho. Pero ochenta ocuparían su lugar. Y ochenta veces ochenta, decenas de miles más, hasta que Norteamérica volviera a ser libre.

—Creo que mi automóvil espera —dijo el Magistrado.

Señaló a la puerta, que abrió uno de los guardias. Durant y Christian, agotados y silenciosos, pasaron a través de ella. Fuera veíase un gran vestíbulo, blanco, desprovisto y frío, con un guardia cada tres metros, mudo e inmóvil, con el fusil en la mano. Había otros dos individuos también, sin uniforme, pero provistos de armas. Los prisioneros los miraron torpemente. Parecían ser de la misma clase que el Magistrado, atentos, corteses, serenos y aristócratas. Se percataron de los prisioneros, mas a la manera que los caballeros de los mestizos. Pero se inclinaron sonrientes al hacer su aparición Arthur Carlson en el vestíbulo y ocuparon su lugar a los costados de Christian y de Andrew, con aire de disgusto.

Todos se dirigieron a lo largo del vestíbulo. El brazo fracturado de Durant habíase convertido en fuente de irritado dolor. Apretó la mano e hizo rechinar los dientes. Había resistido el tormento en las celdas de este edificio y sería irónico que comenzara a gritar de repente a causa del brazo. El hombro de

Christian lo rozó a modo de consuelo y en el acto resultó más fácil de sufrir el dolor.

Salieron en silencio a la calle, donde seis guardias escogidos se hallaban de servicio junto a la puerta. El aire húmedo y tibio acarició los rostros de los prisioneros y de improviso todo cuanto hubiera acontecido fue menos terrible que el perfume de libertad. A los hombres que se hallan a un paso de la muerte, pensó Durant, nunca debería permitírseles contemplar el sol, sentir el aire o ver una luna como ésa. Todo ello volvía su sufrimiento más intenso.

Una vez abierta la puerta del automóvil por uno de los guardias, hizo su entrada en el vehículo uno de los hombres que había esperado al Magistrado. Christian y Durant lo siguieron. El otro desconocido bajó un asiento plegable y lo ocupó. Llevaban las armas en la mano. En el asiento delantero hallábase sentado, erguido, el chófer uniformado, junto a un guardia. El Magistrado ocupó un lugar entre ambos. El vehículo partió para la Quinta Avenida a lo largo de la calle Cuarenta y dos, en medio del silencio de la ciudad enmudecida.

Los dos guardias escogidos quedaron de pie, solos, en el despacho del Magistrado., Al oír cómo se cerraban las puertas, supieron que se hallaban solos. Sería medianoche antes de que fuesen relevados. El más alto de los dos movió nerviosamente el pie. No conocía al otro guardia, ni siquiera por su nombre, pero ese movimiento atrajo la atención del compañero, quien lo miró con un leve giro de la cabeza.

El primer guardia cambió de posición el fusil, como si se hubiera vuelto algo pesado. El otro lo observó, alerta. El primero cambió de brazo el arma y suspiró, mirando esperanzado el

reloj dorado sobre la repisa de la chimenea. Luego, con gran descuido, se rascó la oreja derecha con el índice del mismo lado. El otro continuó observándolo, pero ahora su mirada se agudizó.

El primer guardia emitió un gran bostezo y murmuró, después de haber contemplado el reloj otro instante:

—Sólo un minuto. ¡Uno contempla el reloj y no camina sino un minuto!

El otro guardia sonrió levemente. También cambió su fusil al brazo izquierdo. Se rascó la oreja, del mismo modo que hizo el otro. Se examinó el dedo, pensativo. El primer guardia lo observó, del mismo modo que había sido observado él mismo.

—Sólo un minuto —dijo el segundo guardia, que elevó el dedo derecho y lo hizo desaparecer.

—Pero el tiempo transcurre, minuto a minuto —dijo el primer guardia—. Nos relevarán a medianoche.

Se miraron, sonrientes. Colocaron sus fusiles en posición ordenada y se pusieron a mirar al vacío, sin volver a hablarse. Pero ahora ya no eran hombres de Neanderthal.

Debido a las guerras, no había habido dinero durante los últimos veinte años para reparar las calles ni erigir nuevos edificios, con excepción de los del gobierno. En consecuencia, la Quinta Avenida era una masa llena de cráteres, lo mismo grandes que chicos, recipientes que ahora contenían agua de las últimas lluvias. Esos espejos negros reflejaban la luz mortecina de las ocasionales lámparas del alumbrado público y los fragmentos de la luna. Las magníficas tiendas y teatros de dos décadas atrás, habían degenerado en informe montón de ruinas,

por no existir mercaderías de lujo. Pocas personas, incluso aquéllas dominadas por la desesperación, asistían a los teatros de la Democracia, que monótonamente servían interminable doctrina en los escenarios, en forma de comedias. (Los empleados gubernamentales, en gran cantidad, por cierto, eran alentados para que asistieran con regularidad, pero ni aun ellos sentíanse capaces de soportar un teatro depravado.) Los grandes cinematógrafos desplegaban algunas luces pálidas, pero Hollywood habíase convertido largo tiempo ya en parte del Departamento de la Nueva Educación, siendo los productos ofrecidos al pueblo tan carentes de arte, de alegría y de todo interés humano, que chillaban, gritaban y vociferaban el sentimentalismo prescrito a los asientos vacíos.

El Empire State Building, el Chrysler Building, Radio City y otras construcciones tan magníficas de Nueva York, habían sido reconvertidas para uso del gobierno. Todos los demás edificios miraban ciegamente a la luna cual monumentos enormes y ciegos, de modo que las torres gubernamentales entre ellos semejabán flechas de luz. Detrás de sus ventanas, los miles y miles de hormigas diabólicas maquinaban y afanábanse trabajosamente, sin dormir, el semblante fijo y fanático, activas las manos con archivos, teléfonos y montañas de papel. De sus innúmeras oficinas partían veloces nuevas directivas, restricciones, opresiones y crueldades, hora tras hora, como una corriente siniestra y ponzoñosa.

El automóvil del Magistrado deslizábase con precaución a lo largo de la Quinta Avenida, ya que los cráteres traidores y llenos de agua podrían destruir con facilidad una cubierta y hasta quebrar el mejor de los amortiguadores. No se veía sino alguno que otro autobús mal alumbrado, acurrucados los pasajeros en

sus asientos. Había falta de sonido en esta ciudad, otrora tan llena de ellos. Había sido como acallada por una plaga mero-deadora. Algunas personas movíanse en las aceras, si bien estaban mudas a su vez. Sus pisadas apenas resonaban sobre las losas rotas y su eco era como ejército desesperado en retirada. Las ventanas oscuras a lo largo de las cuales pasaban, reflejaban sus masas silenciosas como podían haber sido reflejados los espectros, carentes de facciones, informes e irreales.

Al observar Andrew Durant sombríamente a través de la ventanilla del automóvil, y ver cada grupo que desfilaba a la luz pálida de alguna lámpara, se percató de que cada hombre o mujer mostraba buen cuidado de inclinar la cabeza y hacer que sus facciones reflejaran la debida expresión del momento: docilidad y sumisión. Algunos se humedecían los labios para darles la forma requerida, obedientemente. Unos parecían encojerse dentro de sus ropas deterioradas, como para escapar de las miradas del censor. Caminaban pesadamente, sin cambiar palabra con su vecino, pisando con cuidado por encima de los rotos cordones de las aceras, apresurándose de acá para allá como animales en demanda de refugio.

Tal vez fuera su conocimiento de que pronto habría de morir lo que hizo que Andrew Durant contemplara a los otros de manera tan aguda y detestándolos de improviso. Esos hombres y mujeres de más edad, esos hombres y mujeres de más de cincuenta años: ¿qué los había hecho traicionar a Norteamérica cuando jóvenes? En los días en que la nación había sido aún libre, sus padres habríanles enseñado las antiguas tradiciones de libertad y altivez de su patria. Y habríanlas enseñado sus maestros, sus ministros, sus rabinos y sus sacerdotes. La bandera habría tenido para ellos algún significado alguna vez. La

Constitución de Estados Unidos, la Declaración de la Independencia; ¡de fijo habría entre ellos quienes recordaran! ¿Por qué habían permitido, pues, que la Constitución llegara a ser puesta fuera de la ley? ¿Cómo habían desviado la mirada cuando sus artículos fueron devorados por las ratas, uno por uno? ¿No había existido una sola hora en que los hombres se rebelaran de corazón como tales y elevaran sus voces de protesta? ¿Acaso no había habido entre ellos un alma valiente, un alma viril y norteamericana?

Deslumbrado por el dolor, la ira y la desesperación, Andrew trató de recordar lo dicho por su padre. Hizo por recordar lo que le enseñaron tanto su padre como su clérigo, acerca de la grande iniquidad de Washington. Hubo un año de mil novecientos cuarenta y cinco, cuando Rusia había sido acogida por presidentes y generales como «nuestra noble aliada». Ello había tenido lugar luego de la segunda guerra mundial, ¿verdad? Sí, en efecto. E inmediatamente después de esos días de la guerra, Washington había prestado muchos millones de dólares a Rusia y le había alquilado sus flotas navieras y enviado toneladas de alimentos. También había existido alguna especie de plan, en virtud del cual habían sido remitidos a Europa innumerables billones de dinero del pueblo norteamericano para la rehabilitación de Europa. Los habitantes norteamericanos se habían visto abrumados de impuestos hasta la miseria a consecuencia de dicho plan, utilizado en gran manera por sus beneficiarios para armar a Rusia. Los muchos otros «nobles» aliados de Estados Unidos realizaron grandes y brillantes negocios con Rusia, en especial los de gobiernos socialistas. La bomba atómica había sido entregada a Rusia por espías norteamericanos que tuvieran acceso a los secretos estadounidenses. Todo lo cual había sido realizado —ese armar a Rusia y sostenerla

abiertamente— bajo la mirada benigna, aunque algo inquieta, de Washington. Y gran parte de ello había sido hecho con absoluto conocimiento de lo que ello significaba. ¡Sí, con completo conocimiento de su significado!

Luego, llegado el momento, se produjo el golpe de Rusia, no contra los amigos que la armaron y sostuvieron con dinero norteamericano, sino contra los propios Estados Unidos. En cuya hora, los «noble allies» habíanse declarado frenéticamente neutrales, a pesar de las Naciones Unidas.

Mas, según le dijera el padre de Andrew, la denegación del carácter norteamericano había tenido comienzo mucho antes. Toda la violencia de las guerras, todos los cínicos crímenes cometidos contra Estados Unidos, no fueron sino el visible florecimiento de la enfermedad innata que devorara mucho antes el poder del pueblo norteamericano. El vehículo continuaba rodando, mientras Andrew trataba de recordar, en completo silencio. No se mostraba desentendido de Christian, sentado a su vera, sino del Magistrado, del automóvil y de la gente de la calle.

Sí, ahora lo recordaba. Norteamérica había entregado su libertad, que la había hecho poderosa, fuerte y grande, aun antes de la segunda guerra mundial. Vio cómo se corroía esa libertad, desde los comienzos de la tercera década del siglo veinte, sin hacer nada para evitarlo. Ello habíase iniciado de manera sencilla y casual, con palabras muy grandilocuentes. Con el empleo odioso de la palabra «seguridad». Y en nombre de semejante fantasía, ese mito cargado de sueños, había sido asesinado el orgullo, la responsabilidad, la grandeza y la fuerza norteamericana de manera sistemática. '

¿Qué clase de individuos habían vivido allá en esa época, a poco de transcurrido el mil novecientos treinta, que con tanta ansiedad rindieron su soberanía por una ilusión y una mentira? ¿Quién había sido tan ansioso que creyera capaz al gobierno de resolverle los problemas que tan orgullosamente resolvieron una y tantas veces sus antepasados? ¿Se habían vuelto sus caracteres tan cobardes y depravados, tan enervados e indignos, que los ofrecimientos de subsidios de parte del gobierno eran más importantes aún que su libertad y su humanidad? ¿No supieron que el poder delegado en el gobierno se convierte en la cachiporra del tirano? Tendrían que haberlo sabido. Tenían que haber recordado su propia historia, así como la historia de cinco millares de años. Sí, con toda voluntad y a sabiendas, con pleno conocimiento, habíanse declarado incompetentes para dirigir sus propios asuntos y habían colocado sus vidas, pertenecientes tan sólo a Dios, en manos de seres siniestros que desde largo tiempo tramaban para esclavizarlos por medio de guerras, «directivas», «emergencias». Y en nombre del pueblo norteamericano, el pueblo norteamericano había sido hecho prisionero.

No fueron todas esas guerras, pensaba Andrew, y las exigencias de las mismas, las causantes de la cautividad de Norteamérica. Las guerras brotaban de la debilidad de los mismos pueblos, de su enfermedad y de sus fantasías. De no haber estado locos al principio, no habría habido guerra, ya que no habrían existido tiranos erigidos y sostenidos con su propio dinero y su mismo esfuerzo. No habrían prestado toda su energía, su vida y esperanza para la creación y luego demolición de «enemigos», para la búsqueda de nuevos enemigos después de haber subyugado al anterior. Por último, no se habrían con-

vertido en esclavos de un gobierno todopoderoso de Washington, de un monstruo fabricado por ellos mismos en sus sueños locos.

Incluso cuando el Partido Republicano fue puesto fuera de la ley y declarado «subversivo» en mil novecientos cincuenta y ocho, durante la tercera guerra mundial, la gente habíase negado a ver lo que debía ser visto. Ni cuando el Partido Comunista juntó de improviso fuerzas con el que entonces gobernaba en Washington, apoyándolo con gritos de júbilo, quiso ver el pueblo. Ya era demasiado tarde, entonces. La enfermedad habíase mostrado con todos sus síntomas fatales. Los hombres de voz valiente fueron encarcelados, llevados a presidio, conducidos al destierro y atormentados hasta la muerte.

Pero la enfermedad que había abatido a Estados Unidos produjo el mismo efecto en Europa, también. Todo el mundo estaba atacado, con excepción de los países sudamericanos. Éstos convirtieron su continente en campo armado, vigilando a Estados Unidos con una mezcla de disgusto, temor y resolución. Sabían que algunos de ellos estaban en ese instante siendo pesados y medidos en Washington, como enemigos en potencia. Norteamérica podría hallarse postrada, hambrienta, desesperada, llena de terror y desesperación, mas siempre poseía fuerza para una nueva y maniática guerra que perpetuara a sus tiranos e impidiera rebelar a su pueblo. Todas las uniones de trabajadores habían sido declaradas fuera de la ley hacía muchos años. El pueblo trabajaba, vacilante por el cansancio, doce horas diarias siete días por semana, para mantener la gigantesca máquina bélica creada por sus opresores. Y trabajaba insensibilizado y en silencio, como si fuesen bestias.

Andrew observó la muchedumbre silenciosa en las aceras y la aborreció. Pensó en los milicianos, que dedicaban su vida, junto con la de sus familias, a esos centenares de millones de animales que perdieran no sólo su mente, sino su espíritu. Los milicianos eran como un puñado de almas sanas en una vasta prisión de orates. Creían que era posible restaurar la cordura a este continente de asesinos, burócratas, esclavos, soldados y robots. Creían que Norteamérica podía volver a ser libre.

Pero Norteamérica no era digna de los milicianos, pensó Andrew. ¡No valía ni siquiera la vida de uno de ellos!

—¿Habló, Durant? —el Magistrado se volvió gentilmente en su asiento delantero para inquirir.

«No tengo que decir sino una sola palabra, pensó Andrew, dolorido y sudoroso y me dejarán partir. Dejarán en libertad a María y a los chicos y podría dedicar mis esfuerzos a la Democracia.» Una palabra, una sola palabra. ¿Qué era ese pueblo para que muriese por él, junto con su esposa e hijos? Podría hallar en algún lugar una isla de paz y de refugio.

James Christian volvió la cabeza para mirar a Andrew, quien vio su semblante sereno, amable y reconfortante, a la luz mortecina de una luz callejera. Advirtió su mirada, vigorosa y elocuente. Christian era también joven, e igualmente con mujer e hijos. Había mirado todas esas masas sin rostro en la calle, sin haberlas aborrecido, sino compadecido. Estaba dispuesto a morir por ellas.

—¿Habló, Durant? —repitió el Magistrado con voz interesada.

Andrew observó la gente que pasaba. De tanto en tanto veía una cabeza que no se inclinaba, un rostro que no adoptaba una

expresión sumisa. Un rostro joven, cansado pero pensativo. Sólo unos pocos, pero los había entre la multitud.

—No, no hablé —dijo Durant. A su lado suspiró James Christian, cuyo hombro lo rozó a manera de consuelo y comprensión.

El automóvil negro se arrastró a lo largo de la Quinta Avenida, yendo de un lado para otro de la calzada con objeto de evitar los pozos del pavimento. Justamente más adelante, como sabía Durant, se hallaban los bordes descuidados y arruinados del Central Park, donde jugaban durante el día chiquillos nerviosos y desnutridos, se acurrucaban mujeres desoladas en los bancos destrozados y se ocultaban, acechaban, comían y dormían durante la noche toda suerte de descarriados. Décadas antes había sido lugar de belleza y de esparcimiento. Ahora era poco más que una jungla plena de desechos, peligrosa durante el día y desesperada desde el momento mismo de la oscuridad, con sus senderos cubiertos de maleza, sus centenares de árboles arruinados, sus albercas atestadas de papeles viejos, ramas quebradas y basuras.

Ante alguna señal no advertida por los prisioneros, las cortinas negras cubrieron las ventanillas del automóvil, lo cual vino a sacar a Durant de su sombrío ensimismamiento. ¿A qué ocultar su destino a él y a Christian, cuando dentro de una hora, más o menos, serían muertos?

—¿Por qué hicieron eso? —dijo involuntariamente.

—Por razones evidentes —contestó tranquilamente el Magistrado.

Asombrado, Durant trató de ver el semblante de Christian, lo cual no pudo conseguir a causa de la poca claridad que se filtraba. Sin embargo, se percató también del estremecimiento de sorpresa de su compañero. El brazo le latía y quemaba de dolor, pero no hizo caso, y casi lo olvidó. Una vez más se esforzó para ver el rostro de Christian. El vehículo comenzó a girar, siguió un trecho, dobló otra vez y, al parecer, tomó el camino de regreso.

—No hay nadie —murmuró el chófer.

El Magistrado asintió con un movimiento de cabeza.

El automóvil se detuvo entonces. Fueron abiertas las puertas y Durant vio los uniformes de los guardias escogidos. La calle hallábase oscura y desierta, aunque los guardias recorrían las aceras con su correspondiente armamento. Solamente alguna luz callejera mostraba acá y allá el reflejo de los fusiles; estaba todo tan silencioso que las pisadas de los guardias eran reflejadas como eco por el frente de los edificios. Los dos prisioneros trataron de averiguar el lugar en que se hallaban, pero era una vecindad desconocida. Las manazas de los guardias se posaron sobre ellos y, con gran confusión de parte de Durant, no lo asieron con brusquedad.

—Cuidado, tiene un brazo roto —dijo el Magistrado, tras de lo cual fue ayudado a descender del vehículo con precaución.

Christian se hallaba ya sobre la acera y Durant pudo ver entonces su rostro, que reflejaba inexpresivo asombro. Ambos contemplaron sombríos la casa que tenían delante, estrechamente custodiada y sin luz en las ventanas. Uno de los guardias sostuvo el brazo ileso de Durant y le ayudó a cruzar la acera destrozada. Durant miró al Magistrado y a los tres desconocidos

que eran sus acompañantes, todos los cuales sonreían apenas. Luego, precedidos por el Magistrado, ascendieron la escalinata destrozada del edificio, de manera viva y silenciosa. Fue abierta una ancha puerta y Durant vio otra vez a los guardias, así como el vestíbulo, amplio y de techo elevado, de lo que otrora fuera una mansión. Una luz mortecina y azulada salía en forma vacilante del cielo raso. Tropezando ligeramente, Durant vio cómo se cerraba la puerta velozmente tras ellos. Un guardia abrió otra interior y ambos prisioneros fueron empujados, casi con suavidad, a la repentina y deslumbrante blancura de lo que parecía una sala de operaciones quirúrgicas de tamaño reducido.

Dos hombres, ataviados con el blanco uniforme de médico, se pusieron de pie en el acto. Deslumbrados, los prisioneros observaron a su alrededor. Oyeron el abrir y cerrar de la puerta otra vez y quedaron solos con los dos hombres de blanco, uno de ellos de cierta edad, y los dos guardias. En el centro de la habitación veíase una mesa de operaciones y un tanque con anestesia y los elementos usuales de una clínica quirúrgica, detrás de puertas de vidrios.

Los doctores sonrieron a los prisioneros, no de manera profesional, sino amistosamente. El más joven levantó una botella cromada, cuyo contenido burbujeante vertió en dos vasos que los prisioneros tomaron confundidos.

—Bébanlo —dijo el más viejo de los médicos, moviendo la cabeza— pues eso los refrescará.

Durant miró con fijeza la mesa de operaciones. ¿Serían medios diabólicos de tortura? Pero eso tampoco importaba. La capacidad humana tenía su límite. Los dos prisioneros bebieron el

líquido, que resultó fuerte y casi caliente para la lengua y la garganta. En el acto se sintieron fortalecidos.

—Hagan el favor de tomar asiento —dijo el más viejo de los doctores, con gran viveza. Asió unas tijeras, y en tanto Durant lo observaba, estupefacto, cortó con gran suavidad la ropa que cubría el brazo fracturado, dejando al descubierto la herida, hinchada y purpúrea. El doctor frunció el ceño y meneó la cabeza. A una señal dada a los guardias, éstos colocaron a Durant sobre la mesa de operaciones, obligándolo a tenderse en la misma. El más joven examinaba con gran atención la herida de Christian.

El más viejo hizo una seña a uno de los guardias, quien inmediatamente aplicó una máscara al rostro de Durant, que luchó contra la misma, haciéndola a un lado con la mano izquierda. Le fue sujeta esa mano. Durante unos segundos miró con gran intensidad al médico e inquirió sobre el motivo.

—¿Cómo vamos a operar y a colocar otra vez el brazo en su lugar sin anestesia? —fue la razonable respuesta—. ¿O prefiere que los tratemos con dureza?

La máscara quedó colocada con fuerza otra vez sobre el rostro de Durant, que en el acto se vio bajo los efectos de un gas muy rápido. Sus sentidos salieron como si flotaran en una tibia oscuridad, en la cual relucía una brillante estrella de dolor sin cuerpo.

Comenzó a soñar. Soñó que María se hallaba a su lado, besándolo llorosa; y que oía las voces de sus hijos. Hasta sintió el toque de la mano de María en su mejilla y el calor de sus cabellos sobre la cara. Luego desaparecieron de improviso ella y

los chicos; leves ruidos golpeaban sus oídos; sonidos confusos como de grandes voces. Por último, se redujeron a un murmullo y abrió los ojos.

Aún yacía sobre la mesa de operaciones, pero había desaparecido el dolor de su brazo. A través de una niebla, vio que estaba entablillado y cubierto por una venda. Le punzaba la carne del brazo izquierdo, la niebla se disipó y experimentó una oleada de fuerza y de bienestar. Miró a Christian, bien cubierto de parches y sentado junto a él. Un guardia lo ayudó a sentarse y contempló los rostros sonrientes de guardias y doctores.

—¿Se siente mejor ahora? —inquirió el mayor de los médicos.

Durant no pudo contestar. Ayudado a abandonar la mesa de operaciones, vino a descubrir con gran asombro la carencia de efectos en su organismo después del anestésico. Un guardia abrió una puerta trasera e hizo señas a los prisioneros con la cabeza. Cada vez más sorprendido, Durant se llevó la mano a la cara, vacilante. Tenía el rostro húmedo y entonces recordó su sueño. Tembloroso, siguió a Christian a la habitación inmediata, blanca y desnuda, que no contenía sino una mesa y algunas sillas. En aquélla había una sopera humeante, café, pan y manteca y algunas rebanadas de carne fría.

—Tienen media hora para comer —dijo el guardia.

Los prisioneros tantearon en procura de sus sillas, mirándose llenos de estupor.

—Media hora, y hagan el favor de no conversar —repitió el guardia.

Durant se volvió bruscamente hacia él. El semblante del hombre era grande, sereno y hasta indiferente. Durant miró entonces hacia la mesa. Christian estaba sirviéndole la sopa con el cucharón y él tomó la cuchara con torpe movimiento de la mano izquierda. En el acto descubrieron que los dos tenían mucha hambre y comenzaron a comer aprisa y con gran voracidad.

En el ínterin, el guardia los veía comer pensativo y observando que ambos hombres cambiaban miradas elocuentes y extraviadas. Introdujo los dedos en el cinto y se movió intranquilo.

—¿Cómo va ese brazo? ¿Mejor? •—inquirió.

—¿Por qué lo volvieron a su lugar? ¿Por qué nos dan de comer? —inquirió con presteza vuelto hacia el guardián.

—Les quedan diez minutos aún —fue la respuesta, sonriente. Durant observó por vez primera su voz fuerte, llena de interés y hasta de simpatía. El guardia vino hasta la mesa, levantó la pesada cafetera, y con gran cuidado llenó los jarritos de un líquido oscuro y humeante—. Vale cinco dólares la libra —dijo, como si reflexionara—. ¿Cuándo bebieron café auténtico por última vez?

Lleno de estupefacción, Durant no supo qué decir. Entonces se le ocurrió que eso formaba parte del complot. Era menester tranquilizarlos, lo mismo a él que a Christian, para hacerlos caer en una trampa. Frunciendo el ceño al amigo, meneó la cabeza para prevenirlo, mientras llevaba el jarrito a los labios. Su sabor era delicioso y traía memorias infantiles de la casa paterna y la cocina de su madre. ¡Su padre, probablemente asesinado, y su madre, que habría muerto de dolor! Dejó el jarrito

sobre la mesa y por vez primera afluyeron lágrimas a sus ojos. Vio que Christian lo miraba con tristeza.

—Ha transcurrido el tiempo —dijo el guardia abriendo la puerta.

Los prisioneros volvieron a ver el vestíbulo posterior. El guardia abrió en ella otra puerta y apareció ante los dos hombres lo que originariamente fuera un salón de la mansión, de techo alto, intensamente alumbrado y cálido. Pero todas las ventanas habían sido suprimidas y oíase en cambio el murmullo del aire renovado y caliente, que circulaba a través de los conductos.

Un dosel parecido al estrado del orador veíase a un extremo del lugar, y debajo del mismo una mesa grande y cierto número de sillas. Detrás del dosel había dos grandes banderas.

—¡Mire! —exclamó Durant, que se detuvo de improviso y señaló agitadamente con la mano. Christian exclamó a su vez y ambos permanecieron de pie, fija la mirada y resistiéndose a creer. Porque una de las banderas era la grande y desaparecida de los Estados Unidos de Norteamérica, flameando con todo su antiguo esplendor de franjas rojas y blancas, sus estrellas resplandecientes, la vieja bandera abolida veinte años atrás en favor del andrajo deshonorado que era la de la Democracia de Norteamérica, con su fondo sangriento y su única estrella abortada. Un poco más abajo y flotando gentilmente, veíase la bandera de los milicianos, con su fondo color blanco y el escudo azul con su nivea luna en cuarto creciente sobre dos rifles cruzados.

Luego de su primera exclamación, los dos prisioneros permanecieron petrificados y presos de insufrible agitación. El guardia pasó ante ellos para ofrecerles después dos sillas que retiró

de la mesa. Tropezando, y sin desviar la mirada de las banderas, los prisioneros se dirigieron hacia los asientos. Entonces el guardia fue a instalarse de pie junto a la única puerta, dando frente a las mismas banderas.

¿Sería una trampa? Durant se volvió hacia Christian con ademán impetuoso y sin poder contener la voz.

—¡Las banderas! ¿Qué hacen en este lugar? ¿Dónde estamos? ¿Qué significa todo esto?

—Creo que comienzo a comprender —habló Christian pensativo—. Pero, ¿por qué mataron a nuestros ocho amigos?

—Pero, ¿por qué han preparado todo esto? —inquirió Durant, moviendo un poco su brazo entablillado—. Debe tratarse de una trampa. —Meneó la cabeza una y otra vez.

—¿Para quién? —inquirió Christian—. No para nosotros, de seguro. Bien sabían que jamás hablaríamos.

—Crean que lo haremos con esta mascarada —fue la sombría respuesta. Durant volvió a fijar la mirada en las banderas y algo se quebró en él inmediatamente y con un dolor insufrible. ¡La bandera de los Estados Unidos de Norteamérica, destruida de manera tan completa como lo fuera la Constitución, deshonrada y ensuciada! Revoloteaba bajo una nueva corriente de aire salida de los conductos y parecía levantarse orgullosa, como algo con vida, algo que después de todo no había sido muerto, a pesar del edicto que convirtiera en grave delito el tener, aunque no fuera más que una fotografía de la misma. ¿Cuántos niños estaban enterados de que jamás hubiera existido semejante bandera en la nación? ¿Cuántas decenas de miles, sí, mi-

llones, de jóvenes perdieron la vida bajo la monstruosa bandera de la Democracia de Norteamérica, sin haber conocido jamás esas barras, esas maravillosas estrellas, esa masa de resplandeciente color y majestad? Durant inclinó la cabeza contra el pecho y sus negros ojos se inundaron de lágrimas.

Oyó cómo se abría la puerta. Varios hombres, encabezados por el Magistrado, hicieron su entrada silenciosos y sin mirar a los prisioneros una sola vez. Aunque Durant oyó sus pisadas tranquilas no levantó la cabeza. Luego oyó exclamar a Christian con voz apagada:

— ¡Mire! ¡No es posible!

Durant pestañeó fuertemente. El Magistrado se hallaba en el estrado y las banderas se agitaban a su espalda. Los hombres que lo acompañaran sentábanse ante la mesa, alrededor de los prisioneros y dando frente al Magistrado. Durant los observaba y era como si mirara a los muertos, porque así los había creído. Ahí estaba su padre, más joven y vigoroso, que apareciera en sus recuerdos, así como el padre Vincent Martin, a quien se supuso ejecutado ante su insistencia en enseñar a los niños su antigua religión; también el profesor Alan Williamson, quien, tres días antes de su «muerte», osara leer la Constitución proscrita a sus alumnos del último curso de la universidad de Columbia; por último, el doctor Herbert Vogelsang, detenido en el colegio Yeshiva por recitar en su totalidad la Declaración de la Independencia a sus alumnos.

—¡Papá! ¡Padre Martin! —murmuró Durant roncamente. Pero ellos no le hablaron, aunque él medio se levantó de su asiento. No hicieron sino mirar intensamente al Magistrado y esperar su palabra.

Christian había reconocido igualmente a viejos parientes y amigos entre esos doce hombres a quienes daba por muertos. No dijo nada, pero las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y sollozó fuertemente. Tocó en el hombro a Durant, a la vez que señalaba. Todos los hombres lucían en su sobria solapa negra la insignia de los Milicianos, la pequeña y reluciente estrella esmaltada, blanca y azul. Christian señaló luego también al Magistrado, que a su vez llevaba la insignia.

El Magistrado paseó su grave mirada por todos, sonriendo levemente. Luego de haber abarcado a los dos prisioneros con dicha mirada, permaneció con la vista fija únicamente en ellos. Era Arthur Carlson, el funcionario criminal de los tiranos que se adueñaron de Norteamérica, pero era a la vez Arthur Carlson con la bandera azul y blanca de los milicianos sujeta a manera de condecoración heroica sobre el pecho.

—Durant, Christian —dijo, y su voz era firme y robusta—. Nosotros, que estamos a punto de morir, os saludamos a los dos, que igualmente os halláis cerca de la muerte. Tal vez no muramos esta noche, ni mañana, ni la semana que viene, ni el mes próximo y ni siquiera el otro año. Pero moriremos. No hay en este recinto un solo hombre que no sea norteamericano y valiente, pero morirá. Por Norteamérica. Vosotros dos os habéis mostrado dignos de estar en esta compañía. De no haber sido así, habríais sido fusilados con los ocho amigos vuestros, quienes no tuvieron la fortaleza final para enfrentar a la muerte sin traicionar a sus camaradas. Fueron hombres buenos y honestos norteamericanos. Pero en el último momento no se condujeron como milicianos.

Durant y Christian no pudieron sino mirarlo con asombro, aunque el segundo asintió con la cabeza en varias oportunidades como si se confirmara algo a sí mismo.

El Magistrado se volvió y luego se aproximó a la antigua bandera. Arrodillado, la besó con reverencia. Se puso en pie delante de la de los milicianos. Todos los demás se levantaron de golpe y Christian ayudó a levantarse a Durant. El Magistrado saludó a la bandera azul y blanca, y lo imitaron los demás, incluso el guardia uniformado de la puerta. Luego se acercó el Magistrado al dosel otra vez y todos se sentaron, sin dejar de observarlo en silencio entretanto. Allí se mantuvo de pie, redimido su odioso uniforme por la insignia de la casaca, duro y brillante el rostro bajo la potente luz pendiente sobre él.

—Somos hombres desesperados que luchamos por una causa desesperada —dijo—. No puede haber escrúpulo, debilidad, terror ni egoísmo entre nosotros. De ahí que matemos al débil, al que traicionaría tanto a nosotros como a nuestro país esclavizado, y descubramos al hombre heroico y lo traigamos a nuestro lado. No osamos proceder de otra manera, pues tenemos un solo objetivo... la salvación de Norteamérica. Todos y cada uno de nosotros somos Abogados del Diablo, ya que cada uno de nosotros debe usar el uniforme de los asesinos y en su nombre oprimir y oprimir hasta que el pueblo sea incapaz de sufrirnos y tenga que matarnos para librarse de las cadenas. No hay esperanza para nosotros, ya sea de parte de nuestros amigos o enemigos. Tampoco promesa de vida, ya que seremos muertos, bien por los primeros o los últimos. No tenemos sino nuestro conocimiento de que Norteamérica será liberada y que moriremos al liberarla.

A Durant le parecía que no había oído sino una voz en el mundo, y ésa era la de Arthur Carlson. Se oyó jadear a sí mismo y se le hizo un nudo en la garganta.

—Tanto Durant como Christian, poseerán otro nombre de ahora en adelante y olvidarán su antiguo nombre y su familia, así como los hombres que están con nosotros esta noche. Ninguno volverá a ver al otro, a no ser por accidente y en ese caso ni se reconocerán. Ninguno de los aquí presentes sabe, ni sabrá, lo que hace cualquiera de los otros. Los dos recibirán órdenes esta misma noche y ninguno sabrá del destino del otro. No les ofrezco sino su deber. No esperen nada que no sea su país. No vivan ni mueran sino por éste.

Sus ojos relucían como un fuego azul, mientras observaba a los dos hombres con gran severidad.

—El uniforme de la Democracia es el que lucirán los dos en adelante, hasta el día de su muerte. Con él morirán y serán enterrados, ya sea por la Democracia o por sus amigos. No recibirán ningún honor en vida, ni tampoco en su última morada. Porque nosotros, el corazón mismo de los milicianos, tenemos que olvidarlos, igual que ustedes nos olvidarán. Una vez que haya sido liberada, Norteamérica los recordará con odio y aborrecimiento, lo cual será bueno. Porque al recordarnos a todos nosotros, quizá no volverá a permitir que sea encadenada. Sé dónde está cada uno de ustedes, y dónde estará, pero ningún otro lo sabrá, con excepción de un solo hombre de Washington, que es mi padre y el mejor amigo del Presidente. Deben prepararse, pues, para la muerte. Porque ninguno de nosotros escapará a ella.

Durant se puso de pie y Christian hizo lo mismo a su lado. Los hombres alrededor de la mesa no se volvieron para mirarlos, pero sí Carlson, y durante un instante, un segundo tan sólo, sus ojos reflejaron compasión.

—Nuestros hijos, nuestras mujeres —dijo Durant.

—Están a salvo. Ya han sido conducidos a lugar seguro —dijo el Magistrado—. Dentro de pocos días se hallarán a miles de kilómetros de la ciudad y disfrutarán otros nombres. Pero ustedes tendrán que olvidarse de ellos.

Durant pensó en su sueño. ¡No lo había sido en absoluto! María había estado a su lado por unos instantes y sabía que no estaba muerto. Se volvió mudo hacia Christian, el cual asintió sonriente.

Durant miró entonces a su padre y a sus amigos, sin ver otra cosa que sus graves perfiles. Estaban con él en esta habitación sin poder hablarle, como tampoco él a ellos. Los dos prisioneros volvieron a tomar asiento y esperaron.

—A partir de esta noche son servidores de confianza, oficiales y magistrados de la Democracia —dijo Arthur Carlson—.quiera sean enviados, recibirán órdenes de exterminar y oprimir, atormentar y destruir. ¡Excédanse en el cumplimiento de esas órdenes, extremando su celo! Lleven al pueblo sobre el que tengan jurisdicción al enloquecimiento y a la total desesperación. No muestren piedad, pues de su crueldad depende la liberación de Estados Unidos. Cuando el pueblo se levante finalmente, impulsado por el nuevo coraje o la nueva desesperación, nuestra obra habrá sido completada y llegado la hora de nuestra muerte.

Al dejar de hablar el Magistrado, el silencio de la habitación se hizo intenso. De pie al borde de la plataforma, fue cual si hubiera en sí mismo toda clase de personalidad fundida en un solo fin, una dedicación. Todos los presentes lo contemplaban como a un hipnotizador. No había en él ningún color pronunciado, como no fuera en sus ojos, llenos de un poder azul profundo y una firme concentración. Sí, no había en él nada del fanático, ningún indicio del mal que existe en el fanatismo que había reducido a casi toda la tierra a la esclavitud. Durant y Christian sabían de la presencia allí de un hombre carente de futuro, que había entregado su vida a su país sin la menor duda y sin formular ninguna cuestión. Sabían de su renuncia al matrimonio y a los hijos. Y ahora comprendieron que lo había hecho por su fe, del mismo modo que los santos habían renunciado al mundo también por su fe.

«He realizado cuanto pude —pensó Durant—, pero lo que he hecho es nada comparado con lo llevado a cabo por él en los años de su vida. He disfrutado de algún amor y consuelo, pero él no ha tenido nada. No, estoy equivocado. Ha tenido y lo tiene todo. Es como el sacerdote, que se ha alejado del mundo en aras de un amor más grande y una dedicación superior. ¿Cuántos hombres son como él en Norteamérica? ¡Si fuera un centenar bastarían! Nos ha elegido para que le ayudemos porque tiene confianza en nosotros. Nos ha llamado a su fe y no osamos ser menos de lo que confía que seamos. No abriga la más leve duda de la salvación de Norteamérica, incluso en esta hora desesperada, aun en esta prisión. Empero, yo dudé. No soy apto para integrar las filas de quienes le sirven.»

Durant miró esa cara pálida y aristocrática, los ojos, la serena intensidad de la boca y los hombros, así como del cuerpo, y se sintió humilde e indigno.

Arthur Carlson volvió a hablar, esta vez solamente a los prisioneros.

—Nunca supieron ustedes lo que era y puede ser la libertad. Nacieron cuando Norteamérica había perdido ya gran parte de su libertad. Vinieron al mundo en una época de tiranos y cuanto conocen de libertad, de justicia y de todas las antiguas virtudes norteamericanas no es sino de oídas, a través de sus padres y maestros. Pero yo contaba dieciséis años antes de que el primer terror se manifestase en Estados Unidos. Nací el año mil novecientos diecisiete. De tal manera tuve casi dieciséis años de experiencia en un clima glorioso, libre y responsable. La paz no había sido desterrada como medio de vida y el hombre poseía dignidad. Respiré el aire de la libertad y por eso soy más rico que ustedes.

Los miró, lleno de compasión y tristeza, antes de proseguir:

—Ignoran lo que eso significa, pues han nacido en la esclavitud y vivido, en ella. Quizás en muchos sentidos sean mejores que yo. Porque en la esclavitud, y no habiendo conocido jamás la libertad, aún soñaban con ella, por ella se esforzaron y a ella le dedicaron su vida. Sí, son mejores que yo y que sus parientes y amigos que los rodean esta noche. Trabajamos por un mundo que hemos conocido; ustedes, por otro que esperan crear. Giramos contra el pasado y ustedes contra el porvenir. Nos sentimos humildes ante ustedes porque tuvimos lo que tuvimos, en tanto ustedes no han tenido nada. Nuestro valor y nuestra

fe, pues, se funden en un hermoso sueño, y los sueños constituyen la verdadera sustancia de la vida. Sus maestros les han dicho mucho acerca de Norteamérica, su libertad, y por último, su esclavitud. No oirán nada más sobre ello porque estarán solos a partir de esta noche. En consecuencia, he de referirles lo que sé de Norteamérica tal como era antes de mil novecientos treinta y tres, y en qué se ha convertido. Espero que ello servirá para sostenerlos. Sé que así será.

»Antes de esa fecha, Norteamérica se ajustaba al código de la libertad, la dignidad y la responsabilidad del individuo. Por medio de ese código se hizo rica, fuerte y poderosa. En consecuencia, excitó no sólo el odio del resto del universo, mitad libre y mitad esclavo, sino de aquellos individuos de la nación misma que estaban ansiosos de dominarla. No es posible dominar y destruir una nación en tanto se halle en paz y posea fuerza y respeto por sí misma. Era necesario, entonces, destruir tales cosas. Mas que los del mundo exterior, fueron los hombres de los mismos Estados Unidos quienes vieron la necesidad de destruirlas para poder triunfar como déspotas.

»Todo ello fue ejecutado con la inteligencia y la villanía del maquiavelismo. En mil novecientos treinta y dos, el pueblo, mal guiado, eligió para presidente a un hombre cuya mente desviada resalta sobre el fondo negro de la historia a manera de conflagración.

»Antes de dicho acontecimiento no había integrantes del pueblo que se consideraran a sí mismos “comunes” o subprivilegiados. Todo individuo creía, y era dueño de toda la razón para hacerlo, que, mediante su propio esfuerzo, su valor, su esperanza y su trabajo, podría elevarse a una posición más elevada. Pero el año referido fue deshonorado y se hizo despreciable, al

aceptar el vergonzoso nombre de “hombre común” y prestarse a su culto.

»Como hombre común se definió al trabajador, ya fuere especializado o sin la menor especialidad. De esa manera, fue creada por vez primera una enorme clase artificial, a modo de instrumento de los déspotas en potencia. Vieron cómo se alzaban los muros a su alrededor y lo calificaron de “seguridad”. Escucharon a los dirigentes laboristas, parte del complot contra ellos, y se volvieron arrogantes, envidiosos, aborrecedores y exigentes. Los hombres libres detrás de aquellos muros fueron anatema para ellos y, siguiendo a sus amos como animales de estampía, se dieron a la destrucción. Era necesario destruir a esos hombres —la clase media— porque su misma existencia representaba un peligro para los tiranos. De tal suerte, y durante dos décadas, la clase media fue sistemáticamente hostigada, acorralada, amenazada y, en definitiva, condenada al exterminio. Y se la llamó “traidora” y “subversiva” porque hasta el último instante se negó a ser esclavizada.

Durant y Christian escuchaban absortos. Ya habían oído antes esa historia, pero al hablar otra vez de ella el Magistrado, lo hizo con vehemente encono y serena elocuencia, de modo que parecía un nuevo y terrible relato.

—Ya saben, jóvenes, lo que aconteció finalmente a la clase media. La prensa, ya esclavizada y rebajada a su condición de portavoz de los asesinos, exigió que los restos de la clase media tan altiva y tan firme, fuesen castigados como traidores por atreverse a levantar su voz contra las guerras interminables, los impuestos punitivos y la violación constante de la Constitución.

»Pero mucho antes de que se hubiese consumado este último acto, Norteamérica ya era esclava. Luego de las dos guerras deliberadas del siglo, que no habían sido capaces de labrar la total ruina del mundo, se tramó la tragedia definitiva. La Rusia comunista había sido agotada por la segunda conflagración mundial y sobre ella se depositaron las esperanzas de los déspotas y los tiranos. De manera que el presidente de los norteamericanos le envió billones del pueblo, directa e indirectamente, la armó, le dio alimentos y la alentó hasta que vino a convertirse en lo suficientemente fuerte para “combatir” y crear así otra guerra mundial. Bien sabían los tiranos de Rusia y de Estados Unidos a dónde se encaminaban. Y así se inició una era bien calculada de guerras declaradas y no declaradas, de absoluta confusión, de ruina bien trazada. En nombre de la “libertad” y la “seguridad”, Norteamérica se vio privada precisamente de esas cosas y la flor de la juventud pereció en multitud de campos de batalla. No fue puro accidente que los más vigorosos, los más inteligentes, los más jóvenes y mejor educados y preparados integraran por fuerza los enormes ejércitos. Su asesinato había sido hábilmente dispuesto, de modo que en Estados Unidos no quedasen sino los estúpidos, los débiles, los ansiosos de volverse esclavos, los inferiores, los ancianos, los cansados, los desesperanzados y los deshonorados, que no provocarían dificultades y que habían perdido el sueño de la libertad o no habían oído jamás hablar de ella.

«Sin embargo, los superiores insistieron obstinadamente en venir a este mundo. Fue necesario, pues, disponer su destrucción en cada generación o cada tantos años. De ahí que creáramos enemigos potenciales, los armáramos y estimuláramos para terminar combatiéndolos. A pesar de que son jóvenes, también ustedes lo conocen.

La voz del Magistrado permanecía serenamente uniforme, aunque en cierto modo misterioso era a la vez apasionada, llena de odio, de desesperación y de aborrecimiento.

«Pero los superiores siguen viniendo al mundo y aquí están. No muchos, en cantidades decrecientes. Pero en ellos debemos depositar nuestra fe. Tenemos que contar con maestros que los enseñen; hay que buscarlos y prestarles aliento. Debemos disciplinarlos y amenazarlos hasta que desaparezca de ellos todo vestigio de temor y estén dispuestos a enseñar y a combatir. Y ustedes, Durant y Christian, no son sino dos de ellos.»

¿Lo soy yo? pensó Durant, al recordar sus pensamientos mientras era conducido a lo largo de la Quinta Avenida. ¿Merezco que crea eso de mí?

Miró al Magistrado, quien le sonrió amablemente y dijo:

—Sí, Durant. Es usted de los nuestros.

Transcurridos unos instantes prosiguió:

—Aquellos excesivamente ricos no fueron perseguidos por Washington, ni eliminados, pues los déspotas conocen que ellos aborrecen la libertad para todos tanto como la detestan ellos mismos. Se les aplicó ligeros impuestos, si acaso, ya que se les necesitaba para la conspiración universal. Ni en Rusia ni en Norteamérica se levantó ninguna mano en contra de los mismos, sino fue buscada, y obtenida, su ayuda.

»Ahora llegamos a otro sector privilegiado de todas las poblaciones: los campesinos acaudalados.

»Tenía veintinueve años cuando visité en mil novecientos cuarenta y seis la postrada Europa, al término de la segunda guerra

mundial. En todos los países me refirieron la misma indigna y triste historia. Los habitantes de las ciudades, en especial la clase media, moría de hambre. Los campesinos, conocidos a lo largo de toda la historia como gente avara, concupiscente, sospechosa y despiadada, no habían sufrido de manera notable con las guerras. En verdad habíanse vuelto ricos, al retener con toda deliberación sus productos y cotizarlos luego a precios enormes. Los desesperados salían de las ciudades rumbo a la campiña llevando en sus manos y sobre su espalda sus últimos tesoros. Hasta se arrancaban el oro de sus dentaduras y las mujeres entregaban sus anillos de compromiso. Todo ello era trocado por pan, un poco de carne, leche para los niños desnutridos. Una hogaza de pan negro por un diamante; un jarro de leche por un juego de cubiertos de plata; los órganos de un animal casero por un valioso anillo; tiras de cuero por una obra maestra. Sí, los campesinos europeos se volvieron gordos, fuertes y ricos a través de su codicia.

»Los tiranos en potencia de Estados Unidos lo vieron y lo comprendieron. De ahí que se iniciara una desvergonzada campaña para halagarlos y mimarlos. El campesino se prestó, entonces, al esclavizamiento de toda la nación con entusiasmo, aceptando primas y subsidios del bolsillo del pueblo norteamericano y votando abnegadamente por los tiranos que fueron sus benefactores. La independencia y el orgullo de los rústicos norteamericanos había sido antaño la espina dorsal de la nación. Pero con toda voluntad entregó ambas cosas en aras del soborno, en los días perniciosos del siglo veinte, y se unió a sus amos en la explotación y opresión del resto del pueblo. En la actualidad es extremadamente poderoso, ya que de su producción depende la existencia del poder militar que en nuestro tiempo gobierna a Norteamérica.

«Contamos con una tercera clase privilegiada en Norteamérica, los técnicos, supervisores y administradores, quienes fueron anteriormente los genios que guiaron al comercio y a la industria. Hace unas tres décadas, muchos de ellos reconocieron la creciente amenaza del control gubernamental, que se llamaba a sí mismo “Bienestar del Estado”, y otros nombres eufémicos, tales como las diversas “Deals”. Hicieron lo posible para prevenir al pueblo por medio de los periódicos y de su propio pecunio, pero el pueblo se burló o no quiso leerlo. Más tarde, esos individuos heroicos fueron exterminados a causa de su negativa a cooperar en el proyecto de esclavización industrial de los trabajadores; pero aquellos que cooperaron con todo cinismo, conservaron considerable parte de sus riquezas, junto con sus privilegios. Como ya saben, actúan en el departamento de MASTS, es decir: Administradores y Supervisores Técnicos, 1 de cuyos proyectos no rinden cuenta sino a los militares. MASTS ejerce a su vez la vigilancia absoluta de invenciones y patentes de toda suerte.

»El gobierno provee tranquilamente a estas clases privilegiadas y las recompensa de manera extravagante. Están fuera de toda reglamentación u opresión, ya que, de oprimirlas y despojarlas, su revuelta constituiría una amenaza para los tiranos.

El Magistrado se volvió más pálido y demacrado, aunque más resuelto a la vez. En el recinto, su voz resonaba más fuerte, llena de autoridad.

«Los hombres buenos y los que poseen conciencia pública se rebelarán al ver amenazados sus principios y hoy esa reducida minoría representa aún una amenaza para nuestros actuales tiranos. Una reducida amenaza, que jamás deja de ser intimidada

y vigilada, puesto que de ella puede surgir, y ya surge, la ferviente determinación de derribar el autoritarismo. Hay hombres de saber y de comprensión, quienes no han olvidado lo que nuestro país fue y podrá volver a ser. El estado no pierde de vista que estos hombres pueden formar el núcleo de la libertad restaurada y de ahí que sean buscados de manera incesante, perseguidos, destruidos y declarados “traidores”. No, no existe esperanza en las masas para nosotros. La clase media ha desaparecido virtualmente. ¿Quién derrocaría, pues, a los tiranos? Los burócratas, los campesinos y los MASTS. Tenemos que utilizarlos. Debemos comenzar a oprimirlos, deshonorarlos, perseguirlos y regimentarlos, todo en nombre del estado. Debemos ser partidarios acérrimos, fervientes y fanáticos. ¡Cuando rujan, debemos rugir más fuerte y llamarlos traidores!

»En resumen, nos valdremos de los mismos métodos que los tiranos, y en nombre de éstos, para crear una revolución terrible, de la cual nacerá una nueva libertad y una nueva dignidad.»

—¿Desea formular ahora alguna pregunta? —inquirió el Magistrado luego, fija la mirada en Christian.

—Sí. ¿Contaremos para ello con el apoyo de Washington? ¿O seremos asesinados para acallar nuestra voz?

—Cierta número de nosotros, será asesinado astutamente, sin duda —dijo Arthur Carlson—. Mas seremos tan fervientes en nuestra devoción hacia la Democracia, nuestras voces serán tan fuertes y fanáticas y atraeremos tanta atención, que no sólo constituiremos una dificultad para la Democracia, sino que le

causaremos temor. Esto es muy probable. Se nos dirá que ca-
llemos, pero gritaremos más aún, en nombre del gobierno, po-
niéndonos muy furiosos. —Sonrió.— Bien sabe lo que está
ocurriendo. Los maestros de Norteamérica, son muy dóciles
como clase y se muestran siempre ansiosos de servir al amo
más poderoso. Ya saben cómo lo que ellos llamaban el «libe-
ralismo» ayudó a esclavizar al pueblo algunas décadas atrás.
Una vez que la nación estuvo totalmente regimentada, los
maestros obedecieron todas y cada una de las instrucciones.
Durante un tiempo constituyeron una clase privilegiada, tam-
bién, gozando de todos los honores y consideraciones. Pero
hace tres años, elegí una cantidad de milicianos para que opri-
miera a los maestros y profesores de todo el país, que tan vo-
luntariamente se prestaron para la traición. Se redujeron sus
sueldos «en aras de la economía nacional». Sus moradas con-
fortables fueron confiscadas en beneficio de burócratas y mi-
litares. Comenzaron a ser acosados, revisados y molestados.
Lo que no fueron capaces de hacer por los hombres en general,
comenzaron a hacerlo en defensa propia. Se volvieron agitados
y luego, una vez denunciados por los periódicos como traido-
res en potencia, mostráronse aterrorizados. Redescubrieron la
«libertad». La mayor parte no era sino aprovechadores desho-
nestos y atemorizados, pero hubo quien emergió de la masa,
imprevistamente sobrio y honesto, poco a poco, desde luego.
Al percatarse de lo que habían hecho, mostráronse irritados
consigo mismos y con el gobierno. De ahí que ahora tengamos
una buena cantidad de maestros y profesores que enseñen, de
manera sutil y mañosa, a nuestros niños y a nuestros jóvenes,
el valiente y perdido pasado norteamericano. Algunos, los de-
masiado atrevidos, van a dar en prisión o son ejecutados. Pero

los demás son más hábiles y sobrevivirán y continuarán sembrando agitación. En el momento oportuno, se unirán a los burocratas, los campesinos y los MASTS para fomentar una revolución violenta.

El Magistrado señaló a Durant antes de decir:

—Los campesinos de determinada sección del país son sus víctimas, Andrew. Es una sección muy rica y productiva. Ahora usted, Christian: los MASTS son suyos. —Rio levemente.— Yo los apoyaré. Habrá muchos hombres anónimos que también lo ayudarán. Soy el Magistrado más poderoso de Norteamérica y mi padre el único amigo de confianza del Presidente. El día de la liberación no está demasiado lejos. —Retrocedió sobre el estrado.— Pero tenemos que apresurarnos. No hay tiempo que desperdiciar. Ustedes dos podrán elegir a uno de los mayores, ya sea pariente o amigo, para sostener una breve conversación en privado. Sin embargo, no les formularán ninguna pregunta. Ellos los consolarán y sostendrán, dándoles a la vez la seguridad de su afecto. Eso es todo. ¿A quién eligen?

Los perfiles de los otros hombres no se movieron en dirección hacia los dos jóvenes, limitándose a esperar. Durant miró a su padre y luego a su sacerdote. Era una elección muy difícil, pero al final dijo en voz baja que elegía al padre Martin.

El sacerdote se levantó en el acto. Durant miró implorando a su padre, que no se había vuelto hacia él, y vio como los labios consumidos del anciano se curvaban en suave sonrisa.

—¿A quién elige, Christian? —interrogó el Magistrado—. Ah, a su hermano. Durant y Christian: díganse adiós. Probablemente no volverán a encontrarse y sus nuevos nombres les serán desconocidos, incluso después de la liberación.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano, sin poder decirse una sola palabra, a pesar de que lo intentaron. El guardia abrió la puerta para que Durant saliese en compañía del sacerdote. A través del vestíbulo, fueron hasta una habitación blanca, en la cual no había sino una cama estrecha, un lavabo y una silla. Durant se sentó en la cama, teniendo buen cuidado del brazo lastimado, después que el sacerdote hubo tomado asiento.

—Padre —dijo el joven.

Pero el sacerdote hizo funcionar el aparato de televisión y le dijo suavemente que observara. De improviso fue reflejada en la pantalla la imagen del Presidente de la Democracia, hombrecillo enjuto de rostro pequeño y astuto, quien ya llevaba quince años como Ejecutivo y lo sería toda su vida. Con gran aborrecimiento, Durant observó esos ojos marchitos, los labios astutos y santurrones con su cruel sonrisa, las miradas astutas y desconfiadas y la nariz contraída con su extremidad aguda y temblorosa. El presidente de la Democracia era arquetipo asombroso de esa criatura deshumanizada que era el hombre común, creado en el siglo veinte y ensalzado por los idealistas. Imaginada durante este siglo, ensoñadoramente convertida en ser por hombres aburridos y sin alma, no podría haber vivido en ninguna de las vigorosas y robustas eras del pasado. Vino a ser creado por cerebros debilitados, de tal modo que no poseía color ni vitalidad sino mezquindad y avaricia, pequeño monstruo de dos dimensiones en gris y blanco, monigote con espíritu de rata.

He aquí lo que chillaba entonces:

«¡Debemos tener unidad! ¡En esta hora de nuestra terrible emergencia, todos los pueblos amantes de la libertad deben estar unidos como uno solo, sin que se eleve en tono de protesta ninguna voz subversiva ni traidora! ¡El enemigo está a punto de atacarnos y destruir nuestra libertad! Todas las tradiciones de una Norteamérica justa y orgullosa se ven en peligro esta noche y debemos realizar nuestro más fuerte y vigoroso esfuerzo para derrotarlo. ¡Llamo a mi pueblo al sacrificio para que resista a las fuerzas del desastre y se preste a todo esfuerzo con el fin de que nuestra gloriosa nación no desaparezca de la tierra! ¡Yo, vuestro jefe, apelo nuevamente a vosotros, sabiendo que en esta hora de terrible peligro ningún hombre ha de pensar en su propia seguridad, su vida y su comodidad, sino solamente en la Democracia y en su misma existencia! ¡Norteamérica jamás ha dejado de acudir a la llamada del deber en ninguna de las anteriores oportunidades en que ha sido amenazada su existencia! ¡Tampoco dejará de hacerlo ahora!»

El sacerdote cerró el aparato y desapareció el semblante del Presidente Slocum.

—¿Quién? ¿Quién es el enemigo ahora? —exclamó Durant, consternado.

—Siempre el mismo enemigo —contestó con tristeza el sacerdote—. El hombre mismo.

—Siempre, siempre lo mismo —murmuró Durant—. Es algo que no tiene fin jamás.

—Oh, no —dijo el sacerdote—. El mundo no está del todo loco aún. Pero no debemos perder ningún tiempo.

¿Argentina, Chile, Perú, toda Sudamérica esta noche? Europa era una completa ruina y Asia un verdadero páramo. No podía ser sino Sudamérica. Durant gimió desesperado. Se arrodilló con dolorosa dificultad en el suelo desnudo, recordando los muchos años transcurridos sin confesión. Y dijo humildemente:

—Bendígame padre, porque he pecado.

Más tarde, después del arrepentimiento de Andrew, el sacerdote le prodigó fortaleza y consuelo.

—En tu dedicación no deben existir temores ni dudas, Andrew. Empero, tengo que decirte esto: todo un mundo depende de ti, un mundo de esclavitud, de temor y desesperación. Es tuya la cruz, así como la muerte. Lo que realices mañana, y cuantos mañanas te resten, será en ayuda o no de la humanidad. Sabes que ha sido proscrita la iglesia, lo mismo que toda otra religión. No tendrás que combatir por el hambre sino también por Dios, hijo mío.

—Jamás había creído en el mal personal y universal. Nunca creí en Satán, pero ahora creo —dijo Durant.

—Ese Mal siempre ha existido —fue la triste respuesta del sacerdote—. Existirá siempre. Su mayor triunfo fue al persuadir a los hombres de que no es una realidad. El hombre ha de comprender que el Mal es una fuerza definida e indefinida en todo el universo y que habrá de luchar contra ella por los siglos de los siglos no sólo con la oración sino con resolución y con fe.

Un poco más tarde hizo su entrada el Magistrado y el sacerdote abandonó la habitación, después de haber impartido su bendición a Durant.

—Permítame que le ayude a despojarse de sus ropas. Será despertado dentro de seis horas, listo para cumplir sus deberes.

Cuando Andrew yacía en su lecho, extenuado de cansancio, el Magistrado le hizo entrega de un manojó de papeles.

—Durant: a partir de este instante será el mayor Andrew Curtiss, del Ejército de la Democracia de Estados Unidos. Será llevado a una sección del país que antaño conoció como estado de Pensilvania. Aquí están sus órdenes, junto con sus credenciales, y el uniforme estará listo por la mañana.

—¿Volveré a verlo? —inquirió Andrew.

—Tal vez. Tal vez no. ¿Tiene importancia? Ahora es el mayor Andrew Curtiss, hombre sin mujer ni familia, sin parientes, sin ninguna lealtad salvo para con nosotros. No confíe en nadie, ni siquiera en los hombres que se hallen más cerca de usted. No sabrá si se trata de amigos o enemigos, ni aun al final, así como ellos tampoco saben nada de usted. Estará trabajando a solas en un compartimiento. No pregunte a nadie nada ni trate de descubrir quién es. Esto no es solamente para proteger su vida todo lo posible, sino para protegernos a todos nosotros. Buenas noches, pues, y que Dios lo bendiga.

Era apenas el alba cuando Durant fue despertado por un guardia. Se quedó asombrado ante la sensación de alivio, así como por el hecho de que por vez primera durante años había dormido el sueño profundo del que no está aprensivo, temeroso o lleno de desesperación. Entonces comprendió que ello se debía a que sentíase a salvo. ¡Salvo! Toda su vida había sido sombreada, cubierta de nubes y ennegrecida por el temor universal.

Proseguiría en grave peligro. Empero sentíase a salvo, con fiado y en paz, cosas tan desconocidas para él que lo hacían sentir exultante. Adiós para siempre al temor.

Un guardia le trajo el desayuno a la habitación. Observó el rostro impasible del hombre, pero no le hizo ninguna pregunta, tal como le fuera ordenado. Estaba como en un compartimiento; trabajaría en celda solitaria, oyendo tal vez los movimientos de sus colegas en las celdas a su alrededor, pero sin verlos jamás. Lo aceptó. Hasta suprimió toda emoción de su semblante al serle traído el uniforme de mayor del ejército de la Democracia de Estados Unidos, con la manga derecha cuidadosamente abierta para comodidad del brazo fracturado. El doctor volvió a visitarlo una sola vez, con amistad impersonal, le proporcionó otro vaso de ese fluido extraño y fuerte, junto con una cajita de tabletas. Pero no fue nadie más.

El guardia lo ayudó a vestirse en silencio. Colocó sus documentos en una caja de cuero traída por aquél. También fue afeitado por el guardia. Ninguno habló. Al atravesar el vestíbulo de la morada no había un alma ni se escuchaba voz ni movimiento alguno, sino los guardias estólidos que lo miraban con indiferencia al saludarlo. ¿Dónde estaba Christian? Pero ya no conocía a éste, ni su nuevo nombre ni el lugar de su destino, ni aun si volverían a encontrarse. Durant era ahora el mayor Curtiss, obligado a olvidar lo que fuera y no recordar sino su deber.

Un hermoso automóvil negro lo esperaba. Hizo un breve escrutinio de sus dos ocupantes. Abandonaron el vehículo mientras él descendía los deteriorados escalones del edificio, y saludaron vivamente. Uno llevaba uniforme de teniente y el otro de sargento.

—Teniente George Grandon, señor, y sargento Howard Keiser, a sus órdenes —dijo el teniente, joven, alto, de ojos oscuros y vivos, cabello amarillo y rostro inteligente y ágil. El sargento era bajo y robusto, de facciones brutales pero expresivas, de complexión tan oscura como el mismo Durant y de iguales facciones latinas. Durant especuló unos instantes si éstos serían sus nombres verdaderos, si se trataría de milicianos como él o de auténticos soldados del Estado. Probablemente no lo sabría nunca. Contestó al saludo llevando la mano izquierda hasta la gorra, con torpe ademán, y fue ayudado a instalarse en el asiento trasero con enorme respeto y cortesía. El vehículo partió entre la bruma de la temprana hora, procedente del mar, que cubría la ciudad. El sargento manejaba el volante con sumo cuidado para evitar los baches grandes. Los primeros rayos del sol se posaron sobre las torres deterioradas de los grandes edificios, la argamasa en decadencia y las ventanas ennegrecidas. Era profundo el silencio de la ciudad, aunque las calles, aun a esa hora, veíanse muy concurridas por gentes que iban y venían a sus interminables labores destinadas al «esfuerzo bélico». Solamente se oía el rumor apagado de sus pisadas, por no haber conversación y poco movimiento de vehículos, con excepción de los «autorizados» y los «esenciales», tal como pocos y desvencijados autobuses y los resplandecientes automóviles de supervisores y burócratas. Los cuales, a la manera del de Durant, iban en forma sinuosa con objeto de evitar los agujeros del suelo.

El cielo era del azul más suave, amable y sereno, sobre esta ciudad desolada. En medio del silencio oíase el gorgear de las palomas que lo surcaban. Ya la luz de la mañana se filtraba sobre los rostros pálidos y fantasmales de los transeúntes, lo que hizo pensar a Durant en los muertos. Durante un instante

experimentó compasión, que pronto vino a convertirse en encono. ¡Con qué facilidad habíanse rendido a los tiranos! ¡Con cuánto fervor original habían aceptado la marca del comunismo norteamericano! ¡Con qué indiferencia, o cuánto celo, contemplaron cómo era pisoteada su última salvaguarda, la Constitución de los Estados Unidos, por las botas llenas de barro de sus opresores! Andrew sabía que habían sido prevenidos, por voces razonables o estentóreas, décadas atrás, y que no habían hecho sino encogerse de hombros, reír, negar, mofarse, maldecir o volverse. Paso a paso fueron viendo cómo su libertad les era arrancada, de manera cínica y abierta, sin que ello les importara, prefiriendo contemplar con deleite sus sueldos más elevados, asintiendo entusiastas a las guerras que aumentarían, tal era su creencia, su «seguridad» y su dinero. En definitiva, llegaron a perderlo todo, su libertad de individuos, junto con sus derechos y su dignidad, hasta convertirse en nada más que esclavos de un Estado omnipotente, trabajando de manera interminable, medio desnutridos, medio desnudos, medio cobijados en edificios destrozados, sujetos a vigilancia sin fin, supervisados, mandados por los militares y tratados como perros.

El Magistrado Principal había estado en lo cierto. No había esperanza en la masa del pueblo. Éste no escuchaba ninguna voz valiente. Ni iba a rebelarse hasta que otros encabezaran la revuelta. Los trabajadores de Estados Unidos habían traicionado a Norteamérica, tal como habían traicionado a Inglaterra y a Alemania. El trabajador es siempre presa del tirano, bien sea por envidia o por avaricia.

Vinieron a la memoria de Durant las escuelas del Estado, donde la historia era pervertida y en las que otros esclavos eran

adiestrados para la docilidad, la obediencia y la devoción a sus amos. A los niños de los simples trabajadores, les estaba permitido aprender a leer y escribir y aprender de memoria algunas mentiras básicas. Fuera de esto, no existía para ellos otra oportunidad de aprender. Los hijos de los burócratas devoradores, de los campesinos, los MASTS y los oficiales militares superiores, se educaban en las escuelas superiores, eligiéndose los más brillantes para reemplazo de los que morían, desaparecían o eran demasiado viejos para proseguir la opresión.

El vehículo pasó ante la catedral de St. Patrick. Mas la cruz ya no se remontaba contra el cielo azul de la mañana. El Estado, que ordenaba a todos sus «ministros» ladinos, había confiscado todas las antiguas iglesias y permitía fuera enseñada una religión estéril todos los jueves del mes. Pero era la religión del Estado y no se hacía mención de Dios sino como de una fuerza, probablemente ciega y que no se percataba, casi totalmente indiferente a la miseria y el sufrimiento del pueblo. Los «ministros» eran científicos y psiquiatras de tercera fila, que adoctrinaban a los tullidos espíritus de las congregaciones con extrañas y despiadadas teorías, todas desprovistas de valores espirituales e ideadas para destruir la esperanza y cualesquier restos de «supersticiones medievales».

Algunos pocos jefes laboristas habían exhortado, prevenido y gritado, muchos años atrás; pero fueron muertos, encarcelados y silenciados. Dado el carácter «subversivo» de los mismos, su liquidación había procedido en medio de un silencio letal.

—¿Le agradaría leer un diario, señor? —inquirió el teniente.

Estremecido, Durant vio que el otro lo observaba con curiosidad furtiva. Se maldijo a sí mismo; era necesario que dominara

la expresividad de sus facciones latinas, causa de dificultades anteriores. Murmuró un sí, bostezando, y el teniente sonrió apenas, antes de hablar al sargento. El vehículo se detuvo en una esquina, al borde de un gran agujero, tras lo cual el sargento dirigióse en demanda del periódico a un comercio deslucido. Durant continuó observando las multitudes, serenando su semblante todo lo posible. Vio cómo los demás se fijaban en el conspicuo vehículo oficial en que se hallaba sentado, y vio sus miradas, humildes y sumisas. «Malditos sean», pensó, lo mismo que la noche anterior. El teniente tarareaba por lo bajo una canción obscena. Durant no lo miró, sabiendo que el otro observaba su brazo entablillado.

—¿Un accidente, señor? —inquirió Grandon, con interés respetuoso.

—Sí. —Forzó una sonrisa.— Unas copitas de más durante una comida.

El teniente rio, con una risa alegre y joven, que alteró los nervios de Durant. Era un contraste tan enorme con las caras que se movían en la calle. Durant se preguntaba si la risa del teniente era comprensión y conocimiento, o simplemente gozo indiferente.

El sargento volvió con un periódico. En él se leía, en gruesos títulos: «¡La Democracia atacada por la Alianza Sudamericana. El Congreso se reúne para la declaración de guerra!»

Durant leyó impasible el periódico que estaba sobre sus rodillas. «¡Atacada!» Siempre el grito de batalla de una nación, de un mundo vuelto insano. La «Alianza» parecía ser constituida por Chile, Argentina, Brasil y Uruguay. Decíase que buques de guerra de esas cuatro naciones habían disparado contra la

costa de Florida y cerrado el canal de Panamá. La Democracia de Estados Unidos se «movilizaba inmediatamente». El pueblo debía «hacer sacrificios». Habría nuevos controles y nuevas reducciones, otras plantas de guerra, otros materiales «esenciales». ¡Toda la aborrecible terminología del despotismo! ¡Toda la nueva desesperación, la desesperanza, la opresión militar y la regimentación burocrática! Durant miró de nuevo a las multitudes. Tenían que saber ya de la nueva calamidad, pero ni un solo rostro daba señales de alarma, disgusto, temor, odio ni indignación. Aceptábanla, como de costumbre hacían. «Que se vayan al diablo», pensó Durant, con renovado encono.

El vehículo continuó deslizándose y llegó al túnel Holland. Durant siguió su lectura. Ahora sus ojos, ya despiertos, comenzaron a observar determinados títulos en letra menor que no habían tocado su conciencia durante los meses anteriores. «Tres coroneles, cinco mayores y una cantidad de oficiales inferiores» han sido fusilados por actos y opiniones «subversivos en Chicago». Durant había leído cosas similares en oportunidades anteriores dejándolas de lado con indiferencia, pues siempre había existido rivalidad entre los militares. Ahora comenzó a meditar si los milicianos no serían parte en la opresión ocasional de los militares. Jamás iba a saberlo, por supuesto, pero sonrió de improviso.

El periódico presentaba el retrato de un robusto campesino y sus tres hijos, todos gesticulando gozosos ante la casa grande y blanca. «¡Estamos preparados!», rezaba el título sobre el mismo y más abajo: «John Lincoln, de Tauton, Sección 7, con sus tres hijos, Merle, Harry y Bob, se comprometen a realizar su parte en el esfuerzo bélico. El señor Lincoln es propietario de una de las granjas más extensas de la Sección 7, dos mil

acres, y veterano de la tercera guerra mundial. Durante la cuarta conflagración mundial, su granja produjo el doble que cualquiera similar de la misma sección. Ha recibido tres premios gubernamentales por su trigo y uno por su ganado vacuno, que es famoso. Harry y Merle están casados, tienen dos hijos y hogar propio dentro de la granja, en tanto Bob, el menor, es el brazo derecho del padre. Bob es veterano de la cuarta guerra mundial y ha producido un nuevo maíz híbrido. No figura en la fotografía la hermosa hija del señor Lincoln, Gracie, que fue miembro de la Liga Femenina de Combate durante la última guerra, habiendo alcanzado el grado de sargento y luego el de teniente. Típicamente norteamericana, la familia fue elegida por el Presidente como la familia del año mil novecientos sesenta y ocho. “Esta familia revela todos los rasgos que han convertido a la Democracia en el país más próspero e independiente del universo”, dijo el Presidente, cuando la familia Lincoln realizó una visita a la Casa Blanca»

—Linda y sabrosa carne blanca, esa Gracie —dijo el teniente Grandon, que había estado leyendo el periódico por sobre el hombro de Durant.

—¿Los conoce? —Algo comenzó a bullir en la mente de Durant.

—Vaya que sí. Viven a unas veinte millas afuera de Filadelfia, señor. Creo que usted la calificaría como mansión maravillosa. Todo es grasoso en esa granja, lo mismo que manteca, tanto el viejo como los hijos y la mujer. Excepto Gracie. —El teniente hizo chasquear los labios, a la vez que ponía en blanco los ojos.— Tiene veintidós años y aún no se ha casado; es la niña del ojo del viejo.

«Tan grasoso como la manteca.» Durant miró de nuevo por la ventanilla del automóvil y vio las muchedumbres de paso tardo, pálido el semblante y ojos tristes. Vinieron a su memoria los millones de libras de carne y manteca y las toneladas de trigo y de azúcar destruidas cada año por orden del gobierno, para mantener la «escasez», el racionamiento y la regimentación y con el fin de que estuvieran ricos y satisfechos los granjeros. Miró por segunda vez la casa blanca y resplandeciente, que era una «mansión», amablemente protegida por los árboles y con los prados ondulados que eran casi como parque. Y acudieron a su memoria las ruinosas casas de inquilinato, las callejuelas sucias y malolientes, las ventanas rotas, las habitaciones sin calentar, la inmundicia, la electricidad racionada, el hedor, los chiquillos hambrientos, los alimentos desechados y en mal estado sobre decenas de millones de platos, los días sin carne, sin trigo, sin pan y sin azúcar. Era tanta la furia que experimentaba que su garganta se cerraba, ahogándolo.

—¿Ocurre algo de malo, señor? —inquirió el teniente, con interés.

Durant hizo como si se sofocara uno o dos instantes, antes de volverse color escarlata y decir, con voz ronca:

—Se me ha ido el aire por otro conducto. —Tosió toscamente.

Los militares no se habían afligido en lo que respecta a los campesinos. Pero fueron confiscadas las casas de la ciudad para ser utilizadas por oficiales y soldados como «hospedaje». El campesino atrancó sus sólidas puertas y su familia coloradota quedó segura, lo mismo en la paz que en la guerra, ya se tratara de «emergencia» o de «sacrificio». Que se rebelasen los rústicos.

—Ese hotel de Filadelfia —dijo Durant de improviso—. He cambiado de modo de pensar. Me ha agradado aquella granja. Nos mudaremos a ella.

—¿No es ir contra la ley, señor? —inquirió el teniente, cuyos ojos le bailaron.

—El Magistrado Principal de Nueva York lo es a la vez de la Sección 7 —contestó Durant—. Tengo la seguridad de que no desea que su personal militar se encuentre mal alojado. De todos modos, prefiero el campo. Lo llamaré una vez que me haya aposentado allí.

—Mayor, somos cuatro los que integramos su séquito... yo, este sargento y dos capitanes.

—Bien, creo que a todos nos gusta lo mejor... leche fresca, huevos y carnes de primera, en lugar de las raciones de la ciudad. Y no digamos de Gracie.

Fue entonces cuando el sargento silbó, de manera involuntaria y el teniente gesticuló.

—Tengo la seguridad —dijo Durant, tolerante— que el gran patriota, nuestro amigo el señor Lincoln, estará contento de tenernos a su lado. ¿Qué les parece?

—El viejo se alegraba de que lo acompañáramos a cenar, cuando el otro mayor estaba en Filadelfia, pero no demasiado frecuentemente. Ya sabe que tenemos que halagar a los malditos campesinos, señor, según órdenes del gobierno. El viejo Johnny vigilaba, además, a su cordero favorito, sin permitir que le pusiéramos la mano encima ni para la más leve caricia. No le agrada que nos instalemos en su gran mansión. Cuenta

con influyentes amigos en el gobierno y podría crearnos dificultades.

El otro mayor. ¿Qué habrá sido de él? Pero Durant estaba imposibilitado de preguntar. Y dijo, parpadeando:

—Bien, yo los tengo más influyentes aún en el gobierno, con lo cual usted podrá hacerle algo más que una «leve caricia», teniente.

El joven teniente rugió deleitado. El tibio sol de primavera penetraba en el automóvil. Retrepado en su asiento, Durant fingió dormir, pero lo cierto es que pensaba activamente. Había sido dirigido a un determinado hotel de Filadelfia y comenzó a objetar su nueva decisión. Sin embargo, Arthur Carlson le había dicho: «Cuando crea que debe hacer algo, hágalo. Proceda con audacia, pero cuidadosamente. El tiempo se nos echa encima y hay que improvisar todo lo aprisa posible, de acuerdo con la situación. Confío en su inteligencia, y si abriga alguna duda comuníquese conmigo en el acto. Empero, tengo la seguridad de que contará, si acaso, con pocas razones para hacerlo con frecuencia.»

«Hombres desesperados, en una causa desesperada», había dicho el Magistrado la noche anterior. El momento era para movimientos desesperados. Durant resolvió no llamar al Magistrado, sino escribirle una vez instalado en la casa de Lincoln. «¡Si al menos hubiese alguien en quien confiar!», pensó. Mas no había nadie. Durante su vida de abogado y sus pocos años de miliciano, había tenido algunos amigos. Y compañeros, en los lugares de reunión secretos. Ahora veíase completamente solo.

Todo cuanto antaño fuera Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, era ahora la Sección 7, bajo la jurisdicción del Magistrado Principal, Arthur Carlson. Durant se sintió lleno de confianza en el acto y se sonrió a sí mismo, sombríamente. Una vez que otros mandos militares supieran de sus actos, descenderían como ratas sobre el abundante campo y esta vez los campesinos en persona sentirían el látigo de la opresión. El Presidente era comandante en jefe de las fuerzas armadas, y hasta entonces vino siendo su sostén y las había halagado. Mas también tenía un miedo mortal. ¡Actuar con rapidez! Y atrevidamente. Pero no con demasiado atrevimiento, porque si él, Durant, era asesinado al principio, no habría ganado nada. Sin embargo, si las fuerzas armadas irrumpían en gran número en el campo, como él intentaba hacer ahora, el Presidente no osaría oponérseles. Los militares gobernaban en Norteamérica, más aún que el Presidente con su gabinete, y le servían porque él les había servido. Y eran más poderosos que los campesinos.

Durant creyó firmemente ahora que el Magistrado Principal había sabido lo que él iba a hacer y sonrió otra vez lleno de lobreguez.

Las calles de la ciudad podrían verse llenas de agujeros, pero las enormes carreteras se conservaban en perfectas condiciones «para la defensa». Los grandes ejércitos de automóviles particulares que, veinte años atrás, rodaron por esos caminos cual masas de escarabajos, casi habían desaparecido. Había habido, si acaso lo hubo, muy poco acero para la construcción de vehículos particulares durante las dos últimas décadas, y aun esos pocos automóviles fueron destinados de manera invariable a los militares, los campesinos, los funcionarios y burócrata-

tas. Sólo de tanto en tanto veíase alguna antigualla, un automóvil modelo 1952, marchando vacilante a lo largo del camino, envuelto en espesa nube de humo, pero con mucha frecuencia se deslizaban como cohetes los flamantes vehículos de propiedad de las clases privilegiadas, que iban como balas negras y doradas. Algunos de ellos contenían a los campesinos y sus familias, rollizos y de rostro colorado; pero más, sin embargo, eran ocupados por los oficiales y soldados. Durant observó con satisfacción que los campesinos ponían buen cuidado en ceder el paso a sus amigos, los de las fuerzas armadas. Al principio no correspondió a su saludo alegre, por estar demasiado lleno de aborrecimiento, pero más tarde lo hizo, sonriente, al recordar su nuevo papel.

El vehículo se deslizaba a lo largo de una hermosa campiña de primavera. Granja tras granja desfilaban ante las ventanas en la verde niebla de los árboles, con sus hojas recientes y los campos de brillante verdor. Los dorados arbustos fulgían brevemente al pasar el automóvil y los rebaños de vacas permanecían plácidamente al sol. ¡Ahí no había hambre, miseria, desesperanza ni temor! Niños alegres corrían a lo largo del camino en dirección a la escuela, niños rollizos de mirada brillante y bien calzados, de voces jóvenes y arrogantes. Al pensar en los chiquillos destrozados del Central Park, volvió a sentirse furioso. «¡Esperen!», se dijo a sí mismo de manera salvaje. No había piedad en él al contemplar a esos retoños campesinos, y trató de contener una nueva oleada de odio. «No era culpa de las criaturas», se dijo a sí mismo, pero estaban siendo educadas como opresores. Tenía que recordarlo, lo mismo que debía recordar el no aborrecer, cuando el aborrecimiento no produjera bien.

Cada granja ante las cuales pasaban parecíale más cómoda y alegre que la anterior. Los silos rojos brillaban al sol; los graneros hallábanse repletos de productos alimenticios que, inevitablemente, irían a parar a los depósitos gubernamentales, para su exiguo racionamiento a las ciudades destinándose el resto a la destrucción o al envío a los aliados comunes. Más oro para los bolsillos de los campesinos, quienes, quince años atrás, habían exigido el pago en oro y no en papel moneda, enormemente depreciado. Los rústicos depositaban sus ganancias en los Bancos Agrarios, donde estarían a salvo, en lugar de en las instituciones oficiales.

—Grandon, los campesinos viven bien, ¿verdad? —inquirió Durant como al descuido.

—Vaya que sí, mayor Curtiss. Mejor que nosotros, en especial que cualquiera de nosotros que viva en las ciudades —fue la respuesta. Un curioso destello, algo así como el de un cuchillo desnudo, pasó por el semblante del joven y Durant lo examinó más atentamente. Durant experimentó a la vez, más bien que ver, el tirón de hombros del sargento.— En ocasiones —prosiguió pensativo el teniente— aborrezco a esos malditos campesinos.

—¡Oh, yo no diría eso! —dijo Durant, manteniéndose muy tranquilo y frunciendo los labios—. ¿Qué sería del país sin ellos?

—Sí, ¿qué sería del país sin ellos? —dijo el oficial muy suavemente y como si hablara consigo mismo.

Otra vez acometió a Durant una sensación de absoluto aislamiento. Habíasele prevenido que no confiara en nadie, ni ha-

blara de manera impensada con nadie, ni siquiera con los hombres a sus órdenes inmediatas. De haber milicianos entre ellos, ignoraríalo, tal como ellos no sabrían nada con respeto a él. Grandon podría ser amigo o enemigo.

¿Qué habrían dicho a Grandon sobre el mayor? ¿Que era, ni más ni menos, un simple mayor en reemplazo del anterior? Imposible preguntar. Su soledad y su aislamiento comenzaron a aplastarlo de manera violenta.

—Puesto que de todos modos no iremos a residir en Filadelfia, será mejor que nos desviemos de ella —dijo—. Una vez que hayamos llegado a la granja de los Lincoln, avisará a los otros oficiales para que se nos unan allí.

Luego de una amplia sonrisa, Grandon volvió a azotarse la rodilla. Con los ojos cerrados, Durant pensaba en su mujer y en sus hijos, enviados a una sección desconocida del país. María había recibido también órdenes. Tendría sus propios problemas al enseñar a los niños a que contestaran a nuevos nombres y borrarán su recuerdo de su imaginación. Veríase desesperadamente sola y viviría llena de temor por él.

A pesar de cuanto le dijera el Magistrado Principal de que se hallaba sentenciado de manera inevitable a morir, se vio resuelto de verdad a encontrar algún día a su familia y a vivir. No era necesario sino no confiar en nadie, proceder con cuidado, estar siempre alerta, vigilar.

Hallábase decidido a sacrificar su vida por Estados Unidos, pero en caso de presentarse oportunidad de salvarse lo haría con toda audacia y honorabilidad.

Sin duda había dormitado, puesto que oyó hablar al teniente con lo que parecía voz bien fuerte:

—Estamos llegando, mayor.

Abrió los ojos en el acto. El automóvil iba disminuyendo la velocidad, aproximándose a dos columnas de piedra gris situadas a la izquierda.

—Es la entrada a la granja Lincoln, señor.

El vehículo dobló para penetrar en un suave sendero de piedra menuda. A lo lejos, sobre una elevación, veíase la casa grande de la fotografía, resplandeciente al sol detrás de los árboles. Hicieron su aparición serenas montañas purpúreas y el terreno ondulaba suavemente, con un verdor casi innatural en su fertilidad.

—¿Cómo obtuvo Lincoln estos dos mil acres? —inquirió Durant.

—Pero, señor —contestó el teniente, con una mueca a tiempo que se encogía de hombros—, ¿no sabe que los campesinos «subversivos» fueron aniquilados cuando no se avinieron a obedecer órdenes, hace largo tiempo? ¿No sabe que sus tierras fueron entregadas a... individuos como Lincoln?

—Sí, pero lo había olvidado —contestó Durant, irritado con su propia estupidez.

El joven oficial lo miró largamente de soslayo.

—Ustedes, los oficiales de la ciudad, tienen muchas otras cosas en qué pensar —sugirió.

Durant no hizo sino asentir con un movimiento de cabeza. Se concentró en la casa. Dos perros ovejeros amarillos vinieron hacia ellos, ladrando, la piel resplandeciente a la luz del sol. Los árboles quedaron al fondo y Durant pudo ver las relucientes ventanas de la granja y las rojas chimeneas.

—Oficiales de la ciudad —no pudo dejar de decir Durant—. Grandon, ¿ha vivido usted siempre en el campo?

—Sí, en la Sección 18 —fue la respuesta del joven oficial, cuyo semblante se contrajo con expresión apagada—. Allá en el oeste. —Clavó su mirada hacia adelante, en la granja, sin que Durant formulara más preguntas ni observara, momentos más tarde, una línea blanca alrededor de la boca del teniente.

Frente a la casa veíase un sendero circular. El automóvil se detuvo ante la puerta cerrada. El sargento saltó para abrir la puerta al mayor, quien contempló un instante el semblante latino, brutal pero inteligente del otro. ¿Sería de sangre italiana, francesa o española? El sargento le devolvió la mirada, en silencio.

Grandon subió corriendo los escalones blancos de la entrada y llamó alegre y fuertemente a la puerta. Durant y el sargento Keiser lo siguieron. Hubo un gruñido de fastidio en el interior antes de que se abriese la puerta. Allí estaba el propio John Lincoln, vestido con ropas de campo de fino tweed, la pipa en la mano y la frente arrugada. Al ver a los militares sonrió sin tardanza, mas sin mostrar el menor indicio de servilismo.

—El nuevo mayor del distrito, señor Lincoln —dijo Grandon, con rápido saludo—. El mayor Curtiss.

—¿Qué tal está usted, cómo le va? —exclamó Lincoln cordialmente—. ¡Adelante! Me alegro mucho de verlo, mayor. ¿Cómo está el mayor Burnes?

—Creo que muy bien —contestó Durant, estrechando la gruesa mano que se le ofrecía.

—Lo echamos de menos —dijo Lincoln—. Simpático el viejo. ¿Lo han trasladado a otra Sección?

—Sí, realmente —terció Grandon—. Ahora es coronel. —Nuevamente cruzó su semblante aquel relámpago fugaz, mas sonrió tranquilamente.

Penetraron en un vestíbulo agradable cuyas paredes estaban recubiertas de caoba tallada y con el piso desnudo, de madera oscura y pulida. El recinto era grande y cuadrado, con una exquisita alfombra oriental en el centro mismo, de colores azul, oro y rosa. Magníficas sillas antiguas se veían alrededor de un arcón hermosamente fabricado. La boca de Durant se hizo tensa, en especial a la vista del hermoso paisaje al óleo colgado de la pared. Ahí estaban los tesoros arrancados a la ciudad hambrienta a cambio de un trozo de pan, un poco de carne y una insignificancia de leche. Examinó minuciosamente el paisaje, preguntándose cuánto habría recibido el genio que lo pintara, por su magnífica labor.

—¿Hermoso, verdad? —inquirió Lincoln desde el umbral, al ver que Durant se había detenido.

El interpelado paseó deliberadamente la mirada por las sillas, la alfombra y las paredes, en tanto que Lincoln reía contento por lo bajo.

—Cuando era niño —dijo Durant como ausente— pasé dos veranos en una granja. Era muy buena, pero no era como ésta.

—¡Apuesto que no! Pero los campesinos nos hemos despabilado ya —dijo Lincoln, riendo por lo bajo.

—Lo felicito —murmuró Durant. Se volvió para mirar a sus compañeros. Grandon tarareaba con indiferencia, pero el sargento Keiser tenía los ojos algo entornados y fijos en el mayor, aunque el resto del semblante permanecía impassible.

El amplio cuarto de estar, radiante de sol, no estaba amueblado con menos prodigalidad que el vestíbulo. Había en él jarrones, mármoles y sedas, alfombras de Oriente, confidentes del siglo dieciocho, encajes, cuadros, adornos... Todo lo encantador de las familias aristocráticas reducidas a mendicidad, o peor aún, se hallaba aquí, trocado por lo necesario para subsistir unos días más. Lincoln se mostraba radiante al contemplar la habitación, el rostro grande, rubicundo y complacido, orgullosa la mirada de sus ojillos color avellana, la pipa entre los gruesos labios.

—Todo eso lo obtuve por casi nada —confió—. Había en Filadelfia una acaudalada familia «subversiva» que no había de ser reconstruida. Despojaron de sus negocios al jefe de la misma. El gobierno invitó a los campesinos a la subasta de sus bienes y se quedó con el dinero. Obtuve la mejor parte; de acuerdo con Washington, ya sabe. —Al decir esto guiñó un ojo a Durant.

—¿Qué haríamos sin la gente del campo? —inquirió Durant, luego de haber reído con agrado—. Es la clase más influyente de la Democracia, segunda de los burócratas y tercera solamente ante los militares. ¡Bueno, bueno!

Su voz había sido cordial, pero Lincoln, que nada de tonto tenía, creyó discernir algo desagradable en su entonación. Como todos los miembros del gran bloque agrario, tenía miedo de los militares, gobernantes absolutos del país. Hasta el Presidente, congeniaba con ellos, pues sin las enormes fuerzas armadas de la Democracia, no sería nada. El agro tampoco sería nada, a pesar de los millones de campesinos. De quererlo, los militares eran capaces de derrocar al Presidente en menos de una hora y someter y apoderarse de los granjeros en menos de una semana. Para ello

contaban con las armas, los oficiales y los soldados. Todo subsistía con tolerancia militar o perecía ante una orden suya.

—Siéntese, siéntese mayor. Y usted también, teniente —dijo con voz potente Lincoln, dichoso, y al cabo de unos instantes de reflexión, ofreció sus mejores sillas, abrió hermosas cajas de cigarrillos, cosa casi desaparecida de las ciudades. Al mirar al sargento, vaciló. Era costumbre de los sargentos y militares de menor graduación encaminarse hacia las grandes cocinas de las granjas, cosa conocida de Durant, por lo cual dijo:

—Muchas gracias. Y usted, sargento, tome asiento también.

El sargento Keiser sonrió sombríamente, antes de obedecer.

Un ramalazo de intranquilidad recorrió el sólido espinazo del dueño de la granja.

Con amplia sonrisa, extrajo algunas botellas de whisky del hermoso y delicado armario, así como cuatro vasos de cristal con filete dorado. Luego dio un golpe a la gran campana de plata, cincelada en oro. Inquirió si deseaban hielo o soda. Un momento después hizo su entrada un hombre de mediana edad,

ataviado con una chaquetilla blanca. Al mirar distraídamente al sirviente, el corazón de Durant experimentó una sacudida. Jamás había conocido personalmente al individuo, pero hasta cinco años atrás había sido famoso en toda la Democracia por su literatura y su poesía. Fue entonces autor de una exhortación apasionada dirigida a sus connacionales, con el fin de que recobrasen su libertad, tanto tiempo perdida, y expulsasen a sus tiranos, «para volver a ser hombres como antaño lo fuimos, y nunca jamás ganado manejado por los déspotas». Fue detenido, confiscados sus bienes, quemados en público sus libros, reclutadas su mujer y sus tres hijas para realizar trabajos manuales de los más duros en las fábricas destinadas a la producción bélica, anulada su identidad y asesinado su hijo en la calle. Nadie supo jamás lo acontecido al doctor William Dodge, maestro y poeta, al que desde ese instante se dio por asesinado. Todos sus retratos fueron borrados de los archivos públicos. Sin embargo, Durant recordaba su figura alta y delgada, el rostro moreno y ascético, los ojos grandes y profundos, por haberlos visto en cuadros, noticiarios cinematográficos y otros medios de reproducción.

El semblante no había cambiado, pero sí los modales. Era un robot torpe y de paso lerdo, que miraba a Lincoln lleno de expectación e inclinaba la cabeza a la manera de humilde sirviente. En su mirada no había brillo ni recuerdo. A lo largo de una de sus mejillas notábase una cicatriz, que tiraba la boca hacia un costado.

—Hielo y soda. Tráigalo y de prisa —dijo Lincoln, con ademán brusco—. Nada de equivocarse esta vez, Bill.

Sorprendido y asqueado, Durant miró los jarrones anchos de la repisa de la chimenea. Su mirada parecía clavada en el confortable fuego encendido en el hogar de mármol. Se repitió a sí mismo que era necesario dominarse. Hizo su respiración muy lenta, antes de volverse hacia el dueño de casa e inquirir.

—Señor Lincoln, ¿tiene muchos trabajadores forzados en su granja?

—Doscientos —contestó el granjero, con satisfacción—. Y a todos los necesito. Pienso solicitar otros veinticinco. Casi una centena de ellos eran también campesinos, pero desleales. — Su semblante reflejó ahora indignación y desprecio. — Otros son gente de la ciudad. ¡Llevó bastante trabajo enseñarles, pero lo conseguimos! ¡Les salieron callos en las manos blandas! ¡Veinte de las mujeres y jóvenes eran maestras, pero el país las necesitaba para tareas esenciales en las granjas y ahí están!

Todo el trabajo, todas las profesiones, inclusive la médica, había sido reclutada durante unos quince años. Durant estaba enterado de ello. Empero, en las ciudades no había parecido tan espantoso, pues hasta la tiranía era capaz de permanecer anónima en el enorme anonimato. Ahí, en la tierra dorada, era más inminente, más terrible y significativa, más personal. ¡El doctor William Dodge! Sirviente forzado de este bruto voluminoso y lacio, vestido con fino tweed y exultante con sus servidores y su influencia ante la Democracia.

—Me agradecería conocer algo relativo a mi jurisdicción —dijo Durant—. Conozco Filadelfia, parte integrante de la misma, pero el campo me resulta algo confuso. ¿Cuánta gente de campo... tengo bajo mi control?

Lincoln lo estudió unos instantes y su semblante rubicundo palideció sin lugar a dudas. ¡Control! No le agradaba esa expresión. Pero contestó lleno de precaución:

—Bien, somos alrededor de veinte granjeros importantes en su distrito, mayor, todos más o menos como yo. —¡Control! Nadie había osado expresar esa palabra al referirse a los campesinos. ¡Nadie sino este individuo con uniforme militar!

El escrutinio de Lincoln se hizo más alerta. Vio ante sí a un joven esbelto, no muy alto, de complexión morena, ojos oscuros y penetrantes, nariz grande y aguileña, la boca de movimientos ligeros y con tres dientes de menos, y la cabellera negra, espesa y rizada. También observó que llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

Carraspeó, pues esa intranquilidad que era incapaz de calificar iba en aumento.

—¿Sufrió un accidente, mayor?

—Sí. Durante una reunión. Bebí un poco más de la cuenta la noche anterior. Y precisamente cuando se me había destinado para ocupar el puesto del mayor Burnes. Quise esperar unos días para visitar al dentista, reponerme de la fiesta, pero ya sabe que las órdenes son órdenes. El Magistrado Principal es capaz de sentirse completamente militar, ¿verdad? Aparte de que tal vez haya pensado que necesito cierta disciplina.

El doctor Dodge volvió trayendo una bandeja de plata con hielo y soda.

Lincoln rio mientras llenaba con destreza los vasos.

—¡Oh, conozco al Magistrado Principal! Es decir, me lo han presentado. Es todo patriotismo. No vive sino para el país. Al mirar a uno lo intimida con gran fuerza. ¿No le parece?

—Vaya que sí —contestó Grandon gravemente—. En una oportunidad me excedí en el uso de mi licencia tan sólo cuarenta minutos y estuve un mes arrestado.

•—Tengo el más elevado concepto del Magistrado Principal —dijo Durant, luego de un sorbito de su excelente whisky—, Pero tal vez se deba a que me haya concedido poder absoluto sobre este distrito, más aún del que gozaba el mayor Burnes, y por ello me supongo lisonjeado. Me dijo que adoptara mis propias decisiones y que las respaldaría, cualesquiera fueren. — Sonrió blandamente a su anfitrión.

Al oírlo, Lincoln se puso en guardia.

—Mayor, ¿podrá conseguirme esos otros veinticinco trabajadores entonces? —Se inclinó hacia adelante en su asiento, dando al olvido su nerviosidad.

—Ciertamente que podría hacerlo —dijo Durant, asintiendo amablemente con la cabeza—. ¿Qué le parece si recorremos su granja más tarde? Por supuesto, después que hayamos terminado de comer.

Lincoln había adquirido un compromiso para reunirse en Filadelfia con sus compañeros del agro. Llevaba en el bolsillo un cheque del gobierno a cambio del cual recibiría oro para ser depositado en el Banco Agrario de la misma localidad, esa tarde. Y había esperado divertirse con sus compañeros al encontrarse con ellos a la una. Sin embargo, dijo como embargado de inmenso placer:

—¡Maravilloso! ¡Magnífico! Le mostraré todo, mayor. —No experimentaba simpatía hacia Durant, pues tenía la sensibilidad del animal en cuanto al peligro y se sentía alarmado por la información del mayor acerca de su poder absoluto. Sin embargo, habíale prometido tanto como veinticinco trabajadores más y Lincoln se hallaba dispuesto a ser el anfitrión más amable y dichoso. Nada era demasiado bueno para los militares.

Dos mujeres penetraron en la habitación, una de unos cincuenta años, la otra prácticamente una señorita. Los hombres se pusieron en pie y Durant las examinó rápidamente. La de más edad era a todas luces la señora Lincoln, grande, robusta y sudorosa, aunque el día de primavera no era demasiado cálido, y su cutis era suave y rojo, como el del marido. Llevaba un hermoso vestido de seda negra, estirado sobre los globos que eran sus senos y los fuelles que semejabán sus caderas. Las piernas eran a manera de pirámide invertida, los muslos como leños y muy gruesas las manos. Tenía un semblante grande porcino, ojillos grises, una masa de cabellos grises rizados a fuerza de gran trabajo, la boca floja y modales arrogantes e imperativos.

La joven que la acompañaba era encantadora, de no más de veintidós años, baja, esbelta y primorosa, cabellos largos color castaño y ojos azules. La boca era carnosa, roja y sonriente, y los labios entreabiertos dejaban al desnudo dos hileras de hermosos dientes blancos. El vestido hacía juego con los ojos y se mostraba ingenuamente complacida con sus sortijas de diamantes. La hija del granjero de la antigua historia habíase convertido en la hija del opresor del nuevo mundo, dada al flirteo, alegre, cautivadora e infantilmente petulante.

—¡Mazie! ¡Gracie! —vociferó Lincoln con orgullo expansivo—. ¡Nuestro nuevo administrador, el mayor Curtiss! ¡Mayor, mis muchachas!

Los ojos coléricos de la señora Lincoln resplandecieron al mirar a Durant, hiciéronse otra vez fríos al mirar a Grandon y se cubrieron como de ultraje al descubrir la presencia del sargento. Luego, vuelta hacia Durant, le tendió radiante su mano cálida.

—¡Mayor! —exclamó con voz ronca y gruesa—. ¡Mayor Curtiss! ¡Bien venido a nuestra casa! ¡Y qué joven es! —Pestañeo a su hija de manera especulativa. Empero, Gracie Lincoln mostrábase a todas luces dichosa al volver a ver a Grandon, sin fijarse en Durant. El teniente sonreía a la joven, cuya mano retenía con fuerza.— ¡Gracie! —gritó la señora Lincoln—, ¡el mayor Curtiss!

Gracie dedicó su atención apresurada a Durant y lo examinó. Le tendió la mano, que él estrechó con su izquierda. Flirteadora por naturaleza, llegó a decidir que era atractivo, si bien algo «peculiar». Curtiss sonaba a buen nombre norteamericano, pero parecía italiano, judío o algo más.

—Mayor Curtiss —dijo a modo de sondeo y sus ojos encantadores se mostraron astutos.

—Es un antiguo apellido, que se remonta hasta la revolución —contestó Durant gravemente.

—¡Oh! —dijo Gracie, confusa.

—Se refiere a la revolución norteamericana del año 1775 o algo así, Gracie —rugió riendo Lincoln—. ¿No recuerdas?

—Papito, ya sabes que ahora no se enseñan esas cosas en las escuelas —dijo la joven, con voz gruñona—. Hace años que no las enseñan. —Su tono deprecaba su edad.

—Sí, recuerdo. —Lincoln se había rascado la barbilla pensativo.— Durante los últimos veinte años se ha enseñado a los chicos cosas más interesantes. Estudios sociales y demás. Por otra parte —rio por lo bajo—, no podría hablarse de la revolución norteamericana sin mencionar la Declaración de la Independencia y la Constitución, ¿verdad? Lo cual es subversivo. —Hizo un amplio guiño a Durant quien, desalentado, se maldijo a sí mismo por su propio desliz. Hizo un esfuerzo para reír.

—Se nos enseña norteamericanismo y democracia en escuelas y colegios —informó Gracie a su padre, severamente—. No lo que un grupo de revolucionarios extranjeros hizo doscientos años atrás.

—Sí, extranjeros —convino Durant.

Gracie le sonrió. Fue una sonrisa vacía pero hermosa, y movió un poquito las caderas. El sargento se la comió brutalmente con la mirada.

—Dentro de unos veinticinco años habrá muerto la gente de edad que recuerda lo que le fue enseñado —dijo Grandon con entusiasmo—. Y la historia quedará confinada al presente y variará sin cesar al enseñársenos nuevos conceptos de la misma.

—¡Hum! —exclamó Lincoln, quien evidentemente compartía las sospechas y desagrado de su mujer hacia el teniente.

—¿No opina lo mismo? —inquirió Grandon, con una extraña nota penetrante en su voz infantil.

—Sí, sí —contestó apresuradamente Lincoln—. Por supuesto, lo que dicen los militares está muy bien. ¿Quién disputa con los militares? Poseen los mejores cerebros, ¿verdad? Y saben lo que dicen, ¿no es cierto? —Preguntó apresurado a su esposa si deseaba un poco de jerez y ella movió su cabeza, que era como una montaña.

—Nuestros amigos se quedarán a comer —le informó Lincoln.

Durant se percató de su consternación repentina. Miraba al marido y Durant no veía sino su perfil. Sus labios se movieron en un simple monosílabo, pero con toda claridad. ¿Bob? ¿Era Bob?

Lincoln se volvió muy cordial en verdad, pero algunas arrugas, señal de preocupación, aparecieron alrededor de sus ojos.

—He decidido no asistir a la reunión agraria, Mazie. Y el mayor tiene que conocer a los muchachos. —Vaciló.— Es decir, a los dos mayores. Mayor, Bob estuvo en el ejército hace algún tiempo y en ocasiones no se siente muy bien. Mazie, tal vez Bob podría comer en su habitación, ¿eh?

—Me agradecería conocer a todos sus hijos, señora Lincoln —dijo Durant—. He oído decir que su Bob es su brazo derecho. Dígale que deseo conocerlo con más interés que sus otros hijos.

La señora Lincoln había perdido algo de su vivo color y le temblaban los párpados.

— ¡Oh, mayor —dijo Gracie, fastidiada—, no le agradará Bob! Está siempre malhumorado. No siempre es responsable de lo que dice. Resultó herido en la guerra, además, y tenemos que cuidarlo. A veces... a veces pierde los estribos, y siempre tenemos miedo...

—Sin embargo —dijo Durant amablemente— deseo conocerlo. Yo también soy viejo soldado. Fui sargento antes que teniente y serví durante casi cuatro años. Sus otros hijos ¿estuvieron en las fuerzas armadas, señora Lincoln?

—Bob no tenía que ir. —El señor Lincoln habló después de haber movido la cabeza con ademán desalentado.— Pero quiso hacerlo. Dijo que debía hacerlo y averiguar qué era todo eso. Desde entonces ha variado su manera de ser.

—Fue algo estúpido de parte de Bob eso de ir —dijo la señora Lincoln, enojada—. Ningún hijo de granjero debería ir jamás al servicio militar. Las granjas son esenciales. Los hijos de los granjeros obtuvieron prioridad; se los necesitaba en la casa para el esfuerzo bélico. Y no es que Bob fuese patriota...

—¡Fue muy patriota! —interrumpió Lincoln casi con pánico—. ¡Creyó que debía realizar su parte! ¡Dijo que yo tenía otros dos hijos y él no era necesario, Mazie! ¡Es hora de comer!

—Le agradará Bob —dijo Grandon a Durant—. Piensa por sí mismo. Todo está bien en los granjeros, con tal de que no se dejen llevar demasiado por su imaginación. —Hizo una mueca.— Pero no tiene que preocuparse, señor Lincoln. No, cuando se tiene una hija tan encantadora como la señorita Lincoln, aquí presente.

Durant sonrió para sus adentros. Todo eso iba poniéndose muy interesante.

—¿Es hora de comer, Mazie? —inquirió Lincoln.

La mujer asintió con la cabeza; iba disminuyendo su temor. Hizo una seña a su hija, entretenida con Grandon.

—Vayamos, Gracie.

—Espero que tres invitados de improviso no le causen muchos inconvenientes —dijo Durant, aproximándose a la dueña de casa.

Los ojillos grises se volvieron hacia el teniente y el sargento.

—Dos más en la mesa está bien —dijo ella.

—Tres —corrigió Durant amablemente—. Yo, el teniente y el sargento.

Hubo un silencio brusco en la habitación. La señora Lincoln abrió la boca, pero la cerró sin haber pronunciado palabra. Gracie miró con fijeza. El semblante rojo de Lincoln se volvió ligeramente purpúreo. Grandon sonrió dichoso y el sargento hizo una mueca y enderezó los hombros.

—Tres —repitió Durant, con el mismo tono amable—. Nada es demasiado bueno para el ejército, ha dicho usted, señor Lincoln.

—¡Sí, sí, desde luego! —exclamó el aludido. La mujer estaba clavada en el umbral. Él la tomó del brazo, y ambos iniciaron la marcha, con paso incierto y pesado.

Mientras se hallaba en el vasto gabinete de la granja, Durant habíase percatado de la incongruencia entre todo cuanto era de buen gusto supremo y lo contrario a la vez. Había sido una diferencia sutil y ahora comprendía de manera intuitiva que los objetos, perfectos y exquisitos de por sí, eran capaces de adquirir una opacidad, una falta de brillo vital, cuando se hallaban en presencia de insensibilidad y grosería innatas.

El comedor, con sus muebles maravillosamente tallados, poseía esa misma incomodidad de las cosas inanimadas, aunque peculiarmente conscientes. Todo estaba tocado de esa pátina opaca dora de ordinariez que era parte de los Lincoln. Sonriendo ante su propia fantasía, Durant pensó que todo lo de esa habitación mostrábase a disgusto con sus dueños y se negaba a concederles su íntimo encanto. La magnífica platería, tan pulida, lanzaba un resplandor apagado; las cortinas de brocado, carecían de magnificencia en sus pliegues. El cuadro con las frutas sobre el aparador, era la cruda labor de un chiquillo. Durant fue hacia el mismo para examinarlo, agitado por su propia imaginación. Vio entonces que se trataba de un Van Gogh que él había visto reproducido en las revistas mucho tiempo atrás.

La luz daba de lleno en el cuadro, por lo cual tendría que haberse revelado con todo su brillo y colorido, mas no era así: se había borrado y escondido en una sombra revuelta.

—Lo conseguí allá en Washington a cambio de tres jamones —dijo Lincoln, con orgullosa complacencia—. ¿Le gusta, mayor? Tal vez resulté engañado, ¿eh?

—Sí —fue la respuesta—. Vaya si lo engañaron.

—¡Ya te lo dije! —interpuso la señora Lincoln, enojada—. ¡Valiente antigualla! Parece cualquier cosa menos fruta.

Mientras contemplaba el Van Gogh, Durant pensó: «Ya eres mío. Espera.»

—Papito siempre quiere hacer valer su dinero —dijo Gracie con sonrisa afectada—. Y siempre lo engañan. Tres jamones por ese esperpento.

Antes de que hubiesen tomado asiento, hizo su entrada un joven, grande, de cabello oscuro y áspero, semblante tostado por el sol y ojos inteligentes y malhumorados. Poseía las facciones pesadas de la señora Lincoln, pero había en ellas una cualidad que eliminaba su ordinariez. La boca era tensa y dura y llevaba una chaqueta encima de su chaleco de granjero. Aunque limpias, sus manos mostraban señales de duro trabajo en los gruesos nudillos, en la tierra metida entre las uñas y con sus callosidades. Era evidente su desconocimiento respecto de los tres militares en la casa, ya que al verlos se detuvo bruscamente en el umbral y un odio intenso asomó a su semblante.

La señora Lincoln y su marido lo saludaron con efusión, como si no lo hubieran visto durante semanas. La señora fue hasta él, y luego de haberle enlazado el brazo con el suyo, dijo:

—¡El nuevo mayor, Bob! Ya conoces al teniente Grandon y... y... —Su mirada belicosa pero atemorizada tocó al sargento Keiser, antes de desviarse, afrontada.

—¡Sí, sí! —dijo John Lincoln, en cuya voz sonó una nota desesperada y suplicante—. ¡Hijo, es el nuevo mayor del distrito!

Bob Lincoln ni siquiera miró a los militares de menor rango. Sus ojos se clavaron en Durant, reflejando su odio desnudo y sin temor. No dijo nada ni se movió, aunque parecía resistir el tirón desesperado de la madre sobre su brazo.

Lincoln reía con toda su alma mientras señalaba a los oficiales para que ocupasen su asiento ante la mesa, pródigamente servida.

—Bob no es de muchas palabras —explicó—. Es algo tímido con los desconocidos, como todos los del campo. Mayor, por favor, aquí al lado de la señora Lincoln. Teniente, éste, junto a Gracie, en su sitio de costumbre, por supuesto. Sargento... —Se detuvo, buscando a su manera un lugar «bajo la sal». El sargento Keiser lo miró con fijeza.— Muy bien, sargento, aquí, cerca de mí. —Se sentó sin esperar que lo hubieran hecho la mujer y la hija.— Sí, Bob es tímido. No le gusta hablar, ¿verdad, Bob? —Había prevención en cada una de sus palabras.

—Haz el favor, querido —musitó la señora Lincoln a Bob, que permanecía rígido de pie en el umbral. Le tiró del brazo y él, con la mirada fija en Durant, se dejó arrastrar hasta la mesa. Ignorando el lugar junto al mayor, fue a situarse al otro extremo de la mesa, cerca del sargento Keiser. Allí cayó pesadamente sobre su asiento, encorvado y con la mirada fija en el plato. Durant experimentó su enorme hostilidad y su aborrecimiento, lo que avivó su interés. Nada de aplacar al omnipresente y todopoderoso militar, sino un intenso y verdadero repudio.

Cada fuente de plata venía cargada de jamón, pollo, cordero y carne de vaca, así como las mejores verduras, las salsas más tentadoras y el más blanco de los panes. ¡Pan blanco! Durant no lo había comido durante años. Jamás había visto comida tan abundante en su vida. En la mesa veíase alimento suficiente para veinte personas... ¡veinte personas hambrientas de la ciudad! El aroma de la buena cocina, sana y abundante y reconfortante, se elevaba en un vapor de abundancia sobre el mantel

de encaje. Cerca del plato se hallaba un jarrito de sabrosa leche amarilla. La vajilla era blanca, con ancho filete de oro apagado, y la plata bellamente cincelada, resultaba pesada en las manos de Durant. Vio en cada pieza la inicial «M». ¿Quién era «M»? ¿Una familia, muerta hacía mucho tiempo, o desterrada, o extinguiéndose desnutrida en algún barracón de una fábrica destinada a la producción bélica o a casa de inquilinato invadida por las ratas? Todo era posible. Durant contempló de nuevo la mesa, los montones de comida, los jarros de leche, los platos y encajes y la violencia de su odio casi lo asfixió. Involuntariamente miró a Bob Lincoln y allí estaba a su vez el odio hacia él, más salvaje y violento que antes.

Ambos se contemplaron un instante, sin desviar la mirada. Luego aconteció algo singular. Bob pareció estremecido, sorprendido y confuso. Tomó una pieza de plata, que tembló en su mano.

El doctor Dodge hizo su entrada silencioso, llevando una bandeja con tazas de café, hermosas piezas de porcelana llenas de un líquido aromático y humeante. Gracie conversaba con Grandon. Lincoln y su mujer hablaban fuerte y cordialmente a lo largo de la mesa, en tanto el sargento Keiser se atracaba con voracidad. Había algo así como un aire soñador alrededor del célebre doctor, tal cual si ignorara dónde se hallaba y se moviera como en trance. Al mirar de soslayo, Durant vio que Bob observaba de improviso al viejo y que la expresión del joven era inescrutable.

Como abogado al servicio del Estado, había sido asignado a Durant y a su familia raciones algo mejores en Nueva York. Pero yacía en el olvido que alimentos como ése existieran jamás. Se sintió sumamente hambriento. Empero, no pudo ingerir más de

un bocado o dos. El alimento le asqueaba. Cuando el doctor Dodge quiso servirle un poco de salsa, la rechazó con un movimiento de cabeza. Fue entonces cuando éste se detuvo y permaneció inmóvil, la salsera de plata en la mano, el brazo cubierto por blanca manga casi tocando a Durant. Miraba al espacio, cual soñador vagamente turbado, y le temblaban las comisuras de los labios. Luego se movió de manera casi imperceptible y su muñeca se oprimió con levedad como si algo se hubiera agitado en forma apagada en él, y estuviera alcanzando y explorando a ciegas.

Aunque tocado en su corazón por la pena y el sentimiento, Durant no se animó a traicionar sus sensaciones ni un solo momento. El viejo lo había palpado y conocido en su subconsciente, aunque fuera un instante. De prolongarse ese tiempo, podría volverse peligroso. Movi6 su brazo izquierdo con expresi6n de fastidio.

Al advertirlo Lincoln, rugió con gran furia:

—Bill, ¿te has quedado dormido? Ven aquí, quiero la salsa, si no la desea el mayor. —Y vuelto hacia el teniente Gran don:— Algunas veces experimentamos tropiezos con el viejo Bill y pienso en enviarlo de vuelta a la ciudad.

—Eso sería su fin, entonces —dijo Grandon, luego de haber reído gloriosamente—. ¡Vamos, Johnny, hay que tener ánimo, sí, mucho ánimo! Esa cabra vieja no sabe servir, ¿verdad? — Su mirada ágil tocó al doctor Dodge con humor.— No podría trabajar en una fábrica de productos bélicos, ¿no? «Desaparecería» en la ciudad. Consérvelo y que no haga sino pastar. — Rio ante lo que consideraba salida ingeniosa, acompañándolo Gracie a su vez.

—Aunque no le paguemos un centavo y no hagamos sino tenerlo en los barracones con los otros —terció la señora Lincoln, impertinente—, va convirtiéndose en un fastidio. Está algo así como hipnotizado, o cosa parecida. ¡Bill! —dijo con voz imperiosa—, la señorita Gracie desea más café.

El doctor Dodge se movió como en trance, inclinada la cabeza. Durant hizo cuanto pudo para no mirarlo. Luego se percató de que Bob no comía en absoluto y dijo:

—Bob, ¿cuánto tiempo estuvo en el ejército?

El joven pareció no haber oído durante unos segundos, pero luego dijo, con voz ronca y sin mirar al otro:

—¿Qué le importa? Casi dos años, si tiene interés en saberlo. —Después miró de improviso a Durant, reflejándose en su rostro un odio violento.— Fui capitán y resulté herido en dos oportunidades. Y padecí del mal producido por la radiación un año. —No dejaba de contemplar con odiosa fijeza a Durant.— ¿Qué sucedió al mayor Burnes? ¿Fue asesinado?

—¡Oh, Bob! —exclamó la señora Lincoln presa de gran terror—. ¿Cómo hablas de esa manera? ¡No sabes lo que dices!

—¿Fue asesinado? —Bob repitió su pregunta, como si la madre no hubiera hablado en absoluto.

—¡Vaya con lo que dice, Bob! —Grandon reía jubilosamente y movió la cabeza como con deleite.

—¿Lo fue? —preguntó Bob a Durant, bien apretados los puños.

—No sea ridículo —contestó Andrew fríamente—. Ahora es coronel y está en... Chicago.

Lincoln se sintió fuertemente alarmado, tanto por el ataque de su hijo como por el tono de Durant. Hizo por hablar, pero sus labios sólo se humedecieron temerosos y su mirada fue de uno a otro joven. Grandon hallábase muy divertido y gesticulando. El sargento Keiser, desviado por el momento de su comida, movió hacia ambos costados su cuello de toro, para observar con gran atención a Durant y a Bob Lincoln.

—En Chicago —dijo Bob, como si meditara con amargura—. No tendrá su dirección, ¿verdad, mayor? Debe haberlo conocido, ¿no, mayor? Sabrá dónde está y lo que hace, ¿no es así?

—Supongamos que escribe al Magistrado Principal, Bob —sugirió Durant, encogiéndose de hombros.

—El Magistrado Principal —repitió Bob, distraído—. Sí, el Magistrado Principal. —Luego se volvió por completo hacia el mayor.— Esta nueva guerra; es buena para los militares, ¿verdad? ¿Cuándo decidieron contra quién combatir después?

—¡Bob! —gimió la señora Lincoln, esforzándose desesperadamente para llamar la atención de su marido.

—Bob, son tus antiguas heridas de la guerra lo que te tiene mal —dijo el señor Lincoln con voz sonora. Su semblante habíase vuelto gris—. ¿Por qué dices siempre... quiero decir por qué dices tales cosas? He aquí al nuevo mayor, una persona joven como tú... el mayor Curtiss. Ha venido para ayudarnos, sobre todo ahora que estamos empeñados en otra guerra. Necesitaremos cuando menos otros veinticinco hombres para elevar la producción de alimentos, como exige el nuevo esfuerzo que

habremos de hacer, debido a la contienda. Tal vez sean cincuenta más y el mayor ha prometido...

—Esfuerzo, guerra —dijo Bob, sin la menor inflexión de su voz—. Sí, sí, el esfuerzo de la guerra. Siempre olvido que de continuo hay un nuevo «esfuerzo bélico». —Luego, sin detenerse, estalló en carcajadas de horrible sonido. Se puso en pie, derramando la taza de café y sin percatarse del débil grito de la madre, el tímido desmayo de la hermana y el terror del padre. Por último y sin una palabra ni una mirada a nadie, salió tropezando de la habitación, sin dejar de reír alocadamente. Oyeron cómo su risa disminuía al alejarse. Sí, parecía como si el eco permaneciera en el comedor, cálido y alegre, a manera de ominosa presencia.

Durant ingirió su café, pensativo, en medio del profundo silencio. Luego dijo, con amabilidad:

—Algunos de estos jóvenes veteranos sufren un tiempo después de sus heridas. Bueno, no tendrá que ir a esta nueva guerra. Es esencial. No tendría que haber ido tampoco antes.

—¡Tiene razón, mayor! ¡Muchísima razón! —dijo efusivamente Lincoln, después de haber respirado con fuerza, libre de su terror—. Hicimos lo posible para retenerlo... lo necesitábamos aquí en la granja. Pero fue a alistarse con nombre supuesto. No supimos nada de él durante casi tres años. Fue algo horrible, ¿verdad, Mazie?

—Sí —contestó la mujer, gimoteando. Al principio no le había agradado Durant, pero ahora lo consideraba con alivio y docilidad, suplicante. No se había sentido ofendido ni considerado ofensiva la conducta de Bob. Había comprendido. Era a su vez veterano. Y los militares necesitaban a los campesinos. ¡Como

que, si éstos se negaban a producir, los militares pasarían hambre! Los campesinos lo eran todo en la Democracia. ¿No fue el Presidente quien así lo dijo? Sentíase totalmente cálida y tranquilizada. No, no le había gustado Durant al principio. Ella y su marido «manejaron» al viejo mayor. Fue amigo de la familia. Tal vez podría ser manejado este joven oficial. ¡Pero si era bien parecido, y mayor, además! Se humedeció los labios.

—Mayor, su esposa y sus hijos, ¿viven en Filadelfia?

—Oh, no soy casado —dijo Durant con fácil sonrisa.

La señora Lincoln despidió una llameante mirada a su hija. ¡Vamos, un mayor en la familia! Y parecía persona importante. ¿No le había murmurado su marido algo acerca de que el mayor Curtiss había sido dotado de poderes mucho más grandes que los del viejo mayor Burnes? La señora Lincoln dijo, con coquetería:

—¡Mayor, tendremos que proporcionarle una esposa!

Durant dirigió su mirada hacia Grandon, que había dejado de sonreír de manera tan amplia, y luego a Gracie Lincoln, que lo contemplaba con gran fijeza.

—Pues es claro —contestó gravemente el aludido—. Sería buena idea.

Grandon ya no sonreía en absoluto y habíase oscurecido su semblante. Gracie Lincoln, sonriente, se acicaló un poco. El sargento Keiser observaba a todos los presentes.

Percatado del aparente interés admirativo de Durant hacia su hija, el señor Lincoln se volvió expansivo. Un mayor, y muy influyente, era cosa excelente en la familia. A Lincoln no le

resultaba agradable Grandon, un simple teniente, de poco seso y sin pizca de sentido común. Y pensó, con la leve pero tenaz sospecha del campesino: Andrew Curtiss, hermoso y antiguo apellido norteamericano. Al mayor no le sentaba muy bien que digamos esa complexión y esos ojos con el cabello oscuro, pero hablaba «norteamericano» y procedía como tal. Lincoln, resplandeciente como el sol, sacó su mejor brandy y para mostrar su mistificación lo sirvió en persona en grandes vasos adecuados. Casi olvidó la indignidad de poseer como invitado a su mesa a un sargento, y su primera nerviosidad.

Asintió con toda vehemencia a la iniciativa de Durant, deseoso de inspeccionar la granja. De manera que junto con Durant, y acompañados por Grandon y Keiser, resentido el primero y silencioso el segundo, salieron a efectuar un recorrido. Los grandes graneros, repletos de productos de granja, atrajeron la atención de Durant, y Lincoln, embriagado por las alabanzas, experimentó gran alegría al mostrarlos. Enseñó a Durant las montañas de grandes jamones ahumados, los silos, las lonchas de tocino, los refrigeradores en donde colgaban interminables hileras de frescos vacunos e innumerables recipientes de excelente manteca.

—Utilizamos todo cuanto queremos en primer término —explicó el granjero, con amplia sonrisa—. Luego vendemos el resto al gobierno. Va a parar a manos de las fuerzas armadas, de los hombres del gobierno, y de nuestros aliados. Debo confesar que tengo aquí algunas cosas maravillosas, pero hay millones como yo en todo el país, unos más importantes y otros menos que yo. Los científicos del gobierno nos enseñan la manera mejor de producir cosas y en verdad producimos el doble que veinte años atrás.

—Suficiente para alimentar a todo el mundo en la Democracia, a punto de reventar —sugirió Durant guiñando sonriente, como conocedor.

—Sí, eso es —Lincoln rio como quien está bien enterado—.

¡Pero ya sabe que el gobierno conoce mejor que nadie! Deles a las ciudades demasiada carne, pan blanco, leche y manteca y otras cosas por el estilo y lo primero que sabremos es que se vuelven desquiciadas e ingobernables, lo que constituiría el fin de nuestro maravilloso gobierno, junto con todos nosotros. — Dio a Durant un golpecito cariñoso con el codo en las costillas.— Hay que dar al populacho de la ciudad lo indispensable para que subsista, sin que pueda ocurrírsele ninguna idea.

Durant fingió encontrar todo eso muy divertido.

—De cualquier modo, nosotros los campesinos obtenemos nuestro dinero, y abundante, desde luego, del gobierno. Y ahora, con el nuevo esfuerzo bélico, tendremos que producir más.

—Y ganarán más —dijo Durant, con amistosa confianza.

—Es cierto. El Agro se encarga de todas las negociaciones con el gobierno. ¡Nada de papel moneda! Tenemos que protegerlos, como hacen las fuerzas armadas.

—Nosotros no recibimos oro —dijo Durant, bostezando para demostrar su indiferencia. Al volverse de improviso, advirtió la expresión sombría del sargento y la extraña del teniente Gran don. Contuvo su propia sonrisa de conspirador y se previno a sí mismo lleno de enojo. ¿Cómo sabría la verdadera manera de pensar de esos individuos?

Salieron a errar por el campo, en las condiciones más confidentes. Apoyáronse del modo más casual en los cercos bien cuidados. Ante ellos levantábase y caía el anchuroso valle, ondulado en su brillante verdor bajo el sol de primavera, y los rebaños de gordos vacunos pastaban con placidez bajo los árboles cubiertos de verde bruma. Más allá del valle, las montañas se elevaban en nubes azules contra el cielo de color azul más claro; las aves, en su retorno del sur, cantaban agudamente en la tibia y serena atmósfera. Había tal aire de paz y de abundancia aquí, tal riqueza, tan fecunda seguridad y esperanza. Durant pensó en las ciudades oscuras y llenas de roedores, los edificios que se desmoronaban, el hambre y las necesidades. Vino a su memoria la desesperanza, las multitudes anónimas, reclutadas a la fuerza, perseguidas, vigiladas y conducidas a trabajos sin objetivo, si se deseaba creer que las guerras constantes carecían de finalidad. No, no carecían de ella. Durant lo recordó con una furia repentina que lo asfixiaba. Eran un motivo por sí mismas, aunque el «enemigo» no era siempre el mismo.

Durant se apoyó en el cerco con el brazo izquierdo, para estudiar las veintenas de hombres atareados en los campos y alrededor de los corrales. Parecían de aspecto algo mejor que sus semejantes de la ciudad, si bien sus ropas eran andrajosas. Realizaban su labor con la cabeza inclinada, semblantes apagados e inexpresivos y movimientos automáticos. Algunos de ellos poseían facciones distinguidas. Maestros y doctores, hombres de negocios y artistas, probablemente, antes de ser reclutados para el trabajo debido a su carácter subversivo. Durant los examinó algo más atentamente, en busca de alguna mirada enconada o rebelde, alguna inflamada de aborrecimiento. Pero ningún hombre ni mujer alzó la vista.

«Bien —pensó Durant con odio repentino y sombrío—, habéis tenido vuestra oportunidad. Pero tantos de vosotros os mostrasteis tan entusiastas acerca del socialismo, el comunismo y “control gubernamental de los medios de producción”, estadismo y todos los demás antiguos horrores de opresión, no hace más de veinte años. Erais jóvenes entonces y demasiado faltos de realismo o concupiscentes o llenos de “idealismo”. Yo me pregunto —pensaba Durant—, si todos esos movimientos no son, en definitivo análisis, una y la misma cosa después de todo. De todos modos, hombres y mujeres que ahí os veis, cuidando animales, arando o plantando, sois en gran parte responsables de vuestra propia servidumbre. Estabais acostumbrados a ser utilizados por vuestros amos y acaso vuestro castigo tenga algo de justo.

Cinco hombres de edad mediana, portadores de azadas y otro equipo agrario, pasaron cerca de Durant y de Lincoln, del otro lado del cerco. Movíanse en silencio, como sumidos en trance. Durant levantó la voz:

—Señor Lincoln, vuestros animales de dos patas no parecen tan inteligentes como los de cuatro.

El granjero rio ruidosamente, feliz ante esa salida ingeniosa, y se golpeó el grueso muslo. Los trabajadores prosiguieron su marcha con paso tardo, como si nada oyeran. Estaban a diez pies de distancia del granjero y los militares, cuando dos de ellos se volvieron de improviso para mirar hacia atrás, y sus rostros morenos y delgados se retorcieron con malicioso aborrecimiento y amenaza. Los ojos habíanse vuelto vivos, luciendo el crimen en ellos. Pero Lincoln no lo vio.

—¡Adelante, Jimmy y Torn! —exclamó lleno de irritación—. Hay mucho que hacer. No os quedéis rezagados.

Jimmy y Tom. Durant se concentró en esos hombres con satisfacción y sorpresa. Llegado el momento, Lincoln y su familia se rían degollados, de manera lenta pero eficiente. «Lo mismo que yo, probablemente», pensó Durant, si bien no con mucho placer. Otra vez se vio resuelto a luchar no sólo por el restablecimiento de la República y la Constitución, sino a vivir para ello. Tendría que haber un modo de conseguirlo. Era joven, con esposa y familia. El Magistrado Principal había dedicado toda su vida a su país sin abrigar ningún otro interés. Eso era excelente y sin él no podría realizarse nada. Se necesitaban fanáticos endurecidos si la República tenía que volver a vivir, mas también hombres que la reaprovisionaran para mantenerla fuerte e invulnerable. Las masas de las ciudades estaban completamente desesperanzadas, habiéndose entregado con avidez a sus organizaciones gremiales, en las que se infiltró el crimen, unos veinticinco o treinta años atrás, y convirtiéndose en esclavos de pistoleros y explotadores décadas antes del aplastamiento de la República. En consecuencia, tenían que dejarse con vida hombres honorables para que engendraran una raza más fina y más noble, para establecer otra vez la libertad y la justicia para todos.

Durant aspiró con fuerza el aire fresco y vivificador del campo. Llegó a la conclusión de que jamás volvería a habitar la ciudad. Su abuelo le había dicho en una oportunidad que cuando los hombres se alejaban demasiado de la tierra, enfrascábanse en la vida artificiosa del cosmopolitismo, convirtiéndose espiritualmente en desterrados sin hogar. ¿Cuántos hombres de las

ciudades; de qué corrientes lejanas, de qué profundos manantiales montañosos o de qué ríos derivaba el agua de que disfrutaban, y de qué acres silenciosos y sonrientes extraían su alimento?

Lincoln señalaba ahora a Durant las chimeneas y los tejados rojos donde moraban sus dos hijos mayores, jactándose orgulloso de sus familias.

—Los chicos son relucientes como la manteca y gordos cual cerditos, además —decía—. No como esos ratoncitos blancos de la ciudad. —Su voz sonaba plena del desprecio del campesino por el habitante de la urbe.— En mi casa tengo diez buenos dormitorios con cuatro baños; es suficiente para las tres familias. Pero mis muchachos quisieron tener su propio hogar, lo que ahora me parece muy bien.

—Es maravilloso vivir aquí —observó Durant.

—Sí, vaya si lo es —dijo Lincoln, complacido.

—Yo soy hombre de la ciudad —habló Durant, señalando con la cabeza los campos, recostado cómodamente en el cerco— y he llegado a la conclusión de que no me agrada, señor Lincoln. Y creo que a muchos de mis hombres también les agradaría residir aquí. —Se incorporó del cerco, para sonreír al granjero, vuelto repentinamente sombrío, y le dijo con sonrisa que lo desarmó:— De manera, señor Lincoln, que le han caído cinco nuevos pensionistas. Nos mudaremos a su propia casa. Esta misma noche.

Como a una señal dada, el teniente y el sargento se aproximaron con rapidez a Durant, y Lincoln, gris como la ceniza, vio los tres semblantes, alertas y sonrientes, así como los tres pares

de ojos que en el acto se mostraron, no amistosos sino cruelmente divertidos. Sus gruesas rodillas comenzaron a temblar; la voz produjo un sordo ruido en su garganta y apenas pudo hablar.

—¿Mudarse a mi casa? —farfulló, incrédulo—. No... no puede hacer eso, mayor. Este... eso es ir contra la ley. Los granjeros obtuvimos la ley... Nosotros...

—El ejército es quien hace la ley, Lincoln —contestó Durant con sequedad, pero sin dejar de sonreír—. ¿Recuerda? Nosotros hacemos las leyes. El Presidente no hace sino firmar lo que le indicamos que firme. Por lo demás, el ejército es su amigo, ¿verdad? No irá a volverse contra el ejército, ¿no es así, Lincoln?

—¡Por Dios que no! —exclamó Lincoln, completamente atemorizado. Asido de la barandilla del cerco tragó saliva visiblemente—. Pero, mayor, eso no está bien. Los otros granjeros...

—Esta noche emitiré una orden en el sentido de que todos los militares que así lo deseen podrán mudarse a las granjas... y disfrutar también de la buena vida. Por supuesto, ello se referirá tan sólo a mi jurisdicción, pero creo que los militares de todo el país seguirán muy pronto el movimiento de los de la Sección 7.

Extraviado, Lincoln pensó en la Sociedad Agraria. ¡Pero si ésta no iba a consentir una cosa tan terrible! ¡El Agro lo era todo! ¡Todo lo que los campesinos tenían que hacer era suspender sus tareas y ver quién era en realidad más fuerte, si el ejército o la gente de campo! ¡Como que el Presidente, amenazado por una huelga general de campesinos, máxime ahora con la nueva guerra, pronto vería quién era el amo del país!

Durant, que observaba ese rostro que gesticulaba y se contraía, leyó con exactitud cada uno de los pensamientos que bullían detrás del mismo. Y dijo con tono casual:

—Supongo que a los granjeros no les placirá, al principio. Acaso algunos se declaren en huelga o griten que no producirán. Pues eso es bastante malo para ellos, Lincoln. Porque no haremos otra cosa que apoderarnos de sus granjas y dejar que las gobiernen los trabajadores forzados. Por otra parte, hay millares de militares que fueron antaño gente de campo y, con ayuda de los técnicos agrícolas del gobierno, se las arreglarán muy bien. —Hizo una pausa, como si meditara.— Con frecuencia me he preguntado si era necesario en absoluto contar con granjeros independientes. ¿Por qué no hemos colectivizado las granjas, tal como se hizo en Europa? ¿Cómo es que eso no se le ha ocurrido a nadie en Washington antes?

—¡Porque hemos sido amos del país durante cuarenta años y nada más! —expresó con desconsideración Lincoln—. ¡Todos los presidentes habidos durante esos cuarenta años nos han convertido en sus favoritos, primero mediante subsidios y luego con el trabajo forzado! ¡Ningún Presidente se atrevería a colectivizarnos! Como que nosotros, los campesinos leales, no tuvimos que hacer sino dar parte de otros que eran subversivos, se entrometían y votaban por el partido republicano, para que les confiscaran sus propiedades y nos las cedieran sin ninguna dificultad. El Presidente supo quién fue... —Se detuvo, asustado de lo que había dicho.

El semblante de Durant no mostraba sino atención y serenidad, en tanto pensaba en los hombres independientes y bravos asesinados con el fin de que los pillos como ése pudiesen apode-

rarse de su propiedad. Era difícil para un individuo de la naturaleza de Durant refrenar su furor y su disgusto y no traicionar sus emociones. Llegó a la conclusión de que lo estaba consiguiendo muy bien. De todos modos, su voz era serena y tranquila al decir:

—Lincoln, está equivocado y bien lo sabe. Los militares son los «amos» en la Democracia. Hemos sido muy buenos con los granjeros y ya es hora de que lo sean con nosotros. Vuestro oro: bueno, de aquí en adelante, los granjeros de la Sección 7 recibirán papel moneda, del mismo modo que los militares. Y en la Sección 7 serán los militares quienes decidan hasta qué punto serán buenas para el país vuestras cosechas.

Lincoln enmudeció. Una y otra vez parpadeó al mirar a Durant y sus ojos de mirar fijo imploraban a Grandon y Keiser, quienes no hicieron sino emitir una sonrisa sombría. Lincoln pensó nuevamente: la Sociedad Agraria; telefonearía en el acto al Presidente.

—La Sociedad Agraria —dijo Durant, pensativo—. Cuando hable allá haga el favor de decir que deseo conversar con el presidente, mañana por la mañana, ¡en mi despacho de Filadelfia! En esa oportunidad le haré entrega de una copia de mis instrucciones. —Dicho lo cual simuló violenta cólera, en señal de lo cual golpeó con fuerza con el puño izquierdo contra el cerco.— ¡Pensar que los militares han de habitar la ciudad, comiendo lo que los granjeros quieren darles, derritiéndose de calor en verano, abriéndose camino por esas calles destrozadas, cobrando en papel moneda, acudiendo a los parques llenos de ratas en sus ratos libres y respirando la atmósfera inmundal ¡Y todo eso, habiendo millones y millones de acres disfrutados

tan sólo por unos pocos! Es terrible. Es hora de que se haga algo sobre el particular y seré yo quien comience a hacerlo.

Lincoln se veía aterrorizado ante el furor reflejado en el semblante de Durant, mas su mente empecinada retornó una y otra vez a la Sociedad y a todo su poder. Farfulló:

—Mayor, pero si los militares tienen a su disposición los mejores hoteles y mansiones de la ciudad y cuentan con alimentos casi tan buenos como los de los granjeros. Nos han pagado siempre en oro; ¡no recibiremos papel moneda, no señor! Las cosechas son oro. Siempre hemos trabajado en íntima colaboración con los militares, siendo leales y patriotas. Nada es demasiado bueno para los militares en las ciudades. —Ahora boqueaba y su frente veíase enrojecida.— Pero si hasta existe una ley... que dispone el alojamiento de los militares de parte del pueblo...

Durant se levantó derecho cuanto pudo y al mirar de manera salvaje al otro, sus ojos despedían chispas.

—¿Cómo? —gritó—. ¡Pero si eso es subversión! ¡Está citando la antigua... la vieja Constitución! —Hizo una pausa para dar tiempo a que tan terrible hecho penetrara en la imaginación vacilante de Lincoln.— ¡La Constitución! Lincoln, podría arrestarlo en el acto, al cabo de una hora estaría en la prisión militar de Filadelfia, y su granja confiscada antes de cuarenta y ocho horas y entregada a un individuo leal, y su mujer y su hija en cualquiera de las fábricas dedicadas al esfuerzo bélico. ¿No se ha percatado de que prácticamente se ha tildado de traidor al citar —y aquí su semblante mostró gran terror ante tanta obscenidad— la Constitución, ese documento abrogado hace años? —Sacudió fuertemente el puño ante la nariz del

otro, que ya se había puesto muy pálido.— Todo esto merece una amplia investigación, hombre. Sí, una investigación de todas sus actividades. Acaso podamos probar que es usted miliciano en realidad, dedicado a traicionar a su país en secreto y tal vez preparando una revolución.

—¡Oh, Dios, Dios! —gimió Lincoln, cuyas rodillas se doblaban—. Mayor, no debe decir eso. Soy norteamericano y patriota, mayor. ¡Como que, aun siendo joven, tiempo atrás, jamás voté por los republicanos! Puede buscar entre mis antecedentes. Mayor, no hablará en serio. —Sus ojos doloridos suplicaban a Durant como perro que recibe una paliza. ¡Mazie y Gracie, en la ciudad, en una fábrica de tareas bélicas! ¡Sus mujeres, muriéndose de hambre como el resto de la condenada ciudad! Sus hijos en los campos de trabajo forzado. Él mismo, atormentado y torturado finalmente. ¡Sus granjas, sus tierras, entregadas a otro, con todas esas cosas tan bellas en la casa, arrebatadas a los ratas de la ciudad! Cerró los párpados con ademán involuntario y en sus mejillas aparecieron algunas lágrimas, como gotas de sangre.

Durant lo contempló. Ese hombre, flojo y quebrantado de improviso, ¿sería una posible fuente de revolución? ¿Resistiría se? Bajo una presión premeditada al efecto, ¿hablaría a sus compañeros del agro para incitarlos? No, era demasiado viejo y avaricioso. Estaban sus hijos, más jóvenes; ¿podría realizarse algo con ellos? Tal vez. La gente de edad era gente sin remedio.

—¡La Constitución! —dijo Durant lleno de aborrecimiento—. Ustedes los viejos recuerdan ese documento peligroso, ¿no? No pueden olvidarlo, ¿verdad? Creo que le habrá enseñado algo de ella a sus hijos, ¿es así?

—¡No! ¡No! —gimió el granjero—. Honestamente le aseguro que no, mayor. Oiga, mayor, puede venir a alojarse en el acto. Cuento con una magnífica habitación...

—Deseo la mejor habitación de todas, Lincoln —dijo Durant, que había movido la cabeza—. La que ocupa con su esposa. Necesito amplitud y aislamiento. Está también el teniente Grandon. La mejor habitación que haya después y aislada. El sargento Keiser deberá disponer de un buen dormitorio. Ah, y mis dos capitanes. Por supuesto, buenas habitaciones individuales. Todas las habitaciones utilizarán los cuartos de baño. Pensándolo bien, Lincoln, lo mejor será que toda la familia se traslade a la planta baja, o al ático. Su hijo, Bob, podrá mudarse a los barracones. ¡Buena idea! Así podrá vigilar a los trabajadores. Como sabe, Lincoln, los militares necesitan absoluto aislamiento. No se permitirá que nadie ande en el segundo piso, sino con fines de limpieza.

Todo el campo resplandeciente se puso a girar en torno de Lincoln. La cólera y el temor le oprimieron el corazón y se llevó la mano temblorosa al robusto pecho. Al hablar parecía encojerse sollozante:

—¡Pero mayor, no hay ningún dormitorio en el primer piso y tan sólo tres alcobas en el ático del tercero!

—Mucho me temo —dijo Durant, encogiéndose de hombros— que usted, su mujer y su hija tengan que acomodarse de alguna manera en el primer piso o dormir en el ático. Bill y los otros dos sirvientes pueden dormir en los barracones. ¿O tal vez prefiera que lo haga su familia?

—Creo que Gracie debería ocupar el mejor aposento del ático —dijo el teniente con suma gravedad—. Me place pensar en Gracie muy cerca de nosotros.

Los ojos tan abiertos de Lincoln se desviaron, húmedos, hacia Grandon y luego hacia Keiser. Se humedeció los labios. Vio la expresión libidinosa y conocedora del semblante de esos dos y boqueó:

—Gracie... dormiré en la misma habitación conmigo y con su madre. Yo... yo... —Imposibilitado de hablar, no pudo hacer sino asirse de la baranda del cerco.

—Efectúe los arreglos necesarios inmediatamente, Lincoln —dijo Durant—. Tengo que ir a la ciudad por algunas horas. Esta misma noche estaremos los cinco de regreso. Téngalo dispuesto todo. Si algo no anda bien —agregó con voz amenazadora— recordaré lo que ha manifestado aquí, Lincoln. Pero si se conduce como es debido, lo olvidaré. —Y vuelto hacia sus oficiales:— Muchachos, lo olvidaremos, ¿verdad?

—Aquí tiene una orden —dijo al teniente Grandon— para ahorrarme tiempo. Comuníquese en el acto con la Sociedad Agraria de Filadelfia, y hágales saber mi resolución. Repito que se trata de una orden.

—¿Sucedo algo, papá? —dijo una voz suave, cerca de ellos.

Al volverse, vieron a Bob Lincoln de pie, próximo al grupo. En su rostro se observaba una suave y peligrosa sonrisa. Durant lo miró con lo que esperaba resultara una mirada centelleante e intimidatoria.

—No, no ocurre nada —dijo, sombrío—. Acabo de impartir a su papá algunas órdenes, Bob. Él se las explicará a su vez.

—¿Órdenes? —repitió Bob, suavemente, levantadas las cejas.

—Órdenes militares —dijo Durant con voz terminante. De manera abierta, y con toda intención de proceder, Grandon y Keiser apoyaron la mano en su pistola. Bob sonrió con desprecio al advertir el ademán, sin que el mayor dejara de estudiarlo. Sí, era buen candidato para la revolución. Durant prosiguió—: Bob, ¿ha olvidado que es el ejército quien gobierna al país? Cuando da órdenes son absolutas, y bien lo sabe. Después de todo, la gente de campo ayudó a que ejerciera el poder. Bien, pues entonces a obedecer.

—¡Bob, no digas nada! ¡No, no digas nada! —exclamó Lincoln, presa de gran terror. Asido del brazo de su hijo, comenzó a gimotear—: Limitate a quedar callado, Bob.

El hijo lo observó lleno de asombro. Dio un tirón como para desprenderse del brazo del padre y luego se detuvo, para volver la cabeza y clavar su mirada penetrante en los militares. Meditaba, en tanto se mordía el labio, muy sereno al parecer, pero con el semblante moreno totalmente rígido.

—Su padre acaba de citarnos la Constitución —dijo Durant, sonriente—. ¿Listed no ha oído hablar nada de la Constitución, verdad, Bob?

El joven apretó con fuerza los puños robustos y algunas arrugas se le marcaron alrededor de la boca, pero se mantuvo en silencio.

—Eso es de por sí una ofensa capital —le recordó Durant—. Pero deseo trabajar en paz con los campesinos de mi jurisdicción. No soy vengativo. En ocasiones esa gente de edad olvida... cosas... y recuerda lo que aprendió en la escuela. Eso no

se puede remediar. De manera que daremos al olvido lo dicho por su padre, con tal que ninguno de ustedes nos ocasione ninguna dificultad.

Dos jóvenes grandes iban acercándoseles a través del campo verde. Luego de haber dirigido una mirada a sus semblantes, Durant, los descartó, desilusionado. Era fácil de ver que se trataba de los otros dos hijos de Lincoln, mas sin ninguna de la sombría ferocidad, inteligencia o manera de pensar secreta del más joven de los hermanos. Inexpresivos, de facciones ordinarias, ojillos de mirar avaricioso, boca floja, igual que la madre, era difícil que pudiesen agitarlos hasta llevarlos a la revolución. Mas, por otra parte, eran jóvenes, y ahí estaba Bob.

—Grandon y Keiser —dijo Durant—, quisiera que me acompañasen a la ciudad durante algunas horas.

Observó por encima del hombro al retirarse. Lincoln se recostaba, medio desmayado contra el cerco. Sus dos hijos mayores lo interrogaban con gran animación. Pero Bob se hallaba aparte, sin dejar de mirar al nuevo enemigo. El sol le daba de lleno en el rostro, que era de asesino. Durant no pudo dejar de sonreír.

En el trayecto hacia Filadelfia, Durant trató de inferir algo de importancia en la conversación de su teniente y su sargento. Pero los hombres no hicieron sino mostrarse jubilosos por la caída de Lincoln. Era claro que experimentaban desprecio, animosidad y envidia contra los campesinos, y deleite ante la perspectiva de que la dictadura militar los subyugase. Reían, gesticulaban y movían la cabeza, sin dejar de mirar y admirar de manera aprobatoria a Durant.

Le pesaba enormemente la soledad. Filadelfia no hizo nada para disminuir su carga. Broad Street era como un desierto lleno de cráteres, baches y edificios que se desmoronaban en su soledad. Era como si la ciudad hubiera sido bombardeada por aeroplanos enemigos, aspecto que era el de todas las demás ciudades norteamericanas. Pero ni una sola bomba enemiga había caído en territorio norteamericano a través de las varias guerras mortales, aunque Europa había sufrido esa eventualidad. Tan sólo Estados Unidos había utilizado la bomba de hidrógeno, la de oxígeno y la atómica. Suponíase, con júbilo, que ello era resultado de la tecnología superior norteamericana y del temor que el resto del mundo experimentaba hacia la Democracia. Ni siquiera la Rusia asolada, Alemania, Inglaterra o Escandinavia, ni ninguna otra nación o coalición de naciones hizo por atacar a las ciudades norteamericanas, ni tampoco Asia ni África. Durant ponía en tela de juicio las razones dadas y al pensar ahora en ella enconábase más que nunca. Al observar las calles y los edificios de Filadelfia, vio la misma degradación, la ruina y la desesperación y mansedumbre que observara en los rostros del populacho norteamericano. Ni aun el bombardeo en masa de las ciudades norteamericanas podría haber producido mayor devastación que ésa. Era joven y siempre habíase mostrado resuelto. Por vez primera se sintió sacudido, desalentado y sin esperanza. No podía hacer sino aquello que se le ordenase, pero no tenía realmente fe en el resultado. El pueblo estaba perdido.

Mas en las horas finales de la caída de la nación, nadie debería disfrutar de comodidad ni privilegio, pensó lleno de aborrecimiento. Los campesinos, los MASTS, los mimados y a cubierto, se hundirían con el resto de la Democracia, gracias a la ayuda de Durant. ¡Que se produzca la completa soledad! No

iba a quedar ni uno solo que gozase con su oro, sus reservas de alimentos, su posición o su seguridad. Ya no quedaba en él ninguna fe en la revuelta de los pocos enfurecidos, habiéndolo convencido de ello su experiencia con Lincoln. No, ya no poseía fe, sino deseo de venganza. Para todos la muerte, el hambre o la más completa barbarie. «¡Al infierno con todo ese mundo, maldito y putrefacto!», se dijo a sí mismo.

Las calles, casi silenciosas, eran patrulladas por soldados armados de fusil y cachiporra. Hacía más de doce años que la policía fue reemplazada por el ejército, ya mediante directivas o por la violencia. La policía resistió virilmente cierto tiempo ya que, en su mayor parte, tratábase de gente sencilla y honesta, que creían lo que habían aprendido en la escuela. Empero, «por razones de seguridad», sus lastimosos intentos de independencia fueron aplastados. «Por razones de seguridad», reflexionó Durant. La jerga de los déspotas. El pueblo había escuchado, y durante años tuvo fuerza y poder para rebelarse, mas no lo hizo. Al diablo con él, pensó Durant, en tanto miraba con aborrecimiento a la multitud que desfilaba, sin tratar de descubrir entre sus componentes si existía acá y allá un solo semblante de hombre.

El automóvil comenzó a circular a través de calles muy hermosas, bien cuidadas, seguras y florecientes. Allí, como en ciertas calles de Nueva York, habitaban los extremadamente ricos e invulnerables, los MASTS y los burócratas. Sus niños sonrosados jugaban bajo la vigilancia de las niñeras en el crepúsculo helio tropo de la primavera. Los automóviles resplandecientes alineábanse a lo largo de las cunetas. Las ventanas brillaban heridas por los últimos rayos del sol en su ocaso y las

lindas mujeres subían y bajaban las limpias escalinatas. La policía militar hacía notar de manera conspicua, con su paso vivo y vigilante, no deteniéndose sino para sonreír a las niñeras y vigilar con gran atención a los niños que chillaban y saltaban. El gobierno jamás había experimentado la menor dificultad para persuadir a hombres de enorme riqueza y poder industrial de que tomaran parte en la opresión del pueblo. Al utilizar astutamente la experiencia de Rusia y otras potencias comunistas, Washington ni siquiera tuvo necesidad de amenazar, estúpidamente, las vidas o la propiedad de muchos de los acaudalados y seguros. No fue necesario sino valerse de palabritas entre dientes y leves sonrisas tras las puertas oficiales.

—¿No vamos por camino indebido? —inquirió Durant.

—Oh, creímos que le gustaría ver algunas secciones de la ciudad —contestó Grandon suavemente. Sus ojos ágiles y traviesos miraban con fijeza e ingenuidad a Durant—. Todo esto está muy bien cuidado, ¿verdad?

—Tal vez podríamos hacer que nos alojaran, como vamos a hacer con los campesinos —sugirió Durant, sonriente.

—No es posible —contestó Grandon, que movió la cabeza al reír—. No con estos individuos. Saben demasiado y... ayudan demasiado. Tenemos que estar de parte de ellos y ellos de parte nuestra.

Durant le observó, pero la sonrisa del otro era infantilmente divertida. Empero, el semblante de Keiser resultó claramente visible un instante en el espejo trasero del vehículo; estaba oscuro y malhumorado. Durant se puso en guardia. Luego los ojos del sargento, al toparse con los suyos en el espejo, se hicieron blandos.

—Bien, mayor —dijo Grandon—, la ciudad es suya. Todos los militares. Todo el mundo. Los individuos de buena posición que residen en estas calles lo invitarán pronto a sus comidas y reuniones y conocerá a sus bonitas mujeres. Lo pasará bien cuando esté en la ciudad.

—Espero pasarlo muy bien —fue la respuesta sombría.

Los militares ejecutivos de Filadelfia hallábanse alojados en el mejor hotel, donde el mayor, según informó Grandon, contaría con su propio y lujoso departamento. El teniente llamaría en el acto a un médico para que atendiera a su brazo fracturado y al día siguiente dispondría que el mejor dentista se ocupara de los dientes «perjudicados en el accidente». Durant asintió con un movimiento de cabeza. Los tres jóvenes penetraron en el hermoso vestíbulo del hotel y los oficiales de menor graduación se pusieron en posición de firmes y saludaron llenos de curiosidad. Al instante llegaron a la conclusión de que en ese nuevo individuo no había la indulgencia y tolerancia del «viejo mayor», que parecía más duro y áspero, hasta salvaje, y que apenas advertía los saludos. Uno de esos bastardos estrictamente militares, concluyeron entre ellos, plenos de desaliento y resentidos.

Los tres oficiales fueron conducidos en silencio en el dorado ascensor hasta el décimo piso. Dos policías militares se cuadraron al salir Durant, Grandon y Keiser. El teniente, a todas luces complacido con su posición de guía, condujo a Durant a un departamento magnífico, pródigamente amueblado. Apenas se había dejado caer en un sillón de terciopelo junto a una ventana y cerrado los ojos un instante, cuando se vio estremecido por la repentina risa de Grandon. El teniente había estado

mirando una pila de notas sobre la mesa de nogal del centro de la habitación de estar.

—Bien, ha comenzado la acción —dijo, gesticulando—. ¡Walter Morrow, al frente de la Sociedad Agraria de la Sección 7, está esperándole ya, mayor! Esta nota dice que se trata de algo importante. ¿Debo decirle que vuelva en otra oportunidad?

—No —dijo Durant, respingando a causa del dolor del brazo al levantarse—. Mándele a ese... mándele que entre. Sería bueno que comenzáramos.

Con gran deleite, Grandon salió para volver acompañado de dos capitanes, que saludaron marcialmente al mayor. Éste examinó atentamente a los recién llegados. Los capitanes Bishop y Edwards eran individuos en su treintena, con el semblante duro y brutal del soldado de profesión. De poseer la menor inteligencia, no lo demostraban. Durant suspiró y les dirigió pocas palabras, sin percatarse en su cansancio de que Grandon lo observaba. Dijo a ambos capitanes que al día siguiente se le unirían en sus nuevos aposentos de la granja Lincoln. Los otros no revelaron sorpresa, acostumbrados desde la infancia a obedecer y no pensar por cuenta propia. Durant los borró de su mente como habría hecho con animales desprovistos de pensamiento.

Luego hizo su entrada Walter Morrow, de la Sociedad Agraria, hombre de pequeña estatura, rollizo, cabello gris y cerdoso, ojos inquietos, oscuros y resplandecientes de cólera y boca violenta. Apenas escuchó la presentación de Grandon, y se mantuvo de pie, esforzado y belicoso, en el centro de la habitación, con los puños fuertemente cerrados.

—¿Conque es usted el nuevo mayor? —dijo en voz alta y brusca, mientras observaba a Durant con una mezcla de furor y desprecio.

—Lo soy. Tome asiento —dijo Durant cortésmente.

Pero Morrow no se sentó, sino que permaneció de pie, mirando lenta y deliberadamente a Durant, cada destello de sus ojos un insulto.

—¿Qué aconteció al viejo mayor? —inquirió bruscamente.

—¿Por qué no se lo pregunta al Magistrado Principal de la Sección 7, que es quien me envió aquí? —inquirió Durant a su vez.

—Muerto, ¿eh? —Morrow sonrió de manera en extremo desagradable.

—¿Por qué no se lo pregunta al Magistrado Principal? —repitió Durant, encogiéndose de hombros.

Grandon y Keiser sonrieron afectadamente. Los otros dos oficiales simplemente permanecieron de pie como estatuas de madera.

—Quizá se lo preguntaré —dijo Morrow, luego de haber vuelto a contemplar a Durant.

—¿Deseaba verme por algo? —inquirió Durant con impaciencia—. He sufrido un accidente y me encuentro cansado y necesito un médico. Si lo que tiene que decirme no es de importancia, y ya que éstas no son horas en que deba ocuparme de mis deberes, sírvase retirarse o convenga una cita con el te-

niente Grandon para entrevistarme de aquí a unas cuatro semanas. Grandon —dijo, mirando al teniente—, fije al señor Morrow una entrevista para dentro de cuatro semanas.

—Lo lamento, mayor —Grandon frunció grandemente el ceño al examinar el cuaderno de entrevistas—, pero no hay ningún momento disponible sino dentro de seis semanas. Un jueves, tal vez, entre una y media y dos menos cuarto.

—No —dijo Morrow después de haber inhalado profundamente y exhalado con lo que parecía el resoplido de un toro—, hoy, ahora mismo. Acabo de hablar con Johnny Lincoln, mayor, y he venido para decirle que la Sociedad Agraria protege a Lincoln, así como a los demás granjeros.

—¿De qué? —inquirió Durant con interés.

—De usted —contestó con serena simplicidad. Su rostro se había vuelto pálido, pero más vigoroso.

—¿Está usted loco? —demandó Durant, fingiéndose galvanizado por el furor—. ¿Quién es usted, o cualquiera de los rústicos que representa, para insultar de tal manera al ejército? —Golpeó con el puño el brazo del sillón.— ¿Quién gobierna este país sino el ejército? ¿Quién dicta órdenes absolutas sino el ejército? ¿Quién vive o muere sino con permiso del ejército? Creo que ya es hora de que usted y los que lo siguen lo aprendan, Morrow. Ya comenzarán a aprenderlo desde ahora.

Morrow callaba, pero no estaba atemorizado ni intimidado, sino mirando a Durant, aún envalentonado y belicoso.

—Estaba a punto de hacerle saber que lo esperaba mañana —prosiguió Durant—. Se me ha anticipado y he sido lo bastante

necio para permitir que se desate de ese modo. Bien, ya ha recibido la respuesta. Ya está informado a través de Lincoln, por lo que está enterado de que el ejército será alojado en las casas de los campesinos y que los granjeros de la Sección 7 recibirán en adelante papel moneda, como todos los demás, y que están sujetos desde ahora a las leyes militares y tendrán que entregar sus depósitos de oro en el Agrario a cambio de moneda legal corriente. Tal es la nueva ley... mi ley... aprobada por el Magistrado Principal.

—Su ley —dijo Morrow, pensativo—, pero existe la ley de la Democracia. Oh, ya sé que dirá que el Presidente obedece a los militares. También obedece a la Sociedad Agraria. En caso de llegar a una disputa, y con el nuevo conflicto en marcha, el Presidente escuchará en primer término a la Sociedad Agraria. El país no puede vivir sin los campesinos.

—Bien, eso es algo que probaremos —dijo Durant sonriente—. Por supuesto, Morrow, a menos que usted intente organizar a sus rústicos como fuerza revolucionaria. ¿Es eso lo que implica?

—No me interesa lo que usted trate de inferir. —Morrow tampoco se había intimidado, sino que miraba a Durant con los ojos entrecerrados.— Lo que implico es mi propio negocio. El país no puede trabajar ni combatir sin los campesinos. ¡Oh, bien sé lo que ha dicho a Lincoln! ¿Cree que los del campo son ovejas de ciudad, mayor?

—Morrow —dijo Durant, que se puso en pie—, lo que dice significa traición. ¿Es que está amenazándonos? ¿O como he dicho antes, está loco? Ha habido en este país millares de hombres que perdieron el juicio y fueron a dar con sus huesos a los

hospitales... y jamás salieron de allí, Morrow. ¿Le gustaría eso? O tal vez prefiera ser fusilado por traidor.

Morrow se mantuvo en silencio.

—Encaramos una guerra desesperada —prosiguió Durant, mirándolo agudamente—. En ella se arriesga nuestra misma existencia. Que la Democracia subsista o no depende del heroico pueblo norteamericano. ¡Debemos tener unidad! ¡Hay que resistir juntos! No debe existir división de intereses, egoísmo ni beneficios privados ni ganancias a expensas de toda la nación.

—Tengo cincuenta y dos años —dijo Morrow—. He oído esa misma historia infinidad de veces. La sé de memoria y puedo repetirla a mi vez. Sólo deseo que sepa que los granjeros no serán colectivizados ni obligados a albergar a los militares sin luchar. Pienso ir a Washington mañana mismo.

—Bien —dijo Durant—. Empero, una palabra a guisa de consejo: si tiene familia, despídase de ella antes de partir para Washington.

—Nadie ha amenazado hasta ahora a los granjeros, mayor —dijo Morrow, endurecidas sus facciones—. Y tampoco los amenazará ahora. Somos hombres libres y es nuestro propósito vivir como tales.

—¿Hombres libres? —inquirió Durant después de haber leído—. Morrow, debe haber perdido el juicio. Esta Democracia está regida por el ejército y se encuentra a merced del mismo. Bien lo sabe. Lo sabe desde hace años. Y nunca ha dicho nada a ese respecto, ¿verdad? Todo era maravilloso mientras sus patanes estuvieran seguros en su prosperidad, cobraran su oro y poseyeran sus magníficos automóviles y sus

mesas bien provistas. Morrow, ¿cuándo ha hablado usted de «hombres libres» antes de esto? ¿No sabe que bajo la dictadura militar no existen hombres libres, y que es sólo cuestión de tiempo que todos estén bajo el dominio del ejército? —Hizo una pausa.— Sí, veo que ha pensado en ello. Pero sigue pensando que los granjeros pueden continuar existiendo como clase privilegiada. Lo mismo pensaron los dirigentes de las uniones gremiales. Pues bien, ahora tendrán que aprender la lección que ellos aprendieron.

Mientras Morrow lo observaba, asomó a sus ojos una expresión extraña.

—No existe un país libre mientras un solo hombre o grupo del mismo se halle regimentado o explotado —prosiguió Durant—Hace veinte años, los trabajadores considerábanse muy privilegiados y libres mientras permitían que sus empleadores fueran hostigados, empujados y amenazados en su beneficio. No se percataron de que ellos eran los siguientes en la lista de los que serían regimentados; más tarde intentaron protestar. Ya sabe lo que les ocurrió. Está a punto de ocurrir eso mismo a los granjeros, Morrow. Grábelo en su mente, Morrow. Para empezar, deseo me entregue un informe completo de todo el oro depositado en las cajas de la Sociedad Agraria. Ese informe deberá estar en mi poder en el plazo de dos días. Nuestro país se halla en terrible peligro y...

—El pueblo debe estar unido y resistir junto si ha de salvarse el país —interrumpió Morrow—. Ya le dije que sabía hasta la última palabra.

—Excelente —contestó Durant—. Puesto que conoce las palabras, obedézcalas. —Después de haber tomado asiento nuevamente, observó divertido a Morrow.— Sí, las palabras. ¿Cómo no las dijeron ustedes los granjeros al pueblo veinte o más años atrás? ¿Fueron tan estúpidos? No, creo que no. No fueron sino avariciosos.

Otra vez escrutó Durant el semblante de Morrow. ¿Estaría domado? ¿No haría nada, en beneficio de su propio pellejo? En caso de hablar, ¿seguiríanlo los demás? Imposible decir nada a través de la expresión de Morrow, tensamente cerrada. Empero, allí había un hombre que al menos lucharía, aunque fuera muy poco, antes de ser fusilado.

—Avariciosos —repitió Morrow—. Sí, creo que lo fuimos. Y esto es lo que suele acontecer a los avariciosos, ¿no es verdad?

—Sí, es cierto —dijo Durant con voz sonora—. Cuando un hombre coloca su ventaja por delante de la ventaja para el país, no es solamente avaricioso sino traidor. Morrow, no conozco mucho acerca de los granjeros, sino que, probablemente, son subversivos.

—Eso no es sino una palabra, mayor. No podrá asustarme con ella —dijo Morrow, que había sonreído.

—Vea Morrow —prosiguió Durant de modo razonable—, soy nuevo aquí y soy tolerante. He venido para administrar y he impartido las nuevas directrices. Trabajemos juntos. Debe reconocer, como hombre sensato, que el ejército tiene derecho a disfrutar las ventajas de los granjeros. Les ocasionaremos la menor molestia posible, pero exigimos nuestros derechos y estamos preparados para todo si se resisten. Es la guerra, Morrow.

—Sí, es la guerra. —El granjero recorrió con la mirada de uno a otro semblante vigilante, antes de encogerse de hombros y pronunciar esas palabras. Luego se volvió con presteza para abandonar la habitación.

Durant volvió a sentarse y suspiró, moviendo la cabeza.

—Los granjeros —musitó como consigo mismo—. ¿Quién demonios creen que son? ¿Se creen más importantes que los militares? Si es así, los amansaremos.

Bishop y Edwards no dijeron nada, mas sí Grandon, lleno de gozo:

— ¡El viejo mayor casi perdía los pantalones por temor a Morrow! Todo lo que éste tenía que hacer era gritar y hablar de Washington, con lo que el mayor se encogía como papel quemado. Pero ya se acerca un nuevo día, ¿eh, mayor?

—Sí, un nuevo día —dijo Durant, sonriente y satisfecho.— Así lo espero.

Alzó la mirad; como si lo hiciera de manera involuntaria. Keiser lo observaba atentamente y con gran interés. Bishop y Edwards manteníanse en posición de firmes. Grandon sonreía con afectación.

Dos automóviles condujeron a Durant, Grandon y Keiser, junto con los otros dos oficiales, Bishop y Edwards, esa noche a la granja de Lincoln. Durant, se hallaba extenuado por completo. Parecíale imposible que hubiera acontecido tanto en el transcurso de veinticuatro horas, y sentíase afligido sin cesar por un sentido de desorientación. Una y otra vez tuvo que repetir el juramento de los milicianos: «Estamos en guerra con

una sociedad totalitaria, basada en el comunismo y el fascismo; como soldados dedicados a la libertad y a la dignidad del individuo y a la Constitución de unos Estados Unidos de Norteamérica vencidos, juramos solemnemente que nuestras vidas, nuestra libertad y nuestro honor santo están ahora al servicio de nuestro país.»

Vino a la memoria de Durant lo expresado por Goethe: «Cuando las masas luchan, son respetables.» Pero las masas no habían luchado, por lo que ya no eran respetables y, al perder el respeto de sí mismas, se habían convertido en siervos. La lucha había sido relegada a unos cuantos. Pero, pensaba Durant, ¿no ha sido siempre así a través de la historia del mundo?

Esa tarde, la casa de Lincoln grande y blanca, había parecido segura, próspera y pacífica. Pero ahora, mientras los vehículos se deslizaban por el sendero de casquijo, el edificio había adquirido un aspecto de vencido, un áurea de intimidación. Hábilmente invadido el terror. Veíase una sola luz encima de la puerta y algunas más, mortecinas, arriba. Los sapos chillaban fuertemente en la calma campesina; un viento fresco de primavera cantaba en los árboles renovados. Un arroyo corría cantarino, y la luna nueva era cual hilo plateado en el firmamento. Todo era hermoso y sereno y la casa estaba allí, al parecer encogida y replegada sobre sí misma, temblorosa, a pesar de la noche primaveral.

La puerta no había sido cerrada con llave y Durant y los oficiales penetraron riendo con fuerza y haciendo resonar las botas. No se veía a nadie. La familia parecía haber desaparecido. Los oficiales fueron escaleras arriba y observaron que todo había sido dispuesto durante su ausencia y retirados las ropas y

los efectos de los propietarios. Oyeron cómo el gran reloj de pie daba abajo las once y se miraron, sonrientes. Bostezaron y se dirigieron a sus respectivos aposentos.

—Habrán encerrado a Gracie en algún lugar —dijo Grandon, desalentado—, pero no podrán tenerla así para siempre.

Que la familia durmiera o no era cosa sin importancia para Durant. Llamó a Keiser para que le ayudara a desvestirse, lo que hizo el sargento en silencio, en tanto Durant trataba de captar alguna expresión reveladora en ese semblante oscuro y embotado. Ello fue inútil, aunque en una o dos oportunidades Keiser lo miró de modo furtivo y con leve sonrisa.

Una vez en el amplio y mullido lecho de Lincoln, Durant creyó que iba a dormirse en el acto, al compás de la música de los sapos allá afuera. Mas, a pesar de la oscuridad y del confort, no pudo hacerlo. Los rostros de su mujer y de sus hijos lo acosaban. Se preguntaba dónde se hallar" a y si su mujer estaría igualmente desvelada. Presa de intranquilidad dióse a pensar cómo, llegado el momento, desprenderíase del uniforme para iniciar la búsqueda de su familia. Tal vez comenzara a reunir furtivamente algunas ropas civiles, hurtando una camisa, un pantalón, una chaqueta, algún sombrero deteriorado, durante un período más o menos largo. Pensó en su uniforme lleno de aborrecimiento. Por otra parte, ataviado con el mismo, era hombre marcado y blanco seguro para el asesinato una vez que el pueblo se rebelara. Y estaba resuelto a no ser asesinado, a manos de amigos ni de adversarios.

Transcurrió una hora y otra más, mientras se movía y daba vueltas hasta donde lo permitiera el brazo fracturado. Luego comenzó a dolerle el mismo, aunque de manera apagada. En

la oscuridad encontró el frasco de píldoras que le había entregado el doctor y tomó una con un sorbo de agua. De pie en el centro del aposento, amplio y agradable, escuchó débilmente en la penumbra a la frágil claridad de las estrellas. En ninguna parte se oía otro sonido que el chillar de los sapos y el leve soplar del viento. Esa podía haber sido una casa en tierra de hombres libres y dichosos, mas para Durant todo estaba cubierto con una especie de niebla de temor y de terror. En el pasado había tenido compañeros, pero ahora ni uno solo para consuelo y esperanza. Las formas de la esclavitud movíanse a su alrededor en la oscuridad, a la manera de movimientos de murciélagos imposibles de divisar. De improviso, la habitación se le hizo insoportable, no obstante su dolor y su cansancio. Con gran torpeza se echó sobre los hombros el capote militar e introdujo los pies desnudos en las botas. Abierta la puerta, avanzó hacia el amplio y oscuro vestíbulo. En alguna parte roncaba uno de sus hombres. Descendió arrastrándose la escalera, asido de la barandilla. Una vez abajo, abrió la puerta del hall y salió a la oscuridad.

Empezaba a hacer frío, y Durant tiritaba. Hombre de ciudad, la oscuridad le resultaba desconcertante. Sin rumbo, pero respirando con mayor facilidad, alejose de la casa hacia los barracones y los graneros. Era un instinto primordial el que lo atraía; en esos barracones se alojaban los trabajadores forzados del campo, los esclavos. Experimentaba un vago deseo de hallarse cerca de quienes estaban tan atrapados como él. Dormirían, desde luego, pero pensaba que su proximidad lo tranquilizaría.

Las sombras oscuras de los amplios barracones aparecieron al dejar atrás los graneros, cuando los caballos salieron de estampía y los vacunos se agitaron. Ni una luz se veía en ninguna

parte. Al tropezar de improvisto con un árbol, Durant refrenó sus maldiciones. Allá a lo lejos había un débil murmullo de trueno primaveral, pero las estrellas permanecían claras. Durant se detuvo para frotar el hombro correspondiente al brazo fracturado, que le causaba gran molestia. Fue entonces cuando oyó voces muy bajas. Vuelto con rapidez detrás del árbol, trató de escuchar. No le fue posible distinguir a nadie, pero identificó las voces de Grandon y de Bob Lincoln. Imposible saber el lugar en que se hallaban; la noche era serena, pero engañosa, y los conversadores podrían hallarse lo mismo a un metro que a tres de distancia. Apretado contra el árbol, Durant pudo oír frases sueltas. Grandon rio en una oportunidad de manera ahogada y Bob con ferocidad contenida.

—... sí, un espía —dijo Grandon—. Ya sabe que siempre los hay. Realmente nos vuelven locos. De todos modos, lo adiviné todo en cuanto a él al cabo de media hora.

—... matar—musitó Lincoln.

—No tan aprisa.

—No tengo que obedecer órdenes del ejército ni de nadie —dijo Bob, con voz más fuerte ahora—. ¡Ya encontraré la manera de matarlo pronto!

—Bob, no sea estúpido bastardo —volvió a reír Grandon—. Sabemos quién es y creo adivinar por qué está aquí y lo que busca.

—¡... aquí en esta casa! ¡Eso es lo que no puedo tolerar, Grandon! Lo encontraré a solas y entonces...

—No hará nada —dijo Grandon sin esforzarse, con su alegre voz juvenil—. Lo dejará de mi cuenta. O del resto de nosotros.

—... lo vi mirando, ¡maldito cerdo!, a Gracie. Oiga, Grandon, ¿por qué no da parte a la sede del comando?

Las voces se redujeron a un murmullo. Durant se mantuvo sorprendido detrás del árbol. Habíale caído simpático Grandon y había especulado a su vez sobre el valor y la voluntad de Bob Lincoln. Ahora resultaba bien claro que los otros sabían demasiado acerca de él, y que se hallaba en peligro, no de los milicianos, sino del ejército y sus espías. Bob Lincoln había representado su papel de granjero independiente, aborrecedor del ejército, muy bien. Grandon había lo engañado, actuando con gran habilidad.

—... tendría que habérmelo dicho antes —dijo Bob, irritado.

—¿Por qué había de hacerlo? Conozco su temperamento. Tampoco lo habría hecho esta noche si no lo hubiese visto a punto de cometer algo violento, so idiota. Tuve que prevenirle...

Con verdadero temor, Durant comenzó a retirarse del árbol, rogando para no tropezar con los dos hombres en la oscuridad. Las voces se apagaron. ¿Habríanlo descubierto por el susurro de la hierba o acaso por la sombra? ¿Lo vigilaban ahora? En caso de descubrir que los había oído, asesinaríanlo en el acto. ¡Iba a estar solo, bajo sus miradas astutas, y a ser tomado en su inocencia! Sin embargo, si llegasen a verlo, mataríanlo sin el menor escrúpulo. Ya no les serviría para nada.

Paso a paso, con el aliento contenido, Durant fue retrocediendo, tortuosamente y poniendo un pie tras otro. De ese modo llegó a realizar un movimiento algo circular. Se detuvo un instante para respirar lenta y silenciosamente. Entonces divisó la sombra de otro hombre, detrás de otro árbol, tan sólo a

dos metros de distancia. Conocía ese bulto de forma cuadrada, la actitud de alerta vigilancia, aun a la leve claridad de las estrellas. Era el sargento Keiser, que también había estado escuchando a Bob y a Grandon.

Keiser. Durant se volvió rígido y muy tranquilo. El sargento espiaba a los dos jóvenes, tal como él mismo había estado espiándolos. No existía sino una sola explicación: como Durant llegara a sospechar, Keiser era también miliciano, hallándose en el ejército por la misma razón que él.

Sin detenerse a pensar, Durant retrocedió algunos pies más, antes de murmurar el nombre del sargento.

Éste se volvió rápidamente en silencio y luego fue hacia él. Durant le hizo una señal con la cabeza y ambos se dirigieron con la mayor presteza hacia la casa, pisando la hierba. El sargento puso su mano bajo el brazo de Durant para impulsarlo con rapidez hacia adelante. No dijeron una sola palabra sino después de haber penetrado en la casa y subido hasta el aposento del mayor, en el que quedaron frente a frente en la oscuridad.

—¿Los oyó? —murmuró Durant.

—Sí, señor, los oí —fue el murmullo salvaje de respuesta.

«Después de todo no estoy solo», pensó con alivio Durant, y rio débilmente. Sin embargo, durante un momento, experimentó sincero pesar a la vez que desconfianza. Había creído en Grandon, meditado sobre él y alimentado esperanzas. Al abrir la boca para volver a musitar, vino a su memoria lo dicho por el Magistrado Principal, de que no debía confiar en nadie

ni utilizar su imaginación en absoluto acerca de sus camaradas. Era algo duro, pero había que hacerlo.

—¿Traidores, eh? ¿Y espías? —murmuró luego de hacer un esfuerzo.

—Sí, señor. Los conozco desde hace algún tiempo. ¿Qué haremos?

—Nada. Nos limitaremos a observarlos.

—Lo lamento, mayor —dijo el sargento, moviéndose en la oscuridad—, pero al principio creí que usted estaba de acuerdo con ellos. —Rió roncamente.— Las cosas se facilitan sabiendo que usted está enterado y es de los nuestros.

—Pero no debemos permitir que se enteren de que sabemos, Keiser.

—Mayor, llevo demasiado tiempo en esta tarea para que se me suelte la lengua. Por otra parte, mayor, no debemos dejar que se enteren de que los vigilamos, ¿verdad?

Ayudó a Durant a quitarse la casaca y las botas, y luego inquirió:

—¿Lo enviaron aquí para vigilarlos, mayor?

—Ya sabe que nadie debe dejar que los demás conozcan su manera de pensar, Keiser. ¿Por qué me pregunta entonces?

El sargento asintió con un movimiento de cabeza. Se enderezó luego de haber ayudado a que Durant se metiese en la cama y saludó. Abandonó la habitación en silencio, cerrando la puerta tras sí con gran cuidado.

«Tengo un amigo —pensó Durant al hallarse a solas—. Pero en gracia tanto a él como a mí, debemos fingir que somos lo que aparentamos. Nada de volver a murmurar ni a mirarnos. Nos conocemos, pero jamás deberemos reconocernos.»

Comenzó a dormitar. Su último pensamiento fue lamentarse, colérico, de que Grandon no fuera amigo y que Bob Lincoln fuese tan buen actor. Habían adivinado quién era él y se hallaba en mayor peligro que nunca.

Al despertar Durant luego de un sueño corto y agitado, lo hizo con una sensación de profunda desconfianza y pesadez. Hallábase acostumbrado a esas tempestades en su ser, conociendo su punto de origen en algún incidente de escasa importancia olvidado o a medio olvidar, pero que afectara algún nervio secreto y agudo de sus emociones. Ahora sabía, empero, la causa de su intensa miseria y desesperanza, reflexionando que los psiquiatras eran fatuos al declarar que conocer la fuente de la angustia mental era conocer la cura de la misma. Al contrario, pensó Durant. Si el origen permanece oscuro, la razón ayudará a disipar el estado melancólico. Una vez conocido, puesto el cáncer al descubierto, la desesperación se agrega al decaimiento original. «La ignorancia es gloria», representaba un aforismo mucho más cuerdo, y más antiguo, que «el conocimiento es poder». Porque si el conocimiento es impotente, e incapaz de señalar una válvula de escape, la misma percepción de su impotencia y aprisionamiento aumenta su desesperanza.

Durant se dijo a sí mismo que le había acontecido demasiado en muy poco tiempo. En su desconfianza existía una cualidad de desorientación. Durante unos segundos después de haberse despertado, no supo dónde estaba ni siquiera quién era. No pertenecía a esa clase de individuos carentes de imaginación que,

frente a una serie de hechos aplastantes, echan a un lado sus ropas de cama y «se levanta con aire resuelto». Tal actitud puede poseer sus aspectos heroicos, pero en mayor medida los estúpidos. Durant comenzó a ver que el ejército contaba con un argumento totalmente válido al alegar que los hombres de menos ingenio son los mejores soldados. En los días más inteligentes, el pueblo norteamericano llegó a comprender que la falta de ingenio no debía formar parte del carácter del Presidente. En su degeneración, el país había olvidado ese detalle y elegido un bodoque siniestro tras otro.

Durant se agitaba entre sus revueltas ropas de cama, pensando que «un pueblo tiene el gobierno que se merece». En tal caso bien merecía el actual y, ¿quién era él, el Magistrado Principal y los millares de anónimos milicianos para negarles el tormento que de manera voluntaria se atrajeran sobre sus cabezas a partir del año mil novecientos treinta y tres? No había efectuado la menor protesta contra la dictadura militar; en verdad, habíanla aprobado ruidosamente menos de dos décadas atrás, habiéndose prestado de corazón a su establecimiento por medio de lemas y frases hechas. Todos los registros de la historia habían estado ante su vista, todas las previsiones de los Padres Fundadores que ya indicaban que el militarismo nacional y cualquier oligarquía de los soldados conduce al esclavizamiento y a la decadencia. Los militares eran realmente necesarios, mas en caso de ataque verdadero y no artificial. Pero siempre, hasta el advenimiento de la Democracia, los civiles habían utilizado el sistema de frenos y equilibrios para mantener al falto de ingenio y al badulaque dóciles a la sana administración civil, utilizando armas y uniformes sólo en graves emergencias, pero aboliéndolos después.

El pálido sol mañanero penetraba en el aposento de Durant. Vio el oro rojizo y flexible que era el sauce junto a la ventana y oyó, como jamás había oído en la ciudad, el clamor de los pájaros, el piar de los polluelos, el cacareo de las aves de corral y el mugido del ganado. Nuevamente se vio impresionado por la incongruencia de los sonidos pacíficos de un lugar placido y el sombrío terror que gobernaba a las ciudades. Al parecer, la naturaleza ignoraba al paria que intentaba, una y otra vez, destruir la tierra que lo sustentaba y era siempre derrotado por algo más enorme, más inteligente y más eterno que él mismo. De encontrarse algún consuelo en ese mundo terrible de hoy, no lo sería de fijo en el desterrado, el intruso con apenas la conciencia suficiente para convertirse en asesino y horror del universo. El consuelo radicaba en el ritmo gigantesco de la naturaleza, en la no percepción de parte de otros animales en cuanto a la existencia del individuo.

«¿Dónde estabas cuando se echaron los cimientos del mundo?», había preguntado Dios a Job con semblante áspero. ¿Había habido desprecio y sentimiento en semejante pregunta?

Luego de haber sonado un golpecito en la puerta del aposento, se abrió la misma para dar paso al sargento Keiser. El primer impulso de Durant fue sonreír confidencialmente al sargento y decir algo que reforzase el entendimiento de la noche anterior, pero refrenó ese impulso. En verdad podría tener ahora un amigo, pero ni ese amigo ni ningún adversario debían cambiar su actitud. Se puso impaciente, al recordar lo que le fuera prevenido, e hizo un esfuerzo para dirigir a Keiser un movimiento de cabeza indiferente y una mirada fría. Al parecer el otro comprendió, ya que no hubo sonrisa ni otro indicio de su parte, limitándose a ayudar a salir del lecho y vestirse al jefe. Su

única observación fue para manifestar que todo el mundo, excepto los sirvientes, habían desaparecido de allí y que, al parecer, a la familia no le resultaba grato tenerlos allí.

Keiser lo afeitó en el cuarto de baño, sin decir una palabra. En una oportunidad sus miradas se encontraron en el espejo, mas con cuidada indiferencia. Durant observó lo pálido y demacrado de su propio semblante, a la vez que advertía el profundo cansancio. Aunque trataba de dominar sus pensamientos, érale imposible aminorar su ansiedad en cuanto a la familia, y la sensación de hallarse rodeado y atrapado por doquier.

Sus oficiales lo esperaban en el comedor. Como hiciera anteriormente, hizo a un lado a Bishop y a Edwards al cabo de una mirada. Pero Grandon era otra cosa diferente, todo alegría juvenil y vitalidad.

—¡Buenos días, mayor! —exclamó a la par que sacaba una silla para Durant—. ¿Pasó bien la noche? ¿Se siente mejor ahora?

Mediante un gran esfuerzo de voluntad, Durant se guardó de mirar a Grandon con furiosa aversión. Sabía que esa aversión brotaba en parte de su mortificación al verse decepcionado. Al mirar el semblante joven y exaltado y los ojos rientes del teniente y venir a su memoria la conversación oída durante la noche, Durant experimentó deseos de maldecir. Antaño había ufano de su habilidad para descubrir la falsía y la traición; ahora se dijo que siempre había sido un tonto. Pero se dominó y ridiculizó su propia animosidad. Según sus cálculos, Grandon era fiel y leal, verdadero sostén del gobierno y su dictadura militar. Fue la agudeza de Grandon la que descubrió algo inadecuado en él, Durant, y en línea con la lealtad de

Grandon estaba el deber del mismo de vigilar a su nuevo superior y traicionarlo, si necesario fuere. La traición, reflexionó Durant, no era sino cuestión de punto de vista. Dejó que Grandon desplegara la servilleta blanca y la colocara sobre sus rodillas, sin dejar de recordarse que tenía que ser más cuidadoso que nunca con sus oficiales. Con lo cual sonrió, fervientemente esperanzado de que tal sonrisa pareciera sincera.

—¿Desapareció la familia? —inquirió Durant, mientras sus oficiales tomaban asiento a la mesa bien presentada. Rió—. Mejor que haya sido así. No puedo sufrir a ese maldito Lincoln ni a su mujer. En verdad creo que hasta emitiré una orden para que nunca coman con nosotros. —Al estudiar esa idea, la aprobó cada vez más.— Grandon, ¿transmitirá usted mi orden?

—Con mucho gusto —dijo el joven teniente, entusiasmado—. Pero, ¿y Gracie?

—Podría usted dar una orden en el sentido de que Gracie cenara esta noche con nosotros —contestó Durant, sonriendo ahora con verdadera sinceridad.

Entonces se percató de que el capitán Edwards lo miraba con semblante duro y pensativo. Había descartado a los capitanes como meros robots el día anterior. Bishop sorbía la leche de manera mecánica. Era asombroso para Durant que el capitán Edwards desplegara de improviso cualquier expresión y de que esos ojillos de color avellana tuvieran el brillo de una piedra pulida.

—¿Anda algo mal, capitán? —inquirió como al descuido.

—¡Oh, Edwards siempre piensa con deleite en Gracie! —rio por lo bajo Grandon, que luego agregó vivamente—: A los dos nos place la carne blanca, ¿verdad, capitán?

—Soy su oficial superior, Grandon —dijo el interpelado, vuelto el torso rígido, mas sin desviar el cuello de toro—. Y cuando digo que llegaré a algo con esa chica, seré yo y no usted.

Durant se mantuvo alerta en su asiento. Bishop se sirvió otro vaso de leche, que contempló con aprobación. Keiser gesticuló.

—¿Conque valiéndose del rango, eh, capitán? —preguntó Grandon, sin abandonar su sonrisa alegre y juvenil, pero con los ojos entornados.

—Así es —dijo Edwards, luego de asentir con la cabeza.

—¿Dónde está nuestro desayuno? —inquirió Durant—. Oh, sí, Edwards, valiéndose del rango. ¿Olvida que soy su oficial superior? Tal vez resuelva probar el primero suerte con Gracie. Vamos, pero soy de los veletas. Luego le tocará el turno a usted, Edwards, después a Bishop y acaso a Grandon. Por último, finalizaríamos con Keiser, aquí presente.

Edwards y Grandon fijaron toda su atención en Durant, quien, complacido, observó el odio de los otros. Puestos los ojos en blanco, murmuró:

—Sí, linda chica, Gracie. Tengo suerte. Creo que mandaré a buscarla esta noche. Ordénelo, Grandon, ¿quiere? ¡Nada es demasiado bueno para los militares! Ese es nuestro lema, y muy bueno, por cierto.

Keiser rio francamente. Edwards se había puesto carmesí y Grandon del todo blanco. Bishop los miró a todos boquiabierto.

—¿Pertenece al ejército regular, mayor? —inquirió entonces Edwards, con voz reprimida.

—En cierto modo, así podría decirse —contestó Durant con bastante negligencia—. Pero no tiene importancia. ¿Por qué?

Pero Edwards no hizo sino dirigir su mirada fija a Keiser, con lo que Durant comprendió.

—Oh, se refiere a que el sargento come con nosotros. Ya sabe lo que ocurre con mi brazo, capitán. Por otra parte, da la coincidencia de que Keiser resulta persona de mi agrado y necesito su ayuda. Sin embargo, si todos ustedes prefieren comer en la cocina, sin Keiser y sin mí, queda a su elección.

•—Disciplina —dijo Edwards, con voz ronca y fuertemente asido del mantel—. Uno de nosotros podría reemplazarlo, en caso necesario.

—Francamente, prefiero a Keiser —dijo Durant con calma—. Grandon, no olvide mi orden referente a Gracie. Esta noche tengo ganas de alguna diversión.

Edwards se encogió, aunque las líneas de su semblante continuaban expresando una furia y un afronte disciplinados.

—Mientras siga yo en el turno no me importa —dijo—. Estoy dispuesto a tomar las sobras de un oficial superior.

Durant asintió y luego observó a Grandon, sereno, muy blanco, tensos los labios y dolorosa la mirada. Observaba a Edwards

con disgusto y aborrecimiento. Temblábanle las manos. «¡Pero si el idiota está enamorado de la muchacha!», pensó Durant complacido. Su deleite fue mucho mayor aún al ver la mirada asesina de Grandon vuelta hacia él. Asumió una expresión de lasciva esperanza y dijo a Keiser:

—Sargento, ¿qué opina acerca de desnudar a Gracie esta noche en mi favor?

—Haré cualquier cosa para complacerlo, mi mayor —contestó Keiser con fingida solemnidad y respeto.

—Dios bendiga al ejército —dijo Durant—, que nos provee de todo.

La puerta de la cocina se abrió para dar paso al doctor Dodge, quien hizo su entrada vacilante, cargado con enorme y humeante bandeja de plata. A la manera del autómatas asombrado, colocó un plato con jamón y huevos delante de cada comensal. Sus manos, tan largas y delgadas, eran ajadas y rojas, y tenían destrozadas las uñas. Salió para retornar con el café. Luego se ubicó en su lugar, ciegamente, detrás de Durant, y allí permaneció inclinado y en silencio.

Durant hizo algunas observaciones placenteras acerca del tiempo, la comida, la casa y el sueño reparador disfrutado la noche anterior. Hizo su voz conversadora y amable. Sabía que Grandon y Edwards pestañeaban. Bishop limitábase a devorar su alimento, lo mismo que Keiser. Nadie contestó a Durant. El silencio tenía algo de feroz, comenzando a enervar eventualmente a Durant, si bien continuó hablando con entusiasmo. Por último, Keiser descubrió algo ominoso. Al observar con vigilante astucia cada rostro, sonreía. Miró a Durant divertido, y

esa mirada llevó al mayor la seguridad de que estaría bien protegido.

—Espero que para esta misma noche —dijo Durant— muchos de los hombres a mis órdenes estén bien alojados en la mayoría de las granjas de por aquí. —Prosiguió dirigiéndose al silencio.— Por supuesto, trescientos hombres son demasiados aun para estas granjas y no podrán ser absorbidos a la vez. De manera que se turnarán por períodos de un mes. Pero esta granja es mi cuartel general y nosotros cinco estaremos aquí permanentemente para desayunar, comer, cenar y dormir. —Rio entre dientes.— ¡ Algo me dice que en las granjas de la Sección 7 habrá considerable agitación esta noche! Y considerable revuelo entre las esposas e hijas de las mismas. ¿Verdad, Grandon?

—Sí, señor—fue la única respuesta del teniente.

Durant advirtió con gran alegría que el otro no había tocado su alimento.

—Me pregunto qué le parecerá todo esto a Washington —dijo Edwards en tono malhumorado.

—Edwards —contestó Durant serenamente, luego de haber esperado unos instantes—, he recibido poderes absolutos. Sí, absolutos. Tal es la nueva directiva. Cada uno de los oficiales administrativos de cada Sección, ha sido dotado de poder absoluto, a partir de ayer.

—Bien, eso es bueno —dijo Edwards, cuyo semblante se había relajado algo—. Ya iba siendo hora. Los campesinos han estado viviendo con demasiada facilidad. Es buena noticia que

ellos sientan un poquitín también el freno. Por mi parte, siempre he aborrecido a esos bastardos.

Grandon no dijo nada, sino esperó, con la mirada fija en la mesa sin ver, después de haber tomado un sorbo de café.

Durant sentíase renovado, luego de haber tomado un excelente almuerzo.

—Partamos —dijo vivamente—. Tengo que informarme acerca de la labor en Filadelfia.

El doctor Dodge le retiró la silla. Al mirarlo de manera involuntaria, Durant sintiose estremecer, ya que los ojos del doctor no eran más ciegos, sino llenos de vida y resplandor, así como vivido el rostro a causa del entendimiento. Durant gritó, atemorizado:

—¡Salga de mi vista, viejo idiota! ¿Qué hace ahí parado?

El doctor Dodge inclinó sumiso la cabeza, pero Durant lo vio sonreír como poseído de inmenso alivio y placer. Durant abandonó la habitación con paso apresurado. El doctor Dodge, con rapidez increíble, le abrió la puerta. Durant lo ignoró, más atemorizado que nunca, si bien le fue imposible evadirlo. Cosa también

increíble, el doctor le tenía el capote. Los otros oficiales buscaron los suyos, se ajustaron la gorra y echaron una ojeada a sus pistolas.

Durant permanecía muy sereno en el vestíbulo, mirando sin cesar a los ojos del doctor Dodge. Luego, al volverse hacia él los otros oficiales, la expresión del doctor fue nuevamente como ciega y vacía y se alejó con paso torpe.

—¿Por qué no fusilaron a ese cuervo viejo? —inquirió Keiser—. ¡Rara mirada la que le lanzó, mayor!

El Magistrado Principal no podía haber elegido hombre peor que yo, pensaba Durant áspidamente, en tanto los dos automóviles corrían camino de Filadelfia. Podría haber elegido a un individuo del ejército regular. ¡Tengo la seguridad de que estoy haciendo de este uniforme la cosa más aborrecida del mundo!

Luego sonriose a sí mismo, comprendiendo que era exactamente lo deseado por Arthur Carlson con intención de que fuese incluido a la vez el personal militar. Durant había ejercido su autoridad sobre Grandon; el joven militar, alegre y leal, sin duda aborrecíalo ahora como arquetipo del ejército y, además, pondría en duda el sistema del que era miembro tan adicto e incondicional. Y todo ello por su enamoramiento de esa joven, Gracie Lincoln.

Viendo la cosa en conjunto, Durant sentíase exultante y olvidó el conocimiento llegado de manera tan extraña del doctor Dodge. Habíase vengado de Grandon por su decepción emocional en cuanto al joven teniente; habíase establecido cual déspota y despiadado militar en la mente de su personal ejecutivo y poseía por vez primera poder absoluto en una vida desprovista de poder. Luego de haber meditado sobre ello unos instantes, se llenó de alarma. ¡Qué embriagador podía ser el poder y qué autodestructor! Por primera vez se hizo humilde y comprensivo. Si él, educado en una atmósfera religiosa, a quien le habían enseñado todos los principios de una república desaparecida y traicionada, dedicado a la restauración de una sociedad libre y justa, era capaz de experimentar emoción ante

la idea del poder, ¿cuánto más vulnerables no serían las multitudes de hombres que jamás dispusieran de sus secretas ventajas? Si en verdad era cierto, según las palabras de Tom Paine, «que la tiranía, al igual que el infierno, no se conquista fácilmente», esas dos cosas tenían sus raíces en los instintos primordiales humanos. Los instintos más profundos del hombre, pensaba Durant, lleno de lobreguez, son atávicos, perniciosos en cuanto son atávicos y deben ser objeto ya de reforma y reencaminamiento. La Iglesia había estado combatiendo esos instintos homicidas y destructores durante siglos sin cuento. Y en definitiva, los instintos habían vencido en este mundo actual, violento y nihilista.

El automóvil era conducido por el capitán Bishop y Durant iba sentado a la vera del capitán Edwards, dispuesto a ser muy amistoso y cooperar desde la conversación habida durante el desayuno. Había casi perdonado por completo a Durant por no haber servido en el ejército sino tres años, siendo él integrante del ejército regular. Escuchó con tolerante interés el relato efectuado por Durant sobre sus campañas en Inglaterra y en Francia, en las que actuara a disgusto como teniente. (Durant dejó de lado el hecho de haber servido con las tropas del Cuartelmaestre.) Mostróse muy entusiasta acerca del saqueo de París (cosa jamás presenciada por él) y su imaginación latina venció las dificultades de la verdadera experiencia. El capitán Edwards nunca discutió las discrepancias, de tan coloridos como eran los relatos de Durant basados en la lectura y la invención.

Más tarde Durant, agotada su imaginación y viendo que sus gazapos eran cada vez mayores, interrogó a Edwards sobre la extensión de sus verdaderos derechos y obligaciones. Vino a

saber que era completa su autoridad sobre los burócratas, obedientes al ejército y cumpliendo las órdenes de éste y nada más que éste. Tal conocimiento lo colmó de enorme alegría. Por supuesto, sus deberes habían sido definidos ampliamente por el Magistrado Principal y su administración estaba libremente confinada a la opresión de los del campo, pero alguna incursión extra contra otros grupos no sería censurada. En verdad, como pensaba Durant sobre el particular, los burócratas ofrecían agradables posibilidades, no haciendo falta sino un poco de imaginación.

Mientras atravesaban Filadelfia en el automóvil, Edwards señaló a Durant los hermosos comercios de una y otra parte, que no podían ser frecuentados sino por personal militar y sus familias, los MASTS y los burócratas. Durant vio las presumidas mujeres que entraban y salían de las tiendas, contoneándose bajo el peso de bolsos y canastos. Buscó un rostro malhumorado y aborrecedor entre las mujeres mal entrazadas que iban con paso apresurado hacia su labor en las fábricas. Cosa muy difícil de encontrar en verdad, ya que la mayoría de ellas reflejaban la mansedumbre y sumisión que señalaba el rostro de millones de sus hermanas famélicas. Sin embargo, y a manera de llamas resplandecientes en la ciénaga, vio los ojos de muy pocas de las muy viejas o muy jóvenes. Esas llamas podrían ser antorcha de revolución y libertad una vez más en una nación caída en la degradación de la esclavitud y la docilidad. Después de todo, fueron las perseguidas mujeres parisienses quienes virtualmente destrizaron la Bastilla sin nada más que sus manos.

Edwards confesó detestar al joven Grandon, que siempre saltaba de un lado para otro. Sugirió que el teniente fuese trasladado.

—Hace tiempo que abrigo mis dudas sobre el mismo —dijo el capitán—. Cumple sus deberes con demasiado placer y hasta pone sus toques personales.

—Nunca he oído que la devoción al deber y el excederse un poco de los límites del mismo, sea censurable —dijo Durant.

—Aquí tenemos reuniones maravillosas —dijo Edwards, luego de haberse encogido de hombros y mostrándose interesado en las hermosas mansiones por delante de las cuales pasaban—. Washington tuvo una idea brillante al decidir la formación de los MASTS. De tal manera desaparecieron las pequeñas empresas; no se puede confiar en los hombres de negocios reducidos. Son demasiado independientes y a la larga los hallamos subversivos.

Sí, pensaba Durant, manteniendo su semblante inexpresivo; la gran riqueza y la gran industria saben arreglárselas para dar en el terreno común con el fascismo, el comunismo, el socialismo y el estadualismo. En verdad florecen lo más cuando el pueblo se halla esclavizado. Meditó nuevamente acerca de determinados jefes sindicalistas de tres décadas atrás, quienes reclutaron pistoleros, asesinos profesionales y extorsionadores en sus filas con el fin de someter y dominar a las masas trabajadoras. No era de extrañar que los dirigentes laboristas de ahora estuvieran entre tanta riqueza y tanto poder en Washington y en las ciudades industriales, favoritos de la Administración.

Las banderas de la Democracia flameaban en innúmeras ventanas y los periódicos mostraban entusiastas títulos acerca de

la nueva guerra y el «nuevo esfuerzo bélico», así como la dedicación del «pueblo» a la conservación de sus «libertades y su independencia». Las bandas militares tocaban acá y allá; oradores apoyados por el gobierno peroraban en las esquinas exaltando la «nueva lucha por la libertad».

—Me agradaría entrar en acción nuevamente —observó Edwards, lleno de entusiasmo—. Siempre he aborrecido a esos sudamericanos hijos de perra, con su religión y sus millones de acres aún sin cultivar. Y la manera como rehusaron ayudarnos siempre, me vienen ganas de enseñarles una o dos cosas para que aprendan.

Durant pensó en los arduos esfuerzos realizados por Washington, unos quince años atrás, para establecer dictadores en varios países sudamericanos. Y en la fuerza ejercida por Washington, lo mismo directa que indirectamente para afirmar la posición de los dictadores latinos. En definitiva, Washington habíase visto traicionado por su misma estupidez. Los dictadores podrían ser tiranos y asesinos pero poseídos de un profundo amor por su tierra, una verdadera pasión, y una desconfianza bien viva contra Norteamérica. Negáronse a desencadenar ninguna guerra para «exterminar el comunismo», interpretando demasiado bien que la misma Norteamérica había abrazado un propio y terrible totalitarismo.

—...el modo de vivir norteamericano —decía Edwards—. ¡Tenemos que enseñárselo! O ellos o nosotros.

Pero nunca «nosotros» unidos, pensó Durant. ¡Jamás el hombre unido contra un mundo peligroso, invadido de enfermedades, impredeción, escasez y sufrimientos! Siempre «ellos»,

que de manera extraña parecían hallarse detrás de la empalizada de la humanidad, y a quienes era menester dar muerte para «enseñarles una o dos cosas». ¡Que Dios se apiade de nuestras almas!, pensó Durant. Y ahora vino a comprender que cuando los hombres habían fracasado, cada hombre fue de ayuda en tal fracaso, ya fuese por fatalismo o por un falso sentido de impotencia. Eran los hombres, individualmente, quienes habían traicionado al hombre.

El hotel en donde estaban sus oficinas ejecutivas hervía de agitación. Todos los oficiales, lo mismo jóvenes que viejos, expresaban sus esperanzas de acción militar inmediata. Al observar sus semblantes, Durant comprendió otro de los atávicos y terribles instintos del hombre: el ansia y el deseo de matar. ¿Qué hacer en cuanto a ese instinto? ¿Podría llevarse a cabo su extinción aniquilando a todo militar en potencia? Movi6 la cabeza con desconfianza. Sabía de la existencia de una definida personalidad militar y que, no obstante su atavismo de siglos de antigüedad, continuaba naciendo, a la manera del f6sil vivo y deforme que rehusaba morir.

Fue saludado con curioso respeto, pero se mantuvo erecto clavada en el vacío su mirada fría. Encontró al resto de sus ejecutivos esperándolo, tenientes y sargentos, y entre ellos Grandon, aún blanco y sombrío y con aspecto preocupado. Empero, en una oportunidad miró a Durant y éste vio ese resplandor a modo de cuchillo en el semblante del joven, prestamente suprimido en tanto Grandon se volvía.

Sentado ante su hermosa mesa de caoba en su grande y lujosa oficina, Durant observó con desaliento la gran cantidad de trabajo. Con voz más bien monótona, Grandon le informó de que

esperaba verlo, llena de impaciencia, la capitana Alice Stef-fens, del departamento de Bienestar Femenino de la Sección 7, así como gran cantidad de otras personas de ambos sexos bajo su jurisdicción.

—¿Impaciente? —inquirió Durant, arrugando el ceño.

—Sí, señor. Esa dama está siempre impaciente —fue la respuesta. Grandon sonrió por vez primera—. Siempre entra antes que nadie. Es labor de gran importancia.

—Creo que haré que se enfríen sus huesos durante unas horas —dijo Durant—. O puede decirle que la veré del viernes en tres semanas.

—Sí, señor —dijo Grandon con algo de su antiguo deleite— Pero es toda una hembra, mayor. No como algunas de esas viejas singulares que gustan vestir uniforme, que probablemente se afeitan por la mañana y tienen a su vera alguna joven. Podría darle un vistazo para variar. A esas viejas lesbianas las verá con regularidad.

Durant pensó en las mujeres del ejército, tan depravadas como su contraparte masculina. Vino a su memoria su permanente y repugnante uniforme, sus grandes botas, sus baladronadas, sus maneras varoniles, los ojos duros y crueles, el cabello corto. Eran una casta especial, pero ominosamente en aumento. Durant aborrecía a las mujeres de uniforme, pues el uniforme en ellas adquiriría terrible significado. Bien estaba para las enfermeras, concedía hasta cierto punto, ya que éstas no se dedicaban al asesinato. Sin embargo, esas criaturas extrañas, ese tercer sexo aparecido durante el siglo veinte en todas partes, no estaba interesado en salvar vidas sino en arrancarlas. Mucho

tiempo atrás había exigido su inclusión en los cuerpos combatientes, donde se comportaron de manera excelente con rifles, bombas y granadas de mano. En verdad habíanse conducido tan bien como los hombres. Finalmente, demostraron sus verdaderos y horribles aspectos y tuvieron a sus compañeras cómodamente escondidas en pequeños departamentos. Cosa bastante singular, la homosexualidad había disminuido entre los hombres durante las dos últimas décadas, pero aumentado de manera enorme entre las mujeres, en proporción a la decadencia y a la locura nacional.

—Haga entrar a esa perra —dijo Durant bruscamente, en tanto esperaba, retrepado y lleno de nauseabundo aborrecimiento.

Grandon hizo pasar a la capitana Alice Steffens, quien lo hizo con vivo e impaciente taconeo. Llevaba tacones altos. Durant se sorprendió ante ese agradable sonido femenino. Miró los pies, pequeños y ligeros, antes de dejar que sus ojos se encaminaran hacia el muy primoroso uniforme azul oscuro que cubría la figura esbelta y deliciosa. No había el menor ocultamiento de los senos sino un deseo, habilidoso e inconscientemente femenino, de dar a ese atributo su total amplitud de despliegue. La blusa de seda blanca iba bien abierta sobre la garganta muy blanca y encantadora. Había, además, un manojo de violetas en la solapa de la chaqueta, totalmente en contra de las ordenanzas. Sorprendido, Durant observó una vez más las piernas tan seductoras bajo el borde de la falda, cubiertas de seda y de tobillos delicados. Algo muy agradable agitóse en él. Fue su deseo retener la dulce ilusión de cálida y dulce femineidad antes de mirar un semblante que sin duda sería áspero, masculino y feroz. Empero, finalmente se vio obligado a mirar hacia arriba.

Quedó extremadamente sorprendido, al divisar el rostro de una mujer a poco de cumplidos los treinta, y se dijo a sí mismo que era probablemente el más hermoso que hubiera contemplado en su vida. Ovalado y con su tinte marfileño y rosado, no sufría en absoluto mácula de ninguna especie. La boca podía ser decidida, pero llena de un rojo natural, del color de la amapola en primavera. La barbilla era suave y con hoyuelo y la nariz bien tallada y arqueada. Los ojos, grandes y azules, miraban resueltos a Durant a través de pestañas increíblemente largas, y sobre los mismos veíase gruesas cejas negras. Llevaba la acostumbrada gorra militar, desde luego, más graciosa en su inclinación y cubriendo la abundante masa de cabello negro y rizado, tocado en la cresta con tonos de bronce. El cabello jamás había sido cortado, otra cosa antirreglamentaria, pues las ordenanzas disponían que el cabello de las mujeres militares no debería exceder de diez centímetros en ningún caso. También existía un verdadero anacronismo: sobre la nuca de la mujer, veíase un grueso rodete de ese maravilloso cabello, tan reluciente como la ebonita.

Los oficiales que había en la habitación, se cuadraron llenos de admiración, pero la visitante hizo caso omiso de ellos, para no mirar sino a Durant y decir, con fastidio y con la voz más atrayente:

—Mayor, no dispongo sino de media hora. He venido a recibir sus órdenes, ya que interpreto que reemplaza al viejo mayor Burnes. También he pensado que podría referirle algo de mi labor.

—Haga el favor de tomar asiento —dijo Durant, asombrado.

Al sentarse con la gracia femenina más exquisita, ya casi desaparecida, Durant pudo ver la derecho de sus hombros y la delgadez de su cintura. Vio igualmente que la mujer poseía la expresión más inteligente, sensible y aristocrática. Podría ser toda actividad, pero demostraba una femineidad que desarmaba a cualquier hombre. Podría hablar con viveza, pero en su voz advertíanse entonaciones culturales y educadas. «Vamos —pensó Durant desesperado—, ¿qué diablos hace una mujer, una auténtica mujer ante Dios, en semejante ocupación?»

—Estoy muy ocupada —comenzó ella.

—Bueno, yo también —dijo Durant, sonriendo. Empujó hacia ella una caja de plata con cigarrillos y se puso de pie galantemente para encenderle uno que ella había llevado a sus labios encantadores. La mujer le dirigió una mirada apreciativa, del todo femenina, y sonrió levemente.

—¿Podría decirme qué hace y qué desea esta mañana? —sugirió Durant.

—¡Oh, mayor Custiss, de seguro sabe la labor del Departamento de Bienestar Femenino! —Había arqueado una ceja negra de manera indulgente antes de hablar—. Tal Departamento, aunque* bajo la jurisdicción del ejército, es muy distinto de éste. En cierto modo es casi civil, si bien estimulamos el enrolamiento de las jóvenes en las fuerzas armadas y seleccionamos las mejores candidatas para su adiestramiento como oficiales.

—Muy interesante —interrumpió Durant—. Totalmente aparte de lo demás, ¿qué cualidades buscan en tales candidatas?

La capitana estudió su cigarrillo uno o dos instantes, antes de contestar con voz curiosamente aplastada:

—Capacidad directiva, físico robusto, capacidad para recibir órdenes sin objetar, empuje, valor, desinterés en... el otro sexo, resolución de triunfar, dedicación... —Llevó el cigarrillo a los labios para expeler una nube de humo que ocultó momentáneamente su rostro, pero no pudo hacer lo mismo con el brillo repentino de sus ojos azules.— Estabilidad emocional.

—Y una vez que todas las jóvenes elegibles ingresan en las fuerzas armadas, ¿qué más hacen?

—Nos interesamos por el bienestar de las madres, alentamos a las que desean tener hijos. También atendemos a la salud de las mujeres reclutadas para las industrias bélicas. Además —prosiguió luego de haber vuelto a estudiar el cigarrillo— trabajamos en estrecha colaboración con los psiquiatras estaduales para extirpar entre las jóvenes todo rasgo indeseable, tal como rebeldía, dificultades emocionales, independencia peligrosa y manera de pensar subversiva. Como ya sabe, contamos con escuelas especiales para esas jóvenes, bajo la supervisión de los psiquiatras del gobierno.

«Estrecha colaboración.» La frase de los enemigos. Durant obligó a permanecer callado y a conservar el semblante inexpresivo, aunque todo eso le enfermaba.

—También nos ocupamos de los hijos ilegítimos y abandonados y regentamos los establecimientos infantiles en beneficio de los niños de madres empleadas en las industriales esenciales.

«¡Industrias esenciales!» ¡Cómo pronunciaban labios norteamericanos esas frases totalitarias! Pero, por otra parte, era menester recordar la facilidad y el éxito con que los norteamericanos habían adoptado semejante tecnología, con ayuda del Presidente de la nación y sus administradores.

Durant se percató de improvviso de que la visitante lo escrutaba, sopesándolo. •

—Nuestro lema es el lema de la Democracia —dijo—. ¡Unidad! ¡Deber! ¡Sacrificio!

«He ahí una mujer, con todos los atributos de mujer en verdad, y repitiendo como papagayo las frases de la tiranía. Debo andar con cuidado», pensó Durant y se reclinó negligentemente en su asiento.

—¿Qué edad tienen las jóvenes que eligen para el ejército? —inquirió.

—Diecisiete años.

—¡Qué tontería! Quince no es demasiado joven. Ni siquiera catorce. —La miró fijamente.— Tal vez esté usted enterada de que poseo poderes absolutos en la Sección 7. He aquí una nueva orden para usted: De aquí en adelante, todas las jóvenes que residan en la Sección 7, a partir de los doce años serán separadas de sus madres y enviadas a instituciones del estado con el fin de adoctrinarlas sobre sus deberes para con la Democracia. ¡Necesitamos soldados! Además, los padres de las jóvenes de esta sección jamás deberán conocer el paradero de sus hijas. Las jóvenes no deberán estar en contacto con hombres o muchachos hasta que hayan cumplido los veinticinco años, para cuya fecha habrán sido enseñadas de manera tal que

no les acometan impulsos frívolos. ¡Unidad! ¡Deber! ¡Sacrificio! Pero, por supuesto, usted comprende, capitana Steffens.

—Mayor Curtiss —dijo ella deliberadamente, luego de haberlo mirado con fijeza y ponerse muy blanca—, ya sabe que las madres jamás lo permitirán.

—¡Está en un error! —declaró él—. El pueblo lo permitirá todo. Y ahora que estamos entregados a una nueva guerra, y a otro esfuerzo bélico para salvar a la Democracia, quienquiera ose oponerse a la conscripción de sus hijos ya sea para el trabajo o para integrar las fuerzas armadas, habrá de ser perseguido al extremo. Entiendo que es usted oficial ejecutivo. En caso de oír alguna queja, deberá comunicármelo en el acto para acusación y castigo del culpable. No debemos permitir gente subversiva.

Después de haber aplastado a conciencia el cigarrillo y contemplado con profunda meditación sus cenizas, dijo ella, como si hablara consigo misma:

—Desde luego, los niños de ahora son completamente aptos para la industria. Estoy de acuerdo con usted en que la edad para el trabajo debe ser reducida de los quince a los doce años. Podríamos instalar barracones para ellas, cuidadosamente separados de los varones, por supuesto.

—Si las madres se oponen al reclutamiento de sus hijas, pueden enviarse fácilmente a los campos de trabajo forzado, lo cual aumentará a su vez la capacidad de trabajo masculino —dijo Durant, entusiasmado—. En esta época, la mujer tiene que trabajar tanto como el hombre. Por lo demás, en los campos de trabajo forzado no recibirán salario, lo cual supone un ahorro

en la economía nacional. Señorita Steffens, sé que piensa como yo.

—Capitana Steffens —corrigió ella, pero su linda voz parecía ahora distraída. Movi6 la colilla del cigarrillo alrededor del cenicero de plata—. Es usted muy afecto a la Democracia, mayor Curtiss.

—¡Unidad! ¡Deber! ¡Sacrificio! —repiti6 Durant.

Asintió con la cabeza y sonrió secretamente.

—Obedeceré sus órdenes inmediatamente, mayor. Como ha dicho, las masas jamás se rebelan contra nada, máxime cuando las órdenes van acompañadas de estribillos que ocupan el lugar de los pensamientos.

—Parece usted muy ambigua —acusó Durant.

—No lo soy en lo más mínimo. —Rio ligeramente.— Comento nada más, en sentido aprobatorio. Siempre se puede contar con que el pueblo siga a cualquier parte.

Durant se sintió intranquilo, por alguna razón.

—Lo encuentro mucho más comprensivo que el mayor Burnes —dijo la capitana—, que no estaba de acuerdo con casi nada de lo que le sugería. —Nuevamente escrutó a Durant.— Ahora creo que podremos alcanzar nuestro objetivo. Por ejemplo; el doctor Healy, jefe del Departamento Público de Psiquiatría de la Sección 7, está fuertemente en favor de apartar en forma permanente a las madres de sus hijos, al cumplir éstos la edad de cinco años. Considera que las criaturas carecen de seguridad o de vida normal de hogar mientras sus madres trabajan y

ha sugerido establecimientos infantiles del Estado para los niños, donde se educarían de estricta conformidad con los principios democráticos. Hemos oído decir que los padres que trabajan corrompen en ocasiones a esos pequeños con doctrinas subversivas o supersticiones religiosas, de manera que han menester severo readoctrinamiento y disciplina al alcanzar la edad de trabajar o de cumplir el servicio militar. Todo ello supone desperdicio.

—Estoy de acuerdo con el doctor Healy, que recibirá mi cooperación. —Durant se inclinó confidencialmente hacia la joven.— Por supuesto, los hijos de gente acaudalada no estarán sujetos a esa directiva, si llego a impartirla.

—Desde luego que no. Ninguna directiva va jamás contra nuestros norteamericanos leales y colaboradores. —La capitana Steffens se puso de pie y Durant hizo lo mismo. La joven sonreía. Su sonrisa era pálida y brillaban sus ojos como tocados por el rayo. Observó a los demás oficiales, quienes la miraban ávidos, y enderezó los hombros. Luego de haber saludado gravemente a Durant, dio media vuelta y se fue taconeando vivamente al salir de la habitación.

—Vaya, mayor, ahí tiene algo especial —dijo el capitán Edwards—. No disponible, como Gracie Lincoln, aunque diez veces mejor que esa perra.

Grandor, se volvió furioso hacia él; Edwards sonrió y el otro se detuvo, si bien con el semblante negro de furor. Durant observó todo ello, con no poca complacencia.

—Bien —dijo Durant—, ella es capitana y yo su oficial superior. Podría probar alguna suerte con ella. ¿Quién viene ahora?

—El doctor Joseph Healy, del Departamento Público de Psiquiatría —murmuró Grandon.

•—Bueno, esto debe ser un placer —dijo Durant—. Grandon, haga pasar a ese... al caballero.

Durant conocía bien a los psiquiatras. Estaba al tanto de su historia del siglo veinte, su jerga y la valiosa posición por ellos ocupada en la Democracia. Ellos, más que ningún otro grupo, habían tenido parte muy principal en promover la terrible degradación del espíritu humano, no sólo en Norteamérica sino en el resto de las naciones. Los hábiles asesinos políticos se valieron de los psiquiatras para producir la actual demencia universal, la falta de característica de las poblaciones o su sumisión a la Democracia. Los milicianos estaban bien enterados de que todo psiquiatra diplomado por el gobierno, era miembro del terrible FBHS, siendo tarea de tales psiquiatras investigar y denunciar todo cerebro joven, original o potencialmente rebelde, que asistiera a las escuelas federales. No era mero accidente que esas mentes jóvenes, capaces de originar una revolución, fueran eliminadas con prontitud, ya en los constantes campos de batalla, en lejanos campamentos de trabajo forzado de donde jamás volverían a salir, o en las prisiones conocidas como «escuelas de adiestramiento». De sobrevivir alguno luego de tan terrible ordalía, era completamente enloquecido cuando no deshecho.

Había un psiquiatra por cada cinco escuelas de la Democracia, y los maestros habían recibido órdenes a efectos de comunicar a su respectivo psiquiatra sobre cualquier muchacho o muchacha que revelara rasgos «indeseables», tales como «inmadurez emocional», «estados ansiosos», «síntomas psíquicos», «neurosis» o «tendencias paranoicas». Los psiquiatras insistían de

modo particular en ser informados acerca de «firmes no conformistas», notablemente «antisociales» y «no adaptables a los grupos de su edad», o que desplegaran indicios de «desajuste». Si la criatura era demasiado joven, los padres aterrorizados eran traídos para «discutir seriamente» en cuanto al «bienestar del hijo». El verdadero objeto de tales discusiones no era otro sino descubrir si los padres habían estado enseñando al niño «supersticiones religiosas» o inculcándole «ideas subversivas». Con gran frecuencia, los progenitores de esos niños «tunantes» eran condenados a larga sentencia en los campos de labor o en las minas y el niño ingresado en una «escuela de adiestramiento». En consecuencia, el padre prefería se le dijera que el hijo estaba atacado de alguna enfermedad fatal y no que el pequeño «no se adaptaba en debida forma a su grupo», o presentaba síntomas de «esquizofrenia».

Durant sabía que todo ello formaba parte del proyecto gubernamental para destruir el incipiente individualismo, el valor, la inteligencia, la originalidad, el orgullo, la manera de pensar independiente y el genio entre los niños del proletariado subyugado, cuyos niños eran poderosa amenaza para la Democracia.

Los niños de los grupos privilegiados no se hallaban sometidos a tan horrible vigilancia y destrucción de la mente humana, ya que eran adiestrados para dirigir a las masas del pueblo. Los hijos de Durant no habían ingresado aún en ninguna escuela federal y había sido el pensamiento de lo que les acontecería en los viveros gubernamentales del anonimato lo que le había inducido a formar parte de los milicianos. Sabía muy bien que el anonimato era el síntoma más peligroso de la locura y que la supresión de la personalidad —meta de los psiquiatras— se convertía en pasividad, mansedumbre y docilidad carente de

pensamiento. Para el proletariado de las ciudades, existía un programa de indignidad física y mental deliberada, un futuro de «pequeñez» impotente, sin estatura, y de mansa servidumbre. Los psiquiatras no sólo habían trazado este plan, sino que lo habían puesto en acción.

Lo cual no tenía el menor paralelo en la historia. Durante los siglos anteriores, habían efectuado su aparición ocasional hombres perniciosos que recurrieron al asesinato y al tormento con miras a suprimir la «herejía», pero sin que les preocupara otra que «la hablada». Lo que el individuo pensara en lo más recóndito de su espíritu, tenía sin cuidado a los antiguos opresores. Mas en el siglo de la total locura y de la esclavitud, había llegado a ser de abrumadora importancia para los hombres malignos del poder que la «herejía» fuera extirpada del cerebro de los niños, a fin de que el populacho fuera privado de personalidad y vuelto inerme para sus amos.

Durant había descubierto la existencia de dos clases de psiquiatras gubernamentales: los fanáticos de mirada salvaje e intensa que de verdad creían estar prestando importantes servicios a la humanidad con la destrucción de la identidad humana, y los cínicos de fría mirada, perfectamente al tanto de sus hazañas, del porqué de las mismas, y que disfrutaban con placer sádico de la desintegración por ellos cumplida. En ellos existía una cualidad de aborrecimiento y de odio hacia su semejante. Los primeros eran fanáticos; asesinos los segundos. Y para Durant, los más peligrosos eran los fanáticos, puesto que estaban locos por completo.

Los nuevos reclutas de la milicia eran objeto de extensas conferencias sobre este tema. A más de serles enseñada la jerga de

la psiquiatría, se les demostraba la manera cómo, durante varias décadas, los psiquiatras se habían convertido en tan terrible amenaza para el pueblo y por qué los tiranos los habían tomado a su servicio. Esos hombres eran los nuevos demonios de la humanidad, los modernos vampiros, los brujos y hechiceros de nuestra época, la nueva perversidad y degeneración. Ninguna costumbre del pasado se les aplicaba, ni tampoco tradición, puesto que, desde el comienzo mismo, habían sido hombres sin moral. El bien y el mal no existían para ellos como cosas verdaderas de por sí. Toda virtud y disciplina del alma humana no les había parecido sino aberración, y era capaz de ser interpretada de manera que disgustara. Para esos hombres, el individuo no poseía grandeza ni heroísmo intrínsecos, ni importancia como alma, ni verdadera dignidad, y todos sus dioses se basaban en aborrecibles imaginaciones o perversiones, así como todos sus instintos de caridad, generosidad, simpatía, amabilidad y compasión tenían como raíz alguna fea «supresión» o eran manifestaciones de «exhibicionismo» egoísta. Para un despotismo carente de Dios, materialista y sin conciencia, los psiquiatras eran, pues, inapreciables.

Durant se preguntaba si el doctor Joseph Healy, jefe del Departamento Público de Psiquiatría, era un cínico o un fanático. Al hacer su entrada en la oficina el doctor, se hizo evidente en el acto su carácter cínico, por lo tanto, oportunista, vulnerable al dinero y factible de intimidación. Era hombre delgado y de estatura mediana, de cuarenta y dos años, bien ataviado con su traje gris y su camisa blanca de hilo, vivo y de movimientos más bien graciosos, seguro y directo en la conversación. No tenía nada de fanático; bien lavado y peinado, cada uno de sus cabellos de color rubio plateado veíase meticulosamente colocado en su lugar en la cabeza, de forma perfecta. De ser en

extremo radical, como tantos de sus colegas, nada más paradójico por cierto, pues nada podría haber sido más fino que su corbata azul, sus alhajas personales y el calzado hecho a mano. No, decidió Durant con absoluta convicción, ese hombre no era un fanático, sino un asesino sádico y despiadado, que calculaba todo cuanto hacía y cosechaba su provecho.

Durant le indicó un asiento con ademán silencioso y lo observó, inclinado hacia adelante. Había llegado a descubrir que ese escrutinio en silencio ejercía un efecto desconcertante en el caso de fraudes, aunque sin conmover a los fanáticos. El rostro sonriente del doctor Healy, tan estrecho y de piel tan delicada, se coloreó débilmente, aunque encendió un cigarrillo con absoluta tranquilidad e hizo un cuidadoso ritual del acto al decir, entretanto:

—Es un verdadero placer conocerle, mayor. Celebro que sea usted joven. El mayor Humes era persona de edad e incomprensiva.

Durant lanzó un gruñido. Los otros oficiales se acercaron un poco, como para no perder un solo gesto ni una sola palabra. El doctor Healy hizo caso omiso de ellos, al parecer totalmente inadvertido de su presencia. Luego alzó los ojos y Durant pudo verlos con toda claridad; eran pálidos, azules y fríos, salientes y cubiertos con la capa glauca de la crueldad.

—Director del Departamento Público de Psiquiatría —dijo Durant con gran calma.

El doctor Healy emitió una sonrisa muy encantadora, no para conquistar el favor del mayor sino francamente amistosa. Estudió a su vez a Durant, para llegar a la conclusión de que era

un militar de pocas luces y rústico. Adiestrado desde la infancia para ser un animal de uniforme. El hombre tenía miedo, como ocurría a los rústicos con los psiquiatras por lo general. El viejo temor del guerrero sin seso, y de las masas cretinas hacia el «médico», el «hombre de magia», pensó el doctor con tolerante risa interior. Como cualquier otro animal, Durant describía círculos a su alrededor, mental pero temerosamente, aspirando el aire, preguntándose la posibilidad de que salieran conejos de la atmósfera o se evocaran manifestaciones extrañas. El doctor Healy creyó poder escuchar esos pasos apagados, el ronco respirar de la aprensión y la curiosidad simiesca.

El doctor Healy se reclinó con cuidada negligencia en su asiento, cruzadas sus piernas elegantes. (Su padre, lo mismo que su abuelo, habían sido honrados enladrilladores.) El doctor se hallaba preparado para ser suave pero cariñosamente divertido, guiar e inspirar confianza. Miró furtivamente el reloj. Quince minutos serían suficientes. Había experimentado alguna intranquilidad al dársele noticias acerca del nuevo mayor, persona joven. Llevaba tanto tiempo a uno comprender a los recién llegados. Éste sería cosa fácil, empero. El escrutinio que tanto lo desconcertara al principio, no era sino la mirada en blanco de un robot, según la conclusión a que llegó.

—Doctor, ¿tiene usted prisa? —inquirió suavemente el mayor.

—¿Cómo dice, señor? —contestó el doctor, estremecido y desviando la mirada del reloj. Luego se quitó el cigarrillo de los labios, al advertir la mirada de Durant.

—Vi que miraba su reloj. ¿Tiene prisa? —Durant sonrió.— En tal caso, si ya tiene algún compromiso, mucho me temo que

tenga que efectuar algunos arreglos. Porque pienso celebrar una larga conferencia con usted.

El doctor Healy dejó el cigarrillo y la fina piel de la frente se surcó de arrugas. Se entretuvo en ver cómo el humo del cigarrillo subía desde el cenicero. Su sonrisa amistosa y paternal volvióse algo fija. Lo intangible, era para él más real que cualquier «realidad» y mucho más poderoso. No era un psiquiatra que vivía de acuerdo con el texto, sino según sus enormes poderes intuitivos. Continuó observando el humo, fríamente irritado consigo mismo a consecuencia de su manera de juzgar superficial. «Debo observar bien —pensó—. Me voy volviendo descuidado.» Envío las antenas de su mente, exquisitamente dirigidas, a la atmósfera cargada existente entre él y Durrant, las cuales moviéronse en todas direcciones. como pétalos vivos de anémona de mar. Y esas antenas se movieron de un lado para otro, se retorcieron, encogieron y dilataron, palpando el peligro.

—Tenía algunos compromisos —dijo el doctor Healy con agrado— pero eran sin importancia. Y aunque lo fueren, mayor, esta entrevista es mucho más importante.

—Me alegro de que así lo piense, doctor. Convengo con usted. Da la coincidencia de que también poseo algunos conocimientos de psiquiatría.

«Conocimientos de psiquiatría.» ¡Bravo! El doctor comenzó a sosegar. No había individuo más fácil de encaminar mal, de utilizar, de amoldar a nuestros fines, que el necio que confesaba tener algún conocimiento de psiquiatría. Utilicemos la jerga en él, asombrémonos fingidamente de sus conocimientos, hablémosle como si fuese nuestro igual, asumamos que

comprende los términos más intrincados, y será nuestro. Para disentir con nosotros sobre cualquier punto después, tendrá que confesar su ignorancia estúpida, lo que el ego humano evita a cualquier costo. Pronto lo tendré comiendo en mi mano, pensaba el doctor Healy, que asumió una expresión de gran interés.

—Me alegro de oír que comprende la psiquiatría —dijo—, lo cual simplifica las cosas. No tendré que explicar mi tecnología entonces, mayor. Podemos proseguir sobre una base de entendimiento mutuo.

Durant experimentó cierta dificultad en contener su sonrisa. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, que inclinó con el ademán de quien se siente modestamente lisonjeado. El doctor encendió un cigarrillo y aplastó con fastidio el otro.

—¿Conoce la labor del Departamento Público de Psiquiatría, mayor?

—He examinado estos papeles —contestó Durant, indicando los que había sobre su mesa—, pero prefiero que se me expliquen algunas cosas. —Recogió uno de los papeles.— Esta es la sección que trata de los adultos, no de los niños, doctor. Aquí su último y breve informe, o una porción del mismo, fechado hace cuatro días. Le leeré una frase: «No debemos tener ambivalencia con el gobierno. Ello revela asociaciones neuróticas con respecto a un progenitor e indica falta de madurez emocional.» Ahora, doctor, ¿quiere tener la bondad de explicarme qué demonios quiere decir con eso?

El aludido perdió gran parte de su confianza y de nuevo se observaron arrugas en su frente. Ese robot había confesado en verdad ignorancia. Mala señal. Healy tosió brevemente.

—Lo siento mucho, mayor. Creí que conocía el vocablo «ambivalencia». —Esperó, a modo de sondeo, una ávida confirmación, la cual no se produjo. En su lugar, Durant hizo una mueca.

—No, no lo sé —dijo y miró al doctor con divertida curiosidad.

El doctor Healy experimentó una ligera alarma, mas su voz prosiguió lisa y cordial.

—Yo diría, en términos legos... —Se detuvo.

—En términos legos —repitió Durant, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Bien, entonces, mayor, ello significa el estado en que el individuo posee actitudes contrarias hacia cualquier objeto, tal como amor y odio, aquiescencia y rebeldía. Cuando existen de manera simultánea en cuanto a un determinado gobierno, una persona o una situación.

—Cosa bastante común —convino Durant—. Mi abuelo era un viejo severo y dotado de algunas ideas espantosas. Pero muy brillante, vivaz y lleno de imaginación. Lo quise más aún que a mi padre y podría haberle cortado la garganta con placer casi al instante. Supongo que prácticamente todo el mundo tiene esta... ambivalencia, ¿eh?

—No en estado saludable —dijo el doctor Healy convirtiéndose en maestro—. Puede dar lugar a una neurosis muy activa y hacer que el paciente se vuelva patológico, en algunos casos.

—Lo cual hace que todos nos volvamos prácticamente chiflados entonces —dijo Durant, llevándose el cigarrillo a los labios. Keiser se puso de pie de un salto para encenderse.

Grandon escuchaba con inmenso interés. Los demás oficiales, que esperaban impacientes que se alterase el doctor Healy, parecían aburridos.

—Yo no diría que todos estamos chiflados —contestó el doctor Healy, con alegre tolerancia—. Todos realizamos algunos ajustes individuales. Empero existe algo como la ambivalencia de las masas, y los gobiernos vigilantes e informados se muestran alerta sobre ella y la ajustan a tiempo, antes de que se vuelva peligrosa.

—En los tiempos idos, antes de la psiquiatría —dijo Durant, que cabeceaba seriamente— no significaba sino que el pueblo se enardecía bajo la tiranía y volaba la obra, o sea el gobierno, erigiéndose algunas horcas y guillotinas y estableciéndose otro gobierno a través de una revolución. Muy común. Pero en los tiempos idos. —Sonrió con ingenuidad al doctor.

Éste ya no experimentaba diversión. Las antenas de su mente comenzaron a vibrar.

—¿Qué hacen ustedes los psiquiatras al toparse con ambivalencia de masas, vale decir, en términos legos, cuando encuentran sectores de población inclinados al empleo de la soga y el hacha?

El doctor Healy dijo, midiendo sus palabras con sumo cuidado y observando a Durant con la intensidad del animal al acecho:

—Buscamos a los cabecillas... o más bien diría a los que exhiben de modo marcado el trastorno emocional...

—Y los fusilan —dijo Durant cordialmente.

El doctor llegó a decidir que su cigarrillo era adulterado y lo apagó, restregándolo contra el cenicero.

—No, mayor, no. Los reeducamos. Les demostramos que en realidad no aborrecen nuestra forma de gobierno. No hacen otra cosa que reaccionar en su subconsciente contra hostilidades ocultas hacia un padre de uno u otro sexo. Una vez que lo han comprendido, y que han reemplazado a nuestro gobierno por sus padres en su imaginación...

—Los largan con sus bendiciones, completamente ajustados, ¿verdad?

—Sí —dijo deliberadamente el doctor, que primero había abierto apenas los labios, después de haber observado a Durant con sus ojos opacos.

—¿Los vuelven a sus amigos, de manera que practiquen un poco de psiquiatría entre ellos? ¿Psiquiatras aficionados que enseñan entonces el amor a nuestro gobierno?

—Sí —repitió el doctor.

—¿No más... cicatrices... emocionales, doctor Healy?

—Ninguna, mayor.

Durant continuó sonriendo. Vinieron a su memoria las espantosas cámaras de suplicio del FBHS, donde los hombres valientes eran tullidos, enceguecidos, asesinados, y de las que sólo unos pocos, y esos locos incoherentes, salían a manera de prevención para los demás que pudiesen mostrar síntomas de «ambivalencia». Las torturas físicas y las cicatrices eran bastante terribles. Pero los individuos como el doctor Healy especializábanse en la mutilación de la mente. Los dedos de Durant

trituraron el cigarrillo. Miró involuntariamente a Grandon, que se hallaba casi junto a su codo. El joven teniente gesticulaba de manera distraída, con la vista clavada en el psiquiatra.

Éste pensaba activamente. El nuevo mayor no era nada necio. Había efectuado algunas interesantes observaciones, sin abandonar esa su sonrisa vacía. Y observaciones peligrosas por cierto. ¿Era sutil? El doctor Healy recordaba haber leído el informe relativo al mayor: Hombre del ejército regular, educado; padres de sana procedencia norteamericana; soltero, digno de toda confianza; adicto al gobierno; anteriormente parte muy activa en el espionaje. Aprobado por el FBHS con comentarios laudatorios. Muy recomendado por el Magistrado Principal, Arthur Carlson. Sí... esas observaciones. El doctor volvió a considerarlas. ¿Inocente? ¿Valiéndose de añagazas? ¿Astuto?

Durant siguió sus pensamientos. «No soy lo cuidadoso que debiera», se dijo a sí mismo. Pero su propia mente era roja nube de odio. Y dijo:

—Bien, ése es su departamento, doctor Healy. No deseaba sino una pequeña información para mí mismo. Curiosidad. Cualquier cosa que hagan en sus... hospitales... será probablemente lo único que pueden hacer. Pero prosigamos. Cito de su informe: «Debemos volvernos aún más activos en nuestros cursos de reorientación, en vista de la nueva guerra.» ¿Qué significa eso?

—En lugar del adoctrinamiento regular —contestó el doctor Healy, recuperada alguna confianza— que hemos dedicado a la gente una vez por semana, debemos aumentar ahora ese adoctrinamiento, en virtud de la nueva guerra, celebrando tres sesiones semanales en cada localidad, bajo la supervisión de

un psiquiatra. Durante la pasada guerra se produjeron numerosas neurosis entre la población, tantas y tan marcadas en verdad, que nuestros recursos psiquiátricos se vieron muy exigidos. Demasiadas personas...

—Perdieron el juicio o comenzaron a disparar contra sus propios oficiales por la espalda, incendiaron los cuarteles o degollaron a nuestros propios soldados en las calles —dijo Durant—. Sí, lo recuerdo. La situación se hizo seria, ¿verdad? El populacho trató de asesinar al mismo Presidente. Sí, vaya si recuerdo. Y millares no hicieron sino abandonar las fábricas destinadas a la producción para la defensa, se suicidaron o destruyeron sus máquinas. Una verdadera desgracia.

—Sí señor, una verdadera desgracia —repitió el doctor Healy sin dejar de observar con gran atención a Durant. Pero la expresión de éste no fue sino de franco disgusto ante tal conducta.

—Tuvimos que dar muerte al populacho calle tras calle —prosiguió Durant—. Ello tuvo lugar en Nueva York, doctor, y entiendo que lo mismo aconteció en muchos otros lugares.

—Neurosis en masa. Mayor, debemos evitarla en esta guerra. Es menester aumentar la resistencia de la mente de las masas y educarla en el completo conocimiento de lo que esta guerra significa.

—Hicieron algo mejor en los tiempos idos, un siglo o dos atrás —comentó Durant—. Se inventaron maravillosos uniformes, se adiestraron algunas bandas excelentes, fue prometido el botín a los soldados y la ciudadanía compuso estribillos excitantes y envió a todo el mundo al asesinato. ¡Ah, las alegres banderas de esos tiempos, la música, la exuberancia y las raciones

extra de ron para los soldados valientes; y para ellos también las mejores muchachas lo mismo del país que de los territorios enemigos; y las condecoraciones! Más simple que el adoctrinamiento, ¿no es cierto, doctor?

—Fue algo crudo, mayor, aunque le concedo que efectivo. Empero, las guerras en ese tiempo estaban confinadas a los militares puramente; pero las de nuestros días son esfuerzos en masa y ésta resulta directamente afectada. El campo de batalla es cada ciudad, cada calle y cada casa.

—Toda exultación fue suprimida en las guerras —dijo Durant pensativo—. Hitler poseía garra y de ahí que atrajera por millones. Pero el comunismo ruso, al igual que el británico, proporcionaron monotonía a las guerras, quitándole júbilo, alegría y gloria. Eso porque llevaban a las mismas masas al conflicto. —Sonrió infantilmente al doctor Healy.— ¿Por qué no volver a introducir esplendor en la guerra, doctor? ¿Por qué no algunas bandas militares desfilando al compás de marchas maravillosas, millones de estandartes con borlas u uniformes de colores brillantes, tambores y pífanos, cornetas y bailes en las calles?

—Vivimos en un mundo moderno, mayor —dijo el doctor, ofendido ante semejante barbarismo—. El pueblo sabe que la guerra no constituye fiesta. Posee sentido de responsabilidad. Debemos cultivar tal sentido al extremo, si hemos de triunfar en este nuevo esfuerzo bélico, sin levantamientos domésticos, como los que sufrimos en la última contienda. El pueblo debe sentir que toma parte.

—Ya sé —dijo Durant, con voz alegre—. ¡Agrupación por edades! ¡Identificación con las masas! ¡Doctor, ya le dije que conozco las palabras!

—Lo cual es cierto, mayor —dijo el doctor Healy, con sonrisa patrocinadora. Ya tenía a su robot militar.

—«¡Creación! ¡Madurez! ¡Total adaptación al ambiente!»

—Exactamente —murmuró el doctor Healy.

Durant se reclinó en su asiento, radiante, y radiante estaba a su vez el doctor, quien medio se levantó de su asiento, al observar los ojos del mayor.

—¿Qué ocurre, doctor? —inquirió Durant suavemente.

—Nada —dijo casi tartamudeando el interpelado. Volvió a tomar asiento del todo, mirando fijamente a Durant, como fascinado.

—No hago sino recordar —dijo Durant, apoyada la barbilla en la mano, en actitud soñadora y mirando al vacío— lo que dijo Rauschnig: «Doquiera se convierta en universal el carácter típico de las masas, los valores superiores pueden darse por perdidos.» ¿Qué opina de eso, doctor?

—El mundo moderno no puede existir sin un «carácter típico de las masas». El mundo es ahora demasiado complejo para el individualismo. —Antes de expresarse de ese modo, el doctor Healy habíase mantenido en silencio y contemplando a Durant con los ojos entrecerrados, hasta que el otro lo miró ingenuamente para sacarle una respuesta.

—Excepto unos pocos, ¿eh? —Durant esperó, sin que el otro contestara—. No importa cuál sea el sistema, siempre hay excepciones, ¿verdad? Y cultivamos tales excepciones. Llamárnoslas «líderes».

—Sí.

—Por pura coincidencia, desde luego, esos jóvenes «líderes» son siempre extraídos de nuestra jerarquía militar, los MASTS, los granjeros y los burócratas. Esos niños no asisten a las escuelas federales. Cuentan con sus propios colegios particulares, donde se cultiva su «individualidad» en beneficio del gobierno. ¿No es excelente?

—Mayor, ¿está usted impugnando nuestro sistema? —El doctor Healy se inclinó hacia adelante.

—¿Nuestro sistema? —Durant enarcó las cejas en ademán de brusca sorpresa.— ¿Fuimos nosotros, los militares, que regimos el país, los que establecimos tal sistema, doctor? ¿O fueron usted y los de su especie? ¿Para sus propios fines?

Los oficiales se aproximaron más a la mesa de Durant y el doctor Healy, el intuitivo, palpó su enorme hostilidad, su aborrecimiento, su desprecio hacia él como civil. Y se encogió dentro de sus excelentes ropas.

—¿Quién estableció esos colegios para los niños privilegiados, doctor? —Antes de formular la pregunta, Durant había golpeado fuertemente la mesa con el puño.

—Nosotros... nosotros las costeamos. ¡El gobierno no gasta un solo centavo! Y el gobierno lo aprueba, mayor.

—¿El gobierno? Doctor Healy, nosotros, los militares, somos el gobierno, no ustedes. Somos la fuerza de la Democracia. Ustedes no son nada. —Miró al doctor, con ojos que despedían llamaradas.— Doctor Healy, cuando fui enviado aquí, se me otorgó plenos poderes. Nosotros, los militares, estamos retomando, con todo vigor, el poder que hemos dejado escapar durante los últimos dos o tres años. Aquí mando yo, doctor Healy. Y por ello le ordeno lo que sigue: Todos los colegios particulares de la Sección 7 serán clausurados en el término de cuarenta y ocho horas y los maestros dispersos para colaborar en tareas más importantes en relación con el esfuerzo para la defensa. Los niños que asisten a esos colegios irán a las escuelas federales, donde se les enseñará los preceptos de la Democracia.

—¡Imposible! —exclamó incrédulo el doctor, que de un salto se puso de pie.

—¿Imposible? —La voz de Durant era baja y sonaba mortal.— ¿Va a decirme usted, mero civil bajo mi jurisdicción, bajo la jurisdicción del ejército, que es imposible algo que yo ordene?

—¡Debe considerarlo, mayor! —El doctor Healy hizo exclamaciones, perdido el juicio.— ¿Dónde conseguiremos nuestros líderes, al no adiestrarlos en nuestros colegios privados? Mayor Curtiss, ¿cree un solo instante que los padres de esos niños lo soportarán? Ellos... ellos...

—¿Ellos, qué? —Durant se puso de pie a su vez y su furia pareció dominar al otro.

—Apelarán a Washington.

—¿Ante quién? ¿Ante qué? ¿Ante mis superiores militares, que me han conferido plenos poderes? ¿Ante el Magistrado Principal de la Sección 7, que me ha dicho que haga lo que considere prudente y ha delegado toda su autoridad en mi persona? Doctor Healy, parece usted claramente subversivo. ¿Acaso me está diciendo que me desafía, usted, simple subordinado mío? —Vuelto hacia Bishop y Edwards, prosiguió:— Ya oyen a este hombre. Cuestiona la autoridad del ejército.

— ¡Mayor! —El doctor Healy, terriblemente asustado, extendió las manos, suplicante, luego de una mirada al círculo de rostros sombríos situados detrás de Durant.— Usted infiere cosas que en modo alguno he implicado... Este... ha sido costumbre no enviar a los niños de los grupos privilegiados a las escuelas federales, donde no hay sino adoctrinamiento en masa y poca educación...

—¿Quiere decir usted —rugió la voz de Durant— que nuestras escuelas, nuestras maravillosas escuelas federales, son institutos para la creación de animales sin cerebro? ¿Insulta a nuestras escuelas, que enseñan a los niños la verdad acerca de la Democracia?

Frenético a esa altura, desaparecida toda su seguridad, temblándole el cuerpo como él hiciera temblar a otros, todas sus facultades paralizadas por el terror, como él había aterrorizado a otros, el doctor Healy retrocedió ante la mesa. La amarga sequedad del temor le llenaba la boca.

—Ha estado privando a los niños de los llamados «privilegiados», de la ventaja de una educación honesta en nuestras escuelas federales, doctor. ¡Unidad! ¡Deber! ¡Sacrificio! Esas

cosas deben aprenderlas inmediatamente los niños «privilegiados». Ya me ha oído. Si queda una sola de esas escuelas privadas al cabo de cuarenta y ocho horas, usted y sus subordinados serán arrestados en el acto.

Durant tomó asiento. No era necesario fingir ya. Y a su rostro asomaba entonces toda su furia, su aborrecimiento y repulsión. El doctor Healy permaneció de pie ante él, desarmado y tembloroso.

—Notifique mi orden a todas las escuelas de la Sección. Y cierre las puertas de sus escuelas especiales para esos niños especiales pasado mañana sin falta. Ocúpese de que todos esos niños se inscriban en las escuelas federales inmediatamente, con la debida tarjeta de racionamiento y los uniformes en uso. Si algún padre se opone, le ordeno en este instante que me lo comunique sin demora. —Y vuelto hacia Keiser, dijo:— Sargento, acompañe al doctor hasta la puerta.

—Mayor —dijo el doctor, vacilante y visiblemente sacudido.

—Váyase al infierno antes de que lo haga detener, doctor Healy —dijo Durant, luego de haberle dirigido una larga y dura mirada.

—Por favor, mayor, este... no intentaba nada. Sólo trataba de explicar.

Durant lo observó. ¡Este individuo suave, este hombre superior, este desgraciado cortés y sádico! Ahí estaba de pie, temblando de la misma manera que había hecho temblar a hombres más cuerdos, honestos y decentes. Ahí estaba temeroso de la muerte, como podría estar una rata o un perro, con la cara

blanca como la leche. Durant hizo un ademán brusco, en virtud del cual Keiser asió con fuerza el brazo del doctor.

—¡No, por favor! —exclamó. Y se volvió, medio tambaleante, para salir huyendo de la habitación.

Una atmósfera de alegre cordialidad invadió el aposento después de la salida del doctor Healy, realizada en forma tan desordenada. Hasta el joven Grandon aflojó sus facciones haciendo grata su expresión, tomando parte en la risa general. No obstante sus esfuerzos, pudo hacer su voz tan sólo moderadamente fría y malhumorada al anunciar que un importante burócrata seguía en la lista para entrevistar al mayor y presentarle sus respetos. Informó rápidamente acerca del hombre que esperaba afuera.

—Andreas Zimmer no es solamente Director Ayudante del BML de la Sección 7...

—Espere —interrumpió Durant—. Recuerde. No soy sino hombre de una sílaba y no conozco nada de los actuales alfabetos exóticos. ¿Qué demonio es eso de BML?

Grandon pensó que esta observación era algo pueril, lo que en verdad admitió Durant en el acto.

—Estoy simplemente preparándome para mi actuación —explicó—. Por supuesto, significa Departamento de Trabajo Movilizado.

•—Zimmer, aunque lo desconoce el mismo director, es a la vez informante del ejército —prosiguió Grandon—. Comunica, de manera secreta y no oficial, al mayor al frente de la Sección 7... usted, señor... cualquier desviación acontecida en su oficina, y aconseja al mismo tiempo.

—¿Aconseja al ejército?

—Sugiere, pues.

—Me agradan los burócratas —dijo Durant pensativo y reclinado en su asiento—. Hay algo en ellos. Configuran una casta especial. Hasta poseen un olor peculiar. Como militar, siempre he deseado echarle el diente a un burócrata importante. ¿Lo es éste?

—¡Ciertamente lo es! —exclamó Grandon, con ferviente anticipación—. Oh, a propósito, mayor, como sus informes al oficial comandante son siempre confidenciales, lo verá a solas. —Hubo sentimiento en el semblante del joven oficial, así como en los de los demás también.

Los oficiales abandonaron la habitación, a disgusto, e hizo su entrada un civil. Durant lo estudió con la agudeza desarrollada en él durante sus años de abogado y miliciano. Vio un hombre desaseado, vestido de negro, de mediana estatura y figura cuadrada, con el cuello de la camisa arrugado, torcida la corbata y arrugadas sus ropas. El cuello era corto y grueso, el semblante grande y cuadrado, de color pastoso, y el cabello negro y espeso y mal cortado. Sus facciones eran gruesas, y de corte amable y amistosa su sonrisa. Sus ojos, empero, hallábanse cubiertos por cristales turbios y convexos. No observando esos cristales, tenía la impresión de un individuo de alrededor de treinta y cinco años, vulgar, pues nada siniestro se notaba en su presencia. El burócrata típico, pensaba Durant, es anónimo de aspecto, a manera de escarabajo y vivaz, o pomposo, impotente y totalmente estúpido y maligno, dependiendo de que se moviera o no en secreto, y que fuera o no ventajoso para él, y para sus amos, parecer impresivo.

Depositó sobre la mesa un grueso portafolios, sin solicitar permiso antes, gesticuló de manera infantil y se despojó, encojiéndose de hombros, de un abrigo negro más bien deteriorado, demasiado corto y mal confeccionado, que arrojó sobre una silla. Luego tendió una mano algo gruesa.

—¡Mayor Curtiss! —dijo—. ¡Bien venido a Filadelfia y a la Sección 7! ¡Me alegro de conocerlo, señor! —Su voz era agradable y apropiada para congraciarse, pero Durant miraba con fría deliberación la mano tendida que no estrechó sino unos instantes apenas. Era una mano gruesa y cálida.

«Un bastardo —pensó Durant—. Un perro que desarma deliberadamente, una serpiente traidora y voraz como el infierno.»

—Tome asiento, señor Zimmer —dijo con indiferencia.

Pero el visitante ya se había sentado y sonreía con el rostro radiante al mayor.

—Trabajo en estrecha colaboración con el ejército —informó a Durant—. Pero el Magistrado Principal sin duda le habrá hablado de mí.

Durant permaneció callado.

Si el hombre resultó intimidado ante semejante recepción, no lo demostró. Permaneció sentado con toda confianza. Debía haber sojuzgado al viejo mayor Burnes con su amistad infantil, su insinuación de poder y su traición, pensó Durant. Tiene aire de persona a quien se ha dado rienda suelta y ha infligido muerte y sufrimiento. Ninguna otra cosa proporcionaría ese aspecto de seguridad. Al pensar así, Durant olía el peligro.

—Principalmente —dijo Andreas Zimmer— no he venido sino a presentarle mis respetos. Espero que lo pase muy bien en Filadelfia, mayor. Y si hay algo en que pueda servirle personalmente...

—Es usted Director Ayudante del Departamento de Trabajo Movilizado de la Sección 7, ¿verdad? —inquirió Durant lentamente—. ¿Quién es el director?

—¡Oh!, ¿director? —La sonrisa amistosa se heló en el acto.— El señor Franklin Woolcott. Un hombre muy atareado, mayor. Y, confidencialmente, no conoce nada de mi afiliación con el ejército. Pero probablemente ya lo sabrá usted. Él no ignora que, en mis tareas regulares, trabajo...

—... en estrecha colaboración —dijo Durant, repitiendo la frase aborrecida sin ninguna inflexión. Sin embargo, pronto tuvo la medida exacta de este individuo, gracias al brillo fugaz que se ocultaba detrás de los anteojos.

—Sí —dijo el señor Zimmer, cuya sonrisa afable se endureció a lo largo de los bordes—, colaboro estrechamente con el ejército.

—En otras palabras, es usted prácticamente espía sin cartera —observó Durant.

—¿Espía, señor? —El semblante de Zimmer se volvió grave.— Difícilmente lo calificaría de ese modo. Está dentro de mis obligaciones mantener informado al jefe militar de la Sección 7, puesto que nuestro Departamento es muy importante para el bienestar de toda la Sección.

—¿Cuánto lleva el señor Woolcott en el Departamento? —inquirió Durant mientras daba vuelta entre los dedos al lápiz que había recogido.

—Solamente un año, mayor. —La sonrisa que desarmaba volvió a ensancharse.— Francamente, estoy más al corriente de la labor, ya que llevo en mi empleo seis o más años. El señor Woolcott me tiene considerable confianza.

—¿Qué tiene que comunicarme hoy... confidencialmente, desde luego?

El hombre tomó su cartera de documentos en el acto y la abrió con precaución, conservando los papeles junto a su pecho. Era el típico gesto burocrático, según el modo de pensar de Durant.

—Bien, mayor, simplemente ocurre —y lo lamento, considerando que es su primer día de labor— que existe un ítem de verdadera importancia que debo poner en su conocimiento. —Extrajo con todo cuidado un grueso manual, que sostuvo para que Durant lo viese. Manual del Departamento de Trabajo Movilizado.— Usted lo tiene en su oficina, mayor, mas tal vez no esté familiarizado con el mismo. Con su permiso, le leeré una sección que atañe a mi informe de hoy.

Una vez humedecido el pulgar, pasó algunas hojas, antes de comenzar a leer con la voz cuidada y untuosa del burócrata:

«Sección 12, párrafos uno al seis, página 98:

»Será obligación del Comisionado que es jefe del Departamento de Trabajo Movilizado designar los directores de Sección.

»Serán deberes de estos directores hacer cumplir las leyes, reglamentos y disposiciones en vigor o que se aprueben en lo sucesivo. Será deber de los mismos directores tener en su poder en todo momento una lista completa y actualizada de los trabajadores disponibles en sus secciones. De tiempo en tiempo, los directores deberán enviar informes al Comisionado en Washington, con referencia a cualquier exceso de trabajadores, empleados o no, o disponibles de otro modo, existentes en sus secciones y que eventualmente pudieran ser absorbidos por el pool de trabajo.

»Los directores de sección visitarán de tanto en tanto las fábricas, industrias y demás lugares de trabajo, conferenciando con supervisores, superintendentes o empleadores, de trabajo, para averiguar sus necesidades y si se utiliza o no el trabajo en toda su capacidad, en interés de la defensa o del esfuerzo bélico. Los directores de sección redactarán un informe completo y detallado con las debidas copias para el Comisionado de Washington en todas y cada una de sus visitas de inspección.

»Los directores de sección, si a juicio de ellos se produce una emergencia, podrán convocar a la población civil aún no movilizada, con las siguientes excepciones:

»a) Todas las personas esenciales para el bienestar de los MASTS, activamente dedicados a la tarea de la defensa o del esfuerzo bélico, en cooperación con la Democracia.

»b) Todas las personas esenciales para el bienestar de los jefes de los distintos departamentos, secciones y divisiones de la Democracia.»

Como abogado, Durant estaba bien al corriente de la circunlocución y doble sentido en el lenguaje tortuoso de la burocracia.

Siempre lo había enfurecido. Compuso su semblante, para adoptar la expresión confusa de un militar de imaginación bien sencilla.

—Yo no soy sino un oficial del ejército —dijo—. En resumen, ¿qué quiere decir todo eso?

—Es realmente muy sencillo, mayor —dijo Zimmer, con la sonrisa de superioridad del burócrata—. Nuestro departamento provee el trabajo forzoso. Los directores de sección comunican a Washington los trabajadores disponibles. Sin embargo, poseen autoridad para reclutarlos por sí mismos, si lo consideran conveniente. El informe no es sino mera fórmula y cuestión de procedimiento, pero los directores cuentan con poder absoluto en sus secciones.

—Ya veo —dijo Durant—. «Las debidas copias» no son sino para crear trabajo y mantener oficinas.

Al oír esto desapareció la blanda sonrisa del otro y Durant se percató de que había cometido un grave error. No quedaba otra cosa que hacer sino parecer idiota y escuchar con atención.

—Yo diría que para mantener todos los archivos completos y ordenados —manifestó Zimmer, a la vez que cerraba el Manual como si fuera su Biblia.

—Prosiga —dijo Durant, con voz todo lo fatua posible.

Zimmer se frotó la barbilla pensativo y Durant se percató de que no se había afeitado desde hacía veinticuatro horas por lo menos.

—Ahora llegamos a una pequeña dificultad —dijo Zimmer—. Mayor, recordará que determinadas clases de trabajadores se

hallan exentas de ser ocupadas en las industrias dedicadas a labor esencial, etcétera. «Esencial para el bienestar de los MASTS... y el bienestar de los jefes de diversos departamentos, divisiones y secciones de la Democracia.»

Durant había sostenido una corta lucha consigo mismo para conservar su paciencia y escuchar de manera neutral. Pero fracasó algo, pues sus ojos comenzaron a resplandecer de venganza.

—En otras palabras, el trabajo doméstico, tal como los chóferes, valets, doncellas, lavanderas, jardineros y fregonas al servicio de los MASTS y los burócratas. Sí, ya veo. ¿Qué hay de importante y difícil en todo ello?

—Es en verdad muy importante y difícil. —Antes de contestar, el señor Zimmer habíase estirado de manera portentosa y al hablar había en su tono una nota débilmente amenazadora.— Porque el señor Woolcott ha resuelto, de modo arbitrario, que la industria esencial no debiera ser privada de ese pool de trabajo «no disponible», a pesar de que el Manual establece con toda claridad que esa clase de trabajo está exenta de las cláusulas sobre conscripción del trabajo. Es su intención iniciar la conscripción activa de esos trabajadores de aquí a dos semanas, hallándose entregado a la tarea de preparar las directivas necesarias.

El semblante de Durant se volvió inescrutable, permaneciendo en silencio a pesar de que Zimmer esperaba su comentario. Éste dijo entonces lleno de impaciencia:

—Resumiendo, como usted dice, mayor, es esencial para el bienestar de los MASTS y de los funcionarios importantes del gobierno en todas partes, lo mismo que en esta Sección, que el

trabajo doméstico sea dejado en paz. Pero el señor Woolcott insiste de manera enfática en reclutarlo para asignarlo a las brigadas de las minas de carbón, puesto que recientes explosiones en esta Sección han dejado vacíos los campos de trabajo forzado de la vecindad.

El corazón de Durant comenzó a latir con gran furia. Vino a su memoria que tan sólo un mes antes una explosión en una mina de carbón había ocasionado la muerte a doscientos trabajadores, hombres, mujeres y niños, y tullido a varios centenares más. Fue una explosión espantosa y se había atribuido a un acto de sabotaje. Por supuesto, a nadie se le ocurrió achacarla a la mala calidad del equipo y al brutal desinterés de los dueños de las minas con respecto a sus desgraciados esclavos.

—Si el trabajo hasta ahora no disponible llega a ser reclutado, el bienestar de todas las personas mencionadas en el Manual se verá en serio peligro —prosiguió Zimmer.

—En otras palabras —dijo Durant, sin poder contenerse—, las esposas de los MASTS y los burócratas tendrán que hacer su propia limpieza, cocinar, lavar y cuidar de sus niños. Destruirán el «bienestar» de los maridos, obligados entonces a contemplar espectáculo tan desgarrador.

Un aspecto de lívida amenaza se fijó en el semblante grande frente a Durant y hubo un relámpago de astucia detrás de los anteojos gruesos.

—Y usted no está de acuerdo con el señor Woolcott, ¿verdad? —gritó Durant, erguido de improviso en su silla y señalando con el dedo a Zimmer—. ¿Usted cree que el bienestar de la Democracia debe supeditarse al de unos cuantos individuos?

¿La seguridad de la Democracia supone menos que la comodidad de un puñado de grupos menores y privilegiados? ¿Es ésa su idea acerca del patriotismo, Zimmer?

Atacado de manera tan terrible, el hombre comenzó a temblar y la expresión amenazadora de su rostro fue reemplazada por otra de gran temor.

—Mayor —farfulló—, no... no he dicho eso... en modo alguno. Me he limitado a citar el Manual y el procedimiento acostumbrado. Esto... ¡ni siquiera tengo nada que ver con él! ¡Viene de Washington...!

—Sí —interpuso Durant con gran rapidez—. Sin embargo, ha dicho usted que los directores de sección cuentan con facultades absolutas para reclutar ¡todas y cada una de las clases de trabajo! Me parece que el señor Woolcott es persona muy patriota y completamente al tanto de su deber. Empero, viene usted hasta mí para denunciarme lo que considera desviación de su parte. ¡Zimmer, creo que es usted quien se desvía!

— ¡Mayor! —exclamó el burócrata, que se puso en pie de un salto, presa de profundo terror—. Esto... me temo que no haya interpretado bien. Si se retiran los sirvientes a los grupos que usted denomina privilegiados, habrá grande insatisfacción, lo cual no podemos causar durante este nuevo esfuerzo bélico. Eso... eso podría resultar peligroso...

—¿Quiere decir que ese grupo minoritario osaría rebelarse contra la autoridad de la Democracia, que podría ocasionar dificultades a ésta y aun tramar su derrocamiento?

—¡No he implicado tal cosa, señor! —El pánico había dado por tierra con toda la precaución y adiestramiento de Zimmer.

—¡Vaya si lo hizo! En verdad lo comunicaré a su superior.

—¡No puede hacer eso, mayor! —exclamó el otro, juntando sus gruesas manos en actitud de desesperada súplica—. Trabajo en estrecha colaboración con el ejército. El señor Woolcott debe ignorarlo en absoluto. Si lee usted estos documentos sobre mi...

Durant se retrepó para gozar del gran espectáculo que era el desbaratamiento, el espanto y el desorden de este hombre. Fue con enorme satisfacción que observó el cuerpo tembloroso de Zimmer y con mayor satisfacción aún lo estudió, en tanto el burócrata se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo sucio.

—Mayor —imploró Zimmer, inclinado sobre la mesa—. Usted comprende, ¿verdad? Tuve que ponerme en comunicación con usted en virtud de instrucciones recibidas de Washington. No he manifestado sino lo que figura en el Manual.

—Me parece —dijo Durant en tono amenazador— que será menester adoptar algunas disposiciones en esta Sección para mantener la disciplina. Me refiero a quienes utilizan servicio doméstico. Hay que colocarlos en su lugar. ¿Quién gobierna este país, el ejército, los MASTS o los burócratas? Considero que es necesario realizar una demostración de fuerzas definitiva. Los militares están aflojando en ciertos respectos.

—Pero Washington ya ha dictado reglas y disposiciones —suplicó Zimmer.

—Esas reglas y disposiciones son obra de burócratas y la burocracia está subordinada a lo militar. ¿O lo ha olvidado, Zimmer?

Abrumado, sacudido de su elevada posición, Zimmer no pudo sino mirar fijamente al vacío y temblar, relucientes los anteojos con el odio frustrado.

—¿Cuántos criados tiene a su servicio, Zimmer?

—Tres, señor. —La voz era cobarde ahora.— Tengo dos hijos, mayor, y mi mujer no es... no es muy fuerte. Necesitamos tener sirvienta, cocinera y lavandera.

—Me temo que su mujer tendrá que recobrar la salud en el término de dos semanas. Todo sea por la Democracia, Zimmer. Todo por el esfuerzo bélico y la industria esencial, Zimmer. ¿O tal vez va a decirme que su mujer es más importante que derrotar al enemigo?

A través del teléfono solicitó fuese llamado el señor Woolcott, del Departamento de Trabajo Movilizado. Zimmer estaba apoyado débilmente contra la mesa, fruncidos y temblorosos los labios. Durant continuaba sonriendo complacido.

—Habla Woolcott —contestó una voz, impaciente—. Interpreto que llama el mayor Curtiss. ¿Habla el mayor Curtiss?

La mano de Durant apretó convulsiva el receptor y su aliento se detuvo. Porque la voz que pasaba por ser del señor Woolcott era la de su mejor amigo, Benjamin Colburn, jefe de la división de los milicianos neoyorquinos de que formara parte Durant, un año atrás. Colburn había sido apresado, un año atrás, y su muerte anunciada por Arthur Carlson, Magistrado Principal de la Sección 7. Su cadáver, encerrado en ataúd sellado, había sido enviado a su familia para que recibiese sepultura. Durant había querido de manera entrañable, no sólo como a un

amigo querido sino como al hombre más capaz que jamás conociera, pues era un joven abnegado e intrépido. Resultaba increíble que esa voz llegara a sus oídos ahora, en ese instante. Era la voz del muerto.

—¿Quién es? —inquiría la voz—. ¿El mayor Curtiss? ¿Hay alguien ahí?

Era en verdad la voz de Benjamin Colburn, breve, penetrante y llena de impaciencia. Una fría sacudida recorrió la espalda de Durant y sus ojos se nublaron. ¡Ben, Ben Colburn! Comenzó a alentar lentamente y con deliberada uniformidad.

—Sí, es el mayor Curtiss. El mayor... Andrew... Curtiss, señor Woolcott —contestó, espaciando sus palabras—. El mayor Curtiss, del ejército de la Democracia, que acaba de ser designado Comandante Militar de la Sección 7, de Filadelfia, recién llegado de Nueva York, bajo las órdenes del Magistrado Principal, Arthur Carlson.

Alzó la mirada hacia Zimmer, que no escuchaba sino lleno de aprensión, sin interés salvo por sus propios asuntos y la inminente pérdida de sus criados.

Hubo silencio en la línea. Luego vino de nuevo la voz, más lenta, más llena de significado:

—Buenos días, mayor Curtiss. Aún no nos hemos conocido.

Pero espero que ello se produzca muy pronto. Me agradaría que conociera a mi ayudante, el señor Andreas Zimmer, mayor. Creo que ahora está en sus oficinas, mayor. O estuvo hace tap sólo unos instantes. Es un hombre muy capaz, mayor. Eficiente y laborioso. Nunca se le escapa nada, mayor. Es muy capaz. Mayor, ¿puedo serle útil en algo?

La mano de Durant se aflojó y retomó el receptor en el preciso instante en que estaba a punto de caer. Lo miró con incredulidad. Interferido. ¿Por quién? Por supuesto, era interferido por el Departamento Federal de Seguridad Interior. Ni siquiera el ejército se veía libre de los espías del FBHS, que a su turno espíabanse entre sí. Empero, Durant había creído que el ejército gozaba de la completa confianza del gobierno. Comenzó a sudar.

—Señor Woolcott, me agradecería conversar con usted acerca de un pequeño asunto. —La voz le temblaba muy a pesar suyo.— Es un asunto pequeño, sin particular importancia. Pero me agradecería reunirme con usted. ¿Diríamos para almorzar?

—Sería magnífico, mayor. Veamos: es casi la una. Supongamos que paso a buscarlo por sus oficinas a la una y cuarto. Podremos encontrarnos al pie de la escalera. —Colburn hizo una pausa.— Mayor, entretanto, deseo llevar a su ánimo la seguridad de que esta oficina desea, como en el pasado...

—Trabajar en estrecha colaboración —dijo Durant con gran solemnidad— con el ejército. —Volvió a dirigir la mirada a Zimmer, ocupado en volver los papeles a su cartera de documentos, al parecer perdido su interés en la conversación.— Ah, uno de estos días, muy pronto, me gustaría conocer a su ayudante, que entiendo es con frecuencia de utilidad para las fuerzas armadas.

—Hacemos lo que podemos —contestó Colburn, por el tono de cuya voz supo Durant que sonreía—. Después de todo nos hallamos bajo supervisión militar. A propósito, mayor, acabo de mirar mi reloj y veo que atrasa. El tiempo vuela y me temo que no me quedan sino unos instantes...

Al colgar Durant el receptor, desapareció la alegría experimentada al escuchar la voz de su amigo. Porque Colburn habíale comunicado que se hallaba en peligro de muerte y que él podría verse expuesto en cualquier instante, en cuyo caso, en beneficio de los milicianos, debería suicidarse.

—Su superior —dijo, vuelto hacia Zimmer—, parece hombre muy cordial. Supongo que no experimenta ninguna dificultad con él.

Zimmer observó vacilante a Durant, quien esperaba cándidamente su respuesta. El burócrata tosió luego.

—Como consejero secreto del ejército, siento la necesidad de confesar que me veo, mayor, en cierta dificultad con él. Por razones de seguridad, y dado que aún no obra en mi poder toda la información, no puedo ni siquiera sugerirle mis sospechas. Cuando llegue el momento le referiré todo sin pérdida de tiempo. —Se hizo importante otra vez, si bien se mostraba sacudido.— Y, mayor, supongo que no cambiará su manera de pensar en cuanto a opinar como el señor Woolcott sobre el problema que hemos conversado.

De manera que hasta los espías suelen ser indiscretos a veces, pensó Durant, al comprender en el acto que ese desgraciado era no sólo burócrata y espía de los militares, sino también miembro del mortal, invisible y omnipresente FBHS. Ahí estaba el peligro de Colburn. Zimmer había averiguado algo. Una vez descubierto lo que Zimmer supiese, en el momento oportuno sería menester dar con alguna manera de eliminar a Zimmer, y con ello salvar a Colburn. De ahí que vacilara, como meditando. Luego golpeó la mesa con ademán cordial y fingido.

—Zimmer, le diré lo que ha de hacer. Hablaré con el señor Woolcott de este asunto. De todos modos, no creo que nadie deba proceder con apresuramiento sobre el particular.

—¡Bien! ¡Muchas gracias, mayor! —graznó Zimmer, a la vez que tendía la mano, deleitado—. He venido preocupándome algo con respecto a mi pobre mujercita. Y estoy cierto, señor, de que, si piensa un poco el caso, preferirá proceder de acuerdo con la ley.

Durant dominó su repentina cólera ante semejante insolencia e hizo un esfuerzo para sonreír. Se puso de pie y guiñó un ojo al estrechar la mano que el otro le tendiera.

—Todo esto es nuevo para mí y acaso mi celo me haya llevado un poquito más allá de lo corriente. Algo me dice que usted y yo vamos a trabajar muy, pero muy estrechamente unidos.

Muy engreído y libre de todo terror ya, y creyendo que sus lógicos y superiores argumentos hubieran desarmado por completo al estúpido militar, Zimmer quedó completamente inerme. Separose de Durant en un estado de amable exultación y los oficiales que esperaban afuera, llenos de ansiedad, mostráronse desilusionados en extremo. Penetraron en el despacho con paso más bien tardo.

—^Bueno, muchachos —dijo Durant gesticulando—. ¿Se sienten desalentados? Permítanme citarles un antiguo proverbio: «A veces es preferible dejar que el zorro siga sus propias huellas.»

Confusos, esperaron alguna explicación. Pero Durant anunció que iba a almorzar con el señor Woolcott y los otros se mostraron más animados. Keiser ayudó solícito a poner el abrigo a Durant y éste partió.

El hedor de las calles de Filadelfia no era tan fuerte como el de las de Nueva York. A pesar de hallarse trabajando bajo la desesperanza y la degradación, el pueblo de Filadelfia conservaba aún algún leve orgullo en cuanto a su limpieza. Caminos y pavimentos podían estar destrozados y llenos de agujeros como los neoyorquinos, mas había pocos desperdicios, aunque las cunetas se vieran llenas de barro. Ahí había también un débil olor de primavera y la luz brillaba con mayor claridad. Al salir del hotel, Durant preguntábase acerca de la cordura de Arthur Carlson, quien, al sacarlo de ese negro terror que era Nueva York, habíalo enviado a una ciudad capaz de contener, aun en la menor medida, cierta esperanza para el futuro. ¿Era posible que las ciudades menores sufrieran menos de la claustrofobia que Nueva York y con ello pudieran soñar con la libertad y la amplitud del libre albedrío? Su padre y su abuelo habíanle referido que había sido la histeria misma de las grandes masas de Manhattan, su propio aislamiento y su carencia del sentido de obligación nacional lo que les había permitido ser víctima de criminales, pistoleros, asesinos, políticos desaprensivos y lunáticos durante los últimos cincuenta años. Mucho antes de la presente calamidad en forma de dictadura militar, los neoyorquinos habían asimilado las doctrinas de la esclavitud, y mecidos como hierba en el viento de cada uno de esos alocados «ismos» que soplaron desde las emponzoñadas ciénagas de Nueva York. Yendo mejilla con mejilla con sus semejantes de Nueva York, no aprendieron a «comprender» a sus vecinos.

Lo único que aprendieron fue a aborrecerles, temerles, y absorber su manía.

La calle fuera del hotel veíase llena de soldados, oficiales y algunos individuos de la guardia escogida. Esos eran sus hombres, pensó Durant. Jóvenes. Mas el militarismo habíalos degradado de manera inevitable, embruteciendo sus semblantes al extremo de que era tanto su parecido que resultaba apenas distinguible uno de otro. Sin embargo, algunos de ellos habrían mostrado alguna vez la luz de la inteligencia en sus ojos. Esa luz era ya cosa ida. El uniforme había sido la causa de la degradación no sólo de sus cuerpos sino de sus mentes, y la autoridad adquirida por ellos sobre las masas proletarias sometidas les dieron un aire de arrogancia y crueldad bestiales. Permanecían firmemente clavados en las aceras, con lo que hombres, mujeres y niños, veíanse obligados a arrastrar su paso por la calzada, inclinada la cabeza, humedeciendo humildemente los labios, desviada la mirada. No era necesario sino mirar los ojos de los soldados, pensaba Durant con amargura, para percatarse de los efectos enloquecedores y corruptores del poder.

Oficiales y soldados se cuadraron al hacer su aparición Durant, quien apenas se dio por enterado. Un automóvil grande, negro y reluciente se aproximaba al borde de la acera, con el distintivo del Departamento de Trabajo Movilizado. Los soldados observáronlo con la mirada fija y estólida y el desprecio del todopoderoso por una tribu inferior. Cuidado, cuidado, se repitió Durant a sí mismo. Abierta la puerta, salió del vehículo y saludó un chófer de uniforme. Fue seguido por un hombre de hermoso cabello gris y semblante apacible. A punto de aproximarse al individuo, Durant se detuvo, en tanto el corazón latía de desmayo. Ese hombre, alto, delgado, al parecer de edad

mediana, con el rostro blanco y tenso, sonrisa muy débil, y ojos cansados y hundidos, no era posible en verdad que fuera el doctor Benjamin Colburn, que cuando Durant lo había visto por vez última un año atrás, no contaba sino treinta y cinco años y estaba lleno de humor, de alegría y confianza. Este hombre cojeaba de manera visible y sus movimientos eran los de un viejo.

—¿El mayor Curtiss? —inquirió el extraño, tendiéndole la mano. Durant se quedó como una piedra y con el corazón dolorido. Había reconocido la voz y ahora, al mirar esos ojos azules y descoloridos, supo que era en verdad el doctor Benjamin Colburn. No pudo hablar.

•—Soy Woolcott —dijo Colburn, tomando la mano lacia y helada del otro. Luego sonrió de manera tranquilizadora, previniéndolo con una sonrisa de amigo. Al observar el brazo fracturado de Durant, una leve arruga apareció entre sus cejas.

—Soy Curtiss —musitó. «Dios mío, Dios mío», pensó. Dejó caer la mano de Colburn y lo siguió hasta el automóvil. Cerrada la portezuela del mismo, emprendió una marcha suave, sorteando los pozos. Durant cerró los ojos, reclinado en su asiento. «Soy demasiado emocional y esta labor no es para mí», pensó.

—Ha sido un gran placer —decía Colburn casualmente—. Pensé que sería buena idea conocernos de este modo. Podría referirle algo acerca de la ciudad y de la labor que realizamos aquí. ¿Ha estado antes en Filadelfia, mayor?

—No —dijo Durant, cuyos ojos se mantuvieron cerrados. Colburn prosiguió, mientras Durant sentía una fuerte presión sobre sus tobillos.

—Creo que le agraderá esta ciudad. He vivido en esta región toda mi vida y conozco el territorio que la rodea. Creí que le gustaría almorzar en el campo; hace buen tiempo y existe una posada reservada exclusivamente para nosotros, a unas diez millas de distancia. ¿Tiene tiempo para ello?

—Sí. He dado fin a la mayor parte de mi labor del día —dijo Durant al advertir la fuerte insistencia de la presión y abriendo los ojos—. Por otra parte, hace poco que he sufrido un accidente y debo andar con cuidado. —Miró fijamente al vacío.

—Bueno —dijo Colburn—. No hay necesidad de que nos apresuremos, entonces. —Habló al chófer:— Joe, en vista de las circunstancias, creo que lo mejor será dejarlo a usted en la oficina. Creo que el señor Zimmer desea que lo conduzca a algún lugar esta tarde con otro automóvil. Yo llevaré éste.

El chófer saludó con indiferencia. Al observar por el espejo trasero, Durant captó el haz de puro aborrecimiento enviado en su dirección. A esa altura le era ya bien conocido y le produjo cierta alegría. Al parecer, los militares eran mucho más odiados allí que en Nueva York.

—¿Es usted neoyorquino, mayor? —inquirió Colburn con voz agradable—. Así me ha parecido. ¿Lleva mucho tiempo en el ejército? ¡Diez años! Bien, yo estuve en el mismo cuatro y luego he sido designado para diversos cargos en la Sección 7. Me alegré mucho de volver a Filadelfia y espero que la ciudad le resulte tan cómoda como a mí. Celebramos algunas reuniones muy agradables y conozco bastantes personas que también lo son en la localidad, donde usted se hará de amistades al cabo de una o dos semanas. ¿Tiene familia, mayor? ¿No? Tampoco yo.

No hubo ningún cambio en la voz agradable. Durant pensó en la esposa y las dos hijitas de Colburn y su mano ilesa se contrajo. Observó brevemente el perfil de Colburn, que no reflejaba ninguna impresión, sino que parecía muy sereno y amistoso.

El vehículo se detuvo ante un edificio amplio y bien conservado, antaño destinado a la Cámara de Comercio de Filadelfia. El chófer descendió para inquirir solícitamente del señor Woolcott:

—¿Tiene la seguridad de hallarse en buen estado para manejar por sí mismo, señor?

—Perfectamente. Muchas gracias, Joe. —Colburn rio, vuelto hacia Durant:— La antigua herida de mi pierna aún me molesta un poco y hace alrededor de un mes que hube de sometirme a una sencilla operación. ¿Qué le parece si pasamos a los asientos delanteros, mayor?

Colburn tomó el volante, hizo una seña con la cabeza a su chófer, que dudaba, y partió en silencio, junto con Durant.

—He oído rumores —dijo después Colburn— de que, no obstante la nueva guerra, habrá algún dinero para arreglar los pavimentos. Así lo espero. La semana pasada rompimos dos neumáticos, lo cual resulta costoso para el gobierno. Con este nuevo esfuerzo bélico no podemos incurrir en más gastos. Es terrible. ¿Por qué ha de ser atacada la Democracia cada pocos años? ¿Por qué no nos deja en paz el resto de este condenado mundo? ¿Quién iba a pensar que esos malditos sudamericanos se atreverían a volarnos el canal de Panamá sin previo aviso?

Al volverse Durant con ademán impulsivo hacia él, Colburn le dirigió una mirada severa, que tuvo la virtud de dejarlo mudo y endurecido en su asiento. ¿Estaba la amenaza allí con ellos, dentro de los confines del vehículo? Colburn señalaba a través del parabrisas, en dirección al motor. Con ademán involuntario, Durant asió la manivela de la portezuela para bajar el vidrio. Necesitaba aire. La claustrofobia habíalo asido de la garganta y experimentaba una sensación de ahogo. Se obligó a decir, con fingida cólera:

—¡En ocasiones creo que ha sonado con creces la hora de barrer a... todo el mundo! Hemos sido demasiado benévolos. Bien, no creo que Sudamérica lleve tanto tiempo. Lo han pasado muy bien estos últimos años, sin guerras y sin necesidad de tener que defenderse. Siempre estábamos aquí cuidando sus intereses, en tanto ellos se volvían ricos y llenos de prosperidad. Tal vez aprendan su lección cuando los dominemos. Están reventando con sus alimentos, su cobre, sus productos químicos y otros recursos naturales, de los cuales podremos valernos.

Los dos hombres rieron, pero sus ojos se mostraban furiosos.

—He realizado cuatro excursiones a países sudamericanos —dijo Colburn—. En tanto estábamos defendiendo este hemisferio y disipando nuestros recursos naturales, en guerras defensivas, Sudamérica volvía más rica y arrogante. Le enseñaremos una buena lección. Algunos de mis amigos no están de acuerdo con ello, pero me he convencido de que todas las repúblicas sudamericanas se encaminan hacia el dominio imperialista de este continente. Nos creen débiles y ahora es el momento de atacar. No creo que sus bombas de hidrógeno sean

tan buenas como la nuestra. Apenas han perfeccionado la atómica. ¡En dos meses convertiremos sus ciudades en ruinas!

Luego prosiguió, explicando la labor realizada por el Departamento a cuyo frente se hallaba, y Durant expresó adecuados comentarios, llenos de interés.

—Hemos realizado una labor excelente en esta zona. El público coopera muy bien, convencido de la gravedad de estas emergencias constantes. Sus jornales obligatorios no son elevados, pero se muestran dispuestos a sacrificarse por vía de nuevos impuestos. Por otra parte, se les ha prometido otro millar de calorías extra por día, en las cafeterías fabriles. Se ven satisfechos, además, con el aumento de las raciones para sus hijos en el menú de las escuelas. Mayor, es mi opinión que jamás encontrará una masa de pueblo más cooperadora que la de Filadelfia.

El vehículo siguió rodando hacia el sol más luminoso del campo. Colburn hizo algo a uno de los diales del tablero de instrumentos y el motor rateó, volvió a funcionar normalmente y se paró, luego de haber vuelto a ratear. Colburn lanzó una maldición.

—Creí que el carburador había sido revisado —dijo—. ¿Entiende algo de motores, mayor?

—No —fue la respuesta.

—Yo conozco muy poco —dijo Colburn, dando un suspiro—. Ahora deseo que Joe nos hubiera acompañado. Bien, no queda otro recurso que bajar y ver qué sucede.

Salieron al sol tibio de primavera. Los caminos veíanse vacíos y blancos en su mirar al cielo. Murmurando profanamente,

Colburn levantó el capot del automóvil. Durant se mantuvo junto a él, mas se inclinó para observar al señalarle Colburn un montón de cables y partes. Casi oculta por completo, debajo del bloque del motor, hallábase una cajita negra. Colburn dijo con voz animosa, fingiendo ajustar algo:

—Vamos, creo que todo andrà bien. Me parece que fue alguna basurita en la gasolina. Mayor, ¿tendría inconveniente en dar a la llave de encendido en mi lugar? Permaneceré aquí para ver cómo anda.

Una vez dentro del vehículo otra vez, Durant dio vuelta a la llave de encendido y apretó el pedal del acelerador. El motor rugió. Vio que Colburn tenía en la mano algo pequeño y blanco sobre lo cual estaba escribiendo. Reconoció el objeto, que no era sino el trozo de gelatina utilizado por los milicianos para comunicarse con sus compañeros. La hoja delgada podía ser mascada luego, ingerida y digerida por completo.

—Muy bien, todo está ya a la perfección —gritó Colburn, tras de lo cual ascendió con mucho trabajo al vehículo e hizo entrega a Durant de la hoja de papel, casi transparente, en la que había escrito:

«¿Vino enviado por Carlson? Me alegro. Por Dios, celebro verlo, Andy. Creí que iba a desmayarme al escuchar su voz. Es menester moverse con rapidez. El tiempo vuela.»

—Debemos llegar allá en el plazo de diez minutos —habló luego, sin dejar de observar la carretera—. Se trata de un hermoso lugar y hay buena comida. Está reservado para diversos funcionarios del Departamento. —Introdujo el cuadernillo y el lápiz en su bolsillo y Durant dobló la hojita, que tragó luego de haberla convertido en líquido a fuerza de tanto mascarla.

Había observado en el papel una ligera marca de agua: «El mejor para cigarrillos.»

Durant introdujo la mano en el bolsillo del otro y escribió con su mano sana: «Carlson, sí. ¿Cuántos de los nuestros hay por aquí, que usted haya reconocido?»

Después de haber mirado el trozo de papel, Colburn movió la cabeza y prestamente indicó con un dedo al amigo. Durant volvió a comerse el papel. Sólo dos que se conocían, pues.

—Observe qué paisaje —dijo Colburn—. Detengámonos aquí un minuto. Es mi lugar preferido. Se ven las montañas a lo lejos, así como alguna agua. Ha sido un invierno riguroso y deseo disfrutar cada segundo de este tiempo. Caminemos un poco.

Volvieron a descender del vehículo para recorrer un trayecto, entretenidos en una charla inconsecuente. Durant vio cómo Colburn medía cuidadosamente la distancia del vehículo estacionado. Abandonaron el camino y llegaron a un montón de hierba verde y olmos de igual color claro, cuyas hojas nuevas resplandecían en el sol. No se veía un alma, aunque en el campo distante movíase el ganado pastando alegremente, y más allá se vislumbraba un silo rojo y una granja. Los dos hombres se detuvieron en el pequeño macizo de árboles.

—¡Ben! —exclamó Durant en voz baja.

Vuelto hacia él, Colburn le puso la mano en el hombro:

—Andy —dijo. Sonriéronse de modo incierto.

—No podemos estar alejados de ese condenado automóvil más de dos minutos, para no incurrir en sospecha. En consecuencia,

hablaré aprisa. Ignoro dónde se halla mi familia y creo que usted tampoco sabrá de la suya. Y lo peor de todo para mí, Andy, es no poder practicar mi profesión. Creo que jamás volveré a hacerlo. Permítame ver su brazo. ¿Se lo quebraron, eh?

—Lo mismo que su pierna —dijo Durant, apresuradamente—. Maldito sea, ¿es que tienen que tullirnos?

—Olvida que todo tiene que parecer genuino —dijo Colburn, enarcando las cejas con ademán caprichoso—. Los hombres que «nos tullieron» son verdaderos guardias escogidos. —Miró su reloj. —No importa, ¿Christian? ¿Los otros amigos?

—Ocho muertos. Hablaron. Christian y yo fuimos los únicos sobrevivientes de nuestro grupo de diez. Ignoro dónde se halla Christian, salvo que tiene que obligar a que se rebelen los ricos. Yo me encargo de los campesinos.

—Bien —dijo Colburn, luego de mover la cabeza en señal de satisfacción—. Y yo hago en esta Sección lo que tendrá que hacer Christian donde ha sido enviado. Andy, tenga cuidado. No confíe en nadie. Probablemente será la última vez que hablamos a solas. No debemos vernos con frecuencia ni parecer demasiado amistosos. Recuerde que todo cuanto diga en cualquier parte, en sus oficinas como en sus habitaciones, es escuchado. Jamás debe permitir que nadie sospeche que se sabe vigilado. Si se enteran de que usted lo sabe, desaparecerá como el viejo mayor Burnes. —Oprimió con fuerza el hombro de Durant.— El mayor era un viejo militar incapaz de hacer mal a nadie, todo pundonor y altivez. De setenta años de edad, nunca conoció lo acontecido a nuestro país. Hasta que un día vio que sus aposentos estaban conectados con un micrófono,

lo mismo que su automóvil. Furioso, destrozó esos instrumentos y entonces lo supo todo y estalló su imaginación. No pudo sufrirlo. No, no fue arrestado ni asesinado. Se suicidó antes de que pudiesen ponerle la mano encima. Fíjese, nos habíamos hecho amigos y confiaba en mí. Me envió una carta instantes antes de suicidarse. Lo que hicieron con su cadáver es algo que jamás sabré.

La voz de Colburn era carente de inflexiones, aunque persistente. Dejó caer la mano del hombro de Durant para contemplar con fijeza el campo lleno de paz. Comenzó a hablar como consigo mismo:

—A ninguno de nosotros nos queda sino realizar nuestra tarea. Ya se lo han dicho, y no debe olvidarlo jamás. No tenemos vida propia. No podemos tener amigos. Andy, pienso en los días en que trabajamos en secreto juntos. Poseíamos esperanza, juventud y excitación. Pero ahora no poseemos nada de eso. Ni siquiera el recuerdo de nuestra familia ni de nuestra vida pasada. Haremos un futuro, pero éste no será para nosotros.

Los labios de Durant se apretaron en obstinado silencio. Miró el perfil gastado y exhausto de su amigo, que se había alejado de toda amistad. Movié la cabeza ligeramente y dijo:

—Me quiso decir implícitamente que Zimmer sabe algo respecto suyo, Ben. ¿Conoce de qué se trata?

—No. Pero sabe algo. Forma parte del FHBS. No está seguro ni dará parte hasta que lo esté. Pero entonces tendré que morir, como ocurrió al mayor.

—Ben, ¿por qué usted y no Zimmer? Es importante que usted viva y él muera. Estamos en guerra, Ben, y luchamos. Zimmer debe morir y pronto.

—Ya he pensado en ello —dijo Colburn, vuelto hacia él y como si musitara—. He pensado en matarlo yo mismo. Pero supongo que sospecharían de mí al instante. —Cerró las manos, antes de expresarse con mayor celeridad:— Es asesino, espía, ladrón y extorsionador. Quiere la casualidad que yo sepa de algunos infelices a quienes ha venido atormentando y exponiendo, bajo amenaza de algo fraguado. Pero, ¿quién lo matará?

—Yo podría hacerlo por mi propia mano, a no ser por esto —dijo, mirando sombríamente su brazo fracturado—. Estoy bien adiestrado en acciones de comando. Un disparo está fuera de toda cuestión —sonrió—, pero poseo habilidad para arrojar el cuchillo y creo que puedo ponerlo fuera de este mundo. Implíqueme mañana que está pensando no llevar a la práctica esas directivas referentes a la conscripción de los sirvientes de los MASTS y de los burócratas. Sea sincero; consulte con él. Escúchelo. Aunque no lo desee, finja dejarse convencer por sus argumentos. No haga absolutamente nada... hasta que haya muerto.

—Soy médico —dijo Colburn, mirándolo gravemente y con tristeza— y aún no he matado ni autorizado a nadie para que lo haga. Pero a esto me han llevado. Andy, usted no puede arrojar un cuchillo con ese brazo. Usted...

—Déjelo por mi cuenta —dijo Durant—. Hay modos. Accidentes, por ejemplo. No piense más en ello. Ya encontraré una salida.

—Estoy cansado —murmuró Colburn, apoyado sobre el tronco de un árbol—, terriblemente cansado. Usted también lo estará antes de que esto haya tocado a su término. —Luego se enderezó para empujar cariñosamente a Durant.— No permita que yo mismo lo desaliente. Fue maravilloso volver a verlo; no pude evitar el desánimo al verlo de nuevo. De aquí en adelante no seremos sino recién conocidos. De manera que ésta es realmente una despedida, Andy, en aras de nuestra tarea y nuestras vidas. Y ahora, regresemos al automóvil.

—¿Me envía de nuevo a mi aislamiento —imploró Durant, mirándolo consternado—, cuando acabamos de encontrarnos?

—Sí, así es como ha de ser. Pero estaremos en comunicación constante, en el terreno oficial, desde luego, y en guardia permanente. No olvide: jamás confíe en nadie.

Recorrió unos pasos, y Durant fue detrás, estudiando el terreno sombríamente. Colburn le hizo señas con la cabeza, poseído de cierta ansiedad, y el otro dijo, con una amargura que parecía volcarse de manera incontenible:

—No sé. ¡Cada vez se pone peor! Comienzo a pensar... ¿qué si tampoco podemos confiar en nosotros mismos? Y cuando derroquemos esta dictadura militar, ¿haremos lo mismo que ellos? Tengo miedo, Ben. ¡Oh, ya sé que nos haremos cargo durante un breve período de «adaptación» y luego delegaremos el mando en la autoridad civil! Eso es lo que decimos. Pero...

—He estado pensando en eso —dijo Colburn, moviendo la cabeza con ademán pensativo—. En más de un sentido, el hombre no puede confiar ni en sí mismo ni en su prójimo. La civilización moderna, desde hace unos sesenta o setenta años, al

despojarse de la teología, perdió con ello todo sentido de obligación para con algo o con alguien. Ahí yace la raíz de nuestra confusión. Hemos alistado en nuestras filas a lo mejor del clero, porque los milicianos sabemos que la confusión materialista puede ceder el paso a un orden sobrenatural, mediante el cual pueda el hombre establecer su propio código físico y temporal. Nos esforzamos en demanda de un punto de referencia, y el único que jamás puede atañer al individuo es el punto de referencia divino. Sólo entonces las afirmaciones tendrán alguna veracidad. —Durant frunció la frente y él prosiguió:— Habrá entre nosotros quienes se sentirán fascinados por el poder repentino y querrán perpetuarlo para ellos mismos. Pero tenemos que creer que entre nosotros seremos más los que siempre recordemos aquello por lo que hemos combatido.

—¡He llegado a la conclusión de que este cochino mundo no merece la pena de ser salvado! —estalló Durant.

—Sí que merece ser salvado, Andy —dijo Colburn, sonriendo.

—¿Para mis hijos? —Durant escupió.

•—No, para usted mismo. La única realidad que jamás conocerá es la suya propia, y lo que de ella haga. Sus obligaciones para con cualquier individuo lo son igualmente para con usted y para su propia salvación. —Colburn suspiró:— Yo también llegué a descorazonarme. Andy, ¿no es extraño cómo algo tan absoluto como el totalitarismo adopta las peores características de su mismo pueblo? El totalitarismo ruso fue de tipo medieval, sugiriendo oscuros calabozos, fosos, puentes levadizos, torres oscuras y pasajes secretos; el alemán fue en todos los terrenos el más moderno, una pesadilla resplandeciente, toda eficiencia y corazón de cromo. El totalitarismo inglés, si bien

militar como todas las demás enormidades, tuvo un árido sabor cockney, una tristeza de pescado y papas fritas y té, una monotonía incolora. En cuanto al nuestro... adoptó la vulgar confusión, la superficialidad bullanguera, la ciega oportunidad y la crueldad de jardín de infantes, distintivo de nuestro carácter nacional durante el siglo veinte. Todos ellos no tenían sino una uniformidad central: el aborrecimiento y la voluntad de poder que engendra el odio.

—Es un viejo aforismo —dijo Durant—, pero sin odio no habría ejércitos, sin éstos no habría generales y sin generales no habría dictadura militar. Todo revierte al pueblo mismo. No hemos tenido sino dos presidentes en este siglo que prefirieron la paz a la guerra ¡y hay que ver cómo los generales los desollaron! ¡Y cómo gozó el pueblo con el espectáculo! Pan y circo. La vieja fórmula.

Una vez dentro del vehículo, Colburn dijo con voz animosa:

—Bien, ahí es donde me agradecería edificar mi casa. Un lugar tranquilo, alejado de la ciudad.

•—No sé por qué no se aloja sin más ni más entre la gente de campo, como hace ahora el ejército, siguiendo mis directivas —dijo Durant.

Colburn lanzó una exclamación de genuino asombro, antes de reír fuertemente.

—Nada es demasiado bueno para el ejército, señor Woolcott —dijo Durant, riendo a su vez—. Nada demasiado bueno tampoco para la gente del gobierno. ¿Por qué no se va a vivir entre ellos, también?

—No quedará lugar suficiente una vez que haya hecho alojar a todos sus hombres —dijo Colburn, deleitado—. Pero si queda, hágamelo saber. Sería un gran placer imitar su ejemplo. ¿Por qué los burócratas no hemos de disfrutar buena comida y aire puro como los campesinos? Por otra parte, esa gente se ha vuelto demasiado arrogante. Olvidan quién gobierna al país.

Con gran gozo a su vez, Durant pensó que podía oír cómo numerosos oídos se enderezaban allá en Filadelfia, llenos de interés. Y para beneficio de esos oídos, dijo en voz alta:

—Pensemos en ello, para ustedes los hombres del gobierno, lo mismo que para los militares.

De regreso en la ciudad, Durant fue a hacer una visita al médico y al dentista, individuos serviles y aduladores. Al mirarlos con desdén, Durant recordó lo dicho por su padre y amigos de más edad con respecto a la antigua y honorable profesión de la medicina. Había habido épocas en que los médicos eran hombres independientes, altivos y bien conceptuados. Habían llegado al presente nivel de degradación, no tanto por la presión de las agencias gubernamentales totalitarias como por su falta de valor y de respeto para consigo mismos, su propia carencia de disposición para luchar por la libertad de su profesión. Ciertamente había habido centenas de incompetentes entre ellos, veinte o treinta años atrás, incapaces de ganarse el sustento en libre competencia y ansiosos de rendir su libertad a cambio de un salario nacionalizado. Pero fueron minoría. Fue el cinismo, la ausencia de carácter y de resolución entre la mayoría de la profesión lo que los redujo a un servicio esclavo.

«Mucho antes de que el enemigo golpee en el umbral de nuestra casa, hemos abierto las puertas de adelante», habíale dicho a Durant uno de sus maestros.

El dentista interpretó mal el desdén de Durant hacia él como hombre, tomándolo como si fuera su desprecio de militar ante un simple civil. Charló con gran nerviosidad acerca de la elevación de su hijo al rango de segundo teniente del ejército, tratando de congraciarse con ese terror uniformado de ceño adusto. Durant limitose a gruñir. El puente que reemplazó a su diente perdido era excelente. Quiso expresar alguna gratitud, mas se contuvo. Hizo abandono del consultorio del dentista con paso ruidoso y resplandeciente arrogancia. El dentista era más joven y en su semblante notábase sensibilidad y cansancio. Ya Durant lo había observado lleno de interés. De ahí que acosara, se jactara y causara molestia al otro en todo lo posible, mofándose de su profesión, haciéndole ver que era civil y por ello de escasa importancia. Y se sintió complacido al observar que, no obstante, la actitud silenciosa y aquiescente del profesional, había en la mirada del mismo una súbita llamarada de odio.

Durant se hallaba muy cansado para ir a su labor, por lo que sugirió que él y sus oficiales regresasen a la granja de Lincoln, no obstante ser tan sólo las tres y media. Al descubrir el desaliento en los rostros de los otros e inquirir la causa, supo que todos habían sido invitados a una reunión a celebrarse esa tarde en casa de un acaudalado industrial. En contra de su superior criterio, Durant sugirió entonces que buscasen un soldado para conducirlo a la granja, y que ellos retuviesen uno de los automóviles militares para utilizarlo más tarde.

—¿Quiere hacer el favor de avisarle a Lincoln que me agrada-
ría esta noche la compañía de Gracie? —dijo, vuelto hacia el
teniente Grandon.

Grandon respondió con voz monótona y sin mirar a Durant.

•—Ya le he telefoneado —y no dejó que Durant viera su rostro
o sus ojos.

—Bien —dijo Durant animoso. Los demás oficiales le dieron
las gracias, radiantes. No es un «severo» militar bastardo, pen-
saron, ni uno de esos que impone su rango. Tal vez, empero,
no quisiera sino estar a solas con Gracie Lincoln. De todos mo-
dos, se mostraron alegres y le desearon buena suerte con la
muchacha.

El anónimo soldado reclutado para servicio de Durant, co-
menzó su salida de la ciudad, después de haber atado la moto-
cicleta a la parte trasera del automóvil. Su mente era tan exenta
de características como sus facciones, y Durant, reclinado en
su asiento, volvió a meditar acerca de los devastadores efectos
ejercidos por uniformes y regimentaciones en el espíritu hu-
mano. Su propio servicio militar había sido suficiente; y como
poderoso comandante en la actualidad, como fuerza en la dic-
tadura militar de la Democracia, se le hacía más evidente aún
el horror del militarismo.

Mientras el vehículo avanzaba cuidadosamente a lo largo de
las calles destrozadas, Durant observó una extraña agitación
entre la gente y los soldados de las aceras. Sostenían periódicos
con gruesos títulos y por vez primera en muchos años vio risa
y deleite en los rostros congregados. Algo había dado lugar a
que civiles y militares formaran grupos jubilosos, que cambia-
ran libres comentarios con desconocido abandono y placer, a

más de ronca alegría. Los soldados, que siempre se mantuvieron aparte de los civiles, mezclábanse ahora con ellos, gritando, jurando y gesticulando, golpeándose las piernas. Durant ordenó que se detuviese el automóvil y se le procurase un periódico. Ya abrigaba alguna sospecha, que fue confirmada al continuar viaje el vehículo. Los títulos rezaban: «¡El mayor Andrew Curtiss aloja a los militares en las granjas de la Sección 7! ¡Imparte órdenes para que el oro sea reemplazado con moneda corriente en los bancos Agrarios!»

El periódico continuaba diciendo, con acotaciones plausibles, que el mayor Curtiss era «perito» en asuntos agrícolas y se mostraba irritado ante la «miseria» del pueblo, explotado por los granjeros en abierta violación del espíritu de la ley, tal como fuera impuesta por el ejército. Había relatos exultantes en cuanto a la «furia» de los granjeros y sus líderes, junto con la implicación de que «algunos portavoces de los granjeros» expresaban desafío profiriendo amenazas. «De ser así», decía el editorial, «ya es hora de que el pueblo de la Democracia, no sólo de la Sección 7 sino de todas las demás secciones, estudie con amplitud todo el panorama agrícola y llegue a decidir si cualquier grupo —y decimos “cualquier grupo” con todas las entonaciones

posibles— debe gozar del privilegio de enormes beneficios a costa del público patriota. Los militares han vivido con austeridad, lo mismo que el pueblo, a pesar de que los militares son nuestro gobierno y poseen poder ilimitado, máxime en períodos de emergencia nacional. Nada más que los granjeros se han asignado de manera despiadada privilegios para sí, mucho más allá de los que el ejército y el pueblo se han asignado para ellos. La acción atrevida y justificable del mayor Curtiss al alojar a

los militares en las granjas, revela el profundo interés del gobierno por todo el pueblo. Que se diga que los granjeros y sus líderes expresan sentimientos de ira y de desafío, debe convencer a los conservadores más recalcitrantes de que las secciones agrícolas son semillero de traidora subversión, a la vez que de avaricia y de arrogancia. Debemos felicitar por su acción al mayor Curtiss, nuestro nuevo y joven regidor.»

Durant miró sonriente a través de las ventanillas del vehículo, presa de gran satisfacción. Esa misma noche, trescientos oficiales y soldados dormirían en buenos lechos en las granjas de su zona, y veintenas de granjeros murmurarían desesperados en sus graneros y en los campos bajo la oscuridad de la noche. Pero, ¿y las demás secciones? ¿Qué diría Washington de todo eso? Al tratar de pensar en tranquilizadoras promesas del Magistrado Principal, Durant comenzó a preguntarse con cierta intranquilidad. Sin embargo, existía un consuelo: el deleite y la alegría de los hombres de la Sección 7, impresionaría a Washington. Todo intento de revocar la decisión de Durant, iba a servir para encolerizar a los militares de otras secciones y para convencer al ejército de que la autoridad civil buscaba suplantarlo de manera astuta y traicionera, dando lugar con ello a nuevos ultrajes y opresiones instigados contra el pueblo en general. Durant perdió su intranquilidad, permaneciendo muy animado.

Al cabo de una semana, se dijo confiado a sí mismo, los militares de todo el país estarían alojados en las granjas, siempre que fuere posible. ¡Millones de granjeros, relucientes y acaudalados y llenos de privilegios iban a reunirse para hablar en voz baja en graneros y al amparo de la noche en toda la nación!

Ricos, bien alimentados y hasta ahora los terceros privilegiados de la Democracia, no iban a aceptar su degradación y explotación con la mansedumbre y humildad tan cordialmente recomendadas por ellos para las ciudades. ¿Animaríanse a atacar? En tal caso, serían fusilados al aire libre docenas de ellos, lo cual no era factible de subyugar a individuos llenos de carne, de dinero y de poder. No haría sino incitarlos más.

En la última página del diario tropezó con las órdenes impartidas a la capitana Steffens, redactadas con entusiasmo, si bien en lugar poco visible. Malo, malo, comentó Durant consigo mismo. Empero, en el plazo de algunas semanas, los padres atormentados de los niños de la Sección 7 habrían de experimentar la necesidad de que llegase el final, y por su propio esfuerzo. No había noticias acerca del cierre de las escuelas especiales para niños privilegiados. Ese era asunto a mantenerse discretamente tranquilo y el doctor Healy era hombre discreto. No habría ocasión para que el pueblo se regocijara en general por la opresión y humillación de los acaudalados burócratas y los MASTS. Los fuegos del furor iban a arder, pero detrás de los costosos cortinados y las puertas macizas. No obstante, la intensidad del fuego no iba a ser menor porque ascendiera en secreto, ni menos violenta la explosión porque estallase detrás de los vidrios de las ventanas.

Fue entonces cuando un pensamiento alarmante vino a la mente de Durant: su nueva directiva referente a los granjeros haría populares a los hombres de las fuerzas armadas en las ciudades. No quedaba sino una cosa que hacer, y era reducir las raciones de todos los trabajadores de la ciudad, con excepción de los burócratas y demás grupos privilegiados, aumentar

la jornada laborable y aprobar en la Sección 7 un nuevo impuesto sobre los magros jornales obligatorios del pueblo en general. Tenía que dar órdenes más severas a los militares a sus órdenes con respecto al populacho. Comenzó a darles forma. Todo en nombre del nuevo «esfuerzo bélico». La Democracia, y luego «¡Unidad! ¡Deber! Sacrificio!». Tal vez, y a despecho de la evidencia de todas esas décadas, las masas atormentadas podrían ser espoleadas para alguna suerte de acción.

Los trabajadores esclavos de Lincoln veíanse aún en el campo tibio al llegar Durant de regreso a la granja. Pasó ante un grupo, que estaba siendo maldecido y vejado por el hijo mayor del granjero. El joven Lincoln lo miró malhumorado y en silencio, pero Durant le dirigió una mirada fríamente furiosa, ante lo cual el otro se llevó la mano apresuradamente a la frente y fue a su tarea. Una vez el vehículo dentro del garage, Durant introdujo las llaves en el bolsillo antes de despedir al conductor, quien emprendió el retorno a Filadelfia en su motocicleta. Durant hizo entonces su entrada ruidosa en la sombra, fresca y agradable, de la casa. Al no ver a nadie por ninguna parte, gritó encolerizado. Unos instantes más tarde hizo su aparición el doctor Dodge, con sus ojos opacos tan inmóviles como los de un muerto. Esperó, de pie en el umbral del cuarto de estar.

—Deseo ver a Lincoln inmediatamente y también quiero un poco de hielo y whisky. Que lo suban rápido a mi habitación —dijo Durant.

Fue escaleras arriba y una vez en su aposento se despojó de la gorra para ocupar un cómodo sillón. Latía el brazo y le dolía la cabeza. Su cansancio era como terrible dolor en todo su cuerpo. «Usted también estará cansado antes de que esto haya tocado a su término», había dicho Colburn. Ya lo estaba. Lo

feo, lo cruel y lo vicioso con que tropezara, había sido demasiado para su alma. La dulce brisa que soplabla las cortinas del aposento no era capaz de aliviar su gran agotamiento; miró con apatía el sauce dorado y el cielo detrás del mismo.

Se abrió la puerta para dar paso al mismo Lincoln, portador de una jarra de plata con hielo y una botella de whisky. El semblante del campesino veíase lívido y hundidos sus ojos. Dejó el recipiente de plata y la botella en una mesa próxima a Durant, antes de estallar con voz trémula:

—¡Mayor! ¿No habrá hablado usted en serio acerca de Grade, verdad? Grandon telefoneó... ¡Pero, mayor, si no puedo creerlo! Usted no es de esa clase de hombres, ¿verdad, mayor? Mi chiquilla. Ella, que ha sido cuidada y lo ha tenido todo, gracias a su madre y a mí...

Durant lo estudió con severa frialdad.

—¿Es su hija mejor que las de los demás hombres del país? ¿Qué la hace tan especial, Lincoln? ¿Es que todo el sacrificio ha de ser a cargo de las gentes de la ciudad y no del campo? ¿Qué clase de desviacionismo es éste, Lincoln?

El granjero hallábase ante él, doblegado y extendidas las manos en ademán suplicante.

—Pero, mayor, hemos sido patriotas; hemos hecho de todo por el país. —Volvió a su antigua manera de decir, medio literaria:— Sacrificamos...

—¿Qué sacrificaron ustedes los granjeros por la Democracia alguna vez? —gritó—. ¡Siempre estuvieron exentos de impuestos y siempre sus silos, graneros y depósitos se vieron ati-

borrados de comidas. Han tenido sus automóviles, su comodidad, sus hijos, sus mujeres rollizas y bien vestidas! Muchos de ustedes mintieron en cuanto a sus vecinos y se les permitió confiscar sus granjas. En sus bancos hay grandes montones de oro. Cuando las ciudades pasaban hambre, ustedes comían bien; cuando la gente de la ciudad cubríase con andrajos, ustedes usaban las mejores y más abrigadas ropas. Mientras las casas de la ciudad volvíanse ruinas, las vuestras eran cada vez más lujosas y sus habitaciones se llenaban con las pertenencias de los demás. Retiraron el ganado del mercado con el fin de obtener precios más elevados; fue desperdiciada la leche, millones de galones en verdad, en tanto las criaturas morían en las ciudades. Quemaron los cereales al sugerir el gobierno una reducción en los precios; mataron las aves de corral al no poder obtener su peso en oro. Los vegetales y el maíz sirvieron de alimento al ganado, mientras los habitantes de la ciudad recogían los desperdicios en las cunetas. Vuestros hijos quedaron a salvo en casa, mientras morían los de vuestros mejores en la guerra. Lincoln, ¿qué sacrificaron en beneficio de algo o de alguien?

El interpelado, abierta la boca seca, hizo un esfuerzo impotente para hablar, pero siguió allí mudo e inmóvil, caída la mandíbula y temblándole todo el cuerpo.

—El gobierno —prosiguió Durant lleno de cólera— debió haberlos colectivizado largo tiempo atrás. Pero mantuvieron una pistola apuntada a la cabeza de los políticos y éstos hicieron vuestra voluntad. Ese día ha pasado ya, Lincoln, y nosotros, los militares, hemos impartido nuevas directivas.

—No me importa cualquier otra cosa que haga, mayor —habló Lincoln con voz ronca—. Pero mi pobre chiquilla...

—Quiero que esté aquí a las diez de la noche —dijo Durant con un brutal ademán de despedida—. Y ahora, Lincoln, apártese de mi vista o lo echaré a puntapiés. ¿O tal vez preferirá una bala de esta pistola?

El hombre cayó virtualmente fuera de la habitación, asiéndose a la puerta para no dar con la cabeza contra el suelo. Durant se dejó caer en un asiento, luego de haber dado un violento portazo. El odio y el aborrecimiento lo hacían jadear. Trató de poner hielo en el vaso y verter un poco de whisky, mas la mano le temblaba de debilidad. Maldiciendo, se torció para colocarse mejor. Sus dedos estaban como paralizados. Fue entonces cuando vio que el doctor Dodge había aparecido de manera misteriosa.

Después de haber tomado con destreza la botella y el hielo de manos de Durant, el viejo le mezcló una bebida.

—¿Estaba escuchando, viejo estúpido? —inquirió atemorizado y víctima de un nuevo ataque de furor. Pero el doctor Dodge le entregó en silencio el vaso, que fue tomado por Durant mientras observaba con especulación al otro. Los ojos ciegos estaban fijos en un punto situado a espaldas del mayor y el doctor Dodge tenía todo el aspecto de un muerto que se moviera y permaneciera derecho inexplicablemente, sin pronunciar una palabra.

—¡Mírese a Sí mismo, Dodge! —dijo Durant, comenzando a hablar en voz baja—. Hace años tuvieron tiempo. Pero usted, y otros como usted, charlaban de «liberalismo» y de «revolución social ordenada». Vieron venir la ruina; vieron la caída de la república. Y ayudaron a su caída, ¿verdad? Entonces sintieron alarmados. Mas era demasiado tarde. ¿Es feliz al haber

traicionado a Norteamérica, Dodge? ¿Le agrada lo que ve ahora, todas esas cosas que ayudó a producir?

Los ojos ciegos continuaban mirando a la ventana y sus manos delicadas y gastadas pendían a los costados de las delgadas canillas. Era algo fuera de toda comprensión.

—¡Todos los hermosos colegios! —dijo Durant, bajando más aún la voz—. ¡Todas aquellas aulas brillantes donde enseñaban usted y los de su clase sentados ante su mesa! Allí sentados, desembuchaban cínicamente su materialismo mortífero, sonriendo con afectación tocante «el nuevo progreso» y la «nueva era que emergía del viejo capitalismo, era de significado social y de conciencia». Pronunciaron el nombre de Dios ridiculizándolo, como si fuera algo obsceno. Nada había sagrado para ustedes, ¿verdad? Ni el honor, ni el trabajo honesto, la justicia, la autodisciplina, el dominio de sí mismo, la religión, la virtud, la hombría, el respeto hacia sí mismo, el valor o la dignidad. De sus aulas salían preparados por ustedes jóvenes de ambos sexos intelectualizados, envenenados y llenos de depravación, instrumentos de la destrucción. Ahora son esclavos, lo mismo que usted. Al final, intentaron expiar sus pecados contra la humanidad mediante un simple acto de protesta. Pero era demasiado tarde. Sí, Dodge, demasiado tarde.

El doctor Dodge no se movió, al parecer sordo y ciego.

—¡Cómo se burlaron de la Constitución, Dodge! —murmuró Durant, ferozmente, inclinado hacia él—. ¡De qué modo admiraron a la Rusia soviética y al socialismo algunos de ustedes! Bien, ¿qué le parece ahora esto? ¿Le place el totalitarismo, ese sistema que tanto ensalzó?

Fue entonces cuando el doctor Dodge se movió a la manera del autómatas bajo la mirada de Durant. El doctor levantó un cuadro de la pared y el mayor advirtió, horrorizado, un pequeño objeto negro sujeto detrás del mismo. Los cables pendían, sueltos, del objeto. Con ágil movimiento de sus manos, el doctor unió los cables, enseñando mudamente a Durant la manera de hacerlo.

El mayor quedó boquiabierto.

¡Conque el viejo había desconectado deliberadamente el dictáfono antes de que él hiciera su entrada! ¿Qué sutileza restaba en ese hombre quebrantado para que su mente fuera capaz de conjeturar que habría momentos en que Durant veríase incapaz de dominarse? Durant comenzó a sudar.

No soy individuo para esto, pensó, aborreciéndose a sí mismo. Pero el doctor Dodge poníale el vaso de whisky en la mano.

—¿No le dije hace una hora que me trajera el whisky? —gritó el mayor—. Llevo una hora esperando aquí sentado, mientras usted ha procedido con toda lentitud, Dodge. Si vuelve a ocurrir otra vez...

Al mirarlo el doctor, su cara llena de cicatrices sonrió y los ojos recobraron su vida.

—¡No veo el menor respeto hacia los militares! —prosiguió gritando Durant—. Hemos sido demasiado benignos. Bien, le prevengo que en adelante las cosas van a ser muy diferentes, debido al nuevo esfuerzo bélico y la necesidad de sacrificio y de obediencia. ¡Salga de aquí y váyase al infierno, condenado viejo estúpido!

Su mano alcanzó un trozo de papel y un lápiz de encima de la mesa.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —escribió—. ¿Quién lo instaló?

—Por lo menos dos años. El FBHS. Éste era el dormitorio de Lincoln. —El doctor Dodge escribió todo con letra nítida pero insegura, inclinada la cabeza gris, luego de haber tenido el papel bien lejos de los ojos y leído con rapidez asombrosa.

—¿Por qué hizo eso? ¿Qué sabe de mí? —escribió ahora Durant, respirando con tensa lentitud y después de haber efectuado un movimiento de cabeza.

Sonriente, el viejo movió la cabeza al ofrecerle el lápiz el otro y luego abandonó la habitación arrastrando el paso. La puerta se cerró con violencia tras el doctor.

Durant bebió ruidosamente, pero su alarma retornó. «No confíe en nadie», habíale prevenido Colburn. ¿Cómo se había traicionado ante el doctor Dodge? Éste vino a saber desde el principio mismo. Como actor, me desempeño muy bien, pensó Durant con amarga ironía.

Eso era peor de lo que esperara. Como miliciano, entre amigos o adversarios conocidos, había habido alguna exultación, algo de agitación, así como peligro. Ahora no había sino peligro, y del peor y más sombrío. Se puso de pie y fue furioso de un lado para otro, deteniéndose de tanto en tanto para observar con lóbreguez el inocente paisaje de la pared detrás del que acechaba el peor de los enemigos. Recordó lo que su padre le dijera cuando niño: No es el trabajo lo que mata al hombre, sino los afanes de su alma.

No había trabajo como el de afanarse en la noche, y solo.

Debió dormirse, agotado, pues lo primero que después recordó fue el repentino resplandor de la luz en sus ojos. Al incorporarse en su asiento, dolorido y acalambrado, vio a la señora Lincoln, surcado el semblante de lágrimas y portadora de una bandeja grande de plata con la comida. Su contorno parecía haberse derretido en el calor del terror y del pesar; sus facciones abultadas y su cuerpo, grande y grueso, habíanse borrado.

Después de haber colocado la bandeja en la mesa junto al codo de Durant, permaneció de pie ante él, retorciéndose las manos y mirándolo suplicante.

—¡Oh, mayor Curtiss! —estalló con voz histérica, agudamente chillona—. ¡No puedo creer que desee herir a Gracie! Mayor, es una niña tan inocente y agradable. Su papá y yo queremos que se case con usted, mayor. Nosotros... nosotros tenemos mucho dinero. ¡Se lo daremos todo! Nos agradaría tener un mayor en la familia... —Comenzó a jadear ásperamente, mientras se aproximaba hacia él. Durant hizo un gesto repulsivo, aunque del todo involuntario, y ella se retiró.

—¡Casarme con Gracie! —exclamó—. ¿Ha perdido usted el juicio por completo? —La miró detestándola y dijo bruscamente:— ¡Salga de aquí!

—¡Pero usted no querrá a Gracie, mayor! —dijo, esperanzada, nuevamente anegada en llanto. Se había retirado hasta la puerta, llena de terror—. Quiero decir que no tiene interés en ella, ¿verdad? ¡Haremos cualquier cosa, mayor, sí, cualquier cosa, o le daremos lo que quiera!

Él permaneció sentado, asida la rodilla con la mano, mientras ella observaba su maligno aborrecimiento. Al hablar el mayor, lo hizo con voz lenta y bien clara:

—Quiero que la muchacha esté aquí a las diez en punto. —Y añadió, con nueva execración:— ¿Me darán cualquier cosa? ¿Qué es lo que tienen, como no sea lo que robaron y privaron a los demás? ¿Me darán las vidas de los niños que murieron por privarlos de alimento?

—¡Mayor, nosotros no hicimos nada! —profirió la mujer, completamente fuera de sí, herida en su amor maternal—. ¡No hicimos sino lo que el gobierno nos permitió hacer o dijo que podíamos hacer!

—¿Es que nos está acusando de darles permiso para hacer morir de hambre al pueblo, señora Lincoln? —inquirió Durant luego de una breve pausa, antes de lanzar una fugaz ojeada al paisaje colgado de la pared—. ¿Dice que los militares conspiran con ustedes para privar al pueblo de alimentos?

—¡No, no, mayor! —Volvió a retorcerse las manos con temor renovado.— Siempre hemos trabajado con el gobierno. Nuestro registro es claro...

—Sin embargo, ustedes los granjeros dicen que el gobierno estuvo en connivencia con ustedes para privar al pueblo de alimentos. —Se detuvo e hizo un sonido de disgusto.— Enviaré un informe de todo esto, señora Lincoln, un informe de vuestras acusaciones. Mis superiores deben comprender de una vez por todas lo que los granjeros creen. Es peligroso. Si el pueblo comenzara a imaginar que el gobierno maquina con los granjeros para privarlo de alimento, ¡hasta podríamos vernos frente a una revolución! ¡Váyase de aquí! —gritó, puesto de pie.

Completamente desbaratada, la señora Lincoln abandonó corriendo la habitación, lanzando un grito ahogado. Durant volvió a dejarse caer en su asiento, maldiciendo más y más a grito

pelado, expresando su opinión en cuanto a los granjeros de la Democracia y sus ultrajes contra el ejército. Vociferó su idea de que el ejército había sufrido ya suficientes insultos de los civiles, en especial de los campesinos. A través de juramentos obscenos expresó sus sentimientos hacia los civiles en general, sin excluir a los burócratas. No se quedó corto en sus furiosas amenazas; los militares habían sido demasiado blandos; comunicárase en el acto con Washington y visitaría al Magistrado Principal a la brevedad posible. Extrajo de su memoria todas las palabras viles aprendidas en el ejército, las cuales pronunció con florida oratoria. Fue de un lado a otro de la habitación, en medio de fuertes pisadas, deteniéndose para lanzar sus andanadas más violentas frente mismo al paisaje.

Volvió a ocupar su asiento, completamente complacido en cuanto a su dramaturgia y riendo en silencio. Imaginábase la agitación ansiosa entre los del FBHS, que sin duda escucharían con atención. Esperaba haberles quemado los oídos e inspirado temor entre ellos. Confiaba haberlo conseguido en verdad. Luego experimentó inquietud. ¿Y si el FBHS intentaba asesinar a ese desaforado y absurdo bruto militar? Después se calmaron sus escrúpulos. Había amenazado como una persona dotada de plenos poderes, dudando ahora si una sola mano alzaría en contra suya, a pesar del pánico. Ya había abrumado muy bien a Zimmers y otros más en semejante día.

La comida traída por la señora Lincoln era muy apetitosa y comió con avidez repentina. Después de haber fumado uno o dos cigarrillos, advirtió con desaliento que no había nada que leer. Eso era una catástrofe para él. Olvidado de todo lo demás, rondó por las habitaciones del segundo piso en busca de libros o revistas. En el departamento del Capitán Edwards, tropezó

con algunas publicaciones lascivas, pero no con ningún libro de mérito. Tendría que haberlo sabido, pensó, al recordar cómo toda la literatura seria y valiosa había sido suprimida por el gobierno durante la última década. Al pueblo se le estimulaba para que leyese tan sólo propaganda o novelas que ensalzaban el militarismo, «el patriotismo, la devoción, el bienestar público, la historia de las guerras democráticas, el sacrificio de los intereses personales y la enfermedad moral de la empresa privada y del capitalismo». La literatura de cualquier especie libre, valiosa, y que incitara al pensamiento, había sido una de las primeras víctimas del totalitarismo militar, ya que éste veíase imposibilitado de existir en una sociedad investigadora.

Casi frenético al pensar que no tenía nada que leer, Durant descendió al primer piso. No se veía un alma por ningún lado, aunque las luces brillaban en todas las habitaciones. Sus pisadas resonaban mientras iba de una a otra habitación. La infección del militarismo había arrojado de la casa a todo ser viviente; contempló su uniforme en los grandes espejos de moldura dorada, deteniéndose para mirarlo con aversión. La carne le escocía. Fue de un lado para otro, abriendo y cerrando toda suerte de cajones, en busca de un libro. No encontró sino llamativas revistas, editadas bajo la supervisión del gobierno, y las tiró a un lado. Por último, dejase caer en un asiento, para fumar varios cigarrillos uno detrás de otro, en rápida sucesión, con la mirada disgustada fija en el vacío.

Al dar las nueve en el gran reloj del vestíbulo, Durant se estremeció, abandonando su irritación meditativa. Al subir la escalera lo hizo con la mayor suavidad posible para no oír el eco de sus pisadas. Alguien habíase llevado la bandeja, según pudo observar, con gran desconcierto de su parte, pues a nadie había

visto ni oído. En la mesa encontró un montón de libros deteriorados y se puso a examinarlos, algo turbado. Habían formado parte de antiguas colecciones: Thoreau, Balzac, Tolstoi, Dickens. Igualmente había una *Ilíada*, un ejemplar del *Infierno*, de Dante y otro del *Paraíso Perdido*, de Milton. Esos fantasmas de un noble pasado, hicieron su aparición como llovidos del cielo. ¿Quién los había traído? ¿Quién supo de esa necesidad suya inexpresada? No podía ser sino el doctor Dodge. Un hilito de sudor brotó en la frente de Durant. El viejo era un peligro enorme. Conjeturaba demasiado.

Sin embargo, los libros constituían un atractivo irresistible y Durant tomó uno, para examinarlo con gran atención. Había sido publicado en el año mil novecientos cuarenta y cinco, veinticinco años atrás, siendo ahora sus páginas tan quebradizas que solamente trozos de papel duro y amarillo pasaban por entre los dedos de Durant. Dentro de la cubierta halló una fotografía con el nombre deslucido: William S. Dodge. Al mirarla muy fijo, se sintió invadido en el acto por la tristeza de los libros y la mudez con que le fueron ofrecidos. Lo acarició suavemente.

Sonó un golpecito en la puerta y Durant dejó caer el libro, esforzándose en fruncir el ceño. Esperaba al doctor Dodge, mas al abrirse la puerta apareció de pie Gracie Lincoln, el semblante blanco cual la pechuga de un pollo y los ojos inundados de lágrimas. Se encogió al mirarla él, apretando las manos más aún.

Veíasela aterrorizada y Durant se permitió disfrutar del espectáculo un instante. En seguida, avergonzado, se irritó de manera algo oscura.

—Adelante, adelante —dijo enojado.

La muchacha fue arrastrando el paso hasta una silla en cuyo borde se sentó, mirándolo inmóvil y en silencio. Su hermoso cabello veíase revuelto, la boca abierta y babeando de espanto. Durant la estudió sin pasión. Ella no había cerrado la puerta al entrar y él se levantó finalmente y la cerró. Gracie diose a temblar entonces y se llevó las manos convulsa hasta el pecho. Aunque quiso hablar, no pudo emitir sino un lamento.

—Bien, Gracie —dijo Durant con tono jocoso—. Me alegro de verla al fin. Ha llegado antes de la hora, además. Me gusta la puntualidad.

Después de haber sostenido una lucha para hablar, la joven prorrumpió en fuertes sollozos, cubierta la cara con las manos. Durant se mantuvo de pie junto a ella, arrugada la frente. Vamos, ¿qué diablos iba a hacer entonces con la mozuela? No experimentaba el menor deseo hacia ella ni otra cosa que no fuera impaciente piedad. Habíala olvidado durante la última hora transcurrida. Bostezó trabajosamente para disimular su rápida manera de pensar, en tanto la muchacha continuaba sollozando distraídamente.

—Estoy cansado, Gracie —dijo en voz alta—. Desvístete y acostémonos.

Encogida en su silla, los sollozos de la joven se hicieron más terribles aún. Durant se mantuvo irresoluto. Podría despedirla, pero ello no la salvaría de los demás oficiales. Diablo, pensó, ¿por qué preocuparme? Ésa no era mejor que los millones de muchachas indefensas despiadadamente sacrificadas a los militares. De fijo que había que compadecerla menos que los centenares de miles de jóvenes hambrientas que se prostituyeron

a la Democracia por un poco más de pan o de carne. Su vida había transcurrido en lujo agradable, en protección y calor, en tanto sus mejores fallecieron de desnutrición, por el exceso de tareas en las terribles fábricas dedicadas a la producción bélica, en los campos de sus amos, los granjeros, y en los auténticos campos de batalla de Asia y Europa. Era un parásito; había vivido deliciosamente a costa de los cuerpos de sus hermanas, y bien contenta de ello.

Por otra parte, su expoliación aumentaría el frenesí, el aborrecimiento y la desesperación activa de sus progenitores y probablemente de sus hermanos. Era un arma que utilizar contra la opresión. ¡Que los otros muchachos la poseyeran! No merecía nada mejor.

Durant escuchaba el llanto desconsolado de la joven, en tanto trataba de endurecerse contra la misma.

—¡Cállate! —vociferó—. Y quítate pronto esas ropas. ¿Eres una joven patriota norteamericana o acaso una traidora? ¡Contéstame, imbécil!

Comenzó a maldecirla; levantó la mano, que fue a posarse con violencia en las mejillas de ella, resonando fuertemente en la habitación. Gracie dejó de sollozar, para gritar con voz débil, encogida ante él. Se mantuvo con los brazos cruzados sobre el pecho, inclinada la cabeza hasta las rodillas. Durant miró el paisaje, situado a espaldas de la muchacha. Fue hasta la pared con paso veloz, levantó la pintura hacia un costado y soltó los cables con gran delicadeza. Luego se llegó junto a Gracie, cuyas manos le arrancó de los hombros.

—¡Escúcheme! —Musitó con fiereza:— Tiene que alejarse de aquí. ¿Tiene algún dinero? ¿Tiene a mano sus documentos de identidad? ¿Y sus tarjetas?

La muchacha levantó el extraviado rostro, pálido y empapado, llena de asombro.

—¡Apresúrese! —prosiguió él—. ¿Tiene su dinero y sus papeles? ¿Las llaves de su automóvil?

Endurecida por el temor y el extravío, no pudo hacer sino afirmar con la cabeza.

—Deje una nota a sus padres, en la que le dice que huye de mí mientras duermo. Suba a su automóvil y corra todo lo que pueda durante esta noche y todo el día de mañana. Y ocúltese en algún lugar. No se comuniqué con sus padres de ninguna manera. —Se detuvo, para decir con dura sinceridad:— Si lo hace, mandaré fusilarlos. ¿Comprende?

La joven se puso de pie y lo miró con intensa concentración.

—Recuerde —dijo Durant, luego de haber pensado que la muchacha era un peligro para él—; sus padres morirán si les escribe, y además la perseguiría a usted también. Le estoy dando una oportunidad, Gracie. Tiene cinco minutos para partir.

—Pero mayor... —murmuró ella.

—Si se queda, pedazo de idiota, otros se aprovecharán de su persona. No sé por qué hago esto. ¡Salga de aquí!

La chica boqueó. Luego, sin que él pudiera remediarlo, le tomó la mano para besarla repetidas veces. Él la apartó de su lado

con violencia, pero luego la asió rápidamente para hacerla salir de la habitación.

—Cinco minutos —musitó—. Si pasado ese tiempo está todavía aquí, que Dios la ampare.

El cabello le cayó sobre la cara y ella lo echó sacudiéndolo hacia atrás, mientras le dirigía una temblorosa sonrisa de júbilo.

Gracie echó a correr y estaba ya tan repuesta que pudo desprenderse de los zapatos y bajar la escalera descalza. Durante volvió a conectar la odiosa cajita negra detrás del paisaje.

—Eres una buena chica, Gracie —dijo con voz ronca—. Ahora, a la cama contigo.

Sentado en el lecho, imitó el gemido de la muchacha y saltó con rapidez hasta hacerlo crujir. Luego comenzó a reírse consigo mismo preguntándose por qué había salvado a esa joven tonta e insignificante. Empero, no experimentaba verdadero arrepentimiento. Se puso de pie con cautela y fue hasta la ventana, una vez apagada la luz. Las estrellas brillaban con claridad y podía verse el garage. Una figura esbelta movíase en silencio allá abajo; la puerta del garage se abrió produciendo el más leve de los ruidos. Un instante más tarde se deslizó un automóvil silencioso hasta el camino. No fue sino al hallarse a cierta distancia de la casa cuando Gracie Lincoln dio vuelta a la llave de encendido y entonces brillaron los faros. Pronto se sumergió en la oscuridad sin que se oyera otra cosa que el suave murmullo de los árboles, el croar de las ranas y el canto del grillo en la noche.

Durant estaba sentado leyendo y teniendo cuidado de hacer el menor ruido posible. Las cortinas azotaban contra las ventanas esa noche tibia de primavera. El reloj de abajo hizo sonar las once y más tarde la media. Un caballo relinchó a lo lejos y hubo un apagado revuelo de aves de corral. El profundo silencio de la noche comenzó a oprimir gradualmente a Durant, tal como había ocurrido la noche anterior. Nervioso, se puso de pie y fue de un lado para otro, fumando con gran impaciencia. De pie ante la ventana, miró hacia los barracones donde dormían los trabajadores esclavos. ¿Estaba allí el doctor Dodge o dormía en su altillo? ¿Estaban los otros durmiendo o mirando sin ver sus recuerdos angustiosos? Durant se vio arrastrado hacia ellos, tal como lo fuera antes. Ellos sufrían, como él había sufrido y continuaba sufriendo.

Despojado de las botas, se llegó hasta la puerta, que fue abierta centímetro a centímetro, de modo que no pudieran oír nada los oídos atentos que hubiera en Filadelfia. Una vez que hubo cerrado la puerta, descendió las escaleras cual si fuera una sombra. Todo estaba oscuro. No había oído ningún movimiento, pero alguien había apagado las luces, lo cual le produjo una sensación de temerosa angustia. Permaneció esperando en el vestíbulo inferior, casi sin respirar y escuchando. Sacó su linterna de bolsillo, cuyo haz de luz fue a dar a todos los rincones. Solamente el brillo de los artesonados de las paredes, los pliegues de las cortinas y el resplandor del suelo encerado distinguíase en la oscuridad. Apagada la luz y abierta la puerta exterior, el dulce perfume de la tierra, de la hierba y de los árboles llegó con ímpetu hasta él. Fue un gran esfuerzo cerrarla tras él sin que produjera ruido.

Con alguna dificultad volvió a calzarse las botas, desmañadamente con su mano sana, antes de moverse silencioso a través de la hierba húmeda en dirección a los barracones, que asomaban oscuros contra las estrellas, el cristal sin brillo de las ventanas reducidas brillando apenas a la claridad de aquéllas. Si algún ser viviente se hallaba detrás de esas ventanas y de los ásperos tabiques de madera, no se notaba lo más mínimo. Algunas ventanas hallábanse ligeramente abiertas y Durant permaneció escuchando ante ellas. No le fue posible escuchar ningún murmullo, gemido, suspiro ni ronquido. Volvió a mirar a la granja y sólo su propia luz cayó en firme corriente sobre el terreno. Fue entonces cuando oyó apenas un susurro.

Se detuvo, perfectamente inmóvil, como se le había enseñado en el ejército. ¿Era el susurro de las nuevas hojas? Pero el viento había cesado y todo hallábase tranquilo. Volvió a oírlo, venía de detrás de una ventana abierta en parte y lo reconoció como murmullos masculinos. Alguien gruñó, oyóse un suspiro y uno se movió: crujió un colchón de resortes.

Durant fue corriendo a abrir la puerta, lo que hizo en silencio. El aire viciado y húmedo, cargado con el olor de la transpiración, le dio en el semblante. No había sino silencio. Cerrada la puerta tras él, permaneció en plena oscuridad. Avanzó cauteloso, adelantando pies y manos, palpando en busca de algún objeto. Levantando la mano, tanteó ambos lados. Tocó paredes de madera astillada y supo que se hallaba en un corredor. Avanzó, contenido el aliento y encorvándose. A lo largo del corredor había puertas. Fue deslizándose paso a paso, escuchando ante cada una de ellas en busca de ese murmullo. Comenzó a desesperar, deteniéndose de tanto en tanto con objeto de orientarse. Una vez junto a otra puerta, que bien podría ser

la última, apretó el oído contra ella. Nuevamente oyóse el murmullo, bronco y algo confuso. Llevó la mano al pestillo para abrir la puerta. Nadie lo vio en la oscuridad, pero los murmullos eran ya bien cercanos y muy fuerte el olor de la transpiración. Se mantuvo de pie, duro e inmóvil, sabiéndose a solas con varios individuos, fuertemente apoyada la mano en la pistola y acelerados los latidos del corazón, escuchando con suma atención.

—Te digo que no tardará mucho, Henry —murmuraba alguien—. Debes creerlo. No, no te diré lo que sé, pero ha de producirse pronto.

—¿Esperas que creamos que habrá alguna liberación? —murmuró otro hombre, desesperado—. Siempre nos dices esas cosas algo vagas, creyendo que nos producirán algún consuelo. Pero no podemos esperar mucho más. Ya nos libraremos de alguna manera o...

—O mataremos y arrostraremos las consecuencias —dijo otra voz.

Hubo ahora un silencio profundo, no interrumpido sino por un suspiro doloroso.

—Sí, matar —terció otra voz suave—. A eso llegaremos, según creo. Pero no todavía. Hay algunas cosas que sé. Tenéis que tener mucha, pero mucha paciencia. La hora se aproxima; tengo motivos para creer que casi ha llegado ya.

—Está viejo, doctor Dodge —dijo una voz, enconada—. Y está resignado. Trata de animarnos, pero es inútil. ¿Qué sabe usted?

Durant alentó lo menos posible. El doctor Dodge. La mano dejó de apoyarse en la pistola.

—No puedo decirte, Henry. —Nuevamente era la voz del doctor Dodge.— Lo único que puedo asegurar es que no hablo tan sólo como un esfuerzo para infundir esperanza.

—¡Esperanza! —Alguien rio lastimeramente.— ¿Qué esperanza nos queda? ¿Recuerdan que ahora tenemos aquí a los militares? Curtiss y sus demás asesinos. Doctor, tengo cuarenta años. Mi familia se halla diseminada, tal vez muerta. No puedo pensar en nada para mí, ni siquiera en la libertad; mi único pensamiento es matar. Y lo que se dice por ahí es que Zimmer impondrá nuevas restricciones a toda la labor agrícola. ¿Qué más puede hacer, como no sea encadenarnos?

—¡Zimmer! —dijo alguien con una exclamación ahogada.

—¡Zimmer! —repitieron otras voces, llenas de odio violento.

¡Zimmer!, pensó Durant. Fue entonces cuando su garganta se agitó.

—¡Si hubiese alguna manera de llegar a la ciudad! —musitó una voz.

—Eso es imposible —dijo el doctor Dodge—. Sí, he oído rumores acerca de las nuevas directivas de parte de Zimmer. Serán más opresivas que nunca. Aborrece en particular a tres de nosotros: a ti, Henry, a George y a mí. Éramos maestros y Zimmer ha abrigado siempre un odio particular contra quienes se dedicaban a la enseñanza. ¿Recuerdas cómo vino el mes pasado y se mofó de nosotros, escarneciéndonos? Le gustaría matarnos.

—Fue condiscípulo mío —dijo una voz, el ruido de cuyo salivazo oyó luego Durant—. Una rata, pero marrullera. Siempre me ha tenido encono. En los colegios había aún alguna libertad y yo obtenía siempre honores. Jamás me lo perdonó. —El hombre inhaló fuertemente.— Cuando llegue la hora de matar a Zimmer... ¡si alguna vez llega, que Dios nos ayude!... ¡quiero ser yo quien lo haga!

—¿Cómo? —Alguien rio débilmente.— George, ¿cómo irás a la ciudad?

—No lo sé, pero ya daré con un medio. —Antes de hablar estas palabras, se oyó un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Andreas Zimmer, pensó Durant. ¡El enemigo de Benjamin Colbum, ese asqueroso espía en favor del FBHS, ese arrastrado fango de crueldad que se llamaba a sí mismo hombre!

Tanteó en su bolsillo y extrajo la linterna eléctrica, cuyo débil haz de luz sorprendió al grupo. Tenía ante él a cinco individuos sentados al borde de camastros desvencijados. Habíalos cegado con la luz y allí estaban petrificados, cada rostro delgado y curtido inmóvil ante el brillo repentino, ardiente la mirada y abierta la boca de estupefacción.

Dejó que permaneciesen clavados en sus asientos uno o dos instantes. A la vera de uno de los camastros hallábase el doctor Dodge, blanco como el papel. Luego vio cómo el viejo sonreía con curiosidad.

—¡No os mováis, perros! —dijo Durant con tono sombrío—. ¿Conque queréis matar, verdad? Queréis matar a un miembro del gobierno. Os veis ahí sentados y conspirando en medio de vuestra asquerosa esclavitud, cuando es ya demasiado tarde.

Demasiado tarde, ¿me oís? Podíais haber sido hombres, en lugar de animales sudorosos si hubieseis conspirado años atrás. Pero, enterrasteis vuestras narices mucosas en los libros y os llenasteis la cabeza de polvo en vuestras enmohecidas bibliotecas. Tuvisteis miedo de ver o no quisisteis ver. ¡Y ahora, en vuestra propia muerte, habláis de matar!

Uno de los más jóvenes, de semblante sencillamente criminal en ese momento, comenzó a levantarse de su camastro, con las manos apretadas. Pero el doctor Dodge le puso la mano en el hombro y lo obligó a sentarse con suavidad. Al mirar intensamente a Durant, la curiosa sonrisa del viejo se hizo más profunda.

Durant llevó la linterna a su mano derecha hinchada y extrajo la pistola con la otra.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó, a la vez que gesticulaba—. ¡Hombres valientes! ¡Hombres nobles! ¡Eruditos y profesores! ¡Hombres de gran cerebro! Bien, a esto habéis llegado, y por vuestra propia culpa. Disteis vuelta a las enmohecidas páginas de vuestros libros enmohecidos y gemisteis que eso no era cierto. Visteis cómo moría toda una nación y os internasteis cada vez más en vuestros cultos gabinetes, fingiendo que no se trataba sino de una pesadilla. Podríais haber salvado a vuestros estudiantes años atrás, haberos burlado un poco menos y orado un poco más. Pero nunca supisteis nada referente a oraciones, ¿verdad? Ahora miraos. Si hay cadenas en vuestras manos, os las colocasteis vosotros mismos, así como en vuestros pies. ¿Qué sois ahora, profesores? Bestias de carga en el campo, sin familia ni amigos ni vida ni esperanza.

Ninguno se movió. Pero ningún rostro reflejó furor ni desesperación. Todas las miradas habíanse vuelto hacia Durant y cada individuo escuchaba con intensa gravedad. El doctor Dodge observaba al oficial con profunda reflexión, mientras sus ojos brillaban ante el haz de la linterna.

—Mirad este uniforme —dijo Durant—. Sí, vosotros ayudasteis a que lo vistiera, ¿no es así? Pusisteis esta pistola en mi mano. Con vuestro silencio y con vuestra débil aquiescencia, ¡con vuestra estúpida creencia de que se trataba de un fenómeno violento y pasajero! Después de todo, os dijisteis a vosotros mismos, la mente es más grande y poderosa que la fuerza. La mente vence siempre, según vosotros. Ni siquiera cuando la muerte, la muerte repetida diez y mil veces más, andaba por las calles recorriéndolas y golpeando en ellas, rehusasteis creerlo. Al fin y al cabo, pensasteis, hubo una edad de las tinieblas. ¿Recordaron alguna vez que esa edad duró siglos y que las naciones perecieron en ella?

El círculo de rostros se hizo aún más grave. Un hombre se llevó la mano con rapidez a los ojos; luego hizo la cabeza a un lado. Pero ése fue el único gesto de todos ellos.

—Sí —dijo Durant con amargura—, la mente es muy fuerte. Especialmente la mente perversa. Y vosotros le proporcionasteis poder, al traicionar a vuestros jóvenes de uno y otro sexo, volviéndolos impotentes ante la maldad. Carecían de armas y de corazas, ya que habíais desprovisto de ambas a esa juventud con vuestra risa escéptica, los chistes cultos y los desdenes intelectuales. No había nada digno por que luchar, vivir, ni morir, de acuerdo con lo que enseñasteis. Nada de virtud en el mundo, banderas que respetar, Dios que obedecer y respetar, clarines de honor y de nobleza. El instinto más profundo del

alma del hombre no era otra cosa que superstición, una herencia de la infancia de la humanidad. Esa fue vuestra enseñanza. Y por eso fuisteis condenados a muerte.

Su semblante veíase arrebatado; los miró lleno de aborrecimiento. Al dirigirse hacia la puerta, los demás lo siguieron con la mirada.

—Las llaves de su automóvil —dijo suavemente el doctor Dodge, que había extendido la mano.

Durant detuvo su marcha de improviso, dominado por esos ojos serenos y sonrientes.

El doctor Dodge introdujo entonces su mano en el interior de la camisa andrajosa y sacó un cuchillo de hoja ancha que lanzaba sus propios destellos. Lanzó el cuchillo junto al hombre llamado George, quien lo recogió.

—Sus llaves, por favor —repitió el doctor Dodge, siempre con la mano extendida.

—¿Zimmer? —inquirió Durant, comenzando a sonreír.

Los otros individuos se levantaron lentamente, fija la mirada en él. Extrajo las llaves del bolsillo y las arrojó sobre uno de los lechos. George cerró la mano sobre ellas y Durant no pudo dejar de mirarlo de manera bien aguda. Luego levantó la mano con ironía para hacer un saludo. Apagada la linterna, salió a la oscuridad del corredor. En todos los barracones no se oía el menor movimiento ni murmullo.

Volvió con paso tardo a la casa. Una vez en su habitación de lo alto, diose a observar el garage, luego de haber apagado la

luz. La espera fue larga y temblorosa, repleta de dudas desesperadas. La sombra de los árboles se recortaba contra las estrellas. Los escalofríos le recorrieron el cuerpo. ¿Y si el automóvil era descubierto en la ciudad? ¿Si alguno de los individuos, incapaz de resistir el tormento, lo delataba? Un millar de cosas podría salir mal. Los soldados patrullaban las calles. ¿Serían estos infelices lo bastante fuertes y precavidos? Antes no habían mostrado virilidad, coraje, fuerza ni poder. Cierto que hablaron de matar, pero los intelectuales hablan invariablemente y rara vez actúan.

Dos sombras aparecieron ante la puerta del garaje y Durant vio cómo se levantaba la puerta. Mientras esperaba, la camisa se le había pegado a la espalda. Vio salir reculando el vehículo, tal como saliera el de Gracie Lincoln, rodando en silencio sobre sus ruedas de terciopelo. Alguien lo ayudaba cuesta abajo. Ya iba por el sendero, rodando más aprisa. Durant oyó cómo el motor roncaba, pero ninguna luz fue encendida. El automóvil se perdió en la oscuridad.

Comenzó a orar de manera incoherente. ¿Qué iba a acontecerle si los hombres eran detenidos? ¿Y a sus amigos? ¿Cómo darían con Zimmer? ¿De qué manera llegarían hasta él? ¿Y si no hicieran otra cosa que fugarse en su automóvil militar, para ser aprehendidos a las pocas horas de amanecido? Se maldijo en silencio por su precipitación. Sus piernas se aflojaron y hubo de tomar asiento en el suelo, junto a la ventana y con los ojos cerrados. La cabeza le zumbaba con gran violencia. Luego, de manera involuntaria, hundió la cabeza sobre el pecho para dormirse extenuado.

Al despertar, el sol le daba en el rostro y los pájaros cantaban. En el suelo, a su vera, estaban las llaves del automóvil.

Fue muy difícil que Durant se pusiera en pie. El brazo roto habíase endurecido durante la noche y el cuerpo le dolía de cansancio. Hizo saltar un poco las llaves en la mano hasta que sonaron. ¿Estaría muerto Zimmer? ¿Estaba ya impotente y silencioso otro enemigo del pueblo norteamericano? Así lo esperaba, fervientemente, con la parte lógica de su cerebro; con la otra experimentaba amarga tristeza. Un enemigo extinguido era un adversario menos. Pero un hombre, por muy soldado que fuese, no podía olvidar que había causado la muerte de otro.

En todas las generaciones nacían Zimmers, reflexionó irritado y deprimido. Los hombres prudentes, rectos y honorables absteniéndose de crear el medio en que los Zimmers pudieran ser poderosos y opresivos. Pero en Estados Unidos no había ninguna de esas tres cosas durante décadas, habiéndose compuesto sus gobiernos de seres empeñados en conseguir la extinción de la personalidad individual con el fin de perpetuar sus propias posiciones en el poder. Habían reemplazado a la república con la ley del gobierno de las masas, lo que condujo, de manera inevitable, a la barbarie de las masas y esto, a su vez, a la desviación de las masas, la esclavitud en gran escala y la muerte cual si se tratase de ganado. Y al encumbramiento de los Zimmers, que siempre venían al mundo.

Al tocar el timbre para que acudiese el doctor Dodge, sus pensamientos sombríos lo acosaron cada vez más. Trató de recordar que los milicianos jamás reclutaban sus miembros entre los semblantes anónimos sino entre las filas rápidamente disminuidas de inteligentes individuos con potencialidad para el rescate de la humanidad de las masas bárbaras. Los milicianos

sabían que la liberación del pueblo de la tiranía objetiva basábase tan sólo en individuos intrépidos y reflexivos. Así como también sabían que esa liberación no iba a pasar de ser temporal si el pueblo era incapaz de ser despertado a un renacimiento espiritual, ya que la libertad había muerto en la república porque su pueblo decayó primero ética y moralmente. Entre los milicianos, ¿había suficientes hombres maduros y reverentes para asegurar que la república tendría renacimiento espiritual?

El doctor Dodge hizo su entrada con paso silencioso, inclinada la cabeza, vidriosa y ciega la mirada, como de costumbre. Era casi imposible creer que ese hombre golpeado fuera el mismo que la noche anterior estaba entre sus compañeros de esclavitud lleno de fervor y ardiente comprensión, el rostro demacrado. Durant lo observó en silencio, mostrando las llaves en la mano. Pero el otro limitóse a mirarlo con la fijeza de que podría ser capaz un bebé. Sin poder explicar su propia irritación, Durant atrajo un trozo de papel hacia sí sobre la mesa, en el cual escribió torpemente: «¿Fueron borradas todas las huellas dactilares del automóvil? ¿Y Zimmer?»

El doctor Dodge observó lo escrito sin el menor cambio de expresión en su semblante. Luego sonrió apenas. Con sumo cuidado hizo pedazos el papel y lo introdujo en la boca. Luego que el otro lo hubo masticado con dificultad, Durant sonrió, antes de decir:

—¿Dónde está esa maldita muchacha? Cuando desperté esta mañana había desaparecido.

—Lo ignoro, mayor —fue la respuesta con voz apagada—. No se la encuentra en la casa. ¿Puedo afeitarlo y traerle luego el desayuno?

Durant fue afeitado y aseado por el viejo doctor, que le puso también uniforme limpio, antes de traerle el desayuno. Todo ello tuvo lugar en silencio, bajo la agobiante vigilancia del artefacto siniestro colocado detrás del cuadro. Había momentos en que Durant deseaba correr a arrancarlo de los cables, arrojarlo contra el suelo y pisotearlo. Comprendía el furor del viejo mayor Burnes. Escuchó los ruidos provenientes de la granja y tuvo la satisfacción de oír el ronquido de la motocicleta en que llegaba el joven soldado encargado de conducirlo a la ciudad.

Al descender la escalera, el eco resonaba en el vacío. No se veía a Lincoln, su mujer, ni miembro alguno de la familia. Durant supuso que estaban disfrutando su magro y secreto triunfo ante su «desasosiego», no importa su temor después de leída la nota de Gracie relativa a la inminente huida de su fracasado «seductor». El pensamiento de que probablemente andarían riéndose por los rincones, hizo hervir durante largo rato la sangre de Durant.

Fue conducido a la ciudad y dejado a salvo en sus oficinas por el robot que era el joven soldado. Vio la agitación de sus hombres en la calle próxima al hotel, así como en el mismo vestíbulo. Había observado, además, que las calles se hallaban llenas en forma desusada a hora tan temprana y que muchos automóviles relucientes corrían veloces de un lado para otro, llenos de hombres sombríos y bien alimentados. Los granjeros, que reuníanse en conferencia con Morrow. La satisfacción volvió a apoderarse de Durant y fue con aire jovial que saludó a su personal al penetrar en las oficinas. No obtuvo respuesta de parte de Gran don, cuyo rostro se veía blanco y como enfermo.

—¿Qué tal está Gracie, mayor? —inquirió Edwards, con un guiño.

—Me fui a dormir antes de que ella llegase y al despertarme esta mañana vi que había desaparecido —fue la respuesta dada con ceño malhumorado.

—¡No! —exclamaron todos, menos Grandon, que comenzó a reír y luego pareció atemorizado. Al verlo Durant dijo como con desgana:

—¿Qué importa? Hace bien en alejarse. No pienso dar la señal de alarma por esa mozuela. Es probable que no lleve mucho dinero consigo y terminará por ir a parar a una de las fábricas de producción bélica, lo cual está muy bien. Mientras estemos aquí no se atreverá a regresar a su hogar.

Como si se sintiera aliviado de algún dolor, Grandon se mostró muy activo, colocando los papeles sobre la mesa de Durant y explicando de qué se trataba. Encendió un cigarrillo al mayor, efectuando grandes ademanes. A pesar de sus chistes y su sonrisa incesante, Durant vislumbró una o dos veces en su semblante ese resplandor como de cuchillo. Grandon disfrutaba también su triunfo a costa de Durant, lo cual tendría que sufrir éste con paciencia.

—Morrow se reúne hoy con todos los granjeros en el Agrario —le informó Grandon—. A las once. Ya se habrán comunicado probablemente con Washington. Espero que todo ese maldito asunto no reviente en sus propias narices, mayor.

—No reventará —dijo Durant, con más confianza de la que en verdad experimentaba—. A propósito, nosotros también asistiremos a la reunión, a las once. Con un piquete a manera de escolta. ¿No hay visitantes esta mañana?

—No —dijo Grandon, quien se frotó la barbilla, pensativo—, lo cual es extraño, mayor. Siempre hay bastantes personas en espera del oficial comandante. Pero las salas de espera están hoy vacías. Algo sucede: toda la ciudad hierve. Mayor, será mejor que aumente su escolta personal. —Dicho lo cual rio, y los otros lo imitaron, poseídos de alegre camaradería.

—Creí que Zimmer andaría por aquí —dijo Durant, luego de haber examinado uno de los papeles—. Había algún asunto sin terminar.

—No, no está aquí —dijo Edwards.

Durant arrugó la frente. ¿Estaba Zimmer muerto o no? De fijo que en el primer caso habría noticia de ello en la ciudad. Dispuso que Grandon lo llamase a su oficina y así lo hizo el teniente.

—Zimmer no está allí —dijo Grandon—. Mayor, ¿desearía usted hablar con el señor Woolcott?

Durant hizo una señal de cabeza afirmativa y el otro le alargó el receptor.

—Habla Woolcott —dijo la voz grave de Ben Colburn.

—Curtiss —contestó Durant, manteniendo su voz todo lo indiferente posible—. Lamento molestarlo, señor Woolcott, pero creí que Zimmer vendría a visitarme esta mañana. Tal vez esté equivocado, pero tenía la impresión de que íbamos a conversar de algún asunto aún sin terminar. Al parecer estoy errado, pues no ha venido.

—Mayor, creí que tal vez lo supiese usted. —Primero había habido la más breve de las pausas y luego Colburn se expresó

con la mayor gravedad:— El señor Zimmer ha sido asesinado durante la noche por criminales desconocidos. Se acaba de dar la voz de alarma contra ellos. La señora Zimmer —prosiguió la voz preocupada— está sumamente abatida. Parece que el marido fue llamado por teléfono a las cuatro de la madrugada. La señora Zimmer volvió a acostarse y se cree que el señor Zimmer abrió la puerta en persona al asesino o asesinos. De todos modos, cuando la señora Zimmer despertó, hará unas dos horas, fue corriendo al cuarto de estar, donde la sirvienta lanzaba fuertes gritos. Y allí halló a su marido, tendido en el suelo con la garganta cortada y el rostro convertido en pulpa a fuerza de golpes.

—¡Imposible! —exclamó Durant, lleno de horror—. Señor Woolcott, ¿no existe alguna pista?

1—Tengo entendido que los investigadores están en la casa —dijo Colburn—. Me mantengo en comunicación con ellos. Como usted sabe, el asunto reviste gran importancia para mí. Acabo de recibir el último informe. Una mujer que habita el mismo edificio creyó haber oído lucha en el departamento del señor Zimmer, a eso de las cuatro y media. Vive en el departamento de abajo. Pero no oyó caer a nadie y la lucha fue muy corta. Experimentó curiosidad. Las mujeres son siempre curiosas —agregó Colburn con lentitud—. Observó para ver si había alguien en el vestíbulo principal, pero sin duda el criminal o los criminales se valieron de la salida de incendios para escapar por la parte trasera.

—¿No hubo más testigos, ni pisadas ni huella de ninguna especie? —Durant hizo un gran esfuerzo para poder ocultar la temerosa ansiedad de su voz—. ¿No se sabe si el autor o los autores llegaron a pie o en automóvil? De seguro que la policía

militar habrá visto a alguien a esa hora. Las calles están bien patrulladas contra semejante contingencia. Un automóvil podría haber sido visto, lo mismo que cualquier civil que anduviera a esa hora...

—Ningún otro testigo —dijo la voz apesadumbrada de Colburn—. Nada de pisadas ni ninguna otra huella. Todos los vehículos oficiales que a esa hora andaban por la calle han sido comprobados. No hubo vehículos civiles. Si los asesinos vinieron en automóvil, han debido ocultarlo en algún lugar, en las afueras de la ciudad. Nadie ha comunicado nada acerca de ningún automóvil en los suburbios o en los lindes de la ciudad misma. Las patrullas han informado, hace justamente media hora, que no se ha visto a nadie en la calle, con excepción de los militares.

—¿Algún vecino? —sugirió Durant, que dejó salir su respiración con gran lentitud—. ¿Alguien del mismo edificio?

—Mayor, hemos tenido la misma idea aquí también —dijo Colburn, luego de haber tosido muy delicadamente—. Han sido interrogados todos los vecinos de la casa de departamentos. No tenemos ningún motivo para creer que sus relatos sean inexactos. Se sospecha algo de la señora Zimmer, toda vez que uno o dos vecinos han manifestado que el matrimonio Zimmer sostuvo una discusión alrededor de las diez. Ignórase el motivo de la misma. La señora Zimmer está siendo sometida a estrecho interrogatorio, pero acaba de desmayarse. —Volvió a carraspear.— Poseemos otra pista, mayor. Se estima que el señor Zimmer se hallaba en relaciones no muy buenas con el jefe del FBHS. Esto puede ser tan sólo un rumor, pues dudo que el señor Zimmer haya estado jamás en íntimo contacto con tal departamento o conociera muy bien a alguno del mismo. Como

usted sabe, mayor, los diferentes departamentos se mantienen bien distantes.

—¿Quién es el jefe? —inquirió Durant con ansiedad.

—Resulta muy inquietante —contestó en el mismo tono el señor Colburn—, pero el señor Sheridan se manifiesta algo vago en cuanto a su paradero esta mañana temprano. Alega que asistió a una reunión celebrada con tres de sus subordinados en una taberna situada alrededor de veinte millas de distancia de la ciudad. Los hemos interrogado. Dos de ellos niegan en absoluto haber estado con el señor Sheridan, en tanto el tercero afirma que es la verdad. El propietario de la taberna asegura que el señor Sheridan no estaba allí, y sí solamente los otros tres.

Colburn dejó de hablar, ya que el cable zumbaba de manera significativa. Durant quedó asombrado. Alex Sheridan era notorio por sus crímenes a la cabeza del FBHS local. Pero, y esto era lo portentoso, ¿cómo dos de sus hombres negaban que estuviera con ellos y por qué esa declaración era confirmada por el dueño de la taberna?

—¿No dijo la señora Zimmer —Durant casi farfulló— si su marido hizo mención de quién o quiénes eran sus visitantes? Después de todo, de seguro que no iba a admitir a esa hora a nadie sobre quien abrigara dudas.

Hubo un prolongado silencio, transcurrido el cual Colburn dijo con laboriosa repugnancia:

—Antes de su desmayo, y mientras se hallaba en estado de histeria, la señora Zimmer expresó que su marido le había manifestado que el señor Sheridan vendría a visitarlo con motivo

de un asunto muy urgente, imposible de aplazar hasta por la mañana. También dijo que ello le sorprendió bastante entonces, enterada de que las relaciones entre su marido y el señor Sheridan eran bastante malas. Jamás había existido entre los dos hombres ningún contacto real. ¿Por qué tenía que haberlo? En ningún momento tuvieron asuntos en común.

¡Dos pájaros de un tiro!, pensó Durant, exultante.

—El señor Zimmer puede haber sido engañado —hizo que su voz sonara muy impresionada al decir esto—. Como ha dicho usted, probablemente no conocía muy bien al señor Sheridan ni tampoco su voz en absoluto. O si la conocía... y esto parece muy remoto... alguien imitó la voz del señor Sheridan, alguien que conocía muy bien a éste.

—Un enemigo de ambos —convino Colburn.

—¿Qué malos sentimientos eran esos que dijo existían entre ellos, señor Woolcott?

—Se dice que se encontraron casualmente, una o dos veces, en lugares públicos, tal como un restaurante, oyéndoseles mientras observaban a algunos amigos que no tenían buen concepto del otro. Parecía un asunto de mutua antipatía o de escaso conocimiento.

Conque ambos individuos habíanse esforzado de ese modo para ahogar toda sospecha de parte de los demás de que complotaban juntos y de que Zimmer era miembro secreto del FBHS.

—¿Está el señor Sheridan bajo custodia? —inquirió Durant.

—Extraoficialmente, mayor, extraoficialmente. —La voz de Woolcott sonaba afligida al hablar.— Más bien diría que se le interroga cortésmente en su propio domicilio. Ah, he aquí otro informe. —Un papel crujió en sus manos.— Dos de los subordinados se encuentran ya sobrios y juran con vehemencia que el señor Sheridan no estuvo con ellos esta mañana. Han realizado manifestaciones oficiales en tal sentido. Y ahora tenemos la declaración completa del propietario de la taberna. Expresa, bajo juramento, que el señor Sheridan no estaba con sus hombres esta mañana; igualmente manifiesta que el señor Sheridan estuvo en la taberna hace dos semanas.

—Es muy misterioso —sugirió Durant.

—Degollado. Al parecer con un arma muy afilada —dijo Colburn—. Ha sido sugerido por mis investigadores que debe ser machete militar.

¿Había ansiedad en la voz del otro? Durant sonrió algo.

—Nunca estoy presente donde haya alguna agitación —dijo el mayor, irritado—, pero el brazo fracturado me tiene aquí sujeto. Como soldado, es posible que pudiera decir en forma muy aproximada cómo fue cometido el hecho y con qué arma.

Como Colburn suspirara, Durant pensó que era un idiota, lleno de afecto.

—Hemos contado —prosiguió Colburn— con un experto militar en este caso. El arma no fue hallada, desde luego. Pero los soldados pierden a menudo su machete, no obstante, la severa penalidad en que incurrir. Es muy probable que el o los enemigos de ambos hombres hayan tropezado con un machete

extraviado. A menos, por supuesto, que el señor Sheridan sea culpable.

—¿Me tendrá al corriente? —inquirió Durant vivamente—. El ejército quiere prestarle toda la ayuda posible, cualquiera que sea.

—Lo tendré al corriente de todos los acontecimientos, mayor.

—Zimmer ha sido asesinado —dijo Durant, vuelto hacia sus ayudantes, que habían escuchado con la mayor avidez—, y existe alguna sospecha contra el señor Sheridan, del FBHS. — Esta parte la informó sin necesidad alguna. Les proporcionó algunos detalles más.— Espero, muchachos, que todos cuenten con su respectiva coartada —dijo, riendo—. ¿Todos han sido vistos en su reunión?

Todos rieron a su vez y Grandon dijo:

—Zimmer es... fue... un cerdo. Pero es una desgracia lo que se relaciona con el señor Sheridan. Desde luego, no es culpable. ¿Qué podría tener en contra de Zimmer? —Grandon pareció complacido y los otros interesados.

—Su mujer anda sin duda detrás de todo esto —dijo Bishop—
.

Es una perra infame y, por lo que he oído, Zimmer andaba detrás de otras. Pero, ¿por qué nombró a Sheridan? ¿Y esos otros individuos, dos de los cuales dicen que no asistió a su reunión? ¿Y el dueño de la taberna ?

El peligro no había pasado, pensó Durant. Maravillose de la inteligencia y la habilidad desplegadas por los profesores esclavizados. ¿Quién de entre ellos habría conocido a Sheridan

lo suficiente para imitar su voz y convencer al espía del FBHS que era el mismo Sheridan? Zimmer, belitre cauto y lleno de sospecha, sabía que su vida se hallaba en peligro constante, debiendo haber adoptado toda suerte de precauciones y no franquear a nadie la entrada de su hogar, en caso de cualquier duda. Algo se agitó vagamente en la memoria de Durant. ¡El doctor Dodge había sido acusado personalmente por Sheridan en un juicio que tuvo amplia publicidad! Fue Dodge, pues, quien imitara la voz del hombre de él tan conocido y de manera tan trágica. Dodge habría sabido, además, de alguna relación secreta entre Sheridan y Zimmer. Pero fue uno de los compañeros de Dodge quien asesinó a Zimmer. Todo eso no había sido realizado a través de una maquinación impulsiva, en cosa de un instante. El complot estuvo bien preparado. El único obstáculo fue el de arribar a la ciudad a la hora apropiada. De haber habido algún civil fuera de su casa, en los suburbios o en los lindes de la ciudad, no habría visto sino un automóvil oficial, cosa que no le hubiera preocupado. Durant alentó con más tranquilidad.

—Son casi las once, muchachos —dijo—. Llamen al pelotón. Vamos a visitar a Walter Morrow y a sus granjeros.

Las oficinas del Agrario de la Sección 7, se hallaban situadas en un magnífico edificio moderno, todo de piedra gris, con enormes cristales en las ventanas. Las puertas eran de cristal a su vez. Contrastaba de modo significativo, ocupando el centro mismo de una hilera de elevados edificios dedicados a oficinas, todos viejos y deteriorados. Casi todos esos edificios no estaban ocupados sino en su tercera parte, y una gran cantidad de ventanas se veían cubiertas de tablas, por haber desapare-

cido sus vidrios. Las calles que rodeaban al Agrario resplandecían con veintenas de lujosos automóviles, pródigamente salpicados de cromo, reluciente el acero recién pulido y deslumbrantes sus grandes cristales. Los accionistas del Agrario reuníanse una vez al mes, y ese despliegue de lujo no era cosa nueva en las calles. Sin embargo, siempre atraía a una multitud desnutrada y andrajosa, que admiraba sumida en humilde silencio. En ocasiones, algún individuo más osado que los demás, hasta extendía un dedo tímido para tocar los resplandecientes paragolpes o pasar su mansa mano de esclavo sobre el cromo. La mayoría de los vehículos lucían chóferes, que refunfuñaban detrás de los vidrios o miraban con altanero desprecio al populacho deslumbrado.

El Agrario se había reunido tan sólo una semana antes, y se notaba una leve agitación en la furtiva muchedumbre situada sobre las destrozadas aceras. Murmuraban entre sí que algo debía acontecer, ya que los automóviles eran más numerosos que de costumbre y la reunión inesperada.

La agitación fue en aumento a medida que el automóvil de Durant se detuvo rugiendo al borde de la acera, seguido del vehículo de escolta. Esa agitación se hizo más visible aún a tiempo que Durant, una vez fuera de su automóvil, se puso claramente furioso al descubrir que todo lugar disponible hallábase ocupado por los de los granjeros. Edwards, Bishop, Grandon y Keiser recibieron orden de «hacer lugar a los militares». Fascinado y ansioso, no obstante, su terror hacia el ejército, el populacho se encogió como un solo individuo, todo ojos y oídos. Los oficiales, deleitados con su labor, dijeron a varios chóferes «que apartaran de la entrada sus malditos carruajes».

Y esos mismos chóferes, llenos de asombro y confusión, retiraron sus vehículos en silencio, dirigiendo torvas miradas a los oficiales. Los automóviles militares ocuparon entonces su lugar.

Durant estudió cuidadosamente la multitud con el rabillo del ojo. Algunos hombres y mujeres sonreían en secreto y con inteligente placer. Durant gritó sin tener en cuenta al pueblo, al parecer:

—¿Pero quiénes se creen que son estos bastardos granjeros? ¿Creen que gobiernan el país, aparte de matarlo de hambre? ¡Bueno, ya demostraremos a esos panzones con todos sus automóviles quién manda aquí!

Hasta el más torpe de los del populacho se mantuvo atento y complacido. Los rostros inteligentes se volvieron pensativos.

Seguido de sus oficiales y de la escolta que marcaba fuertemente el paso, Durant hizo su entrada en el edificio. El primer piso era una enorme superficie cuadrada de relucientes bloques de mármol, negro y blanco. A lo largo de las paredes veíanse cómodos sillones y sofás de cuero rojo y verde, así como grandes ceniceros de cristal. Al otro extremo del recinto había una hilera de puertas de bronce para los ascensores, muy brillantes. Durant observó a su alrededor.

—Esta gente se cuida muy bien, ¿verdad? La cosa me va a producir más satisfacción de lo que había pensado —dijo.

Los encargados del ascensor, con su uniforme verde, recibieron la invasión militar con fría curiosidad. Uno de ellos informó a Durant, con alguna vacilación y a modo explicativo, que el Agrario se hallaba celebrando sesión en el tercer piso,

con el señor Morrow, siendo dudoso que éste pudiese recibir a nadie al instante.

•—El señor Morrow —dijo Durant a la vez que penetraba en el ascensor— me recibirá en el acto. Lo mismo que la asamblea.

Dos de los ascensores condujeron a los oficiales y soldados hasta el tercer piso, donde salieron a un amplio corredor con suelo de mármol. Se encontraron frente a una enorme puerta con grandes letras doradas, anunciadoras de que se trataba del salón de actos del Agrario. Sonriendo alegremente, y ante una señal de Durant, Grandon abrió la puerta y el mayor permaneció en el umbral, observando a su alrededor.

Vio un amplio recinto, bien decorado y resplandeciente de luz, debido a los grandes cristales. El recinto, con sus sillones de cuero verde con tachuelas de bronce, podría contener a doscientas o más personas sentadas. Todos los asientos veíanse ocupados por granjeros de semblante colorado, con ropas de fino tweed y zapatos bien lustrados, fumando excelentes habanos y pipas. El humo flotaba en haces azules por encima de sus cabezas para dirigirse más tarde hacia las ventanas a medio abrir. En un estrado divisó a Morrow, sentado ante una mesa de roble y de cuero. La entrada de Durant había lo interrumpido. Se levantó, fruncido el ceño y después cambió su aspecto. Ya todos los rostros del recinto habíanse vuelto y miraban fijamente a Durant y a sus compañeros. Estalló un murmullo involuntario. Todos los ojos despedían furiosos destellos ante semejante intrusión, y algunos hombres se alzaron en su asiento, llenos de indignación.

Luego todos permanecieron como petrificados en sus asientos, en tanto Durant y sus hombres marchaban hacia la plataforma y subían a la misma, mientras la escolta, bajo las órdenes del sargento Keiser, distribuía estratégicamente alrededor de las paredes, rifle en mano. El silencio era tal que las botas de los militares resonaban con fuerza sobre el suelo de mármol.

—¡Asientos! —gritó Grandon a Morrow.

Los ojos duros y oscuros de Morrow se volvieron fríos, y su amplia frente se alisó para adoptar una expresión de calma, absoluta y cortés. Puesto de pie, y sin decir palabra, arrastró cortés mente cuatro sillones de los que se hallaban arrimados contra la pared, destinados a Durant, Grandon, Bishop y Edwards. Esperó hasta que los oficiales hubieron tomado asiento de manera ruidosa, antes de inclinar la cabeza con leve sonrisa ante Durant.

—Me alegro de tenerlo entre nosotros, mayor —dijo—. Es sin duda algo bueno que usted haya resuelto hallarse presente en nuestras discusiones.

Los cuatro oficiales se hallaban frente a los numerosos granjeros sentados por debajo de ellos, y estudiaron sus semblantes de mandíbula saliente, los ojos despectivos y ultrajados. Durant buscó entre ellos a Lincoln y lo descubrió al fondo, pero éste no lo miró.

—¿Hasta dónde han llegado? —inquirió Durant, vuelto hacia Morrow.

—No muy adelante, mayor —contestó Morrow, mirando a Durant sin hostilidad y sólo de modo extraño y pensativo.

Luego sus ojos relucieron algo, como con júbilo contenido—. En verdad acabo de iniciar la reunión.

Dejó que su mirada recorriera lentamente examinando los tiesos soldados distribuidos a lo largo de las paredes, a quienes los granjeros ignoraban de manera ostensible. Los labios de Morrow se torcieron fugaces y luego volvieron a su posición serena. Tosió, luego de haberse pasado la mano por el cabello gris endurecido. Confuso, Durant): se puso alerta. Morrow no demostraba

señales de estar ansioso ni intimidado. Había aplomo en toda su persona y su cuerpo grande y macizo hallábase sentado con comodidad en el sillón. Durant preguntábase si habría sucedido algo. ¿Habría revocado Carlson sus órdenes, considerándolas demasiado radicales? ¿Habríase retractado en su promesa de que jamás se interpondría ante él? En resumen, debía haber procedido como un necio al actuar con tanta rapidez. Hizo una señal de cabeza a Grandon, quien se levantó con lenta y elaborada ceremonia para colocar un cigarrillo en los labios de su superior y encenderlo.

—Supongo que vuestros... hombres... conocen mis órdenes, ¿verdad? —inquirió Durant como al descuido.

—Sí, mayor, las conocen. —La voz de Morrow era pensativa.— En verdad, el ejército ya se ha alojado en sus casas, de acuerdo con sus órdenes. Todos los presentes, y otros que no han concurrido, tienen soldados alojados en sus casas. —Miró a Durant con peculiar franqueza.— Y conocen su disposición: el dinero será cambiado en los bancos gubernamentales por papel moneda legal.

—Igualmente estarán enterados —dijo de repente Durant, como inspirado— que deben comunicarme lo referente a sus cosechas y que estoy facultado para abonarles el precio que considere justo.

—Pensé que ése sería el punto siguiente —contestó Morrow con gran cortesía.

Pero los granjeros no habían pensado evidentemente de igual modo, pues otra vez se levantó de entre ellos un gruñido furioso, cual si se tratara de un enjambre de tábanos. Algunos volvieron a levantarse de su asiento, sin que en esta oportunidad se sentasen.

—Por favor, señores, calma —dijo Morrow, luego de haber descargado sobre la mesa con su mazo de madera—. Tengan la bondad de permanecer sentados. Debemos conducirnos con orden.

Este bergante está demasiado seguro, demasiado complaciente, pensó Durant con creciente intranquilidad. Lanzó una mirada a la mesa de Morrow con cierto disimulo. Sobre la misma veíase dos hojas de papel, siendo evidente que se trataba de dos telegramas oficiales. El mayor sintió un sudor frío alrededor del cuello. Morrow se volvió hacia él.

—Entonces no hay necesidad de decir más —expresó Durant con lo que esperaba fuera suprema confianza y vivacidad en el tono.

—Mayor —dijo Morrow golpeando la mesa con sus dedos achatados, ayer envié un telegrama al Magistrado Principal, después de mi conversación con usted.

Ahora viene la cosa, pensó Durant, y su semblante moreno se oscureció. Dentro de uno o dos segundos veríase humillado públicamente delante de esos granjeros, así como de sus propios hombres.

Pero Morrow no lo miraba, haciéndolo, en vez, a los granjeros. Éstos miraban por su parte a su líder con gran intensidad, los rostros abultados y enrojecidos por la ira impaciente. Era como si estuvieran ordenándole: ¡Expulsa a ese necio militar y demuéstrole nuestro poder!

—Leeré una copia de mi telegrama —dijo Morrow, quien recogió un trozo de papel para examinarlo atentamente, luego de haberse ajustado los anteojos sacados del estuche sobre la mesa—. Sí, éste es, dirigido al Magistrado Principal, Arthur Cari son, Nueva York: «Como Presidente del Agrario de la Sección 7, he recibido órdenes del mayor Andrew Curtiss». — Se detuvo.— ¿Es Andrew, verdad, mayor? —preguntó sin apartar su mirada del mismo en tanto esperaba su respuesta.

—Sí —dijo Durant, la humedad alrededor de cuyo cuello se convirtió en agua.

—«... del mayor Andrew Curtiss, jefe militar de esta Sección, para que acepte papel moneda legal a cambio del oro depositado en el Banco Agrario, de Filadelfia. El mayor Curtiss ha dictado también órdenes con el objeto de que los militares sean alojados en las granjas de la Sección, órdenes que tendrán efecto inmediato. Me permito con todo respeto llamar la atención de Vucencia sobre las decisiones anteriores que eximen de modo específico a los granjeros de tales directivas, firmadas por el Presidente de la Democracia. ¿Es que las órdenes del mayor Curtiss han de tener precedencia sobre leyes en vigor?

Los granjeros de esta Sección por intermedio mío, su representante, se muestran ansiosos por saber si dichas directivas, sin precedentes, cuentan con vuestra autoridad y aprobación. Aseguramos a Vucencia nuestro ferviente patriotismo y nuestro deseo de servir a nuestro país en esta nueva emergencia con toda nuestra fuerza y nuestra devoción. Firmado —agregó Morrow— Walter Morrow, presidente del Agrario, Filadelfia, Sección 7.»

Fue más con el deseo de alejar la definitiva e inexorable mortificación que con verdadera cólera, como Durant gritó:

—¿Se ha atrevido a enviar semejante telegrama sin aprobación de mi parte o de la de mi oficina?

Los granjeros comenzaron a gesticular ampliamente hasta que el recinto se vio lleno de alegres sonrisas. Las miradas se cruzaron, conocedoras y llenas de satisfacción.

—Mayor Curtiss —dijo Morrow con gran frialdad—; al parecer no se percata de que los granjeros, tal como los directores de los diferentes departamentos, tienen acceso directo y particular al Magistrado Principal, sin necesidad de someterse a la censura. —Prosiguió distraídamente.— Y pueden comunicarse con el Magistrado Principal sin tener que pasar primero por el jefe militar de la localidad.

Algunos granjeros rieron por lo bajo y otros con más fuerza. Durant podía advertir la furia de sus oficiales aun sin volverse. No pudo hacer otra cosa que esperar, mirando salvajemente el semblante plácido de Morrow.

—A través de todas las guerras y todas las emergencias nacionales —prosiguió Morrow, dirigiendo su atención hacia los

granjeros— el agro de la Democracia ha servido a su país bien y con patriotismo. Jamás ha habido un momento en que hayamos desertado. ¿No es así? —preguntó a sus hombres.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamaron a coro con voz que era un rugido.

—Han dado completa medida de su trabajo y obedecido las leyes al pie de la letra. Nadie ha apoyado jamás con más sinceridad a su Presidente. ¿No es verdad?

—¡Sí! ¡Sí! —Las voces se levantaban agitadas cual si fuera un trueno. Ya los granjeros habíanse puesto en pie, ávidos y llenos de triunfo. Miraban a Durant, exultantes.

—Del mismo modo que Cincinnatus y Paul Revere, han estado dispuestos para servir a su país al instante. ¿No es cierto?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Por Dios que sí! —Ya los granjeros avanzaban como la marea hacia el estrado gritando.

¡Paul Revere!, pensó Durant, con terrible amargura. Estudió los cuerpos hinchados, los rostros macizos de los vehementes granjeros y vino a su memoria el pensamiento de los milicianos representados por Revere, ante lo cual la sangre afluyó a sus mejillas con desesperada violencia.

—Eso es lo que dije al Magistrado Principal, hace un mes, y me dio la razón —dijo Morrow.

Bajo su alegría, su aborrecimiento y su triunfo, los granjeros se hallaban a punto de arrasar el estrado cual fuerza irresistible, dirigida contra Durant. Éste oyó el brusco arrastrar de las sillas detrás de él y supo que sus oficiales poníanse en pie, sacando sus pistolas. Los soldados distribuidos alrededor de las paredes

tenían preparados sus rifles, pudiendo observar Durant el deseo de matar que brillaba en sus jóvenes semblantes. Más que los mismos granjeros, fue eso lo que lo enfermó; eso mismo, más que su humillación y su caída del poder, fue lo que hizo dar un vuelco a su corazón. «Jamás me acostumbraré a esto», pensó estupefacto, mientras miraba al sargento Keiser.

—Señores, por favor —acució Morrow, levantada su mano imperturbable—. Vuelvan a ocupar sus asientos. No hagamos... confusiones.

Durant pudo sentir el trémulo deseo existente detrás de él, reflejado en el deseo de matar de los soldados. Sus hombres se hallaban listos para el asesinato. De manera involuntaria, dijo:

—Siéntense, Grandon, Bishop y Edwards. Y usted, Keiser, quédese tranquilo.

Los granjeros regresaron ruidosamente a sus asientos y en ellos se dejaron caer, no sin haber dirigido a Durant una mirada aniquiladora y llena de desprecio, acompañada de gestos expresivos. ¡Ya le habían hecho ver! ¡Ellos, los todopoderosos granjeros, habían puesto en su debido lugar al aborrecido militar! Nadie osaría entrometerse con ellos ahora, luego de haber demostrado su poder invulnerable. Los soldados situados contra la pared eran sus sirvientes y serían arrojados de sus casas.

Morrow se quitó los lentes para frotarse los ojos. Luego restregó los labios con el dorso de la mano derecha, mientras estudiaba a sus hombres, haciendo caso omiso de Durant.

—En consecuencia —dijo tranquilamente— sorprendíme ante la respuesta telegráfica del Magistrado Principal.

El silencio operado de improviso en el recinto pesaba como hierro. Durant se incorporó en su asiento. Los granjeros dejaron caer la mandíbula, boquiabiertos.

—Les leeré la contestación del Magistrado Principal —prosiguió Morrow, con voz casi indiferente, de tan distraída como era—. «Se dispone que todas las órdenes del mayor Andrew Curtiss sean obedecidas en el acto, sin más discusión. El mayor Curtiss posee total y absoluta autoridad en todos los asuntos de la Sección 7. Firmado, Arthur Carlson, Magistrado Principal.»

El silencio se prolongó hasta volverse insoportable. Los granjeros se tornaron de una palidez mortal. Continuaron en sus asientos, como atontados. No pudieron sino mirar a Morrow, incrédulos, y su volumen disminuía como si estuvieran derriéndose.

Durant abrió la boca a su vez con indolencia, para respirar largamente. No se mostraba menos estupefacto e incrédulo que los propios granjeros.

Éstos se vieron imprevisiblemente libres de su terrible estado. Una voz gritó con gran frenesí:

—¡Vamos, no lo creo de ningún modo! ¡Eso no es cierto...!

—Lo es —fue la triste respuesta de Morrow—. Así es, caballeros.

—¡No lo toleraremos! —chilló otra voz—. ¡Pero si no pueden hacernos eso! Somos buenos ciudadanos de la Democracia. ¿No hemos hecho cuanto ha estado a nuestro alcance, siempre que el Presidente nos lo ha pedido... ?

—No lo toleraremos —dijeron otras voces, vacilantes.

—¡No, no! —exclamaron otras, descreídas y llenas de pánico.

j—No puede ser, no puede ser —farfullaron algunos granjeros situados al extremo del recinto—. Alojar a los soldados en nuestras casas. Quitarnos el oro. Llevarse nuestras cosechas. No puede ser. Algo anda mal.

—El Presidente —sugirió un granjero, esperanzado.

—¡El Presidente! —clamaron los demás.

—Señores —dijo Morrow, que se había levantado a su vez—, el Presidente no se inmiscuye en las directivas impartidas localmente en las diferentes Secciones. Cualquier mensaje que se le envíe, será remitido al Magistrado Principal.

—¿No desearía hablamos, mayor? —inquirió después, vuelto hacia éste con visible falta de interés.

—Sí —contestó Durant secamente, puesto de pie con tal cólera que sus ojos se convirtieron en dos trozos de fuego—. Vaya si deseo. Y quiero que la mayor cantidad de ustedes se acerque a las ventanas y que mire a la calle.

Los granjeros no se movieron. Permanecieron inmóviles y aplastados, hasta que Morrow les hizo señas con la cabeza, luego de haber acompañado a Durant hasta la ventana. Fue entonces cuando alrededor de cincuenta se pusieron pesadamente en pie con ademán inseguro y emprendieron la marcha. Los demás continuaron de pie en el recinto, esperando atentos, unos rascándose la barbilla, otros pestañeando de manera estúpida cual si hubieran recibido un golpe demoledor, y el resto mordiendo con furia sus pipas y cigarros.

—¡Miren allá abajo! —gritó Durant, con voz fuerte, lenta y enconada—. ¡Vean esa gente que se encamina apresurada a sus labores! ¡Observen sus ropas y sus semblantes! ¿Están bien alimentadas como ustedes? Fíjense en sus cuerpos; ¿son panzones o gruesos de brazos y de piernas, como la mayoría de ustedes? ¡Observen sus carnes, del color de piel de cebolla, y piensen en las vuestras, coloradas y grasosas a consecuencia del buen alimento y del sol puro! Sus vestidos están remendados y convertidos en andrajos, rotos sus zapatos. Ved vuestras hermosas ropas, el calzado bien lustrado, los anillos de vuestros dedos y los brillantes de vuestros gemelos, así como vuestras corbatas de seda. ¡Muéstrenme algún automóvil de allá abajo que no os pertenezca! Y un solo hombre, allá abajo, que camine como ustedes, que sea un hombre libre. Díganme de una sola casa en la ciudad que no tenga el techo roto o que posea calefacción, salvo las de los MASTS y los burócratas. Y piensen, después, en sus propias casas grandes, sus graneros abarrotados, los fuegos de vuestras habitaciones, sus lechos buenos y mullidos y los suelos alfombrados.

Morrow se apoyó contra la ventana, inclinándose hacia ambos lados y mirando hacia la calle con aire de cortés indiferencia. Los granjeros alargaron el cuello para mirar también hacia abajo, mudos y malhumorados.

—¡Y luego hablan de su patriotismo y sus servicios! —exclamó Durant, congestionado el rostro a causa del furioso aborrecimiento—. ¿Qué han sacrificado ustedes los granjeros, como dicen? ¿Cuándo han sacrificado absolutamente nada, durante cuarenta años? ¿Llaman sacrificio a sus bancos repletos de oro? ¿Es sacrificio vuestra condición privilegiada? ¡Pero, bastardos, si lo que han hecho es chupar la sangre y la vida del

país estos cuarenta años y conseguido que presidentes y políticos paguen el derecho de vivir y comer lo que ustedes producen, lo mismo que el pueblo!

Hasta los más decididos y desafiantes guardaban silencio entonces. Las mandíbulas podían verse apretadas y entrecerrados los ojos de desdén y de avaricia, mas ninguno habló.

—Las ciudades han sido esclavas vuestras, lo mismo que sus moradores —continuó Durant—. Han sido como ganado, en espera de que los degollasen. Han arrancado el oro de los dientes de hombres y mujeres, lo mismo que el último anillo de sus dedos y hasta los tesoros difícilmente conseguidos de sus hogares y las vidas de sus hijos, muertos de hambre. En vuestro propio provecho. Han vociferado en Washington durante cuarenta años, y también amenazado, desafiado, retirado sus productos e intimidado a sus senadores hasta que obtuvieron lo que desearon: los cuerpos y almas de toda una nación. Porque los individuos tienen que comer. Porque desean vivir. —Su voz se hizo baja y ronca.— Sí, porque desean vivir.

Morrow se agitó y lo observó de cerca. Los granjeros movieron sus pies mirando a Durant con el odio violento de la gente de campo.

El mayor se volvió de espaldas hacia ellos y su voz fue apenas audible:

—Han estado de acuerdo con guerras y más guerras, para volverse más ricos y más poderosos. Cuando un Presidente se inclinó hacia la paz, ustedes no lo apoyaron. Crearon inflación con sus paridades y sus precios, hasta que miles y miles de habitantes del país murieron de inanición ante la imposibilidad

de pagar lo que tenían en venta. Tal es vuestro «sacrificio». Han sacrificado a todo un país.

Morrow había levantado su cuerpo de la ventana y ahora miraba a Durant de manera penetrante, observando sus ademanes apasionados, su rostro moreno y claro, en contraste tan violento con la voz baja.

—Pero ahora —prosiguió Durant levantando la mano izquierda—, los granjeros han llegado al final del camino. Tenemos una nueva guerra. Vuestras paridades han desaparecido, a contar desde hoy. Las ventas serán a los precios que yo mismo he de fijar. Vuestras cuentas bancarias serán en papel y no en oro. Comeréis lo mismo que coman las ciudades. Tendréis tarjetas de racionamiento y ni un solo trozo de vuestra carne os pertenecerá, fuera de las asignadas en tales tarjetas. Comenzaréis a pagar impuesto a los réditos con retroactividad al primero de enero del corriente año. Y pagaréis impuesto por todo lo que haya en vuestras casas. Nada de exenciones ni de privilegios para la gente del agro. Si las ciudades mueren, lo mismo ocurrirá a los granjeros. Y pasaréis hambre como ellas, en el centro mismo de vuestros campos y vuestros graneros. Jamás habéis experimentado temor de Dios ni de ningún hombre. Pues hoy mismo comenzaréis a temer.

Estudió cada uno de los rostros pálidos y atemorizados. Vio la palidez profunda de cada mejilla y el terror de cada mirada. Y se percató del odio, del furor silencioso y del endurecimiento de los cuerpos.

—¡Sí, mírenme! —prosiguió, con sonrisa maligna—. Soy vuestro amo, soy el ejército. Me habéis concedido poder. Y me pusisteis este uniforme. Lo mismo que esas armas en manos

de mis hombres. ¡Mírenme! Después de todo somos vuestros amos. Y las leyes y el poder que se nos dieron serán utilizados contra ustedes, por el bienestar de la Democracia. —Hizo una pausa.— Muy bien, he terminado. Retirémonos —dijo, vuelto hacia sus oficiales.

—Mayor, ¿podría verlo a solas un instante? —dijo entonces Morrow muy sereno.

—Sí, un solo instante —dijo Durant, que primero estuvo a punto de rehusar.

Salió del recinto detrás de Morrow, en el silencio más intenso que jamás había contemplado. Todas las miradas siguieron a ambos hombres y fue como si los miraran las estatuas. Morrow lo condujo hasta una pequeña habitación situada en la parte posterior del estrado y lujosamente amueblada como una oficina.

—Haga el favor de tomar asiento, mayor —dijo Morrow, indicándole un mullido sillón de cuero—. ¿Un cigarrillo? —inquirió, luego que Durant se hubo sentado, muy pálido aún el semblante y violenta su respiración.

1—No —contestó Durant, y dio vuelta a la muñeca izquierda para observar el reloj.

Morrow tomó asiento detrás de la mesa de cuero y caoba colocada en el centro de la habitación. Con las manos enlazadas sobre la misma, miró a Durant con suma gravedad.

—Mayor, supongo que por haber aprobado el Magistrado Principal vuestras directivas en cuanto a la Sección 7, todas las demás seguirán vuestro ejemplo a la brevedad.

—Por supuesto —fue la respuesta.

—Los granjeros han disfrutado sus privilegios —prosiguió Morrow suavemente, mirándose las manos—, su seguridad y su riqueza durante tanto tiempo, que no abandonarán todo eso... con facilidad. Ellos... se lanzarán por tal motivo a la lucha, mayor.

Durant guardó silencio.

Morrow comenzó a reír de manera inescrutable.

—Señor, estuvo usted muy elocuente. Sí, muy elocuente.

—¿Adonde se dirige, Morrow? —inquirió Durant, irritado—. ¿Acaso trata de intimidarme con su amenaza de que los granjeros irán a la lucha?

—No, mayor, de ninguna manera. —La sonrisa de Morrow se hizo más amplia.

—¿Qué trata de decir, entonces?

—Digo simplemente que los granjeros lucharán. —Había vuelto la cabeza canosa de modo que pudiese mirar a la pared.— Y mucho. Son muy fuertes, mayor. —Ahora se volvió hacia Durant.— ¿No es eso lo que deseaba oír?

—Deseo oír... deseo oír... que los granjeros comprenden su nueva posición sin la menor duda. —Habló con fanfarronería, tieso en su asiento y después de haber guardado unos instantes de silencio.

—La comprenden —dijo Morrow asintiendo con la cabeza—. Como le dije antes, mayor, estuvo usted muy elocuente.

Durant se puso en pie para mirar a Morrow, cuya sonrisa era más grave que nunca. No pudo evitar una brusca pregunta:

—¿Quién es usted, Morrow?

—¿Quién, yo? —Morrow levantó sus cejas grises, como confundido—. Soy el presidente del Agrario local. —Hizo una pausa.— Llevo dos años desempeñándome como presidente.

—¿Fue siempre granjero? —inquirió Durant, que presentía algo raro en la atmósfera.

Morrow cambió de posición en su asiento.

—No, mayor —dijo pensativo—. Jamás lo fui. Solía ser lo que los militares llaman burócrata. En una oportunidad fui Secretario Ayudante de Agricultura. Eso tuvo lugar hace ya cinco años. Los granjeros me deben mucho. —Miró a Durant y sus ojos duros y oscuros brillaron con secreta alegría. Puesto de pie ofreció su mano a Durant.— Diré a los granjeros que no pueden hacer nada. Por supuesto, ello no impedirá que hagan lo que puedan. Y, mayor, probablemente nos volveremos a encontrar en alguna parte.

Con la cabeza que le zumbaba y todos sus instintos agitándose con tanta fuerza que los confundieron, Durant se halló estrechando la mano de Morrow, cuya sonrisa iba ensanchándose hasta convertirse en risa.

—Cuando vuelva a ver al Magistrado Principal, dígame que Walter Morrow colaborará en todo con él, en cualquier instante, así como con usted, mayor.

Abrió la puerta para dar paso a Durant, haciéndole una reverencia. Los granjeros continuaban de pie como habían quedado

y ahora observaban el semblante de Morrow con ansiedad. Pero era muy sereno y solemne. Y continuaron observándolo, de pie, mientras los oficiales y soldados se retiraban.

—Bien, esto es el fin de los granjeros —dijo Grandon, alegre, en el ascensor.

Pero Durant no formuló el menor comentario. Algo andaba condenadamente mal, o condenadamente bien, pensaba, lleno de asombro. Fuera lo que fuere, había llegado el momento de activar el paso.

Durant observó que la ciudad bullía de agitación a su alrededor. Era una sensación nueva y estimulante, única, para el hombre que no había conocido sino la excesiva y humilde docilidad y la violencia reprimida de Nueva York, que no fue sino la mera violencia de la desesperación sin esperanza. Pero esta simple agitación tenía en sí algo de humanidad, señal indicativa de que Filadelfia no se hallaba muerta del todo. Ni aun sus directivas contra los trabajadores de la ciudad, raciones reducidas, aumento de jornada de trabajo y un nuevo impuesto, fueron capaces de arrojar al pueblo en brazos de nueva angustia. Porque ahora tenían compañeros, sus antiguos enemigos: los granjeros, los burócratas y los MASTS. En consecuencia, los trabajadores llegaron a aceptar las insufribles directivas contra ellos casi con alegría. Les faltaba muy corto trecho para caer; los otros caían con violencia en el caso, la ruina, en el pozo sin fondo que ahora encerraba toda la Sección 7.

Durant trató de palpar si en la exaltación del pueblo por la caída de sus enemigos tradicionales existía algún indicio de revuelta. Era conocedor de que la esperanza tiene un modo de nacer cuando el espíritu del hombre se ve liberado, aunque sea

momentáneamente, de su terrible preocupación con su propio dolor. Los clérigos podrían deplorar que el sufrimiento de un individuo pareciera aliviar el de su prójimo. Pero así era; formaba parte del carácter de la humanidad y constituía un factor que sólo el necio iba a ignorar y no utilizar en sus cálculos. Sí, existía alguna posibilidad; una vez que todo el pueblo se hallara unido contra los militares, sin que existiera ninguna excepción en la esclavitud general, podría tenerse esperanza en la revuelta o producirse ésta.

La nueva guerra apenas había sido mencionada en los periódicos en esos días. Siempre existía una guerra y el pueblo habíase acostumbrado a la misma como el buey al yugo. Los periódicos continuaban haciendo sonar sus campanazos mecánicos de «¡Unidad! ¡Deber! ¡Sacrificio!», pero principalmente se ocupaban de la alarma, la furia y la indignación expresada por el Departamento Público de Psiquiatría, debido a las nuevas órdenes de que los niños de los grupos privilegiados asistirían en lo sucesivo a las escuelas del gobierno. El doctor Healy había manifestado con el mayor descuido que «era cierto» que esta directiva del nuevo mayor sería anulada por las debidas autoridades. Habíase trasladado a Nueva York para entrevistar personalmente al Magistrado Principal. No regresó durante una o dos semanas, pero las noticias de la entrevista fueron recibidas con prontitud en Filadelfia. El Magistrado Principal habíase negado a interferir.

Se dijo que los burócratas, los MASTS y los granjeros, reuniéronse repetidas veces para «discutir» y que las reuniones se caracterizaron por sus manifestaciones de irritación y de ultraje. Sin embargo, observóse con cuidado, las reuniones terminaban de modo invariable con nuevos votos de devoción y

lealtad a la Democracia. Todo era realmente «un error». Había que hacer algo. Washington, según un orador de los grupos privilegiados, no iba a permitir que fueran arruinadas sus clases favoritas, ni que estuviesen cerrados mucho tiempo esos viveros productores de «directivos». El Presidente interveniría. Rumoreábase que el Magistrado Principal había sido llamado a Washington. No fue emitida una sola palabra irrespetuosa en contra de Arthur Carlson; cada uno de los individuos afectados por la nueva directiva, fue muy elocuente en sus términos de admiración y de fidelidad hacia el Magistrado Principal. Uno o dos caballeros llegaron incluso a hablar de la «juventud» del nuevo mayor y su aparente «poca familiaridad» con «determinados problemas» esperando beatíficamente que pronto llegaría a «comprender».

Los grupos privilegiados recibieron, pues, al desmayado doctor Healy con ecuanimidad y con él conversaron en privado.

Dicha ecuanimidad viose seriamente sacudida con la directiva, llegada más tarde, a efectos de que «los trabajadores no disponibles» asignados como sirvientes de los grupos privilegiados, serían asignados ahora a la «industria esencial». Ni el menor sonido llegó a oídos de Durant, procedente de las furiosas exclamaciones de las esposas de los privilegiados, cuando sus esclavos dedicados a labores de la casa y del jardín fueron llamados para trabajar en las plantas de producción bélica y en los campos. Sin embargo, el mayor estaba del todo seguro de que los oídos maritales fueron destrozados por los gritos de las mujeres acicaladas e impudentes en la intimidad de los apartados dormitorios. Según sus propias reflexiones, el hombre era capaz de sufrir numerosas y grandes calamidades con bastante

calma, pero jamás los gritos, las quejas, las amenazas y las lágrimas de su mujer. Ni siquiera la nueva disposición, de acuerdo con la cual los grupos privilegiados no se verían en lo sucesivo exentos del impuesto del diez por ciento sobre todas las propiedades personales y reales, tuvieron la virtud de reducir a los poderosos a tanta desesperación como el alboroto producido por sus mujeres humilladas.

Según pensaba Durant, los fuegos de la revuelta proceden con frecuencia de fuentes tan mezquinas, innobles y triviales. Y rogó para que las mujeres, privadas de los esclavos que cuidaban de sus cuerpos resplandecientes y llenaban sus cocinas y sus casas, incitaran a sus maridos a una rebelión sangrienta, con sus sermones, sus quejas y sus gritos destemplados.

Tómese al hombre, destrúyase su alma y redúzcasele a la servidumbre, se dijo Durant, y transcurrirán siglos sin que lance un solo murmullo. Pero tóquesele el bolsillo, su cómodo privilegio, y sacudirá hasta los cimientos mismos del orbe con los embates de su furor, y pondrá fuego a las ciudades, en pocas horas, semanas o meses. Despojémosle de su libertad, destruyamos su dignidad de hombre y no hará sino murmurar débilmente y después olvidar. Pero quitémosle su oro, su pompa y circunstancias, su reducido poder personal, y hasta el infierno mismo se estremecerá ante la magnitud de su venganza. ¡Qué cosa era el hombre! ¡Qué cosa despreciable y mezquina!

Empero, de esa misma mezquindad del hombre podían nacer cosas heroicas, no de manera voluntaria, no a través de la contemplación, del rezo y del buscar ansioso, sino meramente como subproducto. ¿O era, como había manifestado Arthur Carlson, que la revuelta del que se vale por sí mismo daba oportunidad a los hombres buenos, callados hasta entonces?

Fue de las oficinas del doctor Benjamin Colburn de donde partió la orden de que todas las propiedades reales y personales en poder de los MASTS serían tasadas con el diez por ciento común. Una delegación visitó a Durant para expresarle sus ansiosas recriminaciones contra el doctor Woolcott, jefe del departamento de trabajo movilizado. Todo estaba muy bien, dijeron los caballeros bien vestidos, en cuanto a los impuestos a los granjeros, de acuerdo con las instrucciones del mayor Curtiss, porque, ¿quiénes eran los granjeros?

—¿Quiénes, en verdad? —convino Durant.

Alentados, los caballeros felicitaron a Durant por sus directivas contra los granjeros quienes, en verdad, no eran sino unos rústicos incultos. Pero parecía que el señor Woolcott abrigaba prejuicios personales contra aquellos reconocidos por la Democracia como personajes muy importantes y objeto, en consecuencia, de ciertas exenciones. Puesto que el mayor Curtiss era el comandante militar, sin duda informaría al señor Woolcott de que semejante directiva no debía ni podía ponerse en ejecución. Todo un caballero y oficial como el mayor Curtiss, comprendería perfectamente que no se pensaba que las esposas de personajes muy importantes limpiasen sus cocinas, cuidaran de sus hijos y guisaran sus propias comidas.

El mayor Curtiss, ese oficial y caballero, dijo, luego de haber escuchado complacido a los bien educados reclamantes:

—Antes de que ningún departamento publique cualquier directiva, debe consultar conmigo. Caballeros, lamento tener que manifestarles que todas las directivas que dan origen a sus reclamaciones han recibido mi aprobación. Caballeros, están bien enterados de que me ha sido conferido poder absoluto en

esta Sección. El ejército, caballeros, debe y tiene que ser obedecido.

La delegación lo miró consternada. Entendíase, naturalmente, que el ejército era supremo...

—Lo es —interrumpió Durant, sin dejar de sonreír con agrado—. Me alegra que lo sepan. Parece que durante algún tiempo ha existido alguna duda sobre ello. Aquí estoy para disiparlas. Tenemos una nueva guerra, caballeros, una nueva guerra. Hay que trabajar, vivir con austeridad y apretarse el cinturón. —Esta nueva guerra había originado una situación sin precedente en la Democracia. Ahora se les llamaba a sacrificarlo todo. Pero todo, recalcó Durant. Estaba seguro que los caballeros comprendían y que, en su condición de ciudadanos leales de la Democracia, permanecerían unidos contra el enemigo común, trabajando hombro con hombro con todos los demás ciudadanos, sin regatear su devoción y dándolo todo.

Escucharon el discurso tan untuoso y sonoro con expresión de delicado disgusto, si bien algunos fueron lo suficientemente discretos para asentir con sombrero ademán de cabeza, pero...

—¿Pero qué? —inquirió Durant seriamente.

—La moral de los que dirigen —sugirió el orador, caballero muy educado, con aire de dulce razonabilidad—. Nuestra moral podría ser perjudicada. Yo diría que definitivamente perjudicada. En consecuencia, en aras de la Democracia y para poder vencer al nuevo enemigo, es necesario en grado sumo que sea mantenida la moral de los dirigentes.

Durant los observaba en silencio, entrecerrados los ojos. Ese silencio se hizo prolongado, hasta que más de un caballero cambió de posición en su asiento con ademán intranquilo.

—¿Y la moral del pueblo, señor Remington? —preguntó entonces Durant, con voz muy suave.

—¡Oh, el pueblo! —fue la respuesta indulgente, dada con un leve encogerse de hombros—. Hace lo que se le ordena.

—¿Implica con eso que ustedes no harán lo que se les ordene?

—¡No he dicho semejante cosa, señor! —El señor Remington sentíase alarmado.— Simplemente implico que somos hombres de inteligencia, en tanto el pueblo posee ánimo infantil.

Con el codo apoyado sobre la mesa, Durant estudió al señor Remington con curiosidad intensa. El señor Remington se aproximaba a los setenta y era hombre de baja estatura, delgado, de facciones aristocráticas y espesa y plateada cabellera. Fabricante de diversos materiales bélicos, a la edad de cuarenta y cinco años había sido nombrado consejero del entonces Presidente de la Nación. Su labor había sido «coordinar a los trabajadores». Aunque Durant no lo había conocido, estaba enterado de su historia. Veinte años atrás, ese mismo señor Remington habíase mostrado muy ferviente en sus alabanzas al hombre de la calle, así como a la propensión del mismo a la unidad, el deber y el sacrificio en tiempo de guerra. Toda la civilización, había dicho el señor Remington, descansaba sobre los amplios hombros del trabajo. Sin el músculo, la devoción y el intelecto del trabajo, todo el mundo veríase engolfado en la esclavitud y la barbarie.

—Unos veinte años atrás, señor Remington —dijo Durant— declaró usted mismo que solamente el pueblo, tan sólo los trabajadores, significaban algo, y no escatimó usted en esa oportunidad los adjetivos. Ahora no dice sino que «posee ánimo infantil». ¿Ha cambiado de manera de pensar, señor Remington o era hipócrita? ¿Para sus propios fines, acaso?

El señor Remington no parpadeó ni mostró la menor turbación. Rió con fuerza.

—Vamos, mayor, bien sabe que siempre hay que mentir al populacho, lisonjearlo de manera que haga lo que deseamos. Una manzana para el caballo, una zanahoria para el burro, un hueso para el perro, la lisonja para el pueblo. Todo ello es una y la misma cosa. —Nuevamente rio, esperando que Durant lo imitase, pero al no ser así, sintióse algo desconcertado un instante.— Si el pueblo poseyese alguna inteligencia, mayor, jamás habría escuchado a las lisonjas y adulaciones en el curso de siglos. Habríase valido de su cerebro. Al carecer del mismo, es necesario guiarlo como al asno, domesticarlo para el trabajo y el servicio. Si existe algún designio en el universo, el hombre vulgar ha sido creado para servir a sus superiores. Así lo han entendido siempre los gobernantes de todas las naciones.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, señor Remington —dijo Durant, manteniendo su semblante inexpresivo.

—¡Bien, mayor, muy bien! —exclamó el señor Remington, mirando triunfante a sus colegas.

—En verdad, señor Remington —prosiguió Durant, con la mano en alto—, los militares consideramos a todos los civiles, sin excepción, como asnos, caballos y perros. Nosotros los militares, vemos a ustedes y a todos sus amigos como cosa no

mejor que esos infelices que laboran en vuestras fábricas, vuestras casas y vuestras fundiciones. Ustedes son también sirvientes de la Democracia y del ejército. Hicieron de los militares sus gobernantes, en la creencia de que los convertirían en sus robots. Pusieron los fusiles en nuestras manos, para que pudiésemos convertir a toda la nación en esclavos. Y olvidaron que no es posible confiar en que el robot se vea impedido de girar sobre sus propios talones y disparar ciegamente contra el hombre que lo hizo. El robot no ve diferencia en ningún ser humano. Yo, caballero, el robot creado por usted, lo veo tan sólo como carne y hueso y sangre... como los esclavos de sus máquinas y de sus altos hornos. Me pone en movimiento, haciendo girar las llaves del destino... un destino forjado por ustedes... y soy incapaz de detenerme en mi sendero. Ustedes mismos me hicieron incapaz de detenerme. De manera, caballeros —ahora se encogió de hombros— que no puedo detenerme. El monstruo de acero fabricado por ustedes es quien ahora les ordena. Y no podrán aplastarme. No poseo corazón que lata, carne que padezca ni cerebro que piense. Soy el ejército, caballeros.

Sonrióles de manera atrayente y Edwards, Bishop, Grandon y Keiser sonrieron a su turno, fanfarroneando un poco detrás de él.

El semblante del señor Remington habíase vuelto amarillento, y atemorizado el de los demás.

—Pero, mayor —dijo—, si, como usted dice, nosotros lo hicimos, lo cual es cierto, ¿entonces...?

—¿Soy vuestro robot, vuestro esclavo?

El señor Remington, en lugar de contestar, se levantó con dignidad, y sus amigos lo imitaron.

—Ya sé que usted debe conocer todo mensaje que se envíe al Magistrado Principal. Pensamos solicitar la opinión de éste. — Dicho lo cual, la elegante delegación se volvió como un solo hombre e hizo abandono del lugar.

El Magistrado Principal, al solicitarle los MASTS que dejase de lado las directivas relativas a impuestos, privilegios y sirvientes, contestó con gran cortesía que había conferido plenos poderes en esta emergencia al mayor Curtiss, a quien debía obedecerse al pie de la letra.

Nada del desaliento, el horror, el aborrecimiento y la rebeldía de los ahora oprimidos, quienes a su tiempo fueron opresores, llegó a oídos de Durant. Pero él pudo imaginarse bien lo que aconteció en secreto, las reuniones apresuradas que tenían lugar, los desafíos proferidos y los planes trazados. Hasta podía palparlo en la atmósfera, el movimiento del aire y en la misma luz que caía sobre las calles de la ciudad. Pero, ¿con qué prontitud rebelaríanse los otros privilegiados, es decir, los granjeros, los acaudalados, los MASTS y los burócratas? ¿Iban a obedecer sumisamente, después de todo? No, desde luego que no. Habían sido bien alimentados, habían vivido con demasiado lujo y habían estado henchidos de privilegios. La revolución saldría de su furia y su resolución, destruirían por completo el robot por ellos creado y, tal como hicieran con frecuencia en el pasado al verse amenazados ellos mismos, restaurarían la libertad destruyendo lo que erigieron en su avaricia.

Eran muy estúpidos. Jamás comprendieron, al cabo de todos esos siglos, que el tirano se ve irremisiblemente encadenado por el mal que conjuró para encadenar a los demás, que la desesperación infligida por él oscurecerá su puerta misma y que los asesinos por él pagados le cavarán su propia fosa con el tiempo.

Hacían reventar las prisiones por ellos erigidas y al liberarse a sí mismos, de manera inadvertida y sin intención, liberaban a quienes ellos mismos confinaran detrás de los barrotes y entregaran al látigo de los verdugos.

Era una historia vieja, muy vieja. Pero siempre se olvidaban de la Carta Magna y de los barones. Siempre decíanse a sí mismos que esta vez triunfarían. Pero jamás triunfaban.

La agitación de la ciudad convirtiéndose en frenesí apagado al extenderse la nueva del arresto del señor Alex Sheridan, director del notorio y terrible Departamento Federal de Seguridad Interna, por orden del mayor Curtiss y en relación con el asesinato de Andreas Zimmer.

Durant, el abogado, abrigaba intención de poner en movimiento la veloz máquina de la jurisprudencia. Contemplaba con profundo placer dirigir él mismo el juicio. Tiempo ha que se había prescindido del jurado, junto con el recurso de habeas corpus y otros requisitos entorpecedores de la justicia y de la ley.

Ahora, el comandante militar era juez y jurado a la vez, sin que existiese apelación contra sus decisiones. Sheridan iba a morir, no por un asesinato que no había cometido, sino por todos los crímenes anónimos que tuvieran lugar en los locales a prueba

de ruido del terrible FBHS. Como jurado invisible, sus víctimas se hallarían presentes en ese juicio.

Durant recibió más tarde un mensaje de Arthur Carlson, el Magistrado Principal. En él se le informaba que el propio señor Carlson vendría para presidir el juicio en persona. «El caso del señor Sheridan era tan importante, y sus consecuencias serían de tan largo alcance, que se hacía necesario que presidiese el Magistrado Principal ese juicio tan resonante en la actual emergencia.»

Alex Sheridan había sido gran favorito y amigo de los poderosos, de quienes recibió en secreto mucha riqueza y apoyo. El hecho de que no sólo se había visto sujeto a sospecha sino arrestado de veras, y de que sería juzgado, los llenó de temor. Si Alex Sheridan, amigo y confidente del Presidente, no estaba ya seguro ni a salvo su persona, y podía ser juzgado como cualquier criminal común, ¡entonces nadie podía jactarse de impunidad!

El pueblo se sentía ufano. Su monstruoso enemigo, la sombra que lo cubría día y noche, que se dejaba caer sobre el mismo a la vuelta de la esquina, en su duro lecho y en frugal mesa, se hallaba confinado en la ruidosa cárcel que tantos de ellos conocían demasiado bien. Se especulaba sobre él; la gente hasta osaba reunirse en grupos bajo las ventanas de la prisión y mofarse débilmente, hasta que los soldados la dispersaban con groseras amenazas. Comenzó la adoración del mayor Curtiss, opresor ahora de quien los había oprimido a ellos. Su automóvil era saludado en las calles. Eso lo alarmó. Había reducido sus raciones a un límite en que un poco menos haría caer desfallecidos. Había dictado las órdenes más intimidatorias contra el pueblo. Pero sin embargo, era adorado por éste. Malo,

muy malo, cuando estaba designado que sus mismos enemigos debieran conducirlo a la libertad.

Se sintió más alarmado aún ante la venida del Magistrado Principal. ¿No confiaba Carlson en él? ¿Temía que no castigase a Sheridan con la suficiente severidad? ¿Había fracasado en algo? ¿Había oído Carlson que no tuvo éxito en excitar ni siquiera la menor animosidad y resistencia en el pueblo contra su persona? Desesperado, Durant dispuso detenciones y desapariciones en masa y, antes de la llegada de Carlson, el pueblo lo temió y aborreció como fuera su propósito original. Cuando una noche fueron asesinados en la calle ocho de sus soldados —algo que no había ocurrido durante más de dos años— sintióse alentado. Alguien del pueblo estaba en posesión de armas de alguna especie, lo cual también infundió ánimo a Durant. Esas armas desconocidas y ocultas, habían sido sacadas de su escondite y utilizadas. La posible resistencia y hasta la revolución habíanse convertido en cosa probable.

No existía sino un pensamiento que lo consolaba en la inminente venida de Arthur Carlson. Durant sabía en cierto modo algo sobre María y sus hijos. Había realizado buena labor. Carlson no era de piedra. Tal vez se sintiera movido por alguna comprensión y simpatía humanas.

Mientras esperaba la llegada del Magistrado Principal, no sin cierta aprensión, Durant experimentó que su soledad descendía sobre él más pesada que nunca. Con frecuencia se puso en comunicación telefónica con Ben Colburn, en relación con nuevas directivas, pero sin encontrarse con él en el terreno social, ni siquiera vislumbrándolo. El ambiguo Morrow jamás se cruzaba en su camino, aunque Durant sabía bien que sus directivas contra los granjeros iban siendo ejecutadas con lo que parecía

extraordinario celo de parte de Morrow. El doctor Dodge estaba sordo y ciego hasta un límite increíble, aunque Durant, en presencia suya, desconectó los cables del aparato oculto detrás del paisaje. El mayor había conversado con los dos individuos del FBHS que juraron que Sheridan no había estado con ellos la noche crucial en cuestión. Eran típicos burócratas, de aspecto anónimo y al parecer adictos a su labor de producir sin cesar directivas contra el pueblo y arrestar veintenas de sospechosos de «sabotaje» y «subversión». ¿Abandonaban a Sheridan, ambicionando su puesto? Durant comenzó a contemplar semejante probabilidad, desilusionado. ¿O eran milicianos, colocados en esa situación estratégica por el mismo Carlson? Mientras hablaba con los hombres, Durant habíalos examinado minuciosamente, sin que ellos hicieran otra cosa que devolverle la mirada al modo complaciente del burócrata y contestar sus preguntas con la circunlocución acostumbrada en su profesión. No hubo el menor resplandor en la mirada, una sonrisa improvisada, el menor gesto que indujera a

Durant a creer que fueran sino lo que profesaban ser. Por supuesto, se dijo, tratando de tranquilizarse a sí mismo, si se tratara de milicianos estarían bien enseñados y no iban a confiar en él, tal como él mismo había sido aconsejado para no confiar en los demás.

No obstante, su depresión y su soledad aumentaban. «¿Qué quieres —se preguntó a sí mismo lleno de irritación—, un club de milicianos anónimos? ¿Quieres descubrir a todo posible miliciano con miras a una conversación cómoda y exponer de ese modo a todos ellos a la sospecha, la ruina y la muerte?» La seguridad de los milicianos, la esperanza del país, estaba empujada en el silencio y en la falta de reconocimiento.

En su avidez de compañía humana, Durant hasta trató de cultivar la amistad superficial de sus oficiales. Mas, si bien había servido su período en el ejército, jamás había llegado a dominar la grosería de los militares, ni se había interesado por sus vidas ni conocía apenas su jerigonza. No se consideraba a la par, ni siquiera por descuido, con Grandon, Edwards o Bishop, y sabía que ellos se daban cuenta. En cuanto a Keiser, era necesario evitarlo por la seguridad de ambos, aunque con frecuencia cambiaban miradas conocedoras. Como poderoso oficial comandante, había recibido invitaciones para asistir a numerosas reuniones en casa de los privilegiados, las cuales siempre había rechazado en forma cortés. A partir de sus terribles directivas contra ellos, naturalmente, esas invitaciones no llegaron más.

Raras veces, si acaso, veía a Lincoln o a sus hijos, salvo de lejos. Eran a modo de ratas furtivas que huyeran de su camino, si bien en alguna que otra oportunidad vislumbró el rostro gris de Lincoln, el cuerpo ansioso de la señora Lincoln fugaz a través de algún umbral y los tres hijos que se afanaban malhumorados en los campos con sus esclavos. Por eso pasaba las noches ocupado en la lectura, orando sin palabras, maldiciendo en silencio y preocupándose desesperadamente por su familia. Padezco la plaga, pensaba para sus adentros, la plaga del militarismo.

Había trabajado y realizado buena labor. Pero, ¿y las otras Secciones del país? ¿Copiaban sus órdenes contra los granjeros, los MASTS, los burócratas y los adinerados? Imposible saberlo, ya que cada Sección hallábase herméticamente cerrada para las demás. Por supuesto, había rumores, pero Durant prefería los hechos. Examinaba los periódicos con sumo cuidado.

De mencionar éstos otras Secciones, no era sino para decir que los granjeros producían más que nunca, que pronto habría carne abundante, que el tiempo era bueno o malo en las Secciones agrícolas y que la «producción había o no aumentado» en las Secciones puramente industriales. Había nuevas de «la guerra» y de la sombría determinación «del pueblo para resistir las nuevas agresiones del enemigo», y de los bombardeos navales y aéreos contra las grandes ciudades sudamericanas. Pero cuánto de eso fuese cierto y cuánta falsedad descarada, era cosa imposible de saber para Durant.

La prensa estaba tan muerta como el resto de las libertades. La mayoría de las páginas hallábanse dedicadas a la alabanza de la Democracia y de «nuestros grandes ideales, que jamás enemigo alguno ha vencido, y nuestro voto nacional de que nuestras libertades jamás serán destruidas», no faltando tampoco los discursos del presidente cautivo, noticias de crímenes desplegadas de modo atrayente, ficción tonta y trivial ensalzando héroes militares, mujeres remachadoras en las fábricas, trabajadoras rurales, trabajadores adictos en todas las industrias, caricaturas lascivas y páginas y más páginas de chistes. Si la prensa había muerto, no era por golpes asestados por Washington. Había sido entregada para su muerte décadas atrás, por el pueblo; ese populacho falto de características, estúpido, enceguecido y concupiscente, el mismo que abatiera la libertad con sus puños de mono y permitiera que sus sindicatos fueran dominados por elementos criminales, contemplando esa dominación con una especie de orgullo idiota y sonriente.

No había nada que satisficiera en ninguna parte al acosado Durant. Los domingos habían sido abandonados mucho tiempo

atrás como día de fiesta, puesto que la religión era cosa severamente restringida. El domingo no era sino una fecha laborable, con excepción de los oficiales superiores militares, y eso siempre y cuando sus servicios no fuesen requeridos. Durant tuvo buen cuidado de no abandonar sus obligaciones cada domingo. Pero el anterior al arribo de Arthur Carlson a Filadelfia, resolvió no ir a la ciudad.

No había podido dormir la noche anterior, a pesar del sedativo que había tomado. De ahí que, cansado y sintiéndose pesado, saliera de la casa silenciosa esa mañana, arrastrando sus pisadas a través de los patios y del campo, para ir a dar a una suave elevación de terreno en la cual crecía un grupo de cinco álamos unos muy cerca de otros. Era un día muy caluroso de mediados de verano, pero la sombra era espesa, azul y fragante, acogedora en pleno silencio. Allí sentado, Durant fumó sombríamente cigarrillo tras cigarrillo, meditando sobre su lamentable situación, su temor por su familia y el terrible silencio de su vida.

La casa grande y blanca brillaba en el sol mañanero por entre los árboles relucientes. Los barracones extendíanse tras ella, así como los silos rojos y los graneros. Las vacas eran figuras de juguete a lo lejos, igual que los hombres que trabajaban en los trigales y en los huertos. El viento más dulce y tibio soplaba por entre los álamos, que cantaban misteriosamente. Toda la tierra resplandecía con la luz que sobre ella caía desde el cielo, envolviéndola cual catarata. Algunas nubes, anuncio de buen tiempo, se deslizaban por el cielo, de un color azul intenso. Había una especie de santidad en esta tranquilidad, que ninguna directiva, ningún militar insano ni gobierno loco, guerra o pueblo esclavizado, podría ensuciar. Cuantas menos gentes,

menos demencia, pensó Durant, sin que tal pensamiento lo hiciera dichoso, considerando que los hombres eran almas inmortales, así como cuerpos.

¡Almas inmortales! En el acto resultó grotesca idea semejante al joven que meditaba bajo los árboles. Si «las almas inmortales» fueron creadoras de todo ese mal en el mundo, entonces algo andaba mal en el universo, algo desviado, horrible y falto de cerebro o, tal vez, algo perverso y maligno. ¿Habría destronado Satán a Dios, después de todo? Durant miró al cielo: allí estaba el espectro de la luna llena, pequeña nube circular en el medio mismo de la llama que era el sol. ¿Tenían razón los científicos de sonrisita afectada, y no había significado en la vida, ningún Dios, ninguna deidad personal, nada en absoluto, salvo algún orden y alguna ley obtusa entre los soles que giraban sin significado? ¿Era una mentira el sueño del hombre acerca de Dios, como lo era su antiguo sueño de libertad y dignidad?

Fue inútil que Durant se dijera a sí mismo que en los siglos pasados había habido guerras y opresiones, tiranías y masacres. Sabía que ello había constituido un asunto local y no universal. Ahora todo el mundo estaba loco. Europa, quebrantada, desorganizada y en completa ruina, era un caos de anarquía, con sus multitudes hambrientas que iban de un lado para otro por todo el continente, mezcladas con los ejércitos desorganizados y desordenados de manera constante y matando sin sentido por el simple placer de la matanza. No quedaban ni siquiera algunos templos y monasterios ocultos, donde hombres y mujeres devotos pudieran recordar la historia de los siglos, sus ciencias y sus artes, sus libros imperecederos. No había gobiernos, excepto los locales o de tribus. Las ciudades arrasadas no se reconstruían ni volvían a sembrarse los campos

destrozados. Lo único prevalente era el pillaje, la furia, el hambre y la muerte, en tanto desplomábanse los viejos muros y las montañas de escombros cubríanse de hierbas. Todo eso había ocasionado la guerra, nacida del odio intrínseco del hombre hacia sus semejantes. ¡El siglo del desprecio del hombre por el hombre! ¡Almas inmortales!

No había visto ni oído que nadie se aproximara, pero en el acto se percató de una presencia. El doctor Dodge hallábase a su vera, portador de una bandejita de plata con un vaso de whisky. Durant se estremeció fuertemente y el cigarrillo le quemó los dedos. Después de haber comenzado a maldecir, vio el semblante del doctor.

Había desaparecido la ceguera y la sordera; el viejo sonreía, murmurando:

—Mayor, creí que necesitaría esto. Lo vi desde la ventana.

Durant tomó el vaso de whisky, sin dejar de mirar al otro con fijeza. Una vez que lo hubo llevado a los labios, se tragó el licor, con el rápido ademán de la desesperación. El doctor Dodge permanecía rígido a su lado, mas ahora con la vista fija en los campos y en las lejanas montañas. El alcohol comenzó a desparramarse cálidamente a través de la amarga frialdad del corazón del joven y algo se aflojó en él. Y también contempló la campaña resplandeciente a la par del viejo.

—Las campanas de la iglesia —murmuró el doctor Dodge, como si hablase consigo mismo—. Se echan de menos. Deberían oírse en toda esta tierra, al repicar en los pueblos. Es hora de rezar. Es la hora de Dios.

Durant recordó su iglesia, la de los días de su infancia, antes de que fuera proscrita la religión. Vio los blancos altares, las velas resplandecientes, las exquisitas imágenes, el gran crucifijo dorado, los ventanales artísticos, el suelo de mármol brillante en la sagrada penumbra. Oyó el tintinear de la campanilla y el cántico del sacerdote. Los monaguillos se arrodillaban y el coro se remontaba con sus voces de triunfo. Las columnas de la iglesia se estremecían e iluminábanse los rostros de los feligreses arrodillados. De improviso, Durant inclinó la cabeza sobre sus rodillas.

—El hombre ha hecho abandono de Dios en todo el orbe —dijo el doctor Dodge, como si soñase—. Pero, ¿ha abandonado Dios al hombre?

—No sé, no sé —contestó Durant con voz apagada.

—A menudo me viene a la memoria la historia de Jonás y la depravada ciudad de Nínive —prosiguió el doctor Dodge, con su voz que era murmullo—. Jonás salió de la ciudad y fue a contemplarla, sentado al lado este de la misma. Dios hizo entonces que una planta creciera en el acto para proteger a Jonás del calor del sol, y sentado bajo la misma esperó la destrucción de Nínive. Mas a la mañana siguiente un gusano royó la planta, causando su muerte. Atacado por el terrible resplandor del sol y por el viento, Jonás se dijo a sí mismo que sería mejor la muerte que continuar con vida.

Durant esperó, fija la mirada en el otro hombre, que prosiguió con tristeza:

—Dios preguntó a Jonás si se compadecía de la planta y el mismo Dios hizo observaciones sobre esa piedad, lleno de comprensión, aunque la planta no llegó a vivir sino el espacio

que media entre dos noches. Y dijo: ¿No debería salvar a Nínive, la gran ciudad con sus ciento veinte mil moradores, incapaces de distinguir la mano derecha de la izquierda...?

Durant no se movió sino que limitóse a escuchar, pareciéndole que todo a su alrededor —el paisaje, las nubes, las lejanas figuras de hombres y animales, el mismo espectro de la luna y el sol ardoroso— escuchaba a su vez.

—Existe una leyenda —dijo el doctor Dodge, con voz llena de sentimiento—. Cuando Moisés y los suyos hubieron huido a través del lecho seco del mar Rojo, sus perseguidores egipcios se ahogaron en las olas del océano. Se dice que era deseo de los ángeles entonar un himno de triunfo, pero Dios habló de esta manera: «Mis hijos yacen en el fondo del mar; y vosotros queréis cantar.» —Miró a Durant, antes de continuar:— No existen datos en la historia acerca de que una nación haya sido jamás buena y vivido según la ley de Dios. Sin embargo, Dios ha tenido misericordia de todas ellas, seguirá teniéndola y nos liberará de nuestro propio mal.

Luego de haber vuelto a quitarle el vaso de la mano, y de sacudir la cabeza, el doctor Dodge se alejó como un autómatas, alta la figura de paso vacilante sobre la hierba. Durant volvió a quedar a solas. Mas, de improviso, experimentó que ya no estaba más solo y que la distorsión vista por él había desaparecido del paisaje y el sol derramaba sus torrentes de luz sobre un mundo que aún no estaba muerto.

Tendido boca arriba sobre la fresca hierba bajo los álamos, se sumió en un sueño profundo.

Un mensaje esperaba a Durant al llegar a su oficina a la mañana siguiente. Uno de sus estenógrafos, un hombrecillo como

escarabajo, le dijo del mensaje con aire de grande pero contenida agitación. El Magistrado Principal, Arthur Carlson, estaba ya en la ciudad. A las diez «en punto» una escolta de guardias elegidos vendría en busca del mayor Curtiss para conducirlo a la residencia filadelfiana del Magistrado Principal.

Los oficiales más jóvenes de Durant parecían llenos de aprensión, si bien al preguntarles éste no dieron sino respuestas confusas. Bishop, Edwards y Keiser murmuraron del recibo de llamadas similares justamente antes de la desaparición del «viejo mayor Burnes».

Al mirar a Grandon en pos de confirmación, vio que el joven teniente gozábale en secreta y desagradable sonrisa. Durant se encogió de hombros.

—Tonterías —dijo—. Todos sabemos que el Magistrado Principal viene para presidir personalmente el juicio contra Alex Sheridan, debido a su gran importancia.

—El viejo mayor —habló Grandon, sonriendo otra vez— presidía todos los juicios y hubo uno, hace dos años, que tuvo la misma importancia.

—Los guardias elegidos —dijo Bishop—. Aborrezco a esos bastardos. ¿Por qué no han de formar parte del ejército? ¿A santo de qué forman una organización aparte? Parecen un remedo de hombres.

—El viejo mayor Burnes jamás permitía ser escoltado por ellos —agregó Edwards—. Una vez quisieron hacerlo y los echó a puntapiés de su oficina para irse luego con nosotros. Fue la última oportunidad en que lo vimos.

—Muchachos —dijo sonriendo Durant—• por mucho que desee satisfacer vuestra curiosidad y llevarlos conmigo, iré con los guardias elegidos.

A las diez «en punto» hizo su arribo al hotel un grupo de dichos guardias. Durant supo de su llegada, a través de los vagos y turbadores sonidos a su alrededor, segundos antes de que Edwards anunciase su presencia en el corredor. El mayor saludó a sus oficiales con sonrisa indiferente y fue a reunirse con los guardias, todos grandores y de rostro brutal y carnoso. Éstos lo saludaron a su vez con indiferencia, colocáronse a su alrededor y emprendieron la marcha. Esto le trajo a la memoria de manera desagradable la noche de su arresto; las botas resonaban, manteníanse las manos sobre los fusiles y no miraron ni aun a los soldados y oficiales atemorizados y llenos de odio que se hallaban en el vestíbulo del hotel. Era su misión intimidar y hasta los militares podían ser intimidados por la presencia misma de los guardias.

El automóvil de éstos esperaba abajo, pintado del color verde oscuro, color oficial de la organización. Durant hizo su entrada en el vehículo y los guardias colocáronse a su alrededor. Mantuvo aire de amable indiferencia, sin intentar trabar conversación, bostezó una o dos veces y se palpó su brazo recién curado. Una vez que hubo llevado un cigarrillo a los labios, uno de los guardias lo encendió con escrupulosa cortesía. Si se sentía oprimido por ellos no lo demostraba. Su mente se hallaba muy atareada.

Fueron a lo largo de Broad Street, cubierto el pavimento de agujeros, para salir más allá de los suburbios. Por último, se vieron rodando a lo largo de la campaña, donde el sol de fines de agosto doraba las casas y las montañas con su oro cálido.

Durant aspiraba la dulce fragancia del heno y el trébol puesto a secar; todo el campo murmuraba con el zumbido de las abejas. Las nubes de polvo amarillo perseguíanlos por las carreteras desiertas. Los guardias iban sentados, pesados y tiesos, al lado de Durant, con la mirada fija hacia adelante y sin ver nada. Una o dos veces, grandes grupos de hombres dedicados a la labor del campo levantaron la mirada al oír el ruido del automóvil, pero al reconocerlo, reanudaron presurosos su tarea. Durant fumaba contento, pero sentíase mal de la garganta y el corazón le latía con violencia fuera de razón. Nada tenía que temer, se dijo a sí mismo. El envío de la escolta no fue sino pura cortesía. A pesar de ello, le fue imposible ahogar su insensata aprensión.

El automóvil abandonó el camino principal para tomar uno estrecho y lleno de surcos, pasando por grandes arcos formados por las ramas de los árboles. El aire allí era fresco y puro y acariciaba el rostro de Durant. Vino después un camino de grava, más amplio ahora, y de improviso una extensión de tierra verde y a manera de parque, salpicada acá y allá con algún roble grande o álamo aislado. A lo lejos veíase una casa grande de ladrillos, con su techo rojo y sus viejas chimeneas y las ventanas cuyos vidrios resplandecían al sol. Durant observó la carencia de árboles cerca de la casa. Nunca había visto semejante lugar ni sabido que Cari son era dueño de una «residencia en Filadelfia». Nadie se movía por los terrenos ni aparecía en las ventanas, pero supo instintivamente que cada ventana era una atalaya y que cada centinela estaba provisto de ametralladora. Sabía todo eso, así como que su escolta era escrutada por ojos ocultos y de mirar frío, que eran contados los hombres del interior del vehículo y observado el camino recorrido por si alguien los hubiera seguido.

A esa altura se había acostumbrado ya Durant al silencio del campo, pero al descender del vehículo parecióle que el silencio de este lugar era demasiado profundo y poseía algo de terror. Durant y sus guardias recorrieron el sendero de ladrillo hasta la puerta de entrada. Ésta fue abierta sin que se produjera el más leve ruido y dejó ver por lo menos dos escuadras de guardias en la fresca penumbra del vestíbulo.

Evidentemente se trataba de una mansión confiscada, pues el piso era de mármol oscuro, viejo y reluciente, y las paredes con artonados de caoba. Una araña enorme colgaba del techo atravesado por vigas, herida por los rayos del sol que penetraba a través de la puerta y lanzaba un millar de prismas luminosos. La escalera de madera, grande, curvada y resplandeciente, se elevaba desde el vestíbulo. Durant permanecía de pie, indeciso; luego sintió una leve presión contra el muslo y supo que había sido desposeído hábilmente de la pistola. Estremecido, profirió un fuerte juramento, pero uno de los guardias le informó con toda cortesía que era costumbre proceder de tal modo siempre que el Magistrado Principal recibía a alguien. Estaba a punto de protestar cuando observó algo desconcertante. Eran las sombras ominosamente silenciosas de enormes perros, situados a lo largo de las paredes en la penumbra del vestíbulo.

Durant conocía todo lo referente a los perros policía y que siempre se entregaban a furiosos ladridos cuando se acercaba alguien, ya fuese amigo o desconocido. El hecho de que estos perros se mantuviesen tan tranquilos, le informó que no era necesario sino un gesto o la menor palabra conocida para que saltaran al cuello y lo destrozaran. En verdad, su exclamación había los puesto en guardia, erguidas las orejas y descubiertas

las mandíbulas, sin producir el menor ruido. Eran aún más formidables y mortales que los mismos guardias.

Tuvo buen cuidado de no proferir palabra ni efectuar ningún movimiento dudoso mientras subía la escalera con su escolta. Resultaba ridículo, incluso para él, que se mantuviera precavido en el centro mismo de sus acompañantes, buscando protección. Sentía los ojos salvajes de los animales que iban siguiéndolo e hizo todo lo posible para no echar a correr. Estaba en verdad atemorizado y pensaba, lleno de confusión, en Carlson, no como miliciano, sino como adversario siniestro.

Fueron a lo largo de un corredor de madera, vacío, con puertas a ambos lados. En una de ellas uno de los guardias dio tres golpes cortos, seguidos de otros dos espaciados. Abierta la puerta, un gran resplandor encegueció momentáneamente a Durant.

Transcurrieron algunos instantes antes de que pudiera ver un recinto amplio y amueblado con esplendidez, con grandes ventanas apenas abiertas. Y pasaron aún unos instantes más antes de que se percatara de que los esperaban dos hombres: Arthur Carlson y un desconocido.

Carlson y el desconocido observaban indiferentes a Durant desde sus asientos. Oyó como la puerta se cerraba a sus espaldas y lo apagado de su movimiento le indicó que era a prueba de sonidos. Esperó, de pie. Carlson no le sonreía. Era, como antes, el aristócrata frío, de cabello claro y rostro delgado y ascético, delicadamente despreocupado y cómodo.

—Tome asiento, mayor —dijo finalmente, sin ninguna inflexión en su voz que reflejara amistad, interés o significado secreto.

Durant obedeció. Carlson se puso entonces en pie y fue hasta las ventanas, que cerró y atrancó con gran cuidado. En el acto, el recinto fue como tumba de la que no saldría una sola voz. Durant sintió la cerrazón opresora y su vieja y misteriosa claustrofobia volvió a apoderarse de él, asiéndolo de la garganta y pesándole en el pecho. Para ocultar su desasosiego miró al desconocido, reconociéndolo a través de los retratos publicados en los periódicos. Era el director general del terrible Departamento Federal de Seguridad Interna, Hugo F. Reynolds, cuyas oficinas se hallaban en Washington, y controlaba a todos los directores del FBHS de las diferentes Secciones.

Hugo Reynolds era hombre muy alto y muy delgado, de alrededor de cincuenta y cinco años. Todo en él era gris, desde su reluciente y fino cabello hasta su traje. Era la personificación misma del civil anónimo, inteligente, omnipresente y mortal. Sus ojos eran grises, un tinte pardo era el de su piel, las manos inmóviles eran cenicientas y descoloridos sus labios. Nada en él brillaba ni despedía luz, salvo su calzado estrecho y altamente lustroso. Junto a él, el patricio Arthur Carlson resaltaba vivamente con su verde uniforme de los guardias elegidos.

—Señor Reynolds —dijo Carlson, sentado y aún sin sonreír—, el comandante militar a cargo de la Sección 7, mayor Andrew Curtiss.

—Buenos días, mayor —dijo Reynolds, y Durant pensó que su voz era igualmente gris, aunque su entonación levemente firme.

Durant experimentaba ahora verdadero pánico. Su cándido imaginar acerca de una conversación en voz baja y amistosa con Carlson había desaparecido. Algo andaba mal allí. Tragó

saliva de manera deliberada, para calmar su desesperado temor y luego se fortaleció sin querer. Había enfrentado a la muerte antes. La muerte hallábase frente a él, escrutándolo con esos ojos pálidos que no pestañeaban y pensó: Si ha llegado, ha llegado. No miró a Carlson para tranquilizarse, pues éste habíase convertido también en un extraño.

—Mayor —dijo Carlson con gran frialdad—, el señor Reynolds ha venido para defender a Alex Sheridan. Las circunstancias son muy graves. Su oficina ha realizado una investigación privada sobre las condiciones de que se ve rodeado el asesinato de Andreas Zimmer, y el señor Reynolds creyó que esos resultados merecían su presencia.

Durant supo entonces que algo terrible había acontecido y que Carlson ni podía ni quería ayudarlo. «Se verá solo», habíale dicho Carlson meses atrás. «Por la seguridad de todos nosotros, no podrá esperar ayuda de ninguna especie si se traiciona a sí mismo de cualquier manera. Si fracasa o se conduce con estupidez, se verá abandonado, rodeado del silencio de amigos y compañeros.»

Arthur Carlson ejercía un poder muy superior al del aborrecido Director General del FBHS. Sin embargo, a causa de la labor a su cargo, abandonaría en el acto a Durant en caso necesario, entregándolo en manos del FBHS, sin atreverse a proceder de otra manera. Estaba en su asiento, la mirada fija en Durant con fría expectación. Con el rabillo del ojo, Durant vio, sin embargo, que las manos de Carlson, tan aristocráticas, hallábanse ligeramente tensas. Entonces dedicó su atención a Reynolds.

—Mayor, desearía formularle algunas preguntas —dijo éste.

Si he fracasado, si algo ha salido mal y nos pone a todos en peligro, no me quedará otro remedio que morir, pensó Durant. El miedo lo abandonó y todos sus músculos estuvieron tensos y preparados. Miró a Reynolds con expresión que reflejaba el debido interés.

—Estoy dispuesto a contestar todas sus preguntas, señor Reynolds —dijo.

Reynolds tomó un puñado de papeles que había en la mesa junto a él, para examinarlos con gran atención. Con el lápiz de plata que extrajo del bolsillo, señaló uno de los párrafos y dijo, sin levantar la mirada:

—Mayor, aquí tengo vuestro propio informe sobre la investigación acerca de la muerte de Andreas Zimmer. Es un informe muy bueno y detallado. —Esperó, sin que Durant respondiese.— Veo que ha interrogado cuidadosamente a los dos ayudantes del señor Sheridan, quienes alegan que éste no se hallaba con ellos la noche del crimen. También ha interrogado al tercero, quien jura que el señor Sheridan estaba con los tres. Veo que mantuvo detenido al dueño de la taberna durante tres días y que vuestro interrogatorio fue muy hábil y muy extenso, sin que pudiese desbaratar lo manifestado por el hombre en el sentido de que el señor Sheridan no había frecuentado la taberna durante las dos últimas semanas. Sí —prosiguió el señor Reynolds musitando— se trata de un informe muy completo y minucioso. Lo felicito, mayor. No es usted solamente militar, sino que posee la habilidad del abogado para interrogar. ¿Estudió derecho alguna vez, mayor?

—Jamás estudié derecho, señor Reynolds, pero le agradezco sus cumplidos —dijo Durant, sintiendo como el sudor le bajaba por la espalda.

—¿Nunca estudió derecho, mayor? —Reynolds alzó esos terribles ojos pálidos al inquirir.

—Jamás estudié derecho, señor Reynolds.

—Hace algunos años que conoce al mayor Curtiss, Arthur —dijo Reynolds, mirando a Carlson—. Es extraño que jamás advinara que posee condiciones para ser un criminalista excepcional. —Sonrió ligeramente.

—El mayor Curtiss y yo —contestó Carlson sonriendo a su vez— hemos discutido la posibilidad de que estudie derecho, hace algunos años, Hugo. Como usted dice, es experto en interrogatorios. Empero, creí que sería lo mejor para él actuar tan sólo como militar. Su labor ha sido excelente. Y por eso lo asciendo al rango de coronel.

Durant dejó escapar su aliento contenido.

—¿Tiene algo de sangre francesa en su familia, mayor... Curtiss? —inquirió Reynolds con voz casi indolente mientras lo escrutaba con calma.

—No, que yo sepa, señor. —Se esforzó para sonreír.

•—He leído toda su historia, mayor. Es muy buena, buenísima. —Esperó la respuesta de Durant, quien no hizo sino inclinar la cabeza, como halagado por el cumplido.

Algo no agradaba a Reynolds, quien arrugó delicadamente el ceño. El semblante de Carlson veíase impasible.

Luego, sin el más leve gesto, sin la menor inflexión en la voz, saltó Reynolds:

—Mayor Curtiss. Veo que ha examinado con gran cuidado la probabilidad de que el o los asesinos de Andreas Zimmer puedan haber llegado de algún punto fuera de Filadelfia. Ha dado publicidad referente a testigos que pudiesen proporcionar alguna información relativa a automóviles u otro medio de transporte. No apareció ninguno. Se dedicó al asunto con gran interés. Inquirió incluso si los asesinos podrían haber llegado a pie. Interrogó a todos los de la vecindad del departamento de Zimmer. Nada más se supo. Sin embargo, mayor —aquí su voz lenta se hizo más lenta aún— mis investigadores secretos han descubierto algo muy grave.

Se detuvo, esperando. Durant dominó sus facciones. El sudor le corría por la espalda como un río, pero su mente estaba fría y serena.

—Sería interesante saberlo, señor Reynolds.

Reynolds lo observó en silencio unos instantes.

—Hemos dado con dos testigos, quienes juran haber visto un automóvil oficial, que iba a gran velocidad y con las luces apagadas, corriendo desde la misma dirección en que se encuentra situada su residencia en la granja. Hemos tropezado con otros dos testigos que aseguran haber visto el vehículo de regreso, siempre sin luces, a lo largo de la misma carretera, alrededor de una hora después de cometido el crimen. Los testigos afirman que por lo menos eran tres los individuos ocupantes del automóvil.

Dios mío, pensó Durant, antes de preguntar, fingiéndose incrédulo:

—¿Fue individualizado el vehículo?

—No, solamente fue visto en la carretera —dijo Reynolds, sin dejar de observarlo.

—No había sino un solo vehículo oficial en la casa de John Lincoln —dijo Durant, sonriendo de manera muy convincente—. Era el mío. Mis otros oficiales no me acompañaron esa noche en mi regreso. Permanecieron en la ciudad para asistir a una reunión.

—¿Y usted, personalmente, encerró el vehículo y retuvo las llaves?

—Sí, señor.

—¿Y encontró el automóvil en el mismo lugar donde lo había dejado, sin señal de haber sido utilizado... sin su consentimiento, mayor?

—No fue utilizado. Tuve en mi poder las llaves.

—Mayor, he sabido que esa noche cayó un leve aguacero. ¿El vehículo no estaba salpicado, lleno de polvo o sucio de algún otro modo?

—Jamás supe de ese aguacero —dijo Durant, enarcando las cejas—. El automóvil no tenía la menor salpicadura. Lo habría notado, pues soy muy particular en cuanto a eso, señor Reynolds.

Reynolds golpeó reflexivo los papeles con el lápiz de plata.

—Me sorprende no poco, mayor —prosiguió—, que debido a las circunstancias no haya interrogado estrechamente a ninguno de la granja con respecto al vehículo ni se haya preguntado usted si alguien lo habría utilizado esa noche.

Ahora Durant rio en verdad para sus adentros. La trampa era tan ingenua para su mente de abogado, que casi todo su temor hacia ese hombre mortal se disipó.

—Ha olvidado usted —dijo— que yo no sabía nada de lo que usted califica de esas «circunstancias», señor Reynolds. —Hizo que su voz sonase sutil y deliberadamente autoritaria, la voz del militar que ha permitido al civil libertades considerables y ha resuelto no consentirlas mucho más. Más que ver, sintió que Carlson había comenzado a sonreír algo.— Mi automóvil jamás salió de la granja esa noche —concluyó Durant.

Reynolds lo estudió con dura atención.

—Por lo demás —dijo Durant mirándolo fijamente— no creo que vuestros testigos vieran un automóvil oficial en la carretera que conduce a la granja, a la ida y a la vuelta. Creo que están fraguando pruebas... posiblemente, cosa que muy bien podría ser... por dinero.

—¡Dinero!

—O tal vez por alguna excitación o por darse importancia. Llámelo como quiera. En cuestiones legales, no resulta desusado que los testigos broten de la tierra con pruebas fabricadas a la medida de... cualquier comprador.

—¿Y quién cree usted que podría ser ese comprador, mayor?

—inquirió Reynolds con voz suave.

—Francamente, lo ignoro —contestó Durant, encogiéndose de hombros—. Y le repito que no creo que vuestros testigos hayan visto ningún vehículo oficial. Saben que Zimmer fue asesinado; saben que existe una recompensa con respecto al asesino o asesinos. Probablemente van en pos de esa recompensa.

—Dejemos eso un instante —dijo Reynolds, fríamente divertido—. No interrogó a nadie de la granja porque su vehículo no fue utilizado, según dice. Dígame si conoce al señor Sheridan.

—No. —Ahora era Durant el rígido militar.— Mantengo el mínimo contacto con los burócratas. Los —y miró directamente a Reynolds— llamo por teléfono... para impartirles mis nuevas directivas... o les escribo o envío un mensajero.

—Mayor, ¿conoció usted a Andreas Zimmer? —inquirió Reynolds, dejando de lado tan caballeresco ultraje.

—Lo entrevisté una vez. Cuando le hablé de la nueva directiva, señor, la referente al destino a la industria esencial del llamado «trabajo no disponible» explotado por los otrora grupos privilegiados.

Reynolds enarcó una ceja con ademán pensativo.

—No son de su interés los departamentos civiles, ¿verdad, mayor?

—Ejercen una función. Pero esa función, según he tenido motivos para recordárselo recientemente, está supeditada a lo militar —dijo con calma.

Reynolds suspiró.

—Es un oficial muy correcto, Arthur —dijo a Carlson—. Los prepara muy bien. —Pero Carlson no hizo sino sonreír de la manera menos amistosa. Reynolds se volvió entonces hacia Durant, para formularle otra pregunta:

—¿No tenía ningún motivo de aversión contra Zimmer o contra Sheridan, mayor?

—Son civiles, señor —dijo Durant, fruncido el ceño—. Ni me agradan ni me desagradan. Conocí a Sheridan como director del FBHS, y a Zimmer —miró largamente a Reynolds— como ayudante de Woolcott, del departamento de trabajo movilizado. —Inclinóse hacia adelante en su asiento, como poseído de una nueva idea.— Presumo que su interés en el asunto consiste en defender a Sheridan y que no le importa lo más mínimo Zimmer. ¿Tendría inconveniente, si así lo desea, en decirme qué otra evidencia ha podido obtener? Por mi parte no siento sino curiosidad. Después de todo yo mismo dirigí la investigación preliminar.

—Solamente los testigos en relación con el automóvil oficial, mayor. —La voz fría lo taladraba.

—No ha habido ningún «vehículo oficial», señor. Sus testigos están equivocados, honestamente, o mienten. O, si en verdad hubo algún vehículo, no fue del lado en que resido. ¿O acaso sospechaban que, con el brazo fracturado por entonces, manejé mi automóvil y fui a la ciudad a matar a Zimmer? —Hizo una mueca burlona al otro.— ¿Y si fui el autor de hazaña tan notable, con qué motivo? Si hubiese deseado la muerte de Sheridan o de Zimmer, no habría andado con idas y venidas misteriosas. Habría ordenado sencillamente su arresto y ejecución con la menor demora posible. Después de todo, señor, soy el ejército.

—Mayor —dijo Arthur Carlson en tono de reproche— se está volviendo insultante. Después de todo, el señor Reynolds no hace sino llevar a cabo una minuciosa investigación.

Durant era enteramente el oficial menor que iba perdiendo la paciencia delante del civil despreciado, aunque ese civil fuera un hombre poderoso y temido.

—No es mi intención insultar —dijo a Carlson con tono de indignación en su voz— pero al parecer está siendo insultado el ejército a través de mi persona. Con su permiso, señor... — En verdad se puso en pie y aparentó demostrar su fingida cólera, volcando hábilmente su asiento.

—¡Siéntese! —La voz de Carlson era aguda y resonó con autoridad.— No se alejará de aquí, mayor, hasta que el señor Reynolds haya terminado su interrogatorio sobre cuestiones puramente rutinarias. Debiera otorgarle esa cortesía, fuese o no necesaria.

—No seré insultado por un ... —dijo, en son de protesta y después de haberse erguido jactancioso en su asiento.

—¡Siéntese! —volvió a ordenar Carlson.

Reynolds observaba todo eso con gran atención. Vio el semblante inflamado de Durant. Oyó la voz fría e irritada de Carlson. Y las manos de un militar que temblaban y los ojos asesinos mientras obedecía a su superior.

Durant pensó para sus adentros: he salvado a Dodge, he salvado a los otros y a mí mismo. A todos nosotros en verdad. Casi disfrutaba su propia interpretación teatral. Había sido una maniobra desesperada, esperando que resultara triunfante.

—No existe ninguna otra evidencia, mayor —dijo Reynolds, indiferente e ignorando todo el episodio que acababa de transcurrir—. Empero, no estoy dispuesto a aceptar, como ha aceptado usted, que los testigos mienten o están equivocados. Ya nos ocuparemos de eso durante el juicio. Mas puede explicarme, mayor —y esto no es más que por vía de conversación casual—, ¿cómo es posible que tres hombres nieguen la presencia de Sheridan en la taberna y uno la afirme?

—Entiendo que ello ocurre generalmente durante los procesos. Testigos contradictorios, señor Reynolds. Los jueces aceptan de manera invariable, a menos que existan otras circunstancias, la declaración de varios testigos en contra de la de uno solo. Como sabe, he interrogado a esos tres testigos que niegan. No demostraron ninguna animosidad contra Sheridan.

—Mayor, ¿usted no los, digamos por ejemplo, intimidó?

—¿Intimidarlos, señor? —Durant se sintió ultrajado pero hizo que su voz reflejara incredulidad.— ¿Por qué habría de hacerlo?

—Dígame mayor —habló Reynolds como si no hubiera oído— si cree posible que algún granjero, Lincoln o sus hijos, pueda haber ido en automóvil esa noche a la ciudad.

La tentación era fuerte, mas ingenua, pensó Durant, lamentándolo. Pero meneó con fuerza la cabeza.

—Si lo hicieron, fue en mi automóvil oficial. Dudo mucho que lo hicieran en el propio.

—Mayor, se me ha informado que la hija de Lincoln desapareció esa noche de la casa de su padre.

—Por favor, preferiría no hablar de ese asunto —dijo, adoptando una expresión tímida y malhumorada.

—A propósito, mayor —continuó Reynolds, después de haberse permitido una sonrisa helada—, ¿conoce a un individuo de la granja, trabajador reclutado que responde al nombre de Dodge?

—¿Dodge? —El miedo atacó nuevamente a Durant.— ¿Se refiere al criado viejo que tiene Lincoln?

—¿No sabe quién era?

—¡Buen Dios! —exclamó Durant—. ¡Es un viejo imbécil! ¿Quién era? ¿Pero es que fue alguien alguna vez? —Al decir así mostraba una impaciencia extraña.

—Fue antaño un famoso profesor. Pero los profesores no son cosa que le interesan, ¿verdad mayor? Después de todo usted es militar. —La voz estaba llena de burla.

—Dudo que haya sido jamás profesor, señor Reynolds. Estoy seguro de que se ha equivocado.

Reynolds no contestó a lo manifestado por Durant.

—¿Sabe si alguna vez ha conducido automóvil?

—Desde luego que no. Está medio ciego y casi sordo. El muerto que camina, lo llaman. —Durant rio.— Como otros millares de civiles que uno ve todos los días.

—Mayor, ¿no le preocupa si Sheridan muere por un crimen que no ha cometido? —La rápida respuesta de Reynolds fue así en otra dirección.

—Señor, estoy convencido de que lo ha cometido. Hay testigos que se detallan en mi informe, que juran que entre los dos hombres existía enemistad. Ignoro el porqué. Jamás lo averigüé. Al parecer discutieron en alguna oportunidad o se trata simplemente de alguna antipatía. Con frecuencia es lo que ocurre. —Después mostró señales de viva inspiración.— Veo que las pruebas contra Sheridan son bien débiles, a pesar de los testigos y de lo expuesto por la esposa del mismo Zimmer. Nadie lo vio cerca de su propia casa. No había vestigios de sangre en las uñas ni en las ropas. No existe prueba absoluta de que ambos hombres disputaran jamás. Sheridan es casado; tal vez tuviera una amiga, a escondidas de su mujer, y esté protegiéndola. Es posible que estuviera con ella esa noche. Durante algún tiempo hemos abrigado la sospecha de que la misma esposa de Zimmer fuera la autora.

—Pero usted hizo que la examinaran, mayor. Tampoco tenía sangre entre las uñas ni en la ropa, ni jamás ha sido encontrada el arma con que fue cometido el crimen.

—Tiene usted mucha razón, señor. —Durant pareció aliviado.— No tenemos pruebas contra la mujer, salvo las murmuraciones de los vecinos. No, señor —agregó resueltamente—, temo que Sheridan sea culpable. Después de todo, Zimmer era un hombre cuidadoso y precavido. Por lo menos daba esa impresión. No es verosímil que haya franqueado la entrada a un desconocido. Y había dicho a su esposa que Sheridan venía hacia la casa.

Reynolds reunió sus papeles con gran meticulosidad y se puso de pie.

—He terminado con el mayor, Arthur —dijo—. ¿O es ahora coronel?

—Lo es —dijo Carlson, con voz suave y cordial—. ¿No almorzará conmigo, Hugo?

Pero Durant fue rudamente importuno:

—Señor Reynolds, ¿qué tendría que hacer Zimmer con Sheridan, en todo caso? Zimmer, ayudante de Woolcott.

—Estoy seguro de que lo ignoro —contestó Reynolds, con lejana aversión—. Todo ello resulta bien misterioso, ¿verdad? Creo que estará usted presente durante el juicio.

Durant había sido debidamente reprochado por su insolencia.

—Si el señor Carlson lo desea, sí. De otro modo, no. ¿Qué tengo que hacer con civiles, si no es impartirles directivas?

—No, muchas gracias, Arthur —dijo Reynolds, desdeñando por completo al otro—. Debo continuar la investigación. ¿Mañana?

Los dos hombres abandonaron el recinto hablando como iguales y dejando solo a Durant, quien tomó asiento para encender un cigarrillo. Tenía los dedos húmedos.

Carlson y Reynolds estuvieron ausentes largo rato. Intranquilo y fumando con demasiada rapidez, Durant se aproximó a la ventana. En ese instante, iniciaba su viaje la limousine de Reynolds. Carlson hallábase de pie en el sendero. Hizo una señal cariñosa a Reynolds con la mano y continuó de pie en el mismo lugar, como si esperara. Durant divisó entonces un automóvil negro y vulgar, que se deslizaba con asombrosa rapidez desde

detrás de la casa. En él veíase sentado un hombrecillo vestido de negro, de rostro agudo e inteligente. Carlson asintió con un movimiento de cabeza y el vehículo viejo partió a segura distancia del de Reynolds, cuidando de no ser envuelto por las nubes de polvo.

Bien, pensó Durant, cuya ansiedad había desaparecido. Sentado, encendió otro cigarrillo con ecuanimidad, en tanto se felicitaba a sí mismo. Al hacer de nuevo su entrada en la habitación Carlson, se puso en pie y saludó. El semblante de Carlson era sereno y divertido.

—Coronel Curtiss —dijo, tendiéndole la mano—. Y ahora, he aquí una carta de su mujer. Bien podría prevenirle que será la última.

Arthur Carlson ordenó que fuera servido el almuerzo para ambos en la misma habitación donde Durant fuera interrogado por Reynolds. La reverencia y el respeto casi temeroso del más joven hacia Carlson adquirió un tinte más cálido y el alivio de la tensión de la hora pasada lo hizo exuberante. Estaba lleno de preguntas, pero Carlson, mostrando cada vez más una humanidad suprimida y severamente dominada, sugirió que primero leyese la carta de María. De manera que, en tanto bebían whisky y se aquietaban los nervios de Durant, leyó la carta de su esposa, cuyo sobre no llevaba matasellos ni revelaba con ninguna dirección su actual paradero.

La carta de María era llena de amor y de interés por su marido, plena de serena confianza. Decíase muy feliz y viviendo desahogada «en la clase de lugar donde siempre quise vivir». (Eso quería decir alguna granja, pensó Durant con avidez.) María, antaño profesora de inglés en una escuela neoyorquina,

poseía el don de la descripción y pronto se hizo aparente al marido que con toda maña le insinuaba acerca de su dirección. «El paisaje es muy encantador», escribía. «Echo de menos las colinas que solíamos visitar en nuestras excursiones a las Catskills, pero ahora la resplandeciente llanura de la tierra, el color de la misma y las flores extrañas y coloridas, me parecen más hermoso que el fuerte color verde frío de las montañas de Nueva York.» (¿California? No. California tenía colinas y valles profundos. ¿Florida? ¿Louisiana? ¿Georgia?) La carta proseguía: «Las flores hace mucho que terminaron de florecer, precisamente cuando comienzan a hacerlo allá. Y están brotando ahora las que florecerán en Navidad, bajo un sol cálido y sereno. Mi querido Andy, ¡qué poco hemos conocido jamás de Norteamérica!» (¿Florida? ¡Florida!) «Andy, ¿recuerdas cómo admirábamos el ganado Guernsey y Holstein en las granjas de Nueva York y cómo proyectabas criarlo algún día? Aquí no se ve esa clase de ganado, porque está mezclado con el Brahmin.» (Sí, Florida) «A los niños les place jugar en el agua, aunque para ellos es desconocida.» (Durant experimentó confusión momentánea. La ciudad de Nueva York hallábase rodeada por el agua salada del océano, con excepción de la parte del río Hudson... Entonces vino a recordar, lleno de agitación, que él y María nunca habían llevado a los niños a las playas, porque los hoteles y balnearios estaban desde muchos años en poder de los militares. Les fue necesario acostumbrarse a los estanques de agua dulce, los arroyos y los lagos de otros puntos de Nueva York. Conque los niños nadaban en el mar.

Considerado todo en conjunto, tenía que ser Florida, pensó.

«Me dicen que aquí estamos a salvo y, aunque trabajo mucho, merece la pena. Los niños están muy sanos y curtidos, como

jamás estuvieron allá. En verdad no deseo regresar jamás a Nueva York... Dicen que no debo pensar en volver a verte y que no alimente falsas esperanzas. Pero rezo de continuo. El padre Martin siempre nos decía que Dios jamás ignora una oración. Cuando me siento del todo solitaria, recuerdo que dedicas tus afanes a nuestra patria, lo cual representa el supremo consuelo. No sólo ha sido prudente que lleves otro nombre, sino que tu familia no se halle cerca para distraerte. Sin nosotros, mostrarás menos temor, y podrás dedicar toda tu devoción a nuestra querida patria.»

—Sí —dijo gravemente Carlson, hacia quien se había vuelto Durant, muy conmovido en verdad—, he leído la carta. Fue traída a usted, pasando de mano en mano por hombres valientes con instrucciones de destruirla al menor síntoma de peligro. Ha tardado meses en llegar. Siempre permitimos que nuestros hombres reciban una carta, la última, de sus mujeres y familias. Ello los tranquiliza y serena su mente. Pero ésta será la última misiva que recibirá jamás de su mujer. Existe demasiado peligro en quienes tenemos demasiado que hacer para que nos ocupemos de actuar como carteros. —Extendió la mano con ademán imperativo, para que le devolviese la carta.— Durant, ya sabe que no puede conservarla. Sería un peligro para usted, así como para nosotros.

Durant echó una última ojeada a la escritura de su esposa, antes de obedecer contra su voluntad.

Carlson la fue quemando de manera metódica y, una vez reducida a cenizas y abierta la ventana, arrojólas al viento suave, fragmento tras fragmento. Puede decir lo que quiera, pensó Durant, pero algún día volveré a ver a María y a los niños. Los veré.

—No, no los verá —dijo Carlson hablando tranquilamente desde la ventana, que volvió a cerrar antes de retomar su asiento. No hizo nueva mención de la carta. El tema estaba concluido.

Los guardias escogidos les trajeron la comida en bandejas y abandonaron el recinto. Mientras ambos comían, Durant habló sin cesar, Carlson lo escuchó sin formular ningún comentario hasta que Durant fumó, luego de terminada la comida.

—Bueno —dijo, finalmente. Durant esperó sin que llegara ninguna otra alabanza, por lo que quedó desilusionado unos instantes. Luego Carlson prosiguió—: El doctor Dodge. Por supuesto que se dejará atormentar hasta la muerte en caso necesario y si Reynolds, que al parecer está enterado de que Dodge fue acusado por Sheridan, abriga alguna sospecha veraz. Durant, jamás debemos olvidar que hay individuos, no milicianos, que también libran luchas solitarias por Estados Unidos y por propia iniciativa.

Sonrió a su modo frío y los planos ascéticos de su rostro se aguzaron.

—Raras veces me equivoco en la elección de mis hombres. Supe que usted poseía ingenio, arte e inclinación por el drama y la escena. La Sección 7 es la más importante del país. Necesitaba una persona inteligente, aguda y dinámica que la pusiera en llamas, las cuales servirían a su vez para incendiar a las demás secciones. El tiempo se va acortando. Era necesario improvisar en escala atrevida, grande y valientemente. Ahora quiero expresarle que usted lo ha conseguido mejor de lo que esperaba y en más breve plazo. —Prosiguió, sin detenerse ape-

nas:— Dudo si usted ya contaba con algún método desarrollado en su imaginación al disponer el asesinato de Zimmer, que constituía una terrible amenaza tanto para Colburn como para todos nosotros. Incidentalmente, he sabido que él conocía demasiado. Hasta sospechaba de usted. Una semana más y habría hecho estallar un terremoto a nuestros pies, sacudiendo a la Sección 7 de frontera a frontera. Su improvisación impulsiva para su asesinato fue algo maravilloso; empero, creo que tuvo algo más de intuitivo que de otra cosa. Observe bien, no subestimo la intuición. Siempre he creído que constituye la esencia misma de una inteligencia enorme, una conjunción subconsciente de factores intangibles.

—Sí, fue algo improvisado y sin duda impulsivo —dijo Durant—. Simplemente vi, en un abrir y cerrar de ojos, cómo podría realizarse. No contaba con ningún plan definido al principio. —Sentíase complacido y su rostro era radiante. Luego dijo:— Pero, ¿y las demás Secciones? ¿Nos imitan? Me siento tan condenadamente solo...

—Con frecuencia pienso en lo que Ibsen dijo —manifestó Carlson—: «El hombre más fuerte de la tierra es el que se encuentra más solo.» Durant, su fuerza ha radicado en su aislamiento. No había nadie con quien pudiese consultar en ningún momento. Las consultas debilitan y dan lugar a dudas desastrosas. Si hubiese tenido hombres con quienes consultar, habríase visto en peligro. Podría haberse encontrado paralizado, ya que algunos de esos hombres tal vez fuesen demasiado precavidos, lentos en exceso para la acción o demasiado razonables. En situaciones desesperadas se necesitan hombres desesperados y no inteligencias que razonen. —Examinó a Durant

unos instantes.— Me pregunta en cuanto a las demás Secciones. Puedo decirle lo siguiente: Tan pronto como supe de sus procedimientos aquí —y no me pregunte de qué modo las nuevas llegaron hasta mí con tanta rapidez— fui a Washington para mantener una conversación con mi padre. Juntos visitamos a los Jefes Conjuntos del Estado Mayor, esos bribones concupiscentes y avariciosos, que no viven sino para sus guerras, sus bolsillos y sus panzas. A los pocos minutos de recibidas las nuevas de sus directivas y mucho antes de que nos alcanzaran las furiosas protestas de los grupos privilegiados, vimos todas las posibilidades. Por supuesto, ya sabe —Carlson volvió a sonreír— que interfirió en cierto modo asuntos no relacionados con sus actos contra los granjeros. Por ejemplo, el individuo encargado de ir contra los burócratas, si bien más tarde comenzó a apreciar su acción y a extenderse sobre sus posibilidades. Es un poco exagerado en cuanto a su cautela. Y usted excitó su imaginación... Pero me estoy desviando en cierto modo. Mi padre y yo, durante nuestras entrevistas secretas con los Jefes Conjuntos del Estado Mayor, grandes amigos nuestros, pronto convencimos a esos brutos mecánicos de que las nuevas directivas y los nuevos impuestos traeríanles enorme fortuna personal, mayores aún que sus actuales ingresos. Uno o dos dudaron al principio, pero hasta se unieron al delirio general cuando llegaron a comprender por entero. Ya han adoptado las disposiciones necesarias para triplicar sus sueldos, a costa de los bolsillos de sus otrora amigos, los componentes de los grupos privilegiados. En sus oficinas de Washington han recibido ya protestas procedentes de esta Sección, pero, ¿qué son tales protestas de grupos ya oprimidos y despojados de su vellocino de oro, comparado con más y más dinero para los soldados profesionales? También se muestran

grandemente aprobatorios en cuanto a usted, Durant. Uno de los generales dijo que usted «ha restaurado la autoridad y la majestuosidad de los militares». El general Andersson sugirió que fuese usted ascendido. Y otro general, ¡hasta llegó a decir que se lo nombrase brigadier general! Les traigo su afecto. — Carlson rio secamente.

—Pero, ¿y el presidente? —inquirió Durant, contento y orgulloso de sí mismo.

—El presidente es cautivo de los militares, como lo fue su predecesor. Lo lisonjeamos diciéndole que tenía esos proyectos inultos en su cerebro mucho antes de que le hablásemos de ellos. Siempre ha sentido afecto por los militares, como que acaricia la idea de proclamarse a sí mismo General Supremo del Ejército de la Democracia. Los Jefes del Estado Mayor no se muestran muy cortiplacidos de ello, pero el presidente Slocum se halla muy excitado y probablemente triunfará. Después de todo, tenemos otra guerra y las nuevas guerras necesitan comandantes decididos. Palabras del presidente Slocum.

—¿De modo que...? —inquirió Durant, moviéndose hacia el borde de su asiento, lleno de impaciencia.

—De modo que, desde hace una semana, las directivas por usted impartidas contra los granjeros, y las otras referentes a los burócratas y los MASTS, entraron en vigor en las demás Secciones. El país arde. La olla comienza a hervir. El día y la hora están a punto de llegar. Debemos actuar más aprisa aún. No debemos permitir que ocurra nada que destruya la labor ya realizada ni hay que subestimar el peligro. Interpreto que los granjeros han formado ya una Liga por la Libertad y que los MASTS celebran apasionados mítines secretos en toda gran

ciudad y que los burócratas, preocupados con sus desastres, emiten cada vez menos directivas y ordenanzas de poco valor. ¡Ahora existe no sólo una Liga por la Libertad sino una Liga de Libre Empresa y otra Pro Libertad Constitucional! ¡Imagínese; los burócratas formando una Liga Pro Libertad Constitucional!

Durant estalló en risotadas mientras pensaba que él, nada más que él, había sido el promotor de todo ello.

Como si leyera sus pensamientos, Carlson dijo después:

—Usted podrá haber sido el promotor, Durant, pero la situación estaba a punto. Las ideas jamás se confinan en un solo hombre. Si no hubiera sido usted habría sido otro miliciano, de alguna manera y en alguna parte. Pero prosigamos. Las instrucciones más rigurosas adoptadas por usted contra la masa del pueblo, han sido adoptadas en otras Secciones también. Las madres dóciles de los niños afectados por esas disposiciones intolerables, están enloquecidas, a pesar de las décadas de opresión. El pueblo espera el líder o los líderes. Ya llegará el momento. No es sino cosa de aplicar un poquito más de presión aquí y allá para precipitar una revuelta. Una revuelta sangrienta —agregó Carlson mirando a Durant con sus ojos fríos—. Una revuelta en la que morirán centenas de milicianos anónimos. Incluso nosotros dos.

Durant se tornó bruscamente sombrío. Veía ahora cuán débil era su posibilidad de sobrevivir. Como militar, aborrecido por todo el pueblo, era el enemigo a quien debía derribarse en primer término en cualquier revuelta. Algún miliciano, al aborrecerlo como compendio de la angustia y la tiranía del país, esperaba para matarlo tan pronto se le diese la señal; en algún

lugar, cualquier bruto al servicio de los granjeros, los burócratas o los MASTS afilaba un cuchillo contra él o aceitaba un fusil. Su vida corría inminente peligro. Hoy, mañana, la semana siguiente, un mes o unos meses. Los hombres que como él trabajaban desesperadamente en la oscuridad en nombre de la libertad en cada Sección, serían asesinados en nombre de la libertad.

—No podemos prescindir aún de usted —dijo Carlson—. Durant, es necesario que adopte todas las precauciones contra una acción prematura. Nunca debe estar solo, ni aun en su propia habitación. Ni siquiera entonces —y Carlson le sonrió como si el pensamiento le produjera triste diversión— puede estar seguro de que alguien de su escolta no le introducirá un cuchillo entre las costillas o una bala por la espalda. Y puede ser hasta un miliciano, que se haya introducido en el ejército para hacer exactamente lo que deba hacer.

La firme imaginación de Durant se endureció tenazmente. ¡Sobreviviré! ¡Encontraré un medio!

—En esta nueva agitación, secreta aún pero con más ímpetu cada día que transcurre, la guerra es casi olvidada por todos —dijo Carlson—. ¿Sabía usted, Durant, que contamos con amigos en Europa, Asia y Sudamérica? Han sido notificados de que cuando sepan que esta nación se halla en rebelión contra sus opresores, pueden iniciar con toda seguridad la revuelta en sus propios países. Durant, creo que podemos comenzar a tener esperanza. Tal vez hayan de transcurrir cincuenta años antes de que el mundo esté otra vez completamente libre, civilizado y en paz. Pero lo estará. Podemos estar seguros de ello. Y poseemos el consuelo, aunque nos llegue la hora de la muerte, de que somos sus secretos salvadores.

Muy bien, pensó Durant. Pero volvería a ver a María y a los niños. Si estaba a punto de nacer un nuevo mundo, él estaría en su nacimiento.

—He designado dos guardias escogidos para su servicio personal. Ya han recibido mis órdenes, Durant, de que lo vigilen sin dejarlo solo ni un instante. Y no son milicianos.

Durant se desalentó. El pensamiento de tener constantemente a su vera dos guardias escogidos, incluso durmiendo en su misma habitación y siguiéndole todos sus pasos, era algo que lo horrorizaba. Estaba a punto de formular una débil protesta, cuando Carlson se levantó, indicando con ello que la entrevista había tocado a su término.

—Esta noche —dijo el Magistrado Principal— me agradaría que viniese a cenar a casa de un amigo. Enviaré un pelotón de guardias escogidos para que lo acompañen.

Durant fue acompañado en su regreso a la ciudad por cuatro guardias escogidos, de los cuales dos permanecieron con él. Sus mismos hombres recibieron la noticia con agria sorpresa. Gran don, sobre todo, frunció el ceño, pero después de haberse vuelto para ocultarlo. Ni aun el anuncio del ascenso de Durant a coronel fue capaz de disminuir la irritación de los oficiales.

Durant esperaba en su despacho, solo con los dos guardias escogidos. La noche de otoño presionaba sombríamente contra las ventanas y el viento musitaba de manera ominosa en la oscuridad. Aunque Durant trataba de realizar alguna tarea sentado ante su mesa, la presencia de los guardias le cohibía. Observó el reloj. Eran las siete y media y no sentía apetito. Tal vez Arthur Cari son se hubiera olvidado de él. Al observar el semblante de los guardias, macizo e inexpresivo, preguntóse a

cuántos hombres decentes habrían dado muerte con sus cachiporras y fusiles. Ellos lo miraron a su vez, impasibles. La lluvia comenzó a golpear contra las ventanas, resonando con fuerte melancolía en el silencio. Durant removi6 algunos papeles, pero era inútil todo intento de trabajar. Viose acometido de cierta intranquilidad, de la convicción de que todo era desesperado. Un pensamiento cruzaba su imaginación a la manera del pez en el agua: ¿Qué importaba en definitiva que prevaleciera el bien o el mal? Los hombres vivían y morían, ingenándose para sobrevivir de alguna manera bajo cualquier sistema de gobierno. ¿Por qué unos cuantos luchaban invariablemente para inculcar ideales en el pueblo, suavizarlo, inclinándolo a la paz y la justicia? Jamás lo conseguían.

Fue entonces cuando una curiosa emoción se apoderó de Durant, sin violencia ni cólera ni disgusto. Al sentirla y examinarla, reconoció con sorpresa de qué se trataba: era puro aborrecimiento no adulterado por ninguna pasión ni matiz personal, aborrecimiento dirigido contra todo y contra todos, incluso él mismo. No se mostró aplastado sino lleno de curiosidad, sintiendo su intenso y concentrado poder. Era un fenómeno, objetivo y subjetivo, una cosa existente, disociado de todo toque humano, no suavizado por la vergüenza. Lo reconoció como un mal y no en verdad parte de su propia personalidad; era tan real y sustancial como una piedra, que existía solo y sin mezcla, dotado de su propio intelecto y dirección.

Alzó la mirada con creciente sorpresa y agitación. Los dos guardias lo observaban, al parecer intranquilos, y mientras se hallaban de pie junto a la puerta movieron el cuerpo para descansar primero sobre un pie y luego sobre el otro. No apartaron su mirada de él. ¿Habían experimentado la emanación de ese

odio tan puro, sin destilar, del que Durant llegara a percatarse tan de improviso, ese mal que poseía una mente tan enorme? Durant estuvo seguro de que sí.

—¿Qué ocurre? —inquirió de improviso—. ¿Los ha atemorizado algo?

—Esto... no... no nada, coronel —farfulló uno de ellos, poniéndose colorado—. No sé qué ha ocurrido con éste... pero... fue como si un fantasma o alguna otra cosa... se hubiera metido en la habitación.

Sí, pensó Durant, una presencia. Golpeó con la pluma los papeles colocados sobre la mesa. Recordó lo que le fuera enseñado de niño, acerca de que el mal era algo auténtico y consciente en sí mismo, un espíritu eterno. Los sacerdotes habíanlo llamado Satán, Lucifer. Decían que era una entidad, lo mismo que también lo era Dios. Durant no había querido aceptarlo al llegar a ser hombre y había sonreído en cierto modo indulgente consigo mismo. Según creía, el mal era algo intrínseco del espíritu humano, lo mismo que el bien. Era algo abstracto. Que las mentes más sencillas aceptasen el mal como cosa ausente de ellas mismas, contra el cual podrían luchar más o menos ineffectivamente. ¿Sería posible que Lucifer «rondara de veras por el mundo, yendo y viniendo sin cesar durante la noche en busca de quien poder destruir?» Durant recordó que cuando este algo lo había tocado, había llegado a experimentar un aborrecimiento libre de emociones, un gran poder e invencibilidad.

¿Conocían esta presencia muy a menudo los hombres perversos de este mundo, los tiranos, los asesinos y los opresores? ¿Era ella su guía y su motivo? Es muy místico, pensó Durant,

haciendo por sonreír. Había desaparecido su emoción. ¿La había resistido? ¿Habíase desviado en él algo inviolado y virtuoso? No pudo lisonjearse. Recordó que cuando esa presencia había sido más fuerte, no hubo en él virtud en absoluto sino fuerza y aborrecimiento. Y nada de culpa, sino horror. Ahora se sentía oprimido, vacío, deshecho y muy cansado.

Un pelotón de guardias escogidos vino en su busca, golpeando ruidosamente la puerta. Salió en compañía de ellos en la noche fría y lluviosa. Sentado en el automóvil entre sus dos guardias asignados como escolta personal, vio que algunos de los recién llegados iban en un vehículo delante y otros en otro detrás. Las calles mojadas y destrozadas brillaban a la claridad de algunas lámparas débiles. Pocas personas veíanse por las calles y éstas apresurábanse por entre los charcos y tropezaban en el pavimento destrozado. La opresión se hizo casi insoportable a Durant.

La larga procesión de edificios de ladrillo rojo unos junto a otros desfilaba velozmente ante las ventanillas del automóvil, que chorreaban a consecuencia de la lluvia. Una luz amarilla brotaba acá y allá a través de las sólidas paredes. Los soldados patrullaban solitarios, encogidos lastimosamente en sus capotes, lanzando el ¿quién vive? en cada esquina, de manera mecánica. Los vehículos se detuvieron de improviso. Un destacamento militar apareció moviéndose vivamente y dentro de sus filas viose a cuatro criaturas golpeadas, tres hombres y una mujer. A la claridad de una lámpara, Durant pudo divisar la sangre en sus rostros. «¡Enemigos del pueblo!» Inclinado hacia adelante para estudiarlos con atención, vio sus ropas andrajosas, su desesperación y su dolor. No se trataba de un espectáculo sino de algo muy común en la Democracia. Pero en el acto tuvo

un extraño significado para Durant, aunque había visto cosas similares con anterioridad.

Vino a su memoria el haber sido parte con frecuencia de los espectadores que contemplaban el arresto y la brutalidad de que eran víctimas hombres y mujeres que osaran expresarse contra la tiranía y la opresión. Y había guardado silencio, en su condición de miliciano, en tanto la furia le hacía hervir la sangre y el odio hacia los soldados volvía más sombrío y determinado. Si los prisioneros morían, su muerte no hacía sino apresurar el instante en que sus compañeros estarían en libertad de matar a quienes hubieron matado. Pero ahora Durant miró a los soldados y de improviso viose lleno de compasión hacia ellos, compasión porque habíanse convertido en asesinos, porque habían llegado a perder su humanidad, porque otros individuos los habían hecho convertirse en bestias y porque aceptaban su bestialidad sin la menor lucha.

Al observar a los guardias que lo rodeaban, su compasión fue igualmente hacia ellos. Era su deseo hablarles, en virtud de alguna razón oscura y abrumadora.

—Me pregunto —dijo—, qué habrán hecho esos... criminales.

El guardia más próximo quedó grandemente sorprendido de que el coronel descendiera hasta hablarle. Y contestó con avidez:

—¿No ha oído nada el coronel? Ocurrió hace unas dos horas. El señor Hugo Reynolds, del FBHS, fue asesinado, y supongo que están realizando detenciones.

Durant permaneció inmóvil. Volvió a ver al hombre pequeño e insignificante dentro del insignificante y pequeño automóvil,

a quien Arthur Carlson hiciera una seña ese mismo mediodía, después de que la limousine de Reynolds se hubo alejado de la casa de Carlson.

—¿Quién fue el autor? ¿Cómo sucedió? —inquirió con voz ahogada.

—Pero si el señor Reynolds estaba en su automóvil, ¿sabe, coronel? —El complacido guardia veíase muy ufano por el hecho de que el coronel le dirigiera la palabra y mostróse ansiosamente informativo.— Estaba comenzando a oscurecer y había iniciado la lluvia. El señor Reynolds iba en dirección a su hotel. Cuando el vehículo doblaba una esquina, de improviso apareció como de la nada un automóvil chico y viejo, que iba como si tuviera mucha prisa. Embistió justamente en el medio al vehículo del señor Reynolds y al hacerlo explotó. Estaba lleno de dinamita o alguna otra cosa. El automóvil del señor Reynolds era a prueba de balas, como los de todos los personajes y también reforzado para resistir granadas de mano. Pero el explosivo resultó demasiado poderoso para él. El automóvil del señor Reynolds, junto con el otro y el hombre que iba en su interior, saltaron por el aire. Nada quedó sino un montón de sangre y de destrozos. El señor Reynolds perdió la vida, junto con su secretario y chófer. Dicen que fue algo digno de verse —agregó el guardia con fruición—. Hizo un agujero en la calle, cual si se tratase de una granada. Fue bueno, sin embargo, que no hubiera nadie en los alrededores, por lo que no hubo más víctimas. Parece como si todo hubiera sido planeado para que nadie más resultase herido.

Durant pensó en el hombrecillo insignificante camino de su muerte, resueltamente sereno y sabiendo qué debía hacer. No había habido, ni habría honores para él. Tampoco nadie que le

prestara ayuda ni aliento. Su ayuda y su coraje habían estado en sí mismo. ¿Habría sido él tan valiente?, se preguntó Durant, lleno de humildad. Aunque se había visto con frecuencia en peligro, siempre existía posibilidad de huida o rescate. En todo caso, sabía que no estaba solo. Pero ese hombrecillo desconocido había estado solo y su nombre había desaparecido con él, lo cual no le había importado frente al cumplimiento de su deber.

Muchos purgarían la muerte de Hugo Reynolds, hombres y mujeres inocentes por largo tiempo bajo sospecha de actividades secretas y «subversivas». ¡Aprisa! ¡Aprisa!, pensó Durant. ¡Debemos actuar más aprisa para salvar las vidas de las personas dignas y valientes entre el pueblo!

Los soldados y sus prisioneros habían desaparecido ya en la oscura y ventosa lejanía. ¡No había fin para los Hugo Reynolds! ¡Aprisa, aprisa!, cantaban las cubiertas mojadas de los automóviles. Durant no se sentía ya oprimido ni recordaba el mal sufrido por él mismo, sino compasión. Algo extraño iba levantándose en su mente, una nueva emoción, una idea que era algo asombroso.

El viento y la lluvia aumentaron el ruido, convirtiéndolo de imprevisto en violento. Otra voz se unió, el trueno del otoño y el resplandor del relámpago cruzó el firmamento. Los automóviles recorrían ya calles más amplias si bien más oscuras, arterias impresionantes a cuyos lados alineábanse hermosas mansiones antiguas. Durant vio el enorme edificio que antaño fuera biblioteca famosa, ahora convertido en cuartel para las mujeres reclutadas para el trabajo forzoso en las plantas destinadas a la producción bélica de la Democracia, mujeres traídas de ciudades menores de todo el país. Estas mujeres se hallaban bajo la

guía especial del Departamento de Bienestar Femenino, del que la capitana Alice Steffens era jefa local. Había una guardería para los niños de tales mujeres en la planta baja, pero eran pocos, los alojados en ella y las madres los visitaban raras veces, prefiriendo dejar su cuidado a las nurses y maestros.

Años atrás, Durant había observado la ternura de su mujer para con sus hijos, su vigilancia constante y su intranquilidad cuando los niños se hallaban fuera de su vista. Habíase imaginado acerca de la gran cantidad de mujeres ocupadas en las plantas bélicas, que tenían hijos con gran indiferencia y los abandonaban con verdadera avidez en manos ajenas. Al estudiar luego a esas mujeres de las fábricas, había obtenido la respuesta. Casi de manera uniforme, eran de determinado tipo, de cuerpo grande y endurecido, piel áspera, voz fuerte y sonora y facciones carnosas, que andaban dando grandes zancadas con sus zapatos grandes de madera, su overall azul y su camisa. Eran en verdad brutos con los contornos anatómicos de la figura femenina, pero sin nada más que las distinguiera del hombre.

Ello había sido motivo de discusión con su padre, ya que él era entonces bastante más joven e ingenuo, y éste le había dicho, pensativo:

—Aconteció en Alemania, Rusia y Norteamérica, este emerger de la vigorosa masculinidad física en un gran porcentaje de la mujer. Fue como otro sexo. Las mujeres preferían ocuparse en tareas masculinas y apresuráronse a acudir a las fábricas, primero de manera voluntaria y durante largo tiempo, luego de modo forzoso, a través del reclutamiento, que no les importó en absoluto. Fue el comienzo de la era de la degradación femenina. Tal vez la emergencia de este sexo masculinizado creó

esa degradación o viceversa. Se trata de algo que no estoy en condiciones de decir, pero lo cierto es que se produjo esa clase de mujer. El comunismo realizó grandes avances. La Iglesia trató de hacer algo sobre el particular, urgiendo a las mujeres para que permanecieran junto a sus hijos, pero no obtuvo resultado con esa clase de seres. Carecían de instinto maternal. Primero las fábricas, luego el ejército... y resultó de su agrado. Todo era necesario para ellas. Son los monstruos engendrados por el comunismo y que volvieron a crearlo.

De esas mujeres salieron luego las feroces guardacárceles femeninas, pues la brutalidad brotó naturalmente en ellas. Actuaron como integrantes de los pelotones de fusilamiento, muy a su gusto. También disfrutaban administrando palizas a sus reclusas. Como capataces en las fábricas, se condujeron de manera eficiente en extremo al obligar a la realización de esfuerzos definitivos a las mujeres agotadas y a las que desfallecían. Fueron muy alabadas por su «patriotismo» en los esfuerzos bélicos. Entre las trabajadoras, fueron las únicas a quienes se concedieron raciones extras, tanto de ropas como de alimentos. Empero, jamás se vestían adecuadamente, prefiriendo sus pantalones de franela, amplios, que remetían en las botas de goma en invierno o en las de cuero en otras estaciones, las abultadas camisas, los chaquetones cuadrados y las bufandas que enrollaban apretadas sobre la cabeza y anudaban en la garganta. Andaban por las calles arrogantes, abriéndose camino por entre la muchedumbre a fuerza de codazos y empujones, con la mirada apagada fija hacia adelante.

¿Qué haremos con esos animales, una vez restaurada la república?, pensó Durant. Eran más peligrosas aún que los hom-

bres, por ser instintivamente de naturaleza totalitaria y factibles de ajustarse tan sólo a un régimen totalitario. ¿Sería necesario aprobar en el futuro leyes que prohibieran el trabajo femenino en las fábricas o su alistamiento en el ejército? La locura mundial había las puestas de manifiesto. En una era de cordura tendrían que desaparecer, como desaparece todo anacronismo al hacersele imposible el ambiente que lo rodea.

Durant vio que mientras él pensaba, los vehículos se habían detenido. Observó una gran casa aislada, en medio de un parque empapado por la lluvia, a su vez aislado por alta verja de hierro. Un guardia escogido abrió la puerta. La noche era tan oscura que Durant no pudo vislumbrar sino una impresión confusa de la casa, recortada contra la intensa lluvia. Una o dos ventanas hallábanse iluminadas. Descendió del automóvil, y, rodeado por sus guardias ubicuos, fue hacia la casa para penetrar en ella al abrirse la puerta. Se halló en un reducido pero severo vestíbulo donde era esperado por el Magistrado Principal.

Arthur Carlson despidió a los guardias con ademán rápido y los dos quedaron a solas.

—¿Ha sucedido algo? —inquirió, dirigiendo a Durant una ligera sonrisa y aguzando su mirada.

—Acabo de saber del... accidente al señor Reynolds —contestó.

—Sí. Algo lamentable, ¿verdad? —La sonrisa fría brilló un instante en los ojos de Carlson.— Algún fanático, sin duda. ¿Quién otro daría su vida de ese modo? —Se apoderó del brazo de Durant con gesto amistoso, abrió una puerta y lo condujo al interior de una habitación agradable, suavemente iluminada.

Un fuego ardía en la chimenea de ladrillos y frente al mismo veíase un sofá semicircular. Al aproximarse los dos hombres, volvió la cabeza sonriente la mujer que lo ocupaba. Durant quedó sorprendido, porque esa hermosa mujer de ojos de color azul oscuro y cabellos negros, ataviada con un encantador vestido gris, era la capitana Alice Steffens.

—¿Cómo está, coronel? —preguntó, volviendo a sonreír y tendiéndole la mano blanca, en la cual resplandecían los anillos—. Ahora es coronel, ¿verdad?

Durant tomó asiento a su lado, sin dejar de contemplarla con fijeza, lo cual divirtiolo al extremo de reír. Al mirar a Arthur Carlson, de pie próximo a ella, los ojos de la mujer resplandecieron.

—Sí, Alice, ya es coronel —contestó el Magistrado Principal. Miró a la mujer, con lo que se produjo un cambio en su expresión, tierna pero alejada. Vuelto hacia Durant, dijo—: Alice es de los nuestros, como sin duda habrá adivinado.

—Departamento de Bienestar Femenino —dijo Durant nada amable, pensando en los cuarteles ante los cuales acababa de pasar y enojado por alguna razón desconocida.

—Coronel del ejército de la Democracia —dijo Alice tocándole levemente el brazo y riendo otra vez. Su rostro brilló con algo de burla, como si Durant le resultara divertido. Su garganta, redonda y blanca, parecía de satén al resplandor de la chimenea. Era toda alegría y seguridad femeninas y un perfume suave esparcíase a su alrededor, constituyendo una excitación tangible.

—Capitana, ¿se llama usted realmente Steffens? —preguntó Durant, que había comenzado a observar a Carlson con curiosa comprensión.

Ella sonrió.

—Coronel, ¿es necesaria esa pregunta? —dijo Carlson tranquilamente.

—No. —Durant comenzó a observar alrededor del aposento, lleno de confusión. Las lámparas se hallaban reunidas en el centro, con lo cual las sombras movedizas llenaban los rincones. En uno de ellos, algo alejado, se veía a un hombre sentado y fumando en silencio. Era difícil verlo con claridad, pero Durant tuvo la impresión de que se trataba de un individuo muy alto y delgado y nada joven, de rostro estrecho y distinguido y piernas largas. Fumaba su pipa, cuyo bol tenía en la mano. A pesar de la penumbra, Durant palpitaba en el desconocido fuerza y suavidad, junto con enorme inteligencia.

—Coronel —dijo Carlson—, tenemos otro invitado. El padre de Alice, señor Steffens. Señor Steffens, el coronel Curtiss.

—Buenas noches, coronel —dijo el señor Steffens, con un movimiento de cabeza.

Durant farfulló algo a su vez.

Era de su agrado el sonido de la voz del señor Steffens, vigorosa y suave, llena de pensativo dominio. Trató de ver con más claridad el semblante del otro, mas la mano que sujetaba la pipa impedíalo en parte. Por lo demás, el rostro del mismo Durant estaba iluminado tanto por las luces como por el resplandor de la chimenea, siendo evidente que el señor Steffens lo estudiaba.

—¿Vino o whisky, coronel? —preguntó Carlson, dirigiéndose hasta una mesa en la que había dos botellas y cuatro vasos.

—Whisky —contestó Durant. Luego agregó, inane, pues comenzaba a sentirse intranquilo bajo el examen del señor Stef-fens—: ¿Vive usted aquí, capitana... quiero decir señorita Stef-fens?

—Sí, coronel —contestó, moviendo graciosamente la cabeza—. Pero mi padre no vive conmigo. —Ya no sonreía. Suspiró.

Cuando Carlson le entregó el vaso de vino, sus dedos lo tocaron un instante. Él los apartó con presteza y alcanzó su vaso a Durant. Tomó asiento, mas no junto a Alice, y dijo:

—Por lo general es poco prudente que nuestros miembros se conozcan entre sí, pero creí que debía saber usted quién es Alice, coronel. Porque el diapasón de nuestra labor tendrá que aumentar con rapidez. Pronto será ahora o nunca. Puede ayudar a Alice y ella a usted. Me ha referido que las madres bajo su inmediata jurisdicción se vuelven cada vez más desesperadas, a medida que sus jóvenes hijas les son arrebatadas para enviarlas a los campos de trabajo y a las fábricas. Han sido confiscadas algunas de sus cartas para esas hijas y resultan «subversivas». Alice tiene idea de activar la separación de sus hijas, de modo que las madres ignoren su paradero y se vuelvan frenéticas.

—Creo que es muy necesario hacer eso —dijo Alice con profunda tristeza— si las mujeres de esta zona han de rebelarse pronto. Por supuesto, sin que ellas lo sepan, mantenemos un fichero con las direcciones de sus hijas, las que serán devueltas a sus madres en el momento oportuno.

—Fueron las mujeres de París, y no los hombres, quienes arrastraron la Bastilla —dijo el señor Steffens, en son de consuelo.

—Todo este dolor y este sufrimiento —dijo Alice, intranquila.

—No lo originamos nosotros. Tratamos de destruirlo —terció Carlson con voz fría y de reproche—. El pueblo lo quiso y tratamos de rescatarlo de su propia situación desgraciada y de su propia estupidez. Estamos aguijoneándolo para la acción. Si fracasamos, y ello podría ocurrir muy bien, si se tiene en cuenta la mentalidad de la mayoría de los hombres, habremos hecho todo lo posible. Contamos con nuestros propios líderes, dispuestos para cuando se presente el momento, y millares de hombres y mujeres anónimos a través de todo el país, que incitan al pueblo. —Sus palabras sonaban bastante razonables, pero el desprecio las volvía heladas.— En ocasiones me pregunto si el pueblo es merecedor de nuestros esfuerzos. —Miró sombría y fijamente al fuego.— Hemos perdido doscientos hombres durante los dos últimos meses, hombres buenos que no podemos perder, ya que son la semilla de la libertad. Murieron... ¿por qué?

—Por la república, como ha dicho usted con frecuencia, Arthur —habló el señor Steffens desde su rincón—. ¿Cree que una nación es una idea abstracta y la libertad algo aparte del hombre?

Durant escuchaba con sorpresa. No había oído jamás en la voz de Carlson esa nota tan amarga ni tan sombría.

—Siempre hemos fracasado a lo largo de la historia —prosiguió Arthur Carlson como si el señor Steffens no hubiera hablado—. Siempre salimos derrotados al final.

I —Pero también triunfamos siempre y siempre nos sobreponemos a nuestra derrota —dijo el señor Steffens—. ¿Qué opina de todo esto, coronel?

Durant vaciló, al pensar una vez más en su singular experiencia en su oficina. Experimentó que Carlson lo observaba con intenso y repentino interés.

—A menudo he pensado del mismo modo que el Magistrado Principal —admitió—. Y luego, esta noche...

—Creí que se había operado el cambio en usted —dijo Carlson, algo divertido—. ¿Qué ha acontecido esta noche?

Pero Durant no pudo decir nada. Bebió apresuradamente.

—Recuerdo lo que dijo Cristo —expresó el señor Steffens—: «Compadezco a las multitudes.» Usted jamás ha experimentado semejante compasión, Arthur.

—¿Compasión? —Carlson rio brevemente—. ¿Compasión por un pueblo que ha permitido la muerte de su soberanía y de su libertad sin la menor lucha y complacientemente? ¿Que permitió que el totalitarismo se estableciera en Estados Unidos? ¿Qué miró a los traidores y asesinos sin levantar jamás la mano contra ellos? ¿Qué eligió, una y cien y mil veces, año tras año, a criminales, saltimbanquis y necios que lo esclavizaron más cada vez? ¿Qué inclinó la cabeza con mansedumbre bajo toda ley opresiva sin expresar la más leve protesta? ¿Que dejó que murieran los valientes, a causa de su despecho, su envidia y su avaricia? ¿Que nada sabía de los derechos del estado ni levantó el menor grito al ser arrogados tales derechos por un gobierno malicioso y centralizado? ¿Que contempló con malsana satisfacción el asesinato de negros, judíos y otras minorías? ¿Que

se dedicó con avidez a una guerra tras otra, gritando estribillos estúpidos? ¿Hemos de tener compasión por esos millones que en forma permanente derrocaron la libertad y entronizaron a los tiranos?

—Compadezco a las multitudes —repitió el señor Steffens, con su voz fuerte y serena.

—¿Por siempre? —inquirió Carlson.

—Por siempre —convino el otro.

A la memoria de Durant acudieron los granjeros, los burócratas, los MASTS, los soldados y los guardias escogidos, las mujeres depravadas y los hombres tímidos. Pensó en Andreas Zimmer y en los de su especie, y en los Hugo Reynolds. Sosteniendo el vaso en las manos, contempló el charco amarillento que era el whisky en el fondo del mismo. Y dijo, como si hablara consigo mismo:

—He aquí lo que pensaba esta noche. Y pienso ahora que los hombres buenos vacilan demasiado y no poseen fuertes convicciones, pero los hombres malos siempre proceden en el acto y llenos de seguridad. En cierto modo, pues, los hombres buenos son culpables de la destrucción de una nación tanto como los malos. Acaso sean más culpables aún, pues saben lo que es el honor, la decencia y la virtud y no hacen nada acerca de ello.

—Están en minoría —dijo Carlson.

—No —dijo Durant, moviendo la cabeza—. Los que están en minoría son los malos. Simplemente saben lo que desean y se dan a la tarea de conseguirlo, mientras los buenos hablan, se en cogen de hombros o se dicen a sí mismos que no tienen remedio. Pero nunca es así; sencillamente son débiles. —Miró

a Carlson, antes de proseguir:— Podríamos espolear más y más al pueblo sin que éste hiciese nada, no importa lo que le aconteciera, a menos que la mayoría del mismo aguardara esperando la liberación. En cuanto demos la voz, estallará en acción. Aunque hubiera en Estados Unidos el doble de milicianos que ahora, nada podrían hacer si el pueblo no estuviera tras ellos. Y el pueblo pronto lo estará. Hubo un tiempo en que pensé que cuando oprimiésemos a los opresores, éstos se rebelarían para dirigir personalmente al pueblo. —Volvió a mover la cabeza.— Esa es parte de la respuesta, pero sólo parte de ella. La respuesta es el pueblo.

—Sí —dijo el señor Steffens, cuyo rostro permaneció oculto unos instantes detrás de la nube de humo arrojada por él mientras fumaba su pipa—. Coronel, en mi época también he sido militar. Fui general de cuatro estrellas en lo que entonces formaba el ejército de los Estados Unidos. ¿Podría decir que... que me retiré? Ello tuvo lugar hace veinte años. A través de un largo período de tiempo, había ido contemplando la decadencia gradual de las libertades del pueblo, el entumecimiento de su conciencia y su indiferencia ante la destrucción de su país. Vi la cantidad cada vez mayor de hombres activos y de mirar feroz, dedicados a su tarea de establecer el totalitarismo en Norteamérica. Y los vi triunfar. Lo hicieron con tal seguridad y convicción que el pueblo fue persuadido. Y observé el silencio de los hombres buenos. Digo, lo mismo que usted ha dicho, que éstos fueron más culpables, pues sabiendo el fin nada hicieron para salvar al pueblo. ¿Tenían miedo? Creo que no. Opino que fueron cínicos. Es cosa extraña que los buenos sean cínicos, pero jamás los malos no lo son.

Después prosiguió, dirigiéndose ya a Carlson:

—Arthur, antes de la llegada del coronel, te referías al hecho de que la mayor parte de nuestros grandes recursos naturales han sido disipados en guerras interminables y que no ha sido anunciado ningún descubrimiento científico de verdadera importancia durante los últimos veinte años o más, con excepción de unos cuantos antibióticos, y que toda la tarea del mundo durante décadas se ha contraído a la muerte y a la tiranía. Concedido que, tanto en el terreno científico como en el constructivo, no hemos progresado durante los últimos veinte años. Pero resta el pueblo y, una vez que recupere su libertad, recobrará el tiempo perdido. —Durant tuvo la impresión de que el otro sonreía.— Ni siquiera la ciencia existe separada de la humanidad. No es algo abstracto. Inventaremos o hallaremos nuevos recursos, en reemplazo de los gastados en las guerras.

—Sin embargo —dijo Carlson— llevará un cuarto de siglo o más que el mundo se recupere material y científicamente, y tal vez cincuenta años la restauración de su moralidad, su paz y su estabilidad, tal como la tenía antes de mil novecientos catorce. Por cada dos pasos que damos hacia adelante, damos otro hacia atrás.

Durant observó que Alice había extendido la mano hacia Carlson y que éste ni siquiera se percataba de que los dedos de ella oprimían de modo consolador los de él. El profundo sentimentalismo del joven coronel experimentó fuerte sacudida, irritándolo el ver que Carlson hacía caso omiso de todo el amor y la belleza que le eran ofrecidos de manera tan conmovedora. El estudio del agudo perfil de Carlson vino a demostrarle que tal vez éste no estuviera en realidad tan aislado, ya que se observaba en los ojos y en la boca una sombra algo más oscura que

de ordinario. De manera que Durant, sin oír lo que a su alrededor se hablaba, dedicó más atención a Alice Steffens, fascinado por la personificación de aquello para lo que en realidad había sido creada la mujer, todo suavidad y fuerza, encanto y color. Vino* a su memoria lo realizado en la mujer por haberse convertido en proletaria Norteamérica, privándola de su gloria peculiar femenina y desposeyéndola de color, al extremo de que parecían figuras de barro animadas. Luego pensó que las ideas son capaces de hacer que el cuerpo físico del hombre resplandezca o también, en el caso de ideas groseras y feroces, alterar sus contornos y deformarlo. La enfermedad del alma reflejase en su carne, no siendo esto una teoría debida a los sacerdotes sino un fenómeno auténtico.

Lo feo, lo oscuro y lo deforme no admiten la convivencia en el mismo mundo con la luz, la grandeza y la belleza. Y como las cosas malas son por lo común más poderosas que las buenas, el totalitarismo ruso, junto con el norteamericano, habíanse dado a la tarea de destruir cada uno a su manera lo que les resultaba intolerable y amenazador. Y por eso fue, pensaba Durant, por lo que el comunismo ruso jamás había creado grandes artistas ni científicos exaltados y por lo cual, durante varias décadas, Norteamérica tampoco había producido nada glorioso, sublime ni heroico. La labor del totalitarismo no era solamente la muerte del cuerpo sino también la del alma.

Durant se percató del sonido de la voz del señor Steffens y fue para él como si tal voz no fuera ya tan sólo amable y pensativa sino llena de autoridad.

—El hombre proyecta una sombra larga tan sólo por la mañana y a la puesta del sol. Permanece en su propia sombra en el punto culminante del mediodía.

Carlson iba entonces de un lado a otro de la habitación, cual si estuviera oscuramente agitado, y Durant deseaba que hubiera escuchado esos últimos instantes. El señor Steffens hablaba otra vez, y la autoridad de su voz dominaba la habitación:

—Si Dios no existe, el hombre carece entonces de significado, no es sino un animal y nadie necesita interesarse por él. Porque sólo Dios confiere significado al hombre.

El Magistrado Principal no contestó, sino que fue de un lado para otro, seguido por la mirada ansiosa de los hermosos ojos de Alice. Luego se detuvo bruscamente delante de Durant y dijo:

—Sus guardias están preparados para conducirlo de regreso a la granja. —Su voz era impersonal.

Durant se puso en pie, obediente y fastidiado. ¿Por qué había sido llevado a ese lugar? Ciertamente que no había constituido una visita social, pues Carlson habíale dirigido la palabra apenas y Alice no le había dedicado sino algunas sonrisas, vagas pero encantadoras. No le parecía, sino que el señor Steffens era lo único que le resultara de interés, y que ese interés había sido ligero. La labor en que todos se hallaban empeñados resultaba demasiado importante para derrochar el tiempo, y esa velada había sido derrochada. Durant abandonó el recinto, bien tieso, luego de haber saludado a Carlson y efectuado una reverencia ante el señor Steffens y Alice.

Una vez que hubo desaparecido Durant, Carlson se volvió para sonreír al señor Steffens, a quien preguntó:

—¿Y bien, señor?

—Un joven excelente —fue la respuesta—. Es tal como usted había dicho. Y más aún. Arthur, como de costumbre, se ha conducido bien. Trate de conservarlo, pues no creo que convenga desprenderse de él.

—Hemos podido conservarlo hasta ahora. Haré cuanto esté a mi alcance. Por supuesto, al final tendrá que correr el albur, junto con todos nosotros.

El señor Steffens abandonó su rincón y quedó iluminado por el resplandor de las lámparas, junto con el de la chimenea. Su semblante delgado estaba lleno de autoridad y de vigor, no obstante la suavidad de sus ojos pensativos. Una vez sentado a la vera de su hija, le tomó la mano.

—¿Hasta qué punto está enterado? —inquirió.

—Solamente lo que le hemos dicho y lo que haya descubierto por sí mismo.

—Y me imagino que no es poco lo que habrá descubierto, Arthur. Posee una mente muy activa y sutil, a más de contemplativa. Los otros a quienes he visto esta noche son también individuos valiosos, pero sobre todo dos de ellos, cuando menos, son demasiado propensos a recibir órdenes y proceder al pie de la letra. El coronel se vale de su imaginación, y se ve que hay rebeldía en él. Eso es bueno.

—¿Cómo salen mis hombres de su comparación con los de otras secciones, señor?

—Los hay excelentes en todas las secciones —sonrió el señor Steffens, las arrugas de cuyo semblante se hicieron menos pronunciadas—. ¿Trata de que lo lisonjee demasiado, Arthur? —Se puso serio.— Creo que podremos dar la señal antes de lo

esperado. Me temo que ello significará más muertes, pero es necesario Triunfaremos, estoy seguro de ello. Miró a Carlson.— Arthur, tengo que pedirle de nuevo que no considere el martirio de su parte como única solución. En los próximos años usted nos resultaría inapreciable.

—El pueblo tiene que tener un demonio —dijo Carlson, me dio riendo—. Recuerde que tiene una mente infantil. Les resultaría confuso que ese demonio se convirtiera de improviso en santo. Comenzaría a dudar.

Alice se puso pálida. Se paró resueltamente y extendió sus manos a Carlson.

—¡Arthur! —exclamó.

Al mirarlas él vaciló. Luego las tomó suavemente y dijo:

—Alice, deseo que abandones tu cargo del Departamento de Bienestar Femenino. Quiero que desaparezcas. Ve y ocúltate antes de que sea demasiado tarde.

—¿Por qué? —inquirió ella, apretándole aún más las manos.

—Ello me haría más dichoso —fue la respuesta dada, luego de alguna duda—. Porque me agradaría recordar, al final, que estás sana y salva. Me alegrará pensar que te casarás una vez que todo haya concluido y que tus hijos reconstruirán a Norteamérica.

—Quiero que esos hijos sean nuestros —dijo ella, olvidando la presencia del padre. Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas.

—Es imposible, Alice —dijo Carlson, moviendo la cabeza—. Ya te lo he dicho muchas veces. Hay que hacer lo que hay que hacer. No hay ni habrá en mi vida lugar para las cosas que otros hombres tienen. Lo sabes, lo supiste desde el principio.

—Mi querida —dijo el señor Steffens poniéndose de pie y rodeando con su brazo el cuello de la hija—, comienzo a comprender. Arthur no habría podido llevar a cabo todo lo que ha realizado si no hubiera sido lo hombre que es. Algunos hombres nacen de manera inexorable para el heroísmo y el martirio sin que nada pueda alterar ese plan. Déjalo que siga su camino.

—Señor, ¿persuadirá usted a Alice de que parta mañana? —inquirió Carlson, sonriendo con profunda apreciación.

—No —dijo Alice, dejando caer las manos con ademán de cansancio—. Me quedaré. Nada hay capaz de hacerme ir. Ni aunque te niegues a verme de nuevo, Arthur. —Lloraba al decir esto y su lindo rostro habíase vuelto más severo.— No hablemos más de ello. Como has dicho con respecto a tus hombres, yo también correré mi albur.

—Harás desdichado a tu padre de ese modo, Alice.

—Él también tendrá que correr su riesgo —dijo, sonriendo tristemente.

El señor Steffens retiró el brazo del hombro de su hija. Tomó asiento de manera pesada y fumó su pipa. Los otros lo observaron mientras tenía la mirada fija en el fuego. Luego habló:

—Tengo sesenta y cinco años. La mayor parte de mi vida he sido soldado. Me retiré por mi propia voluntad porque, como ya he expresado, mi salud se debilitaba. Pero lo cierto era que, como ustedes dos saben, no podía resistir más las guerras, esas

contendias desesperadas y carentes de sentido, el militarismo permanente, el proyectar de manera interminable la muerte y la destrucción. Al inclinarme ante el mandato del Cónclave para convertirme en presidente de los Estados Unidos una vez derrocada la tiranía en mi país, experimenté mi deber de aceptar. Pero ahora no estoy tan seguro. No estoy cierto de poder enfrentar de nuevo la violencia que de manera inevitable surgirá antes de que podamos restaurar la libertad, la paz y la Constitución. El mal se halla tan firmemente establecido en nuestra nación, igual que en todo el mundo, que no cederá sin cometer atrocidades. ¿Puedo encarar tal contingencia? ¿Podré recordar otra vez el ser soldado, firmemente, sin temor y sin cansancio? Lo ignoro.

—Papá —dijo Alice, alarmada y olvidando su propio sufrimiento—, en una oportunidad casi resultaste elegido presidente y no te derrotó sino el fraude y el engaño. Entonces te mostraste dispuesto. ¿Por qué piensas en cambiar de idea, ahora que tanto te necesitamos?

—No estoy seguro —dijo, sonriéndole cariñosamente— de que un militar deba ser jamás presidente; digamos, ni siquiera un militar que siempre ha aborrecido al militarismo.

—Porque un militar que aborreció al militarismo es el más indicado para restaurar la república. —Carlson habló con frío e irritado énfasis.— Señor, usted sería el primero en descubrir los signos primeros de la enfermedad, doquiera apareciesen.

El señor Steffens se mantuvo silencioso.

—¿No pensará abandonarnos, señor? —habló amargado Carlson, luego de una corta espera.

—No —dijo el más viejo, sonriendo después de haber dado un respingo—. No los abandono. Sólo espero tener la fuerza suficiente...

Se puso en pie, agachados los hombros y al parecer olvidado de Carlson y de su hija. Luego sus hombros fueron enderezándose con gran lentitud. Por último, se volvió, muy erguido y con el paso firme, para abandonar su lugar, como podría hacerlo el soldado que se dirige a ocupar su puesto. Carlson y Alice lo observaron ir en silencio y oyeron cómo la puerta se cerraba tras él.

El fuego crepitaba en la chimenea y el viento del otoño se convirtió en rugir en medio de la quietud. Antes de que Carlson pudiese moverse o hablar una sola palabra, Alice le había arrojado los brazos al cuello y estrechado contra su pecho. Mas esta vez sin volver a llorar, sino manteniéndose en pie, ferozmente callada y estrechándolo hasta que él, de manera involuntaria, la abrazó con fuerza y le besó los cabellos.

—Es inútil, Alice —dijo.

Pero ella lo retuvo, sin dejarlo ir.

Al hacer su entrada en el vestíbulo para retirarse, Durant advirtió el cambio de sus guardias por otros dos, más jóvenes, más delgados y ágiles, ambos oficiales. Una vez que lo hubieron saludado, le informaron acerca de las órdenes recibidas en el sentido de no dejarlo a solas ni un instante y de que reemplazaban a los dos guardias escogidos por indicación del Magistrado Principal.

—¿Qué había de malo en Tim y Jack? —inquirió, lleno de irritación—. Eran sargentos, pero buenos individuos. ¿Por qué he

de necesitar oficiales? Ya tengo demasiados hombres del ejército regular, con mis dos capitanes, un teniente y un sargento.

Uno de los guardias sonrió algo despectivamente, aunque su respuesta fue muy cortés:

—Coronel, hemos recibido nuestras órdenes y la guardia escogida es ahora vuestra escolta. —Él y su compañero saludaron y se colocaron atentamente a un costado, esperando que abandonase el vestíbulo.

Al resolver que ninguno de los guardias era de su agrado, Durant debatió consigo mismo la idea de regresar para solicitar a Carlson que los relevase de su obligación. Miró al guardia de la derecha, de rostro delgado y liso, cuyos ojos eran como cristal azul y brillante.

—¿Cómo se llama, teniente? —inquirió.

Nuevamente se produjo el vivo saludo demostrativo del débil desprecio experimentado por los guardias escogidos hacia los componentes del ejército regular, desdén apenas perceptible por ser tan elaboradamente cortés.

—Beckett, señor, John Beckett.

Durant se encogió de hombros, plenamente percatado del desdén, antes de volverse hacia el otro, enarcadas las cejas.

—Sadler, señor, Chard Sadler —fueron sus palabras.

Había algo en Sadler que llamó la despierta atención de Durant, algo vagamente familiar. El semblante de Sadler era algo alargado, con la nariz bastante sobresaliente. La boca era recta

y delgada y los ojos de una expresión tan inflexible y fija mientras observaban a Durant, que éste se sintió atemorizado. Mientras Durant lo estudiaba, esa expresión de sus ojos desapareció para no revelar sino un disciplinado vacío. ¡Pero, maldito sea, pensaba Durant, parece como si me aborreciera!

—Sadler, lo he visto en alguna parte —dijo Durant—. Y usted me ha visto a mí. ¿Dónde ha sido?

—Jamás lo he visto, coronel —fue la respuesta del joven, que frunció el ceño e inclinó a un lado la cabeza, confuso. Era una voz dura y recortada, cuyas entonaciones no resultaban desconocidas para Durant.

—Ambos hemos arribado ayer, procedentes de la Sección 2 —dijo Beckett—. No lo hemos visto hasta esta noche, señor.

Lleno de confusión aún, Durant salió hacia la noche. La lluvia había cesado. Penetró en el automóvil con sus guardias, cada uno de los cuales se sentó a su lado. El chófer, un joven perteneciente al ejército regular, puso el vehículo en movimiento y partieron en silencio. Durant casi olvidó a Beckett, sentado a su izquierda, pues tenía toda su atención concentrada en Sadler. Éste observaba todo cuanto desfilaba ante ellos con la vigilancia de un animal salvaje, aunque no realizaba movimiento de ninguna especie y apenas parecía respirar. Sé que lo he visto en alguna parte, pensaba Durant, con creciente intranquilidad, percatado agudamente de la ferocidad fija y sin pestañear que lo animaba. Le produjo una pequeña y triste satisfacción hacer de manera bien visible la señal contra el mal de ojo. Si alguno de los guardias se percató del gesto, era cosa imposible de decir para Durant. Pero esperaba que sí y que se dieran cuenta de su significado.

A diferencia de los otros dos guardias, era imposible arrastrarlos a la conversación. Hallábase decidido a que no lo espíaran en todo instante y se ocupó en trazar pequeños proyectos. Su aversión hacia ellos volvióse casi intolerable. Recordó la compasión que experimentara hacia Tim y Jack. Pero no había compasión hacia estos dos.

El vehículo hubo de detenerse en una esquina oscura y barrida por el viento, toda vez que una numerosa tropa de camiones cruzaba velozmente, cargada de material de guerra. Avanzaron ruidosos en la vacía oscuridad, sus faros maliciosos resplandeciendo ante ellos, iluminando con su viva y abundante luz los muros de ladrillo y las ventanas de los edificios sumidos en el sueño. Una vez que hubieron terminado de pasar, reanudó su marcha el automóvil. Durant veía ya el lejano vibrar de las rojas chimeneas de las fábricas dedicadas a la producción bélica, que arrojaban la sombra de sus llamas más bien oscuras contra el cielo nocturno y cubierto de nubes. Fuegos infernales encendidos en honor de los locos dioses de la guerra, fuegos que sin cesar devoraban la vida y la sustancia de toda una nación, pensaba Durant, presa de un nuevo ataque de desesperación. ¡Aprisa, aprisa!, se dijo a sí mismo. ¡Dios Todopoderoso, aprisa!

Recordó las noticias leídas algunas horas antes ese mismo día. En ellas se informaba con tono jubiloso que Río de Janeiro y Buenos Aires habían sido sometidas a «un nuevo ataque (le nuestros aviadores con bombas atómicas y de hidrógeno». Tantas eran las mentiras puestas en circulación por el gobierno, que Durant abrigó la débil esperanza de que esto también lo fuera. Tembló al pensar en esas ciudades blancas y brillantes, con sus grandes avenidas, sus parques y sus estatuas,

hermosos en verdad. Según los informes oficiales, todo eso era ya un montón de ruinas y desde las montañas se contemplaban los destrozos humeantes. «¡Tres millones de muertos!», clamaban los periódicos. Dios Todopoderoso —repetía Durant en lo más íntimo de su corazón—, que no fuera cierto. Mas al apagarse la esperanza en él, la desesperación fue como una gran enfermedad en su cuerpo. Le parecía como si viera ante él todo el mundo violado, con sus ciudades destrozadas y emponzoñados sus campos, con sus multitudes famélicas y gritando de un lado para otro, atacándose sus componentes entre sí para matarse y despojarse, en su loco afán de vivir otra hora, otro día u otra semana más. ¡El materialismo dialéctico! El hombre pagaba con su sangre, y con él la tierra enrojecida, la enfermedad contraída... «ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...». ¡Aprisa, aprisa, por favor!

—¿Un cigarrillo, señor? —Era Sadler quien preguntaba.

Sin saber apenas lo que hacía, Durant tanteó con los dedos temblorosos el paquete que le era ofrecido. Una luz le dio en la cara y examinó los ojos de Sadler. Le fue imposible desviar la mirada; esos ojos lo hipnotizaban. Porque habían perdido su expresión inflexible y ahora se habían vuelto más estrechos, curiosos y reflexivos y de ellos había desaparecido el odio.

Sadler apagó el fósforo, después de haberlo aproximado al cigarrillo de Durant.

Éste fumaba, seca la garganta y latiéndole violentamente el corazón. ¿Qué había hecho él para que cambiara la expresión de los ojos de Sadler? ¿Qué movimiento había realizado en su desasosiego? No pudo saberlo, pero supo con certeza más firme y atemorizadora que había visto esos ojos antes, igual

que esa mirada. Vino hasta él una impresión, apagada y fugaz, de verdor, de quietud y una voz. ¿Qué voz? Una más baja y más lenta que la de Sadler, y sin esa dureza.

El automóvil aumentó su velocidad en las calles vacías y pronto se vio en marcha hacia el campo. Absorto tanto por su temor como por su desesperación, Durant se recuperó estremecido tan pronto como el automóvil dobló para penetrar en el sendero de la granja de Lincoln. Tan sólo una luz brillaba en una ventana inferior. Sus hombres habíanse retirado a descansar y él se hallaba solo con los guardias escogidos. Tendría que desembarazarse de ellos de alguna manera. Hicieron su entrada en la casa, portadores los guardias de su equipo, y Durant miró de un lado para otro en busca del doctor Dodge. Pero éste no se hallaba a la vista. Los tres hombres subieron la escalera en silencio. Ni Beckett ni Sadler observaron a su alrededor con muestras de interés. Mas cuando Durant intentó penetrar en su aposento antes que nadie, Sadler murmuró algo, lo rozó al pasar, pistola en mano, y encendió las luces.

—¡Buen Dios! —exclamó Durant, fuera de sí—. ¿Acaso esperan que haya algún asesino oculto aquí?

—Son órdenes, señor —dijo Sadler.

Durant lo observó en tanto Sadler examinaba con rapidez los roperos, que abría y cerraba, escudriñando todo lugar factible de servir de refugio.

—Yo soy quien manda aquí, Sadler —dijo Durant exasperado. Furioso, tomó asiento en el lecho. Beckett se había estacionado junto a la puerta y Sadler bajó las persianas.

—Coronel, hemos recibido órdenes del Magistrado Principal —dijo Beckett, mirando fijamente a Durant con sus ojos vidriosos y azules.

Durant comenzó a sentirse excesivamente irritado y estúpido.

—Ignoro dónde dormirán ustedes. Todos mis hombres ocupan este piso. ¡No pensarán acostarse conmigo! —Durant rio brevemente.— Vean, he vivido solo por espacio de muchos meses y a nadie se le ha ocurrido disparar ni aun un cartucho sin bala contra mí. ¿Por qué no se van abajo y duermen en los sofás o se sientan y se miran a los ojos?

—Uno de nosotros puede dormir, pero el otro tiene que estar de guardia y bien despierto —dijo Sadler—. Esa es la orden —repitió, de manera automática.

—¡Al diablo con sus órdenes! —exclamó Durant poniéndose de pie—. Puedo confiar en mis hombres. —Fue hasta la pared y tiró de un cordón.— No sé nada de ustedes, pero tomaré un poco de whisky antes de acostarme. Pensándolo bien, eso es también «una orden» para ustedes.

Se acercó a la cómoda, en uno de cuyos cajones guardaba la cajita de remedios utilizada mientras se curaba el brazo fracturado. Era un sedante muy potente. Subrepticamente ocultó dos cápsulas en la palma de la mano. Los dos guardias observábanlo con atención y esperó con gran fervor que no se hubieran percatado de nada. Abrió otro cajón, fingiendo andar en busca de algo. Volcó un montón de camisas de uniforme y, al hacerlo, quedó petrificado. Debajo de las mismas había un montón de ropas civiles muy bien colocadas: una camisa, un pantalón, un saco liviano y una corbata, todo usado.

Durant se percató de que su semblante se había vuelto blanco. Al alisar las camisas de uniforme le temblaban las manos. Cerró el cajón. No podía ser sino el doctor Dodge, pensó. Dio media vuelta al sonar un golpecito en la puerta. Había comenzado a decir «Adelante», cuando vio que Sadler se había vuelto a su vez, al mismo tiempo que empuñaba su pistola. Beckett también tenía la suya en la mano y abría la puerta lentamente, preparado para actuar.

El doctor Dodge hizo su aparición en el umbral, ciego y mudo y como un autómatas, según costumbre, sin dar señales de haber visto a los guardias ni tampoco a sus pistolas.

—He sido yo quien lo he llamado, imbéciles —dijo Durant, agregando una exclamación grosera—. Hagan a un lado esos malditos artefactos, pues asustarán mortalmente al viejo. Dodge, son mis guardias. No permita que lo asusten. No son sino muchachos juguetones. Todo es en broma. Haga el favor de traernos un poco de whisky.

—¿Whisky? —murmuró. El doctor Dodge había avanzado apenas hacia el interior de la habitación, y había advertido el gesto leve y furtivo de Durant. Luego se acercó más a éste, debiendo detenerse ante la orden de Beckett, el cual se aproximó para palparlo con rapidez.

•—Déjelo en paz —dijo Durant tomando el brazo del viejo—. Hará que se nos caiga desmayado. —Deslizó velozmente la mano a lo largo del brazo del doctor Dodge, en cuya mano abandonó las dos cápsulas, que desaparecieron en el acto entre sus dedos. Beckett se alejó.

No era sino una hábil representación, por supuesto, pero el doctor Dodge se apartó de Durant como atacado por un rayo.

—Ya ve como lo han asustado de veras —dijo Durant. Luego advirtió el semblante de Dodge, cuya carne habíase vuelto de una palidez cadavérica; los ojos apagados habíanse reanimado y ahora eran saltones y resplandecientes, llenos de incredulidad. La boca hundida veíase abierta y temblorosa. En el acto comenzó a temblar con suma violencia y de su garganta salió un horrible estertor.

Asombrado, Durant siguió la dirección de la mirada del doctor Dodge, fija en Chard Sadler. Éste se había vuelto a su vez pálido como la muerte y parecía inmóvil. Beckett habíase llegado hasta su lugar en la puerta, y se ocupaba en volver la pistola a su lugar y ajustarse el cinturón.

Fue entonces cuando Durant supo. Miró una y otra cara y conoció. Eran padre e hijo. Esas facciones que había creído conocidas, esa voz que le había parecido familiar... después de todo no había sido pura imaginación. Se sintió profundamente impresionado.

—¿Ocurre algo malo? —inquirió Beckett desde su puesto—. ¿Qué sucede, Chard? —Dio un paso hacia ellos.

—No ocurre nada malo —dijo Durant con voz áspera— sino que han asustado al pobre viejo. —Interponiéndose entre Sadler y Beckett, tomó de los hombros al doctor Dodge, al cual sacudió y le hizo dar vuelta para que quedara de manera que Beckett no pudiese ver su semblante. Luego dijo con voz apremiante, a la vez que volvía a sacudirlo:— Doctor Dodge, no tema. ¿Me oye? No, no tema nada.

El temblor del viejo se hizo menos violento, pero miraba por encima del hombro de Durant con intenso apasionamiento.

Guardaba silencio. Durant se imaginaba a Sadler detrás de él, inmóvil, de pie y mirando a su vez fijamente a su padre.

—No tenga miedo —repitió Durant—. No son sino mis guardias, que el Magistrado Principal ha designado esta misma noche. Son Beckett y Sadler. —Luego continuó, de manera muy lenta y con gran énfasis:— Beckett está en la puerta. Sadler, aquí al lado. Sadler.

—Sadler —murmuró el doctor Dodge. Sus ojos se llenaron luego de lágrimas, se movieron sus labios y se aflojaron sus hombros, antes tan erguidos, entre las manos de Durant. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y su débil respiración se hizo vacilante.

—¿Qué le ocurre al viejo estúpido? —inquirió Beckett desde la puerta—. ¿Necesita que lo ayude, señor?

—No es sino que lo han asustado —contestó impaciente Durant. Luego Sadler se colocó junto a él y tomó de los brazos al doctor Dodge, a quien depositó en una silla, después de haberlo sostenido unos instantes.

—Parece que necesitará un poco de whisky, coronel —dijo a Durant con voz que no reflejaba la menor emoción. Miró a los ojos de Durant, el cual vio retratado el temor o la desesperación en los del joven.

Durant pensó rápidamente. Se volvió hacia Beckett, que parecía alerta.

—Hay un armario —dijo— en el comedor, contra la pared que da frente a la puerta. Allí verá vasos y una botella. Será mejor que los traiga aquí. El viejo está casi loco de miedo por causa

de ustedes. Probablemente tenga razón para ello. Vaya, pues, Beckett.

Beckett salió luego de haber saludado vivamente, cerrando la puerta tras él. Después de haber esperado un instante, Durant fue de puntillas hasta la puerta, la abrió apenas y miró por la rendija. El vestíbulo se hallaba vacío y las botas de Beckett resonaban con fuerza en la escalera. Durant cerró de nuevo la puerta. Sadler se hallaba de pie delante del padre y ambos se miraban fijamente en medio del doloroso silencio.

—Creí que habías muerto —murmuró el doctor finalmente. Sadler hizo un ademán distraído para aplacarlo.

—Ya sé, Sadler —dijo Durant—. Recuerde que le manifesté que creía haberlo visto antes.

Sadler se volvió hacia él y Durant retrocedió a la vez que profería una exclamación, alarmado.

—¡No le hagas nada! —murmuró el doctor Dodge tomando del brazo a su hijo—. Somos amigos.

—¡Amigos! —musitó Sadler, cuya mano anduvo involuntariamente a tientas en procura de la pistola—. ¡Te ha reducido a semejante estado y lo llamas amigo tuyo!

—Clair, es necesario que hablemos aprisa —dijo el doctor Dodge colocando su mano sobre la del hijo. Su voz era rápida y vigorosa—. Estoy aquí como sirviente reclutado por Lincoln, que es granjero. Este joven... —se detuvo, sonriendo débilmente a Durant—. ¿Qué importa? No tenemos tiempo para hablar ahora. —Cerró los ojos, apoyada la mejilla contra la manga de su hijo.— ¡Hijo, hijo mío, creí que te habían matado!

Eso fue lo que me dijeron. Me aseguraron que te habían muerto, tomado prisionero como miliciano...

—¡Calla! —murmuró Sadler, con feroz ternura. Llevó la mano a la frente del padre y Durant vio cómo le temblaban los dedos.

—Lo siento, señor —dijo implorante a Durant—, pero mi padre... —Hizo una pausa.— ¿Podemos confiar en usted, coronel? De fijo que usted no lastimaría a este viejo más de lo que ha sido lastimado ya.

—¿Cómo podría hacer tal cosa? —contestó Durant—. No he hecho sino conducirme con un poco de amabilidad hacia él. No sé nada de él sino que es su padre. Si a usted le gusta ser miembro de los guardias escogidos, es cosa suya. —Miró a Sadler sin la más leve expresión.

Alejados uno del otro, pensó Durant, en beneficio mutuo. Sin conocerse jamás y sin atreverse a hacerlo. Hizo un ademán rápido y Sadler se separó de su padre, quien se reclinó en su asiento en actitud desmayada. Un momento más tarde hizo su entrada Beckett, portando algunos vasos y botellas sobre una bandeja. Una vez colocada la misma sobre la mesa, observó las botellas con satisfacción.

El doctor Dodge se levantó con ademán vacilante y fue hacia la mesa con paso torpe, mientras Durant lo miraba ansiosamente. Al ver que una de las cápsulas iba a dar al fondo de un vaso, suspiró aliviado. El viejo sirvió el whisky en los vasos, moviéndose con tanta lentitud y cuidado como le era posible. El hijo manteníase a distancia, el semblante inescrutable y pálido. Durant pensó: Es muy probable que hubiera sido marcado por Sadler para darme muerte cuando llegase el momento. Ahora creo que puedo permanecer tranquilo en cuanto a eso,

si es que Dodge tiene oportunidad de franquearse con el hijo. De todos modos no es una idea muy alegre.

Su imaginación volaba en tanto el doctor Dodge agregaba con gran cuidado un poco de agua a los vasos. ¿Habíase unido Sadler a los guardias escogidos, en calidad de abogado del diablo, por decisión propia? Ello abría una gran posibilidad de especulación. ¿Cuántas centenas de miles, acaso millones, de hombres aislados, por su propia iniciativa y sin ayuda de los milicianos, desconocidos de éstos, además, trabajaban en silencio por la restauración de la república? ¡Hombres heroicos, sin amigos, inadvertidos de que los amigos hallábanse a su alrededor, aunque sin reconocerlos! ¡Hombres que carecían de apoyo, de consuelo, de la manera de saber que no estaban solos!

¿Debería informar Durant a Carlson de que Chard Sadler era uno de esos individuos aislados en favor de la causa? ¿O ya estaba Carlson enterado de ello, ignorando Sadler lo referente a los informes del Magistrado Principal? Al recordar el intento del doctor Dodge de mencionar a los milicianos, Durant preguntábase si, después de todo, habría pertenecido Sadler a esa Institución. Todo ello resultaba bastante complejo. Durant resolvió mantener su propio silencio, no obstante hallarse presa de profunda aprensión. ¿Qué si los hombres sanos y heroicos comenzaban a matarse entre sí en gran cantidad, bajo la falsa creencia de que eran enemigos? Carlson había hablado a menudo de tal posibilidad, si bien implicando que ello acontecería tan sólo entre los milicianos. Durant abrigó otro pensamiento desalentador. Existía la más leve posibilidad de que Sadler, lleno de desesperación, de cinismo y de aborrecimiento, con-

vencido sin remedio de que el pueblo de la Democracia no merecía ser salvado lo más mínimo, sino digno de todo mal, fuera en verdad y de todo corazón miembro de la guardia escogida. Todo eso era muy confuso. Lo único que cabía, pensaba Durant lleno de lobrete, era mantenerse callado. Más hombres habían sido colgados por su lengua que por las sogas.

El doctor Dodge, débil y tembloroso, hizo entrega de su vaso a Durant. Al hacer lo mismo con el hijo, no lo miró a la cara. A Beckett le dio el vaso con la droga Durant dijo a sus guardias que tomaran asiento, bebió un sorbito y alabó el whisky. Sadler estuvo de acuerdo con él en forma nada exuberante. Beckett hizo algunas muecas extrañas, tras haber bebido un largo trago.

—Con permiso del coronel, creo que este whisky está falsificado —dijo—. Tiene mal sabor.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Durant, indignado. Bebió un poco del suyo, con aire crítico—. Es maravilloso. ¿Y el suyo, Sadler?

Lentamente, muy lentamente, la mirada de Sadler fue hasta el padre y luego hasta Beckett, antes de posarse en Durant, a quien examinó con dura intensidad. Tal como había hecho Durant, bebió un sorbito de su vaso.

—Para mí sabe perfectamente —dijo con indiferencia.

—Sirva otro trago al teniente Beckett —dijo Durant al doctor Dodge, que permanecía rígido.

El viejo, luego de estremecerse un poco, trajo la botella al lugar en donde se hallaba Beckett y le sirvió otra porción.

—Está algo mejor, pero amargo —fue el comentario del teniente, luego de haber bebido.

—Tal vez sea porque no hemos bebido un whisky como Dios manda desde hace mucho tiempo —sugirió Sadler, que apuró su vaso—. Al principio me pareció que el mío también era amargo.

—^Muchachos, a mí me han tratado mucho mejor que a ustedes —dijo Durant, recostado en el lecho y observando su vaso al trasluz—. Lo mejor de todo. Nada es demasiado bueno para el ejército.

—Eso está bien —dijo Sadler, impasible. Pero Beckett arrugó la frente y luego ocultó apresurado ese fruncir mientras bebía otra vez. Apurado el contenido del vaso, se secó los labios fastidiosamente con el pañuelo. Durant observó que el joven poseía modales débilmente afeminados. El whisky comenzaba a surtir su efecto en él.

—Ha sido usted muy amable, coronel, al invitarnos para tomar algo —dijo, después de haberlo mirado con ojos saltones y amistosos—. No es que podamos dormir, porque estamos aquí para custodiarlo.

—¿Contra quién? —inquirió Durant como al descuido, dejando el vaso sobre la mesa.

—Contra los asesinos, señor. —El semblante liso y delgado había comenzado a volverse más blando y borroso. Beckett pestañeaba.— Ha trascendido que el pueblo está harto del ejército... ruego al coronel que me perdone... y que existe el peligro de una revolución espontánea y repentina. Por mi parte no lo

creo, tenemos a la gente muy bien aplastada bajo nuestros tacones. Pero algunos podrían empezar a valerse de cuchillos y viejos fusiles. No hace sino dos semanas tropezamos con un arsenal en la Sección 2. Armas antiguas, desde luego, pero capaces de... matar. La verdad es que cinco guardias escogidos fueron muertos juntos antes de que descubriésemos ese arsenal. No era una matanza organizada sino algo improvisado de una manera desesperada. Ustedes también han perdido hombres de su mismo ejército, ¿verdad, señor? —El malestar se reflejaba cada vez más en su semblante.

—Más de cincuenta, durante las últimas semanas —admitió con disgusto Durant—. Sin embargo, se trata de casos aislados. Tuvieron lugar en callejuelas y suburbios y lugares poco patrullados. Nuestra investigación probó que sus autores fueron individuos aislados. Fueron presos dos de los malhechores, que no se conocían entre sí.

Pero Beckett reía afectadamente consigo mismo. Se inclinó hacia Durant con aire confidencial y los otros tres hombres lo observaron.

—Nadie va a matar al coronel mientras estemos aquí —confió—. El Magistrado Principal dice que debe haber asesinos en su misma oficina o en esta casa. No hay manera de saberlo. Tal vez vuestros propios hombres, los que están en la otra habitación. —Al decir así hizo un ademán ampliamente exagerado, en dirección a la puerta.— Acaso alguno de los trabajadores que andan por la granja. Puede que sean los granjeros a quienes pertenece todo esto. Usted ha estado apurándolos, ¿verdad, señor? Eso es bueno. Lo mismo les están haciendo en otras Secciones. ¿Adoptaron su idea, coronel?

—¡Silencio! —exclamó Sadler, con gran violencia.

—¿Qué te ocurre, Chard? —inquirió Beckett, vuelto hacia él, lleno de sorpresa.

—Hablas demasiado. —Sadler se puso en pie y comenzó a recorrer la habitación de arriba abajo. Pasó una vez delante de Beckett, el cual le puso la mano en el brazo y lo detuvo.

—Bueno y querido Chard —dijo, zalamero—. Jamás abre la boca. Sin embargo, es un buen muchacho.

Sadler se mantuvo sereno y luego dijo con voz lenta y penetrante, sin dejar de mirar a Durant:

—Todo está bien en Beckett. Es un verdadero guardia escogido. Así nació, y así se educó y se enroló. Puede confiar en que Beckett es exactamente lo que aparenta.

Durant enarcó las cejas, fingiendo confusión e inocencia.

Beckett levantó el vaso, a guisa de galante pero indeciso saludo.

—Es la pura verdad, Chard. ¡A la salud de la guardia escogida! ¡Todo por la guardia escogida! ¡Al infierno todo lo demás!

—Bien —comentó Durant—. Dodge, sirva otra bebida al teniente. —Observó a Sadler, alerta ante cualquier movimiento de protesta, de interés o de ansiedad. Pero Sadler no hizo sino asentir con la cabeza y acariciar el hombro de Beckett. Sin embargo, pensó Durant, todo ello puede no ser sino simulación.

—Tiene razón el coronel —dijo Beckett, que había gustado el contenido del vaso y se llevó la mano a la frente, haciendo una especie de saludo de disculpa, con todos los indicios de quien

se halla embriagado y narcotizado—. El whisky es una maravilla. —Al meditar en su observación, sintióse profundamente afectado por la misma. Sus ojos brillantes se humedecieron.— Lamento haber denigrado el whisky del coronel. Disculpen...

—Johnny —dijo Sadler, que había estado estudiando a su camarada con penetrante atención—, yo me quedaré aquí con el coronel. No hay ningún guardia abajo. Supongamos que patrullas el primer piso. Podría entrar cualquiera.

—¡Claro, claro! —exclamó Beckett, entusiasmado. Puesto en pie y tomado del respaldo de la silla, movió la cabeza con ademán cariñoso a Durant.

—El coronel ha hecho que me maree un poco con ese whisky condenadamente bueno. Pero, como dijo Chard, puede confiar en el viejo Beckett. Ni siquiera cerraré los ojos.

—Dodge —dijo Durant—, acompañe abajo al teniente Beckett y póngalo todo lo cómodo que sea posible. Si necesita algo, dáselo. Si no encuentra lo que desea, venga y dígamelo en el acto.

Beckett rodeó cariñosamente con su brazo los hombros encorvados del doctor Dodge. El viejo vaciló un instante y Sadler hizo un movimiento involuntario para acudir en su ayuda. Pero se detuvo casi al instante.

—No abandone esta noche al teniente Beckett —dijo Durant al doctor Dodge, aunque mirando inexpresivo a Sadler.

Con alguna dificultad, el doctor Dodge ayudó a abandonar la habitación a Beckett. Luego Sadler corrió ligeramente hasta el

arranque de la escalera para ver cómo descendían los dos hombres. Durant pudo advertir la ansiedad que expresaba el rostro del más joven respecto de su padre.

—Cierre la puerta —dijo Durant con indiferencia.

Después de haber obedecido, Sadler retornó al centro de la habitación, frunciendo el ceño pensativo. Luego levantó el vaso de Beckett y probó el resto de la bebida, lo que le hizo reír sombriamente.

—¿Buen whisky? —inquirió Durant.

—Muy bueno, señor.

Durant se puso en pie bostezando. Luego, sin que Sadler le quitase la vista de encima, fue hasta el cuadro de la pared y lo hizo a un lado. El objeto quedó colgando como si fuese una araña grande, los cables desunidos y suspendido de manera imponente.

—¡Dios mío! —murmuró Sadler.

—No se deje intimidar por eso —dijo Durant con calma—. En principio no fue colocado por causa mía pero ahí permanece por mi causa. El FBHS espía a todo el mundo, sin excluir al ejército. Por eso su padre y yo nos hemos entregado a una linda broma; lo desconecta antes de que yo regrese por la noche y luego vuelve a conectarlo... más tarde. Ya ve, en algunas oportunidades mantenemos conversaciones que es preferible que no sean escuchadas por nadie. —Agregó:— Pero su juramento, Sadler. Probablemente tendrá que dar cuenta de su padre por... actividades... irregulares, ¿verdad?

Sadler no contestó nada.

—No lo conecté ni lo hice conectar esta noche, tan pronto llegamos —dijo Durant—. No sé por qué. Supongo que se debe a la agitación existente entre usted y su padre. No habría sido tan bueno para usted si su conversación hubiera sido escuchada, ¿no? ¿O buena para su padre?

Tomó en sus manos los cables para colocarlos en su lugar.

—No debemos excitar sus sospechas —dijo Durant—. Tienen calculado lo que debe demorarse en llegar desde la ciudad. Si no comenzamos a conversar con el aparato conectado, empezarán a extrañarse.

—¡Espere! —exclamó Sadler. Durant se volvió hacia él, como sorprendido. El semblante del joven gesticulaba de modo desesperado—. Deseo hablarle, coronel.

—Será mejor que no —dijo Durant, que volvió a tenderse en el lecho. Observó su reloj—. Dentro de unos instantes conectaré el aparato y comenzaremos a hablar de algo que le ha acontecido al automóvil. Aunque no sé, sin embargo. Es muy probable que un espía del FBHS nos haya seguido durante el camino o tal vez se encuentre en esta casa. Economice su aliento y dedíquese a pensar. Estamos retrasados veinte minutos, aun concediendo más tiempo del que habitualmente se tarda en llegar aquí por lo general.

—Quiero decirle —comenzó a hablar apresuradamente Sadler, que habíase llegado hasta el lecho y miraba a Durant.

—No —dijo éste, levantando la mano.

—¡Pero tiene que enterarse de algo, señor!

—No deseo saber nada. Nunca vi nada. Jamás he oído nada. Es usted mi guardia. Cuanto menos hable, en menos dificultades se verá.

—Mi padre...

—... es sirviente de esta casa. He sido amable con él, a mi manera. Eso es todo cuanto necesita saber. —Riendo, señaló la pistola de Sadler.— ¿Ha estado forjando planes para utilizarla contra mí, Sadler?

Hubo silencio y Durant levantó lentamente los ojos hacia Sadler.

—Sí —murmuró éste.

Durante largo tiempo no hicieron sino mirarse. Durant hizo luego un gesto casi imperceptible. Sadler contestó en el acto haciendo otro. Durant le tendió la mano, sonriente.

—Eso es todo —dijo, mientras el otro se la estrechaba.

—Pero no trate de hablarme jamás en lugares apartados, Sadler. —Era tremendo su alivio.— Y recuerde que no debe confiar en nadie, ni siquiera en mí. Cada uno irá por su propio camino, dedicado a su propia tarea. —Luego de haberse puesto en pie y conectado los cables, prosiguió:— Bien, Beckett ha quedado estacionado abajo, teniente, y si ha de hacerlo puede usted quedarse conmigo en esta habitación. Por mi parte no veo ningún sentido en ello. Mis hombres están en este mismo piso y las puertas permanecen siempre cerradas. —Hizo que su voz pareciese impaciente e irritable y ordenó con ademán autoritario a Sadler:— He perdido demasiado tiempo abajo, discutiendo con ustedes, muchachos.

El joven carraspeó y luego dijo, con voz casi natural:

—Lo siento mucho, señor, pero las órdenes son órdenes. —
Luego habló en voz más fuerte, vuelto hacia el paisaje:— ¡Nadie osará intentar nada aquí! ¡He dicho que nadie! Por lo menos mientras esté yo aquí, coronel.

De modo que ha habido alguna información relativa a que el FBHS podría intentar asesinarme, pensó Durant, descorazonado.

Luego rio en silencio. Que el FBHS especulara y cavilara. Ahora contaba con un guardia, uno bien afecto a su persona que, bajo otras circunstancias, habríase esforzado para cometer un asesinato.

Durant se desvistió considerablemente satisfecho y se introdujo en el lecho. Sadler tomó asiento de espaldas a la puerta. Había insistido en que fuera encendida una pequeña lámpara, sin ninguna objeción de parte de Durant. La pistola de Sadler no estaba más a un costado, sino que ahora tenía la sobre las rodillas, debajo de las manos. La última impresión de Durant, antes de dormirse, fue la de un guardia alerta que jamás le quitaría la vista de encima un solo instante. Y era un pensamiento bastante tranquilizador.

Después de todo, fue Durant quien presidió el juicio contra Alex Sheridan por el asesinato de Andreas Zimmer. Carlson había enviado un mensaje haciéndole saber que «razones urgentes relacionadas con la seguridad» obligaban a su retorno a Nueva York. Durant mostrábase especialmente jubiloso ante la perspectiva de acusar a Sheridan, sin que ahora lamentara que los antiguos procedimientos y la conservación de los de-

rechos del acusado fueran cosas archivadas por gente depravada. ¿No habían accedido con demasiada ansiedad, diez años atrás, a que un gobierno maligno decretara que «todos los enemigos del pueblo» fueran juzgados por los militares sin «el embarazo de los impedimentos legales?». ¿Y no se había accedido, a pedido del presidente, a la disolución de los tribunales de apelación, incluso la Corte Suprema? Gran parte de la prensa habíase mostrado excesivamente deleitada en contra del gobierno deshonrado, gritando que los «enemigos del pueblo», hallábanse integrados por todos los políticos y ciudadanos privados denunciadores de los comunistas introducidos en las oficinas de Washington y en los sindicatos obreros. Otros enemigos, según la Casa Blanca y su prensa sumisa, fueron los periodistas que denunciaron el creciente poder de los militares y los individuos de ambos sexos que aportaron su testimonio ante los tribunales de justicia en cuanto a actividades comunistas en los medios de comunicación. (Más aún, habíase calificado de «traidores» a todos los integrantes de la Legión Norteamericana, ya que dicha Legión había sido demasiado vigorosa en su condenación de todos los radicales, comunistas, «progresistas» y otros no descritos corazones sangrantes y hacedores del bien, dueños de alguna queja contra los hombres altivos y que se respetaban a sí mismos. La Legión había sido puesta fuera de la ley el año mil novecientos sesenta y dos.)

Aun cuando el comunismo «extranjero» había sufrido severos ataques de parte de Washington como preludio de la tercera guerra mundial, ¡los comunistas del país recibieron trato preferencia! lo mismo en los empleos públicos que privados. Todos los intentos de perseguirlos ante los tribunales de justicia habían sido reducidos a la nada. Pero, si bien muchos de sus integrantes habían sido sorprendidos en el instante mismo en

que entregaban secretos vitales a los agentes rusos, sus procesos habían quedado archivados o envueltos en silencio. Habían continuado trabajando con gran ardor dentro del mismo gabinete y dirigiendo la política exterior. Sus voceros no sonaron sino para denunciar a los «reaccionarios», es decir hombres y mujeres desesperadamente preocupados ante la creciente influencia del comunismo en todas las fases de la vida norteamericana. Ningún ciudadano honorable había sido inmune a sus ataques, que tomaron la forma de persecución por los diversos departamentos, incluso el de Impuestos Internos y los departamentos de policía locales. Al final, esos seres deleznable habíanse vuelto contra sus blandos amigos, los llamados «liberales», al despertar éstos de la pesadilla que había invadido su nebulosa realidad.

Fue bastante lastimoso cuando los «liberales» comprendieron finalmente que habían estado apoyando con gran entusiasmo durante varias décadas bajo el nombre de socialismo, «democracia progresista» o «justicia social». Al verse por completo frente a frente del monstruo que ayudaran a convertir en realidad, quedáronse asombrados e intentaron una revuelta patética. Lanzaron un débil aviso al pueblo para prevenirlo. Pero esa prevención llegó demasiado tarde al pueblo como a ellos mismos. Toda la furia del monstruo habíase vuelto contra ellos, que murieron a millares o se refugiaron bajo tierra con sus heridas tanto físicas como mentales. Durante algunos años esperaron que el pueblo acudiera en su rescate. Su desilusión fue completa. Centenas de ellos cometieron suicidio, no por miedo sino por desesperación. Aquellos que inocentemente traicionaron a la tiranía, no supieron nada de sus tragedias personales y, si lo supieron, fue con suma indiferencia.

La muerte heroica no fue para ellos. No hubo la oportunidad de apelar sobre el cadalso ante la multitud que no piensa. Fueron muertos en secreto o en secreto huyeron. Ocultáronse en las tinieblas universales o salieron en ocasiones, silenciosos, para contemplar la ruina que ellos mismos ayudaron a crear. No pudieron unirse a los milicianos, por ser gente sin el vigor de una pasión. Jamás se les ocurrió a esos «liberales» entumecidos y golpeados convertirse en «abogados del diablo» individuales, pues carecían de fuerza y de cólera. Suaves, nada realistas, sin belicosidad ni indignación, despojados de toda fe en «el espíritu del pueblo», no familiarizados con la religión, que ellos mismos calificaran en su tiempo como «opio de las masas», no poseían fortaleza ni nada que los sostuviese en su angustia. La realidad era demasiado para ellos; habían vivido entre sueños demasiado tiempo.

Como procurador privado, Durant había visto su práctica confinada a casos triviales, tales como hurtos insignificantes, divorcios, crímenes de poca importancia, infracción de patentes algo oscuras, vandalismo y otros asuntos parecidos de menor cuantía.

Como ciudadano particular, jamás había asistido a los juicios de los tribunales militares, conociendo muy poco de sus procedimientos, salvo que eran sumarios, violentos, arbitrarios y arrogantes. Se le entregó un manual militar y pronto supo que todos los procesados ante los tribunales militares no eran acusados sino de un solo crimen: «Crímenes contra el Pueblo de la Democracia.» Tales «crímenes» iban desde las expresiones de descontento en las fábricas dedicadas a la producción bélica, la falta de respeto hacia los militares ya fuere mediante gestos o palabras, discusión en público o privado de cualquier

directiva o mandato gubernamental, rebelión desesperada contra cualquier orden dictada por cualquier departamento, falta de obediencia a lo militar en asuntos de poca o mucha importancia, operaciones en el mercado negro, tener en nuestra posesión la antigua bandera de la república, no denunciar a algún amigo, vecino o pariente que «ilegalmente poseyere o reverenciare» tal bandera o «pronunciare, lo mismo en público que en privado, cualquier artículo o capítulo de la anterior Constitución de la República de los Estados Unidos de Norteamérica o la enseñare a sus hijos o a sus discípulos», hasta cualquiera de las más graves ofensas de asesinato, o intento de asesinato, de cualquier funcionario del gobierno o miembro de las fuerzas armadas, traición y otros «altos crímenes» cometidos contra el Pueblo de la Democracia y su «seguridad».

Cada uno de esos crímenes poseía subdivisiones y cláusulas complementarias, con lo que cualquier ciudadano considerado peligroso, podía ser reconocido como culpable, de acuerdo con las mismas. Durant estudió a conciencia el manual. Como procurador, habíalo estudiado brevemente algunos años atrás, pero ahora atrajo todo su interés. De joven había expresado un aborrecimiento despectivo al leerlo, mas esta vez se puso furioso. Siempre había sabido de esa abominación. Pero habíala tenido más cerca durante los últimos meses transcurridos y había aplicado algunas de sus provisiones contra los burócratas, los MASTS y, sobre todo, contra los granjeros, que eran su propia jurisdicción.

No era menester que el tribunal militar «probase sin ninguna duda razonable» la culpabilidad del acusado. El tribunal no necesitaba sino convencerse, aun sin pruebas. Sin embargo, cualquier proceso entablado de acuerdo con ese manual era objeto

de enorme publicidad, para dar al pueblo la seguridad de que «sus derechos» eran completamente protegidos por «su servidor, el ejército», apartándolo con ello de la comisión por sí mismo de crímenes semejantes.

La acusación y el proceso por crímenes no sujetos a la pena de muerte, quedaba por lo general a cargo del comandante militar de la Sección, o el representante designado por él, sin ayuda de otros oficiales militares. Pero «los crímenes capitales» tenían que ser juzgados no sólo por el mencionado jefe sino al menos por otros dos oficiales más, de menor graduación. Por otra parte, deberían hallarse presentes cuando menos dos miembros de la guardia escogida. Lo cual, decía virtualmente el gobierno, constituía una provisión dictada especialmente para «proteger los intereses de los procesados».

Durant eligió al teniente Grandon y al capitán Edwards en su calidad de oficiales y a John Beckett y a Chard Sadler como guardias escogidos. Luego tuvo que buscar un defensor para Alex Sheridan, pues ya no era permitido que los presuntos criminales designasen sus propios letrados. La razón para ello explicábase con tremenda nobleza: «Nada más justo que la obtención de defensor en beneficio del acusado, quien no siempre se halla en condiciones de asumir su propia defensa. En consecuencia, supone deber del Estado proporcionar al acusado el letrado capaz de defender sus intereses, sin costas para el mismo.» De ahí que los individuos que compareciesen ante los tribunales fuesen representados por un abogado que integraba la lista de profesionales «cuya probidad estaba fuera de toda duda y contaba con la aprobación del Estado».

Durant examinó con cuidado la lista. En ella figuraban, promi-
nentemente señalados, aquellos que perdieron la mayor parte

de sus casos. Según sus observaciones, tales letrados parecían haber actuado en la mayor parte de las veces. Eligió un nombre no sólo marcado sino subrayado, necesitándose bien poca perspicacia en verdad para percatarse del gran favor de que gozaba el tal nombre. Al mostrárselo a Grandon, éste rio lleno de malicia. Luego Edwards hizo notar que Pellman era un buen hombre, si bien no le fue posible sacar absuelto a su representado la mayoría de las veces. Nuevas investigaciones de parte de Durant llevaron a su conocimiento que el señor Pellman habitaba uno de los mejores barrios de Filadelfia, tenía un hijo funcionario del gobierno en Washington y una esposa, ayudante de la capitana Alice Steffens en el departamento de Bienestar Femenino. Para ser un hombre que persistentemente «perdía» sus pleitos ante los tribunales militares y cuyos honorarios, pagados por el Estado, eran relativamente reducidos, el señor Pellman vivía muy bien en verdad.

El arresto y el próximo juicio contra Alex Sheridan excitó enorme interés en la Sección 7. Los periódicos dieron rienda suelta a los adjetivos más vituperables contra el acusado. (Dábase por sentada su culpabilidad.) Durant conjeturó con toda razón que se había impartido una señal a la prensa para vilipendiar a Sheridan, a pesar de tratarse del jefe local del FBHS, teniendo sus sospechas de que la señal había partido de Arthur Carlson. Por lo común, en las raras ocasiones en que el poderoso jefe de un Departamento era acusado de crimen, los periódicos obraban con cautela. De ser liberado, el hombre podría dedicarse pronto a vengarse de cualquier publicación que hubiera estado en contra suya.

El pueblo se hallaba muy agitado. Ese hombre aborrecido estaba ahora en el mismo lugar en que estuvieron muchos miles

de parientes y amigos, siendo muy probable que enfrentase al pelotón de fusilamiento, tal como esos parientes y amigos hubieron de enfrentarlo. Tantos inocentes habían sido atormentados por el FBHS o habían «desaparecido» por instigación de Sheridan, que el pueblo apenas podía contener su júbilo. Pero había aprendido a tener discreción. Nada de mencionar el nombre de Alex Sheridan. Los espías del FBHS hallábanse por doquier, y si Sheridan fuese declarado inocente, ni siquiera el ser más pobre o más desventurado veríase libre de sangrienta represalia si se le hubiera oído hablar contra Sheridan. Sin embargo, el pueblo mostrábase exultante entre aquellos en quienes podía confiar.

Durant abrió el juicio un día crudo de noviembre. La nieve temprana descendía al modo de cortina gris y el viento rugía a través de toda la ciudad. Ya al amanecer, grupos de hombres y mujeres andrajosos y ateridos se congregaron fuera del edificio en que el tribunal celebraría sus sesiones. El coronel Curtiss impartió una orden a efectos de que fuera permitido congregarse al pueblo, «con el fin de que viese por sí mismo la rectitud de los tribunales militares». Desde luego, no fue permitida la entrada al edificio de ningún particular.

Y ahí estaba el pueblo, constituyendo una multitud cada vez más numerosa, silencioso pero expectante. No hablaba nadie con su vecino, pero sus rostros expresaban la esperanza de que Sheridan fuese condenado a muerte y sus ojos llameaban llenos de ansiosa esperanza. Estuvieron atentos en espera de la llegada de Durant y de sus hombres, pero aquél se introdujo por la puerta trasera, que los soldados habían mantenido libre.

El inmenso edificio albergue de la corte marcial, era a la vez prisión militar para los civiles que infringiesen las disposiciones de la Democracia. Antiguos almacenes fueron demolidos para dar paso a la erección de este edificio, construido de piedra gris. Era de treinta pisos de alto, amplio y sombrío, y dominaba las casas de inquilinato que lo rodeaban. Durante la noche teñía de rojo el cielo un faro colocado en lo alto, en forma de águila en actitud de saltar. Cada una de sus puertas era custodiada por un soldado y patrullas de ellos recorrían el exterior. Los oficiales llegaban y partían de continuo en automóviles oficiales y vehículos negros traían frecuentemente nuevos prisioneros. Nadie volvió a ver jamás a las víctimas que eran arrastradas detrás de esas ominosas puertas de bronce, salvo en las muy contadas ocasiones en que fueron declaradas «inocentes», del crimen imputado. El edificio tenía un nombre: Departamento de Justicia Democrática. Pero el pueblo lo llamaba La Morgue.

Durant fue conducido a través de las oficinas administrativas del piso segundo, bastante agradable con sus bronce y sus paredes artesonadas y su luz difusa. Hizo su entrada en el placentero recinto conocido como «cámara de los jueces», donde todo era tibieza, cuero rojo, hermosas alfombras y suelos encerados. Allí vio que lo esperaba el señor Stephen Pellman. El abogado se levantó con presteza al hacer su entrada Durant y la primera impresión de éste fue un relumbrar de blanca dentadura, grande, saliente, y alguien que se inclinaba con afabilidad. La siguiente impresión fue de un individuo cuidadosa y costosamente ataviado, de unos cuarenta y cinco años de edad, abundante cabellera gris sobre el cráneo alto, nariz pequeña y ojos oscuros, brillantes y mendaces, por debajo de la frente

resplandeciente. Durant se percató de cómo esos ojos lo escrutaban y lo catalogaban, para luego relegarlo a un nicho determinado. Con no poca intuición, conjeturó que el señor Pellman había llegado a la conclusión de que no era nada formidable ni muy inteligente. Y estuvo tan acertado, que, en menos de cuatro segundos, el señor Pellman había decidido por su parte que hallaríase camino de su hogar poco antes de una hora.

La presencia de Sadler y de Beckett no desconcertó lo más mínimo al señor Pellman, quien no se mostró absolutamente nada temeroso de ellos ni les dedicó más de un segundo resplandor de su dentadura y una fugaz mirada. Habríase abstenido incluso de eso, de no haber observado que se trataba de oficiales. Esperó hasta que Durant hubo tomado asiento detrás de una mesa vacía por completo y luego hizo lo mismo, cuidando la raya del pantalón.

Mientras contemplaba al abogado, Durant dejó que sus ojos parecieran inexpresivos y empañados. Sadler le encendió el cigarrillo que había colocado en sus labios. Mientras fumaba, continuó su contemplación. El resplandor de los dientes iba y venía, cada vez menos brillante y más mecánicamente. Un bergante bastante vivo, pensó Durant, pareciendo más vacío segundo tras segundo. Vio cómo el humo del cigarrillo se iba convirtiendo en espirales en la tibia atmósfera. La nieve gris se azotaba contra las altas ventanas; el fuerte viento invernal soplabla como un enorme remolino gris. En el corredor resonaban pasos apagados y alguna que otra voz reprimida. Pero en la cámara todo era silencio; los guardias escogidos estaban de pie a ambos costados de Durant, observando a Pellman cual si fuesen de piedra.

—¿Pellman? —inquirió entonces Durant.

La sonrisa floreció cargada de electricidad en toda su extensión y Pellman se levantó a medias para extender la mano a través de la mesa.

—¡Coronel Curtiss! —exclamó.

Durant observó su voz llena y cantarína, estrechó brevemente la mano, grande y rojiza, y la dejó caer.

Pellman hundióse de nuevo en su asiento, desconcertado.

—¿Ha visto a su defendido en diversas oportunidades? —inquirió Durant como al descuido.

—¡En verdad que sí, coronel! Varias veces. He estudiado el caso con bastante amplitud.

—¿Entonces?

Su semblante había adoptado las solemnes curvas del desasosiego y fingió vacilar. Suspiró.

—Haré cuanto pueda en favor del señor Sheridan —dijo.

Durant volvió a contemplar el humo del cigarrillo. Supo que Pellman esperaba una señal. Pero dejó que esperase, antes de observar:

—Yo mismo he investigado este caso desde sus comienzos. Es bien extraño. Sheridan ocupa un lugar prominente en esta Sección. Dígame su opinión personal en cuanto a Sheridan.

Pellman veíase confuso. ¿Habíasele dicho que defendiese su pleito con honestidad, cosa casi sin precedente, o que lo perdiese? Habiendo escuchado la entonación de Durant, el matiz de sus palabras veíase lleno de perplejidad. Carraspeó.

—Bien, coronel, hace mucho que conozco a Sheridan... —Se detuvo, en espera de otra indicación.

—¿Sería ello motivo de prejuicio en favor o en contra de él?

—Haré cuanto pueda en favor del señor Sheridan —repitió—. No abrigo ningún prejuicio, ya sea a favor o en contra. —Luego mostróse desesperado.— ¿Por qué habría de tenerlo?

—¿Cómo? —inquirió Durant.

Pellman mantuvo silencio, pero sin dejar de observar atentamente a Durant. Durante el mando del viejo mayor Burnes, las víctimas escapaban a menudo con reducidas sentencias y el abogado no tenía, sino que observar el semblante del mayor, que por lo general expresaba disgusto y aborrecimiento por su labor y simpatía hacia el acusado, para saber cómo alegar en el pleito. Antes del mayor Burnes, había sido comandante militar un individuo maligno que fue motivo de un apodo por los irrespetuosos, y bajo su jurisdicción los asuntos habían sido también bastante sencillos para los abogados. Pero este nuevo hombre, ¿era un militar necio y de pocas luces, como Pellman había decidido en primer término, o algo siniestro y engañoso existía en su persona? Ahí estaba sentado, limitándose a mirar al frente y diciendo por segunda vez: «¿Cómo?» Pellman sonrió, pero ahora sus dientes apenas relucieron.

—Acabo de manifestar que no abrigo prejuicio de ninguna especie a favor ni en contra de Sheridan. Haré cuanto esté a mi alcance.

—Bien —dijo Durant, contento con el desasosiego del otro. Sin decir ni una palabra más, abandonó el recinto, seguido de sus guardias, bajo la mirada de Pellman. ¿Qué iba a hacer?

¿Cómo actuaría durante el juicio? Limitaríase a buscar indicios acerca de este hombre, a medida que avanzasen los procedimientos. Sospechaba que Durant le había tirado el anzuelo. En tal caso era algo alarmante. Su misma posición dependía de que agradara al oficial comandante. Tomó su cartera portadocumentos para dirigirse apresuradamente a la sala del tribunal.

El día de la gran asistencia de público a los juicios era ya cosa del pasado. El tribunal militar funcionaba en un recinto helado, de apenas treinta metros cuadrados, conteniendo la mesa del oficial comandante, los asientos para el acusado y su defensor, un solo banco largo para los testigos y una hilera de asientos duros para los periodistas, raras veces ocupados, y ello cuando el oficial comandante lo permitiese. Por debajo de la mesa del juez, había dos sillas para los otros oficiales que lo ayudaban tratándose de crímenes graves.

Debido a la «gravedad» de este caso, la enorme agitación que produjo y la prominencia del acusado, los asientos de los reporteros veíanse llenos de periodistas; los fotógrafos hallábanse de pie, junto a ellos, tensos de expectación. Grandon y Edwards ocupaban sus lugares, con la propia y solemne expresión. En el banquillo de los testigos veíase a cuatro individuos sentados y mirando estólidamente ante ellos. Al entrar Durant en unión de los guardias escogidos, todos se pusieron en pie. Una vez encendidas las luces, quedó al descubierto la enorme desnudez del recinto. Detrás del asiento reservado para el juez, estaba la bandera de la Democracia, flácida en la fría atmósfera. La galerna invernal golpeaba contra las ventanas provistas de barrotes. Durant tomó asiento y los guardias permanecieron en pie a su lado. Saludó la presencia de Grandon y Edwards, quienes ocuparon sus asientos otra vez, luego de haber

saludado también. A lo largo de las paredes había soldados que custodiaban las puertas, preparado el rifle en la mano. Ya la atmósfera se animó. Durant examinó los documentos sobre su mesa de manera deliberada, leyendo de nuevo sus propios informes acerca del caso. El acusado hallábase en su lugar y el señor Pellman inclinado hacia él en su silla. En esos días no era necesario ni mesas ni demasiados papeles. Ni siquiera los casos muy graves duraban más de tres horas raras veces, habiendo pocas ceremonias, nada de rechazos ni objeciones. No importa lo que dijera el oficial comandante, ningún abogado osaba oponérsele. No existía jurado que convencer, torcer ni confundir. El discurso debía ser dirigido al juez militar, dotado de facultades para cortarlo si tal fuere su parecer, llegar a una conclusión y retirarse sin que pudiera hacerse nada más. Los dos oficiales a sus órdenes podían formular algunas preguntas para aclarar la situación, pero no desempeñaban otra función.

Durant levantó lentamente la mirada para escrutar a los presentes en el recinto. Los reporteros escribían febrilmente, tomando notas de su aspecto y su expresión. El pesado silencio lo cubría todo cual si fuese una niebla de muerte.

Alex Sheridan se hallaba sentado rígido en su lugar. Era un hombrecillo gris, de mediana edad y delgado, con mechones de cabello en el cráneo chico y apretado, de facciones grandes y delgadas, inteligente y delicadamente recortadas, y ojos claros y hundidos ocultos tras los anteojos brillantes. Mientras Durant lo estudiaba, enderezose aún más, habiendo dignidad natural en ese movimiento. Era difícil creer que ese hombre tan poco conspicuo, de semblante y maneras tan tranquilas, fuera asesino y objeto de terror para millones de personas. Aunque Durant había hablado con él varias veces, resultábale

aún increíble que incalculables miles hubieran perecido en virtud de su despiadada palabra. Porque Sheridan parecía poseer la reticencia educada y esa cualidad meditativa propia de un amable director de escuela, un clérigo o un retraído estudioso de gran reputación, y su voz era modulada y reservada y temperada su conducta.

Durant hizo caso omiso de cuanto hubiera en el recinto, con excepción de ese hombre, y Sheridan lo miró a su vez con indiferente despegó, tal como el que se acuerda a un desconocido. A la memoria de Durant vino todo lo que era y cuanto había hecho el otro. De improviso, y sin poder remediarlo, se oscureció su semblante. Sus ojos resplandecieron ante la fuerte luz de lo alto. Al observarlo absorto, Pellman relajó su tensión contento. Ya poseía su pista. Esa intensa expresión de aborrecimiento, esa boca feroz, eran suficientes para él.

Al volver a fijar su atención en los papeles, Durant extrañose de que las manos le temblaran de tal modo, así como de que el pecho se le hubiera contraído. Formó un primoroso montón con los papeles, levantó la mirada y se dirigió al vacío.

—¿Qué alega el acusado?

Pellman se puso en pie y todo su cuerpo quedó encorvado de tristeza. Vacilante y con voz dolorosa, dijo:

—Que es inocente, coronel Curtiss.

La más leve sombra de una sonrisa tocó los labios de Sheridan. Sabíase juzgado y condenado a muerte durante esos instantes en que él y Durant se miraran frente a frente en tan impresivo silencio. No se encogió ni tembló, sino que se mantuvo sentado

junto al defensor, primorosamente plegadas las manos sobre el regazo y mirando pensativamente al frente

—Primer testigo. Alfred Schultz —dijo Durant, con voz que era como un latigazo.

Schultz se puso en pie torpemente para aproximarse a la mesa y mirar de manera truculenta a Durant. Era un individuo grandote y gordo, desaliñado y no muy limpio y había desafío en sus maneras.

—¿Cuál es su ocupación?

—Tabernero, señor.

—No será necesario interrogar demasiado a ninguno de los testigos —dijo Durant—. Schultz, mire a su alrededor e identifique a quienes se hallaban en su taberna hasta la hora de cerrar, la noche del asesinato de Andreas Zimmer.

Schultz se volvió con lentitud hacia el banco de los testigos. Señaló a un hombre bajo, robusto, de cabello amarillo que iba volviéndose gris, rostro grande e inteligente y ojos entornados y azules.

—El señor Schaeffer. —Luego indicó a otro.— El señor Kirk.

Este último era un hombre pálido y demacrado, que andaba en su treintena, con una boca cínica y las facciones grandes de un perro de caza. El tabernero señaló después al tercer individuo del banco, hombre viejo y marchito, con anteojos sujetos a la nariz y ropas primorosas pero antiguas, diciendo que era el señor Goodwin.

—Mire al acusado —ordenó Durant, al ver que el semblante viejo y arrugado del señor Goodwin habíase vuelto violentamente indignado mientras devolvía la mirada de Schultz. Los otros testigos sonrieron algo, en tanto cambiaban miradas furtivas.

Schultz miró al acusado.

—¿Estuvo el acusado con los tres testigos en cualquier instante durante la noche del asesinato de Zimmer? —inquirió Durant.

Schultz respiró profundamente e hizo frente a la mirada de Durant de manera belicosa.

—No señor, no estuvo.

Llamados Schaeffer y Kirk, negaron, sin emoción, que hubiera estado Sheridan con ellos y con Goodwin. Ante semejante testimonio, creció la indignación del último, y se retorció en su asiento. Pellman los interrogó, encorvado por la pena, y después tomó asiento, con gesto estudiado de resignación.

Durant había interrogado en varias oportunidades a Schaeffer, primer ayudante de Sheridan, lo mismo que a Kirk, segundo ayudante. Sus relatos no habían variado jamás. Le habían contestado siempre fácil y serenamente. ¿Quiénes eran? ¿Qué eran, para mentir y poner en peligro a su jefe? Tal vez Schaeffer ansiara el poder de Sheridan, puesto que era el primero en la lista de los que ocuparían su puesto. ¿Pero y Kirk? Éste era un enigma. Ambos individuos parecían poseer un entendimiento secreto. Durant los estudió con agudeza y los otros lo miraron a su vez con franco interés y blanda mirada.

Sheridan había escuchado sus declaraciones con fría indiferencia. Ni siquiera habíase vuelto en dirección a su abogado

cuando Pellman interrogaba a los hombres. No hizo el menor despliegue de interés. En algunas oportunidades diose al examen de la sortija de sello que llevaba puesta, y en otras dirigió su mirada a las ventanas azotadas por la tempestad. Si llegó a expresar algo, no fue sino refinada cortesía.

Fue llamado después el señor Goodwin y el hombre viejo y frágil casi corrió hasta la mesa en su indignada avidez por ser interrogado. Al mirar a Durant, vaciló unos instantes, antes de rehacer su magro cuerpo y echar la cabeza hacia atrás. Durante el interrogatorio insistió en que él, Sheridan y los otros dos testigos, estuvieron juntos durante toda la noche del crimen, sin separarse hasta el amanecer. Su voz era fuertemente aguda y se agitó más al hablar, haciendo los gestos duros y feroces de las personas mayores cuando se emocionan y se vuelven coléricas. Es un hombre honesto, pensó Durant. Probablemente cree que sirve a un estado libre y justo y democrático, y presta sus servicios con meticuloso fervor, dedicándole todo su corazón y su cerebro. Los ojos de Durant se aclararon con terrible ternura y piedad. Luego vio que Sheridan miraba al hombre que lo defendía, con sombrío desprecio.

—Es suficiente, Goodwin —dijo Durant, con voz aguda—, está gritando. O está equivocado con respecto a esa noche, o miente. ¿En qué quedamos?

—¡Ni miento ni estoy equivocado, señor! —Goodwin se estremecía de furor—. ¡Estoy diciendo la verdad y nada más que la verdad, y que Dios me ayude!

Esas viejas palabras, tanto tiempo olvidadas excepto por los viejos, tan extrañas ante ese tribunal, sonaron patéticas en los oídos de Durant. Miró al viejo con profunda tristeza. No se

había tomado juramento a los testigos, ya que esa formalidad habíase dejado igualmente de lado. Pero Goodwin había levantado su mano arrugada y trémula con el ademán definido del antiguo juramento y su semblante arrugado resplandeció. Los fotógrafos de los periódicos tomaron otra fotografía de Goodwin y los reporteros escribieron más aprisa que nunca, a la vez que sonrieron en son de burla.

—¿Qué edad tiene, Goodwin? —Durant contuvo una sonrisa de compasión.

—¿Qué tiene que ver la edad con esto, señor? —habló estremecido el viejo, ya desaparecido su temor—. Tengo setenta y un años, pero no estoy senil y llevo cincuenta años al servicio del gobierno. Hago bien mi trabajo, según creo y confío, y estoy en posesión de todas mis facultades.

Los periodistas escribieron: «El coronel Curtiss mostró gran consideración hacia Goodwin, que se expresaba de manera incoherente, revelando todos los indicios de senilidad y al parecer sin ningún respeto por lo militar. El coronel se divirtió mucho cuando el viejo, para recalcar su declaración, se valió de un juramento abandonado durante mucho tiempo.»

Goodwin se volvió con lentitud para examinar a sus compañeros de burocracia. Fruncido el ceño, hizo un vago ademán suplicante. Los otros limitáronse a sonreír algo. Goodwin se volvió hacia Durant y con voz resuelta y dolorida, dijo:

—Mienten, señor. No sé por qué, pero mienten. Este... no lo comprendo. El señor Schaeffer y el señor Kirk siempre quisieron al señor Sheridan, según creo. Ellos... eran buenos amigos. Estaban siempre juntos; solían juntarse para jugar a los naipes en sus casas. Y yo...

—¿Qué? —inquirió Durant amablemente.

—Bien, señor. —El tinte apagado de la vejez coloreó las mejillas de Goodwin y las venas se hincharon en sus sienes cóncavas.— Trabajé tanto para el señor Schaeffer como para el señor Kirk. No vi con mucha frecuencia al señor Sheridan. Me parece que no le resultaba muy simpático. —Miró implorante a Sheridan.— Pero realicé bien mi labor y el señor Schaeffer parecía estimarme especialmente. Solía darme hasta doscientos dólares el día de Navid... quiero decir de la Democracia, el veinticinco de diciembre. —Cada vez se mostraba más tembloroso.— De manera que cuando el señor Schaeffer, el señor Kirk y el señor Sheridan iban a esa taberna, el primero acostumbraba invitarme. En una oportunidad en que mi mujer estuvo enferma, nos envió algunas frazadas de repuesto. ¡De fijo que yo apreciaba al señor Schaeffer, señor! Y el señor Kirk, aunque no vino sino hace tres años, era también considerado. Simplemente no lo entiendo, señor. —Las lágrimas afluían a sus ojos y las dispó pestañeando, mientras sus facciones se estremecían de desasosiego. Luego, confuso, se irguió resueltamente.

Schaeffer y Kirk escuchaban con gran atención las palabras del viejo. Después de haberlo observado con lastimosa amabilidad, cambiaron algunas miradas y sus ojos brillaron.

Durant volvió a llamar a Schaeffer y Kirk para decirles:

—Ya han oído a Goodwin. ¿Qué opinan ustedes? No abriga ninguna malicia contra ustedes. La verdad es que se muestra agradecido.

—Señor, recuerde que tiene setenta y un años —dijo Schaeffer, suavizado su semblante grande—. Y los viejos olvidan. Es

cierto que los cuatro estuvimos juntos, pero ello fue dos semanas antes del crimen.

—Con frecuencia se olvida de las cosas —terció Kirk—. Tiene edad suficiente para haberse jubilado hace años. He hablado de ello varias veces con el señor Sheridan. Sin embargo, hemos llegado a la conclusión de que la reducida jubilación del señor Goodwin no le permitiría atender debidamente a su esposa. Por otra parte —agregó Kirk con la mayor solemnidad, mientras su mirada taladraba la de Durant—, el Presidente ha vuelto a manifestar que tenemos que prepararnos para el nuevo conflicto con nuestros... enemigos. ¡Unidad! ¡Deber! ¡Sacrificio! Es necesario utilizar los servicios de todos los hombres.

—¡Ah, sí, desde luego! —dijo Durant luego de haberse rasgado la barbilla. Primero había mantenido el semblante inexpresivo—. ¡Unidad! ¡Deber! ¡Sacrificio! —Hizo una señal a Pellman.— Su testigo.

Schaeffer y Kirk retornaron a sus asientos. Sheridan demostró interés por vez primera. Vuelto en su silla, examinó a sus otrora ayudantes. Al cruzarse sus miradas, la de Sheridan cambió de manera sutil, sin que sorprendiera a Durant observar su aborrecimiento, frío y burlón. Sheridan sonrió apenas, acomodó el codo en el brazo del sillón y siguió sin contemplar nada otra vez.

El señor Pellman llegose hasta Goodwin, todo solicitud y sentimiento.

—Señor Goodwin, debe contar con algún punto de referencia en su cerebro, que fije en su memoria la noche que nos ocupa. ¿Quiere tener la bondad de decirnos cuál es?

—Pero, este —Goodwin vacilaba— fue una de las noches... solíamos acudir a la taberna determinadas noches... una vez por mes. Estaba acostumbrado a ello. Por supuesto, en ocasiones no era invitado, mas no por culpa del señor Schaeffer. Mi esposa está enferma a menudo, señor. —Le temblaban los labios secos. Se los humedeció.

—Señor Goodwin, ¿estaba su esposa enferma por ese tiempo?

—Bien, señor, la verdad es que comenzaba a restablecerse y dijo que podía ir. A ella le agradaba que saliese.

—¿Al cabo de cuánto tiempo, después de su enfermedad, tuvo lugar esa reunión en la taberna?

—Tal vez una semana o dos después —dijo el viejo, farfuleando, y luego de haber pensado frenéticamente.

—Entonces —interrumpió Durant—. ¿No puede establecer la fecha definitiva?

—¡Sí puedo! —exclamó animoso el señor Goodwin—. Recuerdo haber leído sobre la muerte del señor Zimmer y pensé para mí: fue la noche última, mientras estábamos en la taberna.

—Coronel, ¿puedo formular una pregunta a Goodwin? —inquirió Schaeffer desde su asiento.

Durant hizo una pausa y luego asintió con un gesto. Schaeffer fue con paso indiferente hasta el viejo, para sonreírle de manera alentadora.

—Goodwin, ¿recuerda el caso de Pinchard? ¿Se acuerda cómo discutió usted conmigo y llegó a la conclusión de que Pinchard debía ser arrestado?

—Sí, señor Schaeffer —dijo Goodwin, acompañando su afirmación con un movimiento de cabeza.

—Muy bien, pues. Esa discusión la sostuvimos dos semanas antes del asesinato. Fue el día antes de la reunión en la taberna.

—¿Está usted seguro, señor? —Goodwin lo miró fijamente con sus ojos saltones, otra vez estremecido.

—Puedo mostrarle el informe, Goodwin.

El viejo quedó mudo. Schaeffer lo tomó del brazo.

—Vamos, no permita que eso le altere. —Luego, apelando a Durant:— Señor, temo que va a desmayarse.

—Entonces déjelo que se siente.

Schaeffer condujo a Goodwin, que iba con paso vacilante a consecuencia de su gran agitación, al banco de los testigos. Una vez sentado, el frágil viejo desvió su mirada suplicante y temerosa del semblante de Kirk al de Schaeffer, sin dejar de mover los labios. Ambos hombres le hicieron una señal de cabeza amistosa y Kirk le puso el brazo protectoramente sobre el hombro derecho.

Durant se aclaró la garganta.

—El FBHS está bajo mi jurisdicción en la Sección 7 —prosiguió con voz pomposa—, aunque actúa más directamente desde Washington que ningún otro departamento, y posee sus propias directivas, a pesar de que todos sus casos han de ser tratados ante el tribunal militar. Deseo que quede constancia

de que al ejército no le guía otro móvil que la justicia, no importa cuál sea el departamento o la persona acusada, así como ninguna otra institución o ciudadano.

Mientras escuchaba Goodwin se enjugaba el sudor del semblante arrugado, lo mismo que el de las manos. Sus labios frunciéronse casi como los de un niño y dijo, de manera casi inaudible:

—Soy demasiado viejo y olvido. Nadie me necesita ya. —
Oprimióse los ojos con el pañuelo en ademán de sencillo dolor.

—Puede hablar en favor del acusado —dijo Durant dirigiéndose a Pellman.

Pellman se puso en pie y fue hasta la mesa con dramática lentitud. Cada uno de sus gestos y de sus movimientos expresaba su decaimiento, junto con su valiente dignidad. Aspiró con fuerza. Volvió hacia Durant sus ojos elocuentes. Su voz sonora y fuerte llenó luego el recinto del tribunal y cada una de las plumas comenzó a moverse con agilidad.

—Coronel Curtiss —y Pellman hizo una profunda reverencia a Durant—: diga lo que dijere cualquiera que se dé a proferir falsedades, debe ser evidente para todos los asistentes a este lugar que el oficial comandante es caballero de considerable tolerancia, que aprovecha al máximo toda oportunidad en favor del acusado. Ni el señor Sheridan ni el que habla podemos cavilar ante ninguna palabra ni contradecir ninguna de las manifestaciones del oficial comandante. Accedemos a ellas: lo reconocemos con respetuosa gratitud. —Se detuvo, abrumado por sus emociones.

Sheridan comenzó a esbozar la sombra gris de una sonrisa.

—Nos hallamos frente a dificultades insuperables. Contamos con lo manifestado por las señoras de Zimmer y de Sheridan. Las pobres señoras, postradas naturalmente, no han podido asistir al juicio. La señora Zimmer no puede presentar otra evidencia que la oída de labios de su marido, referente a la inminente visita del señor Sheridan. El testimonio de la señora Sheridan, en los preliminares, no tiene ningún significado en lo que a nuestro caso se refiere. Expresa que su esposo regresó poco después del amanecer. Prefiero que ella no se haya hecho presente, aun cuando hubiese podido hacerlo. —Sacó un hermoso pañuelo de hilo, haciéndole dar vueltas, para llevarlo a la cara y aplicarlo con el fin de enjugar la transpiración; se detuvo otra vez para permitir que lo retratasen. Después extendió las manos en dirección a Durant, en ademán de rendirse.— Hay tres testigos en contra de mi defendido y solamente uno en su favor, un testigo que, tratado con gran solicitud, ha confesado virtualmente que podría estar equivocado. ¿Qué podemos decir, coronel Curtiss? Reiterar que mi defendido es inocente, colocaría en posición absurda. Prefiero no desperdiciar tiempo en negativas apremiantes. Y de tal modo —hizo gestos dramáticos— quedamos a merced del oficial comandante. Suplicamos al oficial comandante. Él ha demostrado su ilimitada capacidad de misericordia, de paciencia y de justicia. Suplicamos que tenga en cuenta los dilatados y fieles servicios del señor Sheridan a la Democracia, su tenaz e incesante devoción a sus principios, su administración inexorable y sus brillantes actuaciones en el pasado. De seguro que todo ello ha de tomarse en consideración. No admitimos su culpa como tal. Si en un momento apasionado, o en la creencia de que Andreas Zimmer constituía un peligro para su país, llegó a darle

muerte... o, si se me permite expresarme de otro modo... lo ejecutó, ¿debe ser castigado por ese acto?

—La ejecución no supone un acto privado —sugirió Durant, que se había mordido la uña del pulgar, después de haber escuchado en silencio—. Si el señor Sheridan estaba convencido de la culpabilidad de Zimmer, debería de haberlo entregado a la justicia. Por lo demás, no existe prueba alguna de la traición de Zimmer. Cuento con el propio testimonio del señor Sheridan de que jamás conoció al hombre y de que no lo ha visto sino de lejos.

—No me es posible circunvenir ni dejar de lado lo admitido por el señor Sheridan —dijo el señor Pellman, que suspiró tristemente, moviendo la cabeza—. Coronel Curtiss, nuevamente digo que no podemos hacer sino confiarnos a vuestra ilimitada misericordia y suplicarle que tenga en cuenta la administración leal e impecable del señor Sheridan. Tal vez una sentencia a prisión...

—Andreas Zimmer —dijo Durant, cansado ya de él y de su teatralería— era igualmente abnegado y leal. Fue asesinado de manera horrible, sin ninguna razón a nuestro alcance, como no sea personal y despreciable. Para no prejudicar a vuestro defendido, no sugeriré que tal vez el señor Sheridan no es lo que aparenta y que es enemigo de la Democracia y asesina a quienes acatan sus leyes y las sirven sin objeción. No, no sugeriré tal cosa, que sería injusta. Que vuestro defendido, si así lo desea, adopte esa posición en propia defensa.

El señor Pellman era todo alegría. Hizo una reverencia a Durant. Se puso venturosamente casi en punta de pies y tendió los brazos en dirección a Sheridan.

—¡Señor Sheridan! Hágalo. Eso ha sucedido raras veces durante mi larga experiencia. ¡Defiéndase, señor!

Sheridan se mantuvo inmóvil unos instantes, durante los cuales le fueron tomadas otras fotografías. Luego, con leve ademán de educado desdén e impaciencia, se puso en pie y fue hasta la mesa. Allí se mantuvo de pie, cual amable patricio, relucientes los ojos tras los cristales de los anteojos. Sonrió divertido. Mientras estudiaba a Durant, se curvaron sus labios descoloridos.

—El tribunal militar —dijo deliberadamente con su voz modulada— está decidido a destruirme. El coronel posee sus motivos propios, que no tengo interés en cuestionar. Pero el coronel debe entender que tengo alguna débil sospecha de esos motivos.

—¡Señor Sheridan! —protestó Pellman con voz apenada.

—No tengo necesidad de su oratoria, Pellman —dijo Sheridan, acompañando sus palabras con aristocrático ademán de disgusto—. ¿No recuerda? Lo conozco muy bien, pues lo he utilizado muy a menudo. —Ahora dirigió toda su atención a Durant.— Por supuesto, es inútil que trate de defenderme. El esfuerzo sería ridículo. Sin embargo, el coronel está tan cierto como yo de que no soy culpable del asesinato de Andreas Zimmer.

Los hombres allí presentes quedaron sobrecogidos, mirándose incrédulos los unos a los otros. Pellman se retiró de la vecindad de su indomable cliente, cual si fuese una obscenidad. Pero Durant sonrió, sombrío.

—El acusado está muy equivocado, sí, muchísimo. Sé que es culpable de asesinato.

—El coronel podría estar convencido de que soy culpable de lo que él podría calificar como asesinato —dijo Sheridan, suavemente y acercándose algo más a la mesa—. Pero no del asesinato de Andreas Zimmer.

—Podría aclarar —sugirió Durant.

—El coronel —dijo Sheridan, encogiéndose de hombros— ha llegado hace muy poco a esta Sección. El coronel es un caballero equívoco. Un caballero —repitió, y sus ojos incoloros observaron a Durant, burlones—. Pero, por supuesto, al coronel jamás se lo pondrá en duda.

Durant sentíase estremecido y su garganta se le había contraído, pero habló estólidamente.

—Continúe. Me resulta difícil interpretarlo, señor Sheridan. Empero, el hombre que se halla en su situación puede ser ambiguo. Como sabe, fui enviado aquí por el Magistrado Principal, Arthur Carlson. En consecuencia, haré a un lado sus observaciones. —Y agregó, dirigiéndose a los periodistas:— El señor Sheridan no sabe lo que dice. Pueden borrar lo que ha manifestado en estos últimos instantes.

—El coronel confirma mi opinión. —La serena sonrisa de Sheridan habíase ensanchado brevemente. Luego su semblante tranquilo se hizo más duro.— Deseo llevar a conocimiento del coronel que no es mi propósito solicitar misericordia ni arrastrarme. En verdad prefiero morir. Porque el coronel debe comprender que no puedo vivir sino en un ambiente que he elegido,

que es un ambiente natural y adecuado para mí. No podría existir fuera de ese ambiente. —Hizo una pausa y sus ojos claros se posaron inexorablemente en el semblante de Durant.— El coronel no se hallaría aquí ni estaría dotado de sus poderes, si no estuviese a punto de aparecer violentamente una era imposible de ser sufrida por mí. Sería insoportable para mi modo de ser. El coronel me hará no sólo un gran honor sino una gran misericordia al condenarme a muerte.

—¿Teme el acusado que el ejército se establezca más firmemente dentro de la Democracia? —dijo Durant, percatado de que sus palabras eran inanes.

Sheridan sonrió brevemente.

—Deseo al coronel muy buena suerte —contestó con reserva—. Veo que no existe ninguna sociedad estática. Sabía que iba a llegar el fin alguna vez. Prefiero no estar con vida cuando ese fin llegue. El coronel es joven. Con el tiempo se desilusionará. Es lamentable, tal como ahora lo es para mí. Sin embargo, me siento algo cansado y aborrezco pensar en el futuro. En verdad aborrezco todo lo que el coronel representa.

—¿Han tomado ustedes nota —dijo Durant, dirigiéndose con énfasis hacia los periodistas— de que el señor Sheridan se opone fuertemente a las rectas disposiciones de los militares y que es enemigo del ejército?

Los periodistas afirmaron con un movimiento de cabeza muy pronunciado.

Sheridan volvió a sonreír. Luego pareció pensativo. Empero, no dijo nada más.

Se produjo un silencio dramático, que Durant no quiso interrumpir a conciencia. Luego prosiguió:

—Mucho ha sido revelado en este lugar. El señor Sheridan ha reconocido prácticamente el asesinato. Quizá peor aún, ha confesado tal vez que es un traidor de corazón. —Golpeó la mesa con el puño.— En consecuencia, y con mucho sentimiento, debo condenarlo a muerte y ordenar su ejecución al amanecer. En el ínterin, dispongo que sea recluido incomunicado, sin poder recibir visitas.

—¿Teme el coronel que pueda hablar... a alguien? —inquirió Sheridan, sorprendido—. El coronel es ingenuo. No sabe que ya no tengo ningún interés. He concluido con el futuro y sé, ahora, que éste se acerca inexorable. —Regresó a su asiento, sereno y despreocupado, alejado de todo otra vez.

—Capitán Edwards, teniente Grandon —dijo Durant, dirigiéndose a sus ayudantes—. ¿Desean formular alguna pregunta?

Ambos contestaron negativamente con un movimiento de cabeza.

—En consecuencia, ordeno que el señor Sheridan sea entregado a los soldados encargados de su custodia y conducido a su celda.

Se puso en pie. Le fue imposible dejar de mirar a Schaeffer y a Kirk, ambos sonrientes, si bien muy poco, rehuyendo con consideración la mirada del oficial comandante. Éste esperó hasta que Sheridan fue rodeado por los soldados y conducido fuera de la habitación. Sólo entonces salió él.

Por alguna razón imposible de explicar, repugnaba a Durant la idea de regresar en el acto a sus oficinas. De ahí que se dirigiera

a la cámara de los jueces, donde tomó asiento para encender un cigarrillo. De improviso se sintió indispuerto, sitiado y ultrajado.

—Bien, ¿qué tal estuvo todo? —preguntó a sus guardias.

—Maravilloso, coronel —respondió Sadler, imperturbable y con el semblante indiferente—. Usted dio a Sheridan todas las oportunidades posibles. —Luego sonrió.

—Tratándose del primer juicio presidido por el coronel, no pudo haber estado mejor —dijo Beckett, más entusiasta que el otro—. ¡Pero si yo he asistido a juicios en Oregon; terminaban en quince minutos y jamás se llamaba al acusado ni le era permitido presentar testigos! En algunas oportunidades la cosa era algo brusca. —Dio fuego a Durant para que encendiera el cigarrillo; sus ojos azules y glaucos mostraban expresión satisfecha, cosa imposible de interpretar por Durant. No era de su agrado Beckett, sin que ello se debiera solamente a su afeminamiento implícito en ocasiones. En verdad érale imposible explicar la causa de su desagrado hacia el guardia, individuo hermoso, inteligente y capaz.

—Me agradaría examinar otra vez el legajo de Sheridan —dijo, intranquilo—. Beckett, ¿haría el favor de pedirlo al encargado? Y dígame de paso que deseo que Sheridan sea traído a esta cámara dentro de media hora.

El semblante de Beckett reflejó una fugaz curiosidad, pero salió haciendo una reverencia. Durant hizo un repentino gesto a Sadler, quien comenzó a examinar, de manera veloz y sistemática, todo el recinto, buscando debajo de las alfombras, en la mesa, debajo de los asientos y detrás de los hermosos grabados

colgados de las paredes. Levantando el teléfono, palpó delicadamente la placa que le servía de base. Pasó los dedos a lo largo de los zócalos, debajo de los antepechos de las ventanas, se trepó a una silla para examinar los ganchos que sujetaban las cortinas de terciopelo azul a las ventanas. También golpeó las paredes, escuchando atento por si se produjese algún ruido hueco. Apretó con fuerza el sofá, probando sus resortes. Una vez realizado todo eso, movió la cabeza a Durant.

—Hasta donde he podido comprobar, no hay nada. Probablemente se debe a que este recinto no es muy utilizado. No hay papeles en la mesa, ni indicios en los secantes. —Luego salió, cerrando la puerta tras él.

Durant escuchó, esforzándose por captar algún sonido y pronunciando algunas palabras.

—No he oído su voz, por lo que resulta a prueba de sonidos —dijo—. ¿Me oyó? —Quedó más tranquilo al contestarle Durant con un movimiento de cabeza negativo.

—¿Averiguó algo acerca de Beckett, Chard?

—Absolutamente nada. Hemos estado juntos en la guardia durante cuatro años. Es exactamente lo que parece. He visitado a su familia en Oregon, dedicada a prósperos negocios madereros. Quería que me casara con su hermana. —Sadler volvió a sonreír.

—Todo suena muy bien —dijo Durant tranquilamente—. Pero hay algo en él... Chard, ¿no se ha estado escabullendo para hablar con su padre en ningún momento, verdad? ¿Ni hecho nada que Beckett pueda señalar o que le infunda alguna sospecha?

—No. Señor, bien sé que un hombre en vuestra situación no puede confiar en nadie y debo recordarle que el coronel mismo me dijo que yo tampoco debía tener confianza ni en él mismo.

Durant rio.

La puerta se abrió para dar paso a Beckett, quien rezumando buenos modales y eficiencia, hizo su entrada y depositó sobre la mesa una carpeta.

Durant comenzó a leer nuevamente, en su intento de encontrar alguna huella que le dijese por qué Sheridan era lo que era. Hasta ese momento, tal pista se le había mostrado esquiva. Sheridan contaba sesenta años, pues había nacido en mil novecientos diez. El padre había sido profesor de literatura inglesa en Harvard y había gozado evidentemente buena reputación. La madre habíase recibido en un colegio para señoritas ya extinguido. Sheridan era el único retoño y, a juzgar por los buenos colegios a que había asistido, muy querido de sus progenitores. Se recibió en Harvard en mil novecientos treinta. Al parecer fue un excelente alumno e incluso tuvo algo de genio. Estudió derecho en Yale. Esos fueron los años de la depresión. ¿Habíase conmovido el joven de manera terrible ante la situación de un pueblo pobre y desesperado? Después de haber considerado esta contingencia unos instantes, la desechó por absurda.

Sheridan había contraído matrimonio en mil novecientos treinta y siete con la hija de un acaudalado fabricante de cobre y aluminio, entrando a formar parte del personal de abogados empleados por éste. Eran los días de las huelgas; el presidente Roosevelt no había podido restaurar la menor semejanza de prosperidad en la nación. Su régimen se había visto reforzado,

consolidado y vuelto infinitamente poderoso con la guerra. El padre político de Sheridan obtuvo beneficios enormes con la misma. ¿Era eso una pista? Durant meditó. No, Sheridan no era hombre a quien disgustara la guerra. No tuvo participación en el conflicto ni en los otros que siguieron, habiendo permanecido con el padre de su mujer hasta el año mil novecientos sesenta, en que entró a formar parte del FBHS. Un legajo bastante simple, suave relato de una historia de éxitos. Las relaciones con su esposa fueron excelentes. En su vida privada y en el gobierno, había resultado hábil y aun brillante. Sus amigos eran numerosos. Evidentemente no había hecho enemigos, salvo en el caso de aquellos a quienes persiguiera como jefe del FBHS.

Su esposa vino a heredar una fortuna, y como el padre había sido miembro de los MASTS, le fue permitido conservar la mayor parte de la misma. Sus hermanos seguían dedicados al negocio. De modo que en la historia de Sheridan no figuraba para nada la pobreza, la lucha ni ninguna situación de tirantez. Durant meditaba, reclinado en su asiento. La pista con respecto a Sheridan, como indicara este mismo, hallábase en su propia naturaleza. ¿Cuál era esa «naturaleza»? Algo se agitó nerviosamente en la memoria de Durant, rehusando salir a la superficie. ¿Qué me interesa lo que él sea?, se preguntó a sí mismo. No es cosa que me concierna. Antes de veinticuatro horas habrá desaparecido de este mundo.

Sin embargo, era su deseo saber. Esta exigencia de sí mismo no era mera curiosidad; creía que, en caso de llegar a conocer a Sheridan, sabría el motivo de que muchos hombres como él dedicaran sus afanes a la Democracia. Era menester que la na-

ción comprendiese a tales individuos, con el objeto de que fuesen reconocidos tan pronto hiciesen su aparición y fueran anulados.

La puerta se abrió en silencio para dar paso a Sheridan.

—Quédese afuera y vea que nadie nos interrumpa —dijo Durant a Beckett. ¿Fue cosa de su imaginación o el semblante de Beckett se hizo tenso y se cerraron algo en verdad sus ojos? No fue sino una impresión fugaz, desaparecida al instante.

Beckett salió después de haber saludado y cerró la puerta tras él. Sadler permaneció dentro.

—Siéntese, Sheridan —ordenó Durant.

Sheridan tomó asiento en una silla de cuero, limitándose a esperar con esa paciencia suya altiva y cortés, la paciencia que el caballero confiere al extraño más bien rústico. Tengo que sufrir la intromisión de esta persona, implicaba su actitud; algo muy fastidioso, desde luego, pero supongo que he de sufrirla en gracia a la urbanidad.

El cuello comenzó a producirle calor a Durant.

—He vuelto a leer esto —dijo, indicando el legajo sobre la mesa—. Deseaba tener la seguridad de que no he cometido con usted ninguna injusticia en el día de hoy.

—Verdaderamente —murmuró Sheridan—, coronel, es usted muy amable.

—¿Le interesan mis conclusiones definitivas?

—Coronel, creí que había arribado a sus conclusiones largo tiempo atrás. —Las cejas grises habíanse alzado de manera singular.

Durant lo estudió, recostado en su asiento, sin que por el momento le fuese posible hallar palabras con que contestarle.

—Tal vez podría haber ayudado al coronel —dijo Sheridan con amabilidad—. El coronel es joven. Leal... ¿diremos así? a su fe. Y muy joven. El coronel se siente confuso; no lo estará cuando llegue a tener mi edad. En resumen; el coronel, que ha estudiado mi legajo con gran atención, como sólo podría haberlo hecho un abogado, o alguien con mentalidad de abogado, se pregunta por qué soy lo que soy. ¿Es cierto?

—Sí —dijo Durant con voz innecesariamente fuerte y sintiéndose a la vez necio y alarmado.

—Temo que el coronel —prosiguió Sheridan, entrelazando sus dedos delicados sobre la rodilla—, de quien he oído que jamás ha admirado la psiquiatría, haya sido absorbido, empero, por esta ciencia. Creo que existe una explicación para cada conducta humana; que los hombres no nacen como son, sino que se vuelven así en virtud de lo que los rodea. Igualmente cree en la herencia. ¿Puedo preguntar entonces al coronel si ha descubierto algo en mi herencia o en mi ambiente que le haya dado motivo para conjeturar?

—No —dijo Durant, luchando para reprimir su cólera repentina.

Sheridan estudió el hecho pensativo.

—El coronel —prosiguió—, que es joven, probablemente posea lo que solía llamarse conciencia. Es posible que haya racionalizado sus emociones sobre mí; sin duda habrás dicho a sí mismo que debo ser destruido. Sí —dijo Sheridan muy despacio—, él cree que debo ser destruido y que él debe saber lo que soy, de modo que las futuras generaciones puedan reconocer a los de mi especie. Empero, el coronel no se halla tranquilo. Subconscientemente... muy subconscientemente... desea asegurarse de que ha estado justificado al condenarme.

—No sé de qué habla, Sheridan —dijo Durant con voz insegura y ardiéndole el semblante—. ¿No me recuerda? Soy simplemente el ejército, nada más que un individuo de ánimo infantil y provisto de coraza de acero. Me acredita como poseedor de emociones que no tengo ni comprendo.

—Creo que el coronel comprende —dijo Sheridan, dirigiéndole la mirada amistosa que el maestro de escuela conferiría al estudiante inteligente—. Estoy pronto a ayudar a que el coronel aquiete su conciencia. —Esperó para ver si Durant decía algo y en vista de lo contrario continuó:— Antes dije al coronel que no podría vivir en el ambiente que él ha jurado restablecer, donde existe conciencia y otros impedimentos emocionales innecesarios para un gobierno inteligente.

—¿Por qué no? —inquirió Durant involuntariamente.

—Porque ese ambiente —contestó Sheridan con paciencia— es algo loco e imposible, un sueño fantástico jamás basado en la realidad. No se basa en la naturaleza humana. Se trata de un concepto religioso y el hombre jamás ha abrazado en realidad ningún concepto religioso en modo alguno, ni una sola vez, a través de los siglos. Ello debiera ser una prueba clara,

incluso para el necio, de que la religión constituye algo antipático para el hombre, extraño a su naturaleza, innecesario para él. Coronel, soy realista. Nací realista. En el mundo no existe sino el débil y el fuerte, bien se trate de escarabajos, pájaros, peces, animales o individuos.

—No es en verdad una conclusión muy original —dijo Durant—. Todos esos seres vivos que acaba de nombrar lo descubrieron por sí mismos muchísimo tiempo atrás. Pero a nosotros se nos dio un nuevo concepto, igualmente hace mucho tiempo; que el hombre no es gusano ni perro, comadreja u otro animal solamente. También posee un ego, una mente. Se percata de sí mismo. Y al percatarse de sí, se percata de lo abstracto y de su capacidad para razonar sobre abstractos, cosa que otros seres no poseen. No deseo hacerle sonreír, hablándole del alma...

—El coronel me interpreta mal —interrumpió Sheridan, con semblante muy serio—. Yo creo en el alma.

—Bien —comenzó Durant. Luego se detuvo y recordó su extraña experiencia en la oficina, el conocimiento de que alguna presencia tangible habíase movido junto a él, una presencia de un mal absoluto e increíble, amoral por completo y del todo omnipresente. Al mirar a Sheridan, palideció su rostro voluble.

—Creo que el coronel comprende ahora —dijo Sheridan, asintiendo con un movimiento de cabeza.

El mal que todo lo invadía, era siempre derrotado y siempre triunfaba. El mal que era parte de todo individuo, pero sólo una parte en mayor o menor grado, en la mayoría. Pero el mal que es supremo, incalificado, en algunos individuos extraños. Era algo nato en ellos como una entidad perfecta que no admitía la

presencia de ninguna otra emoción o motivo. ¿Era ese mal locura? Durant, que otrora considerara el mal como forma de locura, no creía ya que Sheridan fuera cuerdo del todo.

Inclinado hacia Sheridan, lo estudió con algo parecido al temor.

—Uno de mis maestros —dijo Durant— me enseñó en una oportunidad que el hombre es noble, pero los hombres son innobles o algo peor. Cuando el hombre se convierte en hombres solamente, se produce un estado de ánimo universal paranoico que se traduce en muerte o explota en una catástrofe suicida.

—No sabía por qué hablaba de tal modo a un individuo a quien había condenado a muerte, pero algo irresistible lo acuciaba.—
¿Qué dice a eso, Sheridan?

—Veo que no estaba equivocado en cuanto al coronel —contestó Sheridan, sonriéndole con placer—. He considerado lo dicho por el coronel. Debo reconocer que su maestro estuvo completamente acertado. En un sentido «moral» o religioso. Mas ¿debo recordar al coronel que somos en este siglo una sociedad de individuos y que el hombre constituye algo fuera de la ley, un anacronismo? Ello sucede siempre. Los hombres dominan finalmente al hombre. Éste nunca triunfa por mucho tiempo, sino que deja tras sí un sendero de errores trascendentales, resplandeciente de estrellas tal vez, pero equivocado. No existe realidad en él mismo. —Movi6 la cabeza.— Lo que el coronel ha calificado como estado de ánimo «paranoico» no es ni paranoico ni mortal. Es la pura realidad, imposible de dominar jamás por ninguna teorí a o conjunto de leyes ambiguas basadas en la inexistente nobleza de la personalidad humana.

—¡Hitler lo creyó así—protestó Durant, sintiéndose frío y vulnerable—, lo mismo que Stalin y que nuestro actual gobierno aquí en Estados Unidos, e igual que los tiranos de todo el mundo creyeron miles de años antes! Y siempre fueron derrotados.

—Y siempre vuelven a triunfar, una y otra vez —dijo Sheridan, casi compadecido de ese joven necio—. Y alguna vez triunfarán de manera permanente. No durante su generación, tal vez, ni en la de los hijos de sus hijos. Pero eventualmente. La verdad no puede sino establecerse por sí misma.

—O el mal.

—Posee muchos nombres —dijo Sheridan, indulgente—. Puede llamarla como le plazca.

Durant examinó sus dedos, el semblante oscuro y la frente arrugada.

—Me dijo usted que creía en el alma. En consecuencia, no le importa la muerte, ¿verdad Sheridan?

—No, coronel, no me importa. Porque sé que los hombres como yo nacen en todos los tiempos, preparándose para matar a ustedes, los que creen en sueños y fantasías. ¿Diré, para expresarlo con más claridad, que lo que soy ha nacido para siempre y que ustedes no pueden hacer nada sobre nosotros? Ignoro si existiré como entidad pasado mañana, pero como realidad existiré siempre.

Un débil rugido llegó hasta ellos, incluso en esa habitación, algo así como un mar creciente y tormentoso. Durant corrió hacia la ventana. La multitud afuera había alcanzado tremendas proporciones, cubriendo toda la calle y extendiendo sus

tentáculos por las adyacentes y aun por las callejas. Alguien había hecho saber al pueblo que Sheridan iba a morir ese día. La nieve borraba la multitud de rostros allá abajo, pero Durant estaba en condiciones de sentir el júbilo de esa muchedumbre, su éxtasis.

—¡Venga! —exclamó Durant.

Sheridan se levantó sin la menor prisa y fue a reunirse con el otro en la ventana.

—Mire allá abajo —dijo Durant, indicando con la mano—. Es el pueblo. Sabe que usted ha sido condenado a muerte. Su enemigo. Se muestra jubiloso de que un mal vaya a ser eliminado.

—No, coronel, se equivoca —habló Sheridan, riendo con su risa suave y patricia, después de haber estudiado a la multitud, pensativo—. Porque ya sabe usted que el pueblo me creó y me proveyó de poder. En el pasado ha creado otros millares de hombres como yo y los ha hecho poderosos, como lo hará en el futuro. Me aborrecen porque lo que ellos han hecho y a lo cual le otorgaron poder y autoridad los ha injuriado y asustado. Ese tumulto no significa su esperanza de libertad y que comience a detestar la esclavitud. No es sino algo inmediato y transitorio. Supone incluso una emoción nada bella, de acuerdo con vuestro concepto, porque no existe en ella nada «virtuoso» ni «sublime» o «percibido». Ese grito es el grito del populacho que dio muerte a los Graces, a Jesús y a Sócrates, el grito ante la guillotina, la horca o el auto de fe. Es el grito del odio puramente emocional, capaz de ser dirigido contra cualquiera. —Tocó suavemente en el pecho a Durant.— El mismo grito que fue proferido contra los de su clase, coronel.

«Tiene razón y a la vez no la tiene», pensó Durant, desesperado. De improvisto, se vio después invadido por una extraña serenidad. «Compadezco a la muchedumbre.» Cristo había visto, perdonado y comprendido. Y Cristo había sabido que, bajo ese odio, la horrible estupidez, la ignorancia, la bestialidad y el mal de los hombres, anidaba la verdadera realidad: la divinidad, a manera de semilla secreta, que plantada en suelo benéfico podría llegar a convertirse en un árbol, grande e inmortal. Un árbol de vida, repleto de fruto, cuajado de flores y reluciendo al sol.

Durant se volvió hacia Sheridan. Quiso hablar, pero los ojos fantasmales del otro reían.

El joven movióse con los brazos cruzados. Había olvidado a Chard Sadler, pero ahora, estremecido y alegre, lo vio. El rostro de Sadler era muy severo y sus ojos estaban llenos de una tristeza más severa aún. Al cabo de un instante sonrió apenas; nunca se había parecido tanto al padre.

—Tal vez el coronel podría recordar —dijo— el viejo dicho de que los hijos de la oscuridad son más sabios en su generación que los de la luz.

—¿Y? —preguntó Durant.

—Pero la generación pasa, también, y si los hombres como Sheridan nacen, una y otra vez, según él dice, también nacen los hijos de la luz. Tal vez llegará el día en que nunca morirán.

—Se llevó la mano a la pistola.— De todos modos, señor, si usted me lo permite, permaneceré en su celda junto al señor Sheridan hasta mañana por la mañana, sólo para que nadie le moleste.

La nieve de los primeros días de diciembre amarilleaba en las calles destrozadas de Filadelfia, derritiéndose en los canalones. Un viento amarillento apagado soplabla sobre la ciudad; hasta el cielo mostrábase del color de la ictericia, sobre todo de noche.

Durant sufría una depresión especialmente severa, una intranquilidad psíquica. Juzgó algunos casos en el tribunal militar y dictó severas penas, de modo que surtieran efecto en el público, pero no consiguiendo, sino que su melancolía fuera más negra día tras día. Su aislamiento jamás le había parecido más terrible. No osaba hablar con nadie. Una frialdad intangible, si no hostilidad abierta, habíase interpuesto entre él y sus oficiales, con excepción del sargento Keiser. A veces reflexionaba que Keiser quizá fuese un compañero de conspiración, pero había algo en él que no resultaba de su agrado. En esos días notábase una expresión malhumorada en el semblante juvenil del teniente Gran don y, al haberse vuelto Durant extremadamente impopular entre las familias acaudaladas de la localidad, pocas invitaciones eran formuladas a Edwards y a Bishop. Durant estaba al tanto de que dichas familias eran sus enemigos malignos; antes de dictar sus órdenes contra ellas, ignoró de manera ostensible sus ofrecimientos. Después de esas órdenes, el aborrecimiento reprimido, pero no menos salvaje, era algo palpable que él advertía al ponerse accidentalmente en contacto con ellas. Por último, cuando hubo ordenado a los dos capitanes que no aceptasen tales invitaciones en adelante, la hostilidad de los oficiales se hizo manifiesta hacia él en forma de hostiles miradas de reojo en silencio.

No se atrevía a conversar ya con el doctor Dodge por temor de que, al hacerlo comparecer a su presencia y a la de Sadler, el

parecido entre padre e hijo fuera advertido pronto por los otros. Tampoco hablaba con Sadler, aunque se hallaran a solas. En verdad le resultaba duro conversar con nadie.

Otra era también la razón de su sufrimiento. Desde los días de su infancia recordaba con expectación la proximidad del veinticinco de diciembre. Venía a su memoria la misa de Nochebuena, el árbol resplandeciente, los obsequios, las comidas de la estación, la risa y la alegría, las oraciones y los cánticos. Todo eso había sido sumido en el barro gris del proletariado universal. Parecía que en diciembre había ese barro por doquier, en los rostros de la gente de la calle, debajo de sus uñas, en sus cabellos, sus ropas y sus alimentos. Y, lo peor de todo, en su alma misma.

Pensaba consigo mismo: ¿Podremos eliminar realmente alguna vez este horror de los espíritus, la memoria y las costumbres de las gentes? ¿Qué de los jóvenes, que no habían conocido en toda su vida sino ropas ordinarias y groseros alimentos, nada sino despotismo militar, la monotonía de la filosofía comunista americanizada, la adoración del Estado, la opresión y el adoctrinamiento materialista? Todo eso habíase convertido en su modo de vida, sin que probablemente pudieran imaginarse otro tipo de existencia u otro mundo. No existía lugar en la tierra que no hubiera sido violado, ni alegre tierra de libertad en parte alguna ni rumor de cualquier magnificencia o dignidad humana con que establecer comparaciones con su propia nación. Nada existía que ellos pudiesen emular; érales imposible restaurar ninguna pauta, pues no se percataban de otros cánones que los suyos. Nacidos en tiempos de guerra y viviendo sólo en tiempos de guerra, no conocían sino la guerra y la regimentación. La belleza, la paz y la reverencia y el júbilo

nunca fueron de su conocimiento. ¿Qué harían en caso de emanciparse? Lanzados a la deriva bajo su propia responsabilidad, enfrentados con la exigencia de vivir cual seres libres, obligados a hacer frente a las exigencias de la empresa individual, ¿no era verosímil que se viesan arrojados a la confusión, el pánico y el temor?

No fue con mucha esperanza como Durant se recordó a sí mismo que los padres recordaban y podían estar en condiciones de reeducar a sus hijos. Al fin y al cabo, sus padres mismos habían traicionado a la república, en nombre de la «seguridad» y si ahora lo lamentaban, su edad, sus sufrimientos a lo largo de décadas posiblemente habrían disminuido su iniciativa y su fe, cuando no apagándolas por completo.

Durant pensaba tristemente que en todas las eras los hombres de más edad dirigían sus miradas a la juventud en pos de aliento, de fuerza y de entusiasmo. Pero ahora había que mirar a los viejos, no importa cuán cansados se hallasen ni cuán entumecidos. Ellos y sólo ellos eran capaces de salvar a sus hijos, aun en los días de la liberación. Las manos de venas marcadas y marchitas debían tomar la luz para disipar la tiniebla; la juventud debería seguirlos, estremecida de terror. Para ella, la oscuridad había sido el día. La luz tal vez fuese demasiado. Los padres habían hecho entrega al enemigo de la libertad de sus hijos y de los hijos de sus hijos, y del enemigo tenían que rescatarla.

Los viejos tendrían que restaurar los antiguos significados de la actual terminología: Unidad, deber, sacrificio, disciplina, libertad, democracia, las cuales habían sido corrompidas y pervertidas para expresar regimentación, esclavitud, trabajo for-

zado, control de pensamiento, guerra y muerte. Todo un vocabulario nuevo había nacido bajo la dirección de los hombres malos. Las palabras no eran cosas inmutables, abstracciones. Eran símbolos de emoción, cosa jamás estática. Los jóvenes eran víctimas de la semántica perniciosa. La jerigonza idiota de los científicos aprovechadores habíase convertido en parte del vocabulario de los centros de enseñanza. Los científicos figuraron entre los primeros que traicionaron a Norteamérica y, aunque ahora eran controlados por los militares, su entusiasmo por la Democracia fue en aumento a lo largo de los años. No a los científicos entonces (considerados por los sentimentalistas como los sabios clarividentes de los siglos), sino a los viejos sencillos y la gente de mediana edad tendría que volverse la juventud en demanda de la nobleza de las palabras. No a los maestros, instructores y profesores ve ríase obligada la juventud a apelar en cuanto al significado de caridad, orgullo, valor y fe, sino a los ancianos clérigos que ahora morían de hambre en sótanos y buhardillas.

La vejez, que en su juventud invocara el terror, debía destruirlo ahora. Los asesinos detestaban a los de mediana edad y a los viejos, por tener desconfianza en sus recuerdos. Las leyes más duras habían sido dirigidas contra quienes fuesen capaces de recordar los días de libertad, de empresa privada y honor y aquellos que aún pudiesen acariciar en lo íntimo de su ser el pensamiento de Dios.

Era el problema más terrible y más urgente, no sólo para Norteamérica, sino para el mundo entero. La edad de las tinieblas debía siempre ser dominada por quienes poseyeran recuerdos inmediatos de la luz, o esas tinieblas durarían siglos.

Acosado por semejantes pensamientos, Durant experimentaba en sí mismo la terrible necesidad de apresurarse. Empero, nada acontecía como no fuera la rutina usual y monótona, el silencio apagado. Érale imposible sobrellevar su presente existencia. Alarmado en ocasiones, hallábase pensando y actuando como militar. Por antipatía, estaba en condiciones de percatarse de la triste situación de millares de secretos individuos como él; temporalmente, por lo menos, descubriríanse pensando de acuerdo con su conducta. ¡Qué frágil es la naturaleza humana, con qué facilidad se la seduce y qué fácilmente se traiciona a sí misma!

No existía diversión ni recreo para Durant. Jamás asistía a los «festivales», a las reuniones ni a los teatros del Estado. Raras veces, si acaso, veía a Colburn, Alice Steffens o al ambiguo Morrow. Poco, muy poco vislumbraba a los Lincoln, quienes escurríanse cada vez que lo divisaban fugazmente, inclinada la cabeza de modo que él no pudiese contemplar sus rostros. Se dijo a sí mismo que «las cosas iban sucediendo entre telones». Pero en tal caso no veía ningún indicio. Iba perdiendo su perspicacia. De haber estado alerta, habría observado que los soldados en la calle iban macilentos, esforzado el semblante, no patrullando ya en simples parejas sino en pelotones. Podría haber observado también que murmuraban furtivamente entre ellos. Que los rostros de la gente habíanse vuelto tensos y turbulentos; habría aspirado el olor del fuego de la violencia subterránea en la húmeda atmósfera de comienzos del invierno. Porque esperaba algo grandioso y dramático, algo explosivo y universal, desperdiciaba las señales mismas que tendría que haber observado.

Era cierto el incendio de una de las plantas bélicas instaladas en los suburbios, de Filadelfia. Pero él lo consideró tan sólo como rumor indigno cuando se dijo que detrás de ello había sabotaje. Más de una centena de mujeres había invadido los depósitos alimenticios de la ciudad y marchado con abundantes provisiones, mas Durant lo creyó tan sólo un acto desesperado cometido por gente hambrienta. Un granjero muy' próspero de no lejos de la granja de los Lincoln había sido muerto a tiros en su propio campo, y dos mansiones de influyentes MASTS destruidas por otros tantos incendios tan sólo dos semanas antes. Un tren de mercancías, cargado de toneladas de material de guerra, había sido descarrilado cerca de la ciudad X, explotando de manera misteriosa todo su contenido. Durant no creyó tampoco los rumores de que también ahí había sabotaje. Corrió después un rumor, no registrado en los periódicos, en el sentido de que en la Sección 17, un grupo de cinco oficiales había sido muerto a cachiporrazos al salir de sus automóviles en las calles de Chicago, por asesinos desaparecidos entre una muchedumbre que los engulló de manera misteriosa. Otro rumor, referido por Bishop, a Durant, indicaba que cuatro integrantes del FBHS habían sido hallados muertos a cuchilladas en sus mismas oficinas de Cleveland. Circulaban rumores acerca de la desertión de jóvenes reclutas de las fuerzas armadas en diferentes Secciones, y un rumor, más atrevido aún, en el sentido de que una multitud de Minneápolis habíase lanzado contra un destacamento de soldados que conducía a un grupo de hombres y mujeres traidores a la prisión militar, poniendo en libertad a las víctimas. Hubo otro rumor acerca de una rebelión fracasada en la Sección 10, anteriormente conocida por Canadá.

Rumores, nada más que rumores, decía Durant, impaciente. Siempre habría rumores. Por último, se negó a escucharlos. Esperaba la fuerte llamada a las armas, así como acontecimientos gigantescos y espontáneos. Olvidó que los fuegos pequeños y latentes de los bosques por lo común se juntan para convertirse en holocausto destructor. Comenzaba a respirar el aire viciado de la monotonía en sus pulmones; lo que lo habría excitado, lo que habría tenido terrible significado para él, era lo que se le escapaba por entero.

El día de la Democracia había reemplazado a la Navidad y tan sólo en esa oportunidad érale permitido solazarse al pueblo. Se alentaban las fiestas; el Presidente hablaba entusiásticamente desde Nueva York. Había desfiles infantiles, concentraciones para el adoctrinamiento, para las cuales eran conducidas a través de las calles enormes y groseras imágenes de «capitalistas», «enemigos» y «traidores», precedidas de estruendosas bandas de música. Se daban raciones especiales de alimentos, y aun de whisky podía disponer temporalmente el pueblo. Los oradores exhortaban desde los lugares engalanados en lo que otrora fueron templos. E, ironía de ironías, por todas partes hacían su aparición banderas con la enorme imagen de la estatua de la libertad, mezcladas con la bandera de la Democracia.

En verdad, la atención de todo el país dirigíase hacia dicha estatua. El Presidente era paseado en aeroplano por encima de la misma, con objeto de que arrojase flores sobre sus robustos hombros. Se colocaban coronas a sus pies majestuosos. La cima de la misma coronada de luces, iluminaba las sólidas facciones inferiores. Los remolcadores hacían sonar sus sirenas al pasar y los barcos de guerra disparaban estruendosas salvas. El día de la Democracia, a la hora del crepúsculo, el Presidente

pronunciaba su discurso acerca de «nuestras grandes libertades, producto de la sangre derramada y los sacrificios realizados por los hombres nobles». Liberado temporariamente de la uniformidad y la monotonía, el pueblo casi enloquecía de entusiasmo al verse libre. Las ciudades, apenas iluminadas durante el resto del año para economizar combustible, bañábanse en resplandor. Era un gran día, digno de ser esperado todo el año. Era una fecha carente de otro significado para la juventud; en las mentes apagadas de los viejos y los de mediana edad, era un día de duelo por un Dios que había sido desterrado.

Una semana antes de Navidad, Durant llegó a su despacho más deprimido y desanimado que de costumbre y con la vista más apagada. Sobre la mesa, que había sido desembarazada de todo, halló una carta del Magistrado Principal. No habían llegado a su poder misivas de Carlson con frecuencia, salvo infrecuentes directivas, y éstas sin lacrar. Los oficiales de Durant eran pura agitación y Grandon llamó en el acto su atención sobre la carta. La abrió, con mano trémula. Luego la leyó con bastante indiferencia.

«Me consta que se halla enormemente atareado estos días, por lo que no es necesario que interprete mi invitación como una orden. Empero, si dispusiese de tiempo, podría agradecerle venir a Nueva York para la celebración del día de la Democracia. Entiendo que este año se desplegará más entusiasmo que otros anteriores, ya que el pueblo se halla resueltamente decidido a que el actual conflicto se resuelva lo más pronto posible, con objeto de que pueda restablecerse la paz y la prosperidad.

«Estamos muy satisfechos de su labor y cumpliré con el deber de hacerlo notar a nuestro querido Presidente, aunque usted no pueda ausentarse de Filadelfia en estos días tan arduos.

»La celebración del día de la Democracia en Filadelfia será muy agradable para usted, por lo que deberá lamentarse si no le es posible visitar a Nueva York en semejante oportunidad. Si bien los habitantes de Filadelfia son más asentados que los de Nueva York, entiendo que no se muestran tan retraídos en ese día.

»En caso de que sus tareas lo retengan ahí, tendré que reconciliarme con su ausencia y, entretanto, le envío la seguridad de mi afecto y estima personal.»

Durant dejó la carta, sin poder alentar apenas y sabiendo coloreado su semblante. Los oficiales esperaban ávidos sus comentarios.

Extrajo el pañuelo del bolsillo y se secó el rostro.

—¿Hace calor aquí, verdad? —Su voz le sonaba algo singular en sus oídos. Luego hizo un esfuerzo para reír. Golpeó la carta.— No tiene importancia, muchachos. Se trata simplemente de una invitación del Magistrado Principal para que vaya a Nueva York el día de la Democracia. Sin embargo, creo que no iré.

Quedaron desilusionados. Grandon se alejó al cabo de unos instantes. Sentado ante su mesa, Durant luchó para dominar su terrible agitación. ¡El primer aviso de alerta! De ser posible habría tres, o cuando menos dos. Volvió a leer la carta, descifrándola con gran cuidado. No era sino un breve mensaje: «Los incidentes e insurrecciones aumentan diariamente en todas las Secciones. Nuestros hombres incitan, ayudados sin saberlo por los grupos privilegiados. No abandone su puesto. ¡No aban-

done su puesto! Protéjase de continuo; aumente la presión. Espere el próximo toque de atención. Destruya esta carta en el acto.»

Beckett y Sadler observábanlo con atención. Se percató de ello al levantar la mirada por casualidad. La boca de Beckett se hallaba algo abierta y un poco entrecerrados los ojos. Sadler parecía pálido y esforzado. ¿Se habría traicionado de alguna manera? Maldijo la movilidad de su semblante.

—Muchachos •—dijo a sus guardias—, supongo que les agrada ir a Nueva York. A mí también, pero es imposible. —Los otros saludaron, sin contestar una palabra.

La presencia de los guardias escogidos resultaba muy molesta para Grandon, Keiser, Edwards y Bishop. Sentíanse insultados y puesto en duda su mismo honor. Ignoraban a los guardias y éstos a ellos. Nunca cruzaban una palabra. En ocasiones, Durant mostrábase impaciente con ellos, aunque comprensivo.

Dejó la carta cuidadosamente doblada y la hizo a un lado de la mesa. Sin que él lo supiese, tres pares de ojos concentráronse sobre aquélla, tres cerebros se dieron a la tarea de dar con los modos y maneras de enterarse de su contenido. La intuición de Durant, o su percepción extrasensorial, comenzó a descubrir la intensidad y el deseo de esas mentes sin su conocimiento consciente. Lo único que supo fue el débil alboroto de intranquilidad existente debajo de toda esa enorme excitación. Por último, en medio de sus planes sobre el futuro, de acuerdo con lo ordenado en el mensaje, sus ojos no dejaban de mirar la carta, negligentemente abandonada en un ángulo de la mesa. Lleno de impaciencia, abandonó sus principales proyectos por

el momento y comenzó a pensar en la manera de destruir la carta sin excitar la menor sospecha.

Se le ocurrió con una especie de sacudida impresionante que los asuntos debían marchar desesperadamente en uno u otro sentido, para que Carlson le hubiera escrito valiéndose de la nueva clave de los milicianos, que tal vez fuese ya del conocimiento de los enemigos. Era un riesgo terrible, y empero había sido corrido por Carlson, el hombre extremadamente cauteloso y precavido. Al parecer, muy pronto iba a sonar la hora y el riesgo debía ser afrontado, pensó Durant. O triunfamos, en un último y gigantesco esfuerzo, o sucumbimos. Miró con intensidad la carta. Simulando hallarse embebido en los pensamientos más profundos, comenzó a mover distraído los objetos de encima de la mesa, tomando la pluma, escribiendo algunas palabras de un informe, bostezando, encendiendo un cigarrillo, garabateando distraídamente una nota, haciéndola a un lado, rascándose la barbilla y frotándose la parte posterior de la cabeza. No miró ni a los oficiales ni a los guardias, pareciendo como olvidado de ellos. Empero, durante todo el tiempo, ese ataque de desasosiego se agudizó, haciéndose más inmediato. Luego de haber vuelto a tomar la carta y de bostezar con fuerza otra vez, recostóse en su asiento, repasó su contenido y la hizo a un lado, impaciente. Después la colocó boca abajo y dijo a Grandon que trajese el legajo del señor Remington, el portavoz local de los MASTS.

Grandon trajo lo solicitado. Durant lo abrió y comenzó a escribir al dorso de la misiva, como si se tratase de un simple trozo de papel que luego iría a parar al canasto. Una vez con la carta virtualmente bajo los dedos, experimentó más tranquilidad,

hallándose en condiciones de dedicar toda su atención a sus proyectos.

«Aumente la presión.» Escribió primero el nombre del señor Remington, seguido de algunos otros. Tomó notas. ¿Cómo aumentar más la presión? ¡Ya estaba! Solicitó el legajo de Walter Morrow, director del Agrario, y el poco voluminoso de Karl Schaeffer, ahora director de distrito del FBHS local desde la ejecución de Alex Sheridan. También el de Ben Colburn, o «señor Woolcott», del Departamento de Trabajo Movilizado. Meditó mientras revisaba este último legajo. No había visto a su mejor amigo sino tres veces durante los últimos meses, y ello sólo formalmente, por cuestiones de trabajo.

Levantó el receptor telefónico para solicitar comunicación con Colburn.

—Señor Woolcott, deseo hablarle sobre aquel asunto de Trenchard —dijo con voz fría—. ¿Qué fin ha llevado?

—Pudimos reunir muy pocas pruebas —fue la respuesta muy remota—. Posiblemente se trataba de algún vecino malicioso. Temo que tengamos que dejarlo ir. Hemos ensayado nuestros métodos habituales, sin obtener nada de provecho.

—Bien —dijo Durant en tono de prevención—, asegúrese de investigarlo todo. A fin de cuentas, dos personas manifestaron que estuvo en las cercanías de donde fueron asesinados tres de mis soldados. —Luego hizo que su voz sonara amistosa.— A propósito, ¿piensa ir a Nueva York el día de la Democracia? He recibido una invitación del Magistrado Principal, pero me temo que no podré aceptarla.

—Sí —vino bastante casual la respuesta, que había esperado presa de fuerte tensión—, he recibido una invitación a mi vez, pero, lo mismo que usted, coronel, no podré aceptarla.

De manera que todos los milicianos habían sido prevenidos en todas partes; la voz de Durant se hizo fría y amenazadora:

—No dudo de su minuciosidad, Woolcott, pero en verdad deseo una intensa investigación en cuanto a Trenchard. No es ningún necio; antaño fue dueño de un periódico y aunque ahora es maquinista de una fábrica, probablemente abriga pensamientos subversivos. Envíemelo mañana. Ya sabe que no deseo sino justicia. Pienso enviar en busca de otros individuos, además, y pediré a los periodistas que se hallen presentes para que el pueblo vea que los militares no somos los traidores y opresores que se nos pinta.

—Haré que Trenchard se encuentre ahí mañana por la mañana a las diez, coronel —contestó Colburn—. Como bien sabe, siempre deseamos colaborar en todo lo posible con el ejército.

Después de haber colgado el receptor, efectuó otras llamadas. Más que nunca, percatábase de la vigilancia de al menos tres de los individuos que estaban en la habitación. Escribió más notas al dorso de la carta de Carlson, tachando algunas y agregando otras. Por último, como si hubiera dado fin a esa labor inmediata, puso la carta en uno de sus bolsillos y dijo que iba al cuarto de baño reservado para él. Acompañado por sus incansables guardias, abandonó el recinto. Sadler, que iba delante como de costumbre, hizo su entrada en primer lugar para examinar todo posible espacio factible de ocultar alguna

bomba o cualquier otro objeto mortífero que hubiera sido colocado en situación estratégica. Ello llevó cierto tiempo y Durant dijo con impaciencia:

—¿Y si yo tuviese diarrea cualquiera de estos días, mientras ustedes andan tonteando por ahí? De todos modos, el cuarto de baño está siempre custodiado por un soldado y carece de ventana.

—Tal vez haya un soldado traidor, coronel —dijo Sadler, con voz neutral. Luego prosiguió, sonriendo a Durant—: En caso de diarrea tendríamos que correr el albur.

—¿No querría uno de ustedes —inquirió Durant una vez adentro, antes de cerrar la puerta— permanecer aquí dentro conmigo? —Dio un fuerte portazo, en tanto los guardias reían. Sacó la carta del bolsillo. Tendría que comerse el maldito papel, pues no se atrevía a quemarlo por causa de esos dos guardias junto a la puerta. Era un papel oficial muy duro. Tenía la boca y la garganta bastante secas. Pensativo, arrancó un trozo en tanto hacía correr ruidosamente el inodoro. Una vez el trozo en la boca, grande fue su sorpresa al ver que se disolvía sobre la lengua cual si se tratara de manteca. Pudo introducir en su boca trozos de gran tamaño, que una vez disueltos tragó sin esfuerzo. En pocos segundos había desaparecido la carta. Era grande su intriga; al parecer su saliva poseía un efecto desintegrante de que no era capaz el agua. El papel no era la gelatina de antaño, que constituyera el medio de comunicación entre los milicianos. Durant hallóse más impresionado ahora, ante la gravedad de la situación y la necesidad de apresurarse. Carlson tendría algunas hojas de ese papel que semejaba por completo el utilizado en las comunicaciones oficiales. El hecho de que

se hubiera arriesgado a utilizarlo era nueva prueba de la necesidad de proceder con rapidez.

Durant extrajo del bolsillo interior una hoja llena de notas, tomadas algunos días antes, la plegó de manera que pudiese engañar a cualquier mirada vigilante y la introdujo en el bolsillo donde había estado la misiva de Carlson. Tarareando, abrió la puerta para reunirse con los guardias y regresar a su despacho. ¿Era su imaginación, o algunas miradas furtivas fueron dirigidas al bolsillo?

Trató de trabajar, pero sus pensamientos eran violentos y agitados y aun temerosos. Comenzó a recordar los rumores que le fueron llevados y que hiciera a un lado, lleno de impaciencia. Al parecer no se trataba de simples rumores. Vinieron entonces a su memoria las cosas por él vistas sólo con su mirada inconsciente, el semblante de la gente en las calles, el sonido de voces más fuertes en las esquinas, la expresión aprensiva de los soldados que patrullaban. Recordó el «aire de violencia» que se respirara últimamente. ¿Cómo había dejado de apreciar esas señales significativas? Se disgustó consigo mismo por ser tan obtuso.

—¿Hubo algunos otros rumores, últimamente, muchachos? —inquirió en tono indiferente, sin volverse hacia los otros.

Grandon llegóse hasta él y Durant levantó la mirada. La mirada del otro había sido fugaz y ese resplandor a manera de cuchillo habíase reflejado en el semblante de Grandon tan sólo un instante. El joven teniente gesticuló.

—Pero, señor, usted dijo que no le comunicásemos más ningún rumor, por lo que tal vez no le interese saber que una nave de guerra, el Sea Runner, fue volada ayer en un muelle de carga

neoyorquino. Los periódicos de la mañana nada dicen sobre el particular; por supuesto no dirán nada.

—Si no figura en los periódicos, por supuesto que no es cierto —dijo Durant, arrugada la frente—. ¿Qué dice el rumor en cuanto a muertes u otras cosas a bordo?

—Toda la tripulación muerta, incluso el capitán. Todo el muelle se halla cubierto de destrozos. Debe ser cosa de sabotadores. Se hallaron restos de explosivos. Todo el buque debe haber estado sembrado de ellos. Lo más singular, en caso de ser cierto, es que los sabotadores subieron a bordo y realizaron su tarea sin ser vistos.

Durant guardó silencio. ¡Hombres valientes, muchos de los marineros! Hombres heroicos, que perdieron la vida en un ramalazo del infierno. Esos hombres dieron su vida por la República de los Estados Unidos de Norteamérica. Sintióse humilde y lleno de oraciones; había sido maligno para con los jóvenes. Millares de padres de todas partes no estaban demasiado cansados en extremo, demasiado atemorizados ni oprimidos para dejar de murmurar relatos de la vieja libertad, de Dios y de la dignidad del ser humano y entregar a sus hijos a la muerte silenciosa, con el fin de que el mundo pudiera liberarse de la locura. La opresión que asfixiara a Durant desde la muerte de Alex Sheridan y, en especial desde su conversación con éste, comenzó a disiparse. Los «hijos de la luz» podrían no ser tan sabios en su generación como «los hijos de las tinieblas», pero poseían fe, coraje y dignidad.

Durant prosiguió con sus pensamientos. Si esos actos de sabotaje tenían lugar en la Sección 7, entonces estarían perpetrándose igualmente en las demás Secciones. No se trataba de mera

violencia de carácter espontáneo, sino de actos temerariamente proyectados. La hora estaba casi encima.

La cabeza comenzó a dolerle a consecuencia de lo furioso de sus pensamientos. Su reloj marcaba casi las cuatro.

—Me duele la cabeza —dijo—. Creo que me iré a casa.

Al llegar al vestíbulo en unión de sus guardias, lo halló desusadamente lleno de soldados, no murmuradores y sonrientes como de costumbre, sino atentos y sombríos. Entonces recordó que no era cosa reciente. ¿Quién había ordenado esa guardia extra? ¿Bishop? ¿Edwards? La orden no había llegado hasta él. Tal vez debiérase al vuelco de los acontecimientos, pero Durant lo dudaba.

El automóvil esperaba y cruzó la acera en dirección al mismo, tiritando bajo el viento húmedo y frío. Se detuvo un instante en busca de un cigarrillo y fue entonces cuando se percató de la desaparición de la hoja de papel inocua que colgara en el bolsillo, en reemplazo de la misiva de Carlson. Experimentó una fugaz sensación de disgusto. ¿Quién, durante su tránsito a lo largo del pasillo, o en el ascensor o en el vestíbulo del hotel, había sacado esa hoja? ¿Quién, tal vez en su mismo despacho? ¿Amigo o enemigo? ¿Espía o traidor? ¿Miliciano o agente del FBHS? Sadler y Beckett lo miraban inquisitivos. Después de haberse encogido de hombros penetró en el automóvil pensando otra vez furiosamente. Alguien había tenido sumo interés en la carta, tal vez con órdenes de hurtarla o acaso por estar en posesión del código. O deseoso de destruirla si Durant se mostraba descuidado y no obedecía las instrucciones.

Mientras el vehículo seguía rodando, Durant examinó el semblante de Sadler, que se mostraba impasible. De haber sido el

autor del hurto habríalo demostrado, ya que había visto a Durant registrarse los bolsillos. Pero no ofrecía la menor indicación. En consecuencia, era menester descartar a Sadler. ¿Beckett? Durant observó minuciosamente el semblante delgado y brillante y quedó convencido de la inocencia de Beckett. Su paso había sido a través de un vestíbulo muy concurrido; era muy posible que la sustracción se hubiera producido en las apreturas. Así pues, alguno de la oficina habría observado al ladrón.

Pero no Grandon, que tramara contra él, junto con Lincoln, en la oscuridad de una noche de primavera; ni Keiser, quien era «uno de los nuestros». ¿Bishop? ¿Edwards? Durant recordó sus rostros, típicamente militares y su modo de pensar, típicamente militar. Érale muy bien conocida su historia. Llevaban muchos años de soldado profesional. ¿Quién, entonces? Volvió a pensar en Grandon, quien mostrara más curiosidad que los demás en la carta. Era muy posible que el teniente, a más de ser militar, actuara como espía en favor del FBHS.

Durant no experimentaba ya miedo. Era demasiado el peligro a su alrededor ahora para que temiese.

—¿A qué vienen esas pistolas? —inquirió, al ver que los guardias las tenían en la mano—. ¿Temen alguna emboscada?

—Si el coronel hubiese observado en los últimos tiempos —explicó Beckett con paciencia— habría visto que hace más de un mes que las hemos llevado abiertamente en la mano.

—Son órdenes del Magistrado Principal —agregó Sadler.

—¿Debido a los rumores? —dijo Durant, con sarcasmo.

—Debido a los rumores —convino Sadler.

El cielo amarillo iba oscureciéndose en tanto el automóvil corría a gran velocidad atravesando los suburbios y después en el campo. Durant fumaba pensativo, pero no los guardias, siempre vigilantes a través de las ventanillas del vehículo, pistola en mano y el dedo en el gatillo. El viento, que aumentaba su fuerza en los lugares abiertos, rugía contra el automóvil, haciendo que se estremeciera. Los árboles desnudos a lo largo de la carretera y en las granjas lejanas, retorciéndose en la creciente galerna. En ocasiones, el vehículo tenía que disminuir la velocidad para esquivar un árbol caído. Durant, criado en la ciudad, jamás había oído tan terribles truenos y por ello se sintió intimidado y vagamente turbado. Una lluvia amarillenta comenzó a azotar las ventanillas y el chófer volvió a disminuir la velocidad. Encendidos los faros, su potente claridad puso al descubierto el torrente de agua que descendía de las nubes, que resplandecía de manera apagada a la luz, ascendiendo y arremolinándose de manera enceguecedora.

El chófer detuvo entonces el vehículo para atisbar a través del turbio parabrisas y anunció que había un árbol caído en la carretera. Sadler y Beckett inclináronse a su vez para observar igualmente y lo mismo hizo Durant. Un tronco enorme estaba atravesado en la carretera, interceptando el paso, las ramas desnudas contra el suelo. No había manera de desviarse del camino y arrastrarse sobre el campo por los costados, por lo que Sadler dijo que sería menester remover el obstáculo. Él y Beckett abrieron la puerta del automóvil y salieron, subiéndose el cuello. Una vez afuera el chófer, los tres examinaron el obstáculo, sombríos. Durant los veía a la luz de los faros, tan sólo las caras, un hombro o una mano, en medio de la tumultuosa lluvia.

Al parecer sintiéronse algo descorazonados, pues no realizaron ningún esfuerzo para remover al enorme tronco. Hablaron entre sí, sin que Durant pudiera oírlos. El interior del vehículo se le hizo demasiado caluroso y quiso alguna información. Bajó el vidrio a prueba de bala.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió.

Pero Sadler había comenzado a caminar hacia la derecha, con el agua casi hasta la rodilla y linterna en mano. Estaba examinando algo; el tocón de un árbol. Durant vislumbró su semblante, que se había vuelto sombríamente comprensivo. Gritó algo a Beckett y al chófer, quienes apresuráronse a regresar al vehículo. Durant advirtió en ese mismo instante un vivo resplandor, brillante contra el fondo formado por la oscuridad acuosa y amarillenta, experimentando a la vez un golpe violento y quemante en el hombro derecho. Beckett se volvió corriendo hacia Sadler y, uno junto al otro, efectuaron disparos contra el lugar cercano donde un árbol que no se dibujaba muy claro movíase en el viento. El sonido de los disparos fue repetido por el eco en uno y otro sentido y Durant, atontado por la bala que lo alcanzara y ensordecido por el estruendo, rodó hacia la ventanilla de su lado, dolorido y casi sin conocimiento.

La vista se le nublaba y vio las figuras borrosas de sus guardias que se alejaban más por el campo y oyó otro grito. El chófer, ya en el vehículo, le gritaba a su vez. Un gran cansancio se apoderó de él y se desmayó, recostado en su asiento.

—¡Ha sido herido! —exclamó Sadler.

—Y sangra como un condenado. Tenemos que conseguir un médico en el acto —contestó Beckett, excitado, desde el asiento delantero.

Durant abrió los ojos mediante un gran esfuerzo, sin poder enfocarlos durante un momento. El chófer había apagado los faros y una oscuridad neblinosa yacía del lado de afuera. En algún lugar alguien gemía y vomitaba, y luego se oyó el ruido de un golpe y una maldición.

Sumido en un sueño de indiferencia y de cansancio, Durant trató de recordar lo que le había sucedido. Se movió en su asiento.

—¿Se siente bien, coronel? —inquirió Sadler con presteza—. El bastardo hizo blanco en el hombro. No nos atrevemos a alumbrar con nuestras linternas. Quédese tranquilo; no se mueva demasiado. Johnny, no aporrees más a ese canalla; tenemos que interrogarlo antes de que estire la pata y si sigues golpeándolo morirá en nuestras manos.

—Lo cual será bueno para él —contestó Beckett salvajemente—. ¡Me está inundando de sangre!

Durant recuperaba rápidamente sus sentidos. Se percató de que el automóvil retrocedía y luego daba vuelta.

—A la granja de Vossen —dijo, débilmente—, que linda con la de Lincoln. ¿Quién está en el asiento delantero junto a Beckett?

—El individuo que disparó contra usted —dijo Sadler—. Uno de nosotros lo alcanzó con su bala en el vientre. Más aprisa —dijo al chófer quien, muy agitado, retrocedía lentamente el cuarto de milla que faltaba para llegar a la granja nombrada. Luego dijo a Durant—: Creo que se trata de uno de los hijos de Vossen, a mi parecer. —Y otra vez a Beckett, más irritado

que antes:— ¿Acaso intentas darle muerte, Johnny? Hay que interrogarlo antes.

Beckett murmuró algo y el herido gimió una y otra vez, lo cual hizo pestañear con fuerza a Durant.

—Si llega a morir antes de que hable con él, le echaré la culpa, Beckett —dijo, con voz fuerte y áspera.

—Esperamos que no sea sino una herida superficial —dijo Sadler, que sostuvo suavemente a Durant—. Un instante antes de que recobrara el sentido movió usted el brazo, señor, por lo que creo no hay ninguna fractura.

—No es sino culpa mía —dijo Durant—, por haber bajado la ventana. Me apuntaba a mí y no a usted.

—De seguro que sí —gruñó Sadler—. Podía haber tirado contra Johnny o contra mí si lo hubiera deseado. Buen tiro y tan sólo a seis metros de distancia. Me di cuenta de algo al ver el árbol aserrado y no derribado por el viento. La carretera estaba obstruida, por lo que tuvimos que detenernos, dándole oportunidad de disparar contra usted. ¡Y usted se la dio sin el menor inconveniente!

«No soy de seguro sino un necio estúpido y maldito», pensó Durant. La herida del hombro habíase vuelto pura angustia. El prisionero hallábase ahora tranquilo, salvo alguno que otro gemido. La cabeza colgaba al alcance de la mano de Durant y de pronto éste se sintió mal, con un malestar que no tenía sino leve relación con su herida. La violencia había llegado a ponerse frente a él y no era sino el comienzo.

—Espero que ese... Vossen no morirá.

—Yo también lo espero, señor —contestó Sadler, que luego agregó con lentitud—: Hasta que podamos interrogarlo, por lo menos. —Beckett, que iba con el prisionero en el asiento delantero, volvió a musitar. El vehículo avanzaba ahora con más rapidez en medio de la creciente oscuridad, salpicando ruidosamente el agua.

—Se están volviendo audaces —comentó Durant.

Hubo un corto silencio antes de que Sadler contestara afirmativamente. De improviso puso la mano sobre la boca de Durant, en ademán apremiante, pero después la retiró.

Algo peligroso había en el vehículo con ellos, pensó Durant. ¿Quién? ¿El chófer? ¿Beckett? ¿El prisionero? Olía el peligro. Ahora el dolor del brazo llegaba a su punto culminante y exhaló un gemido.

—¿El coronel, Chard? —inquirió Beckett, que había vuelto la cabeza, alerta.

—Está comenzando a sentir el dolor. No es sino una herida superficial —fue la respuesta de Sadler—. ¿No podemos ir más aprisa?

La granja de Vossen apareció en la oscuridad, bien iluminada, sólidamente construida de piedra de la localidad, grande y grata su masa cuadrada. El automóvil dobló el sendero que llevaba a la misma y el agua y el barro eran cual ventosas en las ruedas. Era una marcha muy difícil y Sadler abrazó con fuerza a Durant. El prisionero se hallaba silencioso, evidentemente sin sentido ya. El automóvil se detuvo ante la blanca puerta y Durant habló, con tono autoritario:

—Sadler, sería mejor que entrase para llamar a dos médicos militares y un pelotón de soldados, antes de que me ayude a penetrar en la casa. Eso preparará a la familia. Y usted, Beckett, registre los alrededores de la casa antes de que yo salga; permaneceré en el automóvil, pistola en mano, hasta que usted se cerciore de que todo está bien. En cuanto a usted, George —dijo al chófer— cubra la retaguardia del teniente Sadler.

—¿Y si el bastardo despierta y está usted solo, señor? —inquirió Beckett.

—Tengo mi pistola y creo que él no tendrá la suya. Bien, entonces estoy seguro y mantendré las ventanillas levantadas y cerradas las puertas.

Los hombres obedecieron muy a su pesar. Durant los observó hasta que se hubieron alejado, antes de inclinarse y hablar con rapidez y serenidad al individuo del asiento delantero:

—¿Me oye? Es algo importante. Tengo que hablarle mientras estemos solos...

—Lo oigo. —La cabeza se agitó trabajosamente en el respaldo del asiento y una voz débil y sorpresivamente joven respondió:— Jamás perdí el conocimiento. —Luego agregó sin furor ni demasiado interés:— ¡Maldito sea, creí que lo había matado!

—Casi lo consiguió —dijo Durant, riendo de manera terrible—. ¿Qué edad tiene? ¿Quién es? ¿Por qué hizo eso? Apresúrese o volverán.

La cabeza trató de levantarse.

Durant extrajo del bolsillo su lápiz linterna, cuyo haz iluminó apenas el semblante del otro. ¡Pero si era un muchacho: no más de veinte años, si acaso! Una criatura agonizante, además, si esa lividez sudorosa indicaba algo. Durant vislumbró unos ojos grandes y negros en un semblante desesperadamente joven, un niño en verdad.

—¿Qué le interesa? —El muchacho no pudo hacer sino murmurar roncamente.— Estoy herido de bala y moriré dentro de unos instantes. Deje tranquila a mi familia, que nada sabe en cuanto a esto. Es buena gente; gente estúpida. Excepto papá. —Ahora el murmullo se hizo ronco. —Tengo dieciocho años; me llamo Ken Vossen. Ayudo en las labores de la granja. Creí que usted debía morir...

—¿Por qué? —suplicó Durant.

El muchacho se mantuvo en silencio. Durant sentía más que veía cómo sus manos apretaban convulsas la herida del abdomen en un esfuerzo para detener la sangre, junto con el dolor. Luego murmuró el muchacho:

—Porque es usted el ejército. Porque han matado ustedes a este país. Porque la Democracia es mala y tenemos que desembarazarnos de los hombres de Washington...

—Escuche —dijo Durant, apremiante—. ¿Abrigaba esas ideas antes de que comenzara a ejercerse presión sobre los granjeros?

—Sí. —La voz se hizo ahora más fuerte.— Pensaba así cuando no era sino un niño. Quise hablar de ello a papá, pero se enloqueció. Dijo que el Estado era amigo de los granjeros y que teníamos de todo. Y que me callara o iría a dar con mis

huesos en una cárcel o frente a un pelotón de fusilamiento. — La cabeza movióse en un acceso de agonía y el muchacho gimió. — Maldito de Dios, ¿por qué he de hablarle, de todos modos? Ya no podrá hacerme nada más.

—Ken, hábleme, por favor —dijo Durant—. ¿Cuántos jóvenes piensan de igual modo?

—¿Quiere que pronuncie nombres, para poder matarlos a todos? —dijo el muchacho con lo que no era sino un espectro de amarga risa—. Bien, no lo haré. Pero sí puedo decirle esto — y aquí la voz se hizo apasionadamente fuerte—; ha llegado vuestro fin. ¡Somos millones, fíjese, millones! Lo sé. Oigo hablar a los demás muchachos cuando voy a la ciudad.

—¿Has sido bautizado? —inquirió Durant, luego de un silencio, tocando la cabeza del joven con gran suavidad. La cabeza movióse bruscamente bajo su mano y el muchacho hizo un esfuerzo para ladearse y mirar a la cara del otro. Pero estaba demasiado oscuro.

—¿Bautizado? —murmuró—. No sé, nunca oí que lo hubiera sido. Ya sabe que es algo ilegal. —En el acto comenzó a sollozar, con los gemidos profundos de una criatura lastimada.— ¿Quién es usted? —gritó.

Durant observó con rapidez a través de las ventanillas del automóvil, sin advertir señales de sus hombres. Abrió a ciegas la puerta del vehículo y recogió con la mano un puñado de agua del suelo. Volvió a cerrar la puerta, cerrando los ojos un instante a causa del dolor que experimentaba. Después arrojó el agua sobre la frente del muchacho, mientras murmuraba:

—... en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

El joven permaneció muy tranquilo, inmóvil la cabeza. De improviso comenzó a respirar de manera entrecortada.

—Escúcheme, Ken —dijo Durant, que puso de nuevo su mano sobre la mejilla fría— estamos al borde del instante en que Norteamérica será libre. Se lo digo yo. Lleve consigo eso y recuérdelo.

Algo tanteaba en el respaldo del asiento y Durant tomó la mano del muchacho. Estaba inerte, pero Durant, casi llorando, oprimió sus dedos helados.

—Dios te bendiga —murmuró—, Dios bendiga y ayude a todos los jóvenes que son como tú. Los necesitamos para el futuro.

La mano quedó flácida en la suya; la convulsión sacudió el cuerpo del joven en el asiento delantero. Hubo un lamento largo y gemebundo y el muchacho se desplomó. El silencio invadió el vehículo y ahora Durant podía oír el azotar de la lluvia contra el techo y contra las ventanillas. Estaba solo y sabía que el muchacho había muerto. Pero no estaba muerto lo que representaba. «¡Somos millones!» No, pero tal vez los suficientes para reconstruir el futuro, para ser conductores, el corazón de la república. Inclinando la cabeza, Durant oró por esa alma joven tan violentamente separada de su cuerpo, rezó para que el coraje de los muchachos como Vossen no disminuyese, sino creciera indómito en los años venideros. No todos los niños habían sido corrompidos; acá y allá, tal vez en toda la nación, estaba pensando la juventud, y conspirando, dispuesta a rendir su vida por la dignidad y la libertad del hombre.

Durant maravillóse, con humildad profunda. ¿Era cierto en verdad que el espíritu humano no podía ser del todo muerto, ni aun en el caos y la opresión, aun sin la ayuda de los que antaño conocieron la paz y la libertad? Había algo de misterio en los estallidos espontáneos de vitalidad y fortaleza, por muy diseminados que fuesen; algo milagroso, imposible de morir o de ser ahogado.

Sonó un golpe fuerte en la puerta y Durant vio que Sadler estaba de regreso. Una ráfaga de luz que salía por la puerta abierta, delineaba su figura. Sadler introdujo la cabeza en el vehículo, luego que Durant hubo abierto la puerta.

—Todo está bien, coronel. Permítame que le ayude a salir. Llamé a la oficina, pero los oficiales ya se habían retirado; les harán señales en alguna parte del camino y vendrán hacia aquí. Es mejor que si fueran simples soldados. De todos modos, no podrán avanzar más allá del obstáculo del camino. Aquí está Beckett también. Parece que este hombre andaba solo.

—No era un hombre —dijo Durant, apresuradamente— sino un chiquillo. Y está muerto.

Beckett se aproximó al vehículo, mojados los hombros con la lluvia.

—Que vaya el chófer atrás. Vamos. Le daré una mano para ayudar al coronel, Chard. Luego arrastraremos afuera a este bastardo.

—Está muerto —repitió Durant.

—¡Ahora no podremos interrogarlo! —exclamó Beckett lanzando algunas maldiciones en tono salvaje—. Yo tendría que

haber permanecido aquí, coronel. Habría obtenido alguna información...

—Ya obtuve cuanto era necesario. —Durant sentíase abrumadoramente débil, en tanto Sadler lo ayudaba suavemente a descender del vehículo. Los dos guardias escogidos sosteníanlo, llevándolo casi hasta ascender los dos escalones bajos y blancos de la entrada. Cerró los ojos un instante contra la luz y se sintió levantar. Había una silla debajo de él y todo a su alrededor era silencio. Abrió los ojos.

Viose en un aposento grande e iluminado por el fuego, muy agradable, no tan abundantemente amueblado como el de la casa de Lincoln, pero alegre y cómodo. Delante de él se veía una serie de individuos, un hombre bajo y grueso, calvo y sereno, sentado en una silla, y a su vera una mujer de edad mediana, de semblante blanco y atemorizado, los ojos duros mirando desesperados a causa del temor y del pesar. Detrás de ambos hallábase una pareja de mujeres campesinas, jóvenes y robustas; un hombre como de unos treinta años de edad se hallaba de pie, rígido e inmóvil. Todos contemplaban a Durant con mirada penetrante y sus labios veíanse bien apretados en señal de tenaz precaución.

Durant los observó mientras Sadler cortaba con gran maestría la manga derecha de su uniforme. No miró la herida, pero se percató de que Sadler oprimía fuertemente el pañuelo que había enrollado contra el hombro. El dolor no significaba nada para él y su mirada iba con lentitud de un semblante al otro. Luego dijo con voz monótona y mirando al viejo:

—Su hijo Ken ha muerto.

La mujer lanzó un grito agudo y angustioso y luego se llevó la mano a la boca. Vossen fumaba su pipa sin decir una palabra.

Una de las mujeres gimoteó, pero en el acto se hizo silencio. El hombre delgado y moreno cerca de ella, apretó los labios con fiereza y desvió la mirada de Durant. La otra joven no hizo sino pestañear.

—Dentro de pocos instantes será conducido aquí —prosiguió Durant—. Pero deseo interrogar a todos ustedes. Vossen, su hijo, trató de matarme. Atravesó un obstáculo en la carretera. ¿Lo ayudó alguno de ustedes?

—Ninguno de nosotros lo ayudó —dijo Vossen, carraspeando después de haber retirado lentamente la pipa de los labios—. Somos respetuosos de las leyes, coronel. —No mostraba señales de pesar y su voz era bronca pero uniforme.— No nos agrada lo que han hecho con nosotros, los granjeros de esta Sección, y confiamos en que Washington lo rectificará pronto. Morrow, que está allí, lo sabe. Pero no vamos de un lado para otro intentando asesinar a los militares; siempre han sido amigos nuestros. Hasta ahora —agregó, sin ninguna emoción. De estar atemorizado, no lo demostraba.

La mujer estalló en sollozos, moviéndose llorosa en su asiento. La hija más cercana a ella le puso la mano sobre el hombro.

—Han requisado nuestras cosechas y fijado su precio —habló ahora el mayor de los hijos, con voz tan carente de emoción como la del padre— y recibimos exactamente lo que el trabajador de las fábricas de la ciudad. Pero confiamos en que los militares pronto variarán de modo de pensar. Trabajamos dentro de la legalidad y si es menester sacrificarse nos sacrificaremos también.

—Muy bien —dijo Durant finalmente con desprecio, después de haberlos contemplado pensativo—. Les creo. —Los aborrecía, lo mismo que a su docilidad. Ahora lo miraban con gran atención, incluso la madre llorosa, sin que él pudiese leer nada en sus rostros. Aunque estaban muy pálidos, no reflejaban demasiado temor hacia él. Comenzó a preguntarse y a alimentar esperanza.

—Siempre había algo extraño en Ken —dijo el hijo mayor—. Hace dos años lo llevamos a un psiquiatra, quien dijo que se trataba de psiquis. Eso quiere decir que no estaba en sus cabales. Lo enviaron afuera durante todo un año y a su regreso a casa creímos que estaba bien. Tenía sus rarezas, pero realizaba bien su tarea y sabía guardar silencio. Ignoramos dónde obtuvo la pistola con que disparó contra usted, señor. No sabemos una sola palabra del asunto. —Respiró con fuerza, sin dejar de mirar a Durant.— Es mejor que haya muerto. Quién sabe lo que habría hecho en caso de huir.

Había odio y decisión en ese lugar, así como fría determinación. Durant comenzó a palparla en el mismo instante. Vossen asentía con la cabeza.

—Sí, es mejor que haya sucedido así.

Pero la madre sollozaba de nuevo, cubierto el rostro con las manos. El hijo mayor la miraba, apretadas las manos, y la hija más próxima le acarició desesperada la cabeza.

—Bien —dijo Durant—. Supongo que tendré que aceptar vuestra palabra de que ignoraban todo lo referente a su hijo o a sus actividades. Podría llevarlos detenidos a todos y someterlos a interrogatorio. Pero necesitamos a los granjeros y no hemos recibido informes contra ustedes. —Hizo una pausa.—

Que el soldado traiga el cadáver del joven Vossen —ordenó luego a Beckett.

Esperó en silencio, lo mismo que los demás. Únicamente se oía en la habitación el ruido de los sollozos de la madre. El fuego crujía con fuerza y en alguna parte ladró un perro. Vossen fumaba de nuevo, fija la mirada en el suelo y sin mostrar interés en su mujer. Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de las jóvenes; el hijo mayor manteníase rígido en pie sin mirar a nada. Luego se oyeron fuertes pasos y Beckett y el soldado hicieron su entrada en el aposento, arrastrando pesadamente el cadáver entre ambos. Lo dejaron junto a los pies del padre y el cuerpo cayó por el suelo, despatarrado y grotesco, abiertos los ojos vidriosos, las ropas empapadas de sangre. La madre se alzó de su silla gritando para arrodillarse ante el cuerpo del hijo, le tomó las manos y las sostuvo contra su pecho delgado, tal como las sostuviera no muchos años atrás. Le alisó el cabello mojado con las manos y besó una y otra vez su rostro blanco. Llamó a su hijo con voz desgarradora y salvaje, sus cabellos grises caídos sobre las mejillas.

Todos observaban inmóviles. La sangre del muchacho veíase en las manos de la madre y en su vestido estampado. Lo mecía en sus brazos, estrechándolo como para protegerlo. Durant examinó el semblante del padre, del hijo y de las hijas, que manteníanse inexpresivos, clavada la mirada en la madre y en el hijo muerto. Pero Durant sentía la fría violencia existente detrás de esos rostros impassibles. Luego, de improviso, como si alguien lo hubiese ordenado, todas las miradas se volvieron hacia él y se encontró frente al aborrecimiento.

No, ninguno de ellos había ayudado al joven Vossen; ninguno estaba enterado de lo que se disponía a hacer. No lamentaban

sino que Durant no estuviese muerto y el fracaso del valiente muchacho. De manera, pensaba Durant, que los campesinos están a punto de hallarse preparados para actuar. No abrigaba ilusiones de que los moviera ningún ideal, ya que los ideales los habían perdido o se los habían destruido de modo deliberado décadas atrás, con miras al provecho. El granjero a la antigua había desaparecido. Éstos aborrecían al militar por cuanto éste les hiciera, arrancándoles su poder, su posición y sus ingresos. Sería en un esfuerzo por recuperar esas cosas por lo que atacarían. Es bastante bueno, pensó Durant sombríamente para sí, sin experimentar piedad hacia ellos ni hacia el dolor que reprimían por hallarse él presente, y porque eran astutos y cautelosos. Su única piedad era por la madre.

Un automóvil rugió al detenerse en la puerta y supo de la llegada de los médicos y de los oficiales.

—Llévose el cadáver y junto con él la familia, pues no puedo sufrir su presencia —dijo a Beckett.

Cerró los ojos; había desaparecido su vigor, pues había perdido demasiada sangre. La oscuridad lo rodeaba, mareándolo. Oyó voces, pero fue muy poco su interés en escucharlas. Sintió como una puñalada en el brazo y oyó movimientos realizados a su alrededor. Se decayó de nuevo.

No obstante, las objeciones del doctor, Durant insistió en retornar a sus tareas al cabo de pocos días. Los periódicos de Filadelfia mostrábanse entusiastas en cuanto a «la devoción de nuestro coronel por el trabajo». Explicaban que «nuestro coronel se hallaba dedicado a procurar que las próximas fiestas del día de la Democracia fuesen las más espectaculares y brillantes hasta la fecha, y decidido a que el pueblo de esta ciudad tenga

alegres motivos para recordar nuestro día entre los días». Por mandato de Durant, los periódicos publicaron amplios relatos del intento de asesinato y, por su orden especial, atacaron a «algunos granjeros irresponsables, que desde largo tiempo atrás disfrutaban privilegios acordados por un Estado benévolo, quienes, porque se les ha solicitado que realicen algún sacrificio en la actual emergencia, despliegan violentos síntomas de rebelión. Un pueblo largamente paciente y sufrido, ha soportado a su vez la arrogancia de los granjeros orgullosos, siendo el crimen contra nuestro coronel señal ominosa de que creen que pueden dominar a la Democracia y que no necesitan obedecer otras leyes que las propias».

El pueblo atormentado viose agitado por editoriales como éste y en especial por relatos «de ocultación ilegal de alimentos por nuestros granjeros locales y retención ilegal de alimentos a nuestra población». No fue mera coincidencia, pues, que algunos granjeros resultaran incendiados de modo misterioso durante la primera o las dos semanas siguientes al atentado contra la vida de Durant, y que enormes reservas de alimentos desaparecieron de los depósitos. Al recordar el dolor de los Vossen, Durant lamentó que la casa de los mismos fuera arrasada por un incendio una semana antes del día de la Democracia. Temiendo que esa popularidad entre el pueblo pudiese resultarle peligrosa, dispuso que todos los «criminales» implicados en los incendios y robos de productos de granja fueran aprehendidos inmediatamente. En consecuencia, más de un centenar de individuos de ambos sexos fueron arrojados a los calabozos por mera sospecha. Su popularidad extinguióse de repente, con gran alivio de su parte. Pero así y todo continuaron los excesos contra los granjeros, a pesar de fuertes castigos, y dos depósitos propiedad del gobierno, repletos de alimentos dejados en

ellos para que se pudriesen, fueron asaltados durante la noche por «bandas de gente subversiva que se apoderó de toneladas de carne, manteca, huevos y otras mercaderías reservadas cuidadosamente por el gobierno para su distribución equitativa entre el pueblo, de acuerdo con la ley».

«Bueno —pensaba Durant—, una gran cantidad de familias está comiendo vorazmente estos días, reuniendo fuerzas para la gran revuelta.»

Otros incidentes, más graves aún, tuvieron lugar en toda la Sección, seguidos de incursiones militares contra hogares y fábricas. No obstante, Durant tuvo buen cuidado de que esas incursiones no tuvieran como consecuencia el encarcelamiento de líderes en potencia, no deteniendo sino a estúpidos e inocentes y dando amplia publicidad a su castigo. Prefería que los jóvenes recibieran el castigo de parte del Estado, a manera de venganza, y fue así como por lo menos diez niños fueron enviados a los campos de trabajo forzado, de donde sabíase que no iban a regresar jamás.

Ya hasta el más obtuso podía ver y palpar el odio reprimido y la furia de las multitudes callejeras. Los jefes de departamento solicitaron guardias de refuerzo lo mismo para ellos que para sus hogares. Las calles estaban llenas de soldados durante las veinticuatro horas del día. Era extraño, empero, que los soldados no fuesen capaces ahora de detener a los criminales antes de ser cometidos «los crímenes» y que sus incursiones produjeran cada vez menos víctimas. Pero los periódicos no publicaban tales cosas, sino que hablaban del «entusiasmo» demostrado «por el popularísimo oficial comandante y los crecientes esfuerzos realizados en las fábricas dedicadas a la producción bélica, en respuesta al pedido del coronel Curtiss».

Durant recibió otra carta de Carlson tres días antes del de la Democracia. Muy cariñosa, expresaba el interés del Magistrado Principal por la salud del coronel Curtiss y su esperanza de que la herida no fuera sino superficial. El Magistrado Principal lamentaba que «el mejor oficial comandante» no pudiese participar en las festividades del día de la Democracia en Nueva York. «Esperamos que cuando menos tres millones de personas rindan especial homenaje ese día a la estatua de la Libertad. Jamás he presenciado tanto espíritu ni tanto vigor entre los neoyorquinos, ni tanta determinación de que este día sobrepase a todos los demás.» Militares y burócratas mostrábanse especialmente entusiastas, y los MASTS, los granjeros de las proximidades de Nueva York y los miembros importantes del grupo de Proyectos Sociales y Económicos, hallábanse en modo especial inflamados por el patriotismo, habiendo prometido desusadas demostraciones y asistencia. «Después de todo», escribía el Magistrado Principal, «esos grupos sienten una devoción peculiar por la Democracia».

Durant descifró cuidadosamente esa carta antes de destruirla. Tres millones de milicianos aprestábanse para conducir al pueblo, tan pronto fuera lanzada la tercera señal por Arthur Carlson. El pueblo estaba listo. Las nuevas y secretas organizaciones formadas por los burócratas, los MASTS y los granjeros, estaban, de manera independiente y sin percatarse del trabajo de los milicianos, casi maduras para la revuelta, esperando sus propias señales secretas, que, sin que ellas lo supieran, los milicianos estaban preparando en sus mismas filas.

Había en la carta una postdata: «Sabemos, a través de fuentes auténticas, que Europa se estabilizará pronto y que las hordas

asiáticas van sosegándose y pronto serán establecidos gobiernos nuevos y sanos. Ello resulta excelente, considerando nuestra guerra con las repúblicas sudamericanas.»

Durant descifró: «Los líderes europeos han conseguido finalmente poner en guardia a sus pueblos para que actúen en favor de un gobierno libre al recibir la señal dada desde Norteamérica, lo cual es cierto también con respecto a Asia. Nuestros agentes en ambos continentes han significado su confianza en que los pueblos europeos y asiáticos se inflamarán al instante de recibir nuestra señal.»

La depresión y la tristeza de Durant se aligeraron de modo considerable con tales noticias y se agitó en grado sumo. Aún se hallaba débil a consecuencia de la pérdida de sangre, y las transfusiones realizadas no habían sido adecuadas para su constitución. Había sufrido una ligera ictericia, cosa que en verdad no aumentó su fortaleza. Mas ahora que los acontecimientos movíanse con tanta rapidez, su espíritu se elevó hasta el delirio. Escuchaba con atención los rumores que le traían sus hombres, evaluándolos, máxime los filtrados de otras Secciones. Bishop le dijo que tales rumores afirmaban que en varias Secciones meridionales, el pueblo mostrábase más absurdo que nunca y que las banderas de la Confederación aparecían por todas partes, banderas baratas confeccionadas con papel y viejos trapos, a mano y de una manera cruda, sin que los militares pudieran destruirlas con la rapidez suficiente.

—Dicen —afirmó el capitán Bishop— que, si tuviesen que arrestar a todos los sospechosos de mostrar esas banderas, o de confeccionarlas, sería menester matar a millones de personas, ya que las cárceles y las prisiones resultarían chicas para alojarlas.

Los rumores igualmente insinuaban que los jóvenes soldados del sur desaparecían en número cada vez mayor de sus regimientos, siendo los oficiales poco decididos en sus intentos de detenerlos y castigarlos.

Bien, pensaba Durant sombríamente. Los viejos estados del sur no se mostraron en particular alertas o interesados al perder su soberanía menos de dos décadas atrás. Gritaron acerca de los «derechos de los Estados», mas sus representantes venales y traidores abrogáronlos sin descanso por orden del gobierno. Desaparecidos por completo sus derechos, y reducidos a Secciones anónimas, descargaron su furia retrasada y fútil sobre la población de color. Casi una centena de miles de negros inocentes, hombres, mujeres y niños, fueron degollados en venganza que no debió ser dirigida sino contra los hombres perversos de Washington, que fueron quienes conspiraron. El Estado no había «interferido», aunque sí «deplorado» volublemente. ¡Que la furia del pueblo descargara sobre la inocencia, de modo que el Estado se volviese más fuerte! En tanto el populacho asesinaba, los completados proseguían su labor, sin inconvenientes, en cuanto al programa destinado a la destrucción de la libertad en todo el país. Aunque muy antigua la maniobra, los estados sureños, al igual que sus hermanos del norte, mostráronse estúpida y humanamente ciegos. Nunca aprenden, no, nunca, pensaba Durant, en tanto escuchaba el rumor acerca de las banderas de la Confederación. El momento de proceder es en cuanto aparecen los primeros síntomas de la enfermedad, siendo casi imposible de dominar la epidemia.

¡De modo que ahora, en este día desesperado, cuando todo el orbe yacía en ruinas y Norteamérica estaba totalmente asida por una dictadura militar comunista y su economía destrozada

por las guerras, las banderas de la Confederación aparecían en millares de ciudades, pueblos y aldeas! ¡Gesto bueno y valiente! Era un gesto casi demasiado tardío para que resultara efectivo, pero así y todo indicio de que hombres valientes habitaban entre dóciles esclavos. ¿Qué ocurriría si los estados del sur dieran al olvido su necio separatismo de veinte años atrás y se unieran a sus hermanos del norte para la conservación de la libertad, el derrocamiento y descubrimiento de traidores feroces y tiranos potenciales en el gobierno? Habría un mundo tranquilo, pacífico y ordenado en este año de gracia de Nuestro Señor, mil novecientos setenta, y no uno de esclavitud y desesperación. Pero los sureños, aun frente a la monumental y siniestra evidencia del complot contra toda la humanidad, habían defendido con vehemencia a sus senadores y representantes que los traicionaban en Washington, y denunciado a los diputados republicanos nortños que los previnieran contra la traición. ¿Cómo osaban «los políticos yanquis» difamar a los «buenos caballeros meridionales que representaban a Dixie en Washington?» Esos buenos caballeros meridionales, riendo por lo bajo entre ellos, habían votado con avidez impuestos monstruosos, ordenanzas que amordazaban a la prensa, restringían las libertades constitucionales, otorgaban a los militares poderes ilimitados, cercenaban los derechos estatales; y fueron entre los primeros que asintieron a las guerras. Los caballeros del Sur, fueron de la mano, cuando menos, con los del Norte, en todo eso, y denunciaron también con ellos a todo diputado o senador que alzara su voz en señal de protesta.

«Los tiranos jamás se adueñan del poder —pensaba Durant—. Es el pueblo quien se lo ofrece, con hosannas.»

Circulaban a la vez rumores en el sentido de que numerosos grupos de personas osaban reunirse en ciudades, pueblos y aldeas del sur, para entonar los antiguos himnos navideños, desafiando abiertamente a la ley. Sus soldados «intentaron disolver esos grupos ruidosos y antipatrióticos» y habían recibido órdenes de disparar contra los que infringiesen las disposiciones. Pero por alguna razón, tal vez debido a la oscuridad de la noche, que era cuando reuníanse los cantores, los soldados no podían detener sino a muy pocos, sin que sus disparos parecieran herir a nadie.

Otros rumores manifestaban que en las grandes regiones madereras, producíase fuegos en los bosques, cosa fuera de estación, destruyéndose grandes cantidades «esenciales para el esfuerzo bélico».

Rumoreábase que, en diversas Secciones del país, eran confiscadas por el ejército grandes cantidades de ejemplares de la Constitución y la Declaración de la Independencia, bastamente impresas. Hasta corría el rumor de que un ejemplar de dicha Declaración fue clavado en la puerta del mismo Comandante Militar de la Sección 14, a pesar de que dicha residencia hallábase bajo fuerte custodia. En la Sección 12, siempre a estar a los rumores, se habían efectuado disparos contra «una multitud enorme» reunida para entonar «La Bandera Tachonada de Estrellas», largo tiempo prescrita, y que había sido dispersada con numerosos heridos.

Eran centenas los rumores relativos a otras Secciones. Los periódicos de la Séptima no los publicaban, no hablando sino del entusiasmo del pueblo por el cercano día de la Democracia y su labor dedicada «al esfuerzo de guerra».

Cuarenta y ocho horas antes del Día, Durant envió a buscar a Walter Morrow, del Agrario, el señor Woolcott, del Departamento de Trabajo Movilizado, la capitana Alice Steffens, del departamento de Bienestar Femenino, y Karl Schaeffer, del FBHS, para consultar con los mismos en cuanto a sus respectivos discursos, a pronunciarse en el City Estadio, el día veinticinco de diciembre.

Karl Schaeffer, del FBHS, era la incógnita para Durant, no habiendo celebrado contacto con él sino por teléfono, y por asuntos de rutina, concernientes al FBHS. Aún mostrábase inseguro en cuanto a los motivos que lo urgieran a mentir en su declaración contra Alex Sheridan. ¿Era Schaeffer «uno de los nuestros» o no había sino deseado el puesto de Sheridan? Durant decidió averiguarlo en esos días tan señalados.

El jefe del FBHS fue cordial y agradable al ser admitido en el despacho de Durant y su rostro grande y hermoso no reflejaba sino interés. Al estrechar calurosamente la mano del oficial comandante, expresó su esperanza en cuanto al total restablecimiento del coronel, junto con su complacencia ante la oportunidad de hablar del discurso con el coronel. Tomó asiento, amable y sonriente, y encendió un buen cigarro, no sin esperar, respetuoso, a que Durant encendiese su cigarrillo.

Durant lo examinó con gran atención, en tanto sus oficiales y los guardias escogidos hacían lo mismo de manera fría y a disgusto. Durant fumó pensativo y Schaeffer lo hizo con deleite. Ambos hombres contemplábanse fijamente en medio de un silencio bastante prolongado.

—Schaeffer, tengo entendido que realiza una buena labor al frente de su departamento, por lo cual le felicito —dijo Durant.

—Muchas gracias, coronel —fue la respuesta sonriente—. Por supuesto, fue mala suerte que Potter eludiera a mis hombres cuando estaban a punto de arrestarlo. Alguien lo previno de seguro.

—Sí, fue muy mala suerte —murmuró Durant, con un ojo cerrado para evitar que lo molestase el humo del cigarrillo—. A propósito, sus últimos panfletos acerca del FBHS fueron bastante molestos. Lo peor de todo es que millares de ellos no pudieron ser recogidos, de lo que debemos deducir que la gente de Filadelfia se proveyó de gran cantidad de los mismos. Debe haber instalado su imprenta en algún punto de la vecindad, ya que los panfletos siguen apareciendo todos los días en tiendas y fábricas, lo mismo que en los umbrales de las casas. ¿No puede dedicar usted a ese asunto algunos hombres más? Hay que dar con Potter.

Esperó, fumando distraídamente, pero, por otra parte, tan alerta que comenzó a transpirar. El cigarro de Schaeffer, no obstante el humo que arrojaba, producíale al parecer molestia. Extrajo una caja de fósforos de papel y el primero se apagó, lo mismo que el segundo; aplicó un tercero al cigarro, que, sin embargo, no le procuraba satisfacción. Entonces introdujo la mano en el bolsillo para valerse del encendedor de metal y dijo, sonriendo tímidamente a Durant:

—Soy un estúpido, ¿verdad? Siempre me olvido de que llevo este aparato conmigo.

Durant rio, mientras se rascaba perezosamente el oído.

Schaeffer fumó unos instantes, antes de contemplar el cigarro y frotarse la oreja izquierda, distraído. Luego se puso serio y dijo:

—Tal vez el señor Sheridan hubiera sido más hábil en el caso de Potter, aunque he hecho todo lo posible. Es un tipo bastante astuto.

—Pero Sheridan era traidor —dijo Durant, tratando de dominar su agitación nerviosa—. Probablemente escuchó a Potter todo el tiempo.

—Si el coronel opina de esa manera —dijo Schaeffer, inclinada la cabeza— acaso esté en lo cierto. Su opinión no será contradicha por mí.

Suspiró. Vio que el ojo le producía molestia y extrajo el pañuelo del bolsillo, cuidadosamente doblado en forma de cuña, y lo pasó cuatro veces por el ojo.

Bien, todo estaba muy bien. Pero era muy posible que el FBHS poseyera todas las señales de los milicianos. Durant prosiguió con la nueva prueba, expresándose lenta y cuidadosamente.

—Nuestras oficinas, a pesar del asunto de Potter, alaban la labor de vuestros hombres. Conozco sus dificultades. La labor se torna más dura en lugar de suavizarse, para todos nosotros. Minuto tras minuto ignoramos qué problemas se nos presentarán, y éstos parecen multiplicarse. Habrá que hacer algo después del día de la Democracia.

Schaeffer guardaba silencio, juntas las gruesas cejas en ademán pensativo. Parecía meditar. Mientras Durant esperaba, su agitación era tan intensa que los dedos se le cerraron involuntariamente.

—Convengo con usted, señor —dijo ahora Schaeffer, hablando con tanta lentitud como Durant— en que parecen mul-

tiplicarse los problemas. Creo que el punto crucial se presentará después del día de la Democracia, si el pueblo no responde del modo esperado. La labor se vuelve más difícil, sí, pero considero que estamos a la altura de la misma. Hay dificultades, sí. Empero, podremos dominarlas pues está en juego nuestro porvenir.

Las palabras claves habían sido cambiadas tan sólo uno o dos días antes, según indicara el Magistrado Principal en su carta.

El FBHS no podría haberlas recibido tan pronto ni descifrado con tanta rapidez.

—Las celebraciones del día de la Democracia serán más elaboradas que de costumbre. Tenemos toda clase de motivos para creer que el pueblo responderá de manera satisfactoria —dijo Durant.

—Sé que lo hará —contestó Schaeffer, que produjo en su voz determinada nota de entusiasmo y cierta entonación—. ¡Las mejores festividades que jamás hayamos tenido, coronel! Espero que sea más que_ satisfactorio mi discurso, que he venido preparando con mis ayudantes. —Rió de manera infantil, a la vez que golpeó la mesa tres veces, con el costado de la mano derecha.

Durant suspiró sonriente. Demasiadas señales, demasiados indicios e imperceptibles matices de la voz para que se tratase de algo falso. Durant percatóse del aburrimiento de sus hombres ante ese trueque amable. Ni siquiera Sadler estaba enterado por completo de esas señales. Al principio habíase mostrado alerta, pero después de una fugaz ojeada vio Durant su ligera perple-

alidad. Sin embargo, Sadler no poseería las señales más trabajosas, reservadas para unos cuantos líderes en los campos más vitales.

Una sensación de bienestar y de esperanza renovada invadió a Durant, aunque tuvo buen cuidado de no dejarlo traslucir. *Morrow* había rehusado responder a toda señal, siendo muy posible que trabajara aisladamente, si en verdad dedicaba sus esfuerzos al restablecimiento de la república. De ser miliciano o tener alguna relación con ellos, existía a la vez la posibilidad de que no confiara en Durant.

—¿Se ha pedido al doctor Healy que pronuncie un discurso?
—inquirió Schaeffer.

—¿Healy? —Durant esperó, fruncido el ceño.

—Sí, es claro. Por lo general pronuncia un discurso acerca de la psiquiatría en esta Sección; y siempre ha recordado al pueblo, en el día de la Democracia, los maravillosos resultados obtenidos por él y su departamento «al educar nuevos jóvenes conductores que nos lleven a mayores libertades y más amplias realizaciones». Por supuesto, eso era antes de que los niños privilegiados fuesen obligados a asistir a las escuelas federales. Interpreto que está curando un caso de úlcera violenta contra ésta y otras cortapisas.

Tal vez desee apaciguarlo usted, coronel, permitiéndole que pronuncie su discurso acostumbrado y emita su opinión sobre ese tema. Con ello asegurárase al pueblo que usted desea conservar la libertad de palabra, no importa lo mucho que se halle en desacuerdo con él.

—Es una idea excelente —dijo Durant de corazón, después de haber seguido esa insinuación tortuosa hasta el final—. Grandon, comuníquese con el doctor Healy y dígame que venga a verme en el acto.

Schaeffer se puso en pie, con plácida sonrisa. Luego de una observación en cuanto al estado del tiempo y de haberle estrechado la mano, se retiró.

Fue más bien una media hora más tarde, y no una, cuando se produjo la llegada del doctor Joseph Healy, del Departamento Público de Psiquiatría. En consecuencia, Durant dispuso de muy escaso tiempo para asumir la debida expresión facial de desconfianza, de duda y de temor. Mantuvo su expresión en tanto estudiaba al doctor Healy, tomando algunas notas mentales.

El doctor no iba tan elegante como antes y su aspecto era distraído y acosado. Su aplomo y su benevolencia sonriente eran cosa del pasado. Su cabello rubio plateado lucía visibles mechones grises, sus ojos azules y fríos contaban con líneas permanentes de ansiedad a su alrededor y su sonrisa era leve, aunque congraciaba. Habiendo perdido considerable peso, era ahora muy delgado más bien que esbelto. Su gracia habíase convertido en desmañado tanteo; tomó asiento sin el previo y primoroso arreglo de sus ropas; su piel delicada había perdido el color saludable, volviéndose pastosa. Durant experimentó una satisfacción inmensa. Si alguna vez hubo un individuo crónicamente inseguro, fue el doctor Healy.

Entretanto, el hábil doctor estudiaba a su vez a Durant, quedando sorprendido y engreído de improviso ante su expresión

preocupada y melancólica. Retornó parte de su antigua confianza. Encendió un cigarrillo con algo de su anterior seguridad.

—Doctor Healy —dijo Durant, después de haber suspirado—. Me siento algo desalentado y lo he llamado para conversar con respecto a su discurso del día de la Democracia, que interpreto pronuncia usted regularmente. Pero también deseaba consultarle en cuanto al estado de la Sección 7 y, en especial, de esta ciudad. Doctor Healy —prosiguió, inclinado hacia el otro con aspecto profundamente turbado y aprensivo—, deseo que sea muy sincero conmigo. Me veo en situación confusa. Algo anda mal. Confieso no haberme percatado de la importancia de lo dicho por usted cuando sostuvimos una conversación hace mucho tiempo, y aunque sigo creyendo que está desacertado en bastantes cosas, agradecería un pequeño consejo, junto con su opinión. —Arrugada la frente, extendió las manos como quien desespera.— He hecho todo lo posible, pero el Magistrado Principal ha indicado alguna desaprobación.

Durant se mostraba bastante pálido y esforzado y sus dedos temblaban de verdad al llevarse el cigarrillo a los labios. El experimentado doctor lo examinaba atentamente, siendo tanto su alivio que el color retornó a sus mejillas. Experto a su vez en disimulo, estaba seguro de poder descubrirlo en los demás. Su voz ronroneaba halagadora al comenzar su sutil ataque contra el militar déspota y brutal que le hizo sufrir tanto durante los meses últimos.

—Coronel —dijo—, me ha pedido usted que me exprese con franqueza. Al hacerlo últimamente, en beneficio del Estado, usted se puso furioso. Discúlpeme, pero me desagradaría en

extremo que el coronel se pusiera furioso otra vez si yo me mostrara ingenuo. Haría cualquier cosa para evitar el antagonismo del coronel.

Durant pensó deliberadamente en los días desesperados y violentos que vendrían y por ello fue capaz de reflejar en su semblante el temor y la dificultad, sin necesidad de fingir. Dejó que su mente recordara al joven Vossen y lo malo que fuera Sheridan, con lo que sus ojos se hicieron cansados y enfermos. El doctor Healy, que observaba con gran atención, se percató bien pronto y su engreimiento le hizo latir con inusitada violencia el corazón.

—Sea sincero conmigo —dijo Durant con voz medio ahogada—, En presencia de mis oficiales, le prometo que no me mostraré ofendido con usted, aunque no vayamos de acuerdo. —Hizo un ademán suplicante.— Ha ejecutado implícitamente mis órdenes. Jamás he tenido que quejarme de usted. —Ahora se mostraba humilde.

Los músculos del doctor Healy se aflojaron. Reclinado en su asiento, volvió algo de su antigua elegancia y la impresión de que dominaba cualquier situación. Miró el techo, pensativo.

—Muchas gracias, coronel. Siempre he cooperado con el ejército en cuanto me ha sido posible y me place que esté satisfecho. —Tosió.— Ha mencionado que «algo anda mal». No le he enviado ningún informe, en la creencia de que usted se enojaría conmigo. Pero me ha pedido que sea franco. —Desviada la mirada del techo, adoptó ahora una expresión grave.— Sí, coronel, quizás haya salido algo mal. Poseo gran experiencia como psiquiatra y sé que la gente se muestra muy intranquila estos días en la Sección 7. Me consta que usted ha puesto toda

su capacidad y trabajado tan sólo en interés del Estado. Sin embargo... ¿puedo ser sincero de verdad?... Creo que tal vez el coronel ha procedido con demasiada rapidez y de una manera demasiado drástica. Es posible que los acontecimientos así lo exigieran, debido al nuevo esfuerzo bélico. Empero, las nuevas enseñanzas de mi departamento, aunque aceleradas por necesidad, no pudieron ir a la par de sus directivas. Hemos tenido que cambiar demasiado nuestra táctica, y con excesiva brusquedad, para mantenernos a la par con esas directivas. —Hizo una pausa, para permitir que flotase en la atmósfera una nota ominosa.— Coronel, no veo sino esto: en todos los años que llevo en mi Departamento, en esta Sección, no he visto al pueblo tan peligrosamente intranquilo y lleno de odio como ahora. —Meneó la cabeza.— Pero, tal vez esté enterado de ello el coronel.

—¡No he oído sino rumores! —exclamó Durant, a la defensiva—. De seguro que no dará crédito a rumores, doctor.

—No se trata de rumores, coronel —dijo el doctor sonriente, después de haber meneado la cabeza—. Yo mismo he visto cómo ardían los graneros. He oído los murmullos en las fábricas bélicas. He sido testigo del desasosiego de mis amigos, los MASTS, que, aunque han seguido fielmente sus directivas, vense ahora deprimidos. Los granjeros están indignadísimos. Todas esas cosas han sido indicadas para que fijase en ellas mi atención. He intentado apaciguar al pueblo y nuestra oficina ha... hecho comparecer... a numerosos individuos descarriados, veinte veces más que durante el año mil novecientos sesenta y nueve, sin que hayamos podido hacer mucho para reorientarlos. Los hombres afectos a través de toda la Sección 7, me refiero a nuestros diversos Departamentos, están bajo la

impresión de que el coronel no comprende del todo sus problemas. Muchos de ellos han sufrido depresiones nerviosas. Los he tratado de modo particular y asegurándoles que el coronel no procede sino con miras a lo mejor. Señor —se inclinó con rapidez hacia Durant—, si la situación no se suaviza en corto plazo, no seré responsable de lo que pueda ocurrir.

—¿Ambivalencia? —interrogó Durant—. Ya me habló de ello con anterioridad. ¿Cree que todo el mundo posee ambivalencia? —inquirió con gran naturalidad.

El doctor Healy sonrió interiormente ante una pregunta tan absurda. Después de todo, el toro que embiste no es sino un animal. El doctor veíase riendo esa noche con sus amigos a costillas de ese bruto militar, y prometiéndoles que las cosas cambiarían pronto.

—¡Son los milicianos! ¡Lo sé! —gritó Durant, golpeando con el puño contra la mesa—. ¡Creí que había destruido hasta el último! ¿Ha encontrado alguno, señor?

—No, coronel, ni uno. Creo que hemos destruido en verdad hasta el último de ellos. Creo que el pueblo se muestra emocionalmente turbado y rebelde en grado sumo, no porque sea «dirigido» por alguien, sino de manera espontánea. Y eso es muy grave.

Durant pensó en las sociedades secretas fundadas por los granjeros, los burócratas, los MASTS, sociedades sin duda bien conocidas del doctor Healy y de fijo inflamadas, aconsejadas y hábilmente dirigidas por él hacia la... revolución. No era intención de Durant permitir que el doctor reasegurase demasiado a sus amigos o hacer que aflojaran sus esfuerzos. Arrugó la

frente al concentrar su pensamiento y el doctor Healy lo creyó temor y ansiedad.

—¡Tenemos que hacer algo! —Durant fingió cólera y desesperación.— He dejado de lado los rumores, pero hay cosas que no he podido explicarme. Tiene que ayudarme, doctor. ¿Qué sugiere?

El doctor Healy meditó. Él también veíase en una disyuntiva. Sus amigos hallábanse decididos a derrocar a los militares, y los amigos de sus amigos estaban a su vez resueltos a hacer lo mismo en todas las Secciones. Era menester el alejamiento de los militares para que la Democracia sobreviviera, y sus amigos tendrían que adueñarse del Estado por completo y aplastar al populacho para siempre.

Durant esperó, bien al tanto del proceso de los pensamientos del doctor.

—Oiga —dijo de manera apremiante—, ¿por qué no dirige su discurso al pueblo? Voy a conceder a los periódicos toda la libertad necesaria para que informen sobre todos los discursos. Al pueblo le agradó mi orden de que los niños privilegiados asistieran a las escuelas del Estado. Sin embargo, doctor, no fue mi intención que los demás niños los insultaran, persiguieran y atormentaran, en la forma que han venido haciéndolo estos meses. Estoy de parte de los padres. Traté de hacer todo lo posible, en favor de la Democracia. En consecuencia, daré permiso en público, el día de la Democracia, para que usted explique su posición de que los niños de los grupos privilegiados deben ser educados, en forma privada y exclusiva, por especialistas experimentados, con el fin de que puedan conducir a

nuestra nación en lo futuro. Usted es sumamente persuasivo y puede conseguirlo con facilidad.

El doctor lo miraba pensativo. ¿Aplacarí­a eso a sus amigos? ¿Enfurecerí­a más al pueblo? No, no iba a apaciguar a sus amigos, ya demasiado agitados. Pero sí enfurecerí­a al pueblo contra los militares, ante este cambio de táctica. La creciente cólera del pueblo dirigi­r­í­ase contra ese militar rústico e ignorante, junto contra todos los militares, siendo más accesibles a la cruel disciplina y control una vez que sus superiores obtuvieran el gobierno. Sus amigos habí­anse dedicado a la labor de manera excelente; sus espías e incitadores fueron adiestrados por él mismo mediante sutiles maneras y los métodos exactos y apropiados para influenciar al populacho.

Ahora veí­ase agitado. ¡Unas semanas, tal vez! ¡Un poco más de labor y de esfuerzo! ¡Y todo se realizarí­a! En ocasiones habí­a abrigado esperanza, pero en la mayor parte temor, sabiendo ahora que podrí­a esperar con gran aliento. Durant se percató de sus cambios momento tras momento para convertirse en lo que fuera, antaño, hombre y conductor brillante.

—Bien, coronel —dijo, no sin fingir que vacilaba—, no puedo asegurarle, sino que haré cuanto esté a mi alcance. —Se irguió en su asiento, asumiendo expresi­n de sincero coraje.— Prepararé mi discurso y, en vista de que usted me ha concedido plena licencia para ser franco en mis manifestaciones ante el pueblo, con amplia publicaci­n en los periódicos, podré definir mi posici­n. Con el debido respeto hacia el ejé­rcito, desde luego.

—¡Muchas gracias, doctor! —Durant sonrió amplia y alegremente.— ¡Muchas gracias, sí! —Medio levantado de su

asiento, le tendió la mano a través de la mesa.— ¡Sabía que me era posible contar con usted!

El doctor Healy sacudió la cabeza vigorosamente. «Vaya si puede confiar en mí», pensó con alegría jubilosa, en tanto efectuaba en su mente otras observaciones acerca de Durant, que hubieran hecho impresión de disgusto entre sus damas conocidas, esas pobres damas, tan encantadoras y alegres antaño, aunque ahora tan ajadas y refunfuñonas por tener que realizar sus quehaceres domésticos desde la ida de sus sirvientes.

—Bien, muchachos —dijo Durant a sus hombres, una vez alejado el doctor Healy—, parece que vamos a conseguir algo.

Hubo silencio antes de que el joven Grandon, con semblante agrio, dijera, no obstante, con la mayor deferencia:

—¿Y a dónde cree el coronel que iré? Creíamos que le sería inútil ese doctor brujo y escurridizo.

—Hay que tener contentos a los civiles —sugirió Durant, estremecido ante la mirada del teniente, fría y enconada.

—¿Por qué? —preguntó el capitán Edwards.

—Por un tiempo al menos —Durant había encogido de hombros antes de hablar.— Se acerca el día de la Democracia. Todo tiene que ser hermoso y entusiasta. Ya sabe. ¡Unidad! ¡Deber! ¡Sacrificio!

Su observación no agitó la menor sonrisa. Seis pares de ojos se clavaron en su persona sin ninguna amabilidad.

Había estado nevando fuertemente todo el día y una borrasca gris cerníase sobre la ciudad. Sadler hizo presente que aunque

no eran sino las cinco de la tarde, sería mejor que el coronel iniciara el retorno a la granja antes de que las carreteras estuvieran cerradas. Los cuatro oficiales del ejército debían asistir a una celebración previa a las festividades y era probable que permaneciesen en la ciudad durante toda la noche. Durant se hallaba muy cansado, ávido de regresar a la tibia habitación de la granja, por lo que abandonó el edificio en compañía de sus guardias.

Estaba penetrando en el automóvil, cuando oyó que lo llamaba la voz de Karl Schaeffer, cuya figura de rostro suave y amable asomaba por entre la tempestad blanca.

—Coronel, estaba a punto de dejarle la copia del discurso. Acabo de completarlo —dijo, a la vez que desataba su cartera de documentos—. Me fue imposible enviarlo con un mensajero, pues se trata de algo muy confidencial.

Durant se mostró complacido al verlo, aunque no interesado en su discurso. Al estrecharle la mano, se estremeció en el frío.

—Ya sabe lo que ha de hacer, Karl —dijo—. En cuanto a mí, voy a casa para disfrutar de un poco de whisky ante la chimenea, junto con un libro. Por otra parte, deseo ver los actos previos al día de la Democracia en el aparato de televisión. Creo que Margarita Stanley será algo muy bueno. Presente mis saludos para las fiestas al señor Kirk. —Haciendo un saludo de despedida con la mano, fue hacia el automóvil. Entonces oyó que Schaeffer preguntaba a Sadler:— ¿Teniente, no lo he visto en alguna parte? ¿En alguna oportunidad anterior, meses atrás?

El teniente movió la cabeza. Schaeffer lo examinó con gran atención, de espaldas a Durant, que se había detenido en su

acción de introducirse en el automóvil. Schaeffer se detuvo entonces, blanco por la nieve.

—Ahora que lo veo bien, teniente, estimo que me he equivocado. —Sonrió. Al hacerlo, aparecieron en sus gruesas mejillas profundos hoyuelos. Le tendió la mano.— Bueno, teniente, si no le veo antes de las fiestas, le deseo fervientemente toda clase de dicha. Cuide bien a nuestro coronel, hombre invaluable para todos nosotros.

—Ciertamente, señor Schaeffer. —No fue sino la nieve espesa y ruidosa lo que apagó el sonido de la voz de Sadler, pensó Durant al observar el apretón de manos. Luego Schaeffer tomó la mano de Beckett para expresarle también sus buenos augurios, antes de agitar el brazo y desaparecer en la blanca bruma hacia su automóvil. Los guardias escogidos colocáronse uno a cada lado de Durant y el vehículo comenzó a rodar silenciosamente.

—Es simpático —observó Durant—. Mejor que Sheridan en todo sentido. Y no es traidor tampoco. Confío en que su discurso no sea pesado. Aborrezco a los oradores.

—Lo mismo me sucede a mí —contestó Beckett—, pero supongo que es parte de nuestra labor. —Miró a su compañero antes de hablar otra vez:— Es la segunda vez que alguien cree haberte visto antes.

—Johnny —dijo Sadler, aún con la voz tensa y apagada—, bien sabes que eso es ridículo. Hemos estado juntos años enteros. Sabemos cuanto se refiere a nosotros y hemos crecido prácticamente juntos en adiestramiento y destinos. ¿Viste alguna vez a Schaeffer antes de que viniésemos a esta ciudad?

—Nunca.

—Tampoco yo. —Se mantuvo silencioso unos instantes. Pasaron bajo la luz agitada de la calle y por algún motivo Durant miró a Sadler. Probablemente no fue sino el reflejo de esa luz lo que hizo su rostro tan tenso y tan blanco, amargamente esforzado.

—Johnny —decía amablemente Sadler—, ¿recuerdas cuando esquiábamos juntos, cómo me lastimé la pierna y me trajiste de regreso dos o más millas? ¿Te acuerdas de los montes Cascadas al amanecer, cuando acampamos en el valle? ¿Y nuestras excursiones de caza, cuando estábamos con licencia y conversábamos de noche alrededor de la hoguera? ¿Y cuándo exploramos las Everglades y un cocodrilo casi nos hizo zozobrar y lo alejaste con el remo? ¿Y cuando estuve enfermo en los bosques y me cuidaste? ¿Y tu hermana, con quien querías que me casara? ¿Y cómo cocinaba tu madre? ¿Y todos los años transcurridos juntos, amigos, mejor que hermanos?

—De seguro que lo recuerdo, Chard —fue la respuesta de Beckett, conmovido pero lleno de sorpresa.

—Acaso regrese para casarme con tu hermana, si es que aún me quiere y consigo licencia —dijo Sadler, cuya voz se hizo ronca—. Es una joven encantadora, inteligente y dulce. Me alejé sabiendo que no era bastante bueno para ella, Johnny.

—Eso es una locura —dijo Beckett—. Louise siempre me escribe algo sobre ti. ¿Qué podría conseguir mejor que un oficial de la guardia escogida?

—Y tus padres, Johnny. Buena gente. Tu padre, con sus libros, y tu madre, tejiendo sonriente. Te quieren, Johnny y te echan mucho de menos.

Durant escuchaba lleno de compasión tan melancólicos recuerdos. Por supuesto, era la época de Navidad y, no obstante, el día de la Democracia, los tiempos idos resurgían incluso en los jóvenes.

—Es gente anticuada y no de nuestra época. —Beckett se esforzó por parecer con despego, pero su mirada a Sadler estaba llena de afecto.— He tenido que prevenir a mi padre. Mi madre no es sino una encantadora viejecita ingenua y siempre he sido su preferido. —Rió, turbado.

—Sí —dijo Sadler, con voz sombría—. Siempre fuiste su mimado y ella lloró al verte partir. Dijo que no regresarías más en toda tu vida.

—Así es mamá —dijo Beckett, malhumorado, pero sin poder contener un leve suspiro—. ¿Por qué no iba a volver?

—Ella creía que todo comenzaba y terminaba contigo —murmuró Sadler—. Si no volvieras nunca, sería su muerte.

—Bueno, ya es vieja —dijo Beckett tiernamente, con la mirada pensativa fija hacia adelante—. Pero ¿por qué no he de volver?

—Porque estos son tiempos peligrosos —dijo Sadler, pistola en mano y bien apretados los dedos sobre la misma—. Johnny, si algo ocurre, a cualquiera de los dos, quiero que recuerdes que fui tu amigo, tu mejor amigo en verdad. Quiero que no olvides qué amigo has sido para mí, aun en los días más difíciles. Mucha de mi culpa recayó sobre ti, pues yo era más nuevo que tú en la profesión. Me evitaste mucho tiempo de

calabozo. Compartiste conmigo los paquetes que te enviaban de tu casa. Nunca estuviste mucho tiempo alejado de mí. Quiero que sepas que... fuera de mi propia familia... te profeso más afecto que a ningún otro que haya conocido jamás. Fuiste el hermano que nunca tuve.

—Está bien —dijo Beckett, cada vez más sorprendido—. Pero, ¿a qué viene esa nota fúnebre? Pienso seguir siendo tu amigo por muchos años, Chard, aun después de que te hayas casado con Louise. Le pondrás mi nombre a tu primer hijo, ¿verdad? —Rió con esa torpeza que los hombres que se profesan tierno afecto muestran en todo despliegue sentimental.

—Sí, Johnny —dijo Sadler con voz pesada—. Lo haré. Jamás te olvidaré.

—¿Por qué habrías de hacerlo? —Beckett rio, a causa de Durant.— El Magistrado Principal nos dijo prácticamente que nunca nos separaría. ¿Qué sucede, Chard?

—Nada —dijo Sadler, que se contrajo algo en su asiento—. Absolutamente nada, Johnny. Mas recuerda que somos amigos.

—Parece como si fueses a desaparecer en la bruma —dijo Beckett, que, sin embargo, hallábase muy conmovido. Tendió la mano a Sadler y se estrecharon fuertemente—. Bueno y querido Chard. No me abandones, Chard.

—No lo haré. Puedes estar seguro de ello.

Durant no demostraba impaciencia. Su aguda intuición presentía algo de tragedia en el reducido mundo rodante que era el automóvil.

—Sadler, ¿no estará solicitando su traslado, verdad? Creo que debería estar enterado si así fuere.

—No —dijo Sadler, mirando a través de la ventanilla cubierta de nieve—. Permaneceré a su lado, coronel.

—Bueno, lo mismo que yo —observó Beckett, jocoso—. Con eso seremos dos.

Sadler no contestó.

Qué conversación más extraña, y turbadora a su modo, pensó Durant. Sadler no era amigo de desplegar emociones, en especial sin ningún elemento que lo provocara. Era la nieve; la época del año. Por supuesto. Una época de fiesta, de oraciones, de ansias y de regreso al hogar. Pero esos hombres eran jóvenes. ¿Qué tenían que recordar acerca de la Navidad? ¿Qué sabían acerca de la encarnación del amor de Dios?

Pero era algo más también. En la conversación entre ambos hombres había una cualidad significativa de algo terrible para Durant, que se veía mistificado. Meditó. Los guardias escogidos eran una organización salvaje, sin ninguna simpatía ni afecto humanos. Empero, había ahí dos jóvenes que compartieron juntos gran parte de su vida y se amaban entre sí como debieran hacerlo, pero raras veces lo hacen, los hermanos.

La cellisca cesó de repente al llegar el vehículo al campo. La nieve acuosa y amarillenta de las semanas pasadas, esa nieve fea y terrible, habíase vuelto blanco desierto y Durant se entusiasmó con la reluciente claridad a su alrededor, dando al olvido su confusa alarma a causa de la conversación habida entre sus guardias. Al mirar a través de las ventanillas del automóvil, vio cómo la blancura habíase amontonado en fosos blancos y

marmóreos bajo la luna, increíblemente deslumbrante. Los tejados de las granjas eran montones de pureza incandescente; los árboles desnudos permanecían absolutamente inmóviles como espectros de sí mismos. A través de los campos immaculados pasaban raudas las oscuras y nítidas sombras de los cercos, captados y atravesados en un momento de su huida bajo la luna, blancos y perlados reflejos a los costados de las dunas alabastrinas. Todo color, todo sonido y emoción había cesado; un misterio habíase aposentado sobre la tierra resplandeciente, bañándola en su luz de cristal y envolviéndola en su cubierta también de cristal.

¿Cómo era posible que los hombres vivieran en medio de semejante belleza, tal resplandor iluminado e impresionante, y fueran lo que eran?, pensaba Durant. Vinieron a su memoria los encantadores paisajes campestres del verano anterior y observó lo que estaba ahora a su alrededor. ¿Era esta tierra realmente el purgatorio, como dijeran los místicos, y Dios, en su misericordia infinita, empapaba en ocasiones al hombre con reflejos paradisiacos, con el fin de levantar su coraje, consolar sus almas e infundirles esperanza? Las gentes de la ciudad no podían vivir encerradas dentro de la misma; con gran frecuencia abandonaban corriendo sus habitaciones de piedra para acudir a los campos y a los bosques, de manera que no pudiesen dar al olvido la auténtica realidad existente más allá de sus tinieblas y su mal.

Sí, el hombre vivía en medio de ello sin verlo, prosiguieron los pensamientos de Durant. Acaso la humanidad fuera demasiado ciega y hasta aquellas poseedoras de sus moradas en donde los reflejos celestiales habíanse producido con mayor frecuencia fueran más ciegos aún que sus hermanos aprisionados en la

ciudad. Los espíritus videntes existían como un fenómeno extraño entre los humanos. Al intentar comunicar a los demás lo que hubieran visto, eran acogidos con grandes burlas, denunciados como «ingenuos», mistificados o infantiles o, tal como en estos tiempos, acusábanles de «enemigos del pueblo». Silenciado el espíritu vidente, las almas perniciosas dominaban los gobiernos, los tiranos emergían de sus oscuros escondrijos. El despotismo podía triunfar únicamente ante la falta de fe de toda una nación.

Durant se percató de que sólo uno de sus guardias mostrábase entusiasmado ante la maravilla observada a través de las ventanillas del automóvil, y ése era Beckett.

—Podríamos esquiar en alguna de esas montañas —dijo a Sadler, indicando la sierra resplandeciente que se observaba no muy lejos—. Acaso algún granjero de por aquí posea esquís. Podríamos conseguir prestados un par de ellos. Hace cada vez más frío y tendremos la nieve en condiciones mañana. ¿Qué te parece, Chard?

Sadler no dijo una palabra y Beckett formuló otra vez sus observaciones y preguntas. Sadler parecía experimentar dificultad en concentrarse.

—¿Esquiar? —dijo, por fin, con voz apagada—. Siempre te gustó, ¿verdad Johnny? Sí, esquiar —agregó sombríamente.

—Vamos, ¿qué diablos te sucede? —inquirió Beckett—. ¿Piensas en tu hogar?

—Sí, pienso en él —dijo Sadler.

Durant comenzó a experimentar cierta intranquilidad.

Beckett se inclinaba hacia adelante en su asiento, para poder contemplar mejor a su amigo, colocado al otro lado de Durant. Lo miró fijamente, mas sin hacer ningún comentario.

El vehículo arribó a la casa de los Lincoln; de las ventanas salía una luz dorada que iba a dar sobre la nieve. Al salir del automóvil, Durant aspiró el aire puro y estéril de una noche invernal. Al darle el frío en el rostro, experimentó satisfacción. No era su deseo penetrar aún en la casa, sino caminar por entre la nieve, contemplar la luna resplandeciente y gozar de esa atmósfera pura y limpia. Todo ello suponía para él mucha gloria y mucha maravilla. Un viento suave y helado se había levantado y las partículas de nieve brillante eran lanzadas al espacio; alcanzadas por la claridad de la luna, eran de color plata y azul, oro y escarlata. Algunas de ellas posáronse en la manga de Durant y se sintió tan conmovido por sus formas excitantes, su brillo y su perfección, que permaneció inmóvil, sin alentar apenas.

—Creo que será mejor que entremos, coronel —dijo Sadler con voz apremiante y junto a Durant—. Ya sabe lo que ocurrió cuando tuvimos que detenernos en el campo unas semanas atrás.

—¿Quién podría intentar algo aquí? —inquirió Durant, vagamente convencido de que nada violento ocurriría en ese mundo marmóreo y silencioso.

Alejándose del edificio, dio vuelta hacia la parte trasera, para luego abrirse paso a través de la nieve que cubría el jardín. Qué maravilla, pensó. Al perder el hombre la capacidad de maravillarse, perdía su comunión con Dios y la capacidad de conmoverse ante cualquier cosa o comprenderlo todo.

Oía caminar a los guardias detrás suyo, aplastando firmemente la nieve. Ojalá se retirasen. El hombre desea estar solo al verse pleno de maravilla. Con gran satisfacción, inhaló el aire dulce e inmaculado de la noche.

Hubo una ligera lucha a su espalda, antes de que se oyera la voz de Beckett, fuertemente vacilante:

—¿Qué te ocurre, Chard? ¡Dame mi pistola!

Durant se volvió con tanta presteza como le permitía la nieve espesa. Sadler hallábase frente a Beckett con una pistola, al parecer la de éste, en la mano. La luna inundaba el semblante de los dos hombres, permitiendo ver a Durant con claridad. Beckett mostrábase estupefacto, abiertos los ojos y la boca a la manera de agujeros negros en su rostro; los labios de Sadler hallábanse apretados, como si sufriera un dolor insoportable.

Durant dejó caer los labios, presa de asombro. Ninguno de los otros se percataba de él. Se miraban en silencio terrible, de pie como estatuas oscuras contra el fondo iluminado de la nieve. Transcurrieron los instantes sin que los hombres se moviesen, sin hacer otra cosa que mirarse, olvidados de todo cuanto no fuese ellos mismos.

—Tengo que matarte, Johnny. Ahora mismo —dijo Sadler, serenamente y realizando gran esfuerzo.

•—¿Está loco, Sadler? —exclamó Durant vuelto a sus sentidos y echando mano a su pistola. Su mano enguantada estaba débil de terror y un sudor frío afluyó a su rostro. Un millar de pensamientos invadieron su mente, pensamientos que eran de traición, de muerte, de violencia y de confusión. Sadler no lo miraba, demasiado preocupado con Beckett. Éste no se mostraba

ya asombrado, sino que veíase de pie, tieso y erguido a la claridad de la luna, como si fuese su propia estatua de madera.

—Coronel, puede entrar en la casa, si así lo desea —dijo Sadler—. No tiene usted que ver natía. Deseo que se retire. Sería mejor para mí.

—Sadler, deje esa pistola o yo mismo dispararé contra usted —ordenó Durant, temblándole la voz de cólera y de temor.

—No, coronel —dijo Sadler, moviendo la cabeza y sin desviar la mirada un instante del rostro de Beckett—. No dejaré mi pistola. No quería decírselo, pero Johnny es espía del FBHS. Lo es desde que llegamos aquí y acaso antes. Sin embargo, no lo sé. Lo único que sé es que fue designado para asesinarlo, luego de haberlo espiado. Tal vez habríalo matado esta misma noche. De ahí que no formulara objeción a su paseo por aquí afuera; de haberlo hecho yo habría sabido que ésta no era la noche en que se suponía que usted habría de morir. —Algo le turbaba la voz, que se hizo débil y desmayada. Luego prosiguió hablando de modo vacilante:— Recibí la señal de que Johnny tenía que morir muy pronto, si no inmediatamente, esta noche en la calle, de parte de Karl Schaeffer. Ya ve, coronel, Johnny no sabe nada acerca de dicho señor. De manera que Johnny ha estado enviando informes sobre usted al señor Schaeffer. No informó al Magistrado Principal; sus órdenes eran de comunicarse con el FBHS. Ya ha informado de algo al señor Howard Regís, de Washington, que reemplazó al señor Reynolds después de haber sido asesinado. Y el señor Regís le ordenó que trabajara con el señor Schaeffer, con lo cual este señor supo que todo ello resultaba un gran peligro. Johnny tenía que morir antes de que sus informes fuesen a manos de

otros, de la manera como ocurre con los informes, aunque el señor Schaeffer ha obrado con gran cautela...

—Beckett, ¿qué dice a todo eso? —inquirió Durant, con alguna dificultad y sin dejar de mirar a Beckett.

Beckett volvió la cabeza con lentitud hacia Durant y su mirada, llena de odio imprevisto y violento, hizo innecesaria toda respuesta. Luego dijo, sin embargo:

—Comencé a sospechar de usted, so... so asqueroso miliciano, hace mucho tiempo.

Los dos hombres observaban y escuchaban en silencio, un silencio terrible y que los enfermaba. La mano de Sadler se levantó como en busca de un lugar decisivo. Durant le ordenó que esperase y fue hasta su lado, sin poder alejar la mirada de Beckett.

—¿En qué me equivoqué, para que le fuera tan fácil de advertir? Beckett, puesto que va a morir, bien podría decírmelo.

Beckett, sonriendo, movió la cabeza.

—¿Cree que voy a decírselo, pedazo de cerdo? Otros vendrán después de mi muerte. Jamás lo sabrá. Seguirá cometiendo errores hasta la hora de su muerte. —Luego se alteró el semblante, desfigurado por la furia.— Muchos de nosotros sabemos lo que hace usted, así como lo que hacen los suyos en otras Secciones. ¡Toda la presión que ejercen sobre los demás! ¡Toda la incitación, bajo el disfraz de buenos oficiales del ejército! ¡Ya lo sabemos! Los vamos matando uno por uno. ¿Sabía que cuatro de ustedes han perdido la vida en las últimas semanas, y que en todos los casos pasó como «suicidio o asesinato a mano de personas desconocidas»? —Volvió a reír con risa

de maniático.— ¡Dentro de unas semanas no quedará ni uno de esos malditos milicianos!

De manera, pensó Durant, estremecido, que ésa es la razón por la cual Carlson se arriesga de tal modo. La situación es desesperada y tenemos que proceder aprisa.

—Me pregunto hasta qué punto sabrá Regis —dijo, en voz alta y lleno de terror.

—¡Lo sabe todo! —contestó Beckett en tono de burla—. Pero tiene que proceder a escondidas, dejando que realicen la tarea sus directores de distrito. ¡Ni siquiera Regis se atreve a mezclarse abiertamente con los militares! Todavía no. —Aquí su semblante se desfiguró horriblemente con el odio.— ¿Conque Schaeffer es uno de los vuestros? Tendría que haberlo sabido; era demasiado lento y siempre me decía que esperase.

—Pero, ¿cómo se comunicaba con él? —inquirió Durant, tan cansado que era su deseo tenderse sobre la nieve—. Siempre estaba conmigo.

Beckett reía y reía, pareciendo como si los ojos fuesen a saltarle dentro de sus cuencas.

—¡Jamás lo sabrá! Tal vez por intermedio de alguno de los militares de su oficina; quizás a través de alguno de los trabajadores de la granja; puede que por medio de alguien que nos roza al pasar por la calle. ¡Confórmese con eso, coronel falsificado! Nunca sabrá nada, hasta que sienta que le introducen un cuchillo entre los huesos o una bala por la espalda. —Hizo una pausa y miró a Durant con gran burla, reflejando tal deleite que el otro se preguntó si no estaría loco.— De nada le servirá

el cambio de sus oficiales militares; probablemente habrá entre ellos alguno como yo.

El temblor de Durant se hizo tan violento que hubo de apoyar la mano contra un árbol cercano para no caer. «Pero siempre conocí el peligro», pensó.

—¡Usted fue el que tuvo la culpa, el iniciador de todo, perro maldito! —decía otra vez Beckett—. Lo que usted hizo aquí fue copiado en otras Secciones. Sabíamos que algo andaba mal, hace ya mucho tiempo, meses atrás. Sabíamos que alguien estaba preparando el terreno. Al principio no supe qué era usted. Pero ahora sí. Eso es lo que comuniqué a Schaeffer y a Regis. Era a usted a quien necesitábamos eliminar más que a ningún otro. Estuve seguro de ello al ver cómo condenó a muerte a Sheridan, sin la menor prueba.

«Después de esto debo andar con muchísimo cuidado», se dijo a sí mismo Durant, con dolorosa lentitud. Y entonces supo que no podría haber ya más cuidado ni más precaución.

Beckett lo observaba riendo de tal modo en silencio que sus dientes resplandecían a la luz de la luna.

—¡No triunfarán! —exclamó—. ¡Jamás triunfarán! ¡Sois demasiado estúpidos! ¡Derechos del individuo! ¡Dignidad del individuo! ¡Espíritu del individuo! Conozco todos vuestros estribillos imbeciles. ¡Diablo, nos hacéis reír tanto que nos produce vómitos! Creíamos que se ahogarían con tanto estiércol durante esos veinte años, pero aún nos vienen con sus encantamientos y sus piadosas... sobre Dios, y siguen creyendo que los hombres debieran ser libres y morir los que son como yo, o ser «reeducados» o algo por el estilo. ¿No han aprendido aún y les ha entrado en sus cabezas de cerdo que en el mundo no

hay otros hombres que los fuertes, quienes no tienen otro estribillo que su fuerza, la autoridad para sí mismos, igual que el poder? ¡Todos los demás han venido a este mundo tan sólo para servirnos y lamernos los zapatos! ¡Pero nunca aprenden! —Levantó el puño para luego descargarlo con gran violencia sobre su cabeza.— ¡No triunfaréis! ¡Tal vez derroquéis a nuestra autoridad una vez más, pero siempre retornaremos sin que jamás se nos reconozca hasta que les apretamos la cabeza con las botas! ¡Incluso nos ayudan hasta que resulta demasiado tarde! ¡Permiten que los gobiernos amordacen a los periódicos en nombre de la «seguridad nacional», hacen que todos se sientan patriotas y se sometan a impuestos y controles, van hacia la guerra con rostro estúpido y radiante y adoran la «libertad de palabra», permitiéndonos aprovecharnos de ella hasta que los llevamos donde queremos!

Su agitación se hizo frenética y todo su cuerpo fue estremecido por la risa. Los ojos despedían tales miradas de desprecio y de malicia a Durant que éste retrocedió involuntariamente.

—No volverán a triunfar, Beckett —dijo después con voz serena pero firme—. Con la ayuda de Dios no vencerán ni aun una vez más.

—¡Siempre triunfamos! —exclamó a su vez Beckett, con júbilo salvaje—. ¡Ustedes siempre pierden! ¡Porque nos valemos de vuestros estribillos, en tanto les echamos dogales al cuello, y agitamos vuestras banderas, mientras confeccionamos las nuestras!

La terrible claridad abandonó de improviso su semblante, que de pronto se hizo grave y sombrío. Transcurrido un instante

había olvidado a Durant, y miraba a Sadler, cuya pistola le apuntaba al pecho.

—Chard, me imagino que no podrás hacer sino matarme.

—Ahora su voz se hizo casi amable.— Yo haría lo mismo en tu

lugar; si hubiese sabido acerca de ti antes, te habría matado. Siempre es lo mismo, ¿verdad? Tú o yo.

—Espere —dijo Durant, cuyo malestar era como un gran nudo en el pecho que le impedía la respiración. Tuvo que realizar un gran esfuerzo para volver a hablar—. Sadler, no puedo permitir que hagas eso a un amigo. Podríamos encarcelarlo, arrojarlo a un calabozo militar y tenerlo allí hasta que esto haya tocado a su término...

—No, coronel —contestó Sadler no mirando sino a Beckett—. Podría disponer que lo mantuvieran incomunicado, pero ya daría con el modo de comunicarse con nuestros enemigos, sin que hubiera manera de detenerlo. Y ello supondría el fin de usted, no importa lo bien que se hallase custodiado. El Magistrado Principal me previno particularmente que lo custodiase.

—¿El Magistrado Principal? —inquirió Beckett, estremecido.

—Sí —dijo Sadler, con voz cansada—. Ignoro si está enterado en cuanto a ti, pero es uno de los nuestros, Johnny.

Beckett quedó momentáneamente deprimido.

—Ya ves —prosiguió Sadler suavemente— que en realidad hemos triunfado, después de todo. Si vosotros estáis en todas

partes, también estamos nosotros. —Levantó el arma y su rostro parecía terrible y alargado en la luz blanca.

—¡Estoy asqueado de tanta matanza! —exclamó Durant con involuntaria pasión, asiéndolo del brazo—. Debe haber otra manera...

Beckett estalló en carcajadas.

—¡Cree que han triunfado, necio del demonio! —dijo señalando a Durant con el dedo—. ¿Asqueado de matar, eh? ¿Cómo van a triunfar con semejante cerebro? ¡Son unos alfeñiques!

—Que Dios se apiade de su alma —dijo Durant. Nadie lo oyó, pues se produjo un fuerte estampido y Beckett alzó los brazos hacia el cielo. Luego dio media vuelta y cayó de bruces sobre la nieve.

La luna derramaba su luz plateada sobre la blanca tierra. Los copos de nieve, impelidos por el viento, volaban silenciosos a través de la atmósfera brillante cual insectos coloreados. Pero había un olor acre en la dulce claridad y un hombre muerto en la suave blancura. Un terrible enemigo, muerto. Un hombre muerto, un joven, pensó Durant. Un joven emponzoñado y corrompido por el mal, mas no un hombre nacido así. Había sido moldeado en lo que era.

Sadler estaba con la pistola humeante en la mano. Con la cabeza caída sobre el pecho parecía hallarse en trance. Durant intentó hablarle, sin encontrar palabras para tanta angustia. Sadler estaba más allá de todo consuelo.

Durant ofreció, pues, una oración en silencio por el joven que acababa de morir. Fue una oración enconada y tuvo que esforzarse para contener el odio hacia los hombres que habían pervertido esa alma. Le resultó fácil orar: «Dios Todopoderoso, libra a nuestros niños para que no sean corrompidos por los hombres malignos, como lo fue esta alma. Que nuestras generaciones venideras puedan apartarse de los malvados durante todos los momentos de su existencia; que reconozcan el mal tan pronto aparezca, de manera que puedan hallarse armadas moral y espiritualmente contra el mismo.»

—Vámonos —dijo, colocando la mano suavemente sobre el hombro de Sadler. Pero Sadler contemplaba al amigo muerto. Al volverse después hacia Durant, lloraba. Luego farfulló:

—Hace frío. No podemos dejarlo aquí en la nieve. Hace demasiado frío.

Se inclinó y alzó a Beckett en brazos para emprender la marcha delante de Durant, como un hermano podría llevar a otro o un padre a su hijo. En el campo veíanse ahora figuras encogidas, oscuras y silenciosas, de pie sobre la blanca nieve, atraídas por el rumor del disparo. Hiciéronse a un lado mientras Sadler pasaba y miraron con callada fijeza al semblante del muerto que miraba hacia la luna y al otro rostro más arriba, casi tan muerto como él.

—Nada de lo que puedo decirle le servirá de consuelo —dijo Durant a Sadler, en tanto esperaban en el aposento del primero la respuesta a la llamada efectuada al Magistrado Principal.

Habían celebrado una conversación nada inspirada referente al suicidio de Beckett, con miras al dictáfono colocado detrás del

cuadro de la pared, expresando un triste horror que, no obstante, nada tuvo de hipócrita; la mayor parte de las observaciones habían sido hechas por Durant, en tanto el otro se había limitado a murmurar o suspirar. Ya los cables habían sido desconectados y Durant era libre de dar rienda suelta al dolor y a la compasión.

El esfuerzo realizado al hablar para edificación de los oyentes invisibles, resultó demasiado para Sadler. Sentado en su silla, arimada contra la pared, tenía el rostro cubierto con las manos. Durant lo observaba lleno de compasión. Luego prosiguió diciendo:

—Beckett no era como los demás, como Sheridan, pongamos por caso. No había nacido perverso. De manera que ahora tenemos que luchar con más ahínco para salvar de la deformación espiritual a millones de jóvenes, y a sus hijos de la esclavitud.

Sadler no se quitó las manos de la cara y con voz ahogada contestó:

—Es el único consuelo que me resta. —Al cabo de uno o dos instantes dejó caer las manos, totalmente agotado y con los ojos tan hundidos en sus cuencas que los párpados aparecían hinchados y rojos.

El doctor Dodge llamó a la puerta y Sadler lo hizo entrar. El viejo era portador de una bandeja con whisky y observó al hijo con triste dolor.

—Lo he dejado cubierto allá abajo —dijo, con voz débil—. Éste... parece... muy... —Se detuvo, al ver que Sadler efectuaba un gesto doloroso.— Ya sé —dijo el doctor Dodge. Dejó

la bandeja sobre la mesa y su semblante lleno de arrugas se hizo duro y austero. Mirando al espacio agregó—: No fue culpa tuya y ni aun de Beckett. Ello ha acontecido por causa de mi generación. Yo maté a tu amigo, Clair. Y a millares como tú. En mis aulas, con mis escritos y mis discursos, con todo cuanto hice años atrás. Ese es mi castigo y el de mis contemporáneos.

Durant tuvo que realizar los mayores esfuerzos para levantarse y contestar al teléfono.

—Curtiss, señor —dijo con voz ronca e insegura—. Lamento tener que comunicarle que Beckett, uno de los guardias que me asignó, se ha suicidado hará unas dos horas. No sé exactamente lo sucedido. Estábamos entre la nieve y de improviso... se disparó un tiro en el pecho.

Hubo un corto silencio durante el cual no se oyó sino el zumbido del teléfono. Luego Carlson dijo con voz apenada:

—La noticia me produce gran pesar. Al examinar el legajo de Beckett recientemente, observé que había sido recluido en una institución mental a la edad de dieciocho años. —Hubo una pausa.— No había motivo para pensar que pudiera recaer alguna vez pues su comportamiento ha sido normalmente ejemplar después de haber abandonado el establecimiento. Le ruego que me considere sincero en mi pesar. Presente mis condolencias a Sadler. Los dos jóvenes se han profesado siempre gran afecto.

—Sí —dijo Durant agotado y mirando brevemente a Sadler, de pie en el centro de la habitación, como quien ha sido víctima de una pesadilla.

—Dispondré que tres guardias escogidos —^prosiguió Carlson, con voz grave y serena— vayan inmediatamente en aeroplano, Curtiss. Entretanto no permita que nadie entre en su habitación. No dudo de la integridad y la devoción de sus oficiales, desde luego, pero prefiero que esté usted estrechamente custodiado por mis hombres, que siempre están atentos ante cualquier posible enemigo. Los militares no siempre se percatan del peligro; son demasiado confiados. Los guardias escogidos no confían en nadie en ningún momento. Sobre todo, estos hombres que le enviaré.

Durant descifró: «Confíe en éstos; son milicianos. En cierto modo ha sido demasiado descuidado consigo mismo. Hay un espía entre los que lo rodean.»

¿Quién, pensó Durant: Grandon, Bishop, Edwards o Keiser?
¡El primero, por supuesto!

—En estos días de intranquilidad —prosiguió Carlson— los oficiales por mí designados deben adoptar toda suerte de precauciones. Lamento tener que decirle que la situación se ha vuelto algo alarmante, aunque espero que se trate tan sólo de algo pasajero. En verdad, estoy seguro de ello.

«Espera la tercera y última señal —descifró Durant— muy pronto. Debemos proceder con rapidez, pues nos hallamos en peligro desesperado.»

—No he advertido ninguna «intranquilidad» en Filadelfia ni zonas adyacentes, señor. Todo está en calma. El pueblo se muestra feliz y contento y aguarda la celebración del día de la Democracia.

—Bien. Era mi propósito haberlo llamado esta noche, aunque no hubiese recibido esta llamada suya. Hoy he sabido que contará con dos distinguidos huéspedes. Uno es el señor Howard Regis, de Washington, que ha reemplazado al señor Reynolds, como usted sabe. El otro es el señor Dean Burgess, también de Washington, de la Confederación de Asociaciones de Trabajadores.

Durant experimentó gran alarma. No había habido en la última observación de Carlson nada indicativo de alguna información privada acerca de los dos nombrados, y de ahí que tartamudeara:

—¿El señor Regis? Jamás lo he visto. ¿Es tan capaz como el señor Reynolds?

—Muy capaz —dijo la fría voz de Carlson—. Lo conozco mucho, y el señor Burgess es gran amigo mío. Residirán en mi casa de campo, por lo cual no será menester que les proporcione alojamiento. Póngase completamente a las órdenes de ambos y vea que no les falte nada durante su permanencia ahí.

Durant se sonrojó, pues Carlson habíale expresado en verdad: «No le diré nada. Debe conducirse tal como si fuese lo que aparenta ser. Es la única manera de protegerlo'.»

—Cuando lleguen los tres guardias escogidos —prosiguió Cari son— llevarán instrucciones relativas al cadáver del pobre Beckett, que será enviado sin demora a los padres del extinto. Les haré llegar un mensaje en el acto. Buenas noches, coronel. No deje de adoptar precauciones extraordinarias el día de la Democracia.

Colgó el receptor con brusquedad. Luego se volvió hacia el doctor Dodge, que desunía los cables conectados durante la conversación con Carlson. Durant le hizo señas de que los dejase en regla y dijo a Sadler:

—Chard, a eso de la medianoche llegarán otros tres guardias escogidos para ayudarlo. Entonces podrá disfrutar de algún descanso. En cuanto a mí, me acostaré inmediatamente. Me molesta el brazo; después de todo he sufrido dos accidentes en los últimos meses, por lo que tomaré un sedante. Despiérteme cuando lleguen los guardias. Cenaré con ellos.

—Buenas noches, coronel —dijo Sadler, distraído—. Permaneceré sentado junto a la puerta.

—Regis vendrá —dijo Durant apresuradamente, una vez desconectados otra vez los cables por el doctor Dodge—. Ignoro quién es. A juzgar por las indicaciones, me parece que es otro Reynolds. Él y Dean Burgess hablarán al pueblo el día de la Democracia.

El doctor Dodge abandonó la habitación con el fin de preparar las bandejas con la comida para Sadler y Durant. Sadler tomó asiento junto a la puerta, pistola en mano, como de costumbre.

—Las cosas van empeorando bastante, ¿verdad, señor? —inquirió haciendo un gran esfuerzo mientras miraba a Durant.

—Yo diría —contestó Durant arrugando la frente— que las autoridades del Estado residentes en Washington, están más que percatadas de que algo se aproxima. Pero no osan proceder aún. —Después, agregó, con disgusto:— ¡Ciertamente me he prodigado demasiado! Debo haber sido un blanco fácil.

—No, coronel. Lo he vigilado con gran cuidado. Ha sido buen actor y en ocasiones pensé que en verdad creíase a sí mismo parte del ejército. —Sonrió algo ante la perplejidad de Durant.— No dudo de que ha sembrado confusión entre los espías del FBHS, quienes ahora no saben si es simplemente un militar demasiado fanático o un enemigo de ellos. Fíjese que no se lo he dicho todo.

—¿No?

Sadler movió la cabeza antes de proseguir:

—Johnny y yo... —Hizo una pausa y desvió la mirada.— Sí, Johnny y yo hemos conversado algunas veces de usted. No con frecuencia, porque no tuvimos oportunidad. No fue sino últimamente cuando Johnny me expresó sus sospechas sobre usted y tuve algún indicio de sus actividades aparte como espía del FBHS.

Durant meditó sobre lo oído.

—¡Esto me está crispando los nervios! —exclamó—. ¡Maldita sea, sé que la cosa parece infantil, pero ¿cuánto tiempo puede un individuo seguir esperando una bala o una puñalada a cada instante?

—Bien, coronel —dijo Sadler, volviendo a sonreír con tristeza—, piense en los demás que se encuentran en igual situación.

El doctor Dodge retornó con la bandeja de la cena.

—Clair —dijo a su hijo—, no tienes que probar la parte del coronel. He vigilado la preparación de la comida. —Vaciló.—

Sin embargo, estaba el jamón preparado por mí con anterioridad para hoy. Lo dejé encima del fogón durante una media hora. Como de costumbre, le di un trozo a uno de los perros. —Su viejo semblante se ensombreció.— El can murió casi en el acto.

Durant se volvió mortalmente pálido.

—¿Quién estaba en la casa entonces, doctor? —inquirió lanzando un terrible juramento.

—Ningún extraño, que yo sepa. Fue esta mañana, antes de que ustedes se alejasen. Los Lincoln no han tenido oportunidad de tocar ese jamón ni siquiera de llegar a su proximidad. De manera que pudo haber sido Beckett. —El doctor Dodge miró compasivo a su hijo un instante.— Sin embargo, no creo que fuera éste, porque él y Clair estuvieron con usted durante esa media hora. Coronel, sus propios hombres lo siguieron algunos instantes después en el vehículo de ellos.

—¿No pudo haber sido uno de los trabajadores rurales, o un espía disfrazado de trabajador, que esté aquí mismo?

—No. He pensado también en eso —dijo el doctor Dodge—. Ninguno de ellos se hallaba por aquí. Estaban en su tarea y nuestros amigos habrían comunicado cualquier ausencia de sus compañeros. Coronel, ¿no habrá olvidado, verdad, que nuestra gente vigila para que no le suceda nada?

Entonces, pensó Durant, era decididamente uno de sus cuatro oficiales quien había intentado asesinarlo. De haber comido algo de ese jamón, habríalo hecho a la par de sus guardias. En tal caso habría habido al menos tres asesinatos. «Se están volviendo desesperados y corriendo toda suerte de riesgo», se dijo

Durant. «Bien, parecen algo más desesperados que nosotros — continuaron sus pensamientos—, lo cual significa algún consuelo.»

Sentía pocas ganas de comer y Sadler no probó bocado. Había desaparecido la luna y una nueva cellisca rugía alrededor de la casa. Durant bebió el café bien caliente, esperando que con ello disminuyese el frío que se le había introducido hasta los huesos.

Le fue imposible olvidar al joven muerto, allá bajo el intenso resplandor de las luces, que no fueron apagadas. Ni a Sadler, cargando con el cadáver de su amigo por entre la nieve. Había manchas de sangre en el uniforme de Sadler.

Sadler se hallaba sentado junto a la puerta, con la mirada fija en el vacío. El doctor Dodge ocupaba otro asiento cercano a Durant, observando a su hijo. El único ruido era el del viento que azotaba las ventanas.

Durant no pudo resistir de improviso esa ominosa espera en silencio.

—¿Qué desea que le obsequie para Navidad, doctor Dodge?

—inquirió tratando de sonreír.

—Una pistola, coronel —contestó el interpelado prestamente, volviendo la cabeza con lentitud.

—Chard —dijo Durant—, ¿tiene aún la de Beckett?

Sadler miró sombrío a su padre, antes de extraer el arma de la propia funda del muerto y arrojarla a los pies del doctor. El

ademán fue de cansado desprecio. El doctor la recogió y sus manos temblaron en tanto fingía examinarla.

—¿No la echarán de menos?

—Si es así —contestó Durant— no se preocupe. Los acontecimientos se precipitan cada vez más. Ahora tenemos que proceder con temeridad.

—Matar —murmuró el doctor Dodge, con el arma entre ambas manos y poniéndose trabajosamente de pie—. Nosotros ayudamos a que se produjera todo esto, toda esta matanza. —Una vez metida la pistola en el bolsillo, recogió la bandeja con la comida.

Sadler se hizo a un lado para permitir la salida de su padre y aunque el doctor vaciló, implorante, en la puerta, el hijo movió la cabeza hacia un costado.

Bien, pensó Durant lleno de compasión, siempre ocurre así. Los padres se han conquistado el aborrecimiento de sus hijos.

A su memoria vino el recuerdo de los suyos. No los había traicionado. Luchaba por sus vidas y por algo más precioso que ellas: su derecho a vivir como hombres libres en un mundo libre. Recuperó su fortaleza.

Vio la imposibilidad de hablar a Sadler, ya que éste lo había olvidado en su puesto junto a la puerta. De ahí que tomara un libro e intentara leerlo, después de haber encendido un cigarrillo. Los acontecimientos de la noche habíanle despojado, empero, de la concentración. Se encontró leyendo y releendo aquel famoso pasaje de la obra de Robert Chesswick, *El vuelco*

del destino, publicado el año mil novecientos sesenta, precisamente antes del arresto y ejecución del autor como «subversivo».

«Lo que, entre la ética de los hombres y el gobierno de los mismos, no se centra en el individuo, es pernicioso. Lo abstracto, por lo tanto, debería interesarse tan sólo en los terrenos de la matemática, la física y las ciencias similares, si ha de permanecer inofensivo. Una vez que el científico, el lego, el político o el gobierno se desvía de los valores antropomorfos, o adelanta cualquier concepto no relacionado con tales valores, la sociedad peligra. El hombre no es algo abstracto; sus emociones, sus virtudes y sus vicios tampoco lo son, y al ser tratados como cosa abstracta conducen a su peligro y a la anulación de su personalidad. Hemos visto cómo el mal de lo abstracto se aproxima al individuo en todos los gobiernos autoritarios, donde el hombre como espíritu ha sido objeto de mofa y dejado de lado, y su carne considerada como máquina. El ser vivo, empapado de alma, es una entidad misteriosa pero no por ello menos poderosa, inflamada de sueños y dueña de recuerdos enigmáticos más allá de su inmediata experiencia. Todo intento de medirlos, de encauzarlos, sujetarlos a la regla de cálculo o cualquier otro medio científico de evaluar, incluso lo que se conoce como “psiquiatría”, es una invitación a la locura. Existe un punto más allá del cual no se atreve a ir el “estudio” del individuo.»

El reloj grande del vestíbulo inferior dio las once, golpes sonoros plenos de música. Durant los había escuchado a menudo con placer. Pero esa noche las campanadas se mezclaron en sus oídos como un gran estruendo discordante y sin significado. Dejó el libro. Estuvo a punto de hablar a Sadler, incapaz de

sufrir el silencio siguiente a las campanadas del reloj, cuando oyó el ruido de un automóvil afuera y la fuerte risa de unos hombres.

Sadler se puso en pie, pistola en mano y junto a la puerta. Durant también se levantó, murmurando que no eran sino «sus hombres». Ambos escucharon. Iban con paso que resonaba hacia la casa, hablando en forma gritona y bromeando. Al parecer la reunión a que asistieran había resultado muy satisfactoria, a juzgar por sus voces. De improviso se produjo silencio. Habían llegado junto al cadáver de Beckett. En la casa retumbaban aún una serie de portazos, mas ya no había risa, voces ni movimiento alguno.

Aparentemente, los oficiales hallábanse de pie en el cuarto de estar en que yacía el cadáver de Beckett. El viento rugió de improviso contra las ventanas, para alejarse después como un lamento en la noche. Sadler continuaba agazapado contra la puerta, viendo Durant el dedo en el gatillo y sus músculos estirados. Luego Sadler volvió algo la cabeza a Durant indicándole el paisaje de la pared con intenso ademán, y éste se dirigió hacia el mismo para unir los cables otra vez. Una vez retirado del lugar, bostezó tras un gran esfuerzo, murmuró y dijo con lentitud:

—¿Qué sucede? He oído algo...

—Son vuestros oficiales, señor —contestó Sadler tranquilamente.

Escaleras arriba se produjo ahora un fuerte alboroto, ruido de pisadas firmes y el duro sonido de las boqueadas. Alguien golpeó con fuerza la puerta, y Durant exclamó:

—¿Qué es eso? ¿A qué viene tanto alboroto?

—Beckett, señor —contestó la voz de Grandon—. Allá abajo, señor. Está muerto. De un tiro. —Hubo un confuso murmurar detrás de él. Alguien probó el pestillo de la puerta cerrada. Sadler levantó la pistola y el corazón de Durant comenzó a querer salirse del pecho.

—Ya sé que Beckett se ha suicidado esta noche, por alguna razón que desconocemos —dijo, con la mayor tranquilidad posible—. Es algo terrible, pero no podemos hacer nada sobre ello.

¿Quién comprendía, entre esos hombres del otro lado de la puerta? ¿Quién entre ellos no necesitaba ninguna explicación? El pestillo volvió a sonar y Bishop dijo:

—¿Está usted bien, señor? ¿Podemos entrar para hablar del asunto?

—No, no pueden. —Fue la voz de Sadler la que contestó.— Es orden del Magistrado Principal. Tres guardias escogidos llegarán a eso de la medianoche.

Hubo un maldecir reprimido en el vestíbulo y Grandon dijo:

—Coronel Curtiss, ¿está usted seguro de que se halla bien? ¿Por qué no podemos entrar?

—El coronel está sin novedad —dijo Sadler—. Ya ha oído su voz. Si alguno de ustedes trata de forzar la puerta le dispararé un balazo. Y lo mismo hará el coronel.

—Son órdenes del Magistrado Principal —dijo Durant imitando a Sadler y no sin gran esfuerzo, sin poder alentar apenas a causa del vivo temor—. Vayan a dormir, muchachos.

—¿Oyeron a ese bastardo de Sadler? —exclamó Edwards, incrédulo—. ¡Dijo que tiraría a matar! ¡Matarnos a nosotros!

—Exactamente. Esas son las órdenes que he recibido —dijo Sadler.

—Pero, ¿por qué? —inquirió Keiser, con voz truculenta—. ¿Qué tiene que ver esto con la muerte de Beckett?

—Absolutamente nada —contestó Durant, con voz irritada—. Ignoramos la causa de que el Magistrado Principal imparta esas órdenes; sólo sabemos que las dictó. Ahora retírense de esa puerta con mil demonios y váyanse a dormir. Me han despertado y he tomado un sedante.

Se alejaron, pero Durant dudó de que se hubieran separado. Creía estar escuchando rumores y murmullos coléricos e indignados durante mucho rato. Sadler no volvió a tomar asiento sino que se mantuvo frente a la puerta como un centinela, y Durant se sentó en su propio lecho, pistola en mano. Eso era singularmente parecido a un asedio. Un sitio, sí. El corazón continuaba latiéndole de modo doloroso y se dijo, como había hecho a menudo: «¡No soy hombre para esto!»

Eran las doce y media cuando llegaron los guardias escogidos. El doctor Dodge les franqueó la entrada. Los tres hombres eran curiosamente anónimos de aspecto, todos de la misma estatura, jóvenes, de semblante duro y ojos brillantes y cautos. Fue Sadler, más bien que Durant, quien examinó sus documentos y escrutó a cada uno, en tanto Durant vigilaba.

Conque eran milicianos. A juzgar por sus miradas, sus movimientos ligeros, el modo como se situaron sin que nadie les indicase en lugares estratégicos del aposento, Durant los supo perfectamente percatados del peligro desesperado que los rodeaba. Habían celebrado un convenio con la muerte. Tal convenio romperíase pronto y ellos lo sabían. Miraron a Durant, quien a su vez retribuyó su mirada en un silencio solemne.

De improviso vino a la memoria de Durant lo escrito por Darwin: «Sobrevivir es ser de valor. Ser es ser bueno.» De acuerdo con estas circunstancias, soy enormemente valioso y debo ser tan bueno como todo el infierno en pleno. Tal vez por eso estoy sudando, agregó con mordacidad.

Durant tomó un sedante esa noche para calmar sus nervios y ayudar a disminuir el terrible temblor frío que le penetrara hasta los huesos. Pero no durmió sino brevemente y los períodos en que lo hizo viéronse invadidos de confusas pesadillas, todas de vividos colores. Al despertar, empapado de sudor, contemplaba las luces amortiguadas de su propio aposento y los despiertos semblantes de dos de sus guardias. Sadler hallábase sentado allí, de espaldas a la puerta, inmóvil individuo de piedra, y uno de los guardias junto a la ventana. Los otros dos guardias escogidos situados del otro lado de la puerta del dormitorio, en ocasiones hablaban con apagados murmullos. Nada de ello conducía en modo alguno al reposo y Durant, una vez despierto, yacía con los ojos cerrados recordando los acontecimientos de la noche y la presión de la inminente violencia.

Todos los músculos le dolían a consecuencia de la tensión. Trató de concentrar su pensamiento en su mujer y en sus hijos y recordar sus sonrisas y sus voces. Luego se estremeció con enorme terror, no por él mismo sino por su familia. El triunfo

de una revuelta no significaba ya para él la emancipación de un país sino la liberación de su familia del mal. Después de todo, preguntábase a sí mismo, ¿no es imposible, salvo para unos pocos héroes y santos, pensar en términos universales en un estado de abnegación de sí mismo? El hombre no puede desprenderse de sus emociones ni de su corazón. Antes de ser enrostrado con ello, debírase alabar, ensalzarlo y alentar, puesto que del alma individual brota el gran fuego de la reforma. La uniformidad, aunque sea en la virtud, es cosa que debe ser condenada.

Durmió algo mejor hacia el amanecer, pero se despertó alrededor de las ocho, tan cansado y deshecho que apenas podía moverse. Sadler se acercó a la vera del lecho y Durant pudo contemplar el semblante demacrado que tanto envejeciera durante las últimas horas.

—Creo que estoy sufriendo una depresión nerviosa —dijo Durant.

Sadler sonrió de manera involuntaria.

Durant experimentaba tanta compasión y tanto interés por el joven que fingió irritación para ocultar sus emociones.

—No se sonría. No me levantaré. Permaneceré en este maldito lecho todo el día o tal vez cuarenta y ocho horas.

La idea lo atrajo en gran modo, repentinamente. Consideró la seguridad de la habitación y del lecho con creciente placer. Nada de acurrucarse en su automóvil; nada de ir durante un tiempo en el mismo a lo largo de calles destrozadas y barridas por la nieve; tampoco contemplar los semblantes salvajes y es-

forzados en las calles, o palpar la furia en la atmósfera corrompida ni maquinar, maquinar y maquinar sin tregua ni descanso. Estaba ahíto. Era una idea maravillosa. Después de todo, dijo para consolarse a sí mismo, hasta a los soldados se les concede un descanso después de una labor dura.

—Sufro las consecuencias de las granadas —dijo a Sadler—. La fatiga del combate.

El otro guardia escogido vino a unirse a Sadler junto al lecho. No había dormido un solo instante en toda la noche, pero su rostro juvenil estaba rebosante de salud y sus ojos brillaban. Por alguna razón Durant sintióse resentido al pensar en sí mismo como hombre de edad.

—¿Cómo se llama usted? ¿Qué edad tiene? —inquirió.

El nombre era Thomas Griffis y la edad veintiuno. Durant lo miró con envidia. Tocó otra vez la almohada caliente y dijo de nuevo que se sentía mal y permanecería en el lecho, agregando que «tal vez durante lo que me resta de vida».

Los guardias rieron y Durant sintióse aliviado ante la risa de Sadler, después de una noche tan terrible. Eso sucede cuando se es joven, se recordó a sí mismo, considerando con desagrado sus treinta y dos años. Sintió una mano sobre la frente y la voz de Sadler que decía a su compañero:

—El coronel tiene fiebre. Será mejor llamar a un médico militar. —La voz sonaba grave y produjo alarma a Durant. ¿Y si estaba en realidad enfermo? De fijo dolíanle los huesos y su frente era como un horno. Hizo un esfuerzo para incorporarse; todo el aposento giraba a su alrededor y volvió a tenderse.

—No puedo enfermarme —dijo sombríamente—. No es posible, con el día de la Democracia que se celebrará pasado mañana. No, es mañana, ¿verdad?

—Por eso necesitamos llamar al médico —dijo Sadler—. Y en el acto. —Llamó por teléfono a Filadelfia mientras Durant permanecía en el lecho, lleno de profunda ansiedad.

Sadler hizo entrar a los otros guardias, que eran exactamente como Tom Griffis. Eran muy jóvenes e infantiles, muy vivaces y en sus ojos no se veía nada de sombrío ni de amargura en sus bocas. Sin embargo, en el ambiente en que se criaron debió haber habido padres abnegados y decididos, de mentalidad superior, y maestros que los prepararan en los ideales de la república proscripta. Lo cual explicaría su aspecto de sólida intrepidez. Esos jóvenes, nacidos en país esclavizado, no habían visto a su alrededor sino guerra y regimentación, poseyendo, empero, la fortaleza y la seguridad que debió haber sido don de los antiguos pioneros que originalmente hicieron retroceder al páramo para crear lo que antaño fue una gran civilización. No obstante, su debilidad, el espíritu de Durant se fortaleció.

—Ojalá aumente el número de los vuestros —les dijo.

Ellos gesticularon e hicieron su saludo, después de haberse movido el cinturón.

—Muchachos, tienen que dormir alguna vez —observó Durant—. Estarán conmigo todo el día; podrán dormir por turnos. Sadler, usted y Torn pueden acostarse en la habitación de al lado, que el capitán Bishop ocupa durante la noche. Duerman unas cuatro horas y luego los otros muchachos harán lo mismo.

Se produjo un improvisado y colérico murmullo en el vestíbulo afuera y Durant oyó la voz de Edwards:

— ¡Maldito sea, no son sino sargentos, por muy guardias escogidos de que se trate! ¡Soy capitán, y vuestro superior, además, y cuando digo que Bishop, Grandon, Keiser y yo vamos a ver al coronel, lo haremos!

—Sí señor —dijo uno de los guardias—. Eso está muy reque-tebién. Pero antes tendrán que entregarnos todas las armas, incluso los cortaplumas. Y no podrán entrar más de dos a la vez. Lo lamento, señor, pero esas son las órdenes. —Luego agregó, serenamente:— Tal vez el capitán olvida que la guardia escogida no está sujeta al ejército, ni siquiera a un capitán ni a un general. Recibimos nuestras órdenes directamente del Magistrado Principal.

—Nuestro coronel pertenece al ejército —decía la voz de Grandon, que luego se hizo más fuerte—: Coronel Curtiss, ¿podemos entrar?

—¡Esto es un insulto! —exclamó Bishop—. ¿Qué sucede? ¿Está nuestro coronel arrestado o algo por el estilo? Aquí hay algo desusado.

—No estoy arrestado —fue la respuesta enojada—. Simplemente protegido por una guardia. Últimamente han ocurrido demasiados incidentes. Muchachos, ordeno que obedezcan a los guardias escogidos.

Hubo nuevas discusiones del otro lado de la puerta. Al parecer poníase en cuarentena el honor de los militares, con gran enojo de los mismos. Luego se abrió de par en par la puerta e hicieron

su entrada Grandon y Edwards, desarmados, el semblante enfurecido y sombrío. Antes de que la puerta se cerrara firmemente detrás de ellos, Durant vislumbró apenas a Keiser y Bishop, presa de gran furia, en tanto los guardias escogidos hallábanse junto a ellos, en posesión de todas las armas.

Grandon y Edwards, ignorando ostensiblemente a Sadler y Griffis, vinieron en el acto junto al lecho. Su respiración era violenta y breve el saludo. Durant levantó los ojos hacia ellos. ¿Uno de esos? El semblante joven del teniente era tenso y entrecerrados los ojos. El cuerpo grande y robusto de Edwards expresaba su sentimiento de humillación y los ojos duros color de almendra brillaban con desagrado en su rostro grande y basto. Sadler y Griffis manteníanse próximos, sosteniendo negligentes sus pistolas.

—Tal vez el coronel quiera ofrecernos una explicación de todo esto —dijo Edwards.

Durant meditó corto tiempo y los miró de manera aguda.

—Beckett se suicidó anoche —fue su respuesta—. Entiendo que de joven ha sufrido cierto trastorno mental. Estábamos todos afuera sobre la nieve, cuando de improviso comenzó a desvariar. Antes de que pudiéramos impedirlo, extrajo la pistola y se disparó un tiro.

¿Acaso el semblante de Grandon se contrajo e hizo secreto y el de Edwards se volvió límpido y cerrado? Tal se preguntaba Durant. ¿O era todo pura imaginación de su parte?

—¿Qué tiene que ver eso con la asignación de otros tres guardias escogidos y su actitud arrogante para con nosotros, sus oficiales ejecutivos? —inquirió Grandon.

—Nada en absoluto —aseguró Durant—. Pero, ¿recuerdan todos esos rumores que me han estado participando ustedes mismos, muchachos? Ahora tengo todas las razones para creer que se trata de hechos y no de meros rumores. Y por ello el Magistrado Principal me ha asignado estos guardias de refuerzo.

—Y nosotros, sus cuatro oficiales, ¿no somos suficientes para proteger a nuestro coronel? —sugirió Edwards—. ¿Se pone en duda nuestra lealtad?

—Pero, ¿dónde diablos adquirieron esa idea, estúpidos? —Durant fingió disgustado asombro—. Los guardias escogidos no hacen sino reforzarlos. El pueblo se halla en tal estado de agitación que el Magistrado Principal desea adoptar más precauciones. Quiere tener la seguridad de que sobreviviré —agregó Durant.

Los dos oficiales guardaron silencio, sin que Durant pudiera leer nada en sus rostros.

—Hoy no hay otra labor que la de costumbre —dijo Durant—. Ustedes dos podrán ocuparse de ella. Pienso descansar. En verdad, creo que estoy enfermo. Debo hallarme en condiciones mañana, día de la Democracia.

—Eso no explica la causa de que nuestros inferiores en categoría nos hayan despojado de nuestras armas y nuestros cortaplumas en la puerta —dijo Edwards, ultrajado—. ¿Creen que vamos a disparar o hacer algo contra usted, nuestro coronel?

—Si el capitán Edwards me permite —interrumpió Sadler con serenidad—. Hemos recibido órdenes de que no penetre nadie armado en las habitaciones del coronel, con excepción de los guardias escogidos. Acaso el Magistrado Principal se hallara

demasiado agitado al recibir el informe del coronel sobre el... suicidio... de Beckett, para que recordase hacer excepciones en favor del personal ejecutivo del coronel.

—Vamos, muchachos, vayan a recoger más rumores y comuníquenmelos —sugirió Durant con un ademán de la mano—. El médico está por llegar y me siento bastante mal.

Los dos oficiales abandonaron la habitación, llenos de resentimiento y sin mirar para nada a Sadler y a Griffis. Keiser y Bishop fueron admitidos entonces. Durant los observó furtivamente. El semblante áspero de Keiser lo estaba más aún esta mañana, pero el típico semblante militar de Bishop, estólido e inexpresivo, no reflejaba sino mero extravío y confusión enojada. Cansado, Durant permitió que Sadler repitiera sus explicaciones. La aspereza de Keiser fue en aumento y su mirada se clavó en el coronel con significativa fijeza. Bishop veíase más extraviado que nunca.

Ambos oficiales abandonaron la habitación con fuertes pisadas y, reunidos con sus compañeros, bajaron ruidosamente la escalera para desayunar, efectuando observaciones extremadamente groseras y faltas de cumplimiento acerca de los guardias escogidos. Durant rio, no obstante su dolor de cabeza y el sufrimiento general, lo mismo de su cuerpo que de su espíritu.

—¿Uno de ellos? ¿O tal vez dos? —dijo luego a Sadler, reponiéndose algo.

Pero Sadler hizo un gesto en dirección al paisaje colgado de la pared, y Durant se sobrecoigió.

—Creo que una aspirina será suficiente, coronel —contestó Sadler.

—Lindo tiempo para enfermarse —dijo Durant, intranquilo. Salió del lecho con dificultad, para dirigirse al cuarto de baño, donde se lavó y afeitó. Cualquiera emoción, no importa cuán leve fuera, era causa de que afluyera a su rostro un sudor frío. Se contempló en el espejo. Su color era gris y los ojos veíanse apagados de cansancio. Al regresar a su habitación penetraba en ella el doctor Dodge con el desayuno en una bandeja grande. El viejo mostrábase más débil esta mañana y le temblaban las manos. Griffis fue en su ayuda con su jovial amabilidad, conversando agradablemente:

—Es demasiado pesada para usted, abuelito —dijo, quitándole la bandeja. Compadecido, miró al doctor Dodge y luego le palmeó el hombro. Pero Sadler, situado junto a la puerta, no miró a su padre.

El doctor Dodge se enderezó, vuelto hacia el joven guardia.

—Nosotros cuidaremos del coronel —dijo, sonriéndole lleno de lástima—. Apuesto a que tiene bastante quehacer sin necesidad de servir de camarero.

El doctor Dodge continuó de pie, caídas a los costados sus manos gastadas. Érale imposible apartar la mirada apagada del rostro de su hijo. La boca le temblaba. Silenciosamente y sin alterar su expresión, comenzó luego a llorar, deslizándose con lentitud las lágrimas por las arrugas junto a la boca. Levantó la mano como para enjugárselas pero la dejó caer. Hundió la cabeza en el pecho delgado.

—¡Eh! —dijo el muchacho, lleno de interés—. ¿Qué sucede, abuelo? —Extrajo el pañuelo y lo aplicó desmañadamente al rostro del doctor Dodge.— ¿Se siente mal esta mañana?

¿Tiene demasiado trabajo aquí? ¡Vaya, vaya, qué vergüenza tan grande!

Durant no pudo dejar de mirar a Sadler, tan tieso y sin ver junto a la puerta. Se volvió enojado. Podía comprender el dolor del muchacho por el amigo muerto y su furor porque el padre había ayudado a producir las circunstancias bajo las cuales Beckett había perdido la vida. Pero bastante era suficiente. Un hombre, sobre todo en el estado de Dodge, es capaz de absorber exactamente tanta retribución.

El doctor Dodge hizo un lastimoso esfuerzo para componerse. Trató de sonreír al joven guardia. Luego dio media vuelta para dirigirse hacia la puerta, con paso vacilante. Sadler se hizo a un lado. Pero el viejo levantó la mirada hacia él, sin decir nada y visiblemente tembloroso.

—Podría abrirle la puerta para que salga —le dijo Durant con voz fuerte.

Estremecido, Sadler se movió y alargó mecánicamente la mano en busca del cerrojo. Luego se detuvo. Miró a su padre de manera lenta y sin la menor voluntad. Transcurrió un momento que pareció muy largo. Luego, tras un gemido involuntario, apenas audible, Sadler tomó al padre en sus brazos y ambos se abrazaron de manera estrecha, en actitud de terrible y dolorosa desesperación. Uno de los brazos de Sadler oprimía la cabeza del viejo contra su hombro.

Tom Griffis contemplaba fascinado ese cuadro. Durant le tocó el brazo y sus labios musitaron las palabras «su padre». El semblante del joven guardia se llenó de asombro, seguido de piedad y de cólera lastimosa. Tomó asiento, con la vista fija en el suelo y moviendo la cabeza.

Una vez desaparecido el doctor Dodge, los tres hombres volviéronse hacia la bandeja del desayuno, sin que Sadler tomase sino una taza de café, preocupado con su dolor y su sufrimiento personal. Durant se sintió sin apetito. Sólo el joven Griffis devoró su desayuno y hasta él también se mantuvo en silencio, sin dejar de contemplar ansiosamente a Sadler y siendo evidente que se hallaba confuso y que a la vez comprendía.

Dos médicos militares arribaron con gran agitación. Fueron detenidos con toda cortesía en la puerta por los guardias escogidos, quienes explicaron la necesidad de registrarlos, junto con sus maletines. Evidentemente, los médicos no formularon ninguna protesta. La puerta se abrió y penetraron en el aposento con presteza. Durant conocía a ambos, y, como de costumbre, los saludó con urbanidad despectiva. Érale imposible olvidar un solo instante la manera supina cómo esos profesionales habíanse sometido al autoritarismo y con cuánta manse-dumbre lo sirvieron, unos con temor y otros con abyecta aprobación, debido a las convicciones socialistas. Tom Griffis se mantuvo de pie y en lugar cercano, la mano sobre la pistola, en tanto revisaban a Durant. Luego tomaron asiento para discutir con toda sapiencia los síntomas del paciente. El coronel tenía fiebre, pero no había indicaciones objetivas o subjetivas más allá de la misma. El coronel parecía muy cansado. Durant escuchó ávidamente y con alivio. Los doctores recomendaron su permanencia en el lecho por lo menos veinticuatro horas. En el ínterin dejaríanle algunos sedantes y preparados que lo fortalecerían. Abrieron con gran ceremonia sus maletines, extrajeron de los mismos unas botellitas y contaron las píldoras. Sadler se adelantó:

—¿Cuánto tiempo tardarían esos sedantes en surtir efecto?

Lo miraron perplejos y uno de ellos dijo:

—Una hora aproximadamente.

•—Muy bien, entonces —dijo Sadler, que tomó los frascos y extrajo cuatro píldoras de dos de ellos—. Caballeros, cada uno de ustedes tomará una dosis de éstas. —Con toda solemnidad alargó una píldora azul y otra rosada en cada palma de mano.— Ambos tendrán tiempo de llegar a la ciudad antes de que se sientan con mucho sueño, según supongo.

Uno de los médicos farfulló de manera incoherente, en tanto el otro no parecía sino mistificado. Durant comenzó a sonreír.

—Como saben —prosiguió Sadler con calma—, tenemos orden de custodiar estrechamente al coronel. No puede ingerir nada que no sea probado con anterioridad. Nosotros, sus guardias, no podemos de fijo tomar ningún sedante ni necesitamos tomar algo para fortalecernos. De modo, caballeros, que quedan designados catadores.

—¡Jamás nos ha ocurrido esto antes! —exclamó exasperado el más joven de los médicos—. ¿Cree que vamos a envenenar al coronel?

—No podemos correr riesgos —dijo Sadler, forzando de manera inexorable ambas píldoras en la mano del otro. El de más edad aceptó su parte con incredulidad—. Agua, por favor —pidió Sadler al joven Griffis, que sin duda divertíase con la escena. El muchacho obedeció con viveza, inclinándose al alargar los dos vasos de agua a los doctores.

Éstos tomaron sus píldoras de manera distraída y sin apartar la mirada de Sadler, que observaba su reloj de pulsera.

—Caballeros, permanecerán aquí durante diez minutos. El veneno en nuestros días es veloz y potente. Si no han fallecido al cabo de diez minutos podrán alejarse.

Los médicos se sonrojaron, pero no dijeron nada. Se miraron entre ellos, arrugado el ceño. Habíase insultado su buena fama, puesto en duda su lealtad y expuesto su profesión a la duda infamante. Durant comenzó a sentirse mucho mejor. El solemne silencio de la habitación fue en aumento. Sadler había retornado a su puesto y Griffis se hallaba negligentemente recostado contra la pared, próximo a Durant y con una sonrisa que iba de oreja a oreja. Miró con fijeza a los doctores quienes, por último, experimentaron el impacto de sus ojos divertidos. Al volverse ambos hacia él, cual un solo hombre, su sonrisa se hizo más amplia aún. Otra vez volvieron a sonrojarse y permanecieron erguidos en su asiento.

Los desconocidos milicianos a cargo de su opresión acelerada habíanse comportado de manera excelente, pensó Durant, muy satisfecho. Era bien visible que los médicos dábanse a pensar de manera furiosa, sediciosa y rebelde. Se ahogaban al hacerlo, triturando con los dientes y apretando los puños. El más joven hizo blanco a Sadler de una mirada involuntaria cargada del veneno y el aborrecimiento más puros. Tendría que haber procedido con mucho más cuidado unos meses atrás, pensó Durant. El más viejo hallábase absorto en sus meditaciones; unas veces las cejas subían y bajaban y otras sus labios se oprimían.

—Han transcurrido los diez minutos, caballeros —anunció Sadler finalmente—. Y como evidentemente no están muertos ni muestran indicios de morir, están en libertad de alejarse.

Se pusieron en pie de un salto y recogieron sus maletines, miraron a Sadler con evidente aborrecimiento y abandonaron la habitación sin decir una palabra. Durant mostróse complacido de que no le hubieran dirigido la palabra con su antiguo servilismo y su avidez por agradar. Riendo, ingirió sus dos píldoras.

—Si no han pensado antes en algún veneno efectivo y de acción lenta, lo harán después de esto —observó—. No creo que ya experimenten afecto hacia los militares.

Durant soñó mientras dormía. Hallábase a una altura de varias millas en una atmósfera radiante, volando impulsado por fuertes y silenciosas alas de su propiedad. Era una sensación majestuosa; sentíase libre y exaltado. Por debajo deslizábase velozmente la tierra, esfera verde, blanca, azul y plateada que rodaba en la claridad. Tuvo una visión de bosques, puertos muy grandes, ciudades inclinadas, montañas que reflejaban un sol enceguecedor, pampas, praderas y lagos dorados, desiertos escarlata y los dientes desnudos de amarillos riscos. Vio suaves y onduladas colinas y resplandecientes bahías, localidades de techos rojos y pueblos de paredes encaladas. Y rebaños de ganados, las cintas sinuosas que eran las carreteras, el humo de millares de chimeneas industriales, las abultadas cúpulas de extrañas metrópolis, los buques de extrañas naciones. Había cimas coronadas de fuego y verdes ríos y junglas mezclados con flores monstruosas, rojas y amarillas.

Mas en ninguna parte se veían ejércitos ni hombres que marcharan ni ciudades en ruinas ni el acre resplandor de los cañones ni las aves de carroña que eran los aviones de guerra describiendo círculos.

¡Qué pacífico era todo esto!, pensó para sí mismo en sueños. Fue entonces cuando oyó las campanas que se alzaban hasta él como ondas gigantescas de música venturosa. Sonaban cual canto de triunfo, que unas veces montaba hasta un son estruendoso y otras disminuía hasta ser un mero y dulce murmullo. No había paisaje, ciudad, puerto ni río que no enviara su voz individual para unirse al coro universal. El júbilo resonaba en las campanas, así como la liberación, el amor, la paz y el agradecimiento. Es una Navidad, pensó Durant. Después pensó también que era la libertad. El mundo había sido liberado.

Las campanas mezclábanse, regocijadas, en la claridad luminosa que rodeaba la tierra. Había tanta felicidad, tanta abundancia, que Durant comenzó a llorar mientras volaba a través de la atmósfera pura. Ya no sentía dolor. Las campanas atornaban entre sí, diciéndose la gloriosa nueva, hablándose suavemente, como si recordaran, y gritando luego de júbilo. Durant quedó como atontado y mareado con tanto sonido, sin que le fuera ya posible expresar dónde comenzaba el estruendo y dónde terminaba la luz.

Despertó en el intenso silencio de la noche y entre las paredes de su habitación. Una pequeña lámpara ardía en un rincón. Tendido tranquilamente, érale posible continuar oyendo aún el clamor de las campanas liberadas, su riente alegría y sus lenguas ávidas. La música flotaba en la noche y esforzó su oído para captar hasta el último eco. Se dijo a sí mismo que no había sido un sueño, pues había estado despierto antes de que las campanas enmudecieran.

Sadler se hallaba sentado en su silla, delante de la puerta, y Tom Griffis sentado junto a su compañero, leyendo un libro.

—He oído las campanas —dijo Durant.

—Ha soñado, coronel —contestó Sadler sin emoción en su voz—. El sedante era muy fuerte. Vuelva a dormir.

Se puso en pie y, ante los ojos atónitos de Tom, desunió los cables de detrás del paisaje. Tom rio deleitado, como sólo puede hacerlo un niño. Abandonando su libro, sonrió a Durant, quien incorporándose en el lecho dijo de manera obstinada, lleno de pasión el semblante oscuro:

—Digo que he oído las campanas. No las de Navidad, sino simples campanas, por todo el mundo. Sadler, estamos en vísperas.

—Sí, ya sé. —Sadler parecía menos cansado y macilento y Tom tan lozano como siempre. Sadler prosiguió, ahora con más expresión en la voz:— Ha de ser muy pronto. Ninguno de nosotros es capaz de resistir así por mucho tiempo más.

Durant pensó para sus adentros que no era él solo quien sufría tan insoportable esfuerzo. Mostrábase ufano de la desaparición de su malestar de la mañana. El vigor retornó a su organismo como oleada exultante. Místico por naturaleza, estaba seguro de haber oído las campanas que anunciaban el futuro, un futuro casi a mano. Puesto de pie, se desperezó y rio antes de inquirir si los demás habían disfrutado de algún descanso.

—Sí, coronel. Usted ha dormido durante doce horas y Tom y yo lo hemos hecho durante ocho, en turnos de cuatro. Nos hemos despertado hará unos diez minutos. ¿Le parece que podrá bajar a comer? Mi... Dodge está preparado y llamaremos a los demás muchachos. También a sus oficiales. —Sadler lo miró sin ver.— Desarmados, desde luego.

Si los oficiales de Durant recordaban aún algo de su indignidad, no lo demostraron en el agradable comedor del piso bajo. Bishop y Edwards condescendieron lo suficiente para conversar con Sadler y Tom casi con agrado. Grandon estuvo lleno de chistes, en su mayor parte licenciosos. Keiser escuchaba, sonriendo en ocasiones. Los cuatro guardias escogidos podrían haber sido soldados amistosos sin ninguna preocupación en este mundo, hombres jóvenes y alegres dispuestos a divertirse. El doctor Dodge, ayudado por una joven de semblante atemorizado, sirvióles una excelente comida, que fue acompañada por algunos de los finos vinos y el brandy de Lincoln.

Era la víspera de Navidad, pero nadie hizo mención de ello, pues no constituía sino la víspera del día de la Democracia. Se brindó por el coronel y éste lo hizo a su vez por el ejército y los guardias escogidos. Al mencionar a estos últimos, los militares fruncieron el ceño apenas un instante. Edwards dijo que suponía que los guardias escogidos habrían de cumplir su deber, implicando de manera tolerante que el ejército sustentaba en ocasiones buena opinión sobre «los muchachos». Sadler sonrió torcidamente, pero sus tres jóvenes sargentos mostráronse en extremo jubilosos. Grandon se volvió silencioso de improviso y su semblante alegre oscurecióse unos instantes.

—Estos jovenzuelos acaban de salir de la escuela de adiestramiento —dijo Sadler, indulgente. Tal explicación satisfizo a todos menos a Grandon, quien comenzó a dar vuelta entre los dedos al tallo de la copa, mientras meditaba. En una oportunidad miró involuntariamente a Durant, dejándolo apabullado con el reflejo de un odio tan puro. Conque Grandon era. Durant habíalo sabido siempre pero no por eso dejó de deprimirlo. ¿Quién había proporcionado el veneno a Grandon? ¿El FBHS?

Trató de recordar si Grandon y Beckett habían tenido algún contacto en el pasado, aunque hubiera sido un solo instante. Por supuesto, era imposible.

Nadie habló del muerto, cuyo cadáver había sido retirado de manera expeditiva. Si Sadler recordaba, no daba señales de ello. El doctor Dodge movíase con paso vacilante alrededor de la mesa y la muchacha volvía a llenar las tazas de café.

Alrededor de la casa flotaba el silencio apagado de un invierno en el campo. Durant deseaba contemplar otra vez la luna y la nieve, por lo cual se puso en pie y comenzó a descorrer la cortina que ocultaba la ventana. Una mano suave le tocó el brazo, al tiempo que decía la voz de Sadler:

—No, coronel.

No había el menor cambio en su semblante, como no fuera la señal preventiva que despedía su mirada. Los oficiales de Durant habían dejado de hablar y observaban con curiosidad su retorno a su asiento.

—Alguien podría desear convertirse en mártir, disparando contra el coronel —decía la voz de Sadler.

—¿Como Beckett, por ejemplo? —inquirió Grandon con esa sonrisa tan peculiar que brillaba en su semblante a manera de puñal deslumbrante. Era evidente que comenzaba a experimentar los efectos de lo que hubiera bebido. Se inclinó algo en su asiento.

—¿Beckett? —inquirió Durant, perplejo—. Beckett se suicidó.

—Así nos han dicho —contestó Grandon con una risita.

—Graciosa observación, teniente —dijo uno de los guardias escogidos, bastante irritado—, si usted me lo permite. Jamás hemos oído decir que el teniente Beckett intentara matar al coronel. ¿Lo intentó? ¿Sabe algo de ello, señor?

Bishop y Edwards miraron a Durant indignados y esperando que defendiese la honra del ejército.

—No. —Durant hablaba con suavidad.— ¿Por qué habría de saber Grandon algo, especialmente de lo que no ha ocurrido? Opino que se debe exclusivamente a que es militar y no siente agrado en particular... ¿podré decirlo...? por los guardias escogidos. Y Beckett era guardia escogido. —Durant sonrió.— En ocasiones nuestros muchachos están dispuestos a creer cualquier cosa de vuestra organización, como bien saben.

—Estamos aquí para proteger al coronel —dijo Tom Griffis con dignidad—. Ningún guardia escogido trataría de disparar contra él ni en sueños.

—Pero cree usted que podría hacerlo uno de sus hombres —Grandon había sonreído de manera desagradable a Griffis, incapaz de permanecer tranquilo, no obstante, el gesto del capitán Edwards.

Antes de hablar, Sadler paseó la mirada alrededor de la mesa, observando a todos los demás.

—Tal vez lo haría alguno. ¿Quién sabe? —Se encogió de hombros.— No hemos recibido órdenes sino de protegerlo.

—Vamos, vamos —dijo Grandon con ademán pensativo y exagerado—, ¿querría matar a nuestro coronel alguno de no-

sotros? —Se volvió hacia sus compañeros.— ¡Capitán Edwards; capitán Bishop; y usted, Keiser! ¿Lastimarían aunque sólo fuese un cabello de la cabeza de nuestro coronel?

Los otros se mostraron profundamente confusos y enojados.

—Grandon, está embriagado —dijo Durant con rudeza.

—Podría haber sido uno de los Lincoln —prosiguió el teniente como si no hubiera oído— y Beckett recibió el disparo al tratar de proteger a nuestro coronel, ¿eh? —Se volvió sonriendo hacia Durant.— A propósito, señor, Bob Lincoln desapareció hace meses.

Durant se mantuvo callado, mirando atentamente a Grandon y viniendo a su memoria la secreta conversación sostenida entre el joven Lincoln y el teniente la primavera última.

—¿Por qué no fui informado? —dijo, finalmente.

—La verdad es, señor —habló Grandon agitando ligeramente la mano—, que yo mismo no lo he sabido sino hace pocos días. Me lo dijo su propio padre. Casi lloraba al hacerlo. No creí importante hacer mención de ello. Si Bob deseaba alejarse y morir de hambre en algún lugar, allá él.— De improviso dejó caer la cabeza para sumirse al parecer en el sueño del alcohol.

—Lleven a Grandon a la cama. —Durant habíase puesto en pie y sus hombres con él. Dijo esas palabras con un disgusto que no experimentaba. Inició el retiro de la habitación y sus guardias lo rodearon. Su vieja claustrofobia había retornado y sintió que se ahogaría en caso de ir arriba. Pero supo que no osaría caminar por la nieve de manera tan estúpida como la noche anterior. Subió la escalera, murmurando. Los militares no lo siguieron en el acto y él observó el silencio.

Una vez encerrado en su habitación y ocupado su asiento, fumó sin decir palabra. Había desaparecido su anterior exultación. El temor se introdujo en su cuerpo una vez más, ese temor a modo de pellizcos que corría por sus nervios y hacía que brotara el sudor en su frente. Era muy probable que estuviera muerto dentro de una o dos semanas o muy pocos días. En su mente no existía duda de que muy pronto iba a recibir la señal, y una vez llegada esa señal el mundo hallaríase convulsionado. Vinieron a su memoria las ropas de civil existentes en el cajón de la cómoda. Murmurando acerca de lo que se pondría al día siguiente, fue hasta el mueble y lo abrió con lentitud; las prendas marchitas se hallaban debajo de las camisas. Algo susurró encima de ellas. Era el delgado trozo de papel de gelatina tan conocido de él, y en el mismo se veía impreso: «Campbell Road, Elton, Florida».

Al mirarlo, lleno de confusión, le latió violentamente el corazón. Furiosos pensamientos bulleron dentro de su cabeza. ¿Quién había colocado el trozo de papel allí? ¿Quién sabía algo de su persona o de su familia? ¿Su verdadero nombre o su identidad? ¿El doctor Dodge? Imposible. ¿Uno de sus hombres? También imposible. Nadie que no fuera el doctor Dodge tenía acceso a su habitación y a nadie le estaba permitida la entrada durante su ausencia. ¿Era ese trozo de papel un mensaje indicativo de que se lo conocía, o era proveniente de algún amigo que pudo penetrar en su habitación de manera misteriosa y sin ser visto? Arrugado el papel en su mano húmeda, miró hacia las ventanas. ¿Habría trepado alguien durante el día por una de esas ventanas para dejar su mensaje y partir de modo tan invisible como viniera? De espalda a sus guardias, introdujo la bolita en la boca, esforzándose por dominar su temblor. «Campbell Road, Elton, Florida.» Una burla, quizás,

o acaso algo genuino. Trató de recordar la última vez que mirara esas ropas de civil. ¿Una semana antes o dos? Era imposible recordar, pero estaba seguro de que no habían sido más de dos semanas.

—¿Ocurre algo, coronel? —inquirió Sadler.

Durant se volvió y trató de sonreír.

—Parece indispuerto otra vez, señor —comentó Sadler—. Será mejor que se acueste.

—Tomaré otro sedante —dijo Durant distraído y asintiendo con la cabeza. Miró su reloj de pulsera.— Es casi medianoche —observó. Comenzó a desvestirse y se introdujo en el lecho. Cerrados los ojos, su consternación y su temor hicieron que latiera violentamente el corazón. Hizo cuanto pudo para desviar sus pensamientos de la enorme violencia del futuro inmediato. Era la víspera de Navidad. Las iglesias estarían con las velas encendidas. Habría olor a incienso en el aire, árboles en hogares serenos y dichosos, rostros radiantes infantiles y cánticos. ¿De hoy en un año? Nuevamente pensó en las campanas oídas en sueños y se dijo a sí mismo que había estado completamente despierto antes de que el eco final hubiese desaparecido en el espacio.

No pudo dormir, a pesar de que fingió hacerlo. Oyó el relevo de sus guardias, sus murmullos. Una brisa suave se levantó a eso del amanecer. Un perro ladró lastimeramente. La luz grisácea se introdujo bajo los bordes de las celosías. Alguien bostezaba.

Era Navidad. Era el día de la Democracia y todo un mundo esperaba.

El Presidente de la Democracia iba a hablar a las tres de la tarde desde Nueva York, al pie de la estatua de la Libertad, discurso que sería transmitido a toda la nación. En las Secciones Norte y Este habría celebraciones anteriores y más tarde en las del Sur y Oeste. En consecuencia, Durant abandonó la granja de Lincoln a la una y treinta, acompañado de sus guardias y sus oficiales ejecutivos.

Antes de partir, empero, Durant envió al doctor Dodge en busca de John Lincoln. Mucho tiempo había transcurrido desde la última vez que hablara con el granjero o con alguien de su familia; en verdad había semanas en que apenas recordaba que era en la casa de Lincoln donde hallábase alojado con sus hombres. Sin demostrar interés, había oído del abandono del edificio principal de parte del matrimonio, que fue a vivir en la morada del hijo mayor, en la granja misma. Mientras esperaban a Lincoln, Durant y sus hombres tomaron asiento en el cuarto de estar y conversaron de las próximas ceremonias. Grandon estaba olvidado por completo de sus desagradables observaciones de la noche anterior. Con alegre exuberancia, fastidiaba a los guardias escogidos con chistes de la época relativos a su organización, mientras fumaba sin cesar. Nadie sino Sadler y Durant miraron jamás al sofá rosa manchado de sangre en que yaciera el cadáver de Beckett.

Bishop y Edwards hallábanse igualmente de buen humor, si bien trataban a los guardias escogidos con cierto despego cortés. Comenzaron a referir a Durant los rumores oídos en la ciudad el día anterior. Decíase de la rebelión de la Sección que antaño fuera Canadá, a cuya frontera se enviaban apresuradamente tropas valiéndose de aviones, trenes y demás vehículos. Ocho hombres de tropa, entre ellos tres sargentos, habían sido

asesinados en Filadelfia durante las últimas veinticuatro horas, a pesar de todas las precauciones. El nuevo ayudante del señor Woolcott, venido en reemplazo de Andreas Zimmer, había resultado con heridas a manos de un asesino que disparara contra él mientras penetraba en su casa. El asesino había desaparecido. La Sección antiguamente conocida como México se había sublevado, según el decir, retirándose las tropas de la Democracia diez millas hacia el norte, con considerables bajas. Los puentes vitales habían sido volados en la Sección 18, sin que se mencionara la ciudad. Cuatro mil jóvenes reclutas habían desertado de las fuerzas armadas en las últimas tres semanas. Había muchos rumores más y Durant escuchó con gran interés.

— ¡Cuánta sandez! Ya lo hemos oído. ¡Revueltas! ¡Asesinatos! ¡Retiradas! —dijo con voz tolerante—. Sí, ya sé eso de los ocho hombres asesinados, pero es cosa que siempre sucede.

Sonrió a sus hombres, ninguno de los cuales retribuyó su sonrisa. Una tensión repentina y profunda invadió la habitación. Grandon sujetaba el cigarrillo con los dedos, sin dejar de examinar a Durant con ligera e inescrutable sonrisa.

—Por supuesto, el coronel tiene razón —dijo.

—Si eso sucede en otras Secciones, lo que dudo, la nuestra permanece tranquila —dijo Durant.

Grandon contemplaba su cigarrillo.

—¿El coronel sabría, por supuesto, si es cierto que dos fundiciones de acero fueron voladas en Pittsburg el martes último? ¿Y que, en Harrisburg, el populacho penetró violentamente el miércoles en la prisión militar y puso en libertad a todos los

presos, ciento cincuenta en total? —Durant rio en son de ridículo y Grandon prosiguió, dedicándole una débil sonrisa:— ¿Y que tres trenes subterráneos, llenos de soldados, fueron destrozados en Brooklyn, el viernes último, ocasionándose la pérdida de doscientas vidas? Por supuesto —agregó Grandon—, no pudo haber sido sabotaje y probablemente no habrá sucedido, de todos modos.

—Claro que no. Nada de eso —dijo Durant—. A propósito, muchachos, ¿dónde se enteran de esas cosas cuando se supone que están trabajando?

—Coronel, ¿recuerda que asistimos a una reunión la otra noche? —dijo Edwards—. Las oímos allí. Era la fiesta del señor Judson, y usted sabe que es persona importante entre los MASTS. Casi perdió los pantalones de miedo. Según él, los rumores procedían de buena fuente y los otros invitados, amigos suyos, permanecieron sentados y bebiendo, sin decir una palabra.

—¿Qué esperaba el señor Judson que hiciésemos con relación a esos rumores? —preguntó Durant, impaciente—. ¿Y qué hacían ustedes allí, de todas maneras? Creía que no éramos personas gratas.

—Es cierto que no se nos ha invitado con mucha frecuencia desde que usted vino, coronel —explicó Edwards, gesticulando—. Y creo que fuimos invitados esa noche porque estaban atemorizados y necesitaban protección. Siempre contaron con una escolta militar, como usted sabe, hasta que se les retiró este verano, y ahora desean volver a tenerla.

—Pues no la tendrán —se mofó Durant—. Si quieren asustarse ante ridículos temores, allá ellos. No es cosa nuestra. —Dejó

que sus ojos recorrieran lentamente los demás rostros.— ¿Dice que Judson y sus amigos mostrábanse atemorizados? De acuerdo con mis informes, creí que en los últimos tiempos eran bastante arrogantes.

—Lo han sido —admitió Edwards—. No es sino al último momento cuando les ha entrado el temor. Ignoro el motivo, a no ser que tengamos razones para creer los rumores.

John Lincoln hizo su entrada en la habitación, ataviado para su ida a la ciudad. Llevaba en la mano un cigarro encendido y Durant lo miró fijamente y con sorpresa. Porque Lincoln no era ya el granjero que él había intimidado y sojuzgado, que se escurría a la sola vista del aborrecido militar. Vestía abrigo forrado de piel sobre su buen traje de tweed y no se quitó el sombrero ni siquiera se llevó la mano enguantada al ala del mismo.

—¿Envío a buscarme, coronel? —inquirió flemático, relucientes los ojos y demostrando firmeza.

—Sí. Quítese el sombrero, Lincoln —fue la respuesta.

—Disculpe, coronel —dijo Lincoln con alegre sonrisa, quitándose el sombrero y teniéndolo negligentemente en la mano—. Mi esposa y yo nos dirigimos a la ciudad. Creo que hablará usted y estamos ansiosos por escucharlo. —Volvió a sonreír. Algo le divertía en verdad. Devolvió una mirada tras otra a Durant y llevó el cigarro a los labios con toda calma para dar unas chupadas.— He oído decir que alguien trató de matarlo de un tiro la otra noche —observó, como si no se percatara del silencio a su alrededor—. ¿Fue uno de sus guardias, coronel?

—No —contestó Durant con voz tensa—. Uno de mis guardias se suicidó. Era un joven arrebatado.

—Mala suerte —observó Lincoln, que tosió. Luego miró su reloj y agregó—: Espero que el coronel haya sido bien tratado en mi casa. —Ahora sus ojos fríos se posaron en Durant con secreto triunfo y aborrecimiento.

—¿Dónde está su hijo Bob? —preguntó Durant, distraído. Había visto lo que deseaba ver, mas era difícil no levantarse y golpear al gordo bergante en las mandíbulas.

—¿Bob? —Lincoln era ahora todo cordialidad.— Lo siento, coronel, pero lo ignoro. Como usted ha dicho, era también un joven arrebatado. Cómo podrá sostenerse sin su tarjeta de racionamiento y demás, es algo que no se me alcanza, pero espero que esté de vuelta dentro de poco.

Después de haberse colocado el sombrero en la cabeza y hacer un ademán de despedida amable con la mano, abandonó la habitación. Los oficiales y los guardias escogidos quedaron boquiabiertos y luego miraron a Durant, ultrajados. Pero éste rio y se puso de pie.

—Ya ven, muchachos, uno hace todo lo que está en su mano con morralla como ésta y no hacen sino saltarle en la cara. Tal vez hayamos sido demasiado condescendientes últimamente.

Todos salieron hacia la nieve resplandeciente de ese día invernal y ascendieron a sus automóviles. Los caminos habían sido bien arados y las ruedas de los vehículos silbaban sobre la nieve apelmazada, despidiendo nubes brillantes. Durant pensaba profundamente, ubicado ya en su asiento, tratando de reprimir su nerviosa ansiedad. Pensaba en Howard Regis, jefe del FBHS de la nación y en Dean Burgess, de la Confederación de Asociaciones de Trabajadores. ¿Qué aspecto tendrían esos hombres siniestros? No estaba permitida la publicación en los

periódicos de fotografías de funcionarios de Washington desde años atrás. ¿Qué hacían ese día en Filadelfia esos personajes importantes? Los funcionarios nacionales acompañaban por lo general al Presidente en su ida a Nueva York para las celebraciones del veinticinco de diciembre. Uno de ellos en Filadelfia habría sido honor suficiente el día de la Democracia. Pero dos, y uno de ellos jefe del FBHS, parecía nefasto. Era apropiado que Burgess hablara a los trabajadores en cualquier momento; pero Regis era otra cosa. Al pensar en el terrible Hugo Reynolds, Durant comenzó a temblar de nuevo.

El vehículo seguía su marcha, conducido por Tom Griffis. Todos los guardias escogidos mostrábanse serenos, preparadas las pistolas y alerta la mirada a través de las ventanillas hacia la campiña deslumbrante. Todos los semblantes jóvenes resaltaban con dureza en la luz diáfana. Al llegar los automóviles a los suburbios, la cautela de los guardias aumentó y se colocaron al borde de sus asientos.

—Hacen que me ponga nervioso —dijo Durant.

Pero los otros no contestaron y sus miradas recorrieron en todas direcciones.

Mientras el vehículo penetraba en la ciudad propiamente dicha, Durant se percató de un extraño silencio. Los edificios viejos veíanse acurrucados bajo sus capas de nieve, pero las calles estaban vacías. Desde luego, el frío era excesivo, pero resultaba alarmante en cierto modo no ver un solo transeúnte. Grupos de soldados se hallaban en las intersecciones, sosteniendo sus fusiles, inclinadas y juntas las cabezas, sin patrullar como de costumbre. En las ventanas vacías no asomaba un solo rostro ni se oía una sola voz de chiquillo. El sol derramaba

su luz fuerte e incolora sobre una ciudad con aspecto de muerte.

El vehículo de Durant disminuyó su marcha para permitir el acercamiento del que conducía a sus oficiales ejecutivos. Los soldados de las intersecciones levantaban los ojos, mirando fijos al vacío, y Durant se percató de su temor incluso en tanto saludaban. Los hombres no se separaron apresuradamente para iniciar su patrullaje al ver a sus superiores; uno o dos de ellos dieron algunos pasos sin dirección definida para retornar a su grupo como en demanda de protección. Durant volvió a mirarlos al pasar; los soldados lo hacían furtivamente por encima del hombro, sujetando sus fusiles. No era posible equivocarse en cuanto a su terror.

Sin embargo, al aproximarse al Estadio Deportivo de Filadelfia, hicieron su aparición los civiles, pocos al principio, después

en grupos y más tarde en oscura y deslucida oleada, en dirección al Estadio. El silencio era absoluto y la nieve que cubría las aceras y calzadas apagaba sus pasos. Iban con la cabeza gacha mientras recorrían su trayecto bajo el sol, y resultaban algo fantasmagórico que contemplar, como si se movieran en un mundo desprovisto de todo sonido. La intensa tranquilidad hizo vibrar los oídos de Durant, que experimentó un golpe de pánico incontenible. Hizo por ver los rostros de los transeúntes, pero iban desviados, tomados en algún propio y sombrío sueño. Fue inmenso su alivio al ver los veloces y resplandecientes vehículos de los privilegiados que lo alcanzaban y sobrepasaban. No producían ningún ruido al deslizarse sobre la nieve, pero al menos quebraban el espantoso silencio de la ciudad.

Cada vez era mayor la afluencia de automóviles oficiales y las calles conducentes al Estadio adoptaron un aspecto movido y tranquilizador. La corriente de civiles desembocaba por todas las bocacalles, reuniendo los tributarios de las transversales. Los soldados patrullaban allí con paso vivo, sin dejar de vigilar un solo instante. El pueblo no los miró ni una sola vez, como si no se percatara sino de sus propios pensamientos o ignorara deliberadamente a los militares. El presentimiento se apoderó de Durant. No veía niños por ninguna parte. Sabía que les estaba vedada la entrada al Estadio el día de la Democracia y que cada una de las industrias designaba hombres y mujeres calificados para que la representaran durante las celebraciones. Empero, no toda esa gente iba hacia el Estadio, dotado tan sólo de unos diez mil asientos. En su mayor parte dirigíase... ¿adonde? Si al menos hubiese algunos chiquillos por aquí, pensó ahora Durant.

Al aproximarse al Estadio, cuya enorme masa se recortaba contra el pálido azul del cielo, vio en qué dirección iba el pueblo. Se congregaba en el mayor silencio alrededor del Estadio, llenando las calles adyacentes, en filas silenciosas, hombres y mujeres que miraban a sus vecinos, inmóvil, helado e inexpressivo el semblante, envueltos sus cuerpos en ropas destrozadas y las cabezas femeninas en viejos pañuelos. Vino a la memoria de Durant la instalación del sistema de altoparlantes del Estadio, de modo que fuera posible escuchar a los que se encontraban afuera el discurso pronunciado tanto por el Presidente como por los demás. Pero hacía muchísimo frío y no existía presión sobre el pueblo para que se reuniese a escuchar esos discursos próximos al Estadio. Contaba con sus propios lugares de reunión, proporcionados por el Estado, donde podrían

escucharlo por radio. Parecía estar reuniéndose por alguna razón propia y terrible; una voz invisible habíalos citado.

Ahí estaba la gente, apretujada en las calles, inmóvil, con la mirada inexorable ante ella. En el Estadio, los soldados patrullaban con paso bastante vivo en verdad. Algunos hasta corrían. Contenían al pueblo en las aceras; mantuvieron un lugar libre cerca de las enormes puertas para la entrada de la élite y los elegidos para ocupar los asientos. El pueblo hacía caso omiso de los soldados; si éstos empujaban, echábase hacia atrás ausente, para volver a avanzar más tarde. Nuevas corrientes engrosaban las espesas filas, permaneciendo hombro con hombro, obedientes a la voz antigua y compulsiva del rebaño. Los soldados no pudieron mantenerse sobre la acera, viéndose obligados a patrullar la calzada. Pálidos y tensos, movíanse en piquetes. Su misma actividad impartía terror a tan imponente escena y a los millares de ojos fijos.

Un sargento reconoció el automóvil de Durant y los soldados mostraron mayor actividad aún. Otros automóviles tuvieron que detenerse en tanto descendía el oficial comandante. Por vez primera se agitó el pueblo. Una sombra maligna, demasiado gigantesca para ser mero odio personal, demasiado enorme para la simple furia, oscureció los semblantes del pueblo. Era algo terrible de contemplar, aunque sólo fuese un momento, y Durant sintió como pellizcos en la carne. Si alguno se hubiera movido, gritado, levantado en alto el puño encolezado, si una maldición hubiese llegado hasta él, habría sido menor su terrible y misteriosa aprensión.

Rodeado por los guardias escogidos, hizo su entrada apresurada por una puerta especial. Por todas partes se veían soldados, alineados contra las paredes del corredor, preparados sus

rifles, que saludaban mecánicamente al paso de Durant, mas sin dejar de mirar hacia la puerta. Los oficiales ejecutivos iban detrás de él y de sus guardias. Otros automóviles llegaban para descargar sus pasajeros. Era como una huida a la relativa seguridad del gran edificio.

El Estadio había sido edificado para la realización de deportes, según el Estado, mas no había sido utilizado con mucha frecuencia. En esos años no había tiempo para trivialidades; toda la sangre, la energía y la vida, todos los seres humanos, hallábanse entregados a un «esfuerzo bélico» permanente.

El edificio constituía algo monstruoso en sus proporciones, de forma circular, con filas de asientos a derecha e izquierda para las personas importantes de la Democracia. El centro se hallaba reservado para los millares de gente del llano, existiendo a la vez un largo balcón en lo alto para acomodar a los trabajadores. En la parte posterior asomaba el enorme escenario destinado a los oradores y en el que se celebraban los actos públicos. El edificio era bien iluminado y relativamente caliente, a pesar del continuo «oscurecimiento» para economizar «combustible» para la industria esencial y el esfuerzo bélico. Los asientos destinados al proletariado no eran sino largos bancos, estrechos y sin almohadón, pero los reservados para los preferidos y privilegiados contaban con tapizado de cuero, elevados respaldos y posapiés, estando alfombrados los costados.

Las banderas de la Democracia cubrían por entero las paredes desnudas, flameando en el escenario con ayuda de ventiladores eléctricos, estratégicamente colocados.

Durant había visto el Estadio con anterioridad, así como los grandes y hermosos aposentos de recibo en que habría de saludar a los oradores del día: la capitana Alice Steffens, del departamento de Bienestar Femenino; Karl Schaeffer, de la oficina local del FBHS; Walter Morrow, del Agrario; el doctor Joseph Healy, del Departamento Público de Psiquiatría, y el señor Woolcott, del Departamento de Trabajo Movilizado. Los directores de dichos departamentos dedicábanse por lo común a la enorme tarea de «sostener la moral del pueblo», viéndose obligados a sacar el máximo provecho de su solemne oportunidad en diez minutos de acelerado discurso ya que, como dijera el doctor Healy, la inteligencia de la plebe, y su atención, impedían discursos serios y prolongados.

Rodeado de sus guardias y seguido de sus oficiales militares, Durant hizo su entrada en los salones de recepción, donde todo era cálido confort, cortinas doradas y oscuras, dorados tapices y muebles de hermoso cuero color marfil. Allí lo esperaban sus oradores: la capitana Steffens, pálida, serena y sonriente con su uniforme; el doctor Healy, revestido con nueva y confiada arrogancia; Walter Morrow, robusto, gris y pensativo; Karl Schaeffer, lleno de chistes amables y de semblante rojizo, y el señor Woolcott, esforzado y seco. Todos se pusieron de pie al hacer su entrada Durant, y le estrecharon brevemente la mano. El doctor Healy le comunicó en tono solemne que no habían llegado aún los dos distinguidos huéspedes, el señor Howard Regis, del FBHS, y su amigo el señor Dean Burgess.

—Estamos muy ansiosos por conocer a esa gente maravillosa —dijo el doctor Healy con entusiasmo—, pues se trata de personas nombradas hace relativamente poco tiempo, es decir, de

seis meses a esta parte. ¡Es una gran oportunidad y un privilegio para nosotros!

—Espero que lleguen antes de que el Presidente hable —dijo Durant mirando el reloj dorado sobre la chimenea. Llegándose hasta el gran fuego que ardía en la misma se frotó las manos heladas y estudió minuciosamente a cada uno de los oradores. Sus ojos se posaron el mayor tiempo en el señor Woolcott, su viejo amigo, Ben Colburn, de aspecto muy cansado y agotado.

—He oído aeroplanos hace unos diez minutos —dijo Schaeffer con sonrisa agradable—. Ya deben estar en el aeropuerto, por lo que llegarán aquí antes de media hora. En el ínterin habrá algunas distracciones en el Estadio para que la gente no se aburra.

Durant escuchaba distraído. Oyó el débil y lejano sonido de la música, discordante y chillona, con su diapason histérico. Dios sabía, pensaba, que la vieja música «popular» de su infancia había sido bastante mala, depravada y barata, coloreada como estuvo por la adolescencia perpetua y el crudo ritmo de la jungla africana. Pero la moderna era mucho peor; no poseía forma ni sustancia; y los antiguos temas de amor juvenil habían sido abolidos en favor de otros relacionados con la nobleza del trabajo incesante, el patriotismo y la guerra. Otra vez reflexionó en las diferencias entre las naciones hasta cuando adoptaron el absolutismo en lugar del gobierno libre y democrático. Hitler habíase mostrado vehemente partidario de la música heroica de Wagner y otros inmortales compositores germanos; Stalin se había inclinado en favor de las sinfonías rusas. Pero el absolutismo en Estados Unidos habíase reducido a la imbecilidad, en lo tocante a la música. Los nobles y antiguos compo-

tores, lo mismo que sus nombres, eran prácticamente desconocidos para la actual generación y tan sólo a la crema le era permitido el consuelo y el placer de la música majestuosa. Durant no creía que ello constituyera un accidente. Una nación puede ser degradada con gran facilidad por saltimbanquis «musicales», mediante subsidios del Estado y pagados por el mismo. El proletariado lo redujo a su más ínfimo nivel en Norteamérica, pensó.

La banda lanzaba su estridente y definitivo crescendo y luego se produjo silencio. Todos escucharon. Se esperaba el acostumbrado aplauso y la reanudación del fuerte murmullo y la animada risa de las muchedumbres en el Estadio. Mas no hubo risa ni ruido ni aplauso.

Durant frunció el ceño. Vuelto hacia sus oradores, no vio sino lobreguez en cada semblante, con excepción del doctor Healy, que no parecía sino extraviado.

—El Estadio se ve lleno —observó—. Ocupado hasta las mismas puertas, pero, no obstante, no se oye ningún sonido. ¿Qué pasará?

—¡Cómo! —exclamó Durant, mirándolo con sus ojos negros y resplandecientes—. Doctor, ¿no hay hoy «integración de grupo» ni «dinámica de grupo»? Vamos, ¿qué ocurre?

Los otros rieron y el aludido miró a Durant con dignidad.

—Con permiso del coronel, nuestro departamento ha trabajado con gran intensidad durante muchos años en favor de la integración de grupo y la dinámica del mismo. Después de todo, la sociedad moderna no puede existir sin ellos. —Escuchó con

ansiedad en espera de algún ruido del auditorio, que no se produjo.— Es extraño —murmuró el doctor, vuelto hacia sus compañeros de oratoria—. ¿Han observado el silencio que guarda el pueblo afuera? ¿Qué hace allá? Cuenta con sus propios lugares de reunión, destinados por el Estado para sus celebraciones.

—Tal vez —dijo Durant con ligera sonrisa— ha absorbido en verdad la guía y las enseñanzas de vuestro departamento, doctor. Quizá posee de veras la «integración de grupo» y está que estalla con «dinámica de grupo». Sólo que hoy toma otra forma. El pueblo es cosa muy difícil de predecir, ¿no es cierto?

—¡No para un psiquiatra! —exclamó el doctor Healy, aguijonado por el tono de Durant—. Su respuesta al estímulo siempre adopta un modelo formalizado. Sabemos, por ejemplo, que las masas son invariablemente conformistas...

—¿A qué se conforman ahora? —inquirió Durant, con interés.

El doctor Healy se sonrojó y fue a aplicar su oído a la puerta. De regreso junto al fuego, lo miró con fijeza, nervioso y visiblemente alarmado.

—Tal vez ha resuelto —prosiguió el doctor—, como populacho y a través de algún estímulo desconocido, mantener la lengua inmóvil y sentarse sobre sus manos. Ya sabe, dinámica de grupo.

Hasta el agotado Ben Colburn sonrió ante eso.

Durant señaló con el dedo al doctor Healy y dijo:

—¿Menos actividad en vuestra tarea, doctor? ¿No está aquí hoy ninguno de sus principales animadores?

—Los miembros de nuestros departamentos no han arribado aún, coronel —dijo Schaeffer con desenvoltura—. Por lo general lo hacen cinco minutos antes del discurso del Presidente.

— ¡Es cierto! —El doctor Healy mostróse aliviado.— Las masas siempre deben ser dirigidas por una señal.

—Escuche —dijo Durant.

La banda, como asombrada ante la falta de entusiasmo tras sus primeros esfuerzos, atacó los compases del himno nacional: «¡Saludemos Todos a la Democracia!» Durant abrió la puerta y se dejaron oír los coros de la banda entonando con gran fuerza la letra idiota del himno:

¡Levantad vuestras voces, hombres de labor, hombres que engrandecisteis la nación!

¡Estrechad la mano de los demás trabajadores contra la horda del odio extranjero!

¡Regocijaos, regocijaos en la noble libertad!

¡Empuñad la espada en cada puerta, guardad con alegría y esperanza cada ciudad, empeñad vuestra fe para siempre!

Esta era la señal para que el pueblo, puesto en pie, se uniera al coro exuberante:

¡Democracia! ¡Oh, nuestra Democracia!

¡Donde ningún hombre muere para provecho de otro! ¡Democracia, nuestra Democracia!

¡Por siempre y para siempre!

El himno banal, breve y discordante tocó a su fin. No hubo sino silencio. Ya todos los demás se hallaban amontonados escuchando junto a la puerta a medio abrir. Durant la cerró al cabo de unos momentos.

—Bien —dijo—. «Integración de grupo» y «dinámica de grupo», parecen estar de vacaciones hoy, ¿verdad?

El doctor Healy se había vuelto blanco, sin poder decir una palabra. Regresó con paso incierto al fuego, junto con sus compañeros de oratoria. Los guardias y oficiales miraban al vacío.

Durant tomó asiento para fumar un cigarrillo. Parecía pensativo. La creciente claridad del fuego iluminó los semblantes silenciosos que se hallaban a su alrededor. Sonó un golpe firme y apresurado en la puerta y Sadler fue a abrirla. Un hombrecillo grueso y moreno, de mirar extraviado y semblante sudoroso, hizo su entrada apresurada, batuta en mano. Buscó con la vista a Durant, siendo evidente que había perdido el dominio de sí mismo.

—¡Coronel, señor! —farfulló con voz chillona e incoherente—. ¡No sé qué ocurre! ¡Algo anda mal! Este... tengo miedo. ¡La gente... ni siquiera se puso de pie cuando ejecutamos el himno nacional! Se... se quedó en su asiento sin hacer otra cosa que... mirarnos como peleles. Tampoco cantó... Es contrario a la ley, coronel, no levantarse ni saludar a la bandera ni... cantar mientras se ejecuta el himno. —Extrajo el pañuelo de un tirón, se lo pasó por la cara y miró a Durant con espanto que daba risa.— No sé, coronel... era extraño que tocáramos y cantara nuestro coro... y que el pueblo se limitara a permanecer en su asiento como si estuviera sordo, o algo peor. ¡Y, coronel,

tendría que haber visto las caras! —Estremecido, extendió las manos con ademán desesperado.

—Tal vez sea la tañera de proceder del pueblo de esta ciudad —dijo Durant, manteniendo su calma—. Altivo y demás. Nada emotivo. —Y vuelto hacia el doctor Healy:— Doctor, ¿diría usted que es un pueblo emotivo?

El doctor Healy abrió la boca y volvió a cerrarla, luego de mirar a Durant. Sus labios estaban tan pálidos como sus mejillas.

—Acaso la gente esté cansada —dijo Durant, agitando el cigarrillo—. Después de todo, ha estado trabajando doce horas diarias durante los seis últimos meses, a razón de siete días por semana, y sus raciones, que nunca fueron abundantes, quedaron reducidas en un tercio. De manera que quizá se vea demasiado cansado para cualquier cosa, dedicado con tanto afán a la unidad, el deber y el sacrificio. ¿No diría usted eso, doctor?

El doctor Healy no pudo desviar su mirada de Durant, quien parecía fascinarlo de un modo terrible. Luego dijo, con voz débil:

—El coronel ha prometido no ofenderse por nada de lo que pudiera sugerir. Ha solicitado que me exprese con franqueza...

—Adelante —invitó Durant cordialmente.

—Las raciones alimenticias —dijo el doctor con una especie de desesperación, y tomando coraje después de cierta duda— no han sido suficientes. El pueblo está inflamado. Ya dije al coronel algunas de las otras causas.

—¿Implica usted que el pueblo preferiría más alimento antes que la unidad, el deber y el sacrificio? —Ultrajado, Durant hablaba erguido en su asiento.— ¿Implica que podría cuestionar sagradas órdenes militares? ¿Qué estuvo haciendo últimamente, doctor? ¿Ha descuidado el adoctrinamiento de las masas? ¿No es ésa su obligación?

El doctor estaba imposibilitado de encontrar palabras, tan apabullado como se veía.

—¡Coronel, tendría que ver las caras! —dijo el hombrecillo director de la banda, con ademán frenético.

—¡Las caras! —repitió Durant pensativo, sentándose recostado en su asiento—. Sí, las caras. —Vuelto hacia el hombre le dijo:— Vuelva y toque esa canción popular más nueva y tan bonita. ¿Cómo se llama? Ah, sí; «¡Despierta y Trabaja. Vamos no Cuerpees, el Fantasma te Agarrará si no Vigilas!». Creo que al pueblo le agrada. Se canta en todas partes y todas las bandas la ejecutan. Vuelva y tóquela, y haga que el pueblo ría.

El director de la banda gimió a la vez que alzaba las manos hacia el techo.

—¡Ya la hemos tocado, coronel! Y tendría que haber visto...

—Ya sé —observó Durant, sonriente—... visto las caras. Bueno, toque otra cosa. ¿Qué le parece: «PosyWosy, remachadora Rosie?» Es una antigua canción favorita.

El hombrecillo dejó caer las manos, con batuta y todo, limitándose a permanecer inmóvil y tembloroso. Luego murmuró, fija la mirada en Durant:

—Coronel, estoy atemorizado. Tengo muchísimo miedo. Me asusta volver allá.

—Las paredes están alineadas con soldados, ¿verdad? —Durant se irguió en su asiento, al ocurrírsele otro pensamiento.— ¿Qué hacían ellos mientras se cantaba? ¿No es de esperar que se unan también al coro?

—No lo hicieron —dijo simplemente el director de la banda.

—Vaya, vaya —murmuró Durant.

El doctor Healy se aproximó al coronel con lentitud, como empujado por algo irresistible. De pie ante él, su rostro parecía mortal cuando dijo, con voz débil por el terror:

—Creo que comienzo a comprender.

—¿Comprender qué, doctor? —inquirió Durant con frialdad. Miró a los ojos del otro para ver lo que hubiera que ver en ellos. No pudo contenerse; su aborrecimiento y su exultación fueron demasiado poderosos.

—Nada —dijo el doctor, en cuya frente se observaba una capa de lividez. Retrocedió hasta el fuego. Los otros observaron a Durant gravemente y hubo algunas sonrisas sombrías.

El pequeño director de banda salió corriendo del lugar, empuñando la batuta. Un instante más tarde, los ruidos del corredor anunciaron la llegada de los dos invitados distinguidos de Washington. Puesto de pie, Durant rio algo al mirar al doctor Healy.

—¿Conversaremos del tema en otra oportunidad, doctor? —inquirió—. ¿En algún lugar donde todo sea muy tranquilo?

Sadler abrió la puerta y todos se mantuvieron firmes junto a la chimenea. Los señores Regis y Burgess penetraban en la habitación.

—Buenas tardes, coronel —dijo el primer caballero que entró—. Soy Dean Burgess, de la Confederación de Asociaciones de Trabajadores. —Sonrió cordialmente a Durant al tenderle su mano.

La primera impresión de Durant acerca del señor Burgess, no sin experimentar gran asombro y confusión, era que se trataba de un individuo al que resultaba casi imposible escatimarle simpatía.

El señor Burgess era hombre al final de su cincuentena, no alto pero musculoso y ancho, con aire de enorme vitalidad y magnetismo. Movíase con seguridad y rapidez y era cálido su apretón de manos. El cabello formaba una masa de rizos grises y crespos en lo alto de la cabeza redonda, y sus facciones denotaban una personalidad sanguínea, llena de vigor y de risa cordial. Ninguna debilidad se mostraba en su boca, fuerte y sonriente; la nariz era como una cuña de firmeza y los ojos sinceros, llenos de interés y con expresión juvenil.

Durant contuvo su impulso de responder con calidez a ese hombre, cuyo Departamento, feroz y opresivo, había formado unos diez años atrás con el ostensible propósito de «proteger» los trabajadores y sus intereses, pero que en realidad había absorbido sin más ni más todas las uniones de trabajadores con el fin de entregarlos en una sola y monstruosa organización al Estado absoluto. Treinta y dos líderes afiliados al comunismo, habían ayudado con gran habilidad a tan nefasta la-

bor, junto con numerosos pistoleros y criminales. Al recordarlo Durant, lo mismo que la circunstancia de que había conocido a individuos como el señor Burgess, capaces de sonreír de modo tan ingenuo, y de irradiar similar integridad y masculino vigor, Durant contestó de manera reservada al saludo del señor Burgess. Con frecuencia mostrábase confundido por el hecho de que hombres verdaderamente buenos, honorables y sinceros, a menudo no revelaban tales virtudes a través de sus facciones o de sus discursos o modales, siendo en ocasiones incluso poseedores de maneras repelentes.

Durant se volvió de súbito hacia el señor Regis, Jefe Federal del Departamento más nefasto de la Democracia, el FBHS. Extendida su mano, comenzó a hablar, mas luego se detuvo, inseguro y perplejo. ¿Dónde había visto con anterioridad a este hombre excepcionalmente alto y delgado, un hombre de unos sesenta años, de semblante alargado y estrecho, facciones distinguidas y serenas, y dueño de serena autoridad y dominio? Miró de modo tan intenso al señor Regis, que no fue sino al cabo de unos instantes cuando se percató de que éste le había tomado la mano. Confuso, mas con creciente alarma, prosiguió sus saludos, imposibilitado de desviar su mirada del señor Regis, que le sonreía levemente.

—Con frecuencia he deseado conocerlo —dijo el señor Regis— luego de mi nombramiento, efectuado hace poco, coronel. He oído hablar mucho de sus buenas cualidades administrativas y de la labor que ha realizado en esta Sección en beneficio de la Democracia.

La voz era mucho más familiar que el semblante del hombre, tan serena y, no obstante, tan austera y dominante. Durant experimentó una revuelta visión de lluvia, chimenea, fumar en

pipa y el aroma de un dulce perfume de mujer. Entonces quedó inmóvil por completo, grandemente impresionado e incrédulo.

El señor Regis continuaba sonriéndole. De haberse percatado de los ojos saltones de Durant no lo indicaba. Retenía la mano del coronel, quien demoró algo en advertir que se había movido de manera tan hábil y silenciosa de modo que su rostro no fuera observado por los demás.

•—De manera —prosiguió el señor Regis— que fue para mí un enorme placer venir hoy y conocerlo. —Una vez dejada caer la mano de Durant, volvió su cabeza, grande y hermosa, lleno de expectación hacia el fuego.

Durant se serenó, antes de hacer un movimiento confuso hacia la capitana Alice Steffens, que avanzaba. La muchacha veíase más pálida que nunca y sus ojos resplandecían brillantemente, como amortiguados por las lágrimas. Sus hermosos labios temblaban al sonreír y al estrechar la mano del señor Regis musitó algo ininteligible, antes de volverse. Durant estuvo cierto al aspirar su perfume y una ola jubilosa le levantó el corazón, sintiéndose por el momento loco de alegría.

—Creo que usted ocupó el lugar del pobre señor Reynolds, después que fue asesinado —dijo.

—Sí, muy triste, ¿verdad? —contestó el señor Regis, con su leve y fría sonrisa—. Me han dicho que usted también experimentó algunas dificultades, coronel.

Durant le sonrió, tal vez con demasiada viveza, y luego se contuvo. Hizo que los demás se llegaran a él y les presentó al señor Regis. A pesar de todos sus esfuerzos, su voz carecía casi de aliento. Observó a Karl Schaeffer mientras era presentado a su

superior, y el semblante del primero permaneció blando e inmutable, sin que expresara ningún sentimiento.

Walter Morrow fue presentado a los visitantes, lo mismo que el señor Woolcott. Algo había acontecido a Ben Colburn. Ya no se veía su aire distraído y agotado. Sus hombros encorvados hallábanse levantados y coloreado su semblante gris. El señor Regis mostróse cortés, pero el señor Burgess muy cordial con este Jefe local del Departamento de Trabajo Movilizado, teniendo Durant la seguridad de que Burgess y Colburn conocíanse bien y se tenían afecto. Durant miró a Walter Morrow, del Agrario, cuya expresión era grave, sin demostrar si conocía a alguno de los visitantes.

El doctor Joseph Healy vibraba de ansiedad al verse en presencia de los dos individuos más poderosos de la Democracia. Gesticulando para sus adentros, Durant casi podía leer los pensamientos del eminente doctor: ¡Ahora estoy entre amigos! ¡Ya puedo decirles mis sospechas acerca de este ambiguo coronel y se las verán con él y descubrirán todo lo referente al mismo!

El doctor se mostró muy cortés con el señor Burgess, de la Confederación de Asociaciones de Trabajadores, pero su verdadero y apasionado interés centróse en el señor Regis, del FBHS/ Nada podía ser ocultado jamás al FBHS, que se jactaba de contar con los espías más hábiles e inteligentes de toda la nación El doctor resolvió concentrarse en el señor Regis y hablarle de sus sospechas sobre Durant en la primera ocasión oportuna. Su rostro estaba radiante de triunfo y no pudo abstenerse de dirigir a Durant una mirada de engreimiento.

Durant supo ahora, sin la menor duda, que el momento de la emancipación había llegado. No le interesaba el modo como el general Steffens, alias Howard Regis, hubiera asegurado su nombramiento en el Departamento Federal de Seguridad Interior; jamás lo sabría y conformábase con ignorarlo. Sin embargo, no pudo dejar de sospechar que el Magistrado Principal, tan próximo al Presidente y tan querido de éste, habría contribuido a tan oportuna designación.

—Disponemos de unos diez minutos antes de que vayamos al auditorio, caballeros —dijo a la par que indicaba dos cómodos asientos delante de la chimenea. Pero Burgess y Regis ignoraron el ofrecimiento y continuaron hablando de manera distraída y con la mayor amabilidad con los otros. Recorrieron con lentitud el recinto, cumplimentando a Durant a causa de sus comodidades. Fue entonces cuando alguien efectuó un ligero sonido apagado y todos se volvieron sorprendidos hacia los oficiales ejecutivos de Durant.

Al parecer, el joven Grandon habíase indispuerto de improviso y, en su confusión, el primer pensamiento de Durant fue la probabilidad de que su teniente hubiera ingerido algo del jamón envenenado. Porque Grandon había apretado su cuerpo contra la pared, como en busca de apoyo, y su rostro estaba mortalmente blanco. Bishop y Edwards lo tomaron del brazo cuando comenzaba a deslizarse hacia el suelo. Con la cabeza caída sobre el pecho, respiraba entrecortadamente.

El señor Burgess y el señor Regis contemplaban al joven con serena curiosidad. Los oficiales no habían sido presentados a tan eminentes visitantes, siendo aparente que se trataba de la primera oportunidad en que habíase llamado la atención de és-

tos hacia los hombres. Observaron a Grandon mientras era depositado sobre una silla. Durant se dirigió hacia el teniente, perplejo y sombrío.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Grandon no levantó la cabeza, por lo que Durant no pudo verle el rostro.

—¿Es el estómago, o alguna otra parte, Grandon? —continuó Durant—. Si no ha perdido el conocimiento, contésteme en el acto.

Mediante un gran esfuerzo, visible para todos, Grandon alzó la cabeza. Estaba mucho más blanco que nunca y sonrió con gran trabajo cuando dijo:

—Demasiada fiesta o alguna otra cosa, la noche pasada, coronel. Discúlpeme. —Mantuvo la mirada fija en Durant, como si no osara desviarla hacia otra parte. Los guardias escogidos, sin excluir a Sadler, miraban estólidos ante sí.

—Tal vez si pudiese descansar en algún lugar, señor —dijo el capitán Bishop, mientras Durant guardaba silencio.

—No es sino un mareo fugaz —dijo Grandon, que movió la cabeza y se pasó la mano por la frente de manera lenta y casi firme—. Lo siento mucho. —Se puso en pie, poco a poco, sin mirar aún a ninguna parte.

—¿Comió en casa algo que no hayamos comido nosotros?

—inquirió Durant.

Grandon había llegado a la pared y se inclinaba contra ella, luchando contra otro desmayo. Al oír las palabras de Durant se

enderezó. Sus labios pálidos se apretaron con gran fuerza. Movió la cabeza, como si estuviera imposibilitado para hablar, la mirada fija en Durant como con una especie de terror. Keiser había recuperado su gorra y estaba allí en pie, con el ceño fruncido y mirando pensativo al joven teniente.

«De manera —pensaba Durant— que fuiste tú quien intentó envenenarme junto con mis guardias escogidos. Tú eres el espía y el traidor.»

Pero algo dejaba perplejo a Durant. De ser Grandon el enemigo, con instrucciones de asesinar a su oficial superior, ¿por qué, entonces, su falta de consideración hacia los guardias escogidos, mimados del Presidente y de los Jefes del Estado Mayor Conjunto? La muerte de un oficial militar, por muy deplorada que fuera de parte de Washington, no excitaba el espíritu de venganza como lo hacía el más leve ataque contra la guardia escogida.

—¿Está enfermo su oficial, coronel? —preguntó el señor Burgess, que se había aproximado y observaba a Grandon con solicitud amable. Luego sonrió al teniente, mirándolo con mayor concentración—. Tal vez un poco de whisky le haga bien. ¿Cómo se llama, teniente?

—Grandon —no pudo responder por un momento. Luego musitó:

—Grandon. —Y repitió:— Grandon.

—Grandon —repitió a su vez el señor Burgess, como meditando. Se volvió y Durant preguntóse si durante un segundo el semblante del señor Burgess había expresado tristeza en realidad. Aumentó su confusión. El señor Burgess dijo, en tanto se

aproximaba a la ventana—: En una oportunidad conocí a algunos Grandon, gente muy maravillosa. Eso fue allá por el Oeste. He oído decir que todos han muerto. Permanecen entre mis mejores recuerdos, porque eran gente valiente y honorable que siempre lucharon por su país, sin que jamás lo traicionaran, voluntaria o involuntariamente.

Grandon se enderezó y levantó la cabeza antes de hablar.

—Sí, señor Burgess. —El color retornaba a su semblante y le brillaban los ojos. Dijo a Durant:— Ya estoy bien, coronel. Como le he dicho antes, fue demasiada fiesta.

El señor Regis habíase reunido con el señor Burgess junto a la ventana y Durant fue hasta ellos, frunciendo el ceño. Habían separado las cortinas doradas y contemplaban la enorme multitud allá abajo, ominosa en su silencio y su inmovilidad. Abierta la ventana por el señor Burgess, los dos personajes escucharon. No se movía un solo labio en tan vasta congregación de humanidad que llenaba el reducido cuadrado delante del Estadio, afluyendo sin cesar hacia las calles laterales. No obstante, un sonido siniestro, una especie de latido, llegaba de sus muchos millares.

—No me agrada eso, señor —dijo Durant, intranquilo, al señor Regis.

Pero ni el señor Regis ni el señor Burgess le contestaron. Con gran confusión de Durant, ambos hombres cambiaron entre sí una mirada de sombría y secreta exultación. Luego cerraron la ventana.

—Es una reunión muy en orden •—murmuró el señor Regis. Durant prosiguió observando la terrible masa de allá abajo y

algo le impresionó con fuerza, algo que tendría que haber visto antes, pero se le escapó. El pueblo, tan desprovisto de notas alegres y de color sombrío durante tantos años, ¡llevaba notas de color! De algún lugar viejo y oculto, de algunas cajas olvidadas, de los rincones y de los cajones perdidos, había recuperado trozos de cintas de colores vivos, echarpes brillantes, un trocito de seda verde, roja o amarilla, moños de vivos colores. La cantidad lucida era necesariamente chica, pero Durant observó confundido que ese agregado resultaba impresionante. Las almas del pueblo habían comprendido de manera instintiva, y sólo al cabo de muchos años de gris y de desesperación, que el color significaba su manifestación de resurrección e independencia, su bandera de rebelión y su insignia de individualidad.

Ya el fondo color de barro que eran las ropas de la multitud desapareció a la vista de Durant, y vio las pequeñas superficies resplandecientes de color que emergían juntas como cantos solemnes de fuerza y desafío. Vino a su memoria la reluciente vivacidad de color característica del Renacimiento, al emerger de la edad oscura. Pensó en la brillantez de arco iris del pueblo de Inglaterra, después de la muerte de Cromwell. Todas las emociones nobles, heroicas y profundas de una nación se expresaban en súbitas oleadas de color tal como los gobiernos crueles, opresivos y perniciosos mostrábase de manera invariable en términos monótonos.

En el ínterin, Durant estudiaba los rostros de los grupos privilegiados a derecha e izquierda. Aunque bien vestidos, rollizos y de semblante colorado la mayor parte de los hombres, con excepción de los periodistas, su sonrisa y su expresión indicaban vengativo desprecio. Miraron a Durant y éste se percató

de su odio. Podrían haberlo aplaudido, pero esos aplausos eran burlones. También contaban con sus expansiones secretas esos granjeros, burócratas y miembros de los MASTS.

Al fondo del escenario veíase una enorme pantalla que comenzó a iluminarse de improviso. La banda se detuvo en el acto. Desde el sistema instalado para dirigirse al público, otra banda atacó las notas del himno favorito del Presidente: «¡Oh, Día de Libertad!» Ya se formaba un cuadro de tamaño natural en la pantalla y todos pudieron ver un enorme panorama de lanchones y barcasas conduciendo multitudes reunidas alrededor de la isla Bedloe, en la cual se hallaba la estatua de la Libertad. Las embarcaciones movíanse con lentitud de arriba para abajo y entre ellas vislumbrábase el agua del cruel invierno. Un escenario había sido erigido en la isla, que estaba colmado de militares y funcionarios prominentes, ante el fondo constituido por banderas. En el centro veíase al Presidente de la Democracia, el señor Slocum, un destacamento de guardias escogidos y Arthur Carlson, Magistrado Principal.

El cuadro se estrechó hasta centrarse exclusivamente en el escenario, mas no antes de que Durant se hubiera percatado de que la multitud de las embarcaciones mostrábase tan inmóvil y sombría como la de dentro y fuera del Estadio. El cuadro se iluminó y aguzó más aún, hasta que sólo pudo contemplarse al Presidente y al Magistrado Principal.

El señor Carlson avanzó y su semblante aristocrático se hizo claramente grave. Allá estaba, de pie sobre la pantalla, con su uniforme de Comandante en Jefe de los guardias escogidos. Era como una flecha en su rigidez. Dirigió la mirada a todo el país atento y comenzó a hablar. Ensalzó la devoción del país en todos los terrenos, su amable obediencia y sus realizaciones

durante el año transcurrido. Dedicó este día de la Democracia, el veinticinco de diciembre de mil novecientos setenta a «los trabajadores de nuestra patria». Su voz, grave, aunque serena, llenaba el auditorio, y sus ojos parecían encarar a cada individuo.

Al retroceder, lo aplaudieron los grupos privilegiados, pero no el pueblo. Durant miró a los señores Burgess y Regis, quienes sonreían ligeramente a la congregación del Estadio, sentada y semejando un terrible peligro.

Luego el Presidente, ese hombrecillo de semblante de rata y ademán tenso y ojos movibles, avanzó dándose importancia hacia el podio, esperando el aplauso. Éste provino de aquellos individuos situados al pie de la estatua de la Libertad. Atento el oído, su mueca permaneció inalterable. Ningún aplauso se oyó proveniente de las masas. Y él lo supo porque sus ojillos móviles se inmovilizaron de manera visible y se detuvo, con el texto del discurso en la mano. Movi6 la cabeza de un lado al otro y si bien su gesto hizo que se le extendiera la boca, en sus facciones reflejóse el repentino ultraje, el extravío y el temor. Detrás de él se hallaba Arthur Carlson, aislado y en cortés espera.

El Presidente se hallaba en pie ante un silencio y un vacío nacional, imposibilitado de pronunciar palabra. Debió sentir el silencio y el vacío que volaron hacia él desde millones y decenas de millones de habitantes. Debió haberlo percibido pues su sonrisa se marchitó y el semblante vuelto de espaldas a la pantalla era un semblante limpio de todo menos de franco terror. Y los millones debieron haberlo observado mientras se le hacía un nudo en la garganta y le temblaban las manos pequeñas.

El corazón de Durant comenzó a latir furiosamente y se inclinó en su asiento para ver mejor. La sangre circulaba con violencia, sintiendo buena prueba de ello en las sienes, las muñecas y el pecho. ¡Era casi llegado el momento! ¡Podía serlo en cualquier instante! Se le secó la boca y la garganta, experimentando 'algo así como vértigo. Se volvió para mirar a Burgess y a Regis, sentados tranquilamente, sin que sus semblantes reflejaran nada más que el más sereno interés. Miró al pueblo que llenaba el auditorio y que a su vez contemplaba al Presidente de manera impasible. Los grupos privilegiados mostrábanse fascinados y sonrientes, en cambio, siendo la suya una sonrisa pernicioso y triunfante. ¡Sonreíd, pensaba Durant lleno de malignidad, pues mañana no sonreiréis!

Se estremeció con violencia, pues la banda situada delante del Presidente, como percatada de algo terrible, arrancó de nuevo con estruendoso frenesí, volviendo a tocar otra vez la canción favorita del Presidente. Carlson avanzaba hacia éste, inclinada la cabeza y murmurando algo inaudible, como interesado y deseoso de infundir aliento. El Presidente alzó la mirada hacia él, con abyecta agitación y cariño, asiendo sus papeles. Carlson se retiró luego de haber asentido con un movimiento de cabeza. La banda dejó de verse y la pantalla se concentró en el semblante esforzado del Presidente, que de nuevo comenzó a gesticular, sudorosa la frente.

Habló, y su voz delgada y aguda emergió de la pantalla, sin aliento y casi sin énfasis. Se mantuvo con la vista fija en el discurso escrito por Arthur Carlson. Era una jornada memorable, leyó con rapidez. Todos los días de la Democracia lo eran, como día dedicado en especial al pueblo. Éste había demos-

trado su dedicación, sin que antes jamás hubiera sido tan entusiasta ni sacrificándose tanto. La nación podía vanagloriarse de no haber perdido ninguna guerra en el pasado, aunque el enemigo enviara sus hordas contra ella año tras año. La nación podía regocijarse en ese día de que la nueva guerra «se aproximaba a sus etapas finales, con la paz a punto de alborear en todo su esplendor sobre este pueblo unido. Nuestro enemigo se tambalea y sus ciudades se hallan en ruinas. Nuestras fuerzas armadas pueden felicitarse por sus brillantes realizaciones en tierra, en el aire y en el mar. Las fuerzas del pueblo de la Democracia se hallan alineadas detrás de ellas con un solo propósito y una esperanza: la Paz. Paz en todo el mundo. Paz permanente y definitiva».

Los descubrimientos de la ciencia no iban a ser olvidados en semejante ocasión, ya que era la ciencia la que inventara esas armas nuevas y fantásticas dirigidas contra el enemigo. Y ahora que una paz sincera y democrática estaba casi en el umbral del mundo, la ciencia volcaría sus grandes dones para uso del pueblo. Nadie podría exagerar las maravillas resultantes en los campos de la salud, la prosperidad, la abundancia y la felicidad. La ciencia produciría todo eso y el pueblo alabaríase de que su «unidad, deber y sacrificio», bajo las condiciones más apremiantes de trabajo, desinterés, austeridad y de devoción al bien común hubieran hecho posible todo ello para el futuro. La Democracia podía dedicarse con todo entusiasmo a la restauración del orden y la paz en todo el mundo. Su dirección había sido ordenada. Los pueblos de todo el mundo miraban hacia la Democracia como última esperanza del hombre sobre la tierra. La Democracia no abandonaría a la humanidad. Erguiríase a sus desafíos contra las fuerzas de la corrupción, la guerra y el

mal. Su resultado sería el alborear de un mundo feliz y glorioso.

«Nuestro pueblo —dijo el Presidente con voz fuerte y ligera— necesita apretarse el cinturón para realizar el último esfuerzo. Sabemos que las raciones reducidas, los nuevos impuestos, directivas y disciplinas son en ocasiones descorazonadoras. No puedo prometer alivio inmediato de esas cosas. Es menester que haya dedicación más firme y renovada a los principios de la paz y de la libertad, antes de que llegue el día de la realización. Tengo fe en el pueblo. Éste no traicionará a sus hijos ni a los hijos de sus hijos. El pueblo mira a la Democracia como la aurora después de una prolongada noche.»

El Presidente aspiró de manera profunda. Sus ojos vagaron de un lado para otro como si mirara a los millares congregados al pie de la estatua con ojos acosados.

«¡Unidad! ¡Deber! ¡Sacrificio!», chilló, de improviso, elevando la mano.

Ese hombrecillo tembloroso y acosado permanecía de pie allí, con la mirada en el vacío. Su banda hizo sonar los acordes del himno nacional. Su semblante desapareció y en la pantalla agitóse una enorme bandera de la Democracia, la señal para que se levantase el pueblo congregado en el auditorio. Pero no se levantó. Divertido, aunque asombrado, Durant se levantó de su asiento, lo mismo que sus acompañantes y los componentes de los grupos privilegiados. Pero no el pueblo, firme en su asiento, envuelto en imponente silencio y con la mirada implacablemente fija en los del escenario.

Sin embargo, Durant no pensaba en ellos ahora. Porque un código había sido transmitido por el presidente Slocum a los milicianos de todo el país sin saberlo. Todos los oficiales comandantes de Sección debían retirarse en el acto a un lugar seguro y esperar. Se los necesitaba y tenían que conservarse a salvo, ya que de su inmediata supervivencia dependía el futuro del país. Los milicianos que no fuesen comandantes deberían reunirse tranquilamente para recibir instrucciones finales a impartírseles a las seis de la mañana. Sus obligaciones definiríanse individualmente, para que las obedeciesen sin la menor vacilación y con toda la rapidez posible. Los milicianos de las fuerzas armadas impedidos de congregarse de acuerdo con las instrucciones, debían esperar las señales dadas por los demás y proceder en el acto, aun a riesgo de su propia vida. Ningún individuo en ningún lugar debía proceder de manera apresurada ni por decisión propia. Las instrucciones serían claras e inequívocas. Había llegado el momento de atacar.

A través de la voz aguda del presidente Slocum, llegó el último mensaje de Arthur Carlson para sus compañeros de tareas: «Si yo, vuestro líder, no vuelvo a ver a alguno de ustedes, estaré en su compañía hasta el final. Si muero, como tal vez muchos de ustedes morirán en los próximos días, muero por mi patria y lo haré de manera anónima. No me lloréis. Guardad mi secreto. Que Dios os acompañe.»

Durant se mantuvo de pie entre sus acompañantes, con los ojos llenos de lágrimas. Ahora hallábase exultante, lleno de valor y excitación. Sólo sentía un pesar jamás experimentado con anterioridad. Al mirar los rostros de sus amigos vio que también estaban pálidos y tensos, tan apesadumbrados como él por el

hombre valiente y heroico al que probablemente no volverían a ver.

Era dudoso que ninguno de los oradores, con excepción del doctor Healy, tuviera interés o supiera en realidad lo que decía. Sus voces sonaban con monotonía en sus propios oídos y los rostros eran tensos y caídos. Para Durant había perdido significado todo lo de ese auditorio después del heroico, mensaje de Carlson. Miró con pétrea indiferencia los asientos de la izquierda y la derecha, así como la agachada muchedumbre con sus ojos espantados y sus trozos de color desafiante.

Sin embargo, su misma sensibilidad habíase elevado hasta un punto casi imposible de sufrir. No obstante, su pesar, viose con su atención concentrada en la sección en que se hallaban los periodistas. La mitad de sus individuos eran hombres de edad mediana o mayores, periodistas, propagandistas a sueldo de la tiranía y autores, y la otra mitad jóvenes. Con frecuencia había proporcionado noticias a esos aprovechadores del mal al servicio de la esclavitud del estado, a muchos de los cuales conocía muy bien.

Fue entonces cuando comenzó a invadirlo una cólera amarga y furiosa. Ese grupo de hombres, tal vez más que ningún otro, era responsable del fango horroroso que asfixiara al pueblo durante décadas. ¡Prensa libre e independiente! Los miembros de esa profesión, o se habían dejado seducir de manera supina para traicionar a la nación, o habíanse silenciado por su voluntad, bien por cobardía o por conveniencia. Muchos se habían afanado durante años en la traición, deliberada y activa, utilizando los poderosos medios de comunicación para completar los designios de los hombres malos. Esta última mitad de la

prensa había engañado al pueblo con embustes, falsedad y marrullerías y furor sintético contra «los intereses especiales» de la cuarta y quinta decena del siglo, denunciando a todo individuo de coraje y espíritu que osara expresarse contra los indignos servidores del comunismo o del socialismo, ya se tratase de un senador, periodista, ciudadano particular, embajador, estadista o autor. Veintenas de ellos habían apoyado de manera histérica a todo político que atacara o evadiera la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica; ¡habían sido idólatras de la Rusia comunista y trabajado con fervor, ya fuese por salario o valiéndose de las malignas imaginaciones de sus mentes pervertida!, para arrojar a la nación en brazos del marxismo. Nada había sido demasiado indigno para ellos, ni demasiado deshonesto. Habían manejado sus plumas como dardo envenenado que arrojaron a los corazones del pueblo libre. Al invadir los burócratas de Washington la industria privada, al apoderarse de manera abierta y despiadada de la propiedad privada en la década del cincuenta, por «razones de defensa», centenas de periodistas los habían aplaudido. Las monstruosas directivas del Presidente contra la soberanía del pueblo, habían inspirado éxtasis en esos individuos. Habían saludado la terrible y creciente fuerza de los militares con gran entusiasmo. Y cuando los traidores habían conspirado contra la república, los habían defendido a una señal del Presidente.

Habían atacado con suma violencia a otros periodistas «reaccionarios» en nombre de la «democracia progresiva», de manera que en la mente del pueblo el nombre sagrado de la democracia había llegado a ser sinónimo de opresión y esclavitud. Sus rostros escurridos y fanáticos y sus lenguas indignas y rastreras habíanse levantado por doquier como las cabezas de las cobras en la jungla. Durante décadas habían escrito de

manera tan apasionada acerca del «Trabajo» y de las «Masas», que en la mente del pueblo habían llegado a ser sinónimo de degradación. Lo que antaño poseyera orgullo y dignidad había llegado a convertirse en obscenidad.

Tal vez algún bien proviniera de ese mal, pensaba Durant. Si el pueblo se negaba alguna vez a ser relegado a cualquier clase, a ser designado como «grupo» aparte del cuerpo principal de la nación, sería cosa buena. Porque el pueblo habría aprendido que no era simplemente habitante trafagón y sin mente dentro de los estrechos límites de cualquier clase; sabría que eran hombres, individuos, almas altivas e inmortales, obligados a rendir cuenta solamente a sus semejantes en cuanto a la justicia y sólo ante Dios tocante sus vidas y sus derechos.

Los ojos de Durant recorrieron con lentitud los semblantes de los traidores de Norteamérica. Entonces aumentó su interés y su encono. Los semblantes de los jóvenes podrían verse marchitos e intensos con su fanatismo, pero los de los de más edad eran grises con su desesperanza, agotados y espectrales. ¿Habíanse percatado ya de lo que hicieran a Norteamérica de jóvenes, allá por mil novecientos cincuenta y sesenta cuando, por locura, envidia o avaricia, habían desviado las mentes de un público emocional y confiado? ¿Recordaban los frenesís artificiales de mal guiado «patriotismo» que ellos prepararan para beneficio de tiranos y ladrones, embusteros y asesinos? ¿Recordaban cómo habían gritado al pueblo diciéndole que era «explotado» y que sólo el radicalismo y el comunismo conduciríalo a un mundo nuevo y valiente? ¿O cómo habían llegado a reemplazar con el vocablo «seguridad» el respeto de sí mismo y la laboriosidad, con economía dirigida la libre empresa, y con el poder del Estado el poder del pueblo? ¿Venían

a su memoria sus gritos de ¡Unidad!, ¡Deber!, ¡Sacrificio!, cuando algo de valor había mostrado objeción a las órdenes y disposiciones de los tiranos?

Recordaban. Durant estaba seguro de ello. Sus ojos veíanse demasiado hundidos, demasiado lívidos sus labios, demasiado sombríos sus semblantes para algo que no fuera sino el recuerdo de la traición cometida contra sus semejantes. Lo comprendían ahora y reconocían su culpabilidad. El hedor de la esclavitud les llegaba a las narices; sus víctimas estaban sentadas ante ellos, con su terrible silencio y su condenación.

«Es demasiado tarde para vosotros —pensaba Durant—. No importa lo que suceda ahora, siempre será demasiado tarde para vosotros. Tenéis demasiados recuerdos. En una ocasión tuvisteis oportunidad, mas no la aprovechasteis. No podréis venir a regocijaros en los últimos días, cuando el pueblo sea libre. Jamás os atreveréis a mirar la bandera de la república con alegría en el corazón, pues no la habréis restaurado.»

Durant los miró y luego les dijo en silencio:

—Ahorcaos, valientes Crillones. Combatimos en Arques, mas no estuvisteis allí.

El señor Burgess estaba ensalzando «la labor sin descanso en esta hora de nuestra emergencia». Su voz, llena y sonora, resonaba en el auditorio. El pueblo no hacía sino mantenerse en su asiento, mirándolo píamente y lleno de odio, sin moverse. El poder de su silencio penetraba la atmósfera de tal manera que los ocupantes de los cómodos asientos lo miraban con fuerte intranquilidad, desviada la cabeza del escenario.

La parodia de celebración había tocado a su fin. La banda hizo resonar su atronadora exhortación. Durant y sus acompañantes se levantaron, y los ocupantes de los asientos privilegiados lo imitaron cortésmente. Pero el pueblo continuó impertérrito en su lugar. Durant y los demás abandonaron el auditorio en unión de los oficiales y los guardias escogidos, para regresar a la sala de recepción.

—Bien —dijo el señor Regis—, hemos terminado hasta el otro año, ¿no?

El doctor Healy le lanzó una mirada significativa.

—Señor —dijo de modo respetuoso—, ¿observó qué intranquilo se mostraba el pueblo? Temo que ya no se halle bien ajustado. Algo le ha ocurrido; alguien ha destruido su integración de grupo...

—Oh, sí —interrumpió Durant sonriente—. Dinámica de grupo. ¿Qué pasa hoy con su dinámica de grupo, doctor? Creía que ocuparía su lugar con elocuencia.

El doctor Healy podía enfrentar valerosamente a este hombre aborrecido en presencia del jefe del FBHS y dijo, con intención:

—Tal vez el coronel lo crea así. Acaso el coronel esté bien enterado.

—¿Qué? —inquirió el señor Regis con interés.

—Nosotros, los psiquiatras —dijo el doctor lanzándose al ataque luego de haber vacilado— hemos eliminado prácticamente la neurosis de las masas del pueblo durante más de diez años, señor Regis. Nuestros esfuerzos han sido más efectivos en el

terreno de la integración de grupo. Sin nuestra labor habría sido imposible que el Estado se asegurase la fidelidad y el esfuerzo en masa de la plebe. Hombres y mujeres, llenos de complejos y conflictos ocultos, acosados por el ritual, el simbolismo y la enfermedad emocional de variado tipo, han restaurado su salud y se han adaptado al ambiente que los rodeaba. El coronel podrá reírse de la integración del grupo, señor, pero ello no disminuye su importancia en la vida nacional.

—Traducido, señor Regis —dijo Durant con indulgencia—, todo ello significa que el doctor Healy y sus colegas han asegurado la conformidad de las masas y suprimido el individualismo, amenaza para el Estado. Cuando innumerables miles rehusaron ser «curados», como el doctor Healy lo denominaría... bien, entonces, simplemente desaparecerían. ¿Es así, doctor?

Los otros rieron y el señor Regis sonrió. El doctor Healy, muy pálido e incrédulo, observó al volverse que un círculo había sido trazado a su alrededor. Su reciente color disipóse y los ojos se le opacaron de temor. Adiós su esperanza. No pudo hacer sino permanecer de pie bajo el alegre ridículo sin decir una palabra. Durant le dio un golpecito en el pecho:

—Tendremos que hacer algo para «integrarlo» a usted, doctor. Creo que la dinámica de grupo personal ha desaparecido en sus propias narices.

—Oh, vamos, vamos —protestó suavemente el señor Regis—, no disputemos. Capitana Steffens, caballeros: El Magistrado Principal me ha pedido que los invite a cenar conmigo y con el señor Burgess en su residencia campestre. El Magistrado

Principal considera que debemos contar con nuestra propia celebración. ¿Vendrán ustedes?

De modo, pensó Durant, que ése será nuestro «refugio seguro» durante las próximas veinticuatro horas, hasta que recibamos nuestra señal. Los demás comprendieron del mismo modo que Durant, y accedieron con agrado. El doctor Healy, nadando en su desesperación, volvió a recobrar la esperanza. Ya daría con la manera de hablar al señor Regis en privado de ese militar peligroso y nocivo. Tenía que convencerlo del peligro a que había lanzado el coronel Curtiss a la Sección 7. Insinuarle de manera solemne su ineficiencia o algo peor. Al levantar la mirada y ver que el señor Regis le dirigía un leve ademán de asentimiento con la cabeza, se inflamó con renovado engreimiento.

Él, Joseph Healy, había visto reducido por el momento a alucinaciones infantiles. Sus colegas no se le habían reído lo más mínimo, llenos de mofa o de ironía, sino fácilmente y sin ningún significado oculto. Sus nervios habíanse visto sacudidos por el condenable silencio del pueblo... Miró a Durant con aborrecimiento. Era su esperanza que se le encargase la tarea de «ajustar» a ese hombre al ambiente.

La caravana de vehículos fue a lo largo de Broad Street, cuyos agujeros llenos de hielo eran causa de que los neumáticos giraran de manera peligrosa. En todas las calles de la parte baja de la ciudad, las multitudes habíanse congregado impasibles, inmóviles y silenciosas. Con su nueva comprensión y percepción de las cosas, Durant supo que, al fin en esta ciudad, lo mismo que en todas las demás de la nación, el pueblo presentaba a sus opresores la evidencia de su poder y demostraba a los tiranos la solidez e invencibilidad de ese poder, imposible de seguir siendo dominado o dirigido.

No había ningún gesto abierto ni gritos ni palabras. Pero el pueblo permanecía en las calles por doquier, tan inmóvil como las montañas, tan fijo en su lugar como los glaciares. Jamás se convirtió en populacho que gritara y empujara de manera temeraria. Parecía estar diciendo que era el Pueblo. Y que el Pueblo no podía ser movido ni sacudido de sus lugares. Ya no podrán dispersarlo en unidades históricas y desintegradoras. Estaba unido y no podría derribarlo el mismo infierno, los cañones, la propaganda, la emoción o las mentiras. Era la realidad, y los otros una ilusión, puesto que constituían el mal.

Los soldados no fueron molestados en su patrulleo de las calles. Los muchachos de uniforme mostraban el semblante atemorizado e intranquilo; en ocasiones observaban a las masas con ademán tímido o con gesto de curiosidad infantil. No eran enfrentados con la agresión ni con excusa alguna para ejercer la violencia. Hasta el más estúpido entre ellos veíase restringido de cualquier brutalidad involuntaria por el peso mismo de las multitudes silenciosas, que podrían haber avanzado con gran facilidad a modo de oleada y pisoteado a cualquier soldado que perdiera la cabeza.

Era evidente que el pueblo comenzaba a enervar al ejército, sin excluir a los suboficiales que lo dirigían. En ocasiones los muchachos reuníanse para consultar, musitando entre sí, mirando al pueblo por encima del hombro, sin que al parecer llegaran a ninguna conclusión; confusos, unas veces sonriendo con timidez como avergonzados, ya hasta sonriendo algo o gritando un chiste o una burla a la multitud silenciosa, patrullaban cada vez con paso más vivo. En ocasiones deteníanse para encender un cigarrillo, cosa prohibida pero ahora indicio de descuidada

comprensión, e intentaban trabar conversación con los hombres y mujeres próximos a ellos.

Pero el pueblo hacía caso omiso de ellos. Lo mismo podrían haber sido oscuras estatuas colocadas en sólidas filas sobre el pavimento. ¿Qué esperaban?, preguntábanse los soldados entre sí. Pero muchos soldados no preguntaban, porque sabían.

Las calles oscurecían y las luces débiles comenzaban a parpadear en la atmósfera pardusca del crepúsculo de un crudo invierno. Pero así y todo el pueblo no se movía ni se dispersaba.

«Esperan su señal, lo mismo que nosotros —pensó Durant—. Entre ellos hay millares de milicianos, guías y conductores, que han dispuesto esta terrible demostración de la fuerza del pueblo.»

Durant iba en un automóvil con los señores Burgess y Regis y el doctor Healy, escoltados por los guardias escogidos en motocicleta que los acompañaban, junto con los vehículos que iban detrás. En lo que al pueblo se refería, bien podían haber sido fantasmas. El pueblo simplemente esperaba de pie. Sólo el doctor Healy mostrábase turbado, no dejando de observar un solo instante a través de las ventanillas, encogido en su costoso abrigo.

—¿Qué opina usted que sucede, señor Regis? —inquirió, hablando desde el otro lado de Durant, como si éste no existiera—. El pueblo debería estar festejando, como de costumbre. Dispone de raciones de whisky y ya están abiertos para él los restaurantes del Estado con comidas gratis y cosas imposibles de obtener el resto del año.

—Doctor, ¿qué cree que sucede? —inquirió a su vez el señor Regis, con amable interés de su parte—. Es algo desusado, ¿verdad? ¿Qué le parece, coronel?

—Considero que están efectuando alguna demostración —dijo Durant sonriendo.

—Pero, ¿demostrando qué? —preguntó el doctor Healy.

—Vamos, doctor —dijo Durant encogiéndose de hombros—, el psiquiatra es usted, ¿no es cierto? Sabe todo lo concerniente a la psicología de la plebe. Ésta siempre revela un «patrón», ¿no es así? ¿Cuál es el de ahora, doctor?

—Resistencia pasiva —fue la respuesta dada después de haber observado a través de las ventanillas otra vez, temeroso y con el ceño arrugado—. Es un viejo expediente. Infantilismo. La vuelta al patrón de la infancia. Acontece en los niños durante el tercero o cuarto año, exactamente cuando comienzan a darse cuenta de su propia identidad... —Se detuvo de improviso y el temor se reflejó francamente en su mirada.

—¿Y? —inquirió Durant—. Prosiga, doctor. Creo que ha acertado algo. Creo que «el pueblo se está compenetrando con su propia identidad». Convengo con usted, doctor. ¿Y ahora?

El aludido tragó saliva, mientras miraba a Durant con ferocidad vacilante, pero era hombre no exento de coraje.

—Éste... nosotros ignoramos lo negativo en el niño. Lo evadimos ofreciendo a la criatura otras dos o tres elecciones... él realiza su propia elección...

—Bien. El pueblo está realizando su propia elección. Todo está bien claro —dijo Durant.

La presencia de los señores Regis y Burgess contuvo el pánico del propio doctor Healy, que se volvió hacia el primero y dijo con desdén:

—El populacho. ¿Por qué no disparan los soldados para dispersarlo?

—Tienen órdenes de no hacerlo, doctor —contestó Durant, lenta y serenamente.

—¿Quién ha dado semejante orden? —inquirió el doctor Healy, muy pálido y lleno de incredulidad.

—Yo mismo —contestó Durant.

—¡Señor Regis! ¡Señor Burgess! —exclamó el doctor, retirándose de Durant y apelando a los otros dos con voz estremecida—. ¿Han oído ustedes? ¡El coronel ha prescindido de la disciplina. Se niega a que sea dispersado el populacho...!

—Yo apenas lo llamaría populacho —observó el señor Regis con voz amable y llena de razón, mirando otra vez al gentío—. Se mantiene en perfecto orden y compostura. Ni siquiera habla la gente entre sí. ¿Por qué habría de dispararse contra ella o dispersarla? Después de todo es el día de la Democracia. Si el pueblo adopta esa manera de festejarlo, ¿por qué ha de prohibírsele?

El doctor Healy mostrábase apabullado, estremeciéndose aún en el tibio interior del automóvil. Extendió las delicadas antenas de su mente para descubrir la existencia a su alrededor de algún peligro o enemistad. Mas no había ninguno; lo único era diversión, diversión oculta, incluso de parte de los dos poderosos civiles.

—Limitémonos a ignorarlo —dijo Durant—. Eso es lo que usted llama «lo negativo» en el niño, ¿verdad, doctor? El pueblo no está sino siendo negativo; le place serlo hoy. Doctor, ¿acerca de qué cree usted que está siendo «negativo»? —Hizo una pausa.— ¿Acerca de la Democracia? —inquirió, de súbito, con aguda amenaza.

El doctor no pudo hacer sino clavar su mirada en Durant largos instantes. El corazón le latía aterrorizado. Hizo un movimiento como quien va a huir y se dijo a sí mismo, de manera incoherente: tengo que salir de aquí. Debo dar parte... ¿Parte a quién? Los directores majestuosos de dos de los más poderosos departamentos del país, estaban en el vehículo con él. Y farfulló:

—Señor Regis. Señor Burgess. ¿Oyeron ustedes lo que... lo que dijo el coronel?

—Sí —contestó el segundo, sonriente.

El doctor realizó otro movimiento convulsivo, sin que ya estuviera interesado en dar parte a nadie. Era individuo muy hábil. El impulso de huir era muy primordial y de manera instintiva alargó la mano por delante de Durant para asumir la dirección del vehículo. Ninguno se movió, pero el señor Regis dijo con voz amable:

—No, doctor. Como verá, está arrestado.

La mano del doctor Healy quedó como congelada en el aire.

—Joe —dijo Durant a su vez, sin interés—, si vuelve a intentarlo lo mataré a tiros.

El doctor Healy se recostó en su asiento, mirando de rostro en rostro lo mejor que le permitía la luz mortecina. Comenzó a temblar.

—¿Qué piensan hacer conmigo? ¿Es esto... una revuelta? ¿Son todos ustedes... espías y traidores? ¿Me matarán?

—Sí, doctor, es una rebelión. —La voz del señor Regis era amable y considerada.— La rebelión del pueblo, preparada durante años por todos nosotros. No, no somos traidores. No vamos a matarlo, de manera que tranquilícese. Solamente mataremos, y mataremos, a los que son del todo malos o están fanáticamente convencidos de la rectitud de este horrible y perverso Estado. Esos no tienen cabida en la brillante atmósfera de la libertad. En cuanto a usted, doctor, podemos utilizarlo. Como usted sabe, es cínico; no es usted un hombre pernicioso sino lleno de recursos. No está convencido de la bondad de la Democracia. En lo íntimo de su corazón sabe que es vil. Vamos a dejarlo con vida para que nos sirva y nos servirá bien. Los hombres como usted se venden. La gente realista está siempre dispuesta a hacerlo y no dudo de que sus servicios en nuestro favor serán totalmente conscientes. —Sonrió de manera paternal al boquiabierto doctor.— De manera, doctor, que supongamos que dedica su excelente imaginación a la formación de ideas sobre la manera de ayudarnos a colocar al pueblo en condiciones de libertad y gobierno por sí mismo. Más tarde nos hará conocer sus conclusiones.

El doctor Healy se mantuvo silencioso. Extrajo su pañuelo perfumado y se enjugó el rostro. Luego lo frotó contra las palmas de la mano, antes de decir, finalmente:

—¿El movimiento está en marcha a todo lo largo del país?

—Sí —aseguró el señor Burgess—. Como ve, tenemos ya el dominio del país. Todo habrá tocado a su fin dentro de pocos días. Entretanto es usted nuestro prisionero, doctor. No es que en realidad pueda hacernos ningún daño, ni tampoco a la nueva república. Mas tal vez podría... digo que acaso podría... causarnos alguna molestia en un momento de impulso.

—No soy hombre de impulsos, señor —dijo suspirando profundamente y mirando al señor Burgess con respetuoso temor.

El señor Burgess asintió con la cabeza antes de contestar.

—Bien, ya sé que no lo es. Pero podría creer que no todo está perdido para los hombres perniciosos y provocar violencia, poca aunque innecesaria. No somos gente violenta, a menos que se nos obligue. No es nuestra intención proceder con violencia contra usted. Deseamos su cooperación. Doctor, es usted una persona valiosa. Incluso podríamos nombrarlo director de Salud Pública. El pueblo ha estado enfermo mucho tiempo. Usted podría ayudar a curarlo. —Sus ojos no eran ya fríos sino resplandecientes de cordialidad.

Visiones de Washington, oficinas suntuosas, hordas de subordinados psiquiatras y consultantes, una mansión, posición y enorme importancia, todo eso atravesó como una tromba la imaginación del doctor Healy. Un hospital. ¡El Hospital Psiquiátrico del Doctor Joseph Healy! Honores. Viajes. ¡Un sillón junto al presidente de la república de Estados Unidos de Norteamérica...! El doctor Healy apenas podía alentar.

—¿Quién será el presidente? —dijo débilmente.

—Pues yo lo soy —dijo el señor Regis—. Doctor, en mi tiempo fui general de cuatro estrellas. Me llamo John Graham.

He sido designado por el Cónclave Secreto de los milicianos como candidato del Partido Constitucional en las elecciones, que se celebrarán de aquí a un mes, o antes. En el ínterin, será formado otro partido por la oposición. Como ve, tendremos una oposición, si bien no triunfará. Sin embargo, en un país libre ha de haber por lo menos dos partidos. Algunos de nosotros ayudaremos en verdad a formar el otro partido. La designación de candidato será cosa exclusiva de aquél. No tenemos sino una cosa que estipular: que se adapte a la Constitución de los Estados Unidos.

El doctor Healy parpadeó ante la palabra prohibida. Pero retornaron sus visiones. Partido Constitucional. Saboreó esas palabras. Su mente se vio ocupada con numerosos pensamientos. Libertad. Era más cínico que psiquiatra. El pueblo siempre se había mostrado incapaz de libertad; la verdad es que la despreciaba en lo íntimo de su corazón. Tendría que ser adoctrinado por completo en el uso de la libertad y enseñado de la manera cómo manejarla con cordura. Habría que enseñar a los niños. Y también al pueblo. Habría que disponer de grandes foros, bajo la presidencia de psiquiatras competentes a sus propias órdenes.

Se volvió agitado y esa agitación le recorrió la espina dorsal. ¡Estaba sentado a la vera del propio presidente de Estados Unidos! Ahí estaba en su mismo automóvil, por ser considerado persona valiosa. ¡Había sido elegido! Podían haberle dado muerte, pero lo habían elegido esos hombres poderosos y decididos.

—El coronel Curtiss —decía el señor Regis— ha estado enviando informes altamente secretos y confidenciales acerca de sus talentos y calificaciones al Magistrado Principal, doctor.

No fue inspirado por ninguna admiración. —El señor Regis rio algo.— Pero sabía que usted iba a servirnos. A propósito, su nombre fue el único de veinte sometidos para aprobación. El coronel en persona estaba convencido, y nos convenció a su vez, de que usted es el hombre que necesitamos. Todos los demás eran hombres completamente perniciosos o que trataban de asegurarse de que trabajaban por los más altos intereses del pueblo o eran hombres más peligrosos aún para el pueblo; hombres que no eran malos ni trataban de engañarse a sí mismos, pero hombres que en verdad creían de manera ferviente que ese Estado era benigno y perfecto y que cuanto hiciera era lo mejor para todos. En resumen, eran fanáticos. —Se detuvo unos instantes. Luego prosiguió:— Usted no está incluido en ninguna de estas clasificaciones, pues fue simplemente hábil y lleno de expedientes, y al serlo, a más de intelectual, podía ser comprado. Nosotros pensamos ofrecerle un buen precio, como he dicho antes.

A manera de niebla, la oscuridad fue asentándose con rapidez y el automóvil deslizóse velozmente por el campo.

El doctor Healy meditó fuertemente acerca de las palabras del señor Regis. Miró de costado a Durant, sintiéndose agradecido. Y dijo:

—Muchas gracias, coronel. Pero, ¿cómo supo usted mi verdadero modo de pensar?

—Porque —dijo Durant animoso— fue muy meticuloso en el cumplimiento de mis órdenes contra los niños de los grupos privilegiados. Parecía disfrutar con ello de cierto placer, aunque fuera un placer pervertido. Doctor, ¿se ha analizado usted mismo? ¿O fue todo ello subconsciente?

—Si hice como usted ha dicho, coronel, todo ello fue subconsciente —agregó el otro a regañadientes.

Durant se volvió en su asiento hacia él, aunque su rostro no era sino una débil mancha en la oscuridad del vehículo.

—Doctor, dígame qué hizo que el pueblo se desviara de la libertad algunas décadas atrás. Y cómo podremos volverlo a la misma con tanta firmeza que jamás consienta en volver a ser esclavo. Necesito el punto de vista de un psiquiatra.

El doctor Healy, ya muy estremecido, comenzó a sentir gran importancia. Pensó unos instantes, antes de contestar con grave honestidad, cosa rara en verdad para él:

—Temí a la responsabilidad. Como todos los individuos. Un reducido porcentaje de individuos reacciona ante ese temor con la agresión, es decir, que utilizan su temor a la responsabilidad para hacerle frente y dominarlo, triunfando en lo que solíamos llamar «utilidad» o éxito personal. Buenos ejemplos de ello son nuestros hombres sobresalientes en las ciencias y en las artes, en los negocios y en la industria. Un sector menos virtuoso de ese porcentaje se convirtió en notorios criminales. Algunos, y esto es más raro aún, sublimaron su temor a la responsabilidad al extremo de asumir responsabilidad universal. Solíamos llamarlos santos o mártires. Pero fuera de ellos vivían los centenares de millones de gentes comunes, acosados y perseguidos por el nebuloso, pero no menos frenético temor a la responsabilidad. Tratan de evadirlo de manera instintiva. Las masas han sido siempre así, pero no contaron jamás con una voz sino hasta hace unos treinta o cuarenta años'. Entonces tuvieron esa voz por intermedio de los idealistas y los directi-

vos de las uniones de trabajadores. Y dieron con la palabra mágica: «Seguridad.» Y en nombre de ella abrazaron la esclavitud. —Se volvió hacia el señor Regis.— La humanidad ha experimentado siempre temor. Es parte de su naturaleza, porque la humanidad constituye una especie solitaria, no siendo por instinto gregaria o comunal. —Ahora el doctor rio levemente, aunque con cierta tristeza.— Con buenas razones para ello. La gente sabe lo que es y por ello trata de protegerse de los demás. Asumir responsabilidad la expone a demasiadas contingencias; sólo un puñado de hombres poseen carácter, vitalidad, salud, valor e inteligencia para desafiar agresivamente a esas contingencias.

—¿Tiene usted, entonces, alguna solución que ofrecer a las futuras generaciones? —inquirió el señor Burgess.

—En cierto modo, sí. —Antes de contestar había meditado intensamente.— Por supuesto siempre existe la religión —pronunció la palabra con desagrado— o la superstición, como la llamábamos. Pero cuenta con un propósito útil. Adormece el temor natural del individuo hacia lo que lo rodea y hacia su semejante, y sublima su dependencia del mundo objetivo a lo subjetivo. Eso, resulta extraño decirlo, y siempre ha constituido un misterio para algunos de nosotros, proporciona paz, valor y fortaleza a millones de personas. En consecuencia, por un lado, deberíamos cultivar la religión de la manera más intensa posible en la vida de las masas, no para degradarlas —carraspeó con timidez— sino, debo reconocer, para vigorizarlas y proporcionarles un sentimiento de dignidad y de valor personal.

—Ya veo —dijo Durant, pensativo—. Ahora resalta con claridad el motivo por el cual los hombres perniciosos que se inclinan a esclavizar a sus semejantes destruyen o debilitan su religión primero. Para esos individuos resulta muy necesario eliminar «el sentimiento de dignidad y de valor personal» en el pueblo, puesto que los hombres dignos y valerosos jamás podrán ser esclavos.

—Como ve —prosiguió con calor el doctor— cuando una nación amenaza a otra, los habitantes de la última olvidan sus banderías, su antagonismo local y sus diferencias políticas, sus sospechas sobre los demás, sus luchas religiosas, y se agrupan como un solo hombre. Los líderes lo saben, y ésta es la razón por la que agiten guerras en períodos de crisis nacional o cuando el pueblo se vuelve descontento e irritado. Los líderes estigmatizan al enemigo con toda suerte de vicios a su alcance, con todos los defectos y la depravación humana. Estimulan el temor natural de su pueblo hacia los demás, encauzándolo en el temor definido a determinado grupo de hombres o naciones. El ataque a otra nación actúa como una especie de catarsis, temporalmente al menos, sobre el temor del hombre hacia su inmediato vecino. Esa es la explicación de todas las guerras, todos los odios raciales y religiosos, las masacres y los intentos de genocidio.

—En resumen —dijo el señor Regis—, debemos estimular el temor del individuo, natural e informe, hacia sus semejantes, haciéndole ver que éstos lo esclavizarán en cuanto puedan. No los hombres de otras naciones, sino su vecino mismo. Todos los individuos se volverán, entonces, vigilantes de la libertad. Ya veo que usted no fue nunca idealista.

El doctor Healy dudó, si bien su agitación debida a sus propias ideas le hizo hablar de manera inmediata y positiva:

—Nunca ha existido ningún idealista, señor Regis. No hay sino gentes que aborrecen de manera intensa y criminal. Y no aborrecen las ideas, a pesar de lo que puedan creer los sentimentalistas. Aborrecen grupos definidos de personas, tales como los triunfadores, los altivos, los independientes y los fuertes. Ráspese a un idealista y se encontrará al individuo inadecuado y consumido por la envidia. Se verá también que posee una característica muy dominante: se trata de un egoísta que cree que no se le han concedido los honores que merece y que el mundo se halla deliberada y malévolamente decidido a que él jamás sea honrado. De manera que, con fines de odio, se encamina contra determinado grupo o sociedad sobre el que abriga el convencimiento de que lo frustra, y lo desprecia. Creo que ello explica la causa de que determinadas personalidades encuentren en el comunismo, el absolutismo o cualquier otra especie de autoritarismo la respuesta a su propio conflicto interior. Al abrazar tales ideas, esos «idealistas» ven el modo de vengarse de esos a quienes envidian, quienes están «frustrándolos». Sin embargo, para aceptar esta explicación realista de su ardiente deseo de «mejorar» lo que ellos llaman «condiciones», lacerarían más aún sus egos, cosa insoportable. Por ello explícanse a sí mismos, y en voz alta a los demás, que los mueve la «injusticia» prevalente de la sociedad en general contra lo que los idealistas denominan «grupos», o cualquier otro sector agudamente definido de la población. El hecho de que se muestren ávidos y dispuestos a valerse de la violencia o la agresión contra aquellos a quienes envidian de manera subconsciente es una revelación mortal.

—Doctor, ya ve por qué hemos dicho que es usted realista —habló el doctor Regis suavemente—. Y nos resultará inapreciable. Por supuesto, el verdadero mérito de su descubrimiento reside en el coronel Curtiss.

—No me felicite. No estoy seguro de que me agraden estos idealistas —contestó malhumorado Durant, el sentimentalista incurable—. El buen doctor sirvió al Estado con gran capacidad, a pesar de ser realista. No me agradan esas personas capaces de ser compradas y que se muestran entusiastas por quien les paga. Ha de existir algo de honor.

—Nunca lo hubo, en realidad —dijo el doctor Healy, que no había dejado de sonreír—, pero algunas cosas son menos deshonestas que otras. Todo es relativo, coronel. Por otra parte, tenía que ganarme el sustento, ¿verdad? Pero no me interpreten mal. No fui yo quien hizo este Estado; me encontré dentro del mismo. Como realista, como psiquiatra, hube de aceptar el ambiente que me rodeaba. Un ambiente mejor, para todo el mundo, no será cosa que me desagrade.

La campaña blanquinegra desfilaba velozmente y los hombres del interior del automóvil manteníanse silenciosos. Las granjas que dejaban atrás tenían un aspecto curioso de abandono. La luna asomaba entre el cielo a manera de cráneo. La caravana automovilista iba cada vez más veloz, acompañada por los guardias escogidos en motocicleta.

Ya habían doblado por el camino que conducía a la residencia campestre del Magistrado Principal. El señor Regis dijo, como musitando:

—Supongo que todo podría resumirse de este modo: tenemos que enseñar al pueblo a que tema y aborrezca la esclavitud más

de lo que teme y aborrece la libertad y la responsabilidad. El hombre tiene que alcanzar su mayoría de edad, o perecer.

Pero el doctor Healy no escuchaba. De quedarle alguna duda acerca de la magnitud de lo que esta noche acontecía en la nación, la perdió en ese instante. Porque el camino hacia la amplia residencia campestre del Magistrado Principal veíase ahora lleno de centenares de soldados sombríos y con el rifle preparado. Frente a ellos veíase destacamentos de la guardia escogida, pistola en mano. El paisaje deslumbraba con luces tan enormes que la luna llena, no habría podido iluminarlo más. Ese resplandor borraba las sombras y los árboles de invierno resaltaban fuertemente en la tierra blanca del parque, poseedora de un brillo nada terrenal. Los soldados patrullaban a través de ella en filas compactas, hollando la nieve, azotados por el fuerte viento los faldones de sus capotes. Los perros feroces y de apariencia lobuna, tan recordados por Durant, corrían detrás de ellos, vigilándolo todo con sus ojos fosforescentes y salvajes.

A medida que el vehículo se aproximaba a la casa, Durant observó que las filas de soldados eran cada vez más compactas. Serían millares los jóvenes que patrullaban, alrededor de la casa y cubriendo todo el terreno nevado, erizados los rifles como matorrales. Durant quedó estremecido y asombrado. ¿Quién había ordenado que esos soldados se congregasen allí? Como oficial comandante de la Sección, era su deber, y sólo suyo, dirigir las tropas.

Entonces supo. Fue por orden del Magistrado Principal, deseoso de proteger a sus amigos en los días inminentes de revuelta. Eran soldados en quien podía confiar, lo mismo que en

los guardias escogidos. Las fuerzas armadas, pues, se hallaban también en revuelta.

La casa era tan señorial y elegante como Durant la recordaba. Los hogares ardían en todas las habitaciones y se reflejaban en los vidrios de las ventanas. Los amplios dormitorios veíanse calientes y preparados para su ocupación. De modo, pensó Durant, que se verán obligados a permanecer allí por un período breve pero indefinido. Su propio dormitorio contenía tres camas y un sirviente le informó que ello era para que dos de sus guardias escogidos durmiesen en su compañía.

—Bueno, muchachos —dijo Durant a Sadler y al joven Griffis— parece que tendremos alguna comodidad, por un tiempo al menos. —Estaba sumamente agitado y experimentaba alguna aprensión. Se dijo a sí mismo que una persona en su situación debería ser todo austeridad, preocupación y heroísmo. Era algo deprimente reconocer que se hallaba considerablemente atemorizado. Tranquilizóse con el pensamiento de que era muchísimo mejor que la espera del inminente terror en los confines vulnerables de la granja de Lincoln. Fue hasta la ventana para convencerse otra vez de que los terrenos de la mansión se veían llenos de soldados.

Los ojos del joven Tom Griffis resplandecían con jubilosa y total anticipación. Sentado sobre uno de los lechos saltaba dichoso. Incluso el malhumor de Sadler desapareció. Éste dijo:

—Será un alivio no verse obligado a llevar una pistola en la mano en todo momento. Conozco a algunos de los muchachos que se encuentran allá abajo, señor. Sé qué y quiénes son. Coronel, hasta puede mirar a través de las ventanas sin temor a recibir un tiro. —Sin embargo, corrió las cortinas interiores,

porque penetraba en el recinto una claridad externa, enceguedora.

Un golpe rápido resonó en la puerta blanca y con vidrios y Sadler y Griffis echaron instintivamente mano a sus pistolas. Torn abrió luego la puerta, riendo. Un capitán de la guardia escogida se hallaba de pie en el umbral y los dos jóvenes lo saludaron.

—Traigo un mensaje para el coronel —dijo, y avanzó al interior del recinto.

Durant se volvió con indolencia y luego se endureció. Porque el capitán era Bob Lincoln, de semblante endurecido, ojos negros fríos y enconados, el cuerpo vigoroso y erguido dentro del uniforme.

La mano de Durant cayó sobre la pistola, que retiró a medias.

El joven Lincoln hizo caso omiso del ademán y saludó de modo ceremonioso.

—Traigo un mensaje confidencial para el coronel —dijo.

—¡No! —exclamó Durant—. ¿Qué demonios hace aquí, Lincoln? —Comenzó a balbucear lleno de irritación y de temor. Se volvió hacia Sadler y Griffis, en tanto la sangre silbaba en sus oídos.— Éste es Bob Lincoln, hijo de nuestro anfitrión a regañadientes, John Lincoln. Yo... ¡que sea arrestado en el acto, Sadler! Debe ser un espía. Tiene que ser...

—Sé todo lo que se refiere al capitán Lincoln, señor. No es espía. Fue nombrado capitán de guardias escogidos por el propio Magistrado Principal.

—Señor, lamento que usted no estuviera enterado —dijo el capitán Lincoln mientras contemplaba a Durant con patética sonrisa.

El temor y la furia de Durant aumentaron. Sentíase atrapado. Le era imposible pensar en otra cosa que gritar. Abrió la boca, pero había perdido la voz. ¡Iba a ser asesinado en esa habitación! Vinieron a su memoria sus dudas acerca de Sadler y de todos los demás. Si los milicianos estaban desesperados, los otros también lo estaban y no se detendrían ante nada. La mano húmeda tanteó en demanda de la pistola y la sacó.

—Lo mataré, Lincoln. Sé quién es —dijo con voz ronca.

Pero el capitán no se movió. Disminuyó la melancolía de su sonrisa, y quedó algo triste y extrañado.

—Coronel, no puedo permanecer aquí sino breves instantes. Si el coronel me mata, tendrá que responder de su acción ante el Magistrado Principal y el señor Regis. Ruego al coronel que me escuche.

Durant apuntó con la pistola al vientre de Lincoln, y antes de alejarse, retrocediendo, de Sadler y de Griffis, que estaban alarmados y con la frente arrugada.

—Tengo que hablar con el coronel a solas —dijo Lincoln, con los labios prietos de impaciencia—. El coronel puede tomar mi pistola si lo desea y no me tiene confianza. —Esperó.

Durant había llegado hasta la pared. Tenía el semblante lívido y no dejaba de apuntar con su pistola al capitán.

—Oí cuando usted y Grandon tramaban juntos una noche de la primavera última —dijo. La desesperación lo invadía y puso

el dedo en el gatillo. Si moría, otro por lo menos moriría con él. La vieja claustrofobia le asía la garganta—. Sé quién es. Ignoro cómo ha engañado al Magistrado Principal, pero le aseguro que a mí no me engañará, Lincoln.

—Pero el coronel se engaña a sí mismo —dijo Lincoln, que había palidecido. Habló con ansiedad—: Soy miliciano por lo menos desde hace tres años, a pesar de mi padre. O, podría decirlo acaso, por causa de mi padre. t

Observó a Durant con aprensión, antes de levantar la mano y hacer la señal de los milicianos. Durant rio apenas, de manera histérica.

—Es cosa fácil de averiguar. —Miró al joven Griffis.— Baje en el acto e informe al señor Regis que tengo a un espía aquí. —Poca era su esperanza ya de ser obedecido por el joven, pero Torn comenzó a encaminarse hacia la puerta luego de dirigir una mirada de disculpa a Lincoln. Éste se encogió de hombros al verlo ir.

—Es una necedad avisar al señor Regis, pues sabe todo cuanto me concierne. He sido de su guardia personal durante meses, en Washington.

Tom Griffis se detuvo en la puerta para mirar a Durant, por cuya mente cruzaban los pensamientos más salvajes, fantásticos e incrédulos. Pero dijo, imprimiendo a su voz la mayor dureza posible:

—Espere, Torn. Que hable ese hombre. ¿Qué hay entre usted y Grandon, Lincoln?

—Grandon se unió al ejército por los mismos motivos que usted, coronel. —Lincoln hablaba serenamente y era bien visible

su alivio.— Pero no es miliciano. Procedía por su cuenta. Grandon no es Grandon, señor. Es sobrino del señor Burgess. Ignoro su verdadero nombre.

Durant recordó de improviso el desmayo de Grandon en el Estadio. Él mismo comenzó a sentirse mareado y la pistola se le desvió en la mano.

—Grandon ignoraba quién fuese el señor Burgess hasta que lo vio hoy —prosiguió Lincoln—. Interpreto que fueron uno o dos minutos bastante malos, según Grandon, con quien acabo de hablar. —Sonrió.— Grandon es persona impulsiva, señor. Coronel, ¿qué me oyó hablar usted con Grandon esa noche de la primavera pasada?

—Hablaban de mí —dijo Durant, que volvióla enderezar su pistola contra Sadler. Sus ojos despedían furiosos destellos—. Según usted, yo era un conspirador. Tenían idea de que era un espía. Usted dijo que llegaría el instante en que me darían muerte, pues sospechaban que no era lo que aparentaba.

Lincoln meditó sobre eso, con el ceño fruncido. Después dijo, al cabo de unos instantes:

—El coronel está equivocado. No hablábamos de usted, señor, sino de uno de sus oficiales ejecutivos.

—Grandon intentó envenenarme, lo mismo que a mis guardias —dijo Durant, descreído.

—Ya lo sé, coronel. Él mismo me lo dijo. —Lincoln sonrió por vez primera.— Como bien sabe, teníamos que actuar como células aisladas, y era cosa rara que nos reconociéramos unos a otros. Pero el coronel sabe esto. Ni Grandon ni yo tuvimos idea, hasta hoy, de lo que realmente era usted. Creíamos que

era lo que aparentaba, un militar, y por ende nuestro enemigo. Hemos hablado de usted en una o dos oportunidades, mas no donde nos oyó la primera vez. Estaba señalado para morir a manos de uno de los dos cuando llegase ese día. Y fue un gran golpe para ambos cuando nos fue revelada su verdadera identidad. Grandon la adivinó hoy en el Estadio y quedó aterrorizado al recordar su intento de asesinato.

Durant meditó sobre esto con creciente extravío. Se rascó la oreja izquierda con el dedo índice de la mano del mismo lado, en tanto Tom y Sadler se mostraban sonrientes.

—Encontré a Gracie, coronel, quien me habló de usted —prosiguió Lincoln—, Hoy referí el asunto a Grandon y está muy contento. Comencé a sospechar en verdad quién era usted, luego de mi encuentro con Gracie. Por entonces era teniente de la guardia escogida. La pobre muchacha trabajaba con nombre supuesto en una fábrica. Y no le agradaba en verdad —agregó con alguna risita.

Durant no estaba convencido aún y dijo:

—Lincoln, aunque me mostrara una montaña de credenciales no lo creería. Recuerdo el modo como me miró, en la granja de su padre.

—Entonces pensé que no era sino un militar y no lo que realmente es —repitió Lincoln, lleno de impaciencia—. No me interesaba su proceder para con mi padre, a quien siempre desprecié. Lo aborrecí por lo que aparentaba ser usted y nada más. Coronel, he venido con un solo propósito. Dos de sus hombres son espías del FBHS. Saben cuanto se refiere a usted y saben casi todo lo demás. Se trata de individuos fanáticos y están proyectando matarlo casi en el acto, aun a sabiendas de que

ellos serán muertos sin remedio. Se saben perdidos. Empero, ello no les impedirá hacer mucho mal antes de ser ultimados. El coronel está ya enterado de cuanto concierne a esos fanáticos.

—¿Quiere decir que dos de mis hombres, que están en esta casa, son hombres del FBHS? —exclamó Durant, con incredulidad.

—Sí, y tenemos que averiguar en el acto quiénes son —dijo Lincoln—. Su vida está en peligro, aun en esta casa, coronel. No podemos arriesgarla; el Magistrado Principal me responsabiliza de que usted sobreviva. —Miró a Durant gravemente.— Ya sabemos que Grandon no es su enemigo. Pero dos de los demás, Bishop, Edwards y Keiser, son espías. Son auténticos militares dedicados a la labor. —Se volvió hacia Sadler y Griffis con tanta premura que Durant, en su agitación, casi oprimió el gatillo de su pistola.— ¿Bien? —inquirió Lincoln— ¿Se han hecho cargo de las cosas?

—Sí, capitán —dijo Griffis, saludando—. Todos ellos llevan cartuchos sin bala desde hace algunos días.

—Bien —dijo Lincoln yendo hasta la puerta, donde lo saludó uno de los guardias escogidos de centinela—. Vaya en busca de los oficiales ejecutivos del coronel Curtiss, y del sargento Keiser, y dígales que el coronel los invita a tomar algo en su aposento —ordenó. Cerrada la puerta, e ignorando la pistola temblorosa en manos de Durant, fue a examinar los grandes guardarropas y armarios. Hizo una seña con la cabeza a los dos guardias escogidos y dijo—: Podemos ocultarnos aquí.

—¡Espere un minuto! —exclamó Durant—. ¿Quiere decir que enfrentaré solo a esos dos hombres? ¿Y si uno o dos de ellos

tienen balas de verdad en su pistola? Vayan al diablo. No deseo ser asesinado.

—Creo que podemos tener casi la absoluta seguridad de que no poseen tales balas —dijo Lincoln, puesta la mano sobre la puerta de uno de los guardarropas—. Sin embargo, coronel, es un riesgo que debemos afrontar. No podemos albergar a tales hombres en esta casa. Tampoco podemos dejarlos que anden sueltos. Es nuestra creencia que por lo menos la mitad del ejército nos apoya. Pero quedan los demás. Ya sabe que no podemos derrocar a la Democracia sin derramar alguna sangre. —Hizo señas a Sadler y Griffis para que se ocultasen en un guardarropa.

Durant había tenido mucho que absorber ese día y esto era ya demasiado para él. No podía creer nada y podía creerlo todo. Quedaba, empero, un hecho saliente y sombrío. La idea lo apabullaba y estaba casi abrumado. Esta vez tendría que conducirse de manera audaz y valiente, se dijo a sí mismo. Pero no podía. Creyó que iba a enfermarse.

Desesperado, vio como la puerta de un ropero se iba cerrando tras Lincoln. Miró la pistola. ¿La retendría o no? Si lo dicho por Lincoln era cierto, su deber era mostrarse muy sutil en verdad y dejar que los espías se traicionaran por sí mismos, no sólo por él sino por sus amigos. Soy tan sutil como un dedo dolorido, pensó. Otra vez experimentó impulso de lanzar gritos frenéticos para que acudiese alguien, no importa lo que aconteciera. Se le hicieron varios nudos en la garganta mientras intentaba dolorosamente que disminuyese su pánico. «De todos modos, estoy atrapado», se dijo a sí mismo. Oyó una música suave procedente de abajo. Antes de quince minutos tenía que reunirse con los demás. La música era como una burla para él.

¡Dentro de algunos instantes estaría muerto en esa alcoba agradable, a pesar de los miles de guardias escogidos que lo acompañaban, con sus amigos a punto de descender la escalera para festejar con una excelente comida en el hermoso comedor el día de la liberación! El señor Regis, futuro presidente, podría ser muerto a menos que fuesen descubiertos los espías... En cuanto a él, al parecer podía ser sacrificado.

Vuelta la pistola a su funda, tomó asiento, de frente a la puerta. Un sudor frío le corría por la espalda.

La puerta se abrió y Bishop, Edwards, Grandon y Keiser, hicieron su entrada saludando sonrientes y animosos. Durant miró a Grandon y vio qué tensa era la sonrisa del joven teniente, muy precavido, además. Grandon sabía que eso iba a ser una prueba. Durant dedicó con presteza su atención a los demás. ¿Bishop, ese militar duro y estúpido, con sus ojos apagados y nada inteligentes? No, Bishop no. En él no había nada de fanático. ¿Keiser, su sargento? No el sargento Keiser, tan devoto del coronel. ¿Edwards, el de los ojos duros color de almendra, brutal arrogancia y maneras insolentes? Edwards, decididamente. ¿Quién era el otro? ¿O era todo un invento, una mentira, que iba a tener por resultado su propia muerte? Estaba mareado y forzó una sonrisa, en tanto agitaba su mano.

—Bien, por esta vez estamos a solas —dijo, con fingida jovialidad. La voz sonaba cascada en sus oídos—. Muchachos, podremos beber algo y festejar ahora...

—¿Festejar qué, coronel? —inquirió Grandon, apoyado negligentemente en uno de los postes del lecho de Durant.

Keiser, Bishop y Edwards hicieron una mueca. Grandon prosiguió, con amplio y ceremonioso ademán:

—¿Festear el día de la Democracia o la insurrección general de las fuerzas armadas, señor? Todos sabemos lo que ocurre en estos momentos. Y por eso nos hallamos aquí, ¿verdad?

Los otros tres dejaron de sonreír, fija la mirada en Durant, quien supo en ese instante que la muerte acechaba en la habitación, que alentaba en su mismo semblante. «Que Dios me ayude a ser valiente y audaz por una vez —oró—. Solamente una vez, Dios mío.» ¿Qué importa mi vida, de todos modos? Pero su vida era cuanto poseía. Si era menester que la jugara, no quedaba más remedio que hacerlo, por mucho que lo lamentara.

Encendió el cigarrillo con gran cuidado. Al hacerlo, tuvo que desviar la mirada de sus hombres y la presencia de la muerte se apresuró.

—Sí —dijo, por eso estamos aquí. Todo ha terminado, muchachos. Ustedes lo saben, lo mismo que yo.

Se puso en pie y los miró gravemente. Luego fue hasta una bandeja y llenó los vasos de whisky, de espaldas a sus hombres y esperando presa de fuerte tensión que una bala le penetrara en el cuerpo. Todos sus músculos se le aflojaron y la mano le tembló. En verdad pesaba mucho el silencio de la habitación.

Se volvió con el vaso en la mano. Luego lo levantó y con voz más alta y más firme de la que creyera posible, dijo:

—¡Por la república de los Estados Unidos de Norteamérica!

Grandon continuó recostado negligentemente contra uno de los postes del lecho, mas sin mirar ahora a Durant. Su mirada estaba fija en sus compañeros oficiales, todos ellos muy páli-

dos e inmóviles. Los ojillos color de almendra de Edwards reflejaban incredulidad y sorpresa. El semblante de Keiser mostrábase blando y el de Bishop se había vuelto de piedra.

Keiser y Bishop tenían la pistola en la mano y sus ojos resplandecían de furor.

—Me imagino, coronel Cualquiercosa —dijo Bishop— que hemos llegado al final del camino.

—Así es —convino Keiser, cuyo semblante se había transformado por entero, viéndose negro de furor.

—Vaya a ponerse a la vera de nuestro pequeño y encantador coronel, Grandon —dijo Bishop—. Exactamente a su lado, hijo de perra. Lo mismo que usted, Edwards.

Grandon se irguió sin la menor prisa para dirigirse a un lugar junto a Durant... Sonrió a los otros.

—Yo... yo no sabía nada... Creí que el coronel era... era un coronel auténtico. Un hediondo... —Así farfulló Edwards, cada vez más impresionado y junto a Durant.

—Jamás lo fue —dijo Keiser, lanzando una mirada horrorosa a Durant—. Hace meses que estábamos enterados de todo, pero jamás tuvimos oportunidad de quitarlo de en medio, con ustedes, so bastardos, siempre a su alrededor. —Ya no era en modo alguno el sargento respetuoso y estólido.— También lo mataremos a usted, Grandon, pues sabemos quién es.

—Simpáticos muchachos —dijo Grandon cada vez más sereno y hasta divertido—, ¿no se les ha ocurrido pensar que jamás saldrán con vida de esta habitación? Ya saben que los pasillos están llenos de gente nuestra.

—¿Qué importa? —exclamó Bishop con voz ronca—. ¡Si morimos por la Democracia, sea en buena hora! —Hizo una señal de cabeza a Keiser, que apuntó cuidadosamente con la pistola a Grandon. Éste levantó la mano.

—Seré curioso —dijo—. ¿Cómo supieron de mí y del amigo Edwards, aquí presente?

—No interesa —dijo Bishop, difícilmente reconocible, pues ahora era todo competencia— ...traidor —agregó, con un adjetivo bastante grosero a Durant.

Se produjo una llamarada, un estruendo, el repentino y acre olor de la pólvora. Durant se llevó la mano al estómago, con ademán involuntario. El aposento, brillantemente iluminado, se llenó de humo. Luego la habitación comenzó a dar vueltas de manera lenta y enfermante. Una espantosa agonía acometió las partes vitales de Durant, quien pensó en plena confusión que, después de todo, eran balas de verdad. Cerró los ojos, presa de insoportable dolor, y todo su cuerpo se volvió entumecido y lacio. No había sino oscuridad ante él y una delgada espiral de luz. Una eternidad se cernió sobre él, latiendo como si fuese un millar de corazones.

La espiral comenzó a hacerse más grande, más clara y difusa. Las voces resonaron de nuevo en los oídos de Durant. Algo fuerte y ardiente le corría por la boca. Y alguien expresaba con voz demasiado fuerte: «¡Vean lo que es capaz de hacer la imaginación en el hombre!» Hubo también una fuerte risotada. «Mire», dijo otra voz, «ya vuelve en sí. Más whisky, Sadler.»

En ese torbellino de luz y de sombra que era el dormitorio, Durant se dijo a sí mismo que no estaba muerto. Creía percatarse de que la sangre fluía de su cuerpo, cálido y enfermizo, y

con ella su vida. ¿Por qué no hacían algo, además de hacerle beber whisky a la fuerza? Transfusiones de sangre, pensó vagamente, un médico. Sus manos, frías y débiles, se apretaban contra el abdomen. «Jesús, María y José», murmuró. Un sacerdote, necesitaba un sacerdote. Después se enfureció; los intestinos se le iban de entre las manos y los otros se limitaban a forzar el whisky en su garganta. La risa y las voces se volvieron más claras. Abrió los ojos y simplemente dijo:

—¿Es que no se dan cuenta de nada, bastardos? Me han pegado un tiro. —Su voz no era sino un croar. Sus ojos apagados contemplaron un caos de rostros y de luces confusas.

Ya veía bien una habitación llena. Sadler estaba allí, junto con Grandon y Edwards, media docena de guardias escogidos, los señores Regis y Burgess y Bob Lincoln. Todos estaban a su alrededor; tenía el semblante empapado y babeaba whisky. Los presentes lo miraban llenos de alegre risa, de interés y de solidaridad.

—Han disparado contra mí —dijo—. Me han matado.

—¿Está bien, coronel? —inquirió el señor Regis, inclinado sobre él y sonriente—. Por supuesto no ha recibido ningún balazo. Pero es usted dueño de una buena imaginación, que ha hecho de usted el hombre que es. No tiene ninguna herida, Andy. —Su voz era amable y comprensiva.

—Ni un solo rasguño —asintió Grandon, riendo.

Durant sentíase ultrajado. Retiró las manos del abdomen y las observó. Tal vez estuvieran temblorosas, pero sin sangre. Estremeciéndose de modo violento, inició el examen de su

cuerpo. Estaba completamente intacto. Se sintió más ultrajado aún, por alguna razón desconocida.

—¡Les digo que palpé la sangre y sentí las balas! —exclamó.

—¡Es un valiente! —dijo el señor Burgess con voz conmovida—. El más valiente entre los hombres. Siempre hace falta un valiente dotado de imaginación para enfrentar a la muerte. —Palmeó el hombro de Durant.— Pero nunca se halló en verdadero peligro, coronel, nunca. ¿Cree que íbamos a arriesgar su vida sin necesidad?

—Por supuesto que sí —contestó Durant, sin dejar de examinar su cuerpo. Escupió el whisky que tenía en la boca—. Cualquiera lo haría, en vista de las circunstancias. Su vida, así como la del señor Regis, tienen más importancia que la mía.

Seguía débil y tembloroso, así como avergonzado. Habíase desmayado sin ninguna otra razón que su imaginación demasiado intensa. Su confusión lo inundaba.

—Creo que sería mejor que lo acostasen, pues sufre un fuerte ataque de nervios —indicó el señor Regis, con voz ansiosa.

—¡Linda broma me han jugado! —gritó luego de haber profirido un juramento, a consecuencia de su reacción. Su vergüenza iba en aumento.

—Pero no había nadie más capaz de ayudarnos a descubrir quiénes eran los espías —dijo el señor Regis, que enjugó el semblante de Durant con su propio pañuelo—. Lo siento, hijo mío —prosiguió compungido—. ¿No permitirá que lo acostemos?

El lecho. Un lugar maravilloso. Un hermoso y oscuro lugar de descanso, después de todo lo ocurrido.

—No —dijo Durant—. ¿Creen que pienso perderme la fiesta? —Irse a acostar señalaríalo como un poltrón débil y afeminado, individuo de imaginación cobarde. Se secó los labios con el dorso de la mano.

—¿Qué ha sucedido a Keiser y a Bishop? —inquirió.

—Los matamos —contestó Lincoln— y ya han sido llevados de aquí.

Keiser, con quien había cambiado tantas miradas conocedoras, tantas señales de comprensión. Bishop, el militar estúpido, de tan buen apetito y tan obediente. No era posible. Pero había visto sus semblantes en esa misma habitación, así como sus pistolas. Movi6 la cabeza con ademán violento, antes de decir:

—Si poseyera la imaginación que me acreditan, tendría que haber sabido.

Comenzaba a sentirse más fuerte, a pesar de su vergüenza. Si ahora tuviera una herida, no importa cuán insignificante, no parecería tan desgraciado ante sus propios ojos. La mortificación hizo enrojecer su semblante pálido y su cólera retornó.

—No me perderé esta celebración —dijo con firmeza.

Con sus nervios vergonzosamente alterados aún por su ordalía, Durant descendió la escalera con sus amigos para dirigirse al espléndido comedor. Una mesa circular había sido dispuesta con la plata y el cristal más hermosos e iluminada con numerosas velas. Otra mesa más reducida esperaba a sus oficiales ejecutivos, reducidos ahora a dos.

Esto, más que ninguna otra cosa, fue lo que produjo impresión a Durant. Bishop no había sido de su agrado ni de su desagrado, mas había disfrutado con sus bromas, su aspecto de militar sencillo pero jovial, sus modales que inducían a la confianza. Con respecto a Keiser había experimentado a disgusto cierta afinidad. Era imposible creer que esos hombres atentaran contra su vida, lo aborrecieran largo tiempo y fueran sus enemigos. «Soy ciertamente cándido», pensaba, mientras ocupaba su asiento a la derecha del señor Regis. Sentíase tan miserable que durante algún tiempo no le impresionó la circunstancia de ocupar el lugar de honor junto al futuro Presidente de los Estados Unidos.

La capitana Steffens tomó asiento a la izquierda de su padre, sonriente, pero con la mirada distraída y llena de sufrimiento. Durant olvidó algo de su propia miseria al mirar el hermoso semblante de esa mujer y pensar en su dolor íntimo. Ben Colburn, en cambio, era otra vez dueño de su antigua y serena animación; la alegría y la esperanza resonaban en su voz y resplandecía en su sonrisa. El doctor Healy hallábase preocupado con sus propios y agitados pensamientos. Ya se veía dirigiendo un hospital en Washington y había diseñado en su imaginación todo el programa de reeducación de la ciudadanía, realizado todo punto por punto: las escuelas para niños y las escuelas para adultos. Desde luego no sería obligatoria la asistencia de los adultos a las mismas, pero podrían hacerlas excitantes. La prensa sería inducida a la publicación de propaganda en favor de la libertad, la confianza en sí mismo, la individualidad, tal como durante décadas centenas de psicólogos y psiquiatras, por imposición del Estado, habían pervertido la imaginación del pueblo haciéndoles creer que aquel debía ser todopoderoso e implícitamente obedecido, bajo pena de ser calificado como

«anormal». Tendremos que abandonar ese peligroso concepto de «imagen madre», pensó el doctor Healy, no porque no sea cierto en casos individuales sino por haber sido utilizado para traicionar al pueblo.

El doctor Healy hallábase muy agitado. Había servido a la Democracia, bien pero cínicamente. Confesóse a sí mismo que era un alivio poder abandonar el cinismo y realizar una tarea constructiva. ¡Él mismo sería libre! Este pensamiento lo agitó más aún. No le había producido satisfacción particular su entrega de «recalcitrantes y psicópatas» al aborrecido FBHS, para lo cual hubo de producir cicatrices y callosidades en su cerebro. Liberar a la juventud de una muerte sin cerebro y de la esclavitud espiritual iba a ser en verdad muy bueno. A manera de prueba, comenzó a abrigar la idea de Dios.

Walter Morrow conversaba con Karl Schaeffer, ante la perplejidad de Durant, ignorante aún de qué o quién era el primero. Empero, sabía que sus directivas contra los granjeros habían sido llevadas a la práctica con firme exactitud por parte de Morrow, y que éste había pronunciado en la Sección 7 muchos discursos incitantes. Durant veíase fastidiado; Morrow y Schaeffer parecían ser viejos y excelentes amigos. Que nunca hubiera confiado en él el primero de los nombrados, era cosa que lo lastimaba.

Una atmósfera tensa y de alegre anticipación invadía el comedor con su techo elevado y cubierto de vigas, sus candelabros no muy brillantes y su chimenea. Tan sólo los guardias escogidos se hallaban presentes, alineados contra las paredes, hombro con hombro, sus uniformes verdes casi negros en la escasa luz, resplandecientes los botones de metal al ser heridos por el fuego de la chimenea, y sus rostros impassibles. Eran hombres

dignos de confianza y en su mayoría probablemente milicianos, pero Durant no pudo contemplar sus uniformes sin la antigua y terrible aversión.

Las cortinas del comedor no estaban corridas aún y lastimaba la vista el potente resplandor de los vidrios, a consecuencia de la intensa claridad que inundaba el exterior. Durant deseaba que los faros fuesen apagados antes de iniciarse la comida. Mas, al parecer, los circunstantes esperaban algún acontecimiento. Al extremo del comedor brillaba una gran pantalla, y la mesa de los comensales hallábase situada de modo que todos pudieran observarla. Durant experimentaba con la mayor agudeza la tensión de los demás comensales.

Un rugido rechinante y repentino se escuchó fuera de la casa. Al efectuar el señor Regis una señal de cabeza al señor Burgess, todos se levantaron para dirigirse hasta las ventanas. Bajo la tremenda iluminación proporcionada por los faros, estaban colocándose los tanques en posición a cierta distancia de la casa, girando y moviéndose a la manera de monstruos prehistóricos, apuntando hacia arriba los cañones. Los vehículos militares, llenos de soldados o de cañones antiaéreos, ocupaban su lugar en el círculo formado por los tanques. Nuevas filas de soldados hacían su aparición para unirse apresuradamente a los demás. Durant profirió una exclamación.

—Esperemos que... nada... sea necesario —explicó el señor Regis—. Pero no podemos aventurarnos. Creemos que más del cincuenta por ciento de los soldados están de nuestra parte en esta Sección. Sin embargo, las fuerzas armadas cuentan aún con gran parte de fanáticos y de otros que nos consideran traidores y rebeldes, y por ello merecedores de destrucción. Nuestros propios hombres se dedican esta noche, con más frenesí

que nunca, a convencer a los no convencidos, a los estúpidos y a aquellos que equivocadamente permanecen «leales» a los hombres perniciosos de la Democracia.

Levantó la mano y alguien de afuera captó la señal. Los faros se apagaron al instante. Transcurrieron algunos instantes antes de que Durant acostumbrara sus ojos a la oscuridad cegadora. Con el tiempo retornó la blancura apagada de la nieve, junto con la luna serena y silenciosa. Los soldados, varios millares de ellos a esa altura, patrullaban en la oscuridad en filas ordenadas. Las armas apuntaban en todas direcciones, inclusive hacia el cielo púrpuro. El espectáculo era ominoso y Durant se sintió deprimido. No había pensado sino de manera casual que el Estado resistiría. ¡Bombas! Esforzó el oído en busca del estruendo de la artillería antiaérea y fue recompensado felizmente. El rugir de toda una escuadrilla de aviación se oía en lo alto, grandes aparatos de doce motores capaces de transportar seiscientos hombres con todo su equipo, aeroplanos blindados y cañones. Todos escuchaban a la par suyo y Durant vio cómo apretaban los puños y observó la blancura de sus tensos semblantes. Hasta los soldados miraban en masa hacia arriba.

Todos esperaron en tanto los aeroplanos describían círculos. Cada vez los hacían más bajos, esas aves de presa de pesadilla. ¿Y si los bastardos dejaran caer sobre ellos una bomba atómica?, pensó Durant. Los señores Burgess y Regis manteníanse apretados contra las ventanas, mirando hacia arriba en tanto las bandadas de bujardos de hierro daban vuelta para regresar en perfecta formación.

Fue entonces cuando ambos caballeros lanzaron exclamaciones de júbilo. Las panzas de los aeroplanos eran parches bri-

llantes de color blanco, azul y rojo, de forma perfecta. Una estruendosa exclamación de júbilo partió de los soldados que se hallaban afuera, siendo verdaderamente imposible que los contuvieran sus oficiales. Todos gritaban y reían y se abrazaban histéricos. Luego, como respondiendo a una señal, comenzaron a cantar. A Durant se le saltó el corazón y le asomaron las lágrimas. Porque los soldados, vueltos ahora hacia la casa, entonaban el viejo y prohibido himno de la república: «La Bandera Tachonada de Estrellas». El himno se extendía y elevaba, hasta convertirse en verdadero trueno de liberación jubilosa, haciendo vibrar a toda la casa. El cielo parecía estremecerse con el férreo latir de los aeroplanos.

¡Qué maravilloso era el canto de esos millares de jóvenes allí afuera, que cantaban como nunca lo habían hecho, agitando sus gorros, iluminado el semblante por la claridad de la luna, ahogando con sus voces el poderoso rugido de los motores. ¡Era el canto de la libertad!

Había un mástil afuera y, aunque era de noche, una enorme bandera comenzó su ascensión por el mismo, flameando en el viento del invierno. El canto de los soldados se elevó majestuosamente:

«¡Cuyas anchas fajas y relucientes estrellas!»

Las lágrimas asomaban tanto a los ojos de Durant como de los otros. Sus miradas se alzaban a medida que iba elevándose la bandera en el mástil, seguida de una sola luz. Los guardias escogidos del comedor cantaban a su vez. El doctor Healy, que había oído su melodía durante la infancia, pero no recordaba la letra, comenzó a tararear:

«¡...probó a través de la noche Que nuestra bandera seguía allí!»

Siempre había estado allí, pensó Durant llorando ahora abiertamente; siempre había estado, en el corazón de la gente degradada. Podríamos habernos esforzado toda la vida, mas sin el pueblo no habríamos hecho nada. Éste recordaba el canto, sí, lo recordaba:

«... la tierra de los libres y el hogar de los valientes!»

Ya la bandera que ondulaba al viento erguía-se sin que nadie la desafiara entre el cielo y la tierra, altivamente, por sobre los semblantes juntos de quienes la saludaban con pasión reverente. Luego, de improviso, oyó-se la salva de los cañones y una viva explosión de la atmósfera invernal, el saludo de los hombres hechos libres. Eran veintiún cañones que destrozaban la noche, retornando el eco de todos los confines y aun desde el cielo. Los soldados saludaban a la bandera, firmes, sus mil-lares de ojos fijos en ella con grave exaltación, mientras los rojos resplandores de la artillería iluminaban el paisaje nevado y toda la tierra se estremecía.

¡Nada de ocultarse ahora ni nunca más temor! La tiranía, como el infierno, no es cosa fácil de vencer. Pero podía ser conquistada por hombres valientes y abnegados. Y había sido conquistada esta noche.

Se oyó el último cañonazo de saludo. Los faros volvieron a iluminar el paisaje con su luz ennegecedora. La bandera flameaba y los soldados volvieron a agruparse en pelotones. El señor Regis sonrió a sus amigos, después de haber corrido las cortinas.

—Aún no hemos triunfado, pero hemos lanzado nuestro desafío—dijo.

Todos regresaron a la mesa, sonriendo entre sí.

—Pero de fijo nadie será capaz de resistirnos —habló Morrow.

—Todos los oficiales comandantes de las diferentes Secciones están de nuestra parte —dijo el señor Burgess— con excepción de dos, que son hombres recios y decididos. Actúan bajo las órdenes del Presidente y dominan a sus soldados. Si esos soldados se rebelan por su cuenta, al saber de la rebelión de otras Secciones, podremos estar seguros de haber triunfado. En el ínterin habremos de esperar.

—Pero, ¿qué pueden hacer tales comandantes con sus hombres, ante toda una nación en estado de rebelión pasiva? —inquirió Durant—. Los burócratas se rebelan, lo mismo que los MASTS y los granjeros. Es cierto que han venido laborando por el restablecimiento de la república, pero lo han hecho para sus propios fines, creyendo que el derrocamiento de la Democracia significaría su vuelta al poder. Con el tiempo advertirán que han sido engañados, por sí mismos, desde luego. Empero, han ayudado a estimular la revuelta. ¿Cómo pueden unos pocos dominar a los muchos?

—Los pocos lo han hecho siempre —dijo con tristeza el señor Regis—. Se trata de algo que nunca debemos olvidar. Y el pueblo no está exento de culpa, como bien sabe.

Aunque la comida era excelente, ninguno se percató de ella. A la mitad del plato de carne oyóse un crujido repentino del lado de la pantalla y ésta resplandeció, una imagen se movió sobre

la misma y, por último, apareció el rostro de tamaño natural de un comentarista de noticias, lleno de agitación.

—¡El presidente de la Democracia acaba de hacer una manifestación! —exclamó—. ¡Ya no constituye un simple rumor que algunos militares traidores han osado declarar que ha sido restaurada la antigua República de los Estados Unidos! Sin embargo, el Presidente ha manifestado lo que sigue: «Confío en que el pueblo de la Democracia permanecerá tranquilo y leal a su gobierno libre, sin responder al llamamiento de los traidores. El gobierno del pueblo no se siente alarmado aquí en Washington. Sabemos que el pueblo no permitirá este insano asalto contra su dignidad y sus libertades, esta desesperada insurrección de un reducido grupo de militares, junto con algunos otros grupos que desean esclavizar y dominar a nuestra nación, libre y poderosa, para sus propios y perversos fines. En este día de la Democracia, dedicado a nuestro pueblo, nos mantenemos firmes en nuestra determinación de que prevalezca el derecho, la libertad y la justicia, que los traidores sean destrozados y castigados y dominados nuestros enemigos.»

Durant pensó en los centenares de miles de rostros silenciosos e implacables que llenaran las calles de Filadelfia esa jornada. Pensó también en la inmovilidad del pueblo en las demás ciudades del país. Eran millones los que ahora escuchaban la manifestación del Presidente. Millones los que pensaban. ¿Dejaríanse engañar de nuevo para ser llevados a la muerte?

Nadie comía en el recinto, fija toda la atención en la pantalla. Hizo su aparición otro comentarista de la capital, detrás del cual veíanse filas de hombres que escribían con gran actividad, en tanto otros escuchaban ante los teléfonos.

La Sección conocida anteriormente como Canadá se hallaba en plena revuelta. Una hora antes un vocero desconocido en Ottawa había declarado al Canadá libre de la Democracia, formando una nación por su propio derecho. Los ejércitos de la Democracia habían desaparecido de manera súbita y misteriosa de la antigua frontera, informándose de su retirada en completo desorden. El pueblo del Canadá, no obstante estar armado y deseoso de completa venganza, no los había perseguido. Rumoreábase que los soldados de la Democracia, en determinadas zonas a lo largo de la antigua frontera, habían saludado y vitoreado a la bandera canadiense mientras era izada sobre mástiles improvisados en forma apresurada. No era sino un rumor, desde luego, manifestó el comentarista, tembloroso de agitación, el cuello de la camisa desabrochado y lleno de sudor el semblante. El presidente Slocum suplicaba al pueblo que comprendiera que no se trataba sino de un simple rumor, lanzado tan sólo para sembrar la confusión.

Hizo su aparición un nuevo comentarista, viéndose a otros cinco alineados detrás de él.

La Sección antes conocida por México, se hallaba sangrientamente amotinada. Millares de soldados de la Democracia habían sido asesinados. ¡Pero no era sino un rumor, un rumor!, exclamó histérico el comentarista, en tanto se enjugaba el sudor de su rostro. ¡Esperen un momento, por favor! El comentarista recorrió con la mirada un despacho que le acababa de ser entregado. Ahora gritó, frente al auditorio: «México se ha declarado libre de la Democracia tan sólo hace una hora, según el rumor. Los puentes que atraviesan el río Grande están llenos de soldados de la Democracia, cuyos ejércitos se retiran, sin

disparar un solo tiro ni volar los puentes. La bandera de México ha sido enarbolada... pero no se trata sino de un rumor... un rumor, repito... que el pueblo no debe creer, permaneciendo en calma...»

El señor Regis y sus acompañantes se miraron con profunda pero silenciosa emoción. Esperaron en sus asientos.

Se rogaba al pueblo se mantuviese recluido en sus hogares o en los lugares de reunión oficiales durante las horas siguientes. «Se transmitirán de tiempo en tiempo noticias de enorme importancia para mantener al pueblo informado de la traición de un puñado y disipar los rumores peligrosos.» La pantalla volvió a oscurecerse.

—Han suprimido a los demás comentaristas, al menos por ahora —dijo el señor Regis—. En alguna parte acontece algo...

Una voz partió de la pantalla, sin que apareciese ninguna imagen.

—El Presidente acaba de informar a esta nación que el Magistrado Principal, turbado y molesto por los rumores infundados y maliciosos, se ha dirigido apresuradamente a la Casa Blanca para consultar con el Presidente sobre los medios a utilizarse para suprimir tales rumores y asegurar al Presidente la devoción de las fuerzas armadas y su lealtad. Entretanto, esperen otros anuncios.

—Todos son hombres buenos —dijo el señor Regis acerca de los comentaristas—. Ha llevado dos años elegirlos.

Se puso en pie, con el vaso de vino en la mano, y los demás lo imitaron. Luego de haberles sonreído, uno por uno, alzó su vaso.

—¡Por la República de los Estados Unidos de Norteamérica!

Bebieron con gran solemnidad, temblando el vaso en sus manos.

—No seré yo quien aliente demasiadas esperanzas —habló el señor Regis—. Esto no terminará sin grandes violencias. Los dos comandantes «leales» de esas Secciones «leales» cuentan con gran cantidad de tropas. Pueden ocasionar grandes perjuicios...

La pantalla comenzó a iluminarse en gran escala. Volvió a verse la cámara transmisora. Otro comentarista levantaba la mano derecha pidiendo atención, en tanto miraba un manojo de papeles en su izquierda.

—Me temo que sean más rumores —dijo con tristeza—. En las Secciones 1 y 6 el pueblo, lanzado en masa por las calles de diversas localidades de las referidas Secciones, ha rehusado retirarse a sus domicilios. O mejor dicho, ha desobedecido en forma silenciosa y pasiva las órdenes del ejército. Por orden de los dos comandantes adictos, las tropas dispararon contra grupos de la multitud. Rumoréase que por lo menos cinco mil civiles resultaron muertos durante la hora pasada. Pero he aquí otro rumor: el populacho se lanzó contra los soldados, que fueron arrollados y desarmados, resultando con numerosas bajas, a su vez pisoteadas en las calles. Sin embargo, el populacho parecía bien disciplinado y dirigido y luego del rumoreado asalto contra el ejército ocupó nuevamente su lugar en las calles. Al oír este rumor, el Presidente ha manifestado su pesar ante el apresuramiento de los militares al disparar contra el pueblo, sin provocación, y promete el castigo de los culpables.

El comentarista se hizo a un lado y su lugar fue ocupado por otro joven. Éste miró al auditorio formado por millones con ojos relucientes, antes de comenzar a hablar, con visible acento meridional.

—Se rumorea, y recuerden, amigos, que no se trata sino de un rumor, que las Secciones meridionales se han rebelado en masa. Traidores, que se dicen hablar en nombre del pueblo del mediodía, han declarado que todo el sur se halla liberado de la Democracia desde este instante, y que a menos que se restablezca en Washington un gobierno constitucional dentro de los próximos tres días, el sur anunciará al mundo que constituye una nación independiente. Pero, amigos, no hay que creer en rumores. ¡El Presidente os suplica no creáis en todos esos rumores descabellados! Él mismo se mantiene en calma, está firme en su puesto y en estos momentos está cenando. Al preguntársele hace cinco minutos, negó que vaya a dirigirse al pueblo de la nación a media noche, porque confía en que todos esos rumores sean falsos y el pueblo sea leal a su gobierno. El Presidente rio con fuerza...

Nuevamente la pantalla quedó vacía.

El señor Regis cambió una mirada con el señor Burgess, antes de observar su propio reloj.

Las carnes y pescados, los vinos y las ensaladas permanecían sobre la mesa, sin que nadie comiese ni bebiese ya. Alice Stefens veíase con la cabeza inclinada y las mejillas llenas de lágrimas. Todos los hombres se hallaban pálidos y sombríos, jugando distraídamente con los vasos y cubiertos. Los guardias escogidos permanecían inmóviles. Los jóvenes soldados

afuera, cantaban de nuevo mientras desfilaban, cantos dichosos de alegría y juventud.

El resplandor de las velas y la chimenea parpadeaban en todo el gran recinto, cuya atmósfera era muy abrigada. En alguna parte un reloj hizo oír diez sonoras campanadas, afuera hubo algunas risas, y los reunidos en el comedor escucharon. ¡Risa! ¡El pueblo volvía a reír en Norteamérica! ¡Reía la juventud!

Al pensar en su familia, Durant se dijo que toda esa labor y todo ese sacrificio no había sido nada comparados con la libre y alegre risa de la libertad. Toda la tarea realizada por sus compañeros, todo lo sufrido por ellos, las numerosas muertes acaecidas, todo el dolor, las lágrimas y la amargura, eran un precio reducido que pagar.

—Con frecuencia recuerdo lo dicho por Goethe —decía el señor Regis— tocante a la verdad y el error: «Lo principal es poseer un alma que ame la verdad y la atesore una vez encontrada». Otra cosa más: la verdad requiere ser repetida de manera constante, pues el error se nos predica en todo momento, y no sólo por individuos aislados sino por las masas. En diarios y enciclopedias, en escuelas y universidades, en todas partes cabalga el error y se mece en la conciencia de que cuenta con la mayoría de su parte. —Miró a sus amigos con profunda gravedad.— Recordémoslo. Tengamos siempre en nuestra memoria que son pocos los amantes de la libertad que la conservan y derrocan a la tiranía cuando aparece, y que enseñan al pueblo lo que significa ser libre y lo rescatan de la esclavitud. Hoy es el día más venturoso de la historia de Norteamérica, un día que jamás debe ser olvidado. Siempre debe haber milicianos vigilantes como centinelas custodios de una frontera vulnerable.

Nunca jamás debemos volver a ser complacientes, concediendo esta pequeña libertad y esta pequeña ley, en nombre de la «seguridad y del bienestar nacional». La seguridad y el bienestar nacional dependen del más exacto cumplimiento de las leyes, y no debe permitirse que ninguna «emergencia», artificial o simulada, abroge la menos importante de nuestras leyes, la encadene o la modifique. Ni aun las guerras, si en alguna oportunidad se producen para nuestra deshonra, deben ser pretexto para atacar a la Constitución. Cuando una de las leyes de la nación se quebranta con impunidad, las demás de vuelven ineficaces. Un indicio de enfermedad en el cuerpo de una nación, hace enfermo al cuerpo entero.

—He estado bosquejando en mi mente —dijo el doctor Healy con gran respeto— un curso de instrucción que deberá ser obligatorio en todos los establecimientos de educación, tanto públicos como privados. Sobre todo, a los niños, debe enseñárseles que sean celosos de su libertad y que reconozcan al enemigo tan pronto como aparezca. —Se detuvo y su delicada piel se coloreó de entusiasmo.— No hablo simplemente de la historia de Norteamérica. Quiero decir que debe enseñarse a los niños el significado de la libertad, de la confianza en sí mismos, así como la dignidad, y este curso ha de ser el más importante del curriculum. He llegado a la conclusión —agregó, al ver como los demás se concentraban en sus palabras— de que sin libertad no puede haber verdadera ciencia ni artes, ya que el espíritu proletario las inhibe. El siglo veinte no produjo ningún gigante en ninguna de las artes clásicas, porque declinó el espíritu aristocrático al apoderarse el industrialismo de la mente del pueblo. El industrialismo en sí no es un mal y es algo necesario. Pero sus valores son crudos y materialistas y deben ser cambiados.

—Las masas como tales —habló ahora Ben Colburn con su voz suave y vacilante— no poseen espíritu, emoción heroica, pasión creadora, dignidad ni esplendor. Es sólo al ser quebrada la masa en sus distintas unidades individuales, agudamente independientes y actuando solas, cuando la variedad emerge y con la variedad el arte y la ciencia verdaderos.

—Me parece —terció Walter Morrow— que una de las mejores salvaguardas del país debiera ser estimular el orgullo y, sí, la división en gremios. El individuo debe mostrarse orgulloso si es productor de herramientas y creer que su labor es la más importante. El granjero debe tener sus tierras como cosa sagrada y proceder de acuerdo con tal creencia. El maestro, el abogado, el médico, el comerciante, el plomero, el tejedor y el fundidor... todos deben cultivar un intenso orgullo en su tarea, convencidos de que el país no puede existir sin ellos. La altivez es el enemigo de la mente de masa...

—Una nación sin honra ni respeto de sí misma tiene que caer —dijo el señor Burgess, asintiendo con ademán de cabeza.

La pantalla se iluminó, crujiendo otra vez, y una enorme cabeza se presentó a la vista de los comensales, con los ojos enormemente excitados.

—¡Se rumorea que el pueblo permanece en las calles de todas las localidades de la Democracia, sumando centenas de miles, mejor dicho, millones! ¡Ni la nieve, la lluvia, los vientos huracanados, los vientos tropicales, el hielo ni la escarcha son capaces de disolverlo! ¡Amigos, esto es imposible! Una nación se ha puesto en pie sin que puedan evitarlo los cañones ni la persuasión. Se aproxima la hora del cambio de medianoche de

los turnos en las fábricas bélicas; los trabajadores no se mueven. Las granjas, los ranchos y las plantaciones han sido abandonados, y todo el mundo se halla congregado en los pueblos, aldeas y ciudades. ¡Esta es la demostración más impresionante y terrible! ¿Qué es lo que demuestra el pueblo? ¿Por qué ese silencio tan asombroso y esa inmovilidad a través de toda la nación? Al parecer no cuenta con líderes ni con quien lo incite. El pueblo se limita a congregarse y a permanecer en los lugares en que se ha congregado.

—Los barcos permanecen oscuros y desiertos en los puertos. Los estibadores se han ausentado. Los materiales de guerra se ven apilados en los muelles. Nadie los custodia. ¿Dónde se hallan los soldados que debieran estar allí? ¿Dónde los serenos? ¿Y los marineros de los barcos de guerra anclados en el puerto? ¿Por qué han sido abandonados los campos de aviación? ¿Y los trenes en los desviaderos?

La voz se quebró. El locutor comenzó después.

—Se me ha prevenido otra vez para que les diga que todas esas cosas son rumores. No es sino un rumor el que alega que los mineros no retornarán a sus minas ni los granjeros a sus granjas. De seguro que el pueblo no ha perdido su ánimo ni su devoción a las nobles palabras de nuestro Presidente: «¡Unidad! ¡Deber! ¡Sacrificio!» ¡De fijo que el pueblo no traiciona a su patria en esta hora desesperada en que guerrea contra el enemigo! ¡Pero todo son rumores! Todo se halla tranquilo y en calma. El Presidente agasaja a sus amigos...

El señor Regis miró a sus amigos y todos sonrieron con alegre tranquilidad. Luego dijo:

—Conozco a Slocum y lo conozco bien. Se está fortaleciendo con whisky en gran cantidad y alguien le lava la cabeza. Es un hombre muy estúpido. Los anteriores tiranos del siglo siempre dejaron intacto algún país al cual pudiesen huir cuando las cosas se pusieran bastante serias para ellos. Pero el señor Slocum no tiene donde ir.

El reloj hizo sonar las once.

—Partiré al amanecer para reunirme con nuestro Presidente —dijo el señor Regis—. Y creo que le placera mi consejo.

—¿Dónde están los trabajadores del servicio civil esta noche? —gritaba la voz—. Las oficinas de nuestros diferentes departamentos de todo el país deberían verse llenas, pero los edificios permanecen a oscuras. No hay fuego en los hornos. ¡Ah, otro despacho! Una fuerza esquelética de trabajadores ha hecho su aparición en las playas ferroviarias, dirigiéndose a su labor en silencio. Los trenes que conducen alimentos, pero sólo alimentos, están en marcha de nuevo. La misma fuerza reducida se hace presente en los lugares necesarios para mantener en uso limitado los servicios de utilidad pública. ¡Otro despacho! Todos los presos políticos están siendo liberados por sus carceleros. ¡Las prisiones han sido abiertas! Corre el rumor de que el pueblo manifestó que, en caso de no hacerse, el populacho descendería sobre las cárceles para atacar a los funcionarios sin la menor piedad. ¡Anarquía! ¡Violencia popular! ¿Permitirán todo eso las fuerzas armadas? ¿Pero dónde están las fuerzas armadas?

Otro semblante hizo su aparición sobre la pantalla. Un disco transmitió un toque de clarines y tambores. El Presidente hablaría al pueblo a medianoche.

A las doce de la noche, en punto, se cernieron sobre la pantalla fuertes relámpagos de color, Con movimientos muy ágiles y en ceguedores. Al parecer los encargados de la transmisión de la Casa Blanca hallábanse muy nerviosos, pues experimentaban dificultad en la transmisión.

Hubo después una sacudida de color y el semblante del Presidente hizo su aparición, tres veces su tamaño natural. Otros acordes de trompetas y tambores, una o dos estrofas del himno favorito del Presidente, como preludio de una voz aprensiva y chillona en extremo:

—¡Señoras y caballeros! ¡El Presidente de la Democracia!

—Todo se ve desordenado y fuera de lugar —observó Durant al ver el confuso semblante del señor Slocum y sus esfuerzos para hablar, en tanto las trompetas iban callando, farfullaban los tambores y el himno nacional convertíase en confusión. El señor Slocum hizo un ademán distraído y todo quedó sumido en silencio.

Ese silencio evidentemente confundió al Presidente más de lo que hicieran las trompetas y tambores, junto con el himno, puesto que ahora que se veía solo en la pantalla no podía hablar en absoluto. Su boca grande de roedor movíase impotente; sus ojillos astutos iban de un lado para otro de manera frenética; la nariz le temblaba. El semblante era pálido y estirado y un músculo tironeó con violencia su mejilla derecha. Llevó las manos a la cabeza para alisar su escaso cabello gris. Pudo verse que respiraba con dificultad, a la par que temblaba. Hizo un esfuerzo para sonreír, mientras bajaba las manos, y permaneció allí como la imagen misma del terror y de la distracción,

visiblemente estremecido y tragando saliva en forma espasmódica.

El silencio se prolongó y los músicos trataron de llenarlo con lo que querían ser estrofas del himno nacional. El Presidente hizo girar la cabeza sobre su cuello delgado y al parecer lanzó una interjección.

La música cesó en el acto.

No había en él dignidad ni coraje, fortaleza ni orgullo. Cuando, finalmente, pudo oírse su voz, fue un chillido de mujer, la voz del terror más completo. Al gesticular, se arrugó su semblante demacrado.

—Conciudadanos. Me he dirigido a vosotros hace algunas horas. En este día heroico de la Democracia, dedicado al pueblo y al gobierno del pueblo. Considero adecuado que sea dedicado de ese modo, pues sin el entusiasta apoyo de todos vosotros, sin vuestra abnegación, la Democracia no habría podido establecerse jamás y seríamos en estos días esclavos de la reacción y del gobierno reaccionario.

—Ah —murmuró suavemente el señor Burgess, al ver que el Presidente se había detenido para tragar saliva—. No sabe lo bien que habla.

—... esclavos del constitucionalismo reaccionario —prosiguió el presidente con voz apretada y chillona en su terror—. Nuestro país disfruta ahora de la más grande libertad de toda su historia, su mayor productividad, sus más grandes triunfos. La pobreza ha sido abolida; los pocos ya no explotan a los muchos. Debido a nuestras prolongadas guerras con el enemigo, hemos debido imponernos un estado de cierta austeridad. El

pueblo lo ha comprendido y se ha prestado voluntariamente al racionamiento, así como a otras restricciones, por el bien supremo, por el bien del Estado. El egoísmo ha sido abandonado como medio de vida. Todos trabajamos de manera colectiva, compartiendo por igual nuestra labor, nuestras durezas y nuestras realizaciones. Repito que, sin el pueblo de esta democracia, vuestro gobierno no habría podido establecerse con tanta firmeza ni habría alcanzado la dirección del mundo.

Las manos le sudaban al parecer, pues extrajo el fino y blanco pañuelo para enjugárselas con movimiento convulsivo. No volvió a su lugar el trozo de hilo, sino que lo mantuvo en las manos, retorciéndolo en ademán demostrativo de su pánico.

—El trabajo ha sido dignificado como nunca lo fue en la historia de nuestro país. Hasta podría decir que el trabajo nos rige, así como rige las necesidades y el bienestar del trabajo. Hasta el advenimiento de la Democracia, el trabajo ocupaba la capa inferior de nuestra existencia nacional. El trabajo hizo nuestro Estado; el trabajo lo sostiene. Y nos conducirá a cimas aún más elevadas. El trabajo aplastó a la reacción y nosotros somos obra suya.

La voz fue disipándose. El hombre miraba con fijeza desde la pantalla en su temor impotente. Transcurrieron algunos instantes antes de que volviera a hablar, pareciendo como si se percatara del enorme aborrecimiento, el furor y la vergüenza que excitaba en los millones de oyentes, lo cual lo aterrorizaba.

—Vosotros hicisteis este gobierno, mis queridos amigos. Vosotros me erigisteis en vuestro líder. Porque deseabais un Estado más de acuerdo con vuestros deseos y vuestros sueños.

Juntos abolimos la antigua Constitución, al llegar a la conclusión de que a todos nos inhibía. Yo saludo a cada uno de los trabajadores de ambos sexos, y a todos los que han contribuido a que esta nación sea lo que es.

Se le hizo un nudo en la garganta. Sus ojos iban veloces de un lado para otro como en implorante desafío.

Los soldados cantaban y reían afuera. La bandera flameaba por encima de ellos con gloriosa altivez, arrojando sus estrellas hacia las estrellas más elevadas y extendiendo sus fajas brillantes bajo la luz de la luna.

—Se me ha llamado la atención —chilló el Presidente— acerca del hecho de que el pueblo se muestra tan entusiasta en este día, dedicado al mismo, que permanece en la calle en todas las ciudades, como si le disgustase que el día tocara a su término. Yo deseo, mis queridos amigos, poder estar con vosotros esta noche, disfrutando vuestra victoria y vuestra felicidad. ¡Pero hay una guerra! ¡Hay una tarea que cumplir! La industria esencial no puede detenerse un solo instante, ¡ni siquiera ante una prolongada celebración del día de la Democracia! Hay millones de vosotros que deben acudir a sus labores en las plantas bélicas, en las redes ferroviarias, en las fábricas de electricidad y en los numerosos campos de vuestras actividades. Hay otros millones que no serán requeridos hasta las seis de la mañana. Sé que todos vosotros, luego de mi humilde disertación, regresaréis a vuestros hogares para gozar de un merecido descanso, o a vuestros lugares de tareas. Un consejero íntimo me previene que vosotros insistís en que os hable ahora y que esparáis para escucharme; de lo contrario no estaría aquí privándoos de un tiempo que resulta tan valioso para nuestro esfuerzo bélico.

Mis queridos amigos, estoy fuertemente conmovido por vuestra devoción. Pero al mismo tiempo me encuentro alarmado por ciertos rumores traidores que han llegado hasta mí esta noche, rumores lanzados por los que trafican con el odio, la confusión y la mentira. Estos reducidos enemigos de la Democracia han venido lanzando embustes a nuestras estaciones radio-transmisoras. En vuestro nombre, por tanto, demandaré que prevalezca la censura más severa desde esta misma noche, para que no volváis a ser distraídos de vuestra tarea en la causa común por falsedades ni confusiones ni ningún intento contra nuestra unidad nacional.

«¡Sabotaje! ¡Rebelión! ¡Desobediencia! ¡Revuelta de grandes grupos de nuestras fuerzas armadas, tan maravillosas, de los granjeros, los trabajadores y los líderes de la industria! Tal lo que habéis venido oyendo durante las últimas horas transcurridas. Queridos amigos, podéis creer si os digo que todo son embustes. Jamás ha estado la nación tan unida. ¿Os mostráis incrédulos ante esos rumores de los enemigos de la Democracia? Yo no me muestro incrédulo, porque conozco la manera de proceder del enemigo, así como su finalidad. ¡Desea convertirnos en esclavos de intereses egoístas y del gobierno reaccionario nuevamente! ¡Quiere privaros de vuestra honra actual! ¡Pero no lo permitiremos! ¡Permaneceremos todos firmes y unidos, cual un solo hombre, todos bajo una misma bandera!

El semblante marchito del Presidente volvióse escarlata sobre la pantalla, y en su frente comenzaron a verse las gotas de sudor. Alguien le alargó un vaso para que bebiese. Su color era sospechosamente ámbar. Otra mano le alcanzó después un papel, que asió con avidez. Su semblante se iluminó de júbilo.

—¡Mis amigos! ¡Acabo de recibir un mensaje de manos del Secretario de Protección! ¡Nuestros valientes soldados acaban de anunciar que la bandera de la Democracia flamea ahora en todas partes a lo largo de los Andes! No hemos completado aún la conquista de toda Sudamérica, pero aseguro que dentro de pocos meses nuestros enemigos del continente nos suplicarán paz. ¡Vuestros hijos han realizado esto, amigos míos! ¡Han dado su sangre y su vida para que nosotros, sus padres, sus esposas y sus hijos, disfrutemos de paz permanente en el mundo, de progreso permanente, de prosperidad y de civilización! ¡Pronto tendremos a nuestra completa disposición los nitratos chilenos, los ricos frutos y el caucho brasileño, las materias primas y las organizaciones industriales argentinas, los minerales del Perú y los brazos voluntariosos de millones de trabajadores y ciudadanos oprimidos de la América del Sur! ¡Regocijaos conmigo de este triunfo, o más bien permitidme que yo me regocije con vosotros, ya que lo habéis hecho posible!

»Y ahora, mis queridos hermanos, regresad a vuestros hogares y fábricas, a vuestros lugares de combate. No permitáis que os confundan los enemigos de la unidad nacional ni os engañen para llevaros a la resistencia pasiva contra vuestro país. Nuestros adversarios son muy pocos y estamos ciertos de que el país, con todas sus organizaciones protectoras, se halla lo suficientemente disciplinado para encarar cualquier emergencia y dominarla. Conocemos al enemigo. No le quitaremos la vista de encima y antes de mucho, con vuestra ayuda y la de vuestros departamentos, serán acorralados y juzgados de acuerdo con la naturaleza de sus crímenes.»

Se había hipnotizado con su propia voz, que era ya de un tono más firme y menos histérico. Ahora le resultaba posible gesticular con más naturalidad y gritó, con las manos en alto:

—¡Unidad! ¡Deber! ¡Sacrificio!

Resonó la música, se esfumó el semblante del Presidente y se vio flamear la bandera de la Democracia. Las estrofas del himno nacional salieron rugientes de la pantalla.

El señor Regis y sus amigos rieron en voz alta, pero el doctor Healy se mantuvo grave y agitado.

•—Acabo de descubrir algo —dijo, observándolos con ansiedad—. Slocum no es malo sino necio. Desde luego, los necios son más peligrosos que los malos, pero aquéllos son factibles de ser asustados en un aprieto. Los malos no pueden ser atemorizados, porque el mal es su naturaleza. —Después inquirió:— Señor Regis, ¿qué matiz político tendrá la nueva república? ¿Un poco de fascismo, de comunismo, o un toque de socialismo?

—Es usted aún joven, ¿verdad, doctor? —El señor Regis contestó, mirándolo sorprendido.— Esa es la tragedia; que millones de vuestros contemporáneos, y millones más jóvenes, no han conocido jamás lo que representa vivir bajo un gobierno libre. Siempre ha tenido que haber un «ismo» ante ustedes. No conocen nada mejor y por eso no se los puede censurar. Mas permítame que le diga esto: no habrá sino el antiguo gobierno norteamericano, bajo la constitución restablecida.

La pantalla volvió a mostrar sus ondas de luz y hubo otro comentarista, que gritaba:

—El Presidente ha pronunciado su más emocionante discurso dirigido al pueblo esta noche. Pero el pueblo no regresa a sus «puestos de combate» como los llama el Presidente. ¡Se dirige tranquilamente a sus casas! Las calles están quedando desiertas y las casas permanecen oscuras. ¡En resumen, el pueblo no hace nada!

»Pero otra es la historia referente a las Secciones 1 y 6. Se rumorea que ambos comandantes leales han invadido las Secciones desleales linderas, para aplastar lo que se rumorea como rebelión de las fuerzas armadas y restablecer el orden entre el pueblo. ¡Circula el rumor de que ambos comandantes leales acaban de ser asesinados, y por sus propios oficiales! Luego de una o dos salidas sangrientas, las tropas se repliegan más allá de las fronteras de las Secciones 1 y 6. ¡No es sino un rumor que millares de esos soldados se han plegado a las filas amotinadas de sus vecinos! Como ha manifestado el Presidente, todo esto no son sino rumores, fabricados para confundir y atemorizar al pueblo. ¡Nada más que un rumor, mis amigos!

Apareció otro semblante, de aspecto incrédulo y disgustado, pero con los ojos ligeros de un lado para otro.

—Se rumorea que los tres integrantes del Estado Mayor Conjunto han huido de Washington, junto con cinco jefes de Departamentos. De ser cierto, es posible que no se trate sino de una mera reunión para consultar acerca de esos rumores que circulan en tan gran cantidad... —Luego de una pausa, la voz gritó:— ¡Las calles de Washington se ven llenas de automóviles oficiales que abandonan la ciudad! ¡Van con los faros apagados! ¿Adonde van esos vehículos oficiales, a la una de la

mañana? A consultar. ¿Por qué no va con ellos la guardia escogida u otra suerte de escolta? ¿A qué se debe que la Casa Blanca se vea oscurecida, como si se temiese algún raid? ¿Cómo no brillan las luces en el Capitol? Rumoréase el abandono de la ciudad por centenas de senadores igualmente. Pero ¿adonde se dirigirán?

La voz se detuvo y el semblante del joven en la pantalla se volvió oscuro y sombrío. Su mirada era severa.

—Sí, ¿dónde irán? ¿A sus distritos nativos? ¿A unirse a la presunta insurrección de la plebe? ¿Se atreverán a hacerlo? ¿Dónde irán estos hombres? ¿En qué lugar se ocultarán?

Sí, pensó Durant, sombríamente; ¿dónde se ocultarán esos traidores y embusteros, esos asesinos y opresores del pueblo? ¿Dónde podrán ocultarse jamás, que no sean encontrados?

El semblante del televisor fue reemplazado rápidamente por otro.

—¿Qué de rumores! Se dice que la antigua bandera de la República hace su aparición por todas partes, banderas de papel furtivamente pegadas en escaparates, puertas y postes de telégrafo. ¡Banderas toscamente pintadas a mano! En ese caso, ¿cuánto tiempo ha venido pintando el pueblo esas banderas? ¿Quién lo ha dirigido? ¿Quién lo controla ahora, de modo que no hay ataque contra edificios públicos ni voladura de plantas bélicas ni otras industrias principales? ¿Quién ha ordenado el sereno retorno a los hogares para esperar en ellos? ¿Esperar qué? Si esto es una revolución, jamás la ha habido tan disciplinada ni tan sin derramamiento de sangre. ¡A menos, por supuesto, que no sea sino un mero rumor!

La pantalla se oscureció de improviso.

—Habrá más de ello esta noche y todo el día de mañana —dijo el señor Regis—. No me acostaré, pero si alguno de ustedes desea retirarse a descansar, está en libertad de regresar a su dormitorio.

Pero era imposible que nadie pensara en sueño ni en otra clase de descanso. Libre la pantalla, charlaban animadamente, llenos de agitación, cuando no se dedicaban a pensar, serenos y sombríos. Otras noticias llegaban a intervalos, pero siempre previéndose que no eran sino «rumores». Al contemplar los rostros sonrientes, vehementes o reposados de los locutores en la pantalla, Durant maravillóse de la labor silenciosa y paciente que debieron realizar los anónimos milicianos durante los dos últimos años. No se había producido ninguna «captura violenta ni explosiva de comunicaciones públicas», señal distintiva de señalados cambios de gobierno en otros países. Los milicianos se hallaban allí, simplemente infiltrados en las estaciones transmisoras, en espera de sus propias y privadas señales. Una vez recibidas, dedicáronse a la acción, sin obstáculo, derramamiento de sangre ni ademanes espectaculares, impartiendo al pueblo las nuevas relativas a sus hermanos de las demás Secciones e incitando la emoción de sus oyentes a través de gestos, sonrisas, fruncido de labios y miradas. Al hablar en nombre del Estado y mostrarse deferentes cuando nombraban al Presidente o repetir que no eran sino rumores, no había el más leve intento de hacerlos callar.

Pensando en todo ello, Durant fue a decir al teniente Gran don:

—George, usted no era miliciano. ¿Qué pensó que podría hacer ingresando en las fuerzas armadas?

—Sembrar el desafecto, señor —fue la sonriente respuesta del joven—. ¿Recuerda todas las reuniones a que solía asistir? La mayoría de ellas eran dedicadas a oficiales jóvenes como yo y no hacía sino hablar. De manera muy sutil, debo de reconocer de mi parte. También había millares de jóvenes compañeros conscriptos o alistados, y éstos eran verdaderos milicianos que actuaban en el ambiente. Así vino a suceder que ahora más del cincuenta por ciento de los soldados están de nuestro lado. Nadie sabía la labor de los demás. Lo único que interesaba era lo que se estaba realizando. —Inclinó la cabeza, cortésmente, ante Durant.— Desde luego, las cosas no podrían haber sucedido con tanto orden y precisión sin los milicianos, ni con tanta posibilidad de triunfo.

Se hallaba sentado junto a su tío, y el señor Burgess lo miraba cariñoso.

—Creí que yo era el único de la familia que quedaba con vida —dijo—. No, no me pregunten como he llegado a mi posición actual, pues es una historia demasiado extensa. El país está tan lleno de ellas que los escritores tendrán material por lo menos para una centuria.

La pantalla iluminada dejó ver otro semblante.

—¡Se dice que todos los comandantes de Sección han desertado sus puestos! No se los encuentra en ninguna parte. Sus hombres se hallan en estado de anarquía, abandonados por quienes debieran guiarlos y proteger la Democracia. El pueblo no pudo contenerse en Chicago. Provisto de numerosas armas, cayó sobre los cuarteles de la ciudad. Antes de que se pudiese calmarlo, habían resultado muertos más de «doscientos» soldados, y contra menos de cincuenta civiles. Una vez apoderado

el pueblo de esos cuarteles, los soldados confraternizaron con el mismo.

—Ya ven como se habían olvidado ustedes —dijo el señor Regis— de los fanáticos y de los que creían en la rectitud de la Democracia. Se olvidaron de que esos soldados muertos no eran sino simples jóvenes militares, con la mente regimentada al extremo de no pensar por cuenta propia. Lo mismo ocurrirá en todas partes antes de que esto haya tocado a su fin.

Más y más informaciones llegaron en gran cantidad. Los depósitos y almacenes de alimentos de todas las localidades de la nación habían sido atacados por la plebe que, sin embargo, no lo había hecho en forma desordenada. Estaba «dirigida». Las mercaderías habían sido distribuidas por hombres y mujeres a todas luces adiestrados para ello. Los camiones, confiscados al ejército, una vez diestra y completamente cargados, habían partido para los distintos lugares de distribución.

Las fuerzas armadas no ofrecían al amanecer sino una resistencia simbólica, a las órdenes de sus oficiales inmediatos. Al alba, el pueblo no retornaba a sus «lugares de batalla» en las fábricas, pero una fuerza reducida de trabajadores competentes operaban los servicios esenciales y los camiones cargados con leche entraban en las ciudades. En Nueva York, centenares de hombres portadores de brazalete blanco dirigían las operaciones, manteniendo a la vez el orden. Los brazaletes blancos aparecían en gran número en otras ciudades a través de todo el territorio nacional. Las banderas salían de manera misteriosa, confeccionadas en secreto y luciendo las fajas y estrellas de la República. Las municipalidades se hallaban engalanadas con ellas. Los pabellones de la Democracia eran quemados en

plena calle en medio del regocijo general. Sin embargo, la guerra civil había estallado acá y allá entre pequeños núcleos de soldados en todas las Secciones, habiéndose entablado alguna lucha sangrienta. Pero el pueblo había acudido en masa en ayuda de los amotinados, habiendo sido prontamente dominados los demás.

En Cleveland, un destacamento de tropas había invadido muchos hogares y sacado a la fuerza a los hombres y mujeres que se negaran a retornar a la «industria esencial». Esas víctimas habían sido fusiladas en presencia de sus familias, con ánimo de intimidar a los demás. Pero el pueblo, abandonando de manera precipitada sus hogares, había dado cuenta de los asesinos y recuperó sus muertos y heridos.

«Desde este instante, Cleveland permanece tranquilo», afirmó el comentarista.

—El coraje del pueblo —comentó Karl Schaeffer—. El tirano tiene que contar con él al final.

Los informes continuaban llegando cada vez más aprisa y en mayor cantidad, relatando incidentes similares. Pero el pueblo manteníase unido, frente a las amenazas y a la muerte. Estaba seguro de su propia fuerza, confiado en su propio poder y sabiendo la imposibilidad de que se lo obligara a realizar lo que no deseaba. Habían sido necesarias varias décadas de sufrimiento para llegar a saberlo, con ser un hecho tan simple e inexorable. Siempre habían sido necesarias décadas y aun siglos para saberlo, pensó Durant. El pueblo no necesitaba aceptar tiranía ni opresión. Al hacerlo, era culpable de su propia muerte. El pueblo merecía siempre el gobierno que tenía.

Los trabajadores reclutados a la fuerza apoderábanse de las granjas de manera ordenada. Donde no hubo resistencia ni intento de intimidación, no se produjeron incidentes sangrientos. El pueblo procedió a apoderarse de su gobierno, fiado en su fuerza y su poder, sin que nadie fuese capaz de resistirlo, ya fuese fanático, fuerza perniciosa ni hombres malos. Una masa de más de dos millones de personas actuó como un solo hombre.

A las siete de la mañana descendió un enorme helicóptero majestuosamente sobre los jardines de la mansión y del mismo bajó un joven con uniforme de general, luciendo tres estrellas. Fue conducido de inmediato a presencia del señor Regis, quien lo recibió muy afectuosamente.

—El general Freeman, del Estado Mayor Conjunto —anunció a sus amigos—. Ha venido para conducirme a Washington.

Durant quedó asombrado. ¡Un miliciano entre los jefes del Estado Mayor Conjunto! Ahí estaba ese joven, de rostro fresco y ojos azules esforzados, sonriente y estrechando la mano de los demás y felicitándolos. Su voz, si bien dominada, demostraba alguna agitación en su tono. Muchas eran las noticias que traía. Washington se hallaba en completo desorden y envuelto en una niebla de terror. Los burócratas se parapetaban en sus casas. La mayoría de los senadores habían huido de la ciudad. Nadie se movía allí, sino los soldados que patrullaban las calles. El Presidente Slocum se embriagaba para no ver. Unas veces llamaba a sus amigos y otras los maldecía. Lloraba y se enfurecía, sin dejar la pistola de la mano, temblando cada vez que una puerta se abría. Los jefes conjuntos del Estado Mayor se hallaban con él, lo mismo que el Magistrado Principal. Esos jefes no podían hacer otra cosa que permanecer en sus asientos,

mirando al vacío y bebiendo. El Magistrado Principal, dijo el general Freeman con gravedad, se hallaba muy sereno.

Y el pueblo no hacía absolutamente nada, a menos que se lo provocara débilmente, limitándose a permanecer pensativo en sus hogares, incommovible en su silencio.

Los primeros y blancos rayos del frío amanecer cayeron sobre la blanca tierra. La bandera saludó al sol con su altivo flamear.

Todos acompañaron al señor Regis para verlo partir. Mucho después de que el helicóptero no fue sino una mancha en el cielo azul, todos agitaron la mano en señal de despedida, excitados y experimentando una sensación de alivio. Alice Steffens lloraba de manera bien visible; luego sonrió y rio, sin que sus ojos dejaran jamás de reflejar su ansiedad.

Tomaron el desayuno frente a la pantalla, escuchando con gran atención. Hizo su entrada un oficial algo turbado. Millares de habitantes de la ciudad se congregaban del otro lado de la línea formada por los tanques y vehículos militares, gritando y señalando la bandera distante, próxima a la casa. Cantaban, lanzaban gritos y gesticulaban. Nadie intentó atropellar al ejército, contentándose con permanecer sobre la nieve, deleitando sus ojos con la contemplación de la bandera.

—Acaso debiera ir hasta ellos y decirles que son libres —sugirió Durant, clamando por drama el actor que en él había.

—No, señor —contestó Sadler gravemente—. ¿No recuerda? Es usted el militar aborrecido que aumentó sus miserias durante casi todo un año. Es usted su enemigo. Lo matarán en cuanto lo vean, a pesar de los soldados.

—Sí, recuerdo —dijo Durant, alicaído y alarmado de nuevo. ¿Cómo iba a escapar de la muerte, después de todo? No abrigaba duda de que, en caso necesario, lo mismo él que sus compañeros comandantes serían arrojados al populacho implacable, sacrificios honorables a la libertad.

—Ni siquiera saben que está usted aquí, lo cual es de agradecer —le recordó Ben Colburn—. En verdad ignoran quienes se hallan aquí, pues de lo contrario moriríamos todos.

Durant pensó ardientemente en sus ropas civiles del cajón de la cómoda de la granja. No sería necesitado dentro de muy poco, si es que aún lo era en ese instante. Podría escapar de manera anónima con buena suerte. Ya había escapado a la muerte en tres oportunidades. Sin embargo, no debería tentarse demasiado al hado.

A las doce se produjo un brusco anuncio en la pantalla. No habría más noticias hasta las seis de la tarde, por lo que los invitados resolvieron descansar hasta entonces. Durant se quedó por allí hasta encontrarse a solas con Alice Steffens, sentada junto al fuego en actitud de profunda soledad y abandono y olvidada de todo. Tenía el hermoso semblante esforzado y distraído y muy pálidos los labios.

—Alice —dijo Durant con gran amabilidad—, todo saldrá bien. Acaso su padre lo persuada de que...

—No —dijo ella, moviendo la cabeza y sin mirarlo—, jamás regresará a mi lado. Cree que debe hacer lo que tiene que hacer. —Alzó la mirada e hizo por sonreír.— ¿Su nombre es Andrew, verdad? Muchas gracias, Andrew. Arthur lo admiraba mucho y siempre le ha tenido confianza. Ya ve —agregó— no podemos pensar en él como hombre vulgar, sino como un

hombre dispuesto a ser vilipendiado para siempre si con ello salvaba a su patria. No pensaba otra cosa. Excepto en una oportunidad. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.— Fuimos casados el día siguiente a aquel en que usted conoció a mi padre, por un viejo clérigo de nuestra amistad. Voy a tener un hijo de Arthur, lo cual es ya algo para mí.

Se volvió entonces y Durant retiróse de la habitación, profundamente conmovido. Una vez en su alcoba, observó a través de la ventana. Allá a lo lejos, más allá de la línea de tanques y vehículos militares, veíase la muchedumbre congregada para contemplar la bandera. Había sido atraída al lugar por algún instinto de la masa. Allí estaba, enjambre de hormigas negras sobre la blanca nieve. A la memoria de Durant acudió el recuerdo de Cari son y los millares de milicianos que trabajaron, padecieron y sufrieron muerte por ese pueblo, lo cual lo encontró. ¿Eran merecedores de ello, los mismos que ávidamente abrazaran la esclavitud en nombre de la «seguridad», y entregaran su libertad virtualmente por treinta dineros? Durant se dijo a sí mismo con toda la firmeza posible: «Compadezco a la multitud.» Pero, enfermo y cansado, no podía sentir de verdad tales palabras.

Washington era la menos ordenada de todas las ciudades. Las calles de la capital hervían de gente, lo mismo blanca que de color, que iba sin rumbo determinado, gritando y llena de violencia. Era la ciudad infernal de los escarabajos burócratas, que chupara el jugo de la nación durante cuatro décadas, volviéndose rolliza y pesada con tales jugos. Ahí estaba el corazón de todo mal y de toda corrupción, una ciudad blanca y parásita que jamás había producido nada, sin contribuir con nada al

país, salvo con la deshonra y la opresión. Poco había que extrañar, pues, pensó el señor Regis, que ahí no existiese orden, restricción, dignidad ni propósito. Acudieron a su memoria y en gran número los burócratas descontentos ocultos y temerosos en sus hogares, atrincherados detrás de las puertas o estremecidos en sus sótanos, mientras el populacho recorría gritando la ciudad, destrozando vidrieras y arrojando piedras por doquier con desenfreno. El general Freeman le informó que la plebe había irrumpido en el edificio del Capitol, derribando estatuas, acuchillando cuadros, destrozando las dependencias del Senado y hasta intentando incendiar el edificio.

—He dado orden de que las tropas no disparen contra el pueblo —dijo el general, con disgusto—. Ese populacho no está armado y los soldados no hacen sino procurar que se mueva de continuo y tratar de proteger los edificios públicos. Si se le dejase hacer su voluntad, saquearía a Washington... por sus propios crímenes. ¡Hubiera visto la Casa Blanca! Forzaron las puertas y se metieron en gran cantidad por todas partes. Pero en el interior hay cinco filas de soldados y es el único lugar en que he ordenado restringir la violencia, a tiros si fuere necesario.

El automóvil que aguardaba en el aerodrome desierto la llegada del señor Regis y del general, lucía la bandera de la República. Cuatro guardias escogidos ocupáronlo con ellos dos, acompañándolos otros en motocicleta. La bandera volaba libre en lo alto de cada vehículo y cuando éstos corrían velozmente por la ciudad la multitud se apartaba, miraba con fijeza y estaba en grandes aclamaciones. No sabían quiénes eran esos hombres, pero era suficiente para el pueblo que llevaran las fajas y estrellas.

—El espaldarazo de la multitud merece tanta confianza como el temperamento del tigre —comentó el señor Regis—. Si llegásemos a perder, vitorearía la bandera de la Democracia con el mismo frenesí. Esto no es cierto en cuanto al resto del país, pero sí de Washington.

La Pensylvania Avenue era como una inundación humana, surgiendo, retirándose sobre sí misma, enviando desordenadas olas sobre las calles adyacentes e invadiendo las aceras. El ruido procedente de la misma era como el de un monstruo salvaje de la jungla, sediento de sed, salvaje y sin que nada le importase. Los vehículos hubieron de reducir la velocidad en semejante río y los guardias escogidos mostraron sus pistolas. Pero la bandera era su pasaporte y la multitud se abrió como las aguas del mar Rojo para dar paso a la cabalgata. Centenas de hombres y mujeres mal entrazados penetraron tras ellos en los terrenos de la Casa Blanca, gritando, chillando y lanzando vítores. Las filas de soldados se abrieron para volverse a cerrar una vez que entraron los automóviles, y el señor Regis pudo ver, con gran alivio, que todo se hallaba en orden detrás.

Fueron conducidos en el acto a las habitaciones particulares del Presidente, donde esperaba acompañado tan sólo del Magistrado Principal y del anciano padre de éste. Los jefes del Estado Mayor habían huido, lo mismo que la servidumbre. El enorme edificio resonaba con los ecos. Filas y filas de guardias escogidos se alineaban a lo largo de las paredes, cual si fuesen estatuas.

El Presidente bebía sin cesar, llorando, riendo, implorando y maldiciendo en forma sucesiva. Al hacer su entrada el señor Regis con el general Freeman, se puso en pie y estalló nuevamente en llanto.

—¡Mis queridos amigos! —sollozó—. Después de todo no me veo abandonado. ¡Querido Howard, querido Pete! ¡Sabía que volverían a mí! ¿Qué haría sin ustedes, Arthur y el viejo Bill? ¿Han visto al populacho? Es sólo en Washington, ¿verdad? Todo lo demás está bajo vuestro dominio, ¿no? —Apretó los puños, frenético.— ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no podemos arrestar a los traidores? ¿Cómo no hacemos nada?

El señor Regis estrechó la mano de Arthur, quien le sonreía gravemente, y la del viejo señor Carlson, demasiado cansado para poder hablar.

El Presidente saltaba de un lado para otro, frenético ante semejantes formalidades, y estalló:

—¿Dónde están los jefes del Estado Mayor? ¿Y los oficiales? ¿Dónde han ido los hombres de mi gabinete? ¿Han huido esas ratas? ¿Por qué me han abandonado? ¿Dónde están los senadores, y todos mis amigos? ¿Creen que esos bastardos e hijos de perra que están ahí afuera serán capaces de llegar hasta el interior de la Casa Blanca? He oído que están colgando mi retrato. —Comenzó a gimotear.— ¿Qué he hecho, sino trabajar para el pueblo? ¡He dado toda mi vida a... esos perros! Todo para el pueblo. Y aquí me veo ahora... ¿Entrarán hasta aquí?

—No lo sé —contestó el señor Regis con gravedad—. Todo depende de usted. La gente está muy furiosa.

—¿Que depende de mí? —El Presidente miraba fijamente, teniendo el vaso de whisky en la mano.— ¿Qué quiere decir? Me asesinarán si asomo la nariz. Eso es lo que han venido gritando: «¡Muera Slocum!»

Los demás no dijeron nada y Slocum observó cada rostro con creciente temor, antes de dirigirse al general.

—¡Freeman! —gritó finalmente—. Ahora es usted el general comandante. ¿Por qué no ordena en este mismo instante para que en todo el país los soldados hagan una masacre entre esos bastardos? Mátenlos a tiros en todas partes. Carguen contra ellos con fusiles y bayonetas. Enciérrenlos en las plantas bélicas. Quemen sus hogares. Maten a sus hijos delante de ellos. ¿Por qué no hace algo?

—Excelencia, tenemos ahora tres millones de soldados en el país —contestó serenamente el general Freeman—. Los demás están combatiendo en Sudamérica. Contamos doscientos millones de personas aquí. Por lo menos la mitad de las fuerzas armadas se ha rebelado. Ello nos deja un millón y medio de soldados. ¿Cree que pueden someter a toda la nación y librar una guerra civil con sus propios hombres? Si lo intentasen, no triunfarían. La anarquía sería el único resultado, desapareciendo todo vestigio de orden. ¿Desea que las calles de las ciudades se conviertan en reguero de sangre, por una causa inútil?

—¡Sí! —gritó el Presidente, dando un golpe tan violento con el vaso de whisky contra la mesa que casi se destrozó en la mano—. ¡Quiero ver eso! ¡Quiero que millones de ellos mueran y yazgan degollados en las calles! ¿Por qué no? ¿No se han levantado contra mí? ¿No se han rebelado? ¿No deben ser castigados? Maldita sea, aunque yo tenga que morir, merecerá la pena, pensando en lo que acontece a esas ratas que osaron... —Volvió a sollozar, lívido el magro semblante de furor. Al observar su mano que sangraba, se echó a llorar, compadecido de sí mismo.— ¿Qué les parece lanzar la bomba atómica sobre las ciudades? —inquirió.

Fue entonces cuando habló con gran serenidad el anciano señor Carlson.

—Slocum, no habrá más muerte de lo necesario. Ya ve, se creía que yo mismo lo matase a usted hoy, pero mi hijo me persuadió desde su punto de vista. Si lo matase, daríamos nuestro consentimiento al caos y la anarquía y posiblemente a la guerra civil. Debemos hacer lo que sea con restricción y dignidad, legalmente, de manera que impresionemos al pueblo sobre la necesidad de orden y justicia.

El Presidente lo miró, incrédulo.

—¿Usted, Bill?

Nadie lo miró ni le contestó. Mortalmente pálido se dirigió entonces al Magistrado Principal.

—¿Usted, Arthur?

Y como tampoco obtuviese respuesta, formuló la misma pregunta a Pete Freeman.

Transcurrido un instante, se encogió atemorizado, al contemplar los tres semblantes.

El viejo señor Carlson, delgado, canoso y macilento, se levantó de su asiento y dijo, con voz suave:

—Slocum, a esta altura debe saber usted que no le es posible hacer nada. El pueblo se ha alzado en rebelión pasiva. No puede someterlo. Y temo que, a menos que siga nuestro consejo, esa rebelión del pueblo se volverá activa y usted morirá. Las ciudades serán arrasadas por completo, los unos matarán a los otros y el pueblo se verá enloquecido. Hasta ahora lo hemos

dominado. No puedo prometer que lo hagamos mucho tiempo más. Y cuando eso acontezca, habrá llegado su última hora.

—¡Creí que al menos contaba con tres amigos —gimió el Presidente retorciéndose las manos—, usted, Pete y Arthur, aquí presentes! Pero he sido traicionado. Los enemigos me rodean. Hice cuanto pude en beneficio de mi país. Estamos librando una guerra...

—Jamás ha tenido amigos —dijo el Magistrado Principal con severidad—. No lo fueron ni siquiera sus compañeros de crimen, quienes lo adularon en tanto gozaba del poder y huyeron al verse en peligro. En cuanto a nosotros, siempre fuimos enemigos suyos. Señor Slocum, adopte una decisión. ¿Publicaremos un manifiesto comunicando su dimisión o no haremos sino esperar a que la plebe penetre aquí y lo mate en el interior de la Casa Blanca ?

—Lo quise como a un hijo —habló con el semblante gris y mirando a Arthur Carlson— e hice todo en su favor.

—Y lo que he hecho lo he hecho por mi patria —contestó Carlson.

Slocum observó los tres semblantes sombríos. Las ventanas del hermoso aposento veíanse cubiertas de seda color pálido. De improviso, resonó bajo las ventanas un sonido similar al de un trueno terrible, sacudiéndolas de tal manera que Slocum cayó en su asiento, encogido.

—Escuchen —musitó, lleno de terror—, ya se aproximan. —Luego se puso a llorar como una mujer.

—Hace mucho tiempo que se están aproximando —dijo Carlson.

El Presidente hizo como si no existiera y se encaró con el general.

—Freeman, soy su comandante en jefe y le ordeno que disperse a esa muchedumbre. Yo...

—Nunca lo he reconocido como mi comandante en jefe —contestó Freeman, lleno de encono—. He trabajado, junto con muchos otros, esperando la llegada de este día.

—¿Me conoce, Slocum? —dijo el señor Regis, que se había aproximado lentamente al Presidente y lo miraba con semblante terrible. En su voz se reflejaba un odio implacable.

—Usted... usted es Howard Regis. Sí, es el jefe del FBHS —fue la respuesta balbuciente e incoherente, en tanto el Presidente retrocedía.

—Míreme más de cerca —dijo el señor Regis—. No me ha visto durante quince años. Usted era capitán y yo su general. Pocas fueron las veces que me vio y no me recuerda. Me llamo John Graham y se me cree muerto. Usted impartió órdenes para que fuese asesinado hace muchos años, cuando me retiré por no poder sufrirlo, sabiendo quién era. Pero no morí, Slocum. Trabajé, como todos los demás, para que llegase este día.

Slocum lo miró fijamente, lleno de espantoso terror.

—John Graham —tartamudeó—. Traidor... pronunció un discurso contra mí, después de haber resultado electo... dijo que yo esclavizaría al país... realizó una campaña para que se enjuiciase políticamente... —Erguido en su asiento, gritó:— ¡Bien, inmundo perro amarillo! ¡Traidor! ¡Lo haré detener... lo fusilarán...!

—¡No hará nada! —interrumpió el Magistrado Principal, a la vez que se incorporaba para colocarse junto al señor Regis—. No volverá a hacer absolutamente nada. ¿Es tan estúpido que no se percata de lo sucedido en este país? ¿No sabe que podría matarlo en este mismo instante y ser colmado de honores por ello? —Su enorme aborrecimiento le hacía temblar.— Le daré un minuto para que emita una declaración dimitiendo y designando al general John Graham como Presidente en ejercicio hasta que se realicen las elecciones. Si en el término de un minuto no está terminado el manifiesto lo mataré.

El Presidente se introdujo en la boca los dedos de la mano derecha y lanzó un gemido cual si fuese un animal agonizante. Se mostraba temeroso, sin atreverse a desviar la mirada de Carlson.

—No puede hacer eso conmigo. Soy Presidente de la Democracia. La Democracia del Pueblo. ¡No puede matarme! —El lamento ascendió hasta convertirse en grito de terror incontrolable.— ¿Dónde iré? ¿Qué haré?

—Le prometo que podrá abandonar este edificio sano y salvo para dirigirse a su refugio —contestó Carlson.

Otro rugido estremeció las ventanas y entonces se oyó el ruido de una descarga. Carlson palideció. Tomando al Presidente con ambas manos, lo sacudió con violencia.

—Están cada vez más cerca. Los soldados se han visto obligados a disparar sus armas. En cualquier momento, perro maldito, serán arrollados por el populacho y éste penetrará en la Casa Blanca en busca suya. Y una vez que lo encuentren, será despedazado.

El Presidente se puso de pie de un salto y lo empujó de su lado. Su voz era áspera y chillona a causa del terror:

—¡Lo haré! ¡Dimitiré! ¡Protéjame! ¡No deje que se apoderen de mí, Arthur! Le prometo... —Continuó balbuciendo, asido frenéticamente del brazo del Magistrado Principal, atemorizado sin remedio y despojado de toda dignidad humana.

Carlson lo desvió de un empujón y saludó, vuelto hacia el señor Regis.

—Hábleles, señor —dijo. Sonriendo, miró a su padre.

Toda la nación fue puesta en guardia a las cinco de la tarde. El pueblo salió en masa de sus hogares para acudir a los lugares públicos de reunión, donde se instalaron equipos de radio. Fueron millones los que atravesaron presurosos las calles destrozadas para poder escuchar el sistema de altoparlantes; colmaron sus clubs y lo que antaño fueran sus iglesias. Las mujeres llevaban a sus hijos; los hombres jóvenes ayudaban a los veteranos de numerosas guerras, cuyas piernas estaban lisiadas; los ancianos eran ayudados por sus hijos. Los jóvenes de ambos sexos corrían unos junto a otros, gritando, cantando, llenos de emoción. Los soldados apresurábanse detrás con paso torpe. Las ciudades se iluminaron como no lo habían estado desde hacía muchos años; los autobuses rugían sobre el roto pavimento y los automóviles resplandecientes iban raudos, llenos de personas. Todas las casas resplandecían con la luz, aquellas en que podía escucharse un aparato de radio privado, y daban cabida a cuanto transeúnte deseara entrar.

Toda la nación acudía a oír como un solo hombre y millones de semblantes brillaban de esperanza.

A las seis se iluminaron las pantallas de todo lugar, chico o grande, e hizo su aparición el semblante de un joven, trémulo de agitación. Después del mismo veíanse sentados en varias filas gran cantidad de periodistas, que escribían con frenesí. Detrás de ellos observábanse las paredes doradas y blancas de la sala de transmisión de la Casa Blanca.

—Señoras y caballeros —dijo simplemente el locutor—, les presento al señor John Graham, ¡general retirado del ejército de los Estados Unidos de Norteamérica!

Un grito profundo se elevó de millones de gargantas y millones de ojos se empañaron de emoción. «¿Ha oído?», inquiría la gente entre sí. «¡Estados Unidos de Norteamérica!»

Después se hizo presente ante ellos John Graham, sonriendo amablemente, lleno de autoridad, mirando a la nación con tranquila y serena pasión.

—Mi querido pueblo —dijo—. Hoy he sido designado Presidente en ejercicio de Estados Unidos de Norteamérica, por el ex Presidente Slocum, que ha dimitido. Fuisteis vosotros quienes forzasteis su dimisión. Sin vosotros no podría haber acontecido tal cosa. Vuestro espíritu resucitado, vuestra rebelión contra la esclavitud, el final de vuestra larga y paciente sumisión, es lo que puso término a décadas de esclavitud degradante.

«¡Sí! ¡Sí!», millones de voces exclamaron, «lo hicimos». Y los ojos resplandecieron altivos y se alzaron las cabezas, antes inclinadas con tanta humildad.

El semblante de John Graham se ensombreció con sombría austeridad.

—Pero vosotros, ciudadanos, no fuisteis inocentes, no, de vuestra propia ruina. La libertad, otrora tan adentrada en los corazones de los norteamericanos, fue entregada por norteamericanos que creyeron en los hombres siniestros que estaban resueltos a esclavizarlos. Todo iba a ser por poco tiempo solamente, según se nos aseguró. Pero los tiranos jamás abandonan los poderes obtenidos; los convierten en ley perpetua. Una nación luchará cuando toda su libertad se vea amenazada y toda la organización en descubierto. Pero si la libertad se va subyugando paso a paso, no se ofrece entonces provocación para la revuelta nacional. A la manera de los ladrones nocturnos, que se mueven en silencio y a escondidas, así se movieron los individuos malignos de vuestro anterior gobierno, llevándose el cuerpo y el alma de vuestra libertad, despojando los tesoros de vuestros hogares, ahogando lentamente vuestras lenguas, silenciando de manera imperceptible vuestra prensa. Invadieron las aulas frecuentadas por los niños, envenenando y degradando sus mentes, alabeándolas para sus propios fines, de modo que las futuras generaciones no conociesen nada del honor, el orgullo y la fortaleza del hombre libre; pero vosotros no estuvisteis exentos de culpa.

»No creáis que ello fue un complot tramado solamente en Norteamérica. Tuvo su comienzo allá por el año mil novecientos diecisiete, con la revolución bolchevique. Como la peste negra del alma, se introdujo poco a poco en Alemania, Escandinavia, Inglaterra, Francia, Sudamérica, Asia y África. Fue una pesadilla y una enfermedad mortal con muchos nombres. Se la llamó fascismo, comunismo, democracia popular, socialismo, bienestar del Estado, totalitarismo y autoritarismo. En Norteamérica fue conocida como democracia progresista, pero era la misma enfermedad que afectó y encegueció a todo un

mundo, convirtiéndolo en esclavo. Fue la misma enfermedad abominable del espíritu, la misma locura que sumergió al planeta entero en guerras interminables, en degradación y desesperanza. Tenía como objetivo el poder ilimitado de unos pocos, que trabajaban al unísono en cada nación, aunque ostensiblemente eran enemigos y a pesar de que sus naciones respectivas se hallaban en guerra entre sí.

»No existía querella entre esos archidiablos de muerte y de ruina, sino un entendimiento absoluto. Estaban enterados de la imposibilidad de esclavizar al individuo en una sociedad pacífica, próspera, plena de ambición y de esperanza. De ahí que tramaran guerras entre ellos; establecieron en sus respectivas naciones el máximo de impuestos para sufragar el costo de esas guerras y, al hacerlo, redujeron a sus países al hambre y a la pobreza. Hicieron desaparecer los recursos naturales de la tierra, pues sus guerras no eran de unos contra otros sino contra su mismo pueblo. Proscribieron a Dios, porque un pueblo firme en su fe no renunciará a su fe ni se lanzará a la guerra. Pero vosotros, el pueblo de Norteamérica, no está exento de culpa.

Hizo una pausa, lleno de emoción y de cólera; sus ojos serenos resplandecieron sobre la pantalla con pasión creciente. Con la mano en alto, señaló a los millones de oyentes.

—Nosotros no estuvimos libres de culpa en Norteamérica. Durante décadas vimos cómo se esparcía la enfermedad en Asia y en Europa y supimos muchos de nosotros cuando la infección alcanzó a nuestro propio país. Pero demasiados de nosotros éramos voraces; vimos oportunidad de ganancia y de provecho individual si apoyábamos a los tiranos que emergían en

Washington. Los tiranos están siempre muy llenos de promesas agradables; son muy habilidosos en colocar a una sección del pueblo contra otra, en estimular falsas sospechas, falsos odios y envidias y la avaricia natural del ser humano. Cuando los norteamericanos debíamos estar unidos, desafiando con nuestra voz, nuestro voto y nuestra cólera a cada tirano que aparecía, volvimos nuestra aversión y nuestros celos instintivos contra nuestro prójimo. Nos traicionamos unos a otros. La enfermedad penetró en nuestras almas y vendimos nuestra honra por unas monedas, lo mismo los trabajadores, los capitalistas, los banqueros, los campesinos, los burócratas, los empleados, que los industriales y los comerciantes.

»No podríamos habernos traicionado a nosotros mismos y a los demás de esa manera hasta el año mil novecientos catorce. En los primeros años de esta centuria, los norteamericanos eran libres, activos e independientes. Constituíamos un pueblo ambicioso y las injusticias sociales eran lenta pero continuamente eliminadas. Éramos un pueblo amable y generoso, custodio de nuestras libertades. Pero después de mil novecientos diecisiete, la peste negra extendióse por Europa y contrajimos la infección mucho antes de mil novecientos treinta y nueve, en que estalló una nueva guerra, deliberadamente tramada. Nos vimos infectados en ambas Cámaras del Congreso y en los gabinetes más íntimos de Washington. La enfermedad estaba ya en nuestra carne y su inmundito aliento en las bocas de nuestros hijos; sus gritos resonaban en cada escuela y colegio, décadas antes de que fuésemos lanzados a una serie de guerras que duraron más de veinte años. Fuimos una nación enferma mucho antes de ser esclavos. Éramos impotentes antes de que nos percatásemos de ello.

Un silencio enorme e increíble cerníase sobre Norteamérica, mientras el pueblo escuchaba. John Graham miraba al pueblo en silencio y lo experimentaba a su vez. Con las manos en alto, dijo, con voz trémula:

—Dios se ha compadecido de nosotros, aunque hemos cometido pecados monstruosos contra nosotros mismos y contra todo el mundo. Dios nos ha proporcionado este día, aunque no éramos dignos de él. Durante muchos años, ha alentado los corazones y las almas de un puñado de hombres libres y justos, que han trabajado entre vosotros, sin que lo supieseis. Él les dio el látigo con que agitaros. Y las palabras con que despertaros. Él les dio valor para que perdiesen la vida por vosotros, aunque no lo merecíais. Vosotros los traicionasteis a vuestros opresores y tiranos, pero así y todo os amaron. Los llamasteis «traidores» y «subversivos», cuando os anunciaron a gritos que los muros de vuestra nación derrumbábanse hacia mares de muerte y de tiranía. Cuando os previnieron el día en que la religión fue colocada contra la religión y las razas contra las razas, en Norteamérica, os reisteis y los denunciasteis como «que dividían al país». Cuando ellos os gritaron que los derechos estatales estaban siendo abolidos, les gritasteis «¡Unidad!» y los redujisteis al silencio a fuerza de palos. Al denunciaros las causas de las guerras, y lo tramado contra vosotros en las mismas, os mofasteis de ellos con epítetos tales como «aislacionistas» o «pacifistas». Mientras contabais aún con cierta medida de libertad y podíais expulsar de sus destinos a los tiranos viles y a los hombres corrompidos, escuchasteis en verdad las promesas de esos hombres y expulsasteis, en vez, a hombres honrados y decentes.

»Pero, a pesar de todo eso, Dios se apiadó de vosotros y no os abandonó. Él os dio los milicianos de los Estados Unidos de Norteamérica. Fueron vuestros vecinos y no lo advertisteis. Os hablaron furtivamente, sin que supieseis quiénes eran. Os alzasteis de vuestras cadenas, oísteis la voz de la libertad y visteis otra vez el resplandor del sol. No sabíais quién os llamó en vuestro dolor y vuestra desesperación. Y no habríais escuchado de no haberos visto reducidos a esclavos sin remedio.

Volvió a detenerse y sus ojos relucieron sobre millares y millares de pantallas, chicas y grandes, y para cada hombre y cada mujer fue como si les hablase en forma individual, excitando en ellos vergüenza y pesar, junto con amargo dolor.

—Esos hombres heroicos se infiltraron en todas las ramas de ese Estado despótico, en las fuerzas armadas, los guardias escogidos, las industrias, las granjas, las escuelas y lo que restaba de nuestras iglesias. Se valieron de las armas de los tiranos, que casi os habían herido de muerte, para vuestra salvación. Sabían de la imposibilidad de excitaros y sacaros de vuestra desesperanza mortal y de vuestra apatía sino conduciéndoos a vuestra última fortaleza, el instinto de conservación. De manera que os oprimieron para liberaros; para devolveros la libertad, os arrancarón lo que de ella restaba. Ejecutaron con locura excesiva las órdenes de vuestros tiranos, abrumando de ese modo a los mismos. Bajo su férula os rebelasteis. Pero con sus voces y sus guías no disteis en el caos, como fue el caso de Asia y de Europa. Dominasteis vuestro afán de venganza, esperando la liberación como ningún pueblo se ha dominado y esperado jamás.

Eran multitudes de ojos los que miraban a otros ojos y millones quienes pensaban: ¿Fue usted uno de los que nos salvaron?

¿Fue usted, o usted o el otro? Y millares de personas, de pie y anónimamente entre sus conciudadanos, dirigían su mirada al vacío, mudas y serenas. Hasta el fin de su existencia iban a continuar desconocidos, sin impórtale lo más mínimo.

John Graham hablaba ahora con grave lentitud y el pueblo volvía a dedicarle su atención.

—No haré que vosotros mismos os engañéis. La batalla no ha sido ganada del todo. Por lo menos la mitad de las fuerzas armadas están con nosotros, lo mismo que una parte de los guardias escogidos. Pero otros os harán frente. «La tiranía, como el infierno, no se conquista fácilmente.» Vuestro valor y vuestra fe deberá sosteneros durante muchos meses. Se realizarán intentos de engañaros y para dividiros y confundiros. Vuestros enemigos se hallan aún con vida y siguen llenos de odio hacia vosotros. Han sido reducidos a momentáneo silencio a vuestro pedido. Volverán a hablar.

»Esta noche somos una nación libre, y en nombre de nuestra libertad no podemos silenciar a nuestros enemigos. La misma oportunidad que les estamos dando los condenará en vuestros propios oídos. Se traicionarán ante vosotros con su misma voz, o, si eligen callarse en esta hora de peligro para ellos, se retirarán para volver a maquinarse contra vosotros. Pero estáis armados y conocéis a vuestros enemigos.

»Trabajando unidos, podremos restaurar a la nación, así como la paz y las libertades de las demás naciones. Toda una nación nos escucha esta noche. Con misericordioso conocimiento, con paciencia y con justicia, debemos trabajar lentamente e iluminados, pues tenemos mucho que hacer.

«Esta noche ha nacido un nuevo partido político en Norteamérica —el partido de la Constitución—. Esta noche emitiré una orden a todos los comandantes de nuestras fuerzas armadas de todos los campos de batalla, para que lleven a efecto una tregua inmediata y sea negociado un armisticio. Dentro de pocas horas habrá cesado toda lucha, serán silenciados los cañones y retirados los aeroplanos de guerra. Vuestros hijos retornarán a vuestro lado con toda la celeridad posible y no habrá más guerras.

»A partir de esta noche cesará toda labor ocasionada por los pedidos de material bélico. Se forjarán proyectos para la conversión de las fábricas con fines de producción para consumo civil. Todas las leyes que instituían el trabajo forzoso serán abolidas en el acto. Durante el período de conversión de la guerra a la paz, vuestros anteriores patronos os abonarán los sueldos y salarios, por completo. Una vez reanudada la labor, la jornada semanal no excederá de cuarenta horas, bajo ninguna circunstancia, salvo con la conformidad del trabajador. Todo el racionamiento cesará a partir de la medianoche. Vosotros, hombres y mujeres empleados en las granjas, podéis permanecer en ellas si lo deseáis, disfrutando de salarios decentes, que se fijarán mañana, o alejaros. Sin embargo, sería mejor para todos que continuaseis trabajando en los mismos lugares por el momento, a fin de que pueda alimentarse a la nación.

»Toda la propiedad confiscada será devuelta a sus dueños anteriores. Quienes confiscaron una propiedad, con o sin consentimiento del Estado, deberán abonar el alquiler correspondiente al período de confiscación durante el cual la han usufructuado.

»Todos los campamentos de trabajo serán licenciados mañana y los alojados provistos de alimento y transporte hasta su anterior morada. Todos los niños serán devueltos a sus padres y liberados todos los presos políticos de todo el país.

»En este instante están preparándose las órdenes necesarias para que el ejército devuelva el poder a la autoridad civil. A medianoche, el ejército deberá abandonar los hogares en que se halle alojado, y posteriormente será adjudicado el pago a aquellos que se vieron obligados a dar alojamiento involuntario.

»A partir de esta misma noche, el ejército carece de toda clase de autoridad y de poder; no dará otras directivas que las impartidas por mí, vuestro Presidente en ejercicio de los Estados Unidos. Cualquier oficial o soldado que intentare ejercer violencia contra el pueblo norteamericano, será considerado insubordinado y castigado de muerte por un tribunal de guerra. Yo, comandante en jefe de todas las fuerzas armadas, ordeno en este mismo instante que todos los oficiales y soldados y los militares de toda designación, se retiren a sus cuarteles y depositen sus armas. Igualmente ordeno a todos nuestros buques en navegación, o atracados en cualquier puerto, que esperen nuevas órdenes de mi parte, bajo pena de muerte.

Miró desde la pantalla con semblante autoritario y severo y el pueblo sonrió entre sí lleno de alegría, riendo fuertemente y abrazándose unos a otros.

—Tenemos una gran labor que realizar, mis queridos conciudadanos y amigos. La ruina de décadas no puede ser declarada en un día, en un mes ni en uno o pocos años. Habrá un progreso dilatado, lento y en ocasiones difícil y descorazonador. Pero

podemos realizarlo. Podemos reedificar nuestras ciudades, restaurar nuestras calles y preparar buenos hogares para todos. Ello consumirá mucho tiempo y necesitaremos toda la paciencia y toda la fe que sea posible reunir.

»Dentro de dos meses tendrán lugar las elecciones generales. Volveréis a elegir un Congreso libre. Seré el candidato a Presidente del Partido de la Constitución. Los que difieran de mí —y hay también hombres libres que pueden diferir— pueden formar su propio partido.

»Vosotros, el pueblo de los Estados Unidos de Norteamérica, sois quienes mandáis en esta nación. Tomad, pues, el mando. Restaurad vuestras ciudades y vuestros templos. Hablad otra vez de Dios con entera libertad y enseñad a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos acerca de su misericordia. No permitáis que olviden jamás este día de liberación, ni a los hombres que trabajaron y murieron para que pudiesen ser libres, para que la paz pudiese reinar entre ellos y para que se realizaran en ellos las promesas de los siglos.

«Enseñad a vuestros hijos a ser valientes. Este nuestro siglo ha sido señalado de la manera más conspicua por la cobardía de las gentes en casi todas partes. Fue a causa de nuestra cobardía por lo que fuimos traicionados y caímos en manos de hombres corrompidos que prometieron hacer la vida «libre» y a salvo para nosotros, desprovista de aventura y despojada de la azarosidad mediante la cual el espíritu del hombre se vigoriza. Fue nuestro apoltronamiento lo que ocasionó la pérdida de nuestras libertades. Un pueblo valiente no se convierte jamás en esclavo.

Alzó las manos, en ademán de sombría prevención.

—Si nosotros, el pueblo de los Estados Unidos de Norteamérica, perdemos otra vez nuestra libertad, será por nuestra falta de coraje y de fe en la humanidad.

»Esta noche han sido restaurados los derechos del Estado. Guardadlos como guardaríais vuestra vida. Fueron creados exactamente con ese propósito. Un gobierno centralizado es un mal centralizado.

»El día en que permitáis otra vez que hombres abominables confiscuen vuestra libertad, vuestro dinero, vuestra vida y propiedad privada, vuestra honrría y vuestro honor sacrosanto, en nombre de la «seguridad» o de la «emergencia nacional», ese día moriréis y nunca jamás volveréis a ser libres. Si los conspiradores vuelven a destruir vuestra república, lo harán a través de vuestra avaricia y vuestro asentimiento ignorante, vuestro desinterés por los derechos del prójimo, vuestra apatía y vuestra estupidez. Fuimos llevados al borde de la muerte y la oscuridad universal porque nos habíamos convertido en el pueblo más despreciable y sumiso. Mantened viva vuestra cólera justa contra los traidores, contra quienes deseen abrogar vuestra constitución, contra quienes os conduzcan a la guerra con falsos estribillos y astutas invocaciones a vuestro patriotismo.

«Porque, recordad, si morís en la prisión, vosotros mismos la habréis levantado. Si vuestros hijos son reclutados a la fuerza, vosotros mismos habréis redactado el escrito. Si algún grupo de hombres perniciosos y malignos vuelve a asumir el controlar vuestras vidas, vosotros mismos le habréis procurado ese control. Al colgar a vuestros enemigos os colgaréis a vosotros mismos.

»Los pueblos son siempre responsables de los individuos perversos que redactan las leyes, de los opresores, explotadores, criminales que forman parte del gobierno, tiranos que usurpan el poder, ladrones, embusteros, malhechores y asesinos de las capitales del mundo. Vosotros, el hombre del llano, el de la fábrica o el comercio, el oficinista, el hombre de todas partes, sois culpables de los individuos cuyos crímenes contra vosotros han sido tan monstruosos y volverán a serlo, con vuestro propio consentimiento... si les otorgáis poder.

»No invoquéis a Dios, si repetís vuestros espantosos errores: ¡Libranos, Señor, de este mal! Más bien, orad: ¡Perdónanos, Señor, porque hemos pecado!

»El hombre prudente desconfía de su prójimo. El hombre más prudente desconfía de sí mismo y de su prójimo. El más prudente de todos desconfía de su gobierno. En consecuencia, manteneos despiertos y vigilantes; sed fuertes, valientes e intrépidos. Éste no es el fin. Los villanos intentarán esclavizaros una y mil veces hasta el final de todos los tiempos. En vuestras manos está el derrotarlos y destruirlos, cuando y dondequiera que aparezcan.

»Si no lo hacéis, ¡que Dios se apiade de vuestras almas!

Su imagen se esfumó con lentitud, pero sus ojos premonitores y ansiosos continuaron ordenando y exhortando a la nación. Hasta cuando hizo su aparición el Estandarte Estrellado, flameando briosamente en la claridad y la gloria, sus ojos parecían horadar la bandera. El coro majestuoso de la Bandera Tachonada de Estrellas, resonó una vez más de frontera a frontera a lo largo de todas las ciudades, atronando la atmósfera y haciendo llorar de alegría la nación. Pero aún mientras lloraba,

ese pueblo se juró a sí mismo que jamás volvería a ser esclavo ni permitiría que sus hijos olvidasen esta jornada tan gloriosa.

Al alba comenzaron a repicar las campanas por doquier, campanas jubilosas de victoria y democracia, puestas de manera espontánea en movimiento por decenas de miles de manos. Durant salió con sus amigos a la nieve para escucharlas mientras enviaban sus alegres sonos desde la ciudad al campo. Escucharon en tanto la atmósfera brillante que captaba el clamor, enviándolo hacia el cielo resplandeciente y esparciéndolo por los vientos del mundo.

No pudo realizarse todo durante los tres próximos días, ya que los grupos privilegiados, al reconocer que se habían traicionado a sí mismos en favor de la causa de la libertad, se reunieron para ofrecer resistencia. Millares de sus estúpidos y confundidos esclavos se les unieron igualmente, en virtud de órdenes impartidas por fanáticos y otros individuos enloquecidos, incapaces de aceptar el hecho de que sus semejantes fuesen hombres libres. Los oficiales del ejército, reunidos, se calificaron a sí mismos como «leales» y congregaron a sus hombres para la defensa. Los jóvenes soldados, extraviados y atemorizados, ignorantes de todo por completo, obedecieron sus órdenes y empuñaron sus armas contra el gobierno.

Los edificios públicos fueron incendiados, las poblaciones acosadas por la guerra de guerrillas, aterrorizados los individuos y las tropas dispararon sus armas entre sí. Por todo el territorio de la nación iban y venían los ejércitos opuestos, librando cortos pero encarnizados combates fratricidas, unas veces en ciudades, pueblos o aldeas y otras en bosque o campo abierto.

Pero el pueblo se mantuvo firme e invulnerable, lleno de fortaleza y de fe. No recurrió a la violencia por sí mismo. Su propio peso venció la resistencia y en definitiva los rebeldes depusieron las armas y suplicaron clemencia a las autoridades. Tocaron a su fin los tres días de muerte y destrucción y en todas partes flameó en alto la bandera de la república, libre de amenazas bajo un cielo libre.

Habían esperado durante tres días en la mansión campestre del Magistrado Principal. Al tercero llegó este simple mensaje cifrado: «Todo está tranquilo y triunfante. Los milicianos y guardias escogidos que figuren en las fuerzas armadas, pueden desbandarse y continuar su camino. Los demás se necesitarán durante algún tiempo para el mantenimiento del orden, antes de que abandonen sus puestos.»

No había una sola palabra de alabanza de parte del Magistrado Principal por la hazaña cumplida por esos hombres abnegados, ni mensaje de despedida. No experimentaba nadie la necesidad de ello; habían cumplido su deber de norteamericanos.

Eso era suficiente. Y suficiente para ellos que Arthur Carlson citara al final de su mensaje estas palabras de la Biblia: «...Yo, como mis hermanos, ofrezco mi vida y mi cuerpo por las leyes de nuestros padres: rogando a Dios que pronto derrame su misericordia sobre nuestra patria.»

Todos se sintieron profundamente conmovidos por ello. No fue sino transcurridas algunas horas cuando se percataron de que en esa cita había algo más que su significado evidente. Los hombres de esa casa se miraron unos a otros con frenético pe-

sar, seguros ya de que Carlson habíase referido al futuro igualmente, y a sí mismo en particular. Todas sus esperanzas de que Carlson sobreviviera fueron barridas.

No se atrevieron a hablar de ello a Alice Steffens, sabedores de que también había comprendido. Notábase en ella una pálida y serena dignidad que alejaba toda conmiseración y aun amabilidad. Les dijo que iba a reunirse con su padre, el Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, en Washington, y realizó sus escasos preparativos para abandonarlos. Llegada la hora de la partida, les sonrió con amabilidad al estrecharles la mano, antes de alejarse en silencio.

Durant preguntóse si continuarían en la casa. Mas al ver que los demás se alejaban con rapidez, en dirección a sus destinos desconocidos y anónimos, él se preparó para hacerlo a su vez. La mayor parte de la guardia escogida se había desbandado y llegó la mañana en que no quedaban en la casa vacía y llena de ecos sino Durant, Grandon y Edwards. Ya no estaban los soldados ni los perros. La bandera flameaba en la atmósfera nevada y brillante, pero nadie se movía entrando o saliendo del parque.

Durante esos tres días había observado la pantalla de la televisión con una esperanza que iba extinguiéndose rápidamente. En ningún momento se hizo mención del Magistrado Principal. Los comentaristas de noticias se limitaban a la narración de incidentes en los que jugaba el valor, el júbilo y la resolución en todo el país y el establecimiento en orden de los gobiernos europeos. En las ciudades arruinadas de Londres, París, Moscú, Berlín, Roma, Estocolmo, Copenhague, Viena, Bruselas, y otras muchas, los habitantes elegían sus nuevos gobernantes libres. Era patente que una actividad furiosa y resuelta

prevalecía por doquier. Las nuevas asiáticas eran vagas, en comparación, pero había informes de actividades similares en esa parte del mundo, también. La dulce tranquilidad de la paz reinaba en todo el orbe, en tanto los hombres trabajaban a la par para restaurar sus tierras.

Es inútil continuar más tiempo aquí, pensó Durant. Confiaba en que el mensaje relativo al paradero de su familia era cierto. Un apresuramiento y una expectación furiosa se apoderó de él. Lo único que deseaba era acudir a la granja de los Lincoln para retomar sus escasos efectos y las ropas civiles ocultas. Sin embargo, resultaba aún algo peligroso que un comandante militar apareciera abiertamente en las calles de la ciudad. Lo mismo que otros, tendría que moverse al amparo de la oscuridad de la noche. De ahí que, la última noche, llamara a Grandon y a Edwards para hablarle de sus proyectos.

Ambos se sintieron desmayados.

—Pero, coronel —fue la respuesta— tendrá que esperar órdenes, ¿verdad? Deberá recibir su licencia...

—¿No se acuerdan de mí? —rio Durant—. No soy verdadero militar. No me alisté, como ustedes. No tengo nada de comandante. Mi jefe era Arthur Carlson y presté fidelidad a los milicianos. —Vaciló y se puso triste.— Ignoramos el paradero del Magistrado Principal pero las órdenes recibidas disponen nuestro desbande y desaparición. Mi labor ha terminado. A su debido tiempo serán ustedes despedidos del ejército. No existe obligación para mí, vuestro coronel simulado, de esperar la notificación oficial.

—Resultó algo confuso para mí y para Edwards —dijo Grandon—. Sabíamos que poseía algún adiestramiento militar, pero

no se conducía como oficial. —Hizo una mueca afectuosa a Durant.— Ignoraba los términos y en ocasiones la manera de proceder. De no haber sido por esa confusión, hace mucho que habría muerto, coronel.

—Solíamos hablar de usted—agregó Edwards, riendo—. ¿Era o no usted lo que simulaba ser? Al observarlo nos llenaba de confusión. En una oportunidad teníamos todo dispuesto para dispararle por la espalda y usted dijo o hizo algo que nos hizo sospechar de que era uno de los nuestros, actuando por su propia cuenta. Una vez se hallaba usted conversando en su oficina con el señor Schaeffer. Nosotros estábamos en posesión de una o dos señas de los milicianos, que nos habían sido enseñadas para que pudiésemos descubrirlos. Lo vimos mientras cambiaba esas señas; pero ni aun entonces estuvimos ciertos del todo. Podría haberse tratado de un accidente.

—Siento de veras lo del jamón —dijo el joven Grandon—. Esa idea se me ocurrió a mí solo. El capitán, aquí presente, me había dicho que esperase. Pero yo pensaba en Gracie. A propósito, Bob Lincoln me dijo que ella había regresado a la casa y deseo verla.

—En consecuencia, partiremos esta misma noche y yo buscaré mis ropas civiles para dirigirme a mi casa —dijo Durant.

Estaba cansado y agotado, poseído de una lasitud extraña. En libertad de alejarse, iría en busca de su familia. El futuro era incierto; estaba convencido de que no iba a recibir ninguna recompensa en forma de dinero. Y no lo necesitaba. Empero, sería duro volver a comenzar sin nada, incluso en un país libre. En su estado de nerviosidad, consecuencia del excesivo esfuerzo realizado, sentíase viejo y sin vitalidad. En ocasiones

pensaba qué sería no contar sino con la independencia y la auto responsabilidad del hombre libre. Comenzó a compadecer a los millones de individuos, desde treinta a sesenta años, que jamás habían llegado a conocer la confianza en sí mismos. Sería mucho más fácil para los muy jóvenes, maleables y adaptables, capaces de aceptar los rigores de la libertad y de la madurez sin ningún esfuerzo. Pero los hombres que fueran guiados y dirigidos durante toda su existencia, experimentarían algunas horas de extravío y depresión. A la manera del inválido, tendrían que aprender a caminar. Los vientos de la libertad serían duros algún tiempo, pensaba Durant, y adoptar la propia decisión requeriría mucho coraje y no menos recuerdo. La juventud caminaba a grandes zancadas por toda la nación; pero gran parte de la población veíase tullida y desprovista de sus muletas. Un paso doloroso cada vez, se dijo Durant. Andaremos, pero no sin que nos duela.

Había terminado con el derecho. Nada de volver a residir en una gran ciudad. Deseaba tierra. ¿Pero cómo vivir en ella? ¿Cómo realizar la adaptación indispensable?

Esa misma noche partió para la granja de Lincoln junto con Edwards y Grandon. Sabía que Sadler se hallaba ya en la misma, con su padre, preparándose para llevarse al anciano. Esperaba que no fuese demasiado tarde para volver a verlos, antes de la separación definitiva. Su pensamiento se vio estimulado al contemplar la posibilidad de que Bob Lincoln se hallara en la granja para saludarlo, lo cual evitaría toda situación incómoda. No le agradaba nada pensar en los padres de Bob, y abrigaba la certeza de que lo aborrecerían más aún ahora, al conocer su verdadera identidad.

Los tres hombres salieron en automóvil hacia el campo, soslayando la ciudad.

—A propósito, coronel, ¿cuál es su nombre? Como ya sabe, el mío es Burgess y Dahl el de Edwards. Jamás nos dijo el suyo.

—Durant. Andrew Durant. ¿Qué importancia tiene?

Nada importaba, de improvisó, sino despojarse del uniforme y abandonar la región. Contaba con doscientos dólares en billetes. ¿Llegaría con esa suma hasta Florida? No poseía nada en cuanto a ropas sino los pobres andrajos del cajón de la cómoda de la granja Lincoln. Sí, la libertad contaba con sus propias y peculiares astringencias.

La granja parecía lo mismo. Los hombres movíanse de un lado para otro, afanándose vigorosamente, hombres libres a jornal. Al salir de los barracones, levantaron los faroles para examinar a los recién llegados. Sonrientes, avanzaron hacia Durant, para estrecharle la mano. Pero el doctor Dodge no se hallaba a la vista, y tampoco Sadler. Durant inclinó la cabeza fuera de la portezuela del automóvil para inquirir:

—George, ¿están aún aquí Sadler y el viejo doctor Dodge?

—Lo siento... coronel. —El semblante del interpelado, pálido y demacrado a consecuencia de los pasados sufrimientos, se hizo grave.— El doctor Dodge se quitó la vida de un tiro el día después de... Navidad. Hicimos cuanto pudimos para impedirlo, pero nos dijo que le era imposible continuar viviendo. Según él, estaba demasiado agotado. —George dudó.— Dijo que había vivido lo suficiente y que ahora que era libre deseaba morir.

Durant se sintió profundamente estremecido. Con una especie de punzada, recordó que él mismo había entregado la pistola al doctor Dodge. El viejo había estado preparando siempre su propia muerte y no la de los demás. Sí, estaba cansado; había sufrido demasiado y se sentía demasiado culpable.

—¿Y Sadler? —inquirió, luego de dolorosa reflexión.

—Se fue, coronel.

Se dirigieron a la puerta de la casa. Estaba cerrada. Grandon golpeó con fuerza y al cabo de unos instantes se abrió. John Lincoln se hallaba en el umbral, canoso y encogido. Miró fijamente a los tres oficiales, lleno de intenso aborrecimiento.

—¿Qué desean? —inquirió con arrogancia—. No les asiste aquí ningún derecho. Se ha ordenado que los militares abandonasen las casa de familia.

—No deseamos sino recuperar nuestros efectos. No tardaremos más de dos minutos —contestó Durant, sin dejar de mirar al más viejo con su mismo aborrecimiento.

Un aspecto de astucia adoptó el semblante macilento de Lincoln.

—No, no entrarán en esta casa. Ya han hecho bastante daño —gritó en voz fuerte. Y luego, por encima de ellos:— ¡Eh, George, Henry! ¡Venid en el acto y buscad la... la basura que haya de esos hombres y arrojádsela!

Los dos individuos acudieron sin el menor apresuramiento, sonriendo de manera sombría. Lincoln había olvidado por el momento su condición de hombres libres y sus gritos poseían toda la arrogancia y la bravuconería de antes.

—Señor Lincoln, no nos grite de esa manera —dijo George, con visible placer—. De lo contrario se verá sin peones mañana. Y eso es malo para las vacas y demás animales.

—Vamos, vamos, muchacho —dijo Lincoln, queriendo apaciguarlos sin tardanza—; es que me volví loco al verlos. —Miró de soslayo a los oficiales, sin poder disimular su odio.— Esos bastardos —agregó—. Miren que venir aquí como si fuesen dueños o algo parecido. Muchachos, por favor, tráiganles sus cosas.

—No —dijo Durant, fija la mirada fría en Lincoln—. Deseo tener la seguridad de que no han robado nada. ¿Regresamos a la ciudad en busca de una orden judicial o algo semejante?

—¡Robado! —exclamó Lincoln, enrojeciendo—. Quiero que sepan que soy un hombre honrado...

—¿Desde cuándo? —inquirió Durant, despectivamente—. ¿Se ha reformado en estos últimos tiempos, Lincoln?

Sonriente, Grandon avanzó un paso adelante para apartar del umbral a Lincoln, dándole un empujón. En ese preciso instante hizo su aparición Bob Lincoln, quien lanzó una exclamación de placer a la vista de los visitantes. Rugiendo de alegría, les tendió las manos y los hizo entrar en la casa, ignorando al padre, que había retrocedido.

—¡Adelante, adelante! —exclamó—. Ya me estaba preguntando cuándo vendrían. ¿Cómo se encuentra, coronel? ¿Qué tal, muchachos? Pasen, pasen. ¿Han cenado? ¿Quieren tomar algo?

Los condujo hasta el cuarto de estar, donde chisporroteaba el fuego vivo. El padre, furioso y en silencio, permaneció en el

umbral. Todos obraron como si no existiese. Bob trajo el whisky y los vasos. Ya no era ni el áspero y anterior granjero ni el severo guardia escogido, sino otra vez un joven dichoso con la aparición de sus amigos y lleno de risa. Era como si hubiera olvidado todos los años de sufrimiento y rebeldía y Durant pensó de nuevo en la fácil y alegre adaptación de la juventud.

La señora Lincoln se había unido en el umbral a su marido, despidiendo llamas por los ojos. Ambos permanecieron allí de pie, imágenes de odio y de resentimiento, los brazos en jarras y los puños apoyados en las caderas.

—A propósito, Gracie quiere verlo —dijo Bob sonriendo a Grandon. De improviso levantó la voz, llamando a su hermana.

—¡Ella no puede entrar aquí! —dijo entonces Lincoln, estremecido—. ¡No quiero que vea a esta gentuza! Bob, te lo prevengo.

Pero hubo un apresurar de pasos en la escalera y Gracie Lincoln miró por encima de los hombros de sus padres. Al ver a Grandon de pie, junto a la chimenea y con el vaso en alto, prorrumpió en un grito de júbilo. Hizo a un lado a su madre, esquivó las manos del padre, que deseaba sujetarla, y corrió al interior del aposento. Caída en los brazos de Grandon, se abrazaron con pasión.

—Ya está todo arreglado —dijo Bob Lincoln, satisfecho—.

Entiendo que es usted un joven granjero, George. ¿Qué le parece si se queda a vivir con nosotros y nos ayuda?

—¡No! —gimió John Lincoln—. ¡No vendrá aquí. Gracie no se casará con ningún militar, maldito y cobarde!

—No, Bob, muchas gracias —dijo George, luego de haber estampado un sonoro beso en la mejilla de Gracie—. Tengo un rancho grande en Wyoming. Nos dirigiremos allí una vez casados.

—¿Un rancho? —repitió John Lincoln—. ¿En Wyoming? —Cambió de semblante y penetró en el aposento—. ¿Se lo devolverán?

—Ya me lo han devuelto —dijo Grandon, mirándolo a la cara—. Se ha recuperado de manos de los hijos de perra que lo robaron a mi familia. Fue robado, Lincoln, del mismo modo que usted se apoderó de las granjas de sus vecinos.

—Bien, señor —dijo Lincoln farfullando, después de haber guiñado— era cosa legal... entonces. Los otros granjeros eran subver... —Se detuvo al observar la mirada de Grandon, fría y colérica. Desesperado, miró a su mujer en busca de apoyo y ella acudió a su vera.

La mujer ya no estaba malhumorada y dijo:

—Bueno, ya ha concluido todo. Y acaso sea para mejor. ¿Cuántos acres, teniente?

—Unos cuatro mil más o menos. No recuerdo con exactitud —contestó Grandon, volviendo a besar a Gracie—. Tal vez sean cinco mil. Hace años que no lo veo. —Acarició el hermoso cabello de la muchacha.— Un rancho auténtico, querida, no una simple granja. Hay lugar para media docena de chicos.

Gracie, en brazos de Grandon, tendió su mano tímida a Durant.

—No lo he olvidado, coronel Curtiss. Fue usted muy bueno conmigo. He contado a mis padres todo lo que hizo por mí.

Debieran estarle agradecidos —agregó con severidad, mirando a sus progenitores.

—¡Lo estamos, sí, lo estamos! —exclamó Lincoln, todo efusión y blanda hospitalidad otra vez—. Bob, daños un vaso también. Queremos celebrarlo. ¿Qué me dice? ¡Un rancho! Teniente, me pareció que sabía demasiado acerca del campo.

Grandon guiñó a Durant. Sí, pensó éste con pesadez. A los jóvenes les resulta fácil perdonar. Grandon olvidaría con el tiempo el asesinato de su padre y sus hermanos. Viviría en sus tierras, con Gracie, sin que todo el feo y terrible pasado poseyera significado para ellos. Los Lincoln visitarían a su hija, allá en el Oeste, discutirían mucho acerca del ganado, y estarían los nietos. Y Grandon olvidaría. Para los jóvenes existe siempre el futuro. Para los viejos y los de edad mediana, siempre el pasado, el pesar y el dolor.

Lincoln se hallaba preparado para aceptarlo todo ahora, y con cariño. Mostróse cordial incluso con Durant, quien no pudo esforzarse en ser afable. Por último, desconcertado, Lincoln volvió su cordialidad hacia Edwards. Se acomodó en su asiento, a la vera de su mujer radiante, que a su vez pestañeaba con sentimiento y ternura hacia los jóvenes enamorados. En ocasiones llegó a palmear cariñosamente el hombro de Grandon, suspirando a la vez. Durant permanecía solo en su asiento, contemplando el fuego.

Por último, se levantó para dirigirse a su antigua habitación. Todo estaba en ella como cuando la abandonó apresuradamente. Despojado del uniforme, lo reemplazó con las ropas gastadas que el doctor Dodge había escondido para él. Ahora retornó su dolor hacia el viejo y su hijo, Sadler, preguntándose

a la vez si éste habría ido a casarse con la hermana de Beckett, y deseando ardientemente que así fuese.

Las ropas eran pobres y de poco abrigo. Después de vacilar, arrancó la insignia de su capote militar. Tendría que usarlo encima de sus ropas civiles, pues el tiempo era frío. Suspirando, arrojó a un lado su uniforme y después lo pateó. Al recontar su dinero, pensaba en su mujer e hijos.

Fue entonces cuando, por vez primera, advirtió una cajita de madera cuadrada en la mesa junto a la cama. La examinó sin curiosidad. Era muy pesada y se veía nítidamente impreso su nombre sobre ella. Le resultó más pesada en sus manos y dióse a meditar. Levantó la tapa, que estaba clavada. Grande fue su asombro, al verla llena de monedas de oro.

Tomó asiento, débil y tembloroso, con la pesada cajita sobre sus rodillas. Nunca había visto monedas de oro, aunque tan sólo la víspera el Presidente había anunciado el retorno al patrón oro en la República. Esas eran monedas de oro; divertido y asombrado, Durant vio la fecha de algunas de ellas. ¡Tanto tiempo atrás! 1929, 1930, 1931. Sostuvo algunas en la mano, sopesándolas. Brillaban a la claridad de la lámpara. Eran suyas, su nueva vida con su familia. Comenzó a reír, estremecido, sin saber que las lágrimas resbalaban por sus mejillas. El Magistrado Principal no le había olvidado. No era en pago de sus servicios; el dinero había sido entregado, no por gratitud, sino a modo de comprensión.

Mas, ¿dónde se hallaba el Magistrado Principal? La radio jamás lo mencionaba. Era como si nunca hubiera existido. Las monedas tintineaban en manos de Durant, cuyo gozo y alivio

era como haz de luz en su imaginación, aunque ahora ésta veíase atravesada por el dolor y la ansiedad.

Cerró con fuerza la caja y la puso bajo el brazo. Descendió la escalera envuelto en una especie de bruma.

La celebración en el cuarto de estar habíase vuelto estruendosa del todo. La señora Lincoln habíase ausentado para preparar la cena a sus huéspedes. Gracie estaba sentada en las rodillas del joven Grandon. Bob Lincoln y Edwards se hallaban completamente embriagados, lo mismo que el viejo. Gritaron al ver a Durant en el umbral. Éste les sonrió, pero negándose a unirse a ellos. Era una obsesión su deseo de huida.

—¿Podrá llevarme alguien a la estación de ferrocarril? —inquirió.

Hacía ya veinticuatro horas que habían desaparecido los vientos fríos y la nieve. El tren se movía con lentitud, pues existía aún cierta confusión en los ferrocarriles. Todos los convoyes iban llenos hasta más allá del máximo con hombres, mujeres y niños de retorno a sus hogares y a sus familias, por largo tiempo perdidos. Los desvencijados vagones, empero, estremeciéndose con la risa, el canto y las voces agitadas y los gritos de los niños. Igualmente había mucho que beber, además, y bastante polvo y suciedad, muchos paquetes de comida, pues los refugiados norteamericanos se trasladaban de una a otra ciudad en su huida hacia la libertad. El poco equipo ferroviario construido durante las últimas tres décadas, había sido asignado al ejército y fue así cómo Durant viajaba y dormía en un estrecho asiento, compartido con una mujer de edad. Estaba sucio y agotado de cansancio y tan mugriento como los demás ocupantes del vagón, pero, como ellos, sonreía, hablando y

riendo en la fraternidad de la libertad. Durante dos noches había tiritado con los demás en el interior del vagón desprovisto de calefacción, habiendo descendido del convoy con ellos en las estaciones del trayecto, para adquirir emparedados y café.

Seguía siendo del montón. Escuchó docenas de relatos desgarradores de la pasada esclavitud, el sufrimiento y el abuso. Maravillábase con los demás de que Norteamérica fuera ya libre. A la par de los otros, insultó de modo cariñoso a todo joven soldado que penetraba en el vagón, camino de su hogar. El soldado común veíase a salvo, pero aún se realizaban ataques sangrientos contra oficiales del ejército regular. Dijo a sus nuevos amigos que había sido operario de una fábrica del norte y que ahora iba en busca de su mujer e hijos. Los otros le sonrieron, compasivos, asegurándole que encontraría a su familia, y le hicieron partícipe de sus naranjas y sus emparedados. No se acostumbraban a las naranjas, la manteca, el pan blanco o la carne caliente y en tajadas gruesas. Devoraban, maravillados. Estaban llenos de proyectos exuberantes, ingenuos, conmovedores y patrióticos. Pero muchos de ellos, mientras dormían, gritaban con extraña angustia, debiendo ser despertados. Eso era particularmente cierto en las gentes de más edad, y en las mujeres que habían perdido a sus hijos para siempre.

Jamás deberá ocurrir otra vez, con la ayuda de Dios, pensó Durant, lleno de terror.

De hora en hora, el viento se hacía más cálido y más brillante el sol. Los pasajeros abandonaban el convoy, para ser reemplazados por otros. Cuando Durant se hallaba fuera del tren, durante su detención en las estaciones del trayecto, era cosa de maravilla para él que ahora, en enero, hubiera flores luciendo en los campos. Estaba en Georgia, ávido de vislumbrar alguna

palmera. De nuevo en el vagón, frotaba con la mano la sucia ventanilla para contemplar el exterior, parpadeando en el tibio sol y abriéndose del todo el cuello de la camisa. La tierra era blanca y verde, ondulando hasta más allá del agua azul y resplandeciente y las chozas donde jugaban los niños de los negros.

Luego divisó la primera encina perenne, con su ramaje gris y canoso meciéndose en el viento suave. Alegráronse sus ojos y se sintió estremecido. Vio árboles desconocidos para él y flores cuyos nombres también ignoraba. Había tierras blancas, así como rojas, y antiguas casas a lo lejos. Y allá... ¡había una palmera! Una palmera raquítica, algo marchita y oscura, pero una palmera al fin. Ya se sentía lleno de emoción, esa emoción que no recordaba haber experimentado jamás: exultación. Cada vez eran más numerosas las palmeras. Abríanse las ventanillas del vagón, sin que a nadie preocupara los montones de tierra y de hollín que penetraban. Las voces cambiaban de hora en hora y los pasajeros iban y venían. Esas voces eran suaves y reposadas y Durant las escuchaba con ávido placer.

El tren se detuvo en una pequeña estación y Durant, olvidado de que jamás hubiese estado cansado, desesperado o huido, corrió hacia el andén. Levantó el rostro demacrado hacia el sol cálido. Aspiró la brisa suave. Pero si he vuelto al hogar, pensó jubiloso. Aspiró el fuerte olor del agua salada y preguntó, vuelto hacia otros dos hombres que se hallaban en el andén, si estaban cerca del mar.

Estaban a punto de ascender al convoy, esos individuos de ropas gastadas y paquetes envueltos en periódicos. Eran jóvenes y pálidos como él. Sonrieron, y uno de ellos contestó:

—Sí, señor. De fijo que estamos cerca. Y esto es Florida. ¿De dónde viene, señor?

—De Chicago —fue la pronta respuesta que Durant tenía preparada—. Vengo a adquirir una granja.

Volvieron a sonreírle. Ellos también iban camino de sus hogares, viniendo uno de Cleveland y otro de Louisville. Habían sido trabajadores reclutados, utilizados en la industria bélica. Uno de ellos llevaba varios días de viaje, debido a la confusión reinante en los transportes ferroviarios. Durant les ofreció cigarrillos. Uno de ellos suspiró.

—No hay duda que es hermoso ver otra vez nuestra tierra, lejos de esa maldita nieve —dijo el que había trabajado en Cleveland—. Creí que no iba a volver a salir de allí. Bien, señor, todo ha terminado y los norteamericanos volvemos a ser libres. Tenemos que construir un nuevo mundo. —Miró a algunos negros que trabajaban en un camino, y dijo con timidez:— Creo que entenderemos a esa gente de color ahora. Nosotros mismos lo hemos sufrido todo.

—Es muy justo —dijo el otro joven—. A veces hay que llegar casi hasta la muerte, para conocer lo que es la vida. Bien, Jack, como acabas de decir, todo ha terminado ya. No habrá más hijos de perra que nos dominen. —Y vuelto hacia Durant:— He visto en los periódicos de la mañana que ha caído ese bastardo en Nueva York. Aquel Magistrado Principal, Carlson. No hay duda de que era un bastardo, ¿verdad?

El sol ya no brillaba ni era suave la brisa, antes como seda. Ya no había palmas ni flores ni encina perenne ni luz. A Durant se le cerró la garganta. Y dijo, con voz lenta y muy débil:

—¿El Primer Magistrado? ¿Qué le ha sucedido?

—Pero, señor, ¿no lo ha oído? —preguntó el joven, lleno de deleite y cambiando de lugar sus paquetes—. Sucedió ayer poco después del mediodía. Veo que no ha visto los periódicos en este tren. Estaba en Nueva York, licenciando a esos piojosos de la guardia escogida. Salía de la Municipalidad y cuando bajaba la escalinata alguien lo atacó a tiros. No se ha podido saber quién fue. Vi la fotografía en los periódicos. Estaba tendido sobre los escalones, con la cabeza acribillada a balazos. Le está bien empleado después de todo lo que hizo...

Después de todo lo que hizo.

El tren hizo sonar su silbato. Los jóvenes saltaron al vagón y Durant los siguió, quebrantado y enfermo, agitándose todo ante sus ojos. Dejóse caer de nuevo en su asiento y tanteó automáticamente en busca del capote y la cajita donde llevaba el oro. Luego se sentó inmóvil y con el corazón entristecido, mientras el convoy reanudaba su marcha.

Ambos jóvenes se hallaban sentados frente a él, hablando de Arthur Carlson. Durant escuchó:

—Espero que jamás olvidemos a ese perro —decía uno—. Nunca osaremos olvidarlo. Era mucho peor que los otros. Fraguó toda clase de cosas... Sí, señor, peor que todos los otros juntos. No dejaré de referirlas a mis hijos cuando me haya reunido con ellos, y los demás se lo referirán a los suyos, también. Nunca olvidaremos.

Después de todo lo que hizo.

Anatema. Un símbolo de esclavitud, de muerte y de terror, que Norteamérica recordaría para siempre. Tenía presente tal símbolo en cada elección; escucharía el acento de Carlson en la voz de todo político ambicioso. Si hubiere alguna vez algún rumor de guerra, de «emergencia» o de «crisis», Norteamérica recordaría a Arthur Carlson, produciéndose con ello un rápido fin para los saltimbanquis y los histéricos gritones en la noche. Anatema por los siglos de los siglos.

Cada vez desfilaban las palmas en mayor número ante las ventanillas del tren. Había, además, setos de hibiscus, pero Durant no lo veía. Y también lagos de color turquesa, avenidas de encinas perennes y fugaces vislumbres de mares color aguamarina, pero tampoco los veía. Y blancas playas y, más allá de ellas, la cinta púrpura oscura de la corriente del golfo, que continuaba sin ver. No veía sino a Arthur Carlson en la escalinata de la Municipalidad, símbolo muerto, sangrante y destrozado de todo lo más horrible en la memoria de Norteamérica.

Una ola de amargura y del odio más enconado invadió entonces a Durant. ¡No se lo merecían!, pensó. Jamás lo habían merecido. Apretó los puños; no fue sino al sentir en la boca el gusto de la sangre cuando se percató de que se había mordido salvajemente los labios. Había sal en sus mejillas y una niebla colorada en sus ojos, a la par que un fuerte nudo en la garganta.

Habría fotografías de esa muerte vergonzosa sobre la escalinata. Habría novelas escritas acerca de Arthur Carlson, así como biografías, junto con películas que reflejaran la monstruosidad de su régimen. Ocuparíanse de él los libros de texto utilizados en las clases de historia. Sería el horror del que Nor-

teamérica se librara. Un símbolo de todo lo que podía acontecer al hombre si llegase a volverse aletargado e indiferente, descuidado de su libertad, avaricioso o estúpido.

Quienes supieron quién era no osarían jamás hablar. Nunca osarían, al exonerarlo, levantar la tenebrosidad y la furia de ese símbolo de la mente de la humanidad. Guardarían silencio mientras él era maldecido y vilipendiado, no escuchando sino cuando

fueran recitados sus crímenes. En su fuero interno reverenciaríanlo al recordarlo, pero sujetando sus lenguas para siempre. En aras de Norteamérica, en aras de aquel que había liberado a Norteamérica. Tal había sido su voluntad, en su valor y su amor por su patria.

Durant oyó de nuevo la voz de Carlson, firme y solemne: «Yo, como mis hermanos, ofrezco mi vida y mi cuerpo por las leyes de nuestros padres, rogando a Dios que pronto derrame su misericordia sobre nuestra patria.»

Esta obra se terminó de imprimir en febrero de 1994 en
Avelar Editores Impresores, S.A.
Bismarck 18